P. G. Wodehouse

Ómnibus Jeeves

Tomo II

De acuerdo, Jeeves
Júbilo matinal
Adelante, Jeeves



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

P. G. Wodehouse

Ómnibus Jeeves

Tomo II

De acuerdo, Jeeves
Júbilo matinal
Adelante, Jeeves



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

De acuerdo, Jeeves

A Raymond Needham, K. C.,

con afecto y admiración

1

–Jeeves –dije–. ¿Puedo hablarle con franqueza?

–Desde luego, señor.

–Lo que he de decirle puede ofenderle.

–En absoluto, señor.

–Bien, en tal caso...

No, esperen..., el diálogo queda interrumpido.

No sé si a ustedes les sucede lo mismo que a mí. Cuando quiero contar una historia, choco, infaliblemente, contra el obstáculo de no saber cómo comenzar. Un paso en falso basta para echarlo todo a perder. Me explicaré: si al principio contemporizan demasiado, intentando crear lo que suele llamarse atmósfera, y se entretienen en excesivas sutilezas, corren el riesgo de no producir el efecto deseado, fatigando la atención de los oyentes.

Si, por otra parte, superan el límite impuesto con un salto digno de un gato escaldado, el auditorio se desconcierta.

Por ejemplo, al empezar, con el breve diálogo anterior, la narración de las complicadas aventuras de Gussie Fink-Nottle, de Madeline Bassett, de mi prima Angela, de mi tía Dahlia, de mi tío Thomas, del joven Tuppy Glossop y del cocinero, Anatole, comprendo que he cometido el segundo de estos errores.

Es necesario, por tanto, dar un paso atrás. Y, después de observar todos los detalles y de sopesar los pros y los contras, me parece poder asegurar que este asunto tuvo su comienzo –ésta es la palabra justa– con mi excursión a Cannes. Si no hubiese ido yo a Cannes, no habría encontrado a los Bassett, ni adquirido aquella famosa americana blanca. Angela no habría visto el tiburón y la tía Dahlia no habría jugado al bacarrá.

No cabe duda de que Cannes fue el point d’appui.

Y establecido esto, déjenme reconstruir los hechos.

Me fui a Cannes a primeros de junio, dejando en casa a Jeeves, que no quería perderse las carreras de Ascot, según había confesado. Conmigo partieron: mi tía Dahlia y su hija Angela. El novio de Angela, Tuppy Glossop, debía formar parte del grupo, pero, en el último momento, no pudo venir. El tío Tom, el marido de la tía Dahlia, no nos acompañó porque detestaba la Riviera francesa.

He aquí, pues, puntualizada la situación: la tía Dahlia, la prima Angela y yo en viaje para Cannes a primeros de junio.

Por ahora todo está muy claro, ¿verdad?

Nos quedamos en Cannes un par de meses y, aunque la tía Dahlia perdió hasta la camisa jugando al bacarrá y Angela estuvo a punto de ser engullida por un tiburón mientras practicaba esquí acuático, todos lo pasamos la mar de bien.

El veinticinco de julio, bronceado y radiante de salud, emprendí el viaje de regreso a Londres con mi tía y su hija. A las siete de la tarde del día veintiséis de julio llegábamos a la estación Victoria. A las siete y veinte más o menos, nos despedíamos cordialmente. Mi tía y mi prima se fueron en su coche a Brinkley Court, su residencia en Worcestershire, adonde Tuppy debía llegar al día siguiente, y yo me dirigí a mi piso para dejar las maletas, asearme un poco y prepararme para ir a cenar al Club Los Zánganos.

Y me hallaba precisamente en casa, ocupado en frotarme con vigor la espalda después de un baño realmente necesario, cuando Jeeves, que para reintegrarme con mayor facilidad al ambiente me estaba contando todos los chismes de la vecindad, introdujo en la conversación el nombre de Gussie Fink-Nottle.

El diálogo se desarrolló así:

YO: Bien, Jeeves, heme aquí.

JEEVES: Sí, señor.

YO: Quiero decir: heme otra vez en casa.

JEEVES: Eso es, señor.

YO: Me da la sensación de que ha pasado muchísimo tiempo desde que me fui.

JEEVES: Sí, señor.

YO: ¿Se ha divertido en Ascot?

JEEVES: Mucho, señor.

YO: ¿Ganó usted?

JEEVES: Una suma bastante satisfactoria, gracias, señor.

YO: Bien, Jeeves. Y ¿qué hay de nuevo en Rialto? ¿Ha venido o telefoneado alguien durante mi ausencia?

JEEVES: Ha venido a menudo míster Fink-Nottle.

Abriendo mucho los ojos, casi puedo decir que me quedé boquiabierto.

–¿Míster Fink-Nottle?

–Sí, señor.

–Pero ¿se refiere a míster Fink-Nottle?

–Sí, señor.

–Pero ¿está en Londres míster Fink-Nottle?

–Sí, señor.

–Bueno, realmente me extraña.

Y ahora explicaré por qué me extrañaba. Me resistía a creer en la afirmación de Jeeves. Verán, Fink-Nottle es uno de esos extraños ejemplares que encontramos de cuando en cuando y que no pueden sufrir Londres. Desde hacía años, habitaba en una remota aldea de Lincolnshire, dejándose enmohecer. Jamás se movía de allí, sin que le animaran a venir a la ciudad ni siquiera los encuentros de Eton y Harrow. Una vez le pregunté si los días no se le antojaban un poco largos y me contestó que no, porque en el estanque de su jardín estudiaba las costumbres de las salamandras acuáticas.

Por consiguiente, no podía imaginar qué habría inducido a aquel individuo a

visitar la capital. Hubiera apostado a que, mientras existieran salamandras, nada le haría salir de su aldea.

–¿Está seguro?

–Sí, señor.

–¿Recuerda bien el nombre? ¿Se trata realmente de Fink-Nottle?

–Sí, señor.

–Pero ¿sabe que es increíble? No ha venido a Londres desde hace cinco años. Afirma que la ciudad le pone los nervios de punta. Hasta ahora permanecía pegado al campo, con la única distracción de las salamandras.

–¿Señor?

–Salamandras, Jeeves. Míster Fink-Nottle tiene una gran colección de salamandras. Debe de haber oído usted hablar de las salamandras, una especie de lagartijas que chapotean en los estanques.

–¡Oh, sí, señor! Los miembros acuáticos de la familia de los salamándridos, que forman el género Molge.

–Eso es. Ahora bien, ha de saber que Gussie siempre fue su esclavo; ya en la escuela las llevaba consigo.

–Creo que muchos colegiales hacen lo mismo, señor.

–Las guardaba en su estudio, en una especie de acuario. Recuerdo que era bastante desagradable. Supongo que, desde entonces, se pudo prever lo que le depararía el porvenir. Pero ya sabe usted cómo son los muchachos: descuidados, indiferentes; nosotros, ocupados sólo en lo que nos atañía, apenas notábamos aquella extravagancia del carácter de Gussie. A lo sumo, habíamos observado que en el mundo hay tipos de las más diversas especies. Pero, desde luego, no fuimos más lejos... Ya puede figurarse lo demás. El problema creció...

–¿De veras, señor?

–Sí, Jeeves. Aquella manía se apoderó de él. Llegado a la edad viril, se retiró a

un recóndito rincón del campo, dedicando su existencia a esos mudos compañeros. Me figuro que al principio creyó que podría tomarlo o dejarlo a su antojo. Y después hubo de convencerse de que, desgraciadamente, no era así.

–Es un hecho que sucede a menudo, señor.

–Desdichadamente es cierto, Jeeves. Sea como fuere, ha vivido durante estos últimos cinco años en sus tierras de Lincolnshire como un ermitaño, absolutamente aislado de todos, cambiando el agua del estanque de las salamandras cada dos días y absteniéndose de acercarse a ningún ser humano. Por eso me extrañó tanto cuando me anunció usted que, repentinamente, había vuelto a flote. Me cuesta creerlo. Me inclino a pensar que en este asunto ha habido una equivocación y que el ser que usted vio aquí era otro muy parecido a Fink-Nottle. El individuo que conozco lleva gafas de concha y tiene cara de pescado. ¿Cree, Jeeves, que estos detalles coinciden?

–El señor que vino aquí llevaba gafas de concha, señor.

–¿Y parecía un pescado?

–Es posible que hiciera pensar un poco en el estanque de los peces, señor.

–En tal caso ha de ser Gussie. Pero ¿qué diablos puede haberle traído a Londres?

–Estoy en condiciones de explicárselo, señor. Míster Fink-Nottle me ha confiado la razón de su visita a la metrópoli. Ha venido por la señorita.

–¿La señorita?

–Sí, señor.

–No querrá decir que está enamorado, ¿verdad?

–Lo está, señor.

–Pues bien, ¡estoy desconcertado, realmente desconcertado, absolutamente desconcertado, Jeeves!

Y lo estaba de veras. Me parecía que las bromas deben tener un límite.

Luego, mi mente comenzó a considerar otro aspecto de aquel asombroso asunto. Admitiendo que Gussie Fink-Nottle, en contra de todas las reglas, se hubiera enamorado, ¿por qué había venido a rondar de aquel modo mi morada? Era evidente que el caso debía de ser de los que requieren la asistencia de un amigo, sin embargo, no lograba comprender por qué me había elegido precisamente a mí.

Nunca habíamos sido amigos íntimos. En otros tiempos nos habíamos visto bastante a menudo, pero hacía por lo menos un par de años que no recibía ni siquiera una postal suya.

Se lo dije a Jeeves.

–Es raro que haya venido a verme precisamente a mí. Pero, en fin, si ha venido, ha venido y no cabe discusión posible. El pobrecillo se llevaría un disgusto al no encontrarme.

–A decir verdad, señor, míster Fink-Nottle no vino a verle a usted.

–¡Pero, Jeeves, si acaba de decirme que ha venido a mi casa repetidas veces!

–En realidad, era conmigo con quien deseaba ponerse en contacto, señor.

–¿Con usted? No sabía que le conociera.

–En efecto, señor, no tuve ese gusto hasta que se presentó aquí. Me parece que míster Sipperley, un compañero de universidad de míster Fink-Nottle, le aconsejó que pusiera el asunto en mis manos.

¡El misterio había sido revelado! Ahora todo se manifestaba claramente ante mis ojos. Me atrevo a creer que conocen ustedes la reputación de Jeeves entre mis amigos como consejero. La primera decisión de cualquier conocido mío en una situación embarazosa era procurar explicarle el asunto a él. Y si él había logrado ayudar a A en un percance difícil, A le enviaba a B. Y si había hecho salir del paso a B, B le enviaba a C. Y así sucesivamente, hasta el infinito.

De tal manera, iba aumentando el número de las personas que consultaban a Jeeves. Sabía yo que el viejo Sippy había quedado sobremanera impresionado por los esfuerzos hechos por Jeeves cuando él intentaba prometerse con Elizabeth Moon. No era de extrañar, pues, el consejo dado a Gussie de que se

dirigiera a él. Puede decirse que se trataba de pura rutina, ni más ni menos.

–¡Ah! Entonces, ¿trabaja usted para él?

–Sí, señor.

–¡Ahora lo comprendo! ¡Ahora me lo explico! Pero ¿en qué tipo de embrollo se halla metido Gussie?

–Aunque parezca extraño, señor, se encuentra en idéntico caso que míster Sipperley cuando se me presentó la ocasión de ayudarle. Profundamente enamorado de miss Moon, estaba aquejado de una innata timidez que le impedía expresar sus propios sentimientos.

Asentí.

–Recuerdo perfectamente los apuros de míster Sipperley. No lograba salvar el obstáculo. Recuerdo que decía usted que él dejaba..., ¿cómo era?, dejaba que algo hiciese algo. Los gatos tenían también que ver, si no me equivoco.

–Dejaba que la indecisión prevaleciese sobre la voluntad.

–Exactamente..., pero ¿qué tenían que ver los gatos?

–Como el pobre gato del refrán, señor.

–¡En efecto!... ¿Y dice que Gussie se encuentra en las mismas condiciones?

–Sí, señor. Cada vez que intenta formular una petición de matrimonio le falta el valor para hacerlo.

–Sin embargo, si quiere que esa mujer sea su esposa, tendrá que decírselo, ¿no? Quiero decir que es un caso de educación el hacérselo saber.

–Exactamente, señor.

Reflexioné un momento.

–Bien, supongo que era inevitable, Jeeves. Admitiendo que Gussie haya sido víctima del divino infante, lo cual jamás hubiera creído posible, debe de hallarse en una posición difícil.

–Sí, señor.

–Mire la vida que ha llevado.

–Sí, señor.

–No creo que haya hablado con una chica desde hace años. Eso nos enseña, Jeeves, a no encerrarnos en el campo contemplando estanques; si uno obra así, debe renunciar a ser, cuando la ocasión se presenta, el macho dominante. En esta vida hay que elegir entre dos caminos: o encerrarse en el campo estudiando estanques, o ser hombres de mundo. No se pueden hacer las dos cosas a un tiempo.

–No, señor.

Reflexioné un rato más. Gussie y yo, como he dicho, nos habíamos perdido de vista; sin embargo, no podía dejar de interesarme por aquel pobre, inerme pececillo, como también me habría interesado por cualquiera de mis compañeros de escuela si le hubiera visto caminar sobre un pavimento salpicado de pieles de plátano.

Pensé en la última vez que le vi, aproximadamente dos años antes. Durante un viaje en automóvil pasé por su casa y me detuve para hacerle una visita. Mientras almorzábamos, me había literalmente trastornado al poner sobre la mesa un par de objetos verdes dotados de patas, que él contemplaba como haría una madre joven con su recién nacido. Además, hubo un momento en que se perdió uno en la ensalada. Este cuadro, que mi memoria reproducía, no era el más adecuado para inspirarme una excesiva confianza en las capacidades de aquel desgraciado muchacho como luchador y dominante; y más si el objeto de sus anhelos era una de esas mujercitas modernas de rojos labios encendidos y de fríos ojos sarcásticos y duros.

–Dígame, Jeeves –dije, dispuesto a oír lo peor–. ¿Qué tipo de chica es la novia de Gussie?

–No la he visto nunca. Míster Fink-Nottle habla con mucho entusiasmo de sus atractivos.

–¿Tiene el aspecto de estar enamorado de veras?

–Sí, señor.

–¿Ha dicho cómo se llama? Puede que yo la conozca.

–Es una tal miss Bassett, señor: miss Madeline Bassett.

–¿Cómo?

–Sí, señor.

Me quedé completamente pasmado.

–¡Dios mío, Jeeves! ¡Qué pequeño es el mundo!

–¿Conoce usted a la señorita, señor?

–La conozco muchísimo. Su información me ha aliviado bastante, Jeeves. Siendo así, el asunto toma un cariz más práctico.

–¿De veras, señor?

–Desde luego. Confieso que, antes de que pronunciara ese nombre, tenía muchas dudas acerca de las posibilidades que podían ofrecérsele al pobre Gussie para convencer a cualquier soltera, de cualquier parroquia, de que le acompañara al altar. Reconocerá, Jeeves, que no todas le aceptarían como moneda buena.

–Hay algo de verdad en lo que dice, señor.

–Por ejemplo, a Cleopatra no le habría gustado.

–Probablemente no, señor.

–Y tengo mis dudas de que pudiese tener alguna probabilidad de ponerse de acuerdo con Tallulah Bankhead.

–También yo, señor.

–Pero como usted dice que el objeto de su cariño es miss Bassett, siento renacer en mí tímidamente la esperanza. En realidad, es el tipo a quien una muchacha como Madeline Bassett puede confiarse con tranquilidad.

Debo explicar aquí que Madeline Bassett había pasado una temporada en Cannes con nosotros, y que, como entre ella y Angela surgió una de esas amistades efervescentes que a menudo nacen entre muchachas, yo la vi con frecuencia. Además, cuando estaba irritado, tenía la impresión de que no podía dar un paso sin toparme con ella.

Y era más lamentable y embarazoso el hecho de que, cuanto más a menudo me la encontraba, menos se me ocurría qué podía decirle.

Ya saben ustedes lo que sucede con algunas muchachas. En un santiamén consiguen reducirnos a un estado lastimoso. Hay algo en su personalidad que obra sobre nuestras cuerdas vocales, paralizándolas, y sobre nuestro cerebro, transformando su contenido en una coliflor. Esto me sucedía a mí en presencia de Madeline Bassett. Sí, Bertram Wooster, delante de ella, se tocaba nerviosamente la corbata varios minutos seguidos, arrastraba los pies por el suelo, se portaba en todo y por todo como un necio y un tonto. Por esta razón, cuando ella partió, dos semanas antes que nosotros, pueden tener la seguridad de que, según la opinión de Bertram Wooster, no se marchaba demasiado pronto.

Y adviertan que no hacía enmudecer por su belleza. Era una muchacha bastante bonita, de tipo lánguido y rubio y de grandes ojos, pero no era de esas que quitan el hipo.

No; la disposición mental era lo que causaba este fenómeno en un individuo por lo general locuaz con el sexo opuesto. No quiero cometer una injusticia con nadie y, por lo tanto, no llegaré a aseverar que escribiese poesías, pero su conversación era de tal índole que, a mi modo de ver, podía infundir las peores sospechas. Por ejemplo: si una muchacha nos pregunta a bocajarro, bajo un cielo azul, si tenemos alguna vez la sensación de que las estrellas son guirnaldas de diminutas margaritas del Señor, nos proporciona sobrados motivos para olernos algo.

Por lo que atañe, pues, a un acuerdo entre nuestras almas, no había nada que hacer. ¡Mas para Gussie la cosa era muy diferente! Lo que a mí tanto me molestaba, es decir, que la muchacha diese la impresión de estar henchida de ideales, de sentimentalismo y de otras fantasías semejantes, era, en cambio, un atractivo para él.

Gussie siempre había pertenecido a la categoría de los soñadores, de los

entusiastas del alma. Si no, hubiera sido imposible aislarse en el campo y vivir en la compañía única de las salamandras. Y no lograba ver ninguna razón que les impidiese a ambos llegar a un acuerdo, en cuanto él hubiese sabido sacar del pecho y murmurar unas palabras apasionadas. Miss Bassett y Fink-Nottle se complementaban como el jamón y los huevos.

–Ella está hecha a medida para él.

–Me alegro mucho, señor.

–Y él está hecho a medida para ella. Bien, veo que el asunto merece ser defendido y estimulado con la máxima energía. Esfuércese cuanto pueda, Jeeves.

–Muy bien, señor –replicó aquel hombre honrado–. Me ocuparé enseguida de ello.

Hasta aquel momento, como han podido observar también ustedes, había existido entre Jeeves y yo un admirable buen acuerdo. Entre amo y criado se había desarrollado una amistosa conversación en la mayor armonía. Pero, al llegar a este punto, lo anoto con pesar, se manifestó en nuestras recíprocas relaciones un cambio repentino. La atmósfera cambió súbitamente, nubarrones amenazadores comenzaron a condensarse en el horizonte y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, la nota discordante había sonado sobre la escena. Esto había acaecido otras veces en el hogar de Wooster.

El primer indicio de que las cosas no marchaban bien me lo dio una tosecilla que subía desde el suelo y que revelaba no sólo cierta preocupación, sino también cierto disentimiento. Mientras yo, después de haberme secado, me estaba vistiendo tranquilamente, embutiéndome en calcetines y zapatos, poniéndome camisa y cuello, Jeeves, doblado ante mí, vaciaba mis maletas.

En aquel momento se enderezó con una prenda blanca en la mano. Al verla comprendí que habíamos llegado a una de nuestras múltiples crisis domésticas, a una de esas desgraciadas colisiones en las que Bertram tenía que acordarse de sus belicosos antepasados y hacer valer sus derechos, si no quería correr el riesgo de salir con la peor parte.

No sé si ustedes han estado este verano en Cannes. Los que hayan estado sabrán que para tener la más mínima pretensión de representar a la buena sociedad y la elegancia, era obligatorio ir al Casino por la noche, con los habituales pantalones

del traje de etiqueta y con una chaqueta blanca de botones dorados. Desde el momento en que, al dejar Cannes, subí al tren azul, comencé a preocuparme por la acogida que Jeeves dispensaría a mi chaqueta.

En cuestión de trajes de etiqueta, Jeeves es intratable y reaccionario; ya había tenido que sostener con él duras luchas por las camisas de pechera floja. Y mientras aquella chaqueta había representado en la Costa Azul la más alta nota de elegancia, tout ce qu'il y a de chic, jamás intenté ocultarme a mí mismo –ni siquiera cuando, después de haberme apresurado a comprarla, me la ponía para ir al Palm Beach Casino– que la chaqueta habría de provocar, a mi regreso a casa, una especie de erupción volcánica.

Me dispuse a mostrarme firme.

–¿Qué pasa, Jeeves? –dije.

Si mi voz era suave, un atento observador, sin embargo, habría visto brillar en mis ojos un relámpago de acero. Nadie respeta más que yo la inteligencia de Jeeves, pero, a mi modo de ver, su disposición a dirigir la mano que le alimenta ha de ser refrenada. Aquella chaqueta me era muy cara, y yo estaba decidido a luchar por ella con toda la energía del gran Sieur de Wooster en la batalla de Agincourt.

–Bueno, Jeeves, ¿qué está pensando?

–Me temo, señor, que se haya marchado de Cannes llevando consigo, por inadvertencia, una prenda perteneciente a otra persona.

El relámpago de acero se acentuó.

–No, Jeeves –dije en tono indiferente–, la prenda es mía. La compré allí.

–¿Y se la puso el señor?

–Todas las noches.

–Pero, a buen seguro, no pensará usted llevarla en Inglaterra.

Vi que habíamos llegado al meollo de la cuestión.

–Eso pienso hacer, Jeeves.

–Pero, señor...

–¿Qué decía, Jeeves?

–Que no es, en absoluto, conveniente.

–No soy de su opinión, Jeeves. Preveo, en cambio, para esta chaqueta un gran éxito popular. Albergo la intención de ponérmela mañana para la fiesta de Pongo Twistleton, y estoy convencido de que provocará un unánime grito de admiración. No replique, Jeeves. Nada de discusiones. Cualquiera que sea la fantástica objeción que quiera hacer acerca de esta chaqueta, le prevengo que me la pondré.

–Muy bien, señor.

Continuó deshaciendo el equipaje; no añadí siquiera una palabra sobre la cuestión. Había logrado una victoria y nosotros, los Wooster, no nos ensañamos con el enemigo vencido. Terminado mi aseo, saludé magnánimamente a Jeeves y le sugerí que pasara la velada en algún cine que pudiese interesarle o donde mejor le pluguiese, porque yo no pensaba cenar en casa. En suma, le ofrecí una especie de ramita de olivo.

Pero él no pareció percatarse de ello.

–Gracias, señor, pero no saldré.

Le escruté atentamente.

–¿Está resentido, Jeeves?

–No, señor. He de quedarme en casa porque míster Fink-Nottle me ha anunciado que vendrá a verme esta noche.

–¡Oh! ¿Vendrá Gussie? Bien, dele recuerdos de mi parte.

–Muy bien, señor.

–Y un whisky con soda, y lo que sea.

–Muy bien, señor.

–De acuerdo, Jeeves.

Y me fui al Club Los Zánganos.

Allí encontré a Pongo Twistleton, y charló tanto acerca de la próxima fiesta, que prometía ser extraordinariamente alegre y de la que, por lo demás, yo ya había recibido noticias, aunque lejanas, de mis corresponsales, que cuando regresé a casa eran aproximadamente las once.

Acababa de abrir la puerta de la entrada cuando oí unas voces que llegaban del salón, y apenas hube transpuesto el umbral de dicha habitación descubrí que aquellos sonidos procedían de Jeeves y de un ser que, de momento, confundí con el diablo.

Un examen más atento me informó de que se trataba de Gussie Fink-Nottle, vestido de Mefistófeles.

2

–¿Qué tal, Gussie? –dije.

Nadie hubiera dicho, por mi modo de obrar, que yo estaba bastante desconcertado. Por otra parte, el espectáculo que se presentaba a mis ojos habría desconcertado a cualquiera. Mi memoria evocaba a un FinkNottle tímido, cobarde, que hubiera temblado como una hoja al ser invitado a algo tan anodino como una reunión en casa del pastor un domingo por la tarde. Y ahora, si debía dar crédito a mis ojos, me parecía dispuesto a tomar parte en un baile de máscaras, que es una de las formas de diversión más notoriamente audaces.

Y eso no era todo. Para ir a tal baile, no estaba disfrazado de Pierrot como cualquier inglés de buena familia; no..., llevaba un disfraz de Mefistófeles y, por lo tanto –es inútil que lo diga–, un traje escarlata y una espantosa barba postiza.

¡Muy extraño! Sin embargo, no se deben revelar las propias impresiones. No demostré, pues, ningún asombro vulgar y, como he dicho, le saludé con amable desenfado.

Él, a través de un espeso boscaje, sonrió de un modo, a mi parecer, bastante tonto.

–¡Ah, hola, Bertie!

–Hace mucho que no nos veíamos. ¿Puedo ofrecerte algo?

–No, gracias. He de irme enseguida. He venido un momento para pedirle a Jeeves su parecer sobre mi traje. ¿Qué te parece, Bertie?

Habría tenido que contestar «horroroso»; pero nosotros, los Wooster, tenemos mucho tacto y un evidente sentido de la hospitalidad. Nosotros no podemos decirle nunca a un amigo, bajo nuestro techo, que constituye una ofensa para la vista. Evité contestar.

–He oído que estabas en Londres –dije de manera despreocupada.

–¡Oh, sí!

–Creo que no venías desde hace años.

–Así es.

–Y ahora te dispones a divertirte.

Se estremeció ligeramente. Parecía atormentado.

–¿A divertirme?

–¿Acaso no te preparas alegremente para un baile de máscaras?

–¡Oh, espero que todo salga bien! –contestó con una extraña voz sin timbre–. De todos modos, tengo que marcharme. El asunto empieza hacia las once. He pedido al taxista que me espere. Jeeves, ¿quiere mirar si sigue ahí?

–Muy bien, señor.

En cuanto nos hallamos a solas, hubo una pausa y cierta sensación de desasosiego. Me escancié un poco de whisky mientras Gussie se contemplaba en el espejo. Finalmente me pareció lo mejor hacerle saber que estaba al corriente de sus asuntos. Quizá le agradaría confiarse a un buen amigo, de conocida experiencia y bien dispuesto hacia él. He observado que generalmente los que están sufriendo el influjo del amor necesitan de modo especial oídos complacientes.

–Bueno, Gussie, viejo amigo –dije–, me he enterado de tu asunto.

–¿Eh?

–Sí, de tu pequeño contratiempo. Jeeves me lo ha contado todo.

Observé que le intranquilizaba un poco este preámbulo. A mí me pareció, aunque es muy difícil juzgar a un individuo con el rostro hundido en unas barbas mefistofélicas, que se había sonrojado ligeramente.

–Hubiera preferido que Jeeves no hubiese aireado a los cuatro vientos los asuntos que me atañen. Creí que quedarían entre nosotros.

No podía admitir yo un tono semejante.

–Contar unas frivolidades a un joven amo no significa airear los asuntos a los cuatro vientos –dije en tono de reproche–. Sea como fuere, lo cierto es que lo sé todo. Y comenzaré por decirte –añadí, callándome mi opinión personal de que la mujer en cuestión era una verdadera peste, a fin de mostrarme amable y alentador– que Madeline Bassett es una muchacha graciosa, atractiva y que te conviene en todos los aspectos.

–¿La conoces?

–Desde luego. Pero no adivino cómo has llegado a conocerla. ¿Dónde ocurrió?

–Hace dos semanas estuvo en Lincolnshire, en una finca cerca de la mía.

–Sigo sin comprender. No sabía que tuvieses la costumbre de visitar a tus vecinos.

–No la tengo. Encontré a la señorita mientras se paseaba con su perro. Al animal se le había clavado una espina en una pata. Cuando intentó quitársela, el animal se revolvió contra ella. Yo acudí en su ayuda.

–¿Sacaste la espina?

–Sí.

–¿Y te enamoraste a primera vista?

–Sí.

–Bueno, ¡que Dios te bendiga! Con una base tan sólida como ésa, ¿por qué no seguiste adelante?

–No tuve valor.

–¿Qué hiciste, pues?

–Charlamos durante un ratito.

–¿De qué?

–¡Oh, de los pájaros!

–¿Pájaros? ¿Qué pájaros?

–De los que volaban a nuestro alrededor. Y del paisaje... y de otras cosas por el estilo. Me dijo que venía a Londres y me invitó a que fuese a visitarla cuando viniera también yo.

–Y después de eso, ¿ni siquiera le apretaste un poco fuerte la mano?

–¡Por supuesto que no!

Bien. Tenía la sensación de que no había nada más que decir. Cuando un individuo es tímido hasta el punto de ser incapaz de comer, aunque le pongan delante la sopa ya servida, su caso es realmente desesperado. Sin embargo, recordé que aquel medroso había sido compañero mío de escuela. Es necesario hacer algún esfuerzo por un antiguo compañero de escuela.

–¡Ah, bueno! –dije–. Veremos lo que se puede hacer. Creo, de todos modos, que te alegrará contar con mi apoyo absoluto en esta empresa. Tienes a Bertram Wooster a tu lado, Gussie.

–Gracias, amigo. Y también a Jeeves, lo cual es más importante.

No les niego que me sobresalté. Él, claro está, no quería ofenderme, pero confieso que aquella frase, tan falta de tacto, me hirió un poco. Todos parecen inclinados a hacerme comprender que, según su opinión, Bertram Wooster es un fantoche sin importancia y que el verdadero amo, el hombre de inteligencia y de recursos, es Jeeves.

Eso es algo que siempre me ofende y me ataca los nervios.

Y aquella noche me irritó más de lo habitual porque Jeeves ya me había molestado ligeramente con la historia de la americana. No cabe duda de que yo le había obligado a ceder, dominándole con la tranquila fuerza de mi personalidad, pero, en fin, el solo hecho de haber suscitado aquella cuestión ya me desagradaba. Pensé que Jeeves iba a necesitar una mano de hierro.

–Y ¿qué te aconseja hacer? –pregunté algo despechado.

–Está estudiando la cuestión. El asunto merece una profunda reflexión.

–¿Ah, sí?

–Me aconsejó que fuera al baile.

–¿Por qué?

–Ella estará allí... Me envió la invitación. Y Jeeves piensa...

–Y ¿por qué no te has disfrazado de Pierrot? –pregunté, manifestando por fin el asombro que había experimentado desde el primer momento–. ¿Por qué has faltado a la gran tradición antigua?

–Insistió en que me vistiera de Mefistófeles.

Di un respingo.

–¿Cómo? ¿De veras te ha aconsejado ese disfraz?

–Sí.

–¡Ah!

–¿Eh?

–Nada. Sólo he dicho: ¡Ah!

Y explicaré por qué dije «¡Ah!». Jeeves armaba un belén porque quería ponerme una sencilla chaqueta blanca, una prenda que era no sólo tout ce qu'il y a de chic, sino también absolutamente de rigueur, y al mismo tiempo alentaba a Gussie Fink-Nottle para que, en Londres, hiciera una desconcertante aparición en traje escarlata. ¿No era una ironía? Convendrán conmigo en que son cosas que molestan.

–Y ¿qué podía objetar contra el traje de Pierrot?

–No creo que tuviese objeciones contra Pierrot, como tal Pierrot, pero pensaba que en mi caso no era un disfraz adecuado.

–No te comprendo.

–Dice que el traje de Pierrot, aunque es agradable a la vista, no da el tono

autoritario, como el de Mefistófeles.

–Sigo sin comprenderlo.

–Bueno, dice que es cuestión de psicología.

Hubo un tiempo en que esta observación me habría desconcertado, pero una larga convivencia con Jeeves ha enriquecido bastante el vocabulario de los Wooster. Jeeves siempre ha sido un as de la psicología del individuo, y ahora le sigo como un perro de caza, cuando sale de su boca esta palabra.

–¡Oh! ¿Psicología?

–Sí, Jeeves tiene mucha confianza en el efecto moral del atuendo. Es del parecer de que un disfraz impresionante como éste me dará ánimos. Según él, también el de pirata mayor habría estado bien, pero le hice unas objeciones a propósito de las botas.

Capté su idea. La vida ya es de por sí bastante miserable para que encima un pobre diablo como Fink-Nottle tenga que ir por ahí llevando botas.

–Y ¿te sientes más audaz?

–Para serte sincero, Bertie, amigo mío, no.

Me sacudió una ola de compasión. Al fin y al cabo, aunque hacía años que no nos veíamos, aquel hombre y yo, en un tiempo lejano, nos habíamos disparado mutuamente unas flechas de papel embebidas en tinta.

–Gussie –dije–, escucha el consejo de un viejo amigo: no te alejes de aquí.

–Pero entonces pierdo la última esperanza de verla. Mañana parte para el campo con unos amigos. Además, tú no puedes saber...

–¿Qué?

–Si esta idea de Jeeves es buena. Reconozco que en este momento debo de tener un aspecto espantoso. Pero todo cambiará cuando me encuentre entre una muchedumbre de personas disfrazadas. Experimenté lo mismo, cuando niño, durante las fiestas de Navidad. Me habían disfrazado de conejo y yo sentía una

vergüenza indescriptible. Sin embargo, cuando fui a la fiesta y me hallé rodeado de otros niños en trajes aún más horribles que el mío, me sentí enseguida aliviado. Me junté alegremente con los demás y comí tan a gusto durante la cena que en el coche, al volver a casa, me encontré mal. En suma: no se puede juzgar nada fríamente.

Sopesé sus argumentaciones; era innegable que contenían algunas verdades.

–No puedo afirmar que, básicamente, el consejo de Jeeves no sea justo. Así, ataviado de Mefistófeles, me acudirán fácilmente a los labios palabras impresionantes. El color es un factor importante. Piensa en las salamandras. Durante la época de celo, la salamandra macho tiene unos colores muy brillantes. Y eso le ayuda mucho.

–Pero tú no eres una salamandra macho.

–Quisiera serlo. ¿Sabes cómo hace la corte la salamandra, Bertie? Se detiene ante la hembra meneando la cola y doblando el cuerpo en semicírculo. Sabría hacerlo magníficamente. ¡Oh, si fuera una salamandra no hubiera titubeado!

–Pero si tú fueras una salamandra, Madeline Bassett no te miraría... o, por lo menos, evidentemente, no lo haría con ojos de enamorada.

–Sí, si ella fuese una salamandra hembra...

–Pero no lo es.

–No, pero suponte que lo fuera.

–Está bien; pero, si lo fuese, tú no te habrías enamorado de ella.

–Si yo fuera una salamandra macho, sí me habría enamorado.

Una ligera palpitación en las sienes me advirtió que la disputa había alcanzado el punto de saturación.

–De todos modos –dije–, volviendo a los hechos concretos, y dejando a un lado todos esos devaneos de colas vibrantes y zarandajas parecidas, el punto culminante de la cuestión es que tú estás preparado para ir a un baile de máscaras. Y te anticipo, con la seguridad de mi larga experiencia en este género

de diversiones, que no te divertirás.

–La diversión no tiene importancia.

–Si yo fuera tú, no iría.

–Tengo que ir. ¡Te repito que se marcha mañana!

Me rendí.

–Haz lo que quieras... ¿Qué hay, Jeeves?

–El coche del señor Fink-Nottle, señor.

–Ah, el coche, ¿eh?... Tu coche, Gussie.

–¡Ah! ¿El coche? ¡Oh! ¡Ya! ¡Sí, sí! Gracias, Jeeves... Adiós, Bertie.

Y, dirigiéndome una pálida sonrisa semejante a la que los gladiadores romanos dedicaban al emperador al entrar en la arena, Gussie se fue. Entonces me volví hacia Jeeves. Había llegado el momento de ponerlo en su sitio. Y yo estaba preparado para hacerlo.

Naturalmente, era un poco difícil comenzar. Quiero decir que, aunque estaba decidido a ponerlo en su sitio, no quería herir demasiado profundamente su susceptibilidad. Obligados a veces a usar el puño de hierro, nosotros, los Wooster, queremos hacerlo siempre con discreción.

Sin embargo, en definitiva, vi que no ganaría nada tratando de mostrar demasiada delicadeza. No se consigue nada con andarse por las ramas.

–Jeeves –dije–. ¿Puedo hablarle con franqueza?

–Desde luego, señor.

–Lo que he de decirle puede ofenderle.

–En absoluto, señor.

–Bueno, en tal caso... Se trata de lo siguiente: he hablado con míster Fink-Nottle, y me ha dicho que usted le ha aconsejado el disfraz de Mefistófeles.

–Sí, señor.

–A ver si lo he entendido bien. Si sigo correctamente el hilo de su razonamiento, usted cree que, estimulado por ese tono escarlata, FinkNottle, al encontrar el objeto de su adoración, hará vibrar la cola y lanzará un grito.

–Y perderá mucho de su timidez habitual, señor.

–No estoy de acuerdo con usted, Jeeves.

–¿No, señor?

–No. Y, para concluir, le diré que, de todas sus ideas necias y absurdas, ésta me parece la más tonta e inútil. No tendrá éxito; no tiene posibilidad alguna de tenerlo. Y sólo habrá conseguido someter a FinkNottle a los indecibles horrores de un baile de máscaras. Y debo añadir, Jeeves, que esto no me ha extrañado; con franqueza le diré que he notado, en anteriores ocasiones, cierta predisposición por su parte a volverse..., ¿cómo se dice?

–No lo adivino, señor.

–¿Elocuente? No, no es elocuente. ¿Escurridizo? No, no es escurridizo. Tengo la palabra en la punta de la lengua. Comienza por «e» y quiere decir inteligente con exceso.

–¿Enrevesado, señor?

–Eso es, ésa es la palabra. ¡Excesivamente enrevesado, Jeeves! Tiene usted tendencia a volverse así. Sus métodos no son sencillos, no son directos. Oculta el fin bajo un montón de fantásticos detalles que no son necesarios. A Gussie le hace falta el apoyo fraternal de un hombre de mundo. Por tanto, le aconsejo que en adelante me lo deje a mí.

–Muy bien, señor.

–Debe usted despreocuparse de todo y dedicarse al cuidado de la casa.

–Muy bien, señor.

–Encontraré algo que sea sencillo, claro y, al mismo tiempo, eficaz. Mañana haré

todo lo posible por ver a Gussie.

–Muy bien, señor.

–De acuerdo, Jeeves.

En realidad, al día siguiente comenzó a lloverme encima un verdadero diluvio de telegramas y confieso que, durante veinticuatro horas, no pensé en absoluto en aquel pobrecillo, porque tenía que resolver unos problemas demasiado graves.

3

El primer telegrama me llegó inmediatamente después de mediodía y Jeeves me lo trajo con el combinado de antes del almuerzo. Era de mi tía Dahlia y venía de Market Snodsbury, un pueblo situado a dos o tres kilómetros de la carretera que conduce a su casa de campo.

Decía:

Ven enseguida. Travers.

Si les digo que me asombró sobremanera, me quedaré corto. La juzgué como la más misteriosa comunicación confiada jamás a los hilos telegráficos. Lo estudié con profunda atención durante dos dry martinis. Lo leí del derecho y del revés, y me parece recordar que incluso lo olí. No me reponía de la sorpresa.

Examinen los hechos conmigo. Hacía pocas horas que nos habíamos separado mi tía y yo, después de dos meses de estar continuamente juntos. Y he aquí que ella, todavía bajo la impresión de mi beso de despedida en la mejilla, invocaba un nuevo encuentro. Bertram Wooster no está acostumbrado a ese deseo exagerado de su presencia. Pregunten a todos los que me conocen y ellos les dirán que, después de dos meses en mi compañía, la gente normal comprende que les basta y les sobra por el momento. Incluso he conocido personas que han tenido bastante con algunos días.

Antes de sentarme a la mesa para mi suculento almuerzo, envié el siguiente telegrama:

Perplejo. Explica. Bertie.

Y la respuesta llegó durante la hora de la siesta.

¿Por qué perplejo, burro? Ven inmediatamente. Travers.

Tres cigarrillos, un par de vueltas por la habitación y he aquí mi réplica:

¿Qué entiendes tú por venir inmediatamente? Recuerdos. Bertie.

Les transmito la contestación:

Entiendo: ven inmediatamente, insoportable criatura. ¿Qué quieres que entienda? Ven inmediatamente o espera la maldición de tu tía con el primer correo de mañana. Con cariño. Travers.

Entonces envié el siguiente mensaje, deseando aclararlo todo lo más posible.

Cuando escribes «Ven», ¿quieres decir «Ven a Brinkley Court»? Y cuando escribes «inmediatamente», ¿quieres decir «inmediatamente»? Confuso. Perdido. Cariñosos recuerdos. Bertie.

Envié este mensaje mientras transcurría una tarde tranquila en el Club Los Zánganos, echando las cartas en un sombrero de copa con los mejores elementos de la sociedad del lugar. Volviendo a casa, en el crepúsculo vespertino, me esperaba esta respuesta:

Sí, sí, sí, sí, sí, sí, sí. No importa que comprendas o no. Ven inmediatamente como te digo y, por el amor de Dios, acaba ya con tanta pregunta. ¿Crees que me sobra el dinero para enviarte un telegrama cada diez minutos? Deja de hacer el tonto y ven enseguida. Con cariño. Travers.

Entonces sentí necesidad de la opinión ajena. Toqué el timbre.

–Jeeves –dije–, sucede un caso embarazoso por los parajes de Worcestershire. ¡Lea! –Y le tendí los papeles.

Los examinó.

–¿Qué piensa de eso, Jeeves?

–Pienso que mistress Travers desea que el señor vaya enseguida.

–¿También usted llega, pues, a esa conclusión?

–Sí, señor.

–Es la misma a la que he llegado yo. Pero ¿por qué, Jeeves? ¡Que Dios la bendiga! ¡Si acaba de pasar dos meses conmigo!

–Sí, señor.

–Y mucha gente juzga que ha tenido una abundante dosis de mi compañía después de cuarenta y ocho horas.

–Sí, señor. Comprendo perfectamente su punto de vista. Sin embargo, me parece que mistress Travers se muestra muy insistente. Creo que debería acatar su deseo.

–¿Ir allá abajo?

–Sí, señor.

–Bien. De todos modos no puedo ir enseguida. Tengo un compromiso importante para esta noche. Se celebra en el Club Los Zánganos el cumpleaños de Pongo Twistleton, como debe recordar.

–Sí, señor.

Hubo una breve pausa. Ambos pensábamos en la desavenencia insignificante que había surgido entre nosotros, y me sentí obligado a hacer una alusión.

–Por lo que atañe a la americana blanca, no tiene usted razón.

–Es cuestión de opiniones, señor.

–Cuando la llevaba en el Casino de Cannes, todas las mujeres hermosas se hacían señales entre sí y se preguntaban: «¿Quién es?»

–Es sabida la relajación de las costumbres en los casinos continentales, señor.

–Y cuando la describí anoche Pongo quedó entusiasmado.

–¿De veras, señor?

–Y todos los presentes admitieron que había tenido mucha suerte de hacer una adquisición extraordinaria. No ha habido ni una sola persona de parecer contrario.

–¿De veras, señor?

–Estoy convencido de que acabará por apreciar esa chaqueta, Jeeves.

–Me temo que no, señor.

Renuncié. En estos casos es perfectamente inútil hablar con Jeeves. «¡Mula terca!» es lo único que se le podría decir. Más vale suspirar y prescindir de él.

–Bueno, volviendo a lo de antes, queda absolutamente decidido que en este momento no puedo ir a Brinkley Court, ni a ningún otro sitio. Le expondré mi idea, Jeeves. Deme una hoja de papel y un lápiz y redactaré un telegrama diciéndole que iré a verla la semana próxima o la siguiente. ¡Qué diantre! Que prescinda de mí algún tiempo. Basta con tener un poco de fuerza de voluntad.

–Sí, señor.

–De acuerdo, pues. Telegrafiaré: «Espérame dentro de quince días», o algo semejante. Creo que estará bien. Luego llevará inmediatamente el telegrama a la estafeta más próxima. Y así sea.

–Muy bien, señor.

Y así transcurrió el día hasta que llegó la hora de vestirme para la fiesta de Pongo.

Pongo me había asegurado, la noche anterior mientras charlábamos, que su fiesta de cumpleaños adquiriría unas proporciones sorprendentes, y, en realidad, debo decir que he tomado parte en fiestas de mucha menor importancia. Pasaba bastante de las cuatro de la madrugada cuando regresé a casa, y me parecía que ya era hora de irse a descansar. Recuerdo que llegué a tientas hasta la cama y trepé a ella con dificultad, y tenía la sensación de que mi pobre cabeza acababa de apoyarse en la almohada, cuando me despertó el ruido de la puerta que se abría.

Aunque estaba muy adormecido, logré levantar un párpado.

–¿El té, Jeeves?

–No, señor. Es mistress Travers.

Y un momento después me pareció que entraba un huracán. Era mi querida pariente que, a las cinco de la mañana, transponía a todo vapor el umbral de mi habitación.

4

Se ha dicho con justicia de Bertram Wooster que, aunque considerase con ojos muy agudos y críticos incluso a los de su misma carne y sangre, sabía atribuir a cada uno su justo valor. Y si han seguido ustedes atentamente estas memorias mías, recordarán que a menudo se me ha presentado la ocasión de afirmar enérgicamente que la tía Dahlia es, en realidad, una buena persona.

Recordarán que se casó con el viejo Tom Travers en secondes noces, me parece que se dice así, el año en que Bluebottle ganó el Cambridgeshire, y que me indujo a escribir en el periódico que ella dirige, Milady's Boudoir, un artículo sobre «Lo que lleva el hombre bien vestido». Es una persona genial, de espíritu amplio, con quien se charla de buena gana. En su conformación espiritual no hay huella alguna de la violencia que, por ejemplo, hace temible a la tía Agatha, la cual constituye una pesadilla para las casas de campo y una amenaza para toda la humanidad. Experimento la máxima estimación hacia la tía Dahlia, y jamás ha vacilado mi cordial aprecio por su bondad, por su carácter, por su amabilidad en general.

Establecido esto, pueden ustedes imaginarse cuán atónito me quedé al verla a mi cabecera en aquella hora desacostumbrada, tanto más cuanto que, habiendo sido huésped suyo varias veces en su casa, sospechaba que debía de conocer perfectamente mis costumbres y saber, entre otras cosas, que no recibo a nadie antes de tomar mi taza de té por la mañana. Esta irrupción en mi alcoba, precisamente cuando se sabe que descanso y soledad son necesarios, convendrán conmigo en que no es una acción propia de una persona educada.

Además, ¿qué había venido a hacer a Londres? Yo me lo preguntaba. Nadie puede esperar que una mujer concienzuda, de regreso bajo el techo conyugal después de una ausencia de siete semanas, lo abandone enseguida, a toda prisa, al día siguiente de su llegada. Todos han de imaginársela atareada en su casa, atenta con el marido, ocupada en hablar con el cocinero, en darle de comer al gato y en cepillar a su pomerano..., en suma, en ponerlo de nuevo todo en orden. Aunque tenía los ojos muy turbios, logré, hasta el límite que me lo permitían mis párpados pegados entre sí, lanzarle una mirada severa y desaprobatoria.

No pareció darse cuenta.

–¡Despierta, Bertie, bobalicón! –gritó con una voz que me traspasó de la frente a

la nuca.

La tía Dahlia tiene el defecto de dirigirse a la persona que tiene enfrente como si estuviese a un kilómetro de distancia galopando en pos de los galgos. Naturalmente, es un resabio de los tiempos en que consideraban perdidas las jornadas que no hubiesen transcurrido persiguiendo algún desventurado zorro en campo abierto.

Le lancé otra mirada llena de reproche y severidad, y esta vez la notó. Mas produjo el efecto de iniciar una discusión de índole personal.

–No me guiñes los ojos de ese modo indecente, Bertie –dijo–. No sé si tienes la más mínima idea de tu aspecto; verdaderamente despreciable. Pareces algo entre una orgía cinematográfica y una ínfima criatura de charca. ¡Quién sabe dónde te habrás metido esta noche!

–He ido a una recepción oficial –contesté fríamente–. A la fiesta de Pongo Twistleton. No podía faltar. Noblesse oblige.

–Está bien. ¡Levántate y vístete!

Pensé que no había oído bien.

–¿Que me levante y me vista?

–Sí.

Di media vuelta sobre la almohada con un leve gemido y en esta contingencia entró Jeeves con la bebida vivificadora. La agarré como un hombre que se está ahogando agarra un sombrero de paja. Bebí un sorbo largo... y me sentí, no diré aliviado, porque no es un sorbo de té lo que puede entonar a un individuo que ha ido a una fiesta como la del cumpleaños de Pongo Twistleton, pero, por lo menos, bastante semejante al Bertram habitual, para poder tomar en consideración la bomba que me caía encima.

Y cuanto más cavilaba, más se me escapaba la clave de la cuestión.

–Pero ¿qué es esto, tía Dahlia? –pregunté.

–A mí me parece té –fue la respuesta–. Pero tú debes saberlo mejor que yo ya

que lo estás bebiendo.

Si no hubiese temido derramar la saludable bebida, habría hecho, sin duda, un ademán de impaciencia. Lo notaba.

–No hablo del contenido de esta taza –dije–. Hablo de todo esto, es decir, de tu irrupción, de tu orden de levantarme y de vestirme, y de todo lo demás.

–He hecho irrupción, como tú dices, porque mis telegramas no han surtido, según parece, efecto ninguno. Te he dicho que te levantes y te vistas, porque quiero que te levantes y te vistas. He venido a buscarte. ¡Vaya cara tan dura, decirme en un telegrama que vendrías el año próximo o algo semejante! Vendrás enseguida. He encontrado un trabajo para ti.

–Pero ¡si no lo quiero!

–Lo que tú quieres y lo que vas a tener, mi querido muchacho, son dos cosas muy diferentes. Hay en Brinkley Court un trabajo para el que hace falta un hombre. Estate preparado, hasta el último botón, dentro de veinte minutos.

–Pero no es posible que esté listo dentro de veinte minutos. No me encuentro bien.

Pareció reflexionar.

–Sí –dijo–, creo conveniente concederte un día o dos para que te repongas. Te espero el día treinta, a lo más tardar.

–Pero ¡que Dios te ampare! ¿De qué se trata? ¿Qué entiendes por trabajo? ¿Qué clase de trabajo?

–Te lo diré si te callas un minuto. Se trata de un trabajo fácil y agradable que seguramente te gustará. ¿Nunca has oído hablar del instituto Market Snodsbury?

–Nunca.

–Es un instituto en Market Snodsbury.

Le hice observar fríamente que ya lo había adivinado.

–¿Y cómo podía imaginar que un hombre de tu mentalidad lo comprendería tan rápidamente? –protestó ella–. Está bien. Pues el instituto Market Snodsbury es el instituto de Market Snodsbury, como has adivinado. Yo soy uno de los directores.

–Querrás decir una de las directoras.

–No, no me gusta decir una de las directoras. Escúchame bien, so zopenco. Había un consejo de directores en Eton, ¿verdad? Pues bien, también lo hay en el instituto de Market Snodsbury, y yo soy uno de sus miembros. Me han sido confiados los preparativos para la entrega de premios de fin de curso. Este reparto tendrá lugar el último día de clase, es decir, el treinta y uno de este mes. ¿Está claro?

Bebí un sorbo de mi vivificador elixir y bajé la cabeza en señal de asentimiento. Incluso después de la fiesta de Pongo Twistleton me hallaba en condiciones de captar una cosa sencilla como ésa.

–Te comprendo perfectamente. Veo con claridad de qué se trata. Market... Snodsbury... Instituto... Consejo de directores... Entrega de premios... Está bien. Pero ¿qué tengo que ver yo con todo eso?

–Tú tendrás que entregar los premios.

Bizqueé. Aquellas palabras me parecían desprovistas de sentido. Me parecían el inconexo y delirante discurso de una persona que hubiese permanecido demasiado tiempo bajo el sol sin llevar sombrero.

–¿Yo?

–Tú.

De nuevo bizqueé.

–Pero ¿hablas de mí?

–De ti en persona.

Por tercera vez bizqueé.

–Estás bromeando.

–No bromeo en lo más mínimo. Debía encargarse de ello el pastor, pero al regresar de mi viaje encontré una carta en la que me comunicaba que se había dislocado un tobillo y entonces tuve que renunciar a él. Puedes suponer lo desconcertada que me quedé. Telefoneé a todo el mundo, pero nadie quiso aceptar. Y repentinamente me acordé de ti.

Decidí cortar por lo sano. Nadie está más dispuesto que Bertram Wooster a hacer favores a tías dignas de estimación, pero todo tiene un límite.

–Así pues, ¿imaginas que debería entregar unos premios en tu viejo Dotheboys Hall?

–Exacto.

–¿Y echar un discurso?

–Eso es.

Reí irónicamente.

–¡Por el amor de Dios! No empieces a hacer gargarismos ahora. Se trata de una cosa seria.

–Me reía.

–¡Oh! ¿De veras? Me encanta ver que te tomas las cosas alegremente.

Rectifiqué en el acto.

–Irónicamente. No lo haré. Decididamente, no quiero hacerlo.

–Lo harás, joven Bertie, o no volverás a cruzar el umbral de mi casa. Y ¿sabes qué significa eso? Se acabaron para ti las comidas de Anatole.

Un gran escalofrío me recorrió de arriba abajo. Ella aludía a su chef, un artista. Un rey en su profesión, insuperable, tendría que decir inigualable, especialista en elaborar los víveres de un modo que se deshacían en la boca del consumidor. Siempre había ejercido sobre mí el efecto de un imán, haciéndome correr a

Brinkley Court con la lengua colgando. Muchos de los momentos más felices de mi vida habían transcurrido degustando los asados y los picadillos de aquel hombre, y la perspectiva de verme privado de ellos para siempre era realmente aterradora.

–¡Oh, no!

–Ya me imaginaba que eso te sacudiría, cerdito glotón.

–No comprendo qué relación pueden tener los cerditos glotones con el modo de apreciar los guisos de un genio.

–Confieso que a mí también me gusta –admitió mi parienta–. Pero si te niegas a hacer un sencillo, fácil y agradable trabajo, no volverás a probar ni un solo bocado de sus guisos. No volverás a sentir siquiera su olor.

Me veía convertido en una fiera presa en la trampa.

–Pero ¿por qué me quieres precisamente a mí? ¿Qué soy yo? Pregúntatelo un momento.

–Me lo he preguntado a menudo.

–En fin, no soy el tipo adecuado. Para entregar premios hace falta una persona de aspecto imponente. Me parece recordar que cuando yo estaba en la escuela lo hacía, por lo general, un primer ministro o algo por el estilo.

–¡Ah, pero se trataba de Eton! En Market Snodsbury no somos tan exigentes. Basta llevar botines para impresionar a la gente.

–¿Por qué no se lo dices al tío Tom?

–¡Al tío Tom!

–¿Por qué no? Lleva botines.

–Bertie –dijo ella–, te explicaré por qué no puedo decírselo al tío Tom. ¿Recuerdas que perdí todo aquel dinero jugando al bacarrá, en Cannes? Pues bien: es necesario que le haga un poco la corte a tu tío Tom, antes de darle la noticia. Si inmediatamente después le pido que se ponga los guantes color

lavanda, la chistera y que venga a entregar los premios al instituto de Market Snodsbury, habrá un divorcio en la familia. Huirá como un conejo, dejándome una carta clavada con un alfiler sobre la almohada. No, querido, te toca a ti. Vale más que te resignes.

–Pero, tía Dahlia, escucha la voz de la razón. No has escogido al hombre conveniente. En estos casos soy completamente incapaz de nada. Que Jeeves te explique lo que pasó cuando me arrastraron a pronunciar un discurso en una escuela de muchachas. Hice un papel colosal de asno.

–Y estoy convencida de que lo harás también el treinta y uno de este mes. Por eso te he elegido. Creo que como el acto será un chasco, más vale que el chasco haga reír. Me divertiré viéndote entregar los premios, Bertie. Bien, basta por ahora: supongo que querrás hacer tu gimnasia sueca. Te espero dentro de un día o dos.

Y con estas despiadadas palabras, se eclipsó dejándome presa de las más tristes emociones. Era la natural reacción a la fiesta de Pongo. No exagero si digo que tenía el alma completamente deshecha.

Y estaba sumido en la más negra desesperación, cuando se abrió la puerta y compareció Jeeves.

–Míster Fink-Nottle desea verle, señor –anunció.

5

Acogí esta comunicación con una de mis famosas miradas.

–Jeeves –dije–. ¡No esperaba esto de usted! Sabe que esta noche me he acostado tarde y que acabo de tomar el té, conoce perfectamente el efecto que puede producir la sonora voz de la tía Dahlia en un individuo que tiene dolor de cabeza y ¡viene usted a anunciarme a Fink-Nottle! ¿Le parece que es momento para un Fink-Nottle?

–El señor me dijo que quería ver a míster Fink-Nottle para aconsejarle sobre sus asuntos.

He de admitir que esta observación dio nuevo rumbo a mis pensamientos. En la intensidad de mis sensaciones me había olvidado totalmente de que la suerte de Gussie estaba en mis manos, lo cual cambiaba por completo el aspecto del asunto. ¿Cómo es posible condenar al ostracismo a un cliente? ¿Se imaginan a Sherlock Holmes rehusando conceder audiencia por haber participado la noche anterior en una fiesta con ocasión del cumpleaños del doctor Watson? Habría preferido que aquel individuo hubiera elegido otra hora para venir a consultarme, pero ya que él, como los pájaros, abandonaba el nido de madrugada, decidí recibirle.

–Está bien –dije–. Hágale pasar.

–Muy bien, señor.

–Pero, antes, tráigame una de sus bebidas especiales.

–Muy bien, señor.

Y al poco rato volvió con la saludable bebida.

Creo haber tenido ocasión, antes de ahora, de hablar de esos brebajes especiales de Jeeves y del efecto que producen, a la mañana siguiente de una juerga, sobre quien se siente colgado de la vida por un hilo. No puedo decir en qué consisten. Él dice que contienen una salsa determinada, una yema de huevo cruda y pimentón, pero yo estoy convencido de que tiene que estar mezclada también alguna otra sustancia más misteriosa. De todos modos, el efecto que producen,

apenas trasegados, resulta extraordinario.

Durante un segundo te quedas en suspenso reteniendo el aliento, como si toda la creación dependiese de ti. Luego, súbitamente, te sobresaltas como si hubiese sonado la última Trompeta y el Juicio Final hubiese tenido principio con extrema severidad.

Todas las partes del cuerpo parecen pasto de las llamas. El abdomen te pesa como si estuviese repleto de lava fundida. Te quedas aturdido como si un viento huracanado soplase sobre la tierra y un martillo candente te golpeara la nuca. Durante esta fase, los oídos retumban con violencia, los globos oculares giran y la frente experimenta una sensación de hormigueo.

Y entonces, cuando uno se cree obligado a llamar al notario para arreglar los asuntos antes de que sea demasiado tarde, la situación comienza a esclarecerse. El viento amaina, los oídos dejan de silbar, los pajaritos gorjean. Suena una banda. Se percibe el sonido de los instrumentos de viento. El sol aparece, de golpe, en el horizonte.

Y al cabo de un instante sobreviene una gran paz.

Mientras acababa de vaciar el vaso, la vida volvía a florecer en mí. Recuerdo que Jeeves, quien tiene un modo de hablar muy exacto, aunque a veces se salga de tono en cuestión de trajes y de consejos a los enamorados, lo comparó una vez a alguien que, librándose de las losas sepulcrales, accediese a altas esferas. Eso era lo que me sucedía a mí en aquel momento. Sentía que el Bertram Wooster que yacía sobre las almohadas se había vuelto otro Bertram Wooster, más fuerte y más hermoso.

–Gracias, Jeeves –dije.

–No hay de qué, señor.

–El resultado ha sido espléndido. Ahora me siento en condiciones de enfrentarme con los problemas de la vida.

–Me alegro mucho, señor.

–¡Lástima que no bebiera una dosis antes de hablar con la tía Dahlia! Pero de nada sirve deplorarlo. Hábleme de Gussie. ¿Qué tal le fue en el baile de

máscaras?

–No llegó a ir, señor.

Le miré severamente.

–Jeeves –dije–. Admito que después de su brebaje me encuentro mucho mejor. Pero ¡no se fíe demasiado! No está bien que se quede usted cerca de mi lecho de dolor, contándome cuentos. Metimos a Gussie en un taxi y partió en dirección al baile de máscaras. Seguro que llegó.

–No, señor. Según supe por boca de míster Fink-Nottle, entró en el taxi convencido de que la fiesta a la que estaba invitado debía celebrarse en el número 17 de Suffolk Square, y en cambio, era en el número 71 de Norfolk Terrace. Estas aberraciones de la memoria no son raras en individuos que, como míster Fink-Nottle, pertenecen esencialmente al llamado tipo «soñador».

–Podría llamársele también el tipo que siempre piensa en las musarañas.

–Sí, señor.

–¿Y qué más?

–Al llegar al número 17 de Suffolk Square, míster Fink-Nottle intentó en vano pagar la carrera.

–¿Y qué se lo impidió?

–El hecho de no tener dinero, señor. Descubrió que lo había dejado, junto con la tarjeta de invitación, sobre la repisa de la chimenea de su dormitorio, en casa de un tío suyo, donde se hospeda. Ordenó al taxista que aguardase, tocó el timbre, y al criado que fue a abrirle le dijo que pagara la carrera, añadiendo que era uno de los invitados a la fiesta. El criado negó la existencia de bailes por aquellos parajes.

–¿Y le dejó en la calle?

–Sí, señor.

–¿Y después?

–Míster Fink-Nottle volvió a subir al coche y dio las señas de la casa de su tío.

–Era una justa inspiración. No tenía más que tomar dinero y tarjeta y estaría al cabo de la calle, como suele decirse.

–Debí decirle, señor, que míster Fink-Nottle había olvidado también la llave de la casa sobre la repisa de la chimenea de su habitación.

–Le bastaba con tocar el timbre.

–Lo tocó, señor, durante un cuarto de hora largo. Luego recordó que, además de que la casa está oficialmente cerrada y el servicio de vacaciones, él había concedido también permiso al portero para que fuese a visitar a su hijo marinero, a Portsmouth.

–Un desastre, Jeeves.

–Sí, señor.

–Esos tipos soñadores existen, ¿verdad?

–Sí, señor.

–¿Y qué sucedió entonces?

–Míster Fink-Nottle comenzó a percatarse de que su posición con respecto al taxista se volvía equívoca. Las cifras del taxímetro habían alcanzado una suma notable y él se encontraba en la imposibilidad de saldar su deuda.

–Tenía que explicar lo que le había sucedido.

–No es posible dar explicaciones a los taxistas, señor. Si lo intenta sólo tropezará con un extraordinario escepticismo respecto a la buena fe.

–Yo hubiera puesto pies en polvorosa.

–La misma idea debió de ocurrírsele a míster Fink-Nottle. Procuró alejarse corriendo y el taxista, al intentar retenerle, le asió por el sobretodo. Míster Fink-Nottle logró librarse del sobretodo y parece ser que su aspecto, con el traje que llevaba, produjo un gran efecto sobre el taxista. Míster Fink-Nottle me dijo que

había oído una especie de silbido y, al volverse, vio al hombre doblado sobre sí mismo con las manos en el rostro. Míster Fink-Nottle cree que estaba rezando. Sin duda era un hombre ignorante, señor, un supersticioso o un borracho.

–Si no lo era ya, se habrá vuelto así poco después. Esperaría con impaciencia a que abriesen las tabernas.

–Es muy probable que en esas circunstancias sintiese necesidad de un reconstituyente, señor.

–También Gussie debía de hallarse en circunstancias análogas. ¿Qué diablos hizo? Londres, en las horas nocturnas, y lo mismo podría decir de las diurnas, no es un lugar acogedor para un hombre en traje escarlata.

–No, señor.

–Suscita comentarios.

–Sí, señor.

–Me imagino a ese desgraciado vagando por callejuelas ocultas, por desiertas avenidas, tropezando con los cubos de basura.

–Por lo que he podido comprender, según el relato de míster FinkNottle, debió de suceder algo semejante. Después de una noche agotadora pudo encontrar la casa de míster Sipperley, donde, por la mañana, consiguió asegurarse una residencia y una muda de traje.

Me apoyé en la almohada, frunciendo el entrecejo. Es muy hermoso pretender ayudar a los antiguos compañeros de escuela, pero, empeñándome en apoyar la causa de Gussie, que había sido capaz de embrollar el asunto de aquella manera, pensé que había adquirido un compromiso superior, quizá, a toda fuerza humana. Tenía la impresión de que Gussie necesitaba, más que el consejo de un hombre de mundo, una celda bien acolchada en Colney Hatch y un par de buenos enfermeros que le impidiesen, por si acaso, pegar fuego al edificio.

Por un momento sentí la tentación de renunciar a aquel asunto y volver a ponerlo en manos de Jeeves. Pero el orgullo de los Wooster me retuvo: cuando uno de nosotros emprende algo no envaina fácilmente su espada. Además, después del asunto de la chaqueta blanca, el acto más insignificante que pudiera aparecer

como una debilidad podría ser fatal.

–Supongo que se dará claramente cuenta, Jeeves –dije, porque, por muy desagradables que sean ciertas cosas, hay que decirlas–, de que todo esto ha sucedido por su culpa.

–¿Señor?

–Es inútil decir «¿Señor?». Bien sabe cómo han sucedido los hechos. Si usted no hubiera insistido en que Gussie fuera a esa fiesta, lo que a mí enseguida me pareció una locura, no habría sucedido nada de todo esto.

–Sí, señor, pero confieso que no preveía...

–Es necesario preverlo siempre todo, Jeeves –dije en un tono lleno de severidad–. Créame, no hay otro medio para lograr un buen fin. Si le hubiera permitido llevar un traje de Pierrot, el asunto habría tomado otro cariz. Un traje de Pierrot tiene bolsillo. Sea como fuere –continué más amablemente–, es demasiado tarde para discutirlo. Y ya hemos ganado algo si lo sucedido sirve para demostrarle a usted lo que implica ir por ahí con un traje escarlata. ¿Ha dicho que Gussie aguarda ahí fuera?

–Sí, señor.

–Pues bien, que pase y veré qué se puede hacer por él.

6

El aspecto de Gussie revelaba, bien a las claras, su reciente y triste experiencia. Tenía la faz pálida, los ojos hinchados, las orejas gachas; en conjunto, parecía un hombre que ha entrado en un horno y ha sido arrastrado por la maquinaria. Me incorporé sobre las almohadas y le miré atentamente. Me pareció que en aquel momento era indispensable una rápida ayuda y me preparé para estar a la altura de la situación.

–¿Qué hay, Gussie?

–Hola, Bertie.

–Hola.

–Hola.

Realizados los saludos, creí llegado el momento de tratar delicadamente lo sucedido.

–Me han informado de que te ha ocurrido un incidente.

–Sí.

–Por culpa de Jeeves.

–No fue culpa de Jeeves.

–Sí; todo fue por culpa de Jeeves.

–No lo creo. Yo me olvidé el dinero y la llave.

–Y ahora convendría que olvidaras también a Jeeves –le dije, pensando que sería preferible informarle enseguida del estado de la cuestión–. Te interesará saber, Gussie, que ha dejado de ocuparse de tu problema.

Pareció quedar anonadado. Con la barbilla más caída y las orejas más gachas, si antes se asemejaba a un pescado, ahora recordaba a esos animales que, muertos un año antes y abandonados en una playa desierta, han quedado expuestos a los vientos y las mareas.

–¿Cómo?

–Sí.

–No pretenderás decir que Jeeves no...

–Eso es.

–¡Por todos los diablos!

Fui amable, pero resuelto.

–Todo marchará mejor sin él. La terrible experiencia que has sufrido debe haberte convencido de que Jeeves necesita un descanso. El más inteligente de los pensadores puede a veces salirse de madre. Eso es lo que le ha sucedido a Jeeves; lo estoy notando hace algún tiempo. Ya no está en forma: necesita lubrificar sus engranajes. Comprendo que es un gran golpe para ti. De todos modos, supongo que esta mañana habrás venido aquí para pedirle consejo.

–Naturalmente.

–¿Y respecto a qué?

–Madeline Bassett se ha ido a pasar unos días al campo, a casa de unos amigos. Quería saber su opinión sobre lo que debo hacer.

–Bueno. Como te he dicho, Jeeves queda descartado.

–¡No fastidies, Bertie!

–En suma –dije con cierta aspereza–, Jeeves no volverá a intervenir. Yo seré quien se ocupe de ti.

–Pero ¿qué diablos puedes hacer tú?

Oculté mi resentimiento. Nosotros, los Wooster, tenemos un espíritu muy amplio. Sabemos ser indulgentes con individuos que han vagabundeado por Londres durante una noche con traje escarlata.

–Eso ya lo veremos –dije con calma–. Siéntate y discutamos. Me siento obligado a decirte que el asunto me parece muy sencillo. ¿Dices que la muchacha se ha

ido al campo, a casa de unos amigos? Me parece obvio que vayas allí también tú y que te pegues a ella como una cataplasma. Eso es elemental.

–¡Pero no puedo plantar mi tienda en casa de unos desconocidos!

–¿No conoces a esa gente?

–Claro que no. No conozco a nadie.

Apreté los labios. Aquello complicaba un poco el asunto.

–Lo único que sé es que se llaman Travers y que viven en Brinkley Court, en Worcestershire.

Entreabrí los labios.

–Gussie –dije en tono paternal–, fue un día afortunado para ti aquel en que Bertie Wooster se interesó por tus asuntos. Como preví desde el principio, puedo arreglarlo todo. Hoy mismo, por la tarde, podrás ir a Brinkley Court como huésped de honor.

Pareció temblar como la gelatina. Mis actuaciones siempre me han parecido una perturbadora experiencia para un novato.

–Pero, Bertie, ¿quieres decir que conoces a los Travers?

–Travers es mi tía Dahlia.

–¡Válgame Dios!

–¿Comprendes ahora –insistí– la fortuna que has tenido al contar con mi ayuda? Te diriges a Jeeves y ¿qué hace? Te viste con un traje escarlata y te cubre la cara con las más absurdas barbas que he visto en mi vida, para enviarte a un baile de máscaras. Resultado: agonía del espíritu y ningún progreso. Tomo yo la dirección, y al instante te dirijo por el buen camino. La tía Dahlia no es tía suya. ¡Te debe bastar con eso!

–¡Dios mío, Bertie, no sé cómo agradecértelo!

–No te preocupes, querido amigo.

–Pero digo yo...

–¿Qué hay?

–¿Qué deberé hacer una vez allí?

–Si conocieras Brinkley Court no me harías esa pregunta. En aquellos románticos parajes no puedes fracasar. Los más fogosos amantes, a través de los tiempos, han cimentado sus aventuras en Brinkley Court. El lugar está, sencillamente, saturado de amor. Te pasearás con la muchacha por las sombreadas avenidas, bajarás con ella por los prados umbrosos, remarás con ella en el lago. Y, poquito a poco, llegarás al punto en que...

–¡Santo cielo! ¡Me parece que tienes razón!

–¡Claro que tengo razón! Me he prometido tres veces en Brinkley Court y, aunque el hecho no haya tenido ulteriores consecuencias, no por eso deja de subsistir. Y siempre había ido sin la más mínima intención de prometerme. Sin embargo, al poner el pie en el suelo de aquel romántico lugar, he aquí que doy caza a la primera muchacha que encuentro y pongo mi corazón a sus pies. Hay algo en el aire, allá abajo.

–Comprendo perfectamente qué quieres decir. Precisamente es lo que necesito. He de llegar a ese punto en que... Y en Londres, que el diablo se lleve esta ciudad, no es posible porque todos tienen mucha prisa.

–¡Claro que no! Aquí, si ves a la muchacha a solas cinco minutos al día, ya es mucho. Y si quieres pedirla en matrimonio has de emplear tu astucia, como para apoderarte de la sortija en un alegre juego de sociedad.

–¡Exacto! Londres aturde. Siento que en el campo seré un hombre completamente distinto. ¡Qué suerte que esta Travers haya resultado ser tía tuya!

–No sé qué pretendes decir con ese «haya resultado ser tía tuya». Lo ha sido siempre.

–Quiero decir lo extraordinario que resulta el que haya sido justamente tu tía quien invitase a Madeline.

–En absoluto. Madeline es amiga íntima de Angela. En Cannes se pasaba la vida

con nosotros.

–¡Oh! ¿Conociste a Madeline en Cannes? Caramba, Bertie –dijo la pobre salamandra con devoción–, hubiese querido verla en Cannes. ¡Qué hermosa debía de estar en vestido de baño! ¡Oh, Bertie!

–Hermosísima –dije algo fríamente. Ni con una bebida de Jeeves se pueden soportar historias de este tipo después de una noche tan difícil. Toqué el timbre y cuando compareció Jeeves le dije que me trajera papel y lápiz y redacté un telegrama dirigido a mi tía Dahlia para informarla de que aquel mismo día enviaba a mi amigo Fink-Nottle a gozar de su hospitalidad. Le di la hoja a Gussie.

–Deposítalo en la primera oficina de correos que encuentres –dije–. Mi tía lo encontrará a su regreso.

Gussie se marchó agitando en el aire el telegrama, con una expresión en la cara que recordaba a Joan Crawford, y yo, volviéndome hacia Jeeves, le hice una exacta relación de mi actividad.

–Muy sencillo, como puede darse cuenta, Jeeves. Nada enrevesado.

–No, señor.

–Nada estudiado, retorcido, estrafalario; un remedio puramente natural.

–Sí, señor.

–Éste será el punto de partida para las palabras liberadoras. ¿Cómo define usted la situación de dos personas de sexo opuesto que están en continuo contacto en un lugar remoto encontrándose todos los días y viéndose a cada instante?

–¿Es proximidad la palabra que usted busca, señor?

–Exactamente. Yo, en este juego, apuesto por la proximidad, Jeeves. La proximidad llevará a Gussie a la victoria. Por el momento, como sabe, Gussie tiembla como una gelatina en presencia de la muchacha. Pero pregúntese qué ocurrirá dentro de una semana o dos, después de que Madeline y él hayan saboreado, para desayunar, las mismas salchichas, en la misma mesa, durante días y días consecutivos. Y hayan cortado el mismo jamón, se hayan servido de

los mismos riñones, del mismo...

Me interrumpí bruscamente a causa de una de mis repentinas ideas.

–¡Diantre, Jeeves!

–¿Señor?

–Éste es un caso en el que se debe pensar en todo. Me ha oído mencionar las salchichas, los riñones, el jamón...

–Sí, señor.

–Pues bien, nada de todo eso. Sería fatal. Un error tremendo. Deme aquella hoja y un lápiz. Es necesario que advierta inmediatamente a Gussie. Tiene que crear en la mente de la muchacha la impresión de que languidece de amor por ella. Y esto no se puede hacer tragando salchichas.

–No, señor.

–¡De acuerdo!

Cogí papel y lápiz y escribí:

Fink-Nottle

Brinkley Court

Market Snodsbury

Worcestershire

Suprime salchichas. Evita jamón. Bertie.

–Hay que enviarlo inmediatamente, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Volví a caer sobre las almohadas.

–¿Ve, Jeeves –dije–, cómo trato todo este asunto? Observe cómo lo he cogido

entre mis manos. ¿Se da cuenta de que merecería la pena que estudiara mis métodos?

–No cabe duda, señor.

–¡Y todavía no conoce usted toda la profundidad de la astucia que he sabido poner en obra en esta ocasión! ¿Sabe por qué se ha presentado aquí la tía Dahlia esta mañana? Ha venido para decirme que he de entregar los premios en un estúpido instituto del cual es directora, allá en Market Snodsbury.

–¿De veras, señor? Temo que ese encargo no le resulte muy agradable al señor.

–Oh, pero es que no lo haré yo. Se lo pasaré a Gussie.

–¿Señor?

–Me parece, Jeeves, que debo telegrafiar a la tía Dahlia comunicándole que no puedo acudir y sugiriéndole que puede lanzarlo a él, en mi lugar, en medio de esos jóvenes aplicados.

–Pero ¿y si míster Fink-Nottle rechaza el encargo, señor?

–¿Rechazar el encargo? ¿Se lo imagina negándose? Procure reproducir el cuadro mentalmente, Jeeves. Escena: la salita de Brinkley; Gussie, arrinconado en un ángulo; la tía Dahlia que se precipita encima emitiendo gritos de caza. Y ahora le pregunto, Jeeves: ¿puede imaginar que él rechace el encargo?

–No es fácil, desde luego, señor. Mistress Travers es una personalidad llena de fuerza.

–No le quedará otra opción; no podrá negarse. Podría encontrar en la fuga la única salvación, pero no puede, porque querrá permanecer cerca de miss Bassett. No, Gussie tendrá que aguantar a pie firme y yo me veré a salvo de un encargo cuyo solo pensamiento me hace estremecer. ¡Subir a un estrado y soltar un breve pero enérgico discurso a un grupo de necios escolares! Ya me ocurrió algo semejante tiempo atrás. ¿Se acuerda, Jeeves, de aquella vez en la escuela femenina?

–Oh, sí. Perfectamente, señor.

–¡Qué papel de asno hice entonces!

–Desde luego le he visto en condiciones más ventajosas, señor.

–Me parece conveniente, Jeeves, que me traiga otra dosis de dinamita. Me siento extraordinariamente débil, sólo por haber vislumbrado un peligro parecido.

Supongo que la tía Dahlia debió de tardar por lo menos tres horas en llegar a Brinkley Court, porque su telegrama se recibió bastante después del almuerzo. Estaba redactado en un momento de gran indignación, a raíz de recibir el mío.

Decía:

Consulto abogado para saber si estrangular sobrino idiota constituye delito. En caso negativo, ¡ay de ti! Tu proceder pasa de la raya. ¿Qué intentas echándome sobre los hombros a tus odiosos amigos? ¿Imaginas Brinkley Court colonia leprosos, o similar? ¿Quién es ese Spink-Bottle? Recuerdos. Travers.

Semejante reacción inicial era de prever. Repliqué de forma moderada:

No Bottle. Nottle. Respetos. Bertie.

Casi inmediatamente después del grito desesperado de la tía Dahlia debió de llegar Gussie, porque a los veinte minutos escasos me trajeron el siguiente telegrama:

Recibido tu telegrama cifrado. Dice: «Suprime salchichas, evita jamón.» Telegrafía inmediatamente clave. Fink-Nottle.

Repliqué:

También riñones. Adiós. Bertie.

Lo había apostado todo a que Gussie produciría una favorable impresión en la dueña de la casa. Lo esperaba así porque era un ser tímido, servicial, que pasa las tazas de té, ofrece las tostadas con mantequilla, siempre dice que sí; en suma, un individuo de la especie que las mujeres como la tía Dahlia aprecian enseguida. Y que di prueba de mi agudeza lo demostró el siguiente mensaje, en el que iba aumentando la dosis de amabilidad.

Helo aquí:

Bien; ese amigo tuyo ha llegado y debo decir que, a pesar de ser amigo tuyo, es menos intratable de lo que esperaba. Tiene algo del tipo cordero degollado; pero, en conjunto, decente y educado y muy instruido acerca de las salamandras. Pienso organizar una serie de conferencias con él por el vecindario. No obstante, me sorprende tu desfachatez. Tráete botines. Con cariño. Travers.

A lo que contesté:

Consultada agenda, imposible ir Brinkley Court. Lamento profundamente. Saludos. Bertie.

La respuesta fue catastrófica:

¡Ah! ¿Así estamos? ¿Conque la agenda? ¡Lamentas, un rábano! He de anunciarte, mi querido muchacho, que lo lamentarás más si no vienes. Si por un momento piensas zafarte así y no entregar los premios, andas equivocado. Siento enormemente Brinkley Court diste Londres doscientos cuarenta kilómetros no poderte alcanzar de una pedrada. Con cariño. Travers.

Entonces empleé un capital para la contestación. Vencer o perder. No era el momento de pensar en economías y me abandoné a mi inspiración sin cuidarme del gasto.

¡No, qué diantre! Escucha. Honradamente, no necesitas de mí. Haga Fink-Nottle el reparto: ha nacido ex profeso. Hará un papel magnífico. Estoy seguro de que Augustus Fink-Nottle como maestro de ceremonias el treinta y uno del corriente producirá sensación. No pierdas esta ocasión que acaso no se presente nunca más. Respetos. Bertie.

Al cabo de una hora de espera impaciente, llegó la buena nueva:

Está bien. Hay algo de cierto en lo que dices. Te considero un gusano traidor y despreciable, cobarde y bellaco, pero he acaparado a Fink-Nottle. Quédate donde estás y espero te atropelle un autobús. Con cariño. Travers.

Como pueden suponer, me sentí inmensamente aliviado. Un peso enorme se me quitó de encima, y me sentía excitado como si hubiese ingerido una de las bebidas de Jeeves. Mientras me vestía para la cena, canté; en Los Zánganos

estuve tan jaranero y alegre que provoqué algunas quejas, y cuando, al regresar a casa, me metí en la antigua cama, me quedé dormido cinco minutos después de haber tocado las sábanas, como un niño. Juzgaba concluido aquel fastidioso episodio.

Grande fue, pues, mi asombro cuando, al despertarme a la mañana siguiente y sentarme en el lecho para beber el té, vi encima de la bandeja otro telegrama.

El corazón me dio un vuelco. ¿Era posible que la tía Dahlia, durante la noche, hubiese cambiado de parecer? ¿Era posible que Gussie, incapaz de enfrentarse con una tarea semejante, hubiese huido en las horas nocturnas, descendiendo por las cañerías del agua? Con estos pensamientos, que formaban un torbellino en mi mente, abrí el despacho y, al leer su contenido, emití un grito ahogado.

–¿Señor? –dijo Jeeves, deteniéndose en el umbral de la habitación.

Volví a leer. Sí, lo había comprendido a la perfección. No, no me había engañado sobre su significado.

–Jeeves, ¿lo sabe ya?

–No, señor.

–¿Conoce a mi prima Angela?

–Sí, señor.

–¿Conoce al joven Tuppy Glossop?

–Sí, señor.

–Acaban de romper su compromiso de matrimonio.

–Lo siento señor.

–Este telegrama de la tía Dahlia me lo comunica. Me pregunto qué habrá pasado.

–No sabría explicárselo, señor.

–Es natural. No diga tonterías, Jeeves.

–No, señor.

Permanecí pensativo. Estaba realmente impresionado.

–Bien, esto significa que tendremos que ir a Brinkley Court hoy mismo. La tía Dahlia, naturalmente, está trastornada y mi deber es estar a su lado. Conviene que prepare usted el equipaje esta mañana y que salga en el tren de las doce y cuarenta y cinco llevándose las maletas. Yo estoy invitado a un almuerzo e iré más tarde, en coche.

–Muy bien, señor.

Otra leve reflexión.

–He de confesar que es un gran golpe para mí, Jeeves.

–No lo dudo, señor.

–¡Un grandísimo golpe! Angela y Tuppy..., parecían tan unidos como el papel al muro. ¡Vaya! La vida está llena de amargura, Jeeves.

–Sí, señor.

–Sin embargo, así están las cosas.

–Sin duda, señor.

–De acuerdo, Jeeves. Y ahora prepáreme el baño.

–Muy bien, señor.

7

Medité profundamente, aquella tarde, mientras viajaba hacia Brinkley Court en mi viejo dos plazas. La noticia de la ruptura entre Angela y Tuppy me había conmovido grandemente.

Su proyectado enlace siempre tuvo mi incondicional aprobación. Demasiado a menudo sucede que, cuando un joven amigo nuestro piensa unirse a una muchacha que conocemos, nos quedamos perplejos, frunciendo el entrecejo y mordiéndonos el labio inferior con expresión de duda, reflexionando sobre si debemos poner en guardia al uno o a la otra, o a los dos a la vez, cuando aún están a tiempo para cambiar de opinión.

Nada igual me había sucedido jamás respecto a Angela y Tuppy. Tuppy, cuando no hace el tonto, es un tipo excelente. Y su amor hubiera podido definirlo como dos corazones que laten al unísono.

Naturalmente, también ellos tuvieron disgustos. Por ejemplo, cuando Tuppy, con lo que él llamaba impávida franqueza, le dijo a Angela que con el sombrero nuevo se parecía a un pequinés. Pero en el balance de las novelas de amor es menester dejar un amplio margen para las inevitables vulgaridades, y supuse que Tuppy, después del incidente, habría aprendido también la lección, y pronosticaba el futuro de los dos novios como un prolongado canto armonioso.

Y, repentinamente, sobreviene la ruptura de las relaciones amatorias.

Empleé toda la ingeniosidad del cerebro de un Wooster para procurar explicarme lo acaecido, pero me atormentaba la duda de lo que hubiera podido provocar la explosión y pisaba continuamente el acelerador para llegar lo más pronto posible al lado de la tía Dahlia y saber, por boca de la misma protagonista, la historia completa. Puesto que mi seis cilindros funcionaba perfectamente, me hallé en la intimidad de la familia antes de la hora del aperitivo de la noche.

Me pareció que la tía Dahlia se alegraba de verme, más aún, incluso lo dijo. Declaración que ninguna otra tía hubiera hecho, puesto que la habitual reacción de esas queridas parientes ante la llegada de Bertram es una mezcla de malestar y espanto.

–Has sido muy amable al venir, Bertie.

–Mi puesto está a tu lado, tía Dahlia –contesté.

Su rostro, frecuentemente risueño, aparecía nublado y brillaba por su ausencia la acostumbrada sonrisa genial. Estreché su mano con simpatía para hacerle comprender que mi corazón sangraba con el suyo.

–Mal asunto este, mi querida parienta –dije–. Temo que hayas vivido unos malos momentos. ¡Esta historia debe de haberte deprimido!

Resopló sensiblemente. Tenía el aspecto de una tía que acabara de darle un bocado a una ostra en mal estado.

–Deprimido, ésa es la palabra. No he tenido un momento de tranquilidad desde que regresé de Cannes y volví a pisar este maldito umbral –dijo la tía Dahlia, recobrando el enérgico lenguaje de las partidas de caza–. Todo está hecho un lío. Primero estuvo la historia de la entrega de premios.

Se interrumpió y me miró.

–Pensaba hablarte francamente acerca de tu proceder en este asunto, Bertie –dijo–, y tenía preparada una excelente colección de frases para soltarte. Pero, ya que has acudido así, espontáneamente, debo dejarte en paz. Y mucho más si pienso que quizá haya sido mejor que te eclipsaras de esa manera tan condenadamente cobarde en el momento en que debías cumplir una obligación, porque me parece que el tal Spink-Bottle lo hará muy bien. Siempre que pueda prescindir de las salamandras.

–¿Por qué? ¿Ha hablado de las salamandras?

–Ha hablado. Mirándome con ojos resplandecientes y fulgurantes de marinero de los tiempos antiguos. Sin embargo, si sólo hubiera de soportar eso, ¡paciencia! Me atormenta lo que dirá Tom en el momento en que se crea obligado a mostrarse locuaz.

–¿El tío Tom?

–Me gustaría que te acostumbraras a llamarle con cualquier otro nombre, pero no el tío Tom –dijo la tía Dahlia, algo despechada–. Cada vez que le llamas así me parece que veo a un negro dispuesto a tocar el banjo. ¡Sí, el tío Tom, si así lo prefieres! Pronto tendré que informarle de la pérdida del dinero al bacarrá y

temo que salte como un cohete.

–Bueno, ya sabes que el tiempo lo cura todo...

–¡Al diablo el tiempo que lo cura todo! He de sacarle un cheque de quinientas libras, lo más tarde el tres de agosto, para Milady's Boudoir.

Me sentí preocupado. Aparte del natural interés del sobrino hacia un elegante periódico de su tía, mi corazón albergaba un punto sensible para este Milady's Boudoir desde que publicara mi artículo «Lo que lleva el hombre bien vestido». Acaso fuera sentimentalismo, pero nosotros, los periodistas, tenemos esas debilidades.

–¿Está en apuros el Boudoir?

–Lo estará si Tom no afloja los cordones de su bolsa. Hay que ayudarlo hasta que supere la curva.

–Pero ¿no tenía que superarla hace dos años?

–Sí, pero aún sigue en el mismo punto. Hasta que no hayas dirigido un periódico para señoras, no sabrás cuántas son las curvas.

–¿Y crees que hay pocas esperanzas de conmover al tío Tom con mimos conyugales?

–Te diré, Bertie. Hasta ahora, cuando necesitaba algún subsidio, siempre lo obtuve acercándome a Tom con la actitud alegre y confiada del hijito único que pide al indulgente padre un bombón de chocolate. Pero precisamente ahora ha recibido de la Oficina de Impuestos la notificación de un aumento de impuestos de cincuenta y ocho libras, un chelín y tres peniques, y desde que he regresado sólo habla de ruina, de la siniestra tendencia de la legislación socialista y de lo que nos sucederá a todos.

Comprendía perfectamente. El tío Tom tiene una peculiaridad que he observado en otras personas: si se le impone un tributo, aunque sea muy insignificante la suma, lanzará unos gritos que se oirán al otro lado del mundo. Tiene dinero a montones, pero no quiere oír hablar de desprenderse de nada.

–De no ser por el arte culinario de Anatole, no creo que fuese posible seguir

adelante. Gracias al cielo, está Anatole.

Incliné la cabeza reverentemente.

–¡Dios guarde a Anatole!

–Amén –contestó la tía Dahlia.

Muy pronto, sin embargo, desapareció de su rostro la expresión de felicidad extática que siempre produce dejar que la mente divague, aunque sea por breve tiempo, sobre el arte culinario de Anatole.

–Pero no me distraigas de la cuestión –agregó ella–. Te estaba diciendo que los cimientos han comenzado a temblar desde mi regreso. Primero, la entrega de premios; luego, Tom, y ahora, para colmo, la maldita pelea entre Angela y el joven Glossop.

Asentí gravemente.

–Lo he sentido muchísimo al saberlo. Un golpe muy grave. Y ¿cuál ha sido la causa?

–Los tiburones.

–¿Eh?

–Los tiburones... O, mejor dicho, el tiburón. Aquella bestia que acometió a Angela mientras practicaba esquí acuático.

Desde luego, lo recordaba. Un hombre sensible no olvida que su prima ha corrido el riesgo de ser devorada por un monstruo de las profundidades marinas. El episodio estaba siempre vivo en mi memoria.

Lo explicaré brevemente. Ustedes saben en qué consiste el esquí acuático sobre tabla. Una lancha motora avanza a toda velocidad arrastrando una cuerda. Tú estás sobre una tabla, sujetando la cuerda, y la lancha te arrastra a ti también. A veces, pierdes el contacto con la cuerda y te precipitas en el agua, y entonces tienes que nadar para volver a colocarte sobre la tabla.

Un ejercicio muy necio, a mi modo de ver, pero hay quien lo encuentra

divertido.

Pues bien, en la ocasión referida, Angela acababa de volverse a subir sobre la tabla, después de una zambullida, cuando el tiburón, acercándose, le dio un violento coletazo que la hizo caer de nuevo al agua. Tardó algún tiempo en hacerle comprender al tipo de la lancha lo que había sucedido y que éste corriese en su ayuda. Durante ese intervalo, pueden figurarse su temor.

Según Angela, aquel aletudo ejemplar continuó amenazando sus piernas, sin descanso, hasta el punto de que, cuando finalmente llegó el socorro, ella más parecía una almendra salada que un ser humano. La pobre muchacha había quedado muy trastornada y, durante varias semanas, no sabía hablar de otra cosa.

–Recuerdo muy bien el incidente –dije–. Pero ¿qué tiene que ver con esta ruptura?

–Anoche Angela estaba contándole lo sucedido a su novio.

–¿Y qué?

–Tenía los ojos brillantes y las manitas estrechamente enlazadas con una excitación muy juvenil.

–Naturalmente.

–Y en vez de demostrarle la simpatía y la comprensión a que tenía derecho, ¿qué te figuras que hizo el maldito Glossop? Permaneció escuchando como un zoquete, y cuando hubo terminado, separó la boquilla de los labios y dijo: «Seguro que no era más que un pedazo de madera flotante.»

–¡No!

–¡Sí! Y cuando Angela le describió de qué modo el animal se había abalanzado sobre ella, intentando morderla, separó nuevamente la boquilla de los labios y dijo: «¡Ah! Tal vez fuera un rodaballo inofensivo que tenía ganas de jugar.» Y ahora, ¡dime tú! ¿Qué hubieras hecho en lugar de Angela? Ella tiene orgullo, sensibilidad y todas las reacciones naturales en una verdadera mujer. Le dijo que era un asno, un estúpido, un idiota y que no sabía lo que estaba diciendo.

Confieso que la muchacha tenía toda la razón. Sólo una vez en la vida sucede un

hecho sensacional, y cuando sucede no es agradable que alguien intente quitarle el sabor de la emoción. Recuerdo haber tenido que leer en la escuela algo en que se hablaba de un tal Otelo que le cuenta a una muchacha todas las peripecias que ha pasado con los caníbales o algo semejante. Imaginen ahora sus sentimientos si, después de haber relatado un emocionante encuentro con un jefe caníbal, y mientras espera un asombrado y temeroso: «¡Oh! ¿De veras?», la muchacha le hubiese dicho que sin duda había exagerado y que aquel jefe, según todas las probabilidades, era sólo alguna prominente vegetación local.

Sí, sí. Comprendía perfectamente a Angela.

–Pero supongo que él daría marcha atrás, al darse cuenta de que la ofendía.

–En absoluto. Continuó discutiendo. Y, gradualmente, subieron al punto en que ella le dijo que, para no volverse gordo como un cerdo, tenía que renunciar a las comidas pesadas, y hacer mucho ejercicio por las mañanas, y en que él criticó la costumbre, sumamente deplorable, que tienen las muchachas modernas de maquillarse la cara. Así continuaron durante un rato; luego, con una explosión, la sala se llenó con los diminutos fragmentos de su compromiso. Estoy fuera de mí. Gracias a Dios, has venido tú, Bertie.

–Nada hubiera podido retenerme lejos –repliqué–, sentía que me necesitabas.

–Sí.

–¡Claro está!

–O, mejor –dijo ella–, no a ti, naturalmente, sino a Jeeves. En cuanto sucedió el cataclismo, pensé en él. La situación reclama a Jeeves a voz en grito. Si en la historia de los humanos acontecimientos hubo un instante en que fue necesario un cerebro superior, es precisamente éste.

Me parece que si llego a estar de pie, me hubiera tambaleado, es decir, estoy seguro de ello. Pero no es tan fácil que suceda cuando uno está sentado en un sillón de brazos. Sólo mi cara pudo expresar la ofensa que estas palabras me habían ocasionado.

Antes de que ella las pronunciara, era todo yo azúcar y miel, me había portado como un sobrino compasivo dispuesto a cualquier cosa para ser útil. Ahora me volví de hielo y puse una cara resuelta y dura.

–¡Jeeves! –musité entre dientes.

–¡Jesús! –exclamó la tía Dahlia.

Me percaté de que no había comprendido.

–No he estornudado. He dicho: ¡Jeeves!

–¡Ah, sí, Jeeves! ¡Qué hombre! Voy enseguida a contárselo todo. No hay nadie que pueda compararsele.

Mi frialdad se acentuó.

–Quisiera llegar a un acuerdo contigo, tía Dahlia.

–¿A qué quieres llegar?

–A un acuerdo.

–¿De veras?

–Sí. Jeeves es un hombre acabado.

–¿Qué?

–Completamente. Ha perdido por completo su agudeza mental. Hace menos de una semana que hube de quitarle la iniciativa de un asunto, porque lo trataba de un modo perfectamente absurdo. De todos modos me ofende el presupuesto, si presupuesto es la palabra, de que Jeeves sea la única persona que posea cerebro. Me ofende el hecho de que todos le expongan sus cuitas sin consultarme y sin permitir que, de antemano, pueda formarme una idea de ello.

Y como la tía Dahlia quisiese hablar, la detuve con un ademán.

–Es cierto que, en el pasado, también yo juzgué útil dirigirme a Jeeves para que me aconsejara. Pero reclamo el derecho de echar también yo un vistazo a esos problemas, cuando se presentan, sin que todos consideren a Jeeves la única cebolla del huerto. A veces creo que Jeeves, quien evidentemente tiene en activo algunos éxitos, ha sido más afortunado que capaz.

–¿Te has peleado con Jeeves?

–Nada de eso.

–Me parece que sientes cierto resquemor hacia él.

–Te aseguro que no.

Sin embargo, tenía que admitir que era verdad en parte lo que ella afirmaba. Todo el día había estado juzgando a Jeeves con mucha severidad, y he aquí por qué.

Recordarán ustedes que él había tomado el tren de las doce y cuarenta y cinco, llevando consigo mi equipaje, mientras yo me quedaba en Londres para el almuerzo. Pues bien, antes de marcharme, mientras vagaba arriba y abajo por la casa, relampagueó en mi mente una extraña sospecha –provocada quizá por algo fraudulento observado en el hombre– y me pareció que alguien me murmuraba al oído que echara un vistazo al guardarropa.

Mis sospechas se habían confirmado. La chaqueta blanca estaba allí, colgada de su percha. Aquel perro no la había puesto en la maleta.

Como les podrán decir en Los Zánganos, no es sencillo llevarle la contraria a Bertram Wooster. Empaqueté la prenda con papel de estraza y la puse en el interior de mi coche, y ahora se hallaba en una silla del vestíbulo. Pero aquello no desvirtuaba el hecho de que Jeeves hubiese intentado hacerme una jugarreta, y seguramente mis palabras traicionaban cierto resentimiento.

–Nada violento –dije–, sólo lo que puede definirse como una frialdad pasajera. No hemos estado de acuerdo a propósito de mi chaqueta blanca con botones dorados y necesité afirmar mi personalidad. Pero...

–De todos modos, nada tiene que ver una cosa con la otra. Lo cierto es que estás diciendo muchas tonterías, pobrecito mío. ¿Que Jeeves ha perdido su agudeza mental? ¡Absurdo! ¿Cómo? ¡Si le he visto sólo un momento, a su llegada, y me han impresionado sus ojos, que brillaban con inteligencia! Me he dicho: «Confía en Jeeves.» Y lo haré.

–Mejor sería que me dejases ver qué puedo hacer yo, tía Dahlia.

–¡Dios me libre! Si empiezas a ocuparte del asunto, lo vas a echar todo a perder.

–Todo lo contrario. Has de saber que, mientras venía hacia acá, he reflexionado y archirreflexionado sobre el agobiante asunto de Angela y he urdido un plan basado en la psicología del individuo, que albergo la intención de poner en práctica lo más rápidamente posible.

–¡Oh, Dios mío!

–Mi experiencia de la naturaleza humana me dice que lo llevaré a buen fin.

–Bertie –exclamó la tía Dahlia en un tono que yo habría juzgado febril–, ¡déjalo correr, déjalo correr! ¡Por el amor de Dios, déjalo correr! Conozco de sobra tus planes. Supongo que se te ocurrirá la idea de tirar a Angela al lago y enviar al joven Glossop a salvarle la vida, o algo parecido.

–Nada de eso.

–Sin embargo, es propio de ti.

–Mi esquema es mucho más sutil. Déjame explicártelo.

–No, gracias.

–Me he dicho a mí mismo...

–Pero no me lo vas a decir a mí.

–Escucha un momento.

–No quiero.

–Muy bien, pues. Estoy mudo.

–Lo has estado desde niño.

Me di cuenta de que la discusión acabaría mal. ¡Era inútil continuarla! Hice un ademán y me encogí de hombros.

–Está bien, tía Dahlia –dije con frialdad–. Si no quieres que yo entre en escena, es asunto tuyo. Pero te pierdes un consejo intelectual. Y poco importa si te pareces a aquella serpiente sorda de las Escrituras que, como sin duda sabrás, cuanto más tocaban, menos bailaba. Yo llevaré adelante mi plan. Quiero

muchísimo a Angela y no ahorraré esfuerzo alguno para llevar un rayo de sol a su corazón.

–¡Bertie, eres un testarudo y nada más! Te lo repito: ¿quieres hacerme el favor de dejarlo correr? Sólo conseguirás empeorar las cosas.

Recuerdo haber leído en una novela histórica sobre un tipo, no sé exactamente si italiano o indio o de qué pueblo, que cuando oía decir algo equivocado lanzaba una mirada sonriente por debajo de los párpados entornados, y daba un papirotazo a una motita de polvo sobre el irreprochable encaje de Malinas que adornaba sus muñecas. Hice más o menos lo mismo. Me arreglé la corbata y sonreí con una inescrutable sonrisa de las mías. Luego me retiré y fui a dar una vuelta por el jardín.

La primera persona que encontré fue el joven Tuppy. Tenía la frente arrugada y lanzaba, sombríamente, unas piedras contra un tiesto de flores.

8

Creo haberles hablado ya del joven Tuppy Glossop. Era el fulano –¿recuerdan?– que, fingiendo ignorar nuestra amistad de la infancia, apostó una noche en Los Zánganos a que yo no podría atravesar la piscina colgándome de las anillas. Aquello era un juego de niños para un hombre de mi agilidad. Cuando vio que yo, naturalmente, lo estaba logrando a la perfección, retiró hacia atrás la última anilla y me hizo caer en el agua vestido de etiqueta.

Si digo que no me ofendí por esa mala acción merecedora de calificarse de «delito del siglo», mentiría. Me ofendió profundamente y mi humor estuvo alterado durante varias semanas.

Pero ya saben cómo son estas cosas. Las heridas se curan. El sufrimiento remite.

No les oculto que, en caso de presentárseme la oportunidad, habría dejado caer de buena gana una esponja mojada sobre la cabeza de Tuppy desde cualquier punto elevado, le habría metido una anguila en la cama o algo parecido. Pero no le guardaba rencor. Quiero decir que, aunque gravemente ofendido, no me causaba placer alguno que la vida de ese tonto hubiese de quedar estropeada por la pérdida de una muchacha a la cual, estaba convencido de ello, seguía amando con locura.

Al contrario; estaba dispuesto, en cuerpo y alma, a intentar que se cerrase la brecha abierta en su amor, y a allanar nuevamente la vida a aquellos dos desesperados sin ilusión. Me parecía que aquel estado de ánimo debía traslucirse en las palabras que dije a la tía Dahlia; pero si hubieran visto la mirada llena de bondad y de conmiseración que le dirigí a Tuppy, mi generosidad les habría resultado aún más evidente.

Era una mirada suave, indagadora, y fue acompañada por el apretón de una mano mientras la otra se posaba amablemente sobre su hombro.

–Bien, Tuppy, viejo, ¿qué tal estás?

Mi piedad aumentó mientras pronunciaba estas palabras porque ninguna luz había brillado en sus ojos, ningún apretón había respondido a la presión del mío, en fin, no había aparecido en él ningún signo indicador de que quisiera lanzarse a una alegre danza primaveral a la vista del viejo amigo. Se había quedado allí,

como un saco de arena. Recordando una frase que Jeeves dijo a propósito de Pongo Twistleton cuando intentó dejar el tabaco, diré que la melancolía se había apoderado de él. Naturalmente, eso no me extrañaba. Dadas las circunstancias, un poco de tristeza era muy comprensible.

Soltando su mano, dejé de darle golpecitos en el hombro y le ofrecí un cigarrillo.

Lo cogió lentamente.

–¿Estás aquí, Bertie?

–Sí, estoy aquí.

–¿De paso o para quedarte?

Reflexioné un instante. Quizá, durante la mitad del tiempo necesario para encender una cerilla, pensé decirle que había llegado a Brinkley Court con la expresa intención de congraciarle nuevamente con Angela, de atar varios cabos, etcétera. Pero pensé en el acto que, en resumidas cuentas, más valía no echar a los cuatro vientos mi intención de considerarles, a él y a Angela, como dos instrumentos de cuerda sobre los cuales se podía improvisar una tocata. Mi sentido común me advertía que aquello podría desagradar a las personas afectadas.

–Depende –contesté–. Puede que continúe. Mis planes aún no están bien definidos.

Hizo un signo de asentimiento, como una persona por completo indiferente a lo que pueda ocurrir, y continuó mirando vagamente hacia el jardín iluminado por la luz del sol poniente. En conjunto, Tuppy se ha asemejado siempre un poco a un bulldog, y en aquel momento se asemejaba extraordinariamente a uno de esos bellos animales, en el instante en que le niegan un trozo de tarta. No era difícil para un hombre de mi discernimiento adivinar en qué estaba pensando, y sus siguientes palabras acerca del fúnebre asunto no provocaron en mí extrañeza alguna.

–Supongo que estarás enterado de lo sucedido entre Angela y yo.

–Sí, viejo amigo.

–Nos hemos peleado.

–Lo sé; una leve disonancia en el tema «en re» Tiburón y Angela.

–Sí; supuse que debió de ser un inocuo rodaballo.

–Eso, en efecto, me dijo mi informador.

–¿Es decir?

–La tía Dahlia.

–¿Te habló mal de mí?

–¡Oh, no! Prescindiendo de que en un determinado momento te llamó «el maldito Glossop», estuvo, a mi modo de ver, muy moderada en sus expresiones; sobre todo considerando que en otros tiempos practicaba la caza con indómita energía. A pesar de todo, me ha dado a entender, si no te molesta que lo repita, que hubieras podido portarte con más tacto.

–¿Tacto?

–Y he de añadir que estoy perfectamente de acuerdo con ella. Por tu parte, Tuppy, no fue gallardo ni amable quitar de esa manera todo el encanto a la aventura del tiburón de Angela. Debiste comprender que el tiburón le era indispensable. ¿No comprendes qué conmoción debió de sufrir la pobre muchacha al oír que el hombre amado lo definía como un rodaballo?

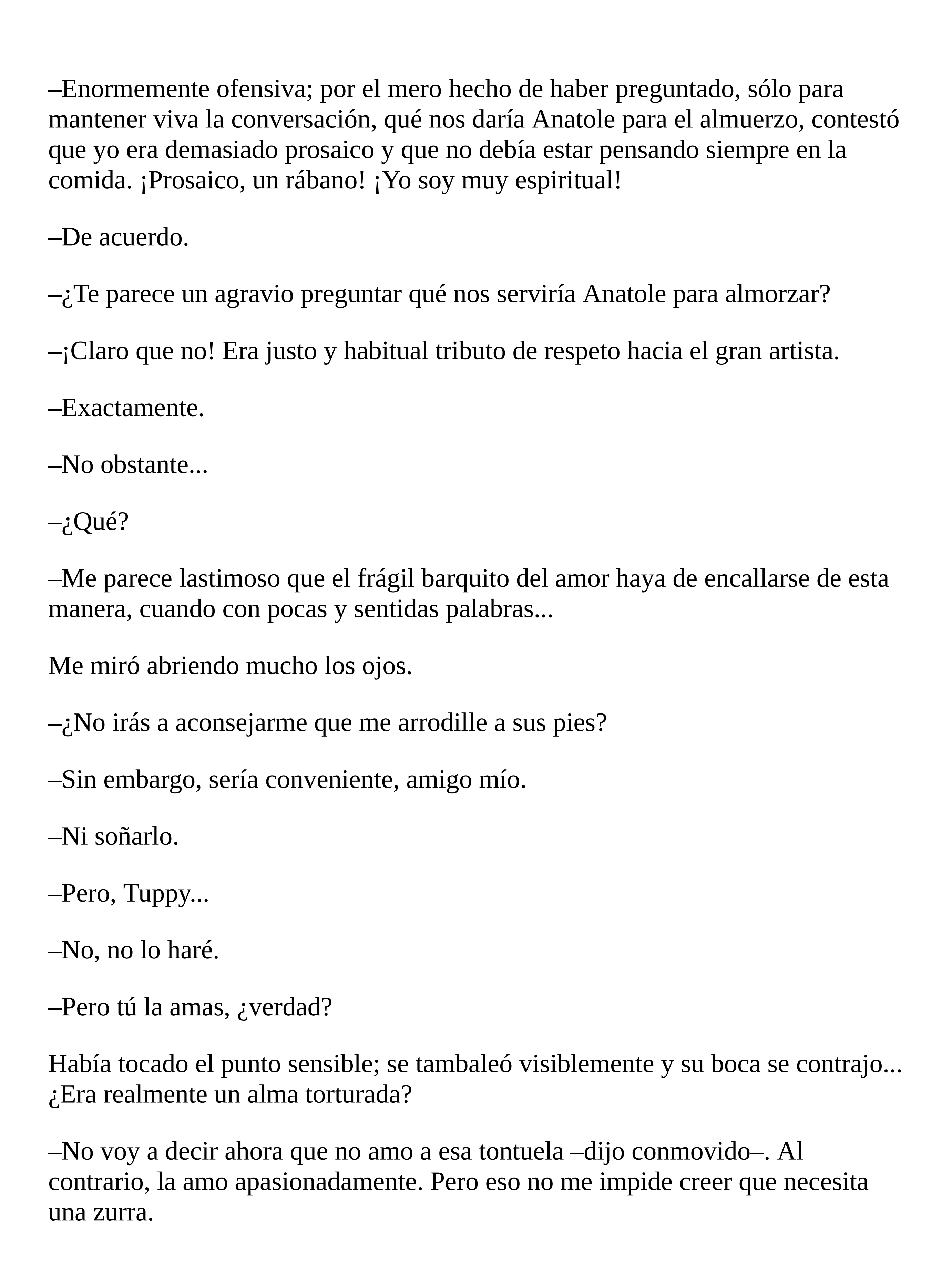
Vi que estaba luchando con una poderosa emoción.

–Y ¿qué hay de mi versión del asunto? –preguntó con voz apagada.

–¿De tu versión?

–No supondrás –dijo Tuppy con vehemencia creciente– que yo habría calificado aquel maldito tiburón de rodaballo, y en realidad debía serlo, sin tener sólidas razones. Me indujo a afirmarlo el hecho de que Angela, esa insolente, estuvo realmente ofensiva. Y quise vengarme un poco.

–¿Ofensiva?


–Enormemente ofensiva; por el mero hecho de haber preguntado, sólo para mantener viva la conversación, qué nos daría Anatole para el almuerzo, contestó que yo era demasiado prosaico y que no debía estar pensando siempre en la comida. ¡Prosaico, un rábano! ¡Yo soy muy espiritual!

–De acuerdo.

–¿Te parece un agravio preguntar qué nos serviría Anatole para almorzar?

–¡Claro que no! Era justo y habitual tributo de respeto hacia el gran artista.

–Exactamente.

–No obstante...

–¿Qué?

–Me parece lastimoso que el frágil barquito del amor haya de encallarse de esta manera, cuando con pocas y sentidas palabras...

Me miró abriendo mucho los ojos.

–¿No irás a aconsejarme que me arrodille a sus pies?

–Sin embargo, sería conveniente, amigo mío.

–Ni soñarlo.

–Pero, Tuppy...

–No, no lo haré.

–Pero tú la amas, ¿verdad?

Había tocado el punto sensible; se tambaleó visiblemente y su boca se contrajo... ¿Era realmente un alma torturada?

–No voy a decir ahora que no amo a esa tontuela –dijo conmovido–. Al contrario, la amo apasionadamente. Pero eso no me impide creer que necesita una zurra.

¡Eso era demasiado para un Wooster!

–¡Tuppy, viejo!

–Es inútil que digas: «¡Tuppy, viejo!»

–Bueno; pues yo te digo, Tuppy, viejo, que tu tono es ofensivo. Me pone la piel de gallina. ¿Dónde está el noble y viejo espíritu caballeroso de los Glossop?

–Deja en paz el «noble y viejo espíritu caballeroso de los Glossop». ¿Dónde está el suave y femenino espíritu de las Angelas? ¡Decirle a un individuo que le está saliendo una doble papada!

–¿Eso dijo?

–Sí.

–¡Oh, bueno! ¡Las muchachas son muchachas! Olvida, Tuppy, ve a verla y haced las paces.

Meneó la cabeza.

–No, es demasiado tarde. Se han hecho unas observaciones sobre mi físico que no es posible olvidar.

–Pero, Tuppy..., sé justo. También tú una vez le dijiste que su sombrero nuevo la hacía parecerse a un pequinés.

–La hacía realmente parecerse a un pequinés. No era una vulgar mentira. Era una crítica que tenía una finalidad lógica y profunda: la de que no hiciera el ridículo en público. En cambio, acusar falsamente a un hombre de que jadea cuando sube las escaleras es una cosa muy diferente.

Comenzaba a darme cuenta de que la situación requería todo mi tacto y toda mi ingeniosidad. Para que un día las campanas pudiesen repicar en una boda en la iglesia de Market Snodsbury, Bertram tenía que obrar muy avisadamente. Por la conversación con la tía Dahlia comprendí que había habido un intercambio de verdades entre las partes contrarias, pero no creí que las cosas hubiesen podido llegar a un extremo tan avanzado.

El pathos del asunto me electrizó. Tuppy había admitido claramente que el amor continuaba viviendo en su corazón, y yo estaba convencido de que, aun después de lo pasado, Angela le amaba todavía. En aquel momento, probablemente, puede que ella deseara romperle una botella en la cabeza, pero yo habría apostado a que en la intimidad de su ser subsistían el antiguo cariño y la antigua ternura. El orgullo herido mantenía alejado aún a los dos novios, y me parecía conveniente que Tuppy diera el primer paso.

Hice otra tentativa.

–Angela está muy afectada por todo lo sucedido, Tuppy.

–¿Cómo lo sabes? ¿La has visto?

–No, pero estoy seguro de que lo está.

–Viéndola, nadie lo diría.

–Lleva una máscara, sin duda. Eso hace siempre Jeeves cuando le impongo mi autoridad.

–Cuando me ve, frunce la nariz como si yo fuese algo repugnante.

–Pura máscara. Estoy convencido de que todavía te quiere y de que bastaría con una palabra amable por tu parte.

Me convencí de que le había conmovido. Era evidente que estaba luchando con diversos sentimientos. Pegó un puntapié a la hierba y, al hablar, se percibía en su voz un ligero temblor.

–¿Lo crees de veras?

–Absolutamente.

–Hum...

–Si fueras a verla...

Meneó la cabeza.

–No, sería fatal. Sería la ruina de mi prestigio. Conozco a las mujeres. Si te

arrastras a sus pies, la mejor te clava el tacón en el cuello –observó–. El único medio sería hacerle comprender indirectamente que estoy dispuesto a iniciar las negociaciones. Quizá sería conveniente que suspirara un poco cuando la viera. ¿Qué te parece?

–Podría pensar que resoplas.

–Es verdad.

Encendí otro cigarrillo y reflexioné sobre el asunto. Y, de golpe y porrazo, como nos sucede a nosotros, los Wooster, tuve una idea. Recordé el consejo que le había dado a Gussie, a propósito de las salchichas y el jamón.

–¡Ya lo tengo! Un medio infalible para demostrarle el amor a una mujer, un medio para hacer las paces después de una pelea. Esta noche no comas nada durante la cena. Verás qué impresión le produce. Ella conoce perfectamente tu debilidad por la comida.

Él se disparó.

–¡Yo no siento ninguna debilidad por la comida!

–No, no.

–¡Absolutamente ninguna!

–De acuerdo. Quería decir que...

–Esa historia de mi glotonería tiene que acabar –dijo Tuppy con ardor–. Soy joven, sano y tengo buen apetito, pero eso no quiere decir que sienta debilidad por la comida. He de admirar a Anatole como un maestro en su profesión y encuentro de mi gusto todo lo que sirven en la mesa. Pero que tú digas que siento debilidad por la comida...

–Está bien. Está bien. Quiero decir que cuando Angela vea que dejas la cena intacta, comprenderá que tu corazón sufre y será la primera, quizá, en ir a tu encuentro.

Tuppy tenía una expresión tétrica y pensativa.

–¿Dices dejar intacta la cena?

–Sí.

–¿Dejar un plato de Anatole?

–Sí.

–¿Dejarlo sin probar?

–Sí.

–Oye, entendámonos bien. Cuando esta noche, durante la cena, el criado me ofrezca un ris de veau à la financière o cualquier otro manjar recién salido de las manos de Anatole, ¿he de rechazarlo, sin probarlo?

–Sí.

Se mordió un labio. Se veía la lucha que se desarrollaba en su interior. Luego una luz iluminó su rostro. Igual debía de sucederles a los antiguos mártires.

–Está bien.

–¿Lo harás?

–Sí.

–De acuerdo.

–Será, naturalmente, un sufrimiento horrendo.

Señalé el lado positivo.

–Durará sólo un momento. Por la noche podrás correr abajo y meter mano en la despensa.

Se animó.

–Es verdad. ¿Crees que podré hacerlo?

–Estoy seguro de que encontrarás algún plato frío.

–Habrá algún plato frío –dijo Tuppy con alegría siempre creciente–. Un pastel de carne y riñones. Nos lo han servido hoy durante el almuerzo. Uno de los mejores hallazgos de Anatole. Lo que más admiro en ese hombre –dijo Tuppy con reverencia–, y lo admiro de un modo realmente superlativo, es que, aun siendo francés, no se limita, como muchos otros chefs, exclusivamente a los platos franceses, sino que siempre está dispuesto a preparar algún sabroso y sencillo plato inglés, como el pastel del que te he hablado. Un pastel verdaderamente de maestro, y si ha sobrado más de la mitad, vamos bien.

–Pero, durante la cena, ayunarás como hemos convenido, ¿verdad?

–Haré exactamente lo que hemos dicho.

–Entonces, quedamos de acuerdo.

–Es una idea excelente. Una de las mejores de Jeeves. Dile, cuando le veas, que le estoy muy agradecido.

El cigarrillo se me cayó de los dedos. Fue como si alguien hubiese golpeado el rostro de Bertram Wooster con una bayeta mojada.

–¡No vayas a creer que este proyecto ha sido inspirado por Jeeves!

–¡Naturalmente que sí! Es inútil que intentes engañarme, Bertie. Una estratagema como ésa no se te hubiera ocurrido ni en un millón de años.

Hubo una pausa. Me erguí en toda mi estatura. Luego, viendo que Tuppy no me miraba, me encogí de nuevo.

–Vamos, Glossop –dije fríamente–. Es hora de vestirse para la cena.

9

La terquedad de Tuppy seguía exacerbando mi ánimo, mientras subía a mi habitación. Y continuó su obra mientras me desnudaba e igualmente cuando, envuelto en mi viejo batín, me dirigía, por el pasillo, hacia la salle de bain.

No es una exageración decir que estaba herido hasta lo más profundo de mis entrañas.

No era que yo desease alabanzas. Hay individuos para los cuales la adulación de las masas tiene un valor muy relativo. A pesar de todo, cuando nos tomamos la molestia de organizar un astuto plan en beneficio de un amigo que se halla en una situación apurada, es realmente odioso descubrir que todo el mérito se atribuye a un ayuda de cámara; y mucho más si el ayuda de cámara es una persona capaz de viajar sin poner en las maletas las americanas blancas.

Pero, después de haber chapoteado un rato en la blanca bañera de porcelana, comencé a encontrar la calma. Sé por experiencia que en los momentos de depresión nada calma tanto el espíritu herido como una buena cantidad de agua y jabón. No digo que canté en el baño, pero hubo algún momento en que estuve a punto de hacerlo.

Se calmó bastante la congoja espiritual, consecuencia de aquel discurso carente de tacto.

El descubrimiento de un pato de goma en la jabonera, presunta propiedad de algún joven visitador precedente, contribuyó bastante a esta nueva y más feliz disposición del espíritu. Absorto por mil asuntos, hacía años que no jugaba en la bañera con un pato de goma, y quedé muy satisfecho al repetir la experiencia. Para quien tenga interés en saberlo, diré que si se mantiene el objeto con la esponja bajo la superficie del agua y luego se suelta, salta fuera de un modo perfectamente estudiado para divertir a la más preocupada de las personas. Después de diez minutos de este pasatiempo, el que regresaba a su habitación había vuelto a ser el antiguo y alegre Bertram Wooster.

Jeeves estaba allí y preparaba el traje para la cena. Saludó a su joven señor con la habitual suavidad.

–Buenas noches, señor.

Contesté en el mismo tono amable.

–Buenas noches, Jeeves.

–Espero que haya tenido usted un buen viaje.

–Muy bueno, Jeeves, gracias. ¿Quiere darme los calcetines?

Me los dio y comencé a ponérmelos.

–Bien, Jeeves –dije cogiendo la ropa interior más íntima–, ya estamos de nuevo en Brinkley Court, en el condado de Worcestershire.

–Sí, señor.

–Parece que ha sucedido un embrollo endiablado en estos rústicos lugares.

–Sí, señor.

–La escisión suscitada entre mi prima Angela y Tuppy Glossop parece muy grave.

–Sí, señor. En el ambiente del servicio están propensos a juzgarla una situación grave.

–Y, sin duda, su mente alberga la idea de que yo debo de estar preocupado sobre el modo de arreglar este asunto...

–Sí, señor.

–Pues se equivoca, Jeeves. Controlo totalmente la situación.

–Eso no me sorprende, señor.

–Lo creo. Sí, Jeeves, he reflexionado sobre el asunto durante todo el camino, con los más felices resultados. Acabo de mantener una reunión con míster Glossop, y todo está arreglado.

–¿De veras, señor? Podría permitirme preguntarle...

–Conoce usted mis métodos, Jeeves. Aplíquelos. –Y comenzando a ponerme los

pantalones, pregunté–: ¿Ha reflexionado también usted un poco sobre el asunto?

–¡Oh! Sí, señor. Siempre he sido muy devoto de miss Angela y me sentiría feliz si se me presentara la ocasión de poder serle útil.

–Un loable sentimiento. Supongo, empero, que está in albis en cuanto a ideas.

–No, señor. Tengo una.

–¿Cuál?

–Se me ocurrió pensar que una reconciliación podría tener lugar entre miss Angela y míster Glossop, despertando ese instinto que empuja a los hombres, en un momento de peligro, a precipitarse hacia la persona amada.

Tuve que abandonar la corbata para levantar una mano. Estaba escandalizado.

–No querrá insinuar que cree conveniente organizar el salvamento de un náufrago, ¿verdad? Cuando, a mi llegada, discutí el asunto con la tía Dahlia, ella me dijo con expresión irónica que me creía capaz de proponer que Angela se arrojase al lago para que Tuppy pudiese salvarla. Y le hice comprender enseguida que consideraba esa insinuación una ofensa a mi inteligencia. Y ahora, si sus palabras tienen el sentido que ha de atribuírseles, ¡está usted sugiriendo precisamente ese proyecto, Jeeves!

–No, señor, no es exactamente ése. Mientras me paseaba por aquí fuera y pasaba ante la campana de alarma para los casos de incendio, se me ocurrió que una repentina alarma en mitad de la noche podría dar como resultado que míster Glossop corriese en ayuda de miss Angela.

Me estremecí.

–Espeluznante, Jeeves.

–Bien, señor.

–No sirve, no sirve.

–Supongo, señor, que...

–No, Jeeves, no se hable más. Ya hemos hablado demasiado de ello. Dejémoslo correr.

Acabé de hacerme el nudo de la corbata en silencio. Mi emoción era demasiado violenta para que me permitiese hablar. Sabía naturalmente, desde hacía bastante tiempo, que aquel hombre iba perdiendo sus facultades, pero jamás hubiese sospechado que la cosa sucediese de un modo tan absoluto. Recordando alguna de sus rápidas ocurrencias en el pasado, rehuí con horror el espectáculo de su presente ineptitud..., como supongo debe decirse. Me refiero a aquella terrible disposición a hacer actos extraños y hablar sin sentido. Es la historia de siempre. Un cerebro humano brilla durante años superando los límites de la velocidad; luego, de repente, algo se estropea en el motor y resbala y se cae en la cuneta.

–Un poco enrevesado –dije, intentando manifestar mis impresiones lo más suavemente posible–. Su habitual defecto. ¿No se da cuenta también usted de que es un poco enrevesado?

–Acaso el proyecto por mí sugerido puede dar lugar a algunas críticas, señor. Pero, faute de mieux...

–No le comprendo, Jeeves.

–Es una frase francesa que significa: a falta de otro mejor.

Un minuto antes no había experimentado más que una gran piedad por la ruina de aquel gran pensador. Estas palabras despertaron en mí el orgullo de los Wooster, obligándome a ser rudo.

–Sé perfectamente lo que significa faute de mieux, Jeeves. No en vano he pasado recientemente dos meses entre nuestros vecinos, los galos. Además, recuerdo haberlo aprendido en la escuela. Lo que despierta mi asombro es que use esa expresión, faute de mieux, cuando realmente está fuera de lugar. ¿Por qué sale con ese faute de mieux? ¿No le he dicho que ya lo he arreglado todo?

–Sí, señor, pero...

–¿Qué quiere decir con «pero»?

–En fin, señor.

–Adelante, Jeeves; estoy dispuesto, es decir, ansioso por escuchar sus ideas.

–Bueno, señor. Si me permite recordárselo, los proyectos del señor no tuvieron mucho éxito en el pasado.

Siguió a estas palabras un silencio que podría llamarse emocionante, aprovechando el cual me puse el chaleco con bastante energía. Y hasta que no hube abrochado la hebilla trasera, no hablé.

–Es cierto, Jeeves –dije en tono formal–, que una vez o dos, en el pasado, fallé el blanco. No obstante, creo que debe atribuirse a la mala suerte.

–¿De veras, señor?

–En esta ocasión no fallaré. Y voy a decirle la razón: porque mi plan está basado en el conocimiento de la naturaleza humana.

–¿De veras, señor?

–Es sencillo, no es enrevesado, y, sobre todo, se fundamenta en la psicología del individuo.

–¿De veras, señor?

–Jeeves –exclamé–, no continúe repitiendo: «¿De veras, señor?» Prefiero no pensar que trata de quitarle todo el interés al asunto, pero la manera de pronunciar ese «¿De veras, señor?» equivale a un irónico «¿Ah, sí?». Corríjase.

–Muy bien, señor.

–Le he dicho que lo he arreglado todo a la perfección. ¿Quiere saber qué he hecho?

–Me encantaría, señor.

–Escúcheme bien, pues. He recomendado a Tuppy que rechace esta noche, durante la cena, todos los platos.

–¿Señor?

–¡Por Dios santo, Jeeves! ¡Supongo que podrá comprender una idea aunque no

se le haya ocurrido a usted! ¿Se olvida del telegrama que le envié a Fink-Nottle para apartarle de las salchichas y el jamón? Pues es exactamente lo mismo. Dejar intacta la comida es un síntoma de amor, universalmente reconocido. El efecto es seguro. ¿Comprende?

–Bueno, señor.

Fruncí el ceño.

–No tengo intención de criticar continuamente sus tonos de voz, Jeeves. Sin embargo, he de informarle que su «Bueno, señor» carece de respeto y es tan poco simpático como el «¿De veras, señor?». Tanto uno como otro parecen inspirados por un ligero escepticismo. Producen la impresión de sugerir que yo no sé de qué estoy hablando y que sólo un feudal sentido del recato le impide decir en cambio: «Pero ¿qué dice, señor?»

–¡Oh, no, señor!

–Bueno, pero suena así. ¿Por qué piensa que el proyecto no funcionará?

–Temo que miss Angela pueda atribuir la abstinencia de míster Glossop a una indigestión.

Yo no había pensado en eso y confieso que por un momento quedé aturdido. Luego me recobré. Tuve la intuición de que, en el fondo, debía ser bien diferente el móvil de sus palabras. Mortificado por la conciencia de su inexactitud –o ineptitud–, intentaba hacer obstruccionismo. Decidí impulsarle a hablar, sin ulteriores preámbulos.

–¡Oh! –dije–. ¿Eso piensa? De todos modos, fíjese en que se ha equivocado preparándome el traje –le dije indicando la acostumbrada chaqueta para la cena, o esmoquin, como se llama en la Costa Azul–. Tenga la amabilidad de volver a colgar ésta y darme la americana blanca de botones dorados.

Me miró con actitud amenazadora. Y cuando digo «actitud amenazadora» quiero decir que en sus ojos había aparecido un resplandor respetuoso y al mismo tiempo altanero, y que su rostro se contrajo en un espasmo muscular que no era una sonrisa, sino algo más que una sonrisa tranquila. Se aclaró la garganta con un carraspeo.

–Siento mucho tener que decirle, señor, que olvidé poner en la maleta la prenda indicada por el señor.

La visión del paquete en el vestíbulo brilló ante mis ojos y miré a Jeeves alegremente. Tal vez hasta canturreé un par o tres de notas. No estoy seguro.

–Ya lo sabía, Jeeves –dije con una mirada sonriente bajo los párpados entornados, y dando un golpecito a una mota de polvo sobre el irreprochable encaje de Malinas de mis muñecas–. Pero yo me he cuidado de ella. La encontrará abajo, en el vestíbulo, en un paquete de papel de estraza.

Debió de ser un rudo golpe para él enterarse de que sus oscuras maniobras habían fracasado y que la prenda había llegado a su destino preciso; no obstante, las finas facciones de su rostro no se alteraron con ningún signo exterior. La emoción raramente se descubre en Jeeves. En los momentos difíciles, como le dije a Tuppy, se pone una máscara, conservando, inalterable, la tranquila imperturbabilidad de un alce disecado.

–¿Quiere ir a buscarla?

–Muy bien, señor.

–De acuerdo, Jeeves.

Y yo me presenté en la salita luciendo elegantemente la chaqueta blanca.

La tía Dahlia estaba allí. Al entrar yo, me lanzó una terrible mirada.

–¡Eh! ¡Haces daño a la vista! –dijo–. ¿De qué crees que vas vestido?

Se me escapó el sentido de sus palabras.

–¿Lo dices por la chaqueta? –pregunté extrañado.

–Pues claro. Pareces un corista de Abernethy Towers, en el segundo acto de una comedia musical.

–¿No te gusta esta chaqueta?

–No.

–Pero en Cannes te gustaba.

–Aquí no estamos en Cannes.

–Pero caramba...

–¡Oh, déjalo correr! Eso no tiene importancia. Si quieres hacer reír al camarero, por mí... Comprenderás que no voy a preocuparme por una cosa así precisamente ahora.

Había en su tono algo fúnebre que encontré realmente desagradable. No me sucede a menudo enfrentarme enérgicamente con Jeeves, y cuando lo hago deseo ver a mi alrededor caras alegres y sonrientes.

–¡Ánimo, tía Dahlia! –dije.

–¡Qué ánimo ni qué niño muerto! –fue la sombría contestación–. He hablado con Tom.

–¿Se lo has dicho todo?

–No, le he escuchado. Aún no he tenido el valor de hablar.

–¿Aún sigue fuera de sí por los impuestos?

–Fuera de sí es la expresión exacta. Dice que la civilización está en quiebra y que los hombres con una pizca de cerebro deben de verlo escrito en las paredes.

–¿En qué paredes?

–Es una alusión al Antiguo Testamento, zoquete. Al festín de Baltasar.

–¡Ah, claro! Siempre sospeché que se debía a un efecto de espejos.

–¡Querría poder emplear unos espejos para hablarle a Tom sobre el asunto del bacarrá!

Podía proporcionarle un consuelo. Había reflexionado y vuelto a reflexionar acerca de nuestra última charla y creía haber hallado el fundamento de su error en esta cuestión. Estribaba en su decisión de hablar con el tío Tom. Era un asunto a propósito del cual hubiera sido mejor conservar cierta reserva tranquila.

–No comprendo por qué has de contarle que has perdido jugando al bacarrá.

–¿Y qué debo hacer? ¿Dejar que vayan a la ruina juntos la civilización y el Milady's Boudoir? Y eso sucederá infaliblemente si no recibo un cheque la semana que viene. Los tipógrafos se han puesto muy intransigentes estos últimos meses.

–No me has comprendido. Escúchame. Es una cosa convenida que el tío Tom haga frente a los gastos del Milady's Boudoir. Y si ese bendito periódico se encuentra en tales condiciones desde hace dos años, me parece que a estas alturas debería estar acostumbrado a ello. Pues bien, pídele sencillamente el dinero para pagar a los tipógrafos.

–Se lo pedí precisamente momentos antes de irme a Cannes.

–¿Y no te lo dio?

–Claro que me lo dio. Se portó caballerosamente. Es el dinero que perdí jugando al bacarrá.

–¡Oh, no lo sabía!

–No es mucho lo que tú sabes.

El cariño de sobrino me ayudó a pasar por alto el insulto.

–¡Calla! –dije.

–¿Cómo?

–He dicho: «¡Calla!»

–Dilo otra vez y verás lo que sucede. Ya sufro bastante para que encima tenga que soportar que me impongan silencio.

–Absolutamente.

–Si tengo que callarme, ya me lo impondré yo misma. Y lo mismo te digo sobre chasquear la lengua, si es que pensabas hacerlo.

–Nada más lejos de mi intención.

–Bien.

Permanecí un rato pensativo. Mis entrañas se revolvían. Mi corazón, ustedes lo saben, ya había sangrado aquella noche una vez por la tía Dahlia. Ahora sangraba de nuevo. Sabía lo encariñada que estaba con aquel periódico. Verlo morir habría sido para ella como ver a un niño amado hundirse por tercera vez en un estanque o un lago.

Y la duda no era posible; si no lograba conmover al tío Tom, éste dejaría perecer el Milady’s Boudoir sin mover un dedo.

¡Pero enseguida vi cómo se podía arreglar todo! ¡La tía necesitaba ser incluida en la lista de mis clientes! Tuppy Glossop renunciaba a la cena para conmover a Angela; Fink-Nottle renunciaba a la cena para impresionar a Madeline Bassett; la tía Dahlia tenía que renunciar a la cena para conmover al tío Tom. Ayuna tú y ayunaré yo..., y la satisfacción general queda asegurada.

–Ya lo tengo. Hay un medio. Come menos.

Me miró con expresión suplicante. No puedo jurar que las lágrimas humedecieran sus ojos, pero sospecho que así fue. Desde luego, juntó las manos en muda apelación.

–¿Tienes que delirar a la fuerza, Bertie? ¿No puedes detenerte un momento? ¿Siquiera por esta noche? ¿Por amor de tu tía Dahlia?

–No estoy delirando.

–No me atrevo a pensar que un hombre de tu educación lo haga adrede, pero...

Comprendí que no me había explicado bien.

–Bueno –dije–. No seas desconfiada. Hablo en serio. Cuando te digo «come menos» quiero decir que esta noche, durante la cena, has de rechazar la comida. Si tú permaneces allí, triste, rechazando los platos, con un gesto de resignación, ¡verás lo que pasa! El tío Tom observará tu falta de apetito y apuesto a que, una vez concluida la cena, acudirá a tu lado y te dirá: «Dahlia querida...», supongo que es así como te llama, «Dahlia querida, he notado que durante la cena no tenías apetito. ¿Qué te sucede, Dahlia querida?» «Mi querido Tom», contestarás tú, «eres muy amable preguntándomelo. La realidad es, querido, que estoy

terriblemente preocupada.» «Querida mía...», dirá él...

La tía Dahlia me interrumpió en este punto para decirme que, a juzgar por el diálogo, los cónyuges Travers debían de ser dos espléndidos ejemplares de cretino. Deseaba, además, saber cuándo llegaría a la conclusión.

La envolví en una de mis miradas.

–«Querida mía», dirá él, «¿puedo hacer algo por ti?» A lo que tú, naturalmente, contestarás: «Puedes ir a buscar el talonario de cheques y empezar a escribir.»

Mientras hablaba la observé atentamente y me complació la luz respetuosa que brilló en sus ojos.

–Pero, Bertie, ¡ésa es una idea brillantísima!

–Ya te había dicho que Jeeves no era el único hombre dotado de cerebro.

–Creo que tu plan puede funcionar.

–¡Desde luego que funcionará! Se lo he recomendado también a Tuppy.

–¿Al joven Glossop?

–Para que Angela se apiade de él.

–¡Espléndido!

–Y a Gussie Fink-Nottle, que desea conquistar a Madeline Bassett.

–¡Bien, bien, bien! ¡Qué infatigable cerebro!

–Trabaja siempre, tía Dahlia, trabaja siempre.

–No eres el zoquete que yo creía, Bertie.

–¿Y cuándo me juzgaste zoquete?

–¡Oh! Muy a menudo, el verano pasado. No puedo precisar por qué exactamente. Sí, Bertie, el proyecto es bueno. Supongo, por lo demás, que lo habrá sugerido Jeeves, ¿verdad?

–Jeeves no ha sugerido nada. Esa insinuación me ofende. Jeeves nada tiene que ver con todo esto.

–Bien, bien. No hace falta alterarse por tan poco. Sí, tengo esperanzas. Tom me adora.

–¿Y quién no?

–Haré lo que dices.

En aquel momento entró en el salón el resto de los invitados y pasamos al comedor.

Dada la atmósfera espiritual de aquel día en Brinkley Court –me refiero a que el lugar rebasaba el límite de carga máxima de corazones afligidos y sólo quedaba sitio para almas torturadas–, no esperaba una cena brillante. Y, en efecto, no lo fue. Silenciosa y triste, se asemejaba a una cena de Navidad en la Isla del Diablo.

Respiré aliviado cuando llegamos al final.

Preocupada, para colmo de todos sus problemas, por tener que rechazar cada plato, la tía Dahlia era un verdadero desastre desde el punto de vista de la conversación brillante. El hecho de poseer cincuenta libras menos y de tener que esperar, de un momento a otro, el derrumbamiento de la civilización influían en que el tío Tom, que siempre tuvo cierto parecido con un molusco atormentado por un secreto pesar, estuviese aún más triste que de costumbre. Madeline Bassett desmenuzaba silenciosamente el pan; Angela parecía excluida del mundo de los vivos; Tuppy parecía un condenado a muerte que rechaza la acostumbrada última cena antes de encaminarse hacia el patíbulo.

Gussie Fink-Nottle habría inducido a error, por su apariencia, a más de un sepulturero, que le hubiera enterrado sin demora.

Era la primera vez que veía a Gussie desde que nos separamos en mi apartamento, y he de confesar que su proceder me molestó. Esperaba algo mucho más resplandeciente.

En mi domicilio, me había dado la impresión de necesitar un ambiente rural; en cambio, ahora, no hallaba en él signo alguno de mejoría. Más que nunca se asemejaba al gato del refrán, y comprendí enseguida que mi primera acción, en

cuanto me fuese posible huir de aquella morgue, sería la de cogerle aparte y endilgarle un discurso algo fuerte.

Si alguien en el mundo necesitaba un toque de trompeta, ése era Fink-Nottle.

En el éxodo general de los luctuosos convidados le perdí de vista y, como la tía Dahlia me llamó para una partida de bridge, no pude buscarle enseguida. Mas, después de haber jugado un rato, un camarero vino a comunicar a mi tía que Anatole suplicaba fuese a verle un momento, y yo aproveché para alejarme. Diez minutos de pesquisas pasaron sin que pudiera hallar a Gussie en toda la casa; me encaminé entonces hacia los alrededores, y lo encontré en la rosaleda.

Estaba oliendo una rosa con expresión mortificada, pero volvió el rostro hacia mí cuando me acerqué.

–Hola, Gussie –dije.

Le había sonreído amablemente como suelo hacer con los viejos amigos, pero él, en vez de contestar a mi sonrisa, me dirigió una mirada muy antipática. Parecía no alegrarse de ver a Bertram. Me miró así durante un momento, luego dijo:

–¡A paseo, tú y tu «Hola, Gussie»!

Estas palabras, pronunciadas entre dientes, no eran una acogida muy amistosa y me encontré más confuso que nunca.

–¿Qué significa eso?

–Me sorprende tu cara dura al venir a mi encuentro con ese «Hola, Gussie». ¿Te parece éste un momento oportuno para que me vengan con un «Hola, Gussie»? Eso es cuanto quiero decirte. Y es inútil que me mires así. Bien sabes en lo que pienso: ¡en esa maldita entrega de premios! Ha sido una verdadera cobardía por tu parte zafarte y echármelo encima. No mediré mis palabras. Ha sido propio de un perro y de un bellaco.

Ahora bien, aunque, como ya les he dicho, hubiera dedicado la mayor parte del viaje a discurrir sobre el caso Angela-Tuppy, no dejé de encaminar uno o dos pensamientos hacia mi actitud durante mi encuentro con Gussie. Tenía prevista alguna extemporánea salida desagradable en el primer momento y, cuando se trata de afrontar una entrevista difícil, Bertram Wooster suele tener preparado

algún argumento.

No tardé, pues, en contestar con franqueza viril y desarmante. La brusquedad de la interrupción me había chocado un poco, es verdad, porque, en la confusión del primer momento, olvidé el asunto de la entrega de premios, pero, recobrándome enseguida, contesté con viril energía:

–Pero hijo mío –dije–. ¡Si formaba parte de mi plan! Creí que lo habrías comprendido.

Contestó algo a propósito de mis planes, que no comprendí.

–Claro. «Zafarse» es una definición completamente absurda. No supondrás que no tenía interés en entregar los premios, ¿verdad? Habría sido, para mí, una ocasión única. Pero lo único realmente bello y generoso que podía hacer por ti era hacerme a un lado para dejarte el sitio. Pensaba que la ocasión te resultaría más útil a ti que a mí. ¡Confiesa que aguardas ese día con impaciencia!

Me contestó con una vulgar exclamación que me extrañó conociese, lo cual demuestra cómo, aun sepultándonos en el campo, nos es dado enriquecer nuestro vocabulario. Es posible, naturalmente, cambiar unas palabras con los vecinos, con el pastor, con el médico, con el lechero, etcétera.

–¡Pero diantre! –dije–. ¿No comprendes realmente lo que puede significar para ti? Tus acciones tendrán una inmediata alza. ¡Estarás allá, sobre el estrado! ¡Una figura romántica e impresionante! ¡Serás la estrella de la representación! ¡La atracción principal, el blanco de todas las miradas! Madeline Bassett quedará entusiasmada. Te verá bajo un nuevo aspecto.

–¿Lo crees así?

–Naturalmente. Hasta ahora conoce a Augustus Fink-Nottle, el amigo de las salamandras. Ha encontrado también a Augustus Fink-Nottle, pedicuro de perros. ¡Pero Augustus Fink-Nottle, el orador!..., eso le llegará al corazón como un dardo o yo he dejado de conocer el ánimo femenino. Las muchachas van de cabeza por los hombres públicos. Si alguien en el mundo te ha hecho un gran favor, he sido yo al ofrecerte esta extraordinaria ocasión.

Pareció que mi elocuencia le causaba cierta impresión. No podía ser de otro modo. Tras sus gafas de concha se apagó el fuego de sus ojos, que volvieron a

adquirir la expresión de los de un pescado pasado.

–¡Quién sabe! –dijo, meditando–. ¿Has hecho alguna vez un discurso, Bertie?

–¡Oh! Cientos de veces. Es una tontería. Muy sencillo. Imagínate que una vez hablé en una escuela de chicas.

–¿No estabas nervioso?

–En lo más mínimo.

–¿Y qué tal te fue?

–Se quedaron prendadas. Las tenía a todas comiendo de mi mano.

–¿No te tiraron huevos u otros objetos?

–¡Qué va!

Emitió un profundo suspiro y permaneció quieto, mirando silenciosamente a un caracol que atravesaba el camino.

–¡Bueno! –acabó concluyendo–. Puede que me haya preocupado excesivamente, que exagerase al creer que mi destino era peor que la muerte. Pero te diré que la perspectiva de la entrega de premios para el día treinta y uno ha transformado mi vida en una continua pesadilla. No he podido dormir, ni comer... Y, por cierto, no me has explicado aquel telegrama cifrado sobre las salchichas y el jamón.

–No era cifrado. Quería que comieras poco para que ella comprendiese que estás enamorado.

Rió mefistofélicamente.

–Comprendo. Bien, lo he hecho de veras.

–Ya lo noté durante la cena. ¡Espléndido!

–No sé qué le encuentras de espléndido. No sirve de nada. Jamás tendré el valor de pedir su mano. No lo tendré, aunque viva de bizcochos el resto de mi vida.

–Pero ¡qué diablos, Gussie! ¡En estos románticos parajes! Creí que el murmullo

de los árboles...

–Me importa un comino lo que puedas haber pensado. Sé que no lo haré.

–¡Vamos!

–No puedo. ¡Parece tan lejana, tan remota!

–Pero no lo es.

–Sí lo es. Sobre todo si la miras de perfil. ¿La has mirado de perfil? Ese perfil frío, puro... ¡Te quita todos los ánimos!

–¡Pero no es cierto!

–Te digo que sí. La miro, y las palabras se me hielan en los labios.

Hablaba con una especie de desesperación y era tan evidente su falta de espíritu y de energía que, lo confieso, por un instante me sentí desanimado. Me pareció inútil intentar galvanizar a semejante molusco. Luego vislumbré la senda que debía seguir. Con mi extraordinaria prontitud comprendí lo que era necesario hacer para empujar a Fink-Nottle al otro lado de la meta.

–Hay que suavizarla –dije.

–¿Cómo?

–Hay que suavizarla. Convencerla. Decidirla. Hay que empezar por los preliminares golpes de pico. He aquí, Gussie, el procedimiento que propongo seguir. Volveré a la casa e invitaré a Madeline a dar una vuelta. Le hablaré de corazones que se consumen y le haré comprender que hay uno de ellos aquí, muy cerca. Llevaré adelante el asunto con mucha energía. Tú, entretanto, te quedarás por los alrededores y después de un cuarto de hora podrás acercarte. Estará ya conmovida y vibrante y será fácil lo demás. Como subirse a un autobús en marcha.

Recuerdo que, siendo muchacho, en la escuela me hicieron estudiar un poema donde un tal Pig... no sé qué, un escultor seguramente, después de haber acabado la estatua de una joven, un buen día se dio cuenta de que ésta comenzaba a hablar. El hombre, naturalmente, debió de experimentar cierta impresión, pero lo

importante es que, en el poema, había un par de versos que decían, si no recuerdo mal:

Ella se agita. Se mueve. Parece sentir el espíritu de la vida en su arcilla.

Y repito estos versos porque nada podría describir mejor la transformación de Gussie ante mis alentadoras palabras. Su frente se despejó, sus ojos brillaron, y perdiendo su habitual mirada de pescado, contempló con cierta benignidad el caracol que continuaba su largo camino. ¡Una sensible mejoría!

–Comprendo. Quieres despejar el camino, como suele decirse.

–Eso es, despejártelo.

–Es una magnífica idea, Bertie. La cosa cambia de aspecto.

–Desde luego. Pero no olvides que luego te toca a ti continuar. Has de intentar conmoverla, tienes que darle cuerda; de otro modo, todos mis esfuerzos resultarán inútiles.

Algo de la habitual incertidumbre de Gussie reapareció.

–Bueno, pero ¿qué diablos diré?

A duras penas dominé mi impaciencia. Aquel hombre había sido un compañero de escuela.

–¡Dios santo! ¡Hay miles de frases que decir! Habla de la puesta del sol.

–¿De la puesta de sol?

–¡Claro! La mitad de los hombres casados empezaron hablando de la puesta de sol.

–Pero ¿qué puedo decir de la puesta de sol?

–Bueno, Jeeves halló, hace días, una hermosa frase a propósito. Lo encontré una tarde mientras paseaba al perro por el parque, y me dijo: «Ahora el crepuscular paisaje desaparece de nuestra vista y una solemne paz cubre todo el mundo.» Puedes usarla.

–¿Qué clase de paisaje?

–Crepuscular.

–¡Oh, crepuscular! Está bien..., crepuscular paisaje..., solemne paz. ¡Sí, sí, muy bien!

–También puedes decirle que a menudo has pensado que las estrellas eran guirnaldas de lindas margaritas del Señor.

–¡Pero yo nunca he pensado eso!

–Te creo; pero lo ha pensado ella. Si logras hacer una presentación de este tipo, habrá de pensar que tú eres su alma gemela.

–¿Has dicho guirnaldas de lindas margaritas del Señor?

–Sí: guirnaldas de lindas margaritas del Señor. Luego continúa diciendo que el crepúsculo siempre te pone triste. Me dirás que eso no es cierto, pero en esta ocasión es imprescindible.

–¿Por qué?

–Eso es exactamente lo que te preguntará ella. Y tú, para secundarla, le contestarás que se debe a la soledad de tu vida. No sería una mala idea hacerle una descripción de una velada íntima, en tu casa del Lincolnshire, refiriéndole cómo caminas lentamente por la pradera, entre las sombras de la noche.

–Por lo general, me quedo en casa escuchando la radio.

–No, no. Te paseas lentamente en la oscuridad, deseando la compañía de alguien que te ame. Luego le hablarás del día en que ella entró en tu vida.

–Como una princesa fascinadora.

–Perfectamente –dije con aprobación. Nunca habría esperado que se le ocurriera algo así–. Princesa fascinadora... Muy bien, Gussie.

–¿Y luego?

–Bueno, el resto es fácil. Añadirás que has de decirle algo, y comienzas

enseguida. No puedes fallar. Yo en tu lugar intentaría hablar con ella en la rosaleda. Todo el mundo sabe que lo mejor es arrastrar el objeto adorado a la rosaleda, durante el crepúsculo. Pero antes tendrías que tomarte un par, pero no un par cualquiera, sino de los fuertes.

–¿Fuertes? ¿Qué?

–Tragos.

–¿Tragos? ¡Pero si yo no bebo!

–¿Cómo?

–No he probado una gota de alcohol en mi vida.

Eso me hizo dudar. He de confesarlo. Es esencial, en ciertos casos, una moderada dosis de intemperancia.

A pesar de todo, tal como estaban las cosas, no había nada que hacer.

–Bueno; haz lo que puedas con la soda de jengibre.

–Siempre bebo zumo de naranja.

–¡Pues bebe eso! Pero, dime la verdad, ¿te gusta de veras ese brebaje?

–Muchísimo.

–Bueno, en tal caso... Y ahora, hagamos una prueba para ver si has aprendido bien el papel. Comienza con el crepuscular paisaje.

–Estrellas, guirnaldas de lindas margaritas del Señor.

–El crepúsculo te pone triste.

–Por causa de mi vida solitaria.

–Descripción de la vida.

–Hablar del encuentro con ella.

–Añadir «princesa fascinadora». Decir que tienes que comunicarle algo. Cogerle la mano. Y continúas por ese terreno. Eso es todo.

Confiando en que sabía su papel de memoria y en que todo marcharía viento en popa, di media vuelta y regresé apresuradamente a la casa.

Sólo cuando llegué al salón y pude echarle una mirada intensa a miss Bassett, comencé a reparar en que vacilaba la alegre confianza que me había empeñado en aquel asunto. Observándola de cerca había de admitir que me causaba cierta depresión la idea de pasearme con aquel extraño ejemplar. Hube de recordar las frecuentes circunstancias en que, en Cannes, me había contentado con mirarla, mudo, deseando ardientemente que algún amable conductor, atropellándola con un coche de carreras, quisiera simplificar la situación. Como ya les he manifestado, aquella muchacha no gozaba de mis simpatías.

No obstante, un Wooster está encadenado por su propia palabra: un Wooster puede temblar, pero no ceder. Sólo un oído extraordinariamente ejercitado habría podido notar una ligera alteración en mi voz, cuando la invité a dar un paseo de media hora.

–Hermoso atardecer –dije.

–Sí, realmente hermoso.

–Hermoso. Me recuerda a Cannes.

–¡Cuán hermosos eran los atardeceres allá abajo!

–Hermosos –dije.

–Hermosos –dijo miss Bassett.

–Hermosos –asentí.

Y con esto quedó agotado el boletín meteorológico de la Riviera francesa. Un momento después estábamos al aire libre, ella gorjeando a propósito del paisaje, yo repitiendo siempre: «¡Oh, sí, realmente!» y reflexionando sobre la mejor manera de entrar en materia.

Qué distinto resultaría, pensaba, si aquella muchacha fuese de esas con las que se charla alegremente por teléfono y con las cuales se pueden dar agradables paseos en un dos plazas. En tal caso, habría dicho sencillamente: «Oiga.» Y me habría contestado: «¿Qué?» «¿Conoce usted a Gussie Fink-Nottle?», y al contestarme: «Sí», le hubiera asegurado: «La ama a usted.» Y me habría replicado: «¿Cómo, esa momia? Le agradezco que hoy me haya puesto usted de buen humor... o que haya cambiado mi estado de ánimo. ¡Loco! ¡Dígame algo más!»

Quiero decir que, en todo caso, el asunto quedaría solucionado en menos de un minuto.

Con miss Bassett era necesario algo menos veloz y más escurridizo. Entretanto, la luz del día se iba apagando, y llegamos al aire libre en el momento en que el crepúsculo daba paso a la noche. Eran los últimos, leves resplandores del ocaso. Las estrellas comenzaban a refulgir; los murciélagos a revolotear, y el jardín estaba saturado del perfume de esas flores blancas que empiezan a vivir al anochecer: en suma, el crepuscular paisaje languidecía cada vez más, el aire estaba dominado por una paz solemne, y se notaba que todo aquello le producía un efecto pésimo. Tenía los ojos dilatados y el conjunto de su persona daba la sensación de un alma que necesita consuelo.

Tenía el aspecto de una muchacha que esperaba de Bertram algo concreto.

En estas circunstancias, naturalmente, la conversación flaqueaba un poco. Cuando las condiciones del momento requieren cierta afectuosidad, yo nunca me encuentro perfectamente a mis anchas, y he oído afirmar lo mismo a otros miembros de Los Zánganos. Recuerdo que Pongo Twistleton me contó una vez que, paseando en góndola al claro de luna con una muchacha, lo único que se le ocurrió fue explicarle la vieja historia de aquel tipo que fue nombrado jefe del tráfico de Venecia por ser un buen nadador.

También añadió que hizo un mal papel y que la muchacha, al cabo de un ratito, declaró que sentía frío y que deseaba volver al hotel.

Ahora bien, como he dicho, la conversación resultaba algo decaída. Fue fácil decirle a Gussie que hablaría con aquella muchacha de los corazones doloridos,

pero, para poder hacerlo, era necesario tener un punto de partida. Y cuando, paseando, llegamos al extremo del lago, y ella comenzó a hablar, ya pueden imaginarse mi desilusión al percatarme de que hablaba de las estrellas.

Nada útil para mí.

–¡Oh! ¡Mire! –dijo.

Aquel exordio confirmaba mi opinión de que era una observadora extraordinaria. Me di cuenta en Cannes, donde me llamó la atención, en varias ocasiones, sobre objetos tan dispares como, por ejemplo, una actriz francesa, una concurrida estación provenzal, una puesta de sol en el Esterel, Michael Arlen, el hombre que vendía gafas de colores, el profundo y aterciopelado azul del Mediterráneo, y el último alcalde de Nueva York en traje de baño a rayas.

–¡Oh! ¡Mire esa dulce estrellita apartada de las demás!

Comprendí que aludía a una estrella chiquitina, apartada, que brillaba encima de un matorral.

–Sí –dije.

–Me pregunto si se sentirá sola.

–Oh, no lo creo.

–Un hada debe haber llorado.

–¿Eh?

–¿No lo recuerda? «Cada vez que un hada derrama una lágrima, nace una estrella diminuta en la Vía Láctea.» ¿Jamás ha pensado en ello, míster Wooster?

Debo confesar que jamás se me había ocurrido pensar en nada semejante. No me parecía probable, y creía que no concordaba en lo más mínimo con su aseveración sobre las guirnaldas de lindas margaritas del Señor. Quiero decir que las dos afirmaciones no estaban muy de acuerdo entre sí.

A pesar de todo, no era aquél el momento de analizar y discutir, y vi que me había equivocado al pensar que las estrellas no podían ser útiles para mis fines.

–Y a propósito de derramar lágrimas...

Pero ella, entonces, empezó a hablar de los conejos, que retozaban por el parque en torno a nosotros.

–¡Oh, mire los conejitos!

–A propósito de derramar lágrimas...

–¿No le gusta este momento de la noche, míster Wooster, cuando el sol se ha puesto y los conejitos salen en busca de su cena? Siendo chiquilla, imaginaba que los conejitos eran gnomos y que si hubiese podido retener el aliento y quedarme inmóvil, habría hecho aparición el hada.

Indicando con un gesto equívoco que admitía perfectamente que, siendo niña, hubiese podido pensar semejante disparate, volví a lo que me interesaba.

–A propósito de derramar lágrimas –dije con firmeza–, debe saber que hay un corazón que sufre en Brinkley Court.

Aquello le causó impresión, tanto que abandonó el tema de los conejos. Su rostro, antes encendido por una graciosa animación, se nubló. Y emitió un suspiro semejante al silbido de una pelota al expulsar el aire que la hincha.

–¡Ah, sí! La vida es triste, ¿verdad?

–Para alguien sí. Para el corazón que sufre, por ejemplo.

–¡Con sus hermosos ojos! ¡Con aquel iris húmedo de llanto! Ya no danzan como alegres diablillos. Y todo por un estúpido desacuerdo a propósito de un tiburón. ¡Qué trágicos son los desacuerdos! Un amor así, truncado porque míster Glossop se obstina en decir que era un rodaballo...

Comprendí que no me había entendido.

–No hablaba de Angela.

–Pero su corazón sufre.

–Lo sé, pero no es el único que sufre.

Me miró perpleja.

–¿Quiere aludir al de míster Glossop?

–No.

–¿Al de mistress Travers, pues?

El exquisito código de educación de los Wooster me impidió tirarle de una oreja; sin embargo, hubiera dado un chelín por poderlo hacer. Me parecía que se obstinaba en no querer comprenderme.

–Tampoco se trata del de la tía Dahlia.

–Pues creo que está muy disgustada.

–Desde luego; pero el corazón al que me refiero no sufre por la ruptura entre Angela y Tuppy. Sufre por una razón muy diferente. En fin, ¡creo que usted ha de saber por qué sufren los corazones!

Su rostro pareció iluminarse. Su voz se convirtió en un murmullo.

–Quiere usted decir... ¿por amor?

–Naturalmente. Ha dado usted en el clavo: por amor.

–¡Oh, míster Wooster!

–¿Cree usted en el flechazo?

–¡Claro que sí!

–Bueno, eso le ha sucedido al corazón que sufre y que, desde ese mismo momento, se consume; me parece que ésa es la expresión exacta.

Hubo un silencio. Se había vuelto hacia el lago para mirar un pato. El animalejo estaba hurgando entre las hierbas, ocupación que jamás he comprendido. Aunque, pensándolo bien, esas hierbas no son mucho peores que las espinacas... Luego bebió un poco, sumergió la cabeza y desapareció; aquello pareció romper el encantamiento.

–¡Oh, míster Wooster! –repitió, y por el tono de su voz comprendí que la había conmovido.

–¡Por usted! –continué, yendo directamente al fondo del asunto. Supongo que habrán observado que lo difícil en estas situaciones es exponer la idea principal, el esquema general que lo define todo. El resto es mero detalle. Acaso entonces no me volviera más locuaz, pero, más que antes sí, desde luego–. Está pasando unos días horribles. No puede dormir, no puede comer, todo por amor a usted. Y lo peor es que ese pobre corazón roto no sabe hacerse comprender y decirle a usted cómo están las cosas, porque su perfil le ha conmovido e intimidado. Precisamente cuando se decide a hablar, le echa una mirada y el discurso se desvanece. Es una estupidez, lo sé, pero es así.

La oí tragar saliva ruidosamente, y vi que tenía los ojos húmedos, o los iris húmedos, si lo prefieren.

–¿Quiere un pañuelo?

–No, gracias, me encuentro perfectamente.

Yo no podía decir lo mismo. Estaba debilitado por los esfuerzos hechos. No sé si a ustedes les sucederá lo mismo, pero a mí el hablar de cosas tiernas, como un puré de patatas, me ocasiona siempre cierta sensación de inquietud y un sentimiento como de vergüenza junto con un desagradable sudorcito.

Recuerdo haberme visto obligado una vez, en casa de la tía Agatha, en Hertfordshire, durante una fiesta en favor de las Desventuradas Hijas del Clero, a desempeñar el papel de rey Eduardo III cuando se despide de su chica, la bella Rosamunda. Aquello requería un diálogo apasionadamente medieval, apto para esos tiempos en que una espada llamaba a otra espada, y, en el momento en que se levantó el telón, no creo que ninguna Hija del Clero fuese tan desventurada como yo. No había en mi piel ni un pedacito que estuviese seco.

Ahora, mis condiciones eran aproximadamente las mismas, y fue un Bertram muy humedecido el que se dispuso a prestar atento oído a lo que la muchacha comenzó a decir después de un par de sollozos.

–¡Se lo ruego, ni una palabra más, míster Wooster!

Naturalmente, no tenía intención alguna de decirlas.

–Comprendo.

Fui muy feliz al oír aquello.

–Sí, comprendo, no soy tan necia como para fingir que no comprendo lo que quiere usted decir. Lo sospeché en Cannes, cuando estaba usted cerca de mí y me miraba sin pronunciar palabra, pero con volúmenes enteros escritos en los ojos.

Si el tiburón de Angela me hubiese mordido una pierna, no habría dado yo un respingo más convulsivo. Estaba tan identificado con los intereses de Gussie que ni siquiera me pasó por la mente que otra deducción desafortunada pudiera desprenderse de mis palabras. El sudor, que ya bañaba mi frente, se convirtió en un Niágara.

Mi destino dependía de las palabras de una mujer. Quiero decir que no podía echarme atrás. Si una muchacha cree que un hombre se le está declarando y le acepta, él no puede explicarle que se ha equivocado y que no tiene ninguna idea de esa índole. Es necesario aceptarlo así. Francamente, me aterrorizaba la idea de estar prometido a una chica que hablaba sin reticencias de hadas nacidas de estrellas que se limpian las narices, o algo por el estilo.

Ella continuaba sus observaciones y, escuchándola, yo apretaba los puños hasta que las coyunturas se me volvieron blancas por el esfuerzo. Parecía que no hubiese jamás de llegar al fin.

–Sí; durante todos aquellos días, en Cannes, me di perfecta cuenta de lo que usted intentaba decirme. Una muchacha lo comprende enseguida. Y luego me siguió hasta aquí, y siempre con aquella mirada muda e implorante. Luego ha insistido mucho para que saliera con usted en el crepúsculo, y ahora pronuncia esas palabras titubeantes. No, no es una sorpresa para mí. Sin embargo, lo siento...

Estas últimas palabras me produjeron el mismo efecto que una bebida reconfortante de Jeeves: un poco de salsa, pimentón y yema de huevo, todo esto mezclado sin duda con otros misteriosos ingredientes, y me reanimé como una flor que se abre a la luz del sol. Todo marchaba bien. Mi ángel de la guarda no se había quedado dormido.

–... pero me temo que sea imposible.

Hizo una pausa.

–Imposible –repitió.

Tan viva era mi sensación de haber escapado del patíbulo, que me di cuenta, al instante, de que convenía una rápida respuesta.

–¡Oh, bueno! –dije con precipitación.

–Lo siento...

–No, no, está muy bien.

–... más de cuanto pueda expresar.

–No piense más en ello.

–Podemos seguir siendo amigos.

–¡Claro que sí!

–No volveremos a hablar de ello, y consideraremos lo sucedido un tierno secreto entre nosotros.

–¡Naturalmente!

–Muy bien, lo guardaremos como algo delicado y fragante envuelto en lavanda...

–En lavanda, naturalmente...

Hubo una larga pausa. Ella me miraba con una dulcísima piedad, como si yo fuese un caracol aplastado inadvertidamente por ella con su zapatito francés. Y hubiera dado cualquier cosa por decirle que todo marchaba a pedir de boca y que Bertram, en vez de ser víctima de la desesperación, nunca había estado tan alegre en toda su vida. Pero, desde luego, no podemos actuar de esa manera. Callé y permanecí allí, valientemente.

–Querría poder... –murmuró.

–¿Qué? –pregunté, porque mi atención se había distraído.

–Sentir hacia usted lo que usted desea.

–¡Oh! ¡Ah!

–Pero no puedo, lo siento.

–La culpa es de ambos, por supuesto.

–Porque me agrada usted mucho, míster... No; le llamaré a usted Bertie, ¿me lo permite?

–¡Claro que sí!

–Porque somos verdaderos amigos.

–Indudablemente.

–Me agrada usted, Bertie, y si las cosas fueran diferentes, ¿quién sabe?...

–¿Eh?

–Después de todo somos buenos amigos..., tenemos este recuerdo en común..., tiene usted derecho a saber..., no quisiera que creyese... ¡La vida es tan complicada!

A muchos hombres estas exclamaciones entrecortadas les hubieran parecido fútiles y la mayoría habrían hecho caso omiso de ellas. Pero los Wooster tienen la mente extraordinariamente vivaz y saben leer entre líneas. Adiviné lo que ella estaba intentando hacer salir de las profundidades de su pecho.

–¿Quiere usted decir que hay otro?

Asintió.

–¿Ama a otro?

Nuevamente asintió.

–¿Está comprometida?

Esta vez meneó la cabecita.

–No, no estoy comprometida.

Bien. Eso ya era algo. A pesar de todo, por su modo de hablar se podía deducir que el pobre Gussie habría de retirar su nombre de la lista, y no me gustaba la idea de tener que comunicarle la triste nueva. Había estudiado a mi hombre, y temía que aquello pudiese significar el fin para él.

Gussie, ¿comprenden?, no era como algunos de mis amigos, por ejemplo Bingo Little, quienes, rechazados por una muchacha, dicen: «¡Bueno, buenas noches!» y, tan contentos, se van a buscar otra. Él era, se veía claramente, de esos seres que, si no tienen éxito en la primera tentativa, se amilanan, pasan el resto de su vida reflexionando sobre las salamandras y se dejan crecer luengas patillas grises, como algunos personajes de novela que viven en grandes casas blancas, escondidas entre los árboles, lejos del mundanal ruido y con unos rostros llenos de melancolía.

–Mucho me temo que esa persona no piense en mí, en este sentido; por lo menos no me lo ha dicho. Comprenderá que sólo a usted se lo digo porque...

–¡Oh! Desde luego...

–Es extraño que me haya usted preguntado si creo en el flechazo. –Entornó los ojos–. ¿Quién, que haya amado alguna vez, no ha sentido el amor de repente? –dijo con una voz sombría que me recordó, sin saber por qué, a la tía Agatha cuando, vestida de Boadicea, declamaba en aquella famosa función de la que les he hablado–. Es una historia algo necia. Estaba yo en el campo, con unos amigos, y había ido a dar un paseo con mi perro, cuando al pobrecillo se le clavó una espina en la patita. Yo no sabía qué hacer y, repentinamente, se presentó aquel hombre...

Al hablarles de aquella famosa función y esbozarles rápidamente el esquema de mis emociones, sólo les he presentado el aspecto adverso de la situación. Ahora, en cambio, quiero hablarles del maravilloso episodio que siguió a la representación, cuando, desprendido de mi armadura, me dirigí al bar y pedí algo para beber. Me pusieron entre las manos inmediatamente un vaso de cerveza exquisita, y el éxtasis del primer sorbo aún perdura en mi memoria. La agonía sufrida anteriormente era lo que necesitaba para hacerme encontrar perfecta la bebida.

Experimenté, ahora, la misma sensación. Cuando comprendí, por sus palabras,

que aludía a Gussie –evidentemente, no podía ser que aquel día un pelotón de hombres se hubiese dedicado a sacarle espinas a su perro, ¡ni que fuese un alfiletero!–, cuando tuve la certeza de que Gussie, que pocos minutos antes parecía haber perdido toda probabilidad de éxito, era el vencedor, un violento escalofrío me sacudió de pies a cabeza y de mis labios salió una exclamación tan violenta que miss Bassett dio un salto por lo menos de un palmo.

–¿Perdón? –dijo.

Hice un ademán.

–¡Oh, nada! –dije–. Me había olvidado de que esta noche tengo que escribir sin falta una larga carta. Si me disculpa, voy a dejarla. Ahí llega Gussie Fink-Nottle. Él la acompañará a usted.

Mientras hablaba, Gussie se había presentado, saliendo de detrás de un árbol.

Me marché, dejándolos juntos. Bueno, el asunto de aquellos dos quedaba perfectamente arreglado. ¡Siempre que Gussie conservase la cabeza en su sitio y no apresurara demasiado las cosas! Pensaba, mientras me dirigía hacia casa, que aquellos seres felices ya debían de haber comenzado a funcionar. Quiero decir que, dejando a una muchacha con un hombre a la luz crepuscular, después de que los dos han declarado que están enamorados el uno del otro, me parece que no merece la pena seguir preocupándose por ellos.

Y, en cuanto a mí, después de lo realizado, creía tener derecho a un poco de reposo en la sala de fumar.

Continué, pues, mi camino.

11

Todo lo que yo podía necesitar estaba elegantemente dispuesto sobre una mesita, y para mí resultó un asunto de un minuto escanciar en una copa un dedo o dos de alcohol y rociarlo con un poco de soda. Luego me repantigué en un sillón poniendo los pies encima de la mesita y paladeé la bebida con la misma satisfacción que debió de experimentar César al retirarse a su tienda después de la derrota de los nervios.

Al pensar en lo que debía de estar sucediendo en el plácido jardín, me sentía alegre y satisfecho. Aunque estaba seguro de que Augustus Fink-Nottle era uno de los ejemplares más típicos de la naturaleza en cuestión de bobaliconería, le apreciaba y me había visto tan profundamente complacido en el éxito de sus amores como si, en vez de ser él, fuese yo quien estaba bajo los efectos del éter amoroso.

Me alegraba en el alma pensar que en aquel momento habría probablemente llevado a buen término los pourparlers y que acaso ya estuviera haciendo planes para el viaje de novios.

Naturalmente, al considerar el tipo de muchacha que era Madeline Bassett –estrellas, conejos y similares– podrían ustedes afirmar que una sobria tristeza hubiera estado más indicada. Pero en estos asuntos, ya lo saben ustedes, sobre gustos no hay nada escrito. El impulso de un hombre con la cabeza en su sitio al encontrar a miss Bassett habría sido el de poner tierra de por medio. Mas, por alguna razón misteriosa, ella conmovía a Gussie. Así pues, nada había que objetar.

Me hallaba en este punto de mis meditaciones, cuando oí el rumor de una puerta que se abría. Alguien había entrado y se acercaba a la mesita con movimientos felinos. Bajando los pies, vi que se trataba de Tuppy Glossop.

Al verle experimenté una punzada de remordimiento, porque me acordé de que, en mi excitación por ayudar a Gussie, me había olvidado totalmente del otro cliente. Es algo que suele suceder cuando se quieren hacer dos cosas a la vez.

Sin embargo, como lo de Gussie ya había sido solucionado, estaba dispuesto a dedicarme completamente al problema de Glossop.

Había estado muy satisfecho de él durante la cena. ¡Y no fue fácil! Todos los manjares eran de la más excelsa calidad, y además habían servido un plato, me refiero a las nonnettes de poulet Agnès Sorel, que habría podido inducir a romper las más férreas disciplinas. Pero él se había reprimido como un experto profesional, y me sentía orgulloso de él.

–¡Hola, Tuppy! –dije–. Deseaba verte.

Se volvió con un vaso en la mano y percibí claramente en su rostro las huellas de las privaciones sufridas. Parecía un lobo de las estepas que hubiese visto al campesino codiciado en lo alto de un árbol.

–¡Ah, sí! –dijo en tono casi rudo–. Bueno. Aquí me tienes.

–Bien.

–¿Qué quieres decir con «Bien»?

–Empieza tu relato.

–¿Qué relato?

–¿No tienes nada que decirme acerca de Angela?

–Sólo que es una criticona.

La frase me chocó.

–¿Aún no ha empezado a rondarte?

–No.

–¡Qué raro!

–¿Por qué es raro?

–Debió de observar tu falta de apetito.

Carraspeó ásperamente, como si tuviese enfermas las amígdalas del alma.

–¿Falta de apetito? Estoy vacío como un pozo sin fondo.

–Ánimo, Tuppy. Piensa en Gandhi.

–¿Qué tiene que ver Gandhi?

–No ha hecho una comida de veras desde hace años.

–Y tampoco yo. Podría jurarlo. ¡Gandhi me importa un bledo!

Comprendí que más valía dejar de lado el motif Gandhi y volví al punto de partida.

–Probablemente te está buscando.

–¿Quién? ¿Angela?

–Sí. Debe de haber observado tu supremo sacrificio.

–No creo que haya observado nada, esa tontuela atolondrada. Apuesto a que ni siquiera se ha percatado de ello.

–Vamos, Tuppy –objeté–, eso ya es ser morboso. No has de verlo todo tan negro. Debió de darse cuenta, aunque no fuese más que cuando rechazaste las nonnettes de poulet Agnès Sorel. Fue una renuncia sensacional, tan visible como un dedo enfermo. Y las crêpes à la Rossini...

Un grito salvaje salió de sus labios contraídos.

–¿Quieres acabar ya, Bertie? ¿Crees que soy de mármol? ¿No te parece bastante doloroso estar mirando cómo pasaban ante mis narices, plato tras plato, sin haber podido probar ni un bocado de una de las más extraordinarias cenas de Anatole? No me recuerdes aquellas nonnettes. No lo resisto.

Procuré consolarle e infundirle ánimos.

–Sé fuerte, Tuppy. Piensa en el pastel de carne y riñones que está en la despensa. Como rezan las Sagradas Escrituras: «Todo llega con la mañana.»

–¡Sí, con la mañana! ¡Y ahora son las nueve y media de la noche! ¡Y tú me sales con el pastel, precisamente ahora, cuando intentaba olvidarlo!

Le comprendí. Tenían que pasar horas antes de que pudiese tocar el pastel. Dejé

el tema y permanecimos un rato en silencio. Luego se levantó y comenzó a pasearse arriba y abajo por la habitación de un modo salvaje; parecía un león en el parque zoológico que, habiendo oído tocar el gong de la comida, espera que el guardián no se olvide de él. Con tacto, aparté la mirada, pero le oía tropezar contra las sillas y otros objetos. Sin duda la mente de aquel hombre estaba atormentada y su tensión era alta.

Luego volvió a sentarse y vi que me estudiaba atentamente, como si tuviese algo que comunicarme.

Había adivinado. Me dio un significativo golpecito en la rodilla y dijo:

–Bertie...

–¿Qué hay?

–He de decirte algo.

–Claro, viejo –dije con cordialidad–. Precisamente estaba pensando que le faltaba un poco de diálogo a la escena.

–Se trata del asunto entre Angela y yo, ¿sabes?

–Bien.

–He pensado muchísimo en ello.

–¡Oh!, ¿de veras?

–He analizado despiadadamente la situación y una cosa resulta límpida como el diamante. Alguien me la ha jugado.

–No te comprendo.

–Deja que haga un resumen de los hechos. Hasta el momento en que partió para Cannes, Angela me amaba. Estaba enteramente por mí. Yo era, por decirlo así, la niña de sus ojos. ¿Lo admites?

–Es indiscutible.

–Y en cuanto regresó, estalló la tempestad.

–De acuerdo.

–Y por una cosa sin importancia.

–¿Cómo que sin importancia? Estuviste falto de tacto en el asunto del tiburón.

–Fui franco y honrado por lo que atañe al tiburón. ¿Crees seriamente que un leve desacuerdo a propósito de los tiburones puede inducir a una muchacha a romper con un hombre, si realmente le quiere?

–¡Claro!

Me chocaba que él no se diese cuenta. Pero el pobre Tuppy jamás fue rápido en captar sutilezas. Era un tipo robusto, fuerte, como esos jugadores de fútbol que carecen de la más delicada sensibilidad, como dice Jeeves. Excelentes para marcar un tanto, para golpear el rostro del adversario con la bota, pero incapaces de comprender el temperamento femenino. Ni siquiera le pasaba por la cabeza que una muchacha pudiese renunciar a la felicidad antes que al tiburón.

–En absoluto. Ha sido un pretexto.

–¿Qué?

–El asunto del tiburón. Quería librarse de mí y ha aprovechado la primera ocasión que se le presentaba.

–¡No, hombre!

–¡Te digo que sí!

–Pero ¿por qué iba a desear librarse de ti?

–También yo me he hecho esa pregunta. Se ha enamorado de otro. Se le ve a un kilómetro. No cabe otra explicación. Cuando se marcha a Cannes está a partir un piñón conmigo y cuando regresa, a matar. Desde luego, durante esos dos meses, allá abajo debe de haber transferido sus afectos a algún idiota.

–¡No, hombre!

–No sigas diciendo: «¡No, hombre!» Seguro que es así. Bien. Voy a hacer una

declaración y te ruego la consideres como oficial. Si encuentro entre la hierba a esa vil y sinuosa serpiente, más vale que reserve plaza en el hospital, porque no tendré piedad. Tengo el propósito de agarrarle por el cuello y de sacudirle hasta que se convierta en papilla y luego echarle con las patas al aire y hacerle que se trague a sí mismo.

Y, dichas estas palabras, se fue. Después de esperar unos momentos a que se alejara, me levanté y me dirigí hacia el salón. Conocía la tendencia de las mujeres a recrearse en el salón después de cenar. Esperaba encontrar a Angela. Y tenía la intención de hablar con ella.

La teoría de Tuppy me parecía el producto de una mente trastornada, y no hice caso de su aseveración de que alguien, en Cannes, hubiese robado el corazón de la muchacha. Naturalmente, fue el tiburón el que interrumpió el encanto de aquel juvenil sueño de amor. Estaba convencido de que unas pocas palabras, cambiadas con mi prima en aquella circunstancia, lo arreglarían todo.

Porque, francamente, me parecía imposible que una muchacha de su suavidad y ternura de corazón, no hubiese quedado conmovida por lo ocurrido durante la cena. Incluso Seppings, el mayordomo de la tía Dahlia, un hombre muy frío, había retenido el aliento, tambaleándose visiblemente, al rechazar Tuppy las nonnettes de poulet Agnès Sorel, mientras que al camarero que le ofrecía las patatas se le habían desorbitado los ojos como si hubiese tenido una visión. No podía admitir, en absoluto, que el hecho no hubiera tenido ningún significado para Angela, una chica tan sensible. Esperaba hallarla en el salón con el corazón sangrante, pronta a una rápida reconciliación.

En el salón vi sólo a la tía Dahlia. Me pareció que me lanzaba una mirada histérica cuando me interné en su campo visual; pero, después de mi experiencia con Tuppy, lo atribuí a que ella también había ayunado durante la cena. No se puede esperar de una tía en ayunas la misma amabilidad que de una tía saciada.

–Oh, ¿eres tú?

Naturalmente, era yo.

–¿Dónde está Angela? –pregunté.

–Se ha ido a la cama.

–¿Tan temprano?

–Ha dicho que tenía dolor de cabeza.

–¡Hum!

El conjunto de los hechos no me agradaba mucho. Una muchacha que ha visto a su novio rechazado privarse tan sensacionalmente de todo alimento, no se va a la cama con dolor de cabeza si el amor ha resurgido en su pecho. Se queda levantada y le dirige, entre las pestañas, rápidas miradas que expresan remordimiento; en suma, hace lo posible para que comprenda que, si quiere comenzar las negociaciones, está dispuesta a salir a su encuentro. Sí, confieso que se me antojó algo intranquilizador el hecho de que se fuera a la cama.

–¡Ah! ¿Se ha ido a la cama?

–¿Por qué la buscabas?

–Quería pedirle que viniese a dar una vuelta conmigo y charlar un ratito.

–¡Ah! ¿Quieres ir a dar una vuelta? –dijo la tía Dahlia con repentino interés–. ¿Y por dónde?

–Quisiera pasearme por ahí.

–En tal caso me gustaría pedirte un favor.

–Habla.

–No te llevará mucho tiempo. ¿Conoces el camino que pasa por el invernadero y lleva al huerto? Al final se encuentra el estanque.

–Lo sé.

–Bien. Coge un buen trozo de cuerda gruesa y recorre el camino hasta el estanque...

–Hasta el estanque, está bien.

–... y mira a tu alrededor hasta que encuentres una hermosa piedra muy pesada. Un ladrillo grande también puede servir.

–Comprendo –dije, a pesar de que no comprendía absolutamente nada–. Una piedra o un ladrillo. Sí, ¿y después?

–Entonces –dijo mi pariente– deseo que, como un buen muchacho, asegures la cuerda a la piedra y te la ates al cuello, luego te tires al agua y te ahogues. Dentro de unos días enviaré a alguien a sacarte de allí y te haré sepultar, porque quiero bailar sobre tu tumba.

Estaba más aturdido que nunca. Y no sólo aturdido sino además herido y lleno de resentimiento. Recuerdo haber leído en un libro algo acerca de una joven que «súbitamente huyó de la estancia temiendo permanecer allí, temiendo que pudieran salir de sus labios horribles palabras. Y decidida a no quedarse un solo día más en aquella casa en donde era insultada e incomprendida». Me sentía en el mismísimo estado de ánimo.

Luego pensé que había que ser indulgente con una señora que tenía en el estómago solamente una cucharada de sopa y retuve la exclamación que ya me había subido a los labios.

–¿Qué quiere decir todo esto? –pregunté con gentileza–. Me pareces irritada con Bertram.

–¿Irritada?

–Notablemente irritada. ¿Por qué esa hostilidad?

Una llamarada repentina salió de sus ojos, quemándome los cabellos.

–¿Quién fue el asno, quién fue el idiota, quién fue el cretino que me aconsejó, en contra de mi parecer, que no comiera durante la cena? Debí figurarme que...

Vi que había adivinado la razón de su estado de ánimo.

–Está bien, tía Dahlia –dije–. Lo comprendo todo. Un poco de debilidad, ¿no es eso? Pero es un mal que pasa. No tienes más que ir abajo y saquear la despensa cuando todos estén acostados. Sé que hay un pastel de riñones que te compensaría la molestia. Ten fe, tía Dahlia –continué–. Pronto el tío Tom llegará lleno de simpatía y de preguntas ansiosas.

–¿Ah, sí? ¿Sabes dónde está ahora?

–No lo he visto.

–Está en su gabinete con la cabeza entre las manos, blasfemando contra la civilización y contra todo lo que va hacia la ruina.

–¿De veras? ¿Y por qué?

–Porque he tenido que informarle de la despedida de Anatole.

Reconozco que me tambaleé.

–¿Cómo?

–Se ha despedido. Ése es el resultado de tu inteligentísima faena. ¿Qué podías esperar de un cocinero francés, de temperamento sensible, si convences a todos de que rechacen la comida? Me han dicho que cuando los dos primeros platos volvieron a la cocina sin haber sido tocados, se deprimió tanto que empezó a llorar como un niño. Y cuando el resto de la cena sufrió la misma suerte, dedujo que se trataba de un insulto decidido y calculado y resolvió irse.

–¡Atiza!

–Ya lo creo que puedes decir «¡Atiza!». Anatole, la delicia del estómago, se va, como el rocío de los pétalos de una rosa, por tu idiotez. Supongo que ahora comprenderás por qué deseaba que fueras a tirarte al estanque. Debí imaginarme que algún horrible desastre caería como un rayo sobre esta casa, si se te ocurría venir aquí y dártelas de listo.

Palabras crueles, naturalmente, y más si las dice una tía a un sobrino. Pero yo no experimenté resentimiento alguno. Se darán ustedes cuenta de que Bertram, considerado desde cierto punto de vista, se había tornado semejante a un flotador.

–Lo siento.

–¿Y de qué sirve?

–He aconsejado lo que juzgaba mejor.

–Otra vez aconseja lo que juzgues peor. Entonces, quizá logremos salir con una

herida superficial.

–¿Está muy disgustado el tío Tom?

–Da vueltas arriba y abajo por la habitación como un alma en pena. Y toda esperanza de sacarle dinero se ha esfumado para mí.

Me rasqué la barbilla, reflexionando. Nadie mejor que yo podía comprender la justicia de las cosas que decía y el golpe terrible que debió de ser para el tío Tom la dimisión de Anatole.

Ya les he dicho en estas memorias mías que el curioso ser al que la tía Dahlia ha unido su destino, parece un pterodáctilo que haya sufrido mucho, y este aspecto es debido al hecho de que durante todos los años que permaneció en el Lejano Oriente acumulando millones, su digestión se echó a perder. Y el único cocinero capaz de introducirle algo en el estómago sin provocar una tempestad correspondiente a la altura del tercer botón del chaleco, resultó ser el gran Anatole. Al verse privado de los servicios de Anatole, su fiel esposa no podía arrancar de él más que miradas feroces. Sí, el asunto había adquirido un cariz debidamente trágico y confieso que, en aquel momento, me hallaba absolutamente sin ninguna idea restauradora.

Confiando, empero, en que pronto se me ocurriera alguna, conservé cierta actitud de superioridad.

–Malo –admití–. Muy malo, desde luego. Una gran desgracia para todos. Pero no temas, tía Dahlia, yo lo arreglaré todo.

Ya he hablado acerca de la dificultad de tambalearse cuando se está sentado. Yo, por ejemplo, jamás logré hacerlo. La tía Dahlia, en cambio, lo logró sin esfuerzo aparente. Estaba bien hundida en un sillón de brazos, y sin embargo se tambaleó como un bolo. Su rostro se contrajo con un espasmo de horror y de aprensión.

–Si te atreves a salir con otro de tus estrafalarios proyectos...

Me di cuenta de que era inútil intentar razonar con ella. No estaba en sus cabales. No sabía si se le ocurriría arrojarme uno de los tomos de lord Alfred Tennyson. Lo había visto a su lado, sobre la mesita, y, mientras cerraba la puerta, recuerdo haber tenido la impresión de que algo pesado iba a chocar contra la madera, pero me hallaba excepcionalmente preocupado para observar y resolver.

Me reprochaba no haber previsto las posibles consecuencias de aquella abstinencia general en un ser de impulsivo temperamento provenzal como Anatole. Hubiese debido recordar que los galos no pueden soportar los desaires de ese tipo. Su tendencia a montar en cólera por la más mínima provocación es harto conocida. No cabe duda de que un hombre que pone toda su alma en aquellas nonnettes de poulet y ve que se las devuelven todas intactas, debe sentirse como herido por un puñal.

A pesar de todo, es inútil llorar sobre el cántaro de la lechera. Ahora esperaba a Bertram la misión de poner en orden las cosas, y recorría las avenidas del jardín, reflexionando, cuando oí un lamento tan doloroso que pensé en el tío Tom, escapado de su prisión, y vagando por el parque, gimiendo.

No obstante, a mi alrededor no vi señal alguna de mi tío. Confuso, estaba a punto de seguir con mis cavilaciones, cuando oí otro gemido. Y, escudriñando en la oscuridad, percibí una sombra sentada en el rústico banco, y otra sombra, en pie al lado de la primera.

Nombrándolas por orden, dichas sombras eran: Gussie Fink-Nottle y Jeeves. Y me resultaba completamente inexplicable la razón que impulsaba a Gussie a gemir de aquella manera y en aquel lugar.

Porque no había posibilidad de error. No cantaba. Mientras yo me acercaba, emitió otro sonido que era, sin duda, un lamento. Y cuando pude verlo, comprobé que su aspecto era el de un ser completamente abatido.

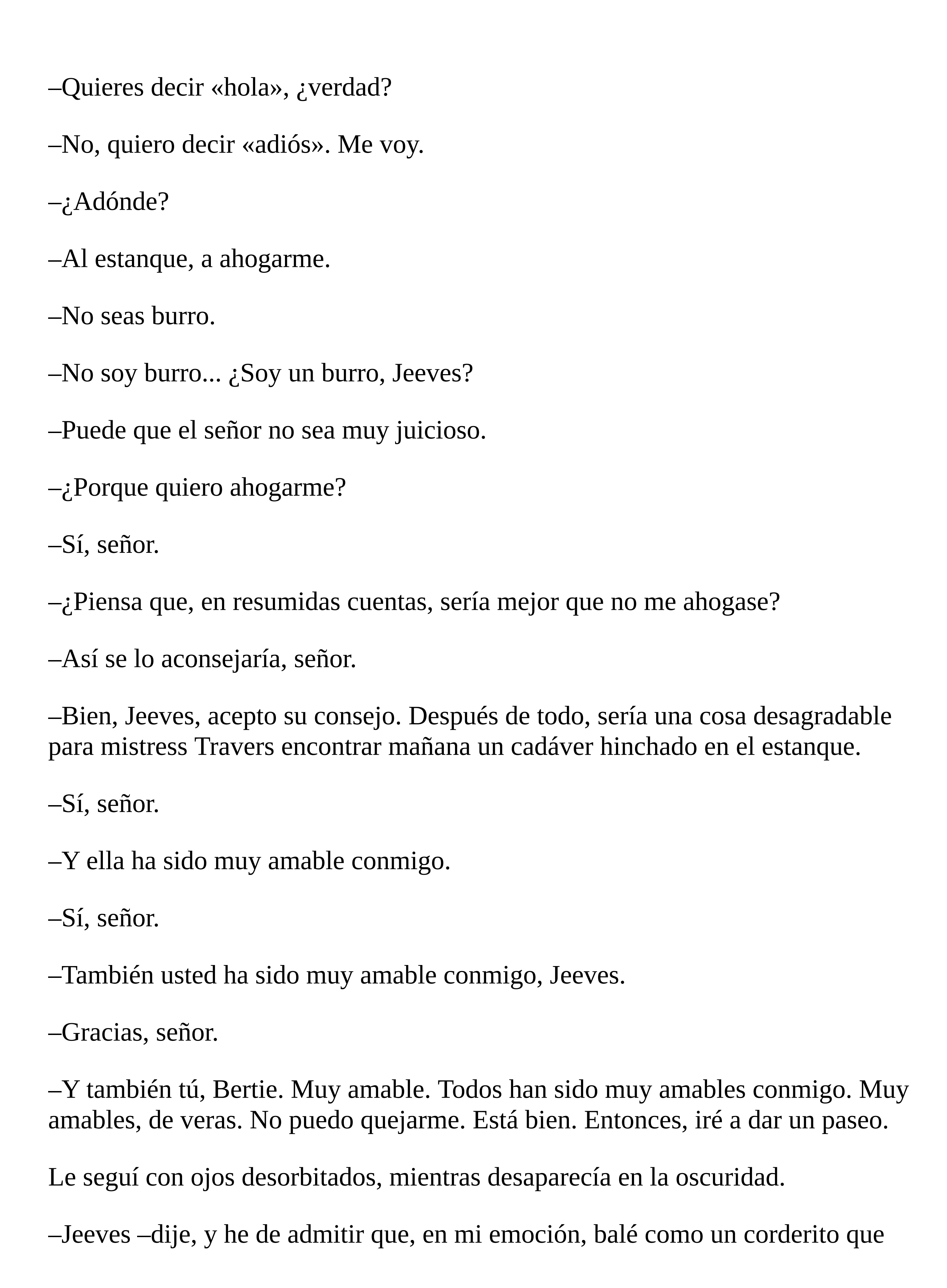
–Buenas noches, señor –dijo Jeeves–. Míster Fink-Nottle no se encuentra bien.

Tampoco yo me encontraba muy bien. Gussie había comenzado a producir un sonido grave, semejante a un gorgoteo, y me persuadí de que algo grave debía de haber sucedido. Sé que el matrimonio es un acto solemne y que estar destinado a afrontarlo puede perturbar a un individuo, pero jamás tuve ocasión de ver a un novio sufrir de esa manera.

Gussie alzó una mirada triste y asió su sombrero.

–Adiós, Bertie –dijo, levantándose.

Pensé que había detectado un error.



–Quieres decir «hola», ¿verdad?

–No, quiero decir «adiós». Me voy.

–¿Adónde?

–Al estanque, a ahogarme.

–No seas burro.

–No soy burro... ¿Soy un burro, Jeeves?

–Puede que el señor no sea muy juicioso.

–¿Porque quiero ahogarme?

–Sí, señor.

–¿Piensa que, en resumidas cuentas, sería mejor que no me ahogase?

–Así se lo aconsejaría, señor.

–Bien, Jeeves, acepto su consejo. Después de todo, sería una cosa desagradable para mistress Travers encontrar mañana un cadáver hinchado en el estanque.

–Sí, señor.

–Y ella ha sido muy amable conmigo.

–Sí, señor.

–También usted ha sido muy amable conmigo, Jeeves.

–Gracias, señor.

–Y también tú, Bertie. Muy amable. Todos han sido muy amables conmigo. Muy amables, de veras. No puedo quejarme. Está bien. Entonces, iré a dar un paseo.

Le seguí con ojos desorbitados, mientras desaparecía en la oscuridad.

–Jeeves –dije, y he de admitir que, en mi emoción, balé como un corderito que

se aproxima a sus padres–. ¿Qué diablos significa todo esto?

–Míster Fink-Nottle está algo fuera de sí. Ha pasado por una dura prueba.

Intenté ligar entre sí los precedentes sucesos.

–Le dejé aquí con miss Bassett.

–Sí, señor.

–Yo la había preparado.

–Sí, señor.

–Él sabía exactamente lo que tenía que hacer; se lo aprendió al pie de la letra.

–Sí, señor. Míster Fink-Nottle me ha informado de ello.

–Bien, entonces...

–Siento decirle que sobrevino un leve accidente.

–¿Quiere decir que algo ha salido mal?

–Sí, señor.

No podía imaginar qué había sido; mi cerebro parecía tambalearse en su trono.

–Pero ¿cómo ha podido salir mal? Ella le ama, Jeeves.

–¿De veras, señor?

–Me lo ha dicho clara y rotundamente. Él no tenía más que exponer su petición.

–Sí, señor.

–Pues bien, ¿no lo ha hecho?

–No, señor.

–¿De qué diablos ha hablado?

–De las salamandras, señor.

–¿Salamandras?

–Sí, señor.

–¿Salamandras?

–Sí, señor.

–Pero ¿qué necesidad tenía de hablar de las salamandras?

–No tenía necesidad alguna, señor. Por lo que he podido saber por míster Fink-Nottle, nada distaba más de sus propósitos.

No lograba comprenderlo.

–Pero nada puede obligar a un hombre a hablar de salamandras.

–Míster Fink-Nottle fue víctima de un repentino y desgraciado ataque de nerviosismo, señor. Confiesa que perdió la cabeza al encontrarse a solas con miss Bassett. Son circunstancias en las que los caballeros suelen hablar desconsideradamente y decir lo primero que se les ocurre. En este caso, fueron las salamandras y su tratamiento, cuando están enfermas y cuando están sanas.

La venda se me cayó de los ojos. Lo comprendí todo. Lo mismo me había sucedido a mí en algunos momentos de crisis. Recuerdo haber detenido a un dentista con el taladro preparado para horadar mi canino inferior, entreteniéndole durante unos diez minutos con la historia de un escocés, un irlandés y un judío. Algo completamente automático. No obstante, él intentaba continuar con su trabajo, pero yo barboteaba atropelladamente incomprensibles palabras. Cuando uno pierde el dominio de sus nervios, comienza a balbucear.

Me puse por un momento en el lugar de Gussie y reconstruí la escena. Miss Bassett y él se hallaban solos en la tranquilidad del anochecer. Sin duda, siguiendo mis consejos, él había iniciado el discurso con la puesta de sol y las princesas fascinadoras y había llegado al punto en que debía exclamar «Tengo algo que decirle». Y veía que ella bajaba la vista, diciendo: «¡Oh! ¿De veras?»

Supongo que entonces él habría continuado, diciendo que era un asunto muy

importante, y me imagino que ella habría contestado: «¿Realmente?», o bien: «¿Sí?», o habría sencillamente retenido el aliento. Y en aquel momento sus ojos se habrían encontrado, exactamente como los míos encontraron los del dentista, y algo se habría repentinamente agarrado al estómago de él; todo se habría vuelto oscuro a su alrededor y habría oído su propia voz que hablaba de salamandras. Sí, ésa es una psicología que yo puedo comprender perfectamente.

A pesar de todo, culpaba a Gussie. Al darse cuenta de que estaba divagando con las salamandras, debió callarse aun a costa de permanecer allí, mudo, como un palo. La agitación en que se hallaba no le excusaba. Ninguna muchacha que está esperando la declaración de un apasionado amor hacia ella, puede soportar que se le endilgue un discurso en honor de un lagarto acuático.

–Malo, Jeeves.

–Sí, señor.

–¿Y todo eso ha durado largo rato?

–Creo que un tiempo considerable, señor. Según míster Fink-Nottle, le habló a miss Bassett no sólo de las salamandras vulgares, sino también de las crestadas y palmeadas. Le describió cómo, durante la época de la reproducción, las salamandras viven en el agua, se alimentan de ranitas, de insectos en estado de larvas y de crustáceos; cómo más tarde se encaminan a tierra y comen caracoles y gusanos; cómo la salamandra recién nacida tiene tres pares iguales de agallas externas parecidas a unas plumas. Y prácticamente cuando estaba observando que las salamandras difieren de los lagartos por la forma de la cola, que es aplastada, y que un marcado dimorfismo sexual prevalece en muchas especies, la señorita se levantó y dijo que deseaba volver a casa.

–¿Y entonces?

–Se fue, señor.

Permanecí pensativo. Comprendía cada vez más lo difícil que resultaba ayudar a un tipo como Gussie. Carecía de un modo absoluto de energía y espíritu. Con infinitas precauciones había logrado situarle en una posición desde la cual podría cómodamente atacar. Y he aquí que él, apartándose, fallaba completamente el objetivo.

–Difícil, Jeeves.

–Sí, señor.

En momentos más felices le habría preguntado, naturalmente, su parecer en la materia. Pero después del incidente de la chaqueta blanca, mis labios estaban sellados.

–Bueno, habrá que volver a comenzar.

–Sí, señor.

–Hacer trabajar al cerebro e intentar hallar un remedio.

–Sí, señor.

–Bueno, buenas noches, Jeeves.

–Buenas noches, señor.

Se alejó, dejando a un pensativo Bertram Wooster inmóvil en la oscuridad. Me parecía difícil decidir qué era lo que más convenía hacer.

No sé si a ustedes les sucede lo que a mí. Cuando me encuentro ante un problema que me preocupa, a menudo un buen sueño me trae la solución por la mañana.

Eso me sucedió también en la presente ocasión.

Los que estudian estas materias dicen que es un hecho derivado del subconsciente. Y acaso tengan razón. No puedo asegurar que tenga un subconsciente, pero probablemente lo tengo, sin saberlo, y no hay duda de que debió de trabajar asiduamente mientras el cuerpo de Bertram Wooster dormía sus ocho horas.

Porque, en cuanto abrí los ojos por la mañana, vi la luz del sol. Y, fíjense bien, no me refiero a la luz verdadera del sol, porque lo natural es verla, no: vi que todo se aclaraba. Mi buen amigo, el subconsciente, me lo explicó todo y, a las claras, distinguí lo que era necesario hacer para incluir a Gussie Fink-Nottle entre los Romeos en activo.

Si tienen algún tiempo disponible, quisiera que repasaran la conversación que sostuve con él la noche anterior, en el jardín. No en lo que respecta al paisaje crepuscular, sino en la conclusión de nuestro discurso. Recordarán que, al asegurarme que jamás había probado el alcohol, moví la cabeza, temiendo que pudiera faltarle gran parte de la fuerza necesaria para hacer su petición a la muchacha.

Los acontecimientos, desgraciadamente, me dieron la razón.

Al ponerse a prueba, únicamente con zumo de naranja en el estómago, se encontró completamente desarmado. En una situación que requería palabras apasionadas que traspasaran de parte a parte el corazón de la joven, como un hierro candente atraviesa medio kilo de mantequilla, no llegó a pronunciar ni una sílaba que pudiese ruborizar las mejillas de la recatada doncella, y, en cambio, dio una profunda pero completamente inútil conferencia sobre las salamandras.

Era imposible pensar que una romántica jovencita pudiese ser conquistada con esa táctica. Para poder llegar a una solución, era necesario que Augustus Fink-Nottle se viese impelido a desechar aquellas estúpidas reminiscencias del

pasado, y debía ser un Fink-Nottle enérgico y confiado el que se encontrase con miss Bassett al iniciarse el segundo asalto.

Sólo así el Morning Post podría cobrar los diez chelines, o algo semejante, por la publicación del anuncio de la próxima boda.

Llegado a esta conclusión, el resto me pareció muy fácil. Y cuando Jeeves entró con el té, había perfeccionado mi plan en todos los detalles. Estaba a punto de hablarle de ello, es decir, ya había dicho: «Oiga, Jeeves», cuando me interrumpió la llegada de Tuppy.

Entró con expresión distraída y me dio pena comprobar que una noche de reposo no había mejorado el aspecto del infeliz. Incluso parecía aún más corroído por los gusanos que la última vez que le vi. Para formarse una idea de lo que parecía Hildebrand Glossop en aquel momento, imagínense ustedes a un bulldog que, después de ser tratado a puntapiés, ve cómo un gato le roba su comida.

–Por el amor de Dios, Tuppy –exclamé, impresionado–. Pareces un alma en pena.

Jeeves se deslizó fuera, con ese modo suave y particular suyo lleno de tacto, e invité al otro a que tomara asiento.

–¿Qué ha sucedido? –pregunté.

Echó anclas en la cama y comenzó a juguetear con la manta, en silencio. Luego dijo:

–He pasado por un infierno, Bertie.

–¿Por un qué?

–¡Por un infierno!

–¡Oh, un infierno! ¿Y por qué fuiste allá abajo?

Se quedó callado, mirando fijamente hacia delante con ojos sombríos. Vi que observaba una fotografía del tío Tom, en una especie de uniforme masónico, posada sobre la repisa de la chimenea. Durante varios años yo había intentado razonar con la tía Dahlia a propósito de aquella fotografía, proponiéndole dos

soluciones: a) Quemarla; b) Si realmente tenía mucho interés en conservarla, darme otra habitación cuando fuese a hospedarme en su casa. Pero siempre se había negado a complacerme. Decía que las cosas continuarían como estaban y que aquella fotografía encerraba una lección útil, enseñándome que no estamos en el mundo sólo para gozar y que la vida tiene también su lado triste.

–Si te molesta, vuélvela hacia la pared, Tuppy –dije amablemente.

–¿Eh?

–Esa fotografía del tío Tom ataviado de músico mayor.

–No he venido para hablar de fotografías: he venido en busca de consuelo.

–¡Y lo tendrás! Apuesto a que te atormentas por Angela. Pero no temas. Tengo otra idea para conmover a esa tonta. Te aseguro que te abrazará llorando antes de la puesta del sol.

Emitió una especie de ladrido.

–¡Imposible!

–Vamos, Tuppy, verás como todo se arregla. Estaba precisamente empezando a exponerle mi proyecto a Jeeves cuando tú has entrado. ¿Quieres oírlo?

–No quiero oír nada de tus estúpidos proyectos. De nada sirven. ¡La he perdido! Se ha enamorado de otro y no puede verme ni en pintura.

–¡Idioteces!

–¡No son idioteces!

–Te aseguro, Tuppy, como conocedor que soy del corazón de las mujeres, que Angela todavía te ama.

–No es la impresión que me dio en la despensa anoche.

–¡Oh! ¿Fuiste a la despensa anoche?

–Sí.

–¿Y Angela estaba allí?

–Sí. Y también tu tía. ¡Y tu tío!

No cabía duda de que necesitaba una aclaración. Todo aquello era completamente nuevo para mí. Había estado muchas veces en Brinkley Court, pero jamás pude sospechar que la despensa fuese un centro de reuniones. Por lo visto se había convertido en un bar o en una pista de carreras.

–Cuéntame las cosas a tu manera –dije–. Sin omitir el más mínimo detalle, aunque te parezca superfluo. Uno nunca sabe la importancia que puede adquirir un detalle, por insignificante que sea.

Inspeccionó la fotografía con expresión lúgubre.

–Está bien –dijo–, he aquí lo sucedido. Ya conoces mi preferencia por ese pastel de riñones.

–¡Claro!

–Hacia la una de la madrugada pensé que había llegado el momento oportuno. Salí de puntillas de mi habitación y me encaminé hacia la despensa. Me parecía que el pastel me llamaba.

Asentí. Sé que los pasteles producen ese efecto.

–Llegado a la despensa, lo saqué. Lo puse sobre la mesa. Encontré cuchillo y tenedor. Cogí sal, mostaza y pimienta; también había unas patatas frías: las cogí, y estaba empezando a comer, cuando oí un rumor. Era tu tía, en bata azul y amarilla.

–Embarazoso.

–En el grado máximo.

–Supongo que no sabrías hacia dónde mirar.

–Miraba a Angela.

–¿También estaba ella, con mi tía?

–No, compareció con tu tío un minuto o dos después. Él llevaba un pijama violeta y una pistola. ¿Nunca has visto a tu tío en pijama y con pistola?

–Jamás.

–No te has perdido mucho.

–Dime lo de Angela, Tuppy –dije, ansioso de tranquilizarme–. ¿Se suavizaron un poco sus ojos, al mirarte?

–No me miró a mí. Miró al pastel.

–¿No dijo nada?

–Enseguida no. Tu tío fue el primero en hablar; le dijo a tu tía: «Por el amor de Dios, Dahlia, ¿qué haces aquí?» Y ella contestó: «Puesto que en ello estamos, ¿qué haces tú, mi alegre sonámbulo?» Tu tío contestó que al oír unos ruidos pensó que había ladrones en la casa.

Lo comprendía todo a la perfección. Desde que fuera hallada abierta la ventana de las caballerizas, el año en que fue descalificado Shining Light en el Cesarewitch, el tío Tom sufría con respecto a los maleantes unas reacciones violentas. Todavía recuerdo la emoción experimentada durante una de mis visitas, cuando intenté sacar la cabeza para respirar un soplo de aire campestre a través de las rejas que había en la ventana. Poco faltó para que me rompiera la crisma contra una especie de parrilla de hierro, como existen en las prisiones medievales.

–«¿Qué clase de ruidos?», preguntó tu tía Dahlia. «Ruidos extraños», dijo tu tío. Entonces Angela, esa tontuela, observó con voz dura y colérica: «Habrá sido míster Glossop al comer.» Y me miró. Era la mirada de asombro y desagrado de una mujer toda espiritualidad dirigida a un hombre gordo que trasiega ruidosamente la sopa, en el restaurante. Era una de esas miradas que nos producen la sensación de medir un metro veinte de cintura y tener una papada con grandes rollos de grasa superflua. Y hablando siempre en el mismo tono impertinente, añadió: «Debí decirte, papá, que míster Glossop está acostumbrado a comer dos o tres veces durante la noche. Así puede llegar al desayuno por la mañana. Tiene un apetito formidable. ¿Ves? Ya casi ha acabado con un enorme pastel de riñones.»

Al contarlo, una febril agitación se había apoderado de Tuppy. Sus ojos brillaban con extraña luz y blandía violentamente el puño sobre la cama, amenazando mis piernas.

–Eso fue lo que me fastidió, Bertie, lo que me hirió. No había siquiera comenzado a comer. Pero ahí queda retratada una mujer.

–El eterno femenino.

–Ella continuó con sus insinuaciones: «No puedes imaginarte el interés que tiene por la comida míster Glossop. Vive para eso. Come seis o siete veces durante el día; luego vuelve a empezar por la noche. Es algo maravilloso.» Tu tía pareció interesarse, y dijo que eso le recordaba a una boa constrictor. Angela preguntó si no querría decir una pitón. Y comenzaron a discutir. Tu tío, entretanto, iba de arriba abajo con la maldita pistola: nadie estaba a salvo a su alrededor. ¡Y el pastel estaba allí, sobre la mesa, sin que yo lo pudiese tocar! Ahora comprenderás por qué te he hablado del infierno.

–Claro. No debió de ser una situación agradable.

–Finalmente tu tío y Angela acabaron la discusión resolviendo que Angela tenía razón y que el reptil al que yo me parecía era una pitón. Y después nos dirigimos hacia nuestras respectivas habitaciones, mientras Angela me aconsejaba maternalmente que subiera despacio la escalera. Agregó que, después de siete u ocho sólidas comidas, un hombre de mi corpulencia había de ser prudente, por el peligro de los ataques apopléjicos. Añadió que lo mismo les sucedía a los perros. Cuando están muy gordos y sobrealimentados, hay que prohibirles los ejercicios violentos porque éstos los hacen jadear y resoplar, lo cual es dañino para el corazón. Le preguntó a tu tía si se acordaba del fallecido perro de aguas, Ambrose, y tu tía dijo: «¡Pobrecillo Ambrose! No conseguía que se alejase del cubo de la basura.» Y Angela: «¡Exacto! Vaya, pues, con cuidado, míster Glossop.» ¡Y aún dices que sigue queriéndome!

Hice lo que pude para animarle.

–Tonterías de muchachas –dije.

–¡Qué van a ser tonterías de muchachas! ¡Está a matar conmigo! En otro tiempo yo era su ideal; ahora me considera menos que el polvo de las ruedas de su coche. Se enamoró de un fulano, de no sé quién, en Cannes y ahora no puede

sufrirme.

Fruncí el entrecejo.

–Mi querido Tuppy, no demuestras tu habitual sentido común con la historia del fulano de Angela en Cannes. Si me lo permites, te diré que es una especie de idée fixe.

–¿Una qué?

–Idée fixe. Ya sabes. Una obsesión que se apodera de nosotros. Como la del tío Tom, por ejemplo, cuando cree que todos los perseguidos por la policía, por la razón que sea, están al acecho en su jardín para introducirse de noche en su casa. Continúas hablando de ese fulano de Cannes, y en Cannes nunca hubo nadie. Te lo digo porque estoy seguro de ello. Durante los dos meses que permanecimos en la Riviera, Angela y yo estuvimos constantemente juntos. ¡Fíjate si habría advertido a cualquiera que hubiese rondado a su alrededor!

Respiró ampliamente. Comprendí que le había impresionado.

–¡Oh! ¿Estuvo siempre contigo en Cannes?

–No creo que cambiase dos palabras con nadie más, salvo con las personas asiduas durante las comidas y, por casualidad, con algún concurrente del Casino.

–Comprendo. Entonces eso significa que también se dio contigo los baños y los paseos al claro de luna.

–Exacto. Nos divertimos mucho en el hotel.

–Debes haber disfrutado un montón.

–¡Oh, sí! Siempre estuve muy encariñado con Angela.

–¿Ah, sí?

–Cuando niños, ella decía que era mi novia pequeñita.

–¿De veras?

–Así es.

–Ya comprendo.

Se sumió en sus reflexiones, mientras yo, satisfecho por haberle consolado, me ocupaba de mi té. En aquel momento llegó hasta nosotros, desde el vestíbulo, el sonido del gong y él salió disparado como un caballo de guerra al son de la corneta.

–¡El desayuno! –dijo. Y se escapó como el viento, dejándome entregado a mis pensamientos y cavilaciones. Y cuanto más reflexionaba, más seguro me sentía del arreglo total. Tuppy, a pesar de la escena lamentable en la despensa, seguía amando a Angela con el antiguo fervor.

Podía, por tanto, proseguir tranquilamente con mi plan. Como, además, también había hallado la manera de poner en orden el asunto Gussie-Bassett, creí llegado el momento de olvidarme de mis preocupaciones.

Así pues, con el corazón alegre, me dirigí a Jeeves cuando vino a buscar la bandeja del té.

–Jeeves –dije.

–¿Señor?

–Acabo de hablar con el joven Tuppy. ¿No se ha fijado que esta mañana tenía muy mala cara?

–Sí, señor. El rostro de míster Glossop parecía velado por la pálida sombra de los sinsabores.

–Efectivamente. Fue sorprendido por mi prima Angela anoche en la despensa, y se produjo una escena penosa.

–Lo siento mucho, señor.

–Más debió de sentirlo él. Lo encontró delante de un pastel de riñones y al parecer se refirió de un modo excesivamente cáustico a los hombres gordos que viven sólo para comer.

–Muy desagradable, señor.

–Mucho. Podría haber quien pensara que el asunto entre los dos ha llegado a un punto tal que es inútil intentar arreglarlo. Cuando una muchacha habla de pitones humanos que comen nueve o diez veces al día y que han de andar con cuidado al subir los escalones por el peligro de un ataque de apoplejía, podría decirse que el amor ha muerto en su corazón. ¿No le parece, Jeeves, que la mayor parte de la gente pensaría así?

–Desde luego, señor.

–Pues no tendrían razón.

–¿Lo cree usted, señor?

–Estoy convencido de ello. Conozco a las mujeres. No podemos juzgarlas por lo que dicen.

–¿Piensa usted que las palabras de miss Angela no han de ser tomadas

demasiado au pied de la lettre, señor?

–¿Eh?

–Quiero decir literalmente, señor.

–¡Literalmente! En efecto, eso es lo que quiero decir. Ya sabe cómo son las chicas: el más mínimo incidente basta para hacer cambiar su modo de pensar. Pero, en el fondo, el antiguo amor continúa ardiendo. ¿Tengo razón?

–Absolutamente, señor. El poeta Scott...

–De acuerdo, Jeeves.

–Muy bien, señor.

–Y para que el antiguo amor vuelva a la superficie, basta un tratamiento adecuado.

–Y por tratamiento adecuado usted entiende, señor...

–Saber llevar adelante las cosas como es debido, Jeeves. Un trabajo fino de astucia... Es lo que hace falta para que mi prima Angela retorne a la normalidad. ¿He de explicárselo?

–Si es tan amable, señor.

Encendí un cigarrillo y le miré fijamente, mientras fumaba. Él aguardaba respetuosamente a que yo pronunciase las palabras de la sabiduría. Debo decir en favor de Jeeves que, aunque a veces ponga trabas y haga obstruccionismo, constituye, sin embargo, un excelente auditorio. No sé si en realidad presta atención, pero lo parece, y eso es lo más importante.

–Suponga que camina por una inmensa selva y que encuentra un cachorro de tigre.

–Las probabilidades son muy escasas, señor.

–No importa. Supongámoslo.

–Muy bien, señor.

–Suponga que ha herido al cachorro y que la noticia ha llegado a oídos de la madre. ¿Qué actitud cree que tendría la madre? ¿En qué estado de ánimo se le acercaría la tigresa?

–Me parece que con cierta dosis de irritación, señor.

–Exacto. Debido a lo que se llama el instinto maternal.

–Sí, señor.

–Muy bien, Jeeves. Supongamos ahora que, precisamente en esa época, hubiese cierta frialdad entre el cachorro y su madre y que los dos, desde varios días antes, fingieran no conocerse. ¿Cree que eso iría en detrimento del impulso con que la tigresa correría a auxiliar a su cachorro?

–No, señor.

–Exacto. He aquí, en pocas palabras, mi plan, Jeeves. Quiero conducir a mi prima Angela a un lugar aislado, en donde pueda poner verde a Tuppy a mis anchas.

–¿Ponerle verde?

–Pegarle, abofetearle, golpearle, insultarle, de palabra, naturalmente. Seré muy duro: le diré que, en mi opinión, más parece un cerdo que un exalumno de una distinguida y vieja escuela inglesa. ¿Qué sucederá? Viéndose así atacado, el corazón femenino de Angela se ablandará como la cera. La tigresa se despertará en ella. Nada importa lo que haya sucedido anteriormente entre ellos; sólo recordará que se trata del hombre que ama y volará a defenderle. Y de eso, a caer en sus brazos, olvidando el pasado, el camino será corto. ¿Qué le parece?

–La idea es ingeniosa, señor.

–Nosotros, los Wooster, siempre somos ingeniosos, Jeeves. Muy ingeniosos.

–Sí, señor.

–Por lo demás, no hablo sin conocimiento de causa. Hice una experiencia a este respecto.

–¿De veras, señor?

–Sí, en persona. Estaba sobre los escollos del Eden, en Antibes, mirando ociosamente a los bañistas que chapoteaban en el agua, cuando una muchacha conocida mía, señalándome a un joven que se estaba zambullendo, me preguntó si las piernas de él no eran las más cómicas que se pudiesen ver. Contesté que sí y por espacio de dos minutos critiqué e hice unos chistes sobre aquellas piernas. Al final me percaté de que mi interlocutora se había dejado arrastrar por el vórtice de un ciclón.

»Comenzó con una crítica de mis piernas, que, como observó justamente, no tenían nada de particular. Luego la muchacha continuó analizando mi conducta, mi carácter, mi inteligencia, mi físico en general y mi modo de comer los espárragos, con tanta acritud que, al final, Bertram parecía capaz de todo, aunque por el momento no hubiese asesinado a nadie ni prendido fuego a ningún orfelinato. Por posteriores pesquisas me enteré de que ella estaba prometida al joven de las piernas y que, precisamente la noche anterior, había tenido con él una ligera discusión por si debía haber pedido el dos de picas, teniendo el siete, pero no el as. Aquella misma noche, poco después, les vi cenando juntos, contentos y de acuerdo, con una llama de alegría en los ojos. Eso demuestra la exactitud de mi teoría, Jeeves.

–Sí, señor.

–Espero semejante resultado de mi prima Angela, cuando comience a hablarle mal de Tuppy. Confío en que, a la hora del almuerzo, el noviazgo quede restablecido y que el anillo de platino y brillantes vuelva a brillar en el tercer dedo de la muchacha. ¿O es en el cuarto?

–Es difícil que sea para la hora del almuerzo, señor. La doncella de miss Angela me ha dicho que ha salido muy temprano esta mañana, en su coche, para pasar el día con unos amigos que viven por aquí cerca.

–Bueno, será media hora después de su regreso, Jeeves. Eso son meros detalles. No nos ocupemos de ello, Jeeves.

–No, señor.

–Lo esencial es que, por lo que atañe a Tuppy y a Angela, creo que todo estará arreglado muy pronto. Y eso me proporciona una profunda alegría, Jeeves.

–Claro está, señor.

–Lo que más me entristece es ver separados a dos corazones que se aman.

–Lo comprendo perfectamente, señor.

Dejé la colilla en el cenicero y encendí otro cigarrillo para indicar que la primera parte había terminado.

–De acuerdo, pues. Eso es todo, en el frente occidental. Ahora pasemos al oriental.

–¿Señor?

–Hablo metafóricamente, Jeeves. Quiero decir a la cuestión GussieBassett.

–Sí, señor.

–Aquí, Jeeves, hace falta un método más enérgico. Debemos recordar que nos las habemos con un pedazo de corcho.

–Con una mimosa sensitiva sería una expresión más gentil, señor.

–No, Jeeves, un pedazo de corcho. Y con él hay que emplear los sistemas fuertes, enérgicos, violentos. La psicología de nada sirve. Usted, si puedo recordárselo sin ofenderle, cayó en el error de pensar en la psicología con respecto a ese Fink-Nottle, y el resultado fue desastroso. Le disfrazó de Mefistófeles para el baile de máscaras, pensando que el traje escarlata podría darle ánimos. Inútil.

–Ni siquiera pudo intentarlo, señor.

–No, porque ni llegó a ir al baile, y eso es una confirmación de mi tesis. Un hombre que sube en un vehículo para ir a un baile de máscaras y no llega allí, es realmente un cretino. No conozco a nadie tan necio como para no saber siquiera ir a un baile de máscaras. Y usted, ¿conoce a alguien, Jeeves?

–No, señor.

–Pero no se olvide de esto, porque es lo importante: aunque Gussie hubiese ido

al baile, aunque aquel ropaje rojo, unido a las gafas de concha, hubieran hecho enfermar a la muchacha, aunque ella hubiese resistido el golpe y él hubiese podido bailar y charlar con ella, aun en ese caso sus esfuerzos habrían resultado inútiles porque, ataviado de Mefistófeles o no, Augustus Fink-Nottle jamás habría tenido el valor de pedirle a miss Bassett que se casara con él. El único resultado habría sido que ella hubiese escuchado la conferencia sobre las salamandras unos cuantos días antes. ¿Y todo esto por qué, Jeeves? ¿Quiere que se lo diga?

–Sí, señor.

–Porque intentaba llevar adelante el asunto con zumo de naranja.

–¿Señor?

–Gussie es adicto al zumo de naranja y no bebe nada más.

–No lo sabía, señor.

–Lo he sabido por su misma boca. Ya sea por alguna tara hereditaria, ya sea por habérselo prometido a su madre moribunda, o sencillamente porque no le agradara su sabor, Gussie Fink-Nottle jamás, en toda su vida, ha introducido por su garganta la más vulgar ginebra u otro tónico por el estilo. Y él, el necio, el miedoso, el vacilante, el desconfiado conejo de apariencia humana, espera llegar a hacer una declaración a la mujer amada en estas condiciones. No se puede decir si es mejor llorar o reír, ¿verdad?

–¿Considera usted que la abstinencia es un obstáculo para un caballero que quiera formular una petición matrimonial?

Me extrañó la pregunta.

–¡Pero, diablos! –exclamé asombrado–. Bien podría usted comprenderlo. Use su inteligencia, Jeeves. ¡Piense lo que significa una petición de matrimonio! Significa que un individuo decente debe escucharse a sí mismo mientras pronuncia unas palabras que, si las oyese en un escenario, le obligarían a correr a la taquilla y pedir la devolución del dinero de la entrada. Si, además, intenta hacerlo con zumo de naranja, ¿qué sucede? La vergüenza le sella los labios o, cuando menos, le hace perder la seguridad y tartamudear. Gussie, por ejemplo, ha tartamudeado al hablar de salamandras sincopadas.

–Palmeadas, señor.

–Palmeadas o sincopadas, lo mismo da. La cuestión es que ha tartamudeado y volverá a tartamudear si lo intenta de nuevo. A menos que, y aquí es cuando necesito que me preste mucha atención, Jeeves, a menos que se adopten unas medidas oportunas. Medidas rápidas, enérgicas, que puedan darle a ese desgraciado pusilánime la energía necesaria. Y he aquí por qué, Jeeves, pretendo coger mañana una botella de ginebra y con ella regar abundantemente su zumo de naranja.

–¿Señor?

Chasqueé la lengua.

–Ya tuve ocasión, Jeeves, de comentar su manera de decir «¡Bien, señor!» y «¿De veras, señor?». Aprovecho ahora la ocasión para informarle de que tampoco apruebo su «¿Señor?» puro y sencillo. Esta palabra hace pensar que, según usted, he expresado algo tan extravagante que su cerebro lo rehúye. En las circunstancias actuales no hay absolutamente nada que justifique ese «¿Señor?». El plan que le he expuesto es por completo razonable y lógico, y no puede despertar crítica alguna. ¿No lo cree así?

–Bien, señor...

–¡Jeeves!

–Le pido mil perdones, señor. La expresión se me escapó sin advertirlo. Puesto que usted me lo pregunta, le diré que el proyecto me parece algo imprudente.

–¿Imprudente? No le comprendo, Jeeves.

–Hay algunos riesgos, a mi modo de ver, señor. No es fácil prever el efecto del alcohol sobre un sujeto que no está acostumbrado. He tenido ocasión de comprobar los desastrosos resultados de experimentos hechos en tal sentido sobre los loros.

–¿Loros?

–Pensaba en un incidente de mi vida, antes de entrar a su servicio, señor. Estaba entonces con el difunto lord Brancaster, un caballero que poseía un lorito y

estaba muy encariñado con él. Una vez el pájaro pareció caer en letargo, y su señoría, con la loable intención de reanimarlo, le ofreció un pedazo de tarta embebida en oporto del 84. El ave aceptó con agradecimiento el pedazo de tarta y lo tragó con evidente satisfacción. Enseguida, no obstante, sus movimientos se tornaron febriles. Después de haber mordido el pulgar de su señoría y de haber cantado una canción marinera, cayó al fondo de la jaula y allí se quedó durante largo rato con las patas al aire, incapaz de moverse. He recordado esto, señor, sólo para...

Puse el dedo sobre el punto flaco. Lo había encontrado enseguida.

–¡Pero Gussie no es un loro!

–No, señor, pero...

–Me parece llegado el momento de decidir qué diablos es el dichoso Gussie: él opina que es una salamandra macho, y usted quiere insinuar que es un loro. En realidad es un sencillo y normalísimo tonto que necesita una buena sacudida. No más discusiones, Jeeves. Estoy decidido. Hay un solo medio para llevar a buen fin este asunto, y es el que le he dicho.

–Muy bien, señor.

–De acuerdo, Jeeves. Esto queda liquidado. Ahora hay algo más: habrá reparado en que he dicho «mañana» a propósito de mi proyecto, y sin duda le habrá extrañado. ¿Sabe por qué lo he dicho, Jeeves?

–Sin duda porque usted cree que lo que se debe hacer se debe hacer pronto.

–Ésa es una razón, pero no la única. El principal motivo para fijar la fecha de mañana ha sido que precisamente mañana, quizá lo haya olvidado, es el día establecido para la entrega de premios del instituto Market Snodsbury, ocasión en la cual Gussie habrá de ser la estrella y el maestro de ceremonias. De esta manera, regando ese famoso zumo, no sólo le alentaremos en su declaración a miss Bassett, sino que además le pondremos en condiciones tales que el auditorio de Market Snodsbury quedará entusiasmado.

–En suma, usted quiere cazar dos pájaros de un tiro, señor.

–Eso es; encuentro que ha expresado mi deseo con mucha gracia. Y ahora hay un


detalle: pensándolo bien, me parece mejor que, en vez de ser yo, sea usted quien riegue el zumo.

–¿Señor?

–¡Jeeves!

–Le pido mil perdones, señor.

–Y yo le digo que será mucho mejor así, porque usted puede llegar mucho más fácilmente hasta esa bebida. Se la sirven a Gussie, lo he observado, en un recipiente especial. Éste, naturalmente, estará en la cocina o por allí cerca, antes del desayuno, mañana por la mañana. Le resultará sumamente fácil echarle dentro dos o tres dedos de ginebra.

–Sin duda, señor, pero...

–¡No diga «pero», Jeeves!

–Temo, señor...

–«Temo, señor» es igualmente feo.

–Lo que quiero decir, señor, es que lo lamento, pero temo entrar en un inequívoco nolle prosequi.

–¿Un qué?

–Es una expresión legal, señor, y significa la sentencia de «no ha lugar» en una demanda. En otras palabras, a pesar de que, por lo general, esté dispuesto a ejecutar sus órdenes, en este caso me veo obligado a negarle mi cooperación.

–¿No quiere hacerlo?

–Exactamente, señor.

Estaba aturdido. Comenzaba a comprender lo que debe de experimentar un general cuando ordena a un regimiento que cargue y le contestan que no les da la gana.

–Jeeves –dije–, nunca lo habría supuesto de usted.

–¿No, señor?

–No, de veras. Naturalmente, me doy perfecta cuenta de que regar el zumo de naranja no es una ocupación regular por la que usted cobra el salario mensual, y, si quiere atenerse estrictamente al contrato, nada puedo decir. Pero me permitirá hacerle observar la ausencia aquí de todo espíritu feudal.

–Lo siento, señor.

–Está bien, Jeeves, está bien. No estoy enojado. Sólo estoy un poco afligido.

–Muy bien, señor.

–De acuerdo, Jeeves.

14

Mis investigaciones me hicieron saber que los amigos visitados aquel día por mi prima Angela eran los Stretchley-Budd, que vivían en una propiedad llamada Kingham Manor, la cual distaba doce kilómetros en dirección de Pershore. No conocía a esa gente, pero debían de ser personas muy simpáticas, porque se separó de ellos con el tiempo indispensable para vestirse para la cena. Sólo después del café pude comenzar mi actuación; la hallé en el salón y enseguida me puse a recitar mi papel.

Mis sentimientos, mientras estaba a su lado, eran muy diferentes de los que había experimentado veinticuatro horas antes, al acercarme a la Bassett. Como es sabido, siempre estuve muy encariñado con Angela, y me agradaba mucho dar un paseíto con ella.

Vi con claridad en su rostro que necesitaba realmente mi ayuda y mi consuelo.

Con franqueza, quedé impresionado por el aspecto de la pobre chica. En Cannes era una feliz y sonriente muchacha inglesa, llena de ingenio y de alegría; ahora su cara estaba tan pálida y estirada que, a buen seguro, habría provocado algunos comentarios si aquella noche en Brinkley Court el ambiente enrarecido no la hubiese hecho pasar inadvertida. De hecho, no me habría extrañado que al tío Tom, hundido en su rincón, esperando el fin del mundo, su aspecto le hubiese parecido indecorosamente alegre.

Me acerqué con mi habitual benignidad.

–¡Hola, Angela, chiquilla!

–Hola, Bertie querido.

–Me alegro de que hayas vuelto. Te echaba de menos.

–¿De veras, querido?

–De veras. ¿Quieres ir a dar una vuelta?

–Encantada.

–Bien. He de decirte algo que no está escrito para el público.

Creo que, en aquel momento, Tuppy debió de experimentar un calambre repentino. Estaba rígidamente sentado mirando al techo, y de pronto dio un brinco como un salmón arponeado, derribando la mesita con todo lo que se hallaba encima: un jarrón, una serie de objetos diminutos, dos perros de porcelana y un ejemplar de Omar Jayyam encuadernado en fino tafilete.

La tía Dahlia lanzó un grito de cacería. El tío Tom, juzgando por el ruido probablemente que al fin la civilización se estaba derrumbando, contribuyó a la catástrofe rompiendo una tacita de té.

Tuppy se excusó y la tía Dahlia, con un suspiro de agonía, dijo que no importaba. Y Angela, después de haberle mirado fijamente un momento como la princesa de una época antigua que se hubiese hallado frente al notable acto de gaucherie de un ínfimo ejemplar del mundo inferior, me acompañó afuera. La hice sentar en un banco rústico del jardín y me dispuse a afrontar los acontecimientos.

Sin embargo, me pareció oportuno antes preparar el ambiente con un poco de charla fútil. Jamás hay que precipitarse en los asuntos delicados. De modo que hablamos durante un ratito de cosas indiferentes: dijo que había permanecido tanto tiempo con los Stretchley-Budd porque Ilda Stretchley-Budd le rogó que la ayudara en los preparativos del baile de la servidumbre que había de celebrarse al día siguiente, petición que debía ser atendida, puesto que toda la servidumbre de Brinkley Court intervendría en aquella fiesta. Observé que precisamente hacía falta una fiesta para reanimar a Anatole y quitarle ciertas ideas de la cabeza. Me contestó que Anatole no iría; cuando la tía Dahlia se lo dijo e insistió, meneó la cabeza, indicando su deseo de regresar a la Provenza, en donde le apreciaban.

Y después del lúgubre silencio que siguió a esta declaración, Angela dijo que la hierba estaba húmeda y que prefería volver a entrar.

Eso, naturalmente, no convenía a mis planes.

–No, aguarda un poco. No he podido hablar contigo desde que has regresado.

–Me echaré a perder los zapatos.

–Pon los pies sobre mis rodillas.

–Muy bien, así me podrás hacer cosquillas en los tobillos.

–Como quieras.

Puestos de acuerdo, continuamos charlando a más y mejor. Después, la conversación languideció; hice alguna observación pintoresca sobre la sombra del crepúsculo, sobre las estrellas nacientes y sobre el suave centelleo de las aguas del lago, y ella asintió. Algo se agitó entre los matorrales, ante nosotros, y formulé la sospecha de que pudiese haber una comadreja; ella contestó que era de prever. Pero percatándome de que la muchacha estaba distraída, pensé que más valía no seguir demorando el asunto.

–Bueno, hija mía –dije–, me enteré de tu escaramuza. De modo que por ahora las campanas no tañerán anunciando tu boda, ¿eh?

–No.

–¿Todo ha terminado? ¿Definitivamente?

–Sí.

–Bien. Si te interesa mi opinión, creo que es mejor para ti, Angela querida. Es una suerte que te lo hayas quitado de encima. No comprendía el misterio de que hubieses podido aguantar tanto tiempo a ese Glossop. En cuanto a ingenio, vale realmente poco: algo desabrido. Le definiría como un trozo de madera maciza; me daría muchísima lástima una muchacha atada para toda la vida a un tipo como Tuppy Glossop.

Solté una risotada más bien sarcástica.

–Creía que erais muy amigos –dijo.

Solté otra risotada más fuerte, esta vez más elaborada que la primera.

–¿Amigos? Te aseguro que no. Naturalmente, si le encuentro no puedo dejar de ser amable, pero es imposible que seamos amigos. Un conocido del club y basta. Además, estuve en el colegio con él.

–¿En Eton?

–¡Dios santo, no! En Eton no habrían aceptado a un tipo como ése. Nos conocimos en una escuela infantil antes de que yo fuese allí. Era un bruto, siempre cubierto de tinta y de barro, y se lavaba un jueves sí y otro no. En suma, un verdadero trasto.

Callé, algo confuso. Además del disgusto que me producía tener que hablar así de quien, excepto cuando retiró la anilla haciéndome caer en la piscina en elegante traje de etiqueta, había sido para mí siempre un buen compañero, tenía la impresión de que no lograba resultado alguno. Las cosas no iban como yo esperaba. Mirando hacia los arbustos sin una queja, Angela parecía soportar mis calumnias e insinuaciones con una calma desconcertante.

Volví a la carga. Dije:

–Dudo que exista un ser más desmañado que Glossop; pide a cualquiera que te lo defina en una sola palabra y te dirá: «Desmañado.» Y sigue siéndolo. Es la historia de siempre: el niño es el padre del hombre.

Ella pareció no haber comprendido.

–El niño –repetí, no queriendo perder aquella frase– es el padre del hombre.

–¿Qué dices?

–Hablo de Glossop.

–Creí que hablabas del padre de alguien.

–He dicho que el niño es el padre del hombre.

–¿Qué niño?

–Glossop.

–¡Pero si no tiene padre!

–No he dicho que lo tenga. He dicho que él era el padre del niño..., no, del hombre.

–¿Qué hombre?

Vi que la conversación había llegado a un punto en que, si no se tomaban urgentes disposiciones, se embrollarían todos los asuntos.

–En suma, te estoy diciendo que el niño Glossop fue el padre del Glossop hombre. En otras palabras, los odiosos defectos y las culpas que convertían al Glossop muchacho en un ser antipático para sus compañeros, se vuelven a encontrar en Glossop hombre y le hacen, hablo del Glossop hombre, insoportable en Los Zánganos, donde se exige cierto grado de decoro entre los concurrentes. Pregúntale a cualquiera en Los Zánganos, y te dirá que el día del ingreso de Glossop fue un día negro para el querido club. Encontrarás que uno no puede sufrir su cara, y otro soportaría su cara, pero no sus modales: la opinión general le reputa como necio y como obstinado y considera que cuando manifestó su deseo de entrar en el club, debió ser enfrentado a un nolle prosequi y suspendido por unanimidad.

Tuve que callar de nuevo, en parte para recobrar aliento y en parte para reponerme de la tortura casi física de tener que decir esas horribles cosas del pobre Tuppy.

–Hay individuos –dije, forzándome otra vez a aquella nauseabunda misión– que, aunque tengan el aspecto de dormir vestidos, son soportables por su gentileza y amabilidad. Otros, en cambio, aun siendo gruesos y mal constituidos, inspiran simpatía por su ingenio y vivacidad. Pero el pobre Glossop, siento decirlo, no pertenece a ninguna de estas categorías. No sólo hace pensar en un tronco de árbol, sino que es un auténtico tostón. Sin alma. Sin conversación. En fin, una muchacha que fue lo bastante inocente como para prometerse a él y que ha logrado quitárselo de encima en el último momento, puede considerarse muy afortunada.

Me interrumpí otra vez y eché una mirada a Angela para ver qué efecto producía la añagaza. Mientras yo hablaba, ella se había quedado inmóvil, mirando silenciosamente hacia los matorrales. Pero me parecía imposible que no se sublevase, como había previsto, igual que la tigresa. Es decir, me extrañaba que todavía no lo hubiese hecho. Me parecía que la centésima parte de lo dicho, si lo hubiese oído la tigresa refiriéndose al cachorro de su amor, hubiera bastado para hacerla saltar hasta el techo.

Un momento después habría bastado un mondadientes para derribarme.

–Sí –dijo pensativa–, tienes razón.

–¿Eh?

–Es exactamente lo que pienso.

–¿Cómo?

–«Un auténtico tostón» es el verdadero calificativo que le cuadra. Uno de los asnos más completos de Inglaterra.

No hablé. Procuraba reunir mis facultades, que necesitaban de una enérgica reacción.

Aquello era una verdadera sorpresa. Al plantearme el plan bien forjado que estaba realizando, la única posibilidad que no había considerado era que Angela pudiese asentir a mis manifestaciones. Estaba yo preparado para recibir el estallido de una tempestuosa emoción. Esperaba la sublevación llena de lágrimas, las recriminaciones y todo lo demás.

Pero no había previsto tan cordial asentimiento, y eso me hizo reflexionar seriamente.

Ella continuó desarrollando su tema, hablando en voz alta, entusiasmada, como si el argumento le fuese muy caro. Jeeves podría decirles la palabra que yo andaba buscando para definir su aspecto, mientras desarrollaba el tema del pobrecillo Tuppy. Me parece que es «extática», a menos que tenga otro significado. De todos modos, juzgándola, en cambio, solamente por la voz, la hubieran podido confundir con un poeta en la corte de un monarca oriental, o bien con un Gussie Fink-Nottle que describiese los últimos descubrimientos sobre las salamandras.

–Es muy agradable, Bertie, poder hablar con alguien que piensa exactamente como yo a propósito de Glossop. Mamá dice que es un buen muchacho, pero es un absurdo. Todos ven que es un ser imposible. Está lleno de presunción y terquedad. Y discute continuamente incluso cuando sabe de sobra que dice sandeces: fuma demasiado, come demasiado y bebe demasiado. Tampoco me gusta el color de sus cabellos. Sin contar con que se le caerán antes de un año o dos porque ya comienzan a ser escasos en lo alto de la cabeza, y antes de que se dé cuenta estará calvo como un huevo. ¡Y eso que no puede permitirse el lujo de

ser calvo! Además, encuentro realmente repugnante su costumbre de comer a todas horas. ¿Sabes que lo sorprendí en la despensa, la otra noche, a la una, devorando un pastel de riñones? ¡Casi se lo había acabado ya! ¿Y recuerdas qué cena tan abundante había engullido? Una cosa repugnante, lo repito. Pero no quiero quedarme aquí toda la noche hablando de un hombre que no merece que se diga una sola palabra sobre él y que no tiene ni el sentido común de distinguir un tiburón de un rodaballo. Me voy.

Y, ajustándose alrededor de los finos hombros el chal que cogiera para defenderse del rocío nocturno, se escabulló, dejándome solo en la noche silenciosa.

Es decir, solo no, exactamente, porque instantes después observé, frente a mí, una serie de movimientos en los matorrales y de ellos emergió Tuppy.

Le miré: la noche había avanzado y la luz era algo escasa, aunque suficiente para que yo pudiese distinguirle con toda claridad. Y lo que vi me convenció de que para estar tranquilo era mejor interponer un pesado banco rústico entre nosotros. Me levanté, pues, e imitando el estilo del faisán que se lanza, me coloqué al otro lado del objeto anteriormente mencionado.

Mi agilidad produjo efecto. Él pareció, en cierta manera, confuso. Se detuvo y, durante el tiempo que emplea una gota de sudor en bajar desde la frente hasta la punta de la nariz, permaneció allí, mirándome en silencio.

–¡Ajá! –dijo.

Fue para mí un verdadero asombro que un individuo dijese: «¡Ajá!» Siempre había creído que era una de esas palabras que se encuentran sólo en los libros, como otras muchas expresiones raras.

Sin embargo, raro o no, curioso o no, había dicho «¡Ajá!» y yo tenía que afrontar la situación ante esta palabra.

Un hombre mucho menos agudo que Bertram Wooster hubiera comprendido también que mi dilecto amigo estaba algo furioso. No podría aseverar que sus ojos lanzasen realmente llamas, pero se veía en ellos una clara incandescencia. Tenía los puños apretados, las orejas vibrantes y los músculos de la barbilla se movían rítmicamente como si estuviese mascando algo.

Sus cabellos estaban llenos de ramitas y a un lado de su cabeza colgaba una oruga que habría interesado a Gussie Fink-Nottle. No obstante, presté poca atención a este detalle. Hay momentos indicados para estudiar las orugas y los hay, en cambio, en que es absolutamente inoportuno estudiarlas.

–¡Ajá! –dijo de nuevo.

Los que conocen bien a Bertram Wooster saben y pueden decirles que siempre permanece tranquilo y sereno en los momentos de peligro. ¿Quién fue el que, apresado por el brazo de la ley en una noche de regatas, no hace muchos años, y llevado a la comisaría de Vine Street, asumió inmediatamente la identidad de Eustace H. Plimsoll, de The Laburnums, Alleyn Road, West Dulwich,

impidiendo así que el gran nombre de los Wooster fuera arrastrado por el fango y evitando una dañina notoriedad? ¿Quién fue el que...?

Mas no es necesario que insista sobre esto. Mis acciones hablan por sí solas. Tres veces cogido y ni una vez condenado. Pregúntenlo en Los Zánganos.

Así, ahora, en una situación que amenazaba empeorar por momentos, no perdí la cabeza, conservé mi sangre fría. Sonriendo genial y afectuosamente, y esperando pudiese ser vislumbrada la sonrisa, a pesar de las sombras crecientes, dije con alegre cordialidad:

–¡Hola, Tuppy! ¿Estás aquí?

Contestó que estaba precisamente allí.

–¿Desde hace mucho?

–Sí.

–Muy bien. Yo también deseaba verte.

–Bueno, aquí me tienes. Deja de resguardarte detrás de ese banco.

–No, gracias, viejo. Me gusta apoyarme. Me parece que descansa la espina dorsal.

–En dos segundos –contestó Tuppy– te arreglaré yo la espina dorsal.

Fruncí el entrecejo; no era un gesto muy útil con aquella luz, pero respondía a la necesidad del momento.

–¿Habla Hildebrand Glossop?

Contestó que sí, y añadió que si quería estar seguro de ello, bastaba con que diese un paso hacia él. También me llamó con un nombre injurioso.

Fruncí nuevamente el entrecejo.

–Vamos, vamos, Tuppy –dije–, no hagamos que nuestra charla se vuelva ácida... Es ácida la palabra, ¿verdad?

–No me importa –contestó, comenzando a girar en torno al banco.

Comprendí que, si tenía que decirle algo, más me valía decirlo enseguida. Él ya se había acercado bastante y, aunque moviéndome lentamente hubiese mantenido el banco entre nosotros, ¿quién podría prever hasta cuándo me sería posible resistir?

Llegué, pues, en seguida al meollo de la cuestión.

–Sé lo que piensas, Tuppy –dije–. Si estabas entre esos matorrales durante mi conversación con Angela, habrás oído cuanto dije de ti.

–Sí.

–Comprendo. Está bien; no discutamos sobre ello. Alguien podría calificarlo de «aplicar el oído» y, quizá, criticarlo, considerándolo una acción antiinglesa; sí, algo antiinglesa, debes admitirlo, Tuppy.

–¡Soy escocés!

–¿De veras? –dije–. Nunca lo hubiese imaginado. ¡Qué raro! Es difícil creer que haya un escocés que no se llame «Mac» seguido de algo, y no diga Och aye de cuando en cuando. Quisiera saber –dije, pensando que una conversación académica sobre un asunto neutral podría relajar la tensión del ambiente–, si me lo puedes decir, algo que siempre me ha llenado de gran curiosidad. ¿Qué ponen exactamente en el haggis? Me lo he preguntado a menudo.

El hecho de que su respuesta fuese un salto por encima del banco, en una tentativa de agredirme, me hizo deducir que su pensamiento no estaba dirigido al haggis.

–A pesar de todo –continué, saltando a mi vez el banco–, si, como dices, estabas entre los matorrales y has oído cuanto decía de ti...

Comenzó a girar en torno al banco en dirección norte-noreste: seguí su ejemplo, en dirección sur-sureste.

–Sin duda te habrá sorprendido mi modo de hablar.

–En absoluto.

–¿Cómo? ¿No has encontrado nada extraño en el tono de mis observaciones?

–Era precisamente lo que esperaba de un perro cobarde y traidor como tú.

–Pero, querido mío –protesté–, ésos no son tus modales acostumbrados. Dime la verdad: ¿estás un poco trastornado? Creí que habrías comprendido inmediatamente que lo oído por ti formaba parte de un plan bien estudiado y bien definido.

–Ya te arreglaré yo –dijo Tuppy, volviendo a recobrar el equilibrio, después de una veloz tentativa contra mi cuello. Y la cosa me pareció tan probable que no me entretuve más y me apresuré a explicarle los hechos.

Hablando rápidamente y moviéndome aún con mayor rapidez, describí mi emoción a la llegada del telegrama de la tía Dahlia, le dije cómo acudí en el acto al lugar del desastre, reflexionando intensamente durante el viaje en coche, e ideando un plan. Hablé rápida y claramente y, por lo tanto, me ofendió mucho cuando declaró, entre dientes, lo cual aún fue peor, que no creía ni una sola palabra de cuanto le estaba diciendo.

–Pero, Tuppy –dije–, ¿por qué no me crees? ¿Por qué eres tan escéptico? ¿Ya no tienes confianza en mí, Tuppy?

Él se detuvo y recobró el aliento. Tuppy, contrariamente a las malignas afirmaciones de Angela, no está gordo. Durante los meses de invierno suele jugar con frecuencia al fútbol lanzando alegres gritos, y durante el verano, raras veces se le ve sin la raqueta de tenis en la mano.

Pero en este caso la cena había acabado hacía poco y él, convencido después de la escena en la despensa de que la abstinencia de nada servía, se excedió un poco; y después de haberse empleado a fondo en una comida de Anatole, un hombre algo corpulento tiende a perder un poco de su habitual elasticidad. Durante la exposición del plan que yo había forjado para su felicidad, se había desarrollado cierta velocidad en nuestras vueltas en torno al banco, hasta el punto de que, en los últimos momentos, podíamos sugerir la idea de un enorme galgo y de una liebre mecánica persiguiéndose, para divertir a los espectadores.

Lamentaba que aquel ejercicio le hubiera dejado algo sin aliento. También yo me sentía fatigado y deseaba un pequeño descanso.

–No comprendo por qué no me crees –dije–; somos amigos desde hace años. Sabes perfectamente que, excepto en la ocasión en que me hiciste dar una zambullida en la piscina de Los Zánganos, incidente que desde hace mucho tiempo he olvidado por completo, siempre te he tratado con el máximo aprecio. ¿Por qué, pues, a no ser por la razón expuesta, habría tenido que hablarle mal de ti a Angela? Contéstame. Anda con cuidado.

–¿Qué quieres decir con ese «anda con cuidado»?

En realidad, tampoco yo lo sabía. Ésa fue la frase que me dirigió el juez cuando estuve en el banquillo de los acusados como Eustace Plimsoll de The Laburnums; puesto que entonces aquello me causó una profunda impresión, lo había repetido para dar mayor energía a la conversación.

–Está bien; no te detengas ahora sobre ese «anda con cuidado». Contesta a mi pregunta. ¿Por qué te habría tratado de ese modo si no me interesara realmente por ti?

Un espasmo convulsivo le sacudió de pies a cabeza. La oruga que, confiando en el porvenir, había permanecido pegada a su cabeza durante nuestra justa, renunció a su sitio. Saltó lejos y la noche se la tragó.

–¡Ah, tu oruga! –grité, y continué explicándole–: No te has dado cuenta, pero durante todo este tiempo una oruga ha permanecido agarrada a tu cabeza. Ahora la has hecho desalojar.

Rezongó:

–¡Orugas!

–No orugas. Una sola oruga.

–Me gusta tu desfachatez –gritó Tuppy, vibrando como una de las salamandras de Gussie en la época del celo–. ¡Hablar de orugas, cuando sabes perfectamente que eres un vil perro traidor!

Quedaba naturalmente por demostrar que el ser un vil perro traidor impidiese hablar de las orugas. Una comisión examinadora hubiera tenido mucho que discutir a este propósito.

Pero lo dejé correr.

–Es la segunda vez que me llamas así –dije con franqueza–, e insisto en la explicación. Te he dicho que al hablar mal de ti con Angela he obrado con las más amables y mejores intenciones a tu respecto. Me dolía el corazón al hablar de ese modo, y sólo el recuerdo de nuestra amistad pudo decidirme a hacerlo. Y ahora dices que no me crees y me aplicas unos calificativos que me darían derecho a citarte ante un tribunal y hacerte multar por daños sustanciales. Tendré que consultar a mi abogado, naturalmente, pero me extrañaría mucho que no pudiese querellarme contra ti. Tuppy, dime qué otra razón podía yo tener. Dime una sola.

–Claro. ¿Acaso crees que no lo sé? Amas a Angela.

–¿Cómo?

–Y has hablado mal de mí para envenenar más mis relaciones con ella y eliminarme.

¡En mi vida había oído tamaña sandez! ¡Si conozco a Angela desde que medía un palmo! ¡Nadie se enamora de una pariente a la que se ha conocido con esa estatura! Además, ¿no existen normas en el código referentes a los hombres que se casan con sus primas? ¿O es que se trata de sus abuelas?

–¡Tuppy, mi querido, mi viejo asno! –grité–. ¡Eso es reblandecimiento cerebral! Estás absolutamente derretido.

–¿Ah, sí?

–¿Yo, amar a Angela? ¡Ja, ja!

–No creas que vas a salirte del enredo con unos «ja, ja». Ella te ha llamado «querido».

–Lo sé. Y lo desapruebo. Esa costumbre de las muchachas modernas de sembrar «queridos» a su alrededor como grano para las palomas, es una cosa que siempre he deplorado. Me parece una relajación de las costumbres.

–Le has hecho cosquillas en los tobillos.

–Con intención exclusivamente de primo. ¡No significa absolutamente nada! Pero bueno, ¡qué diablos! ¡Sabes muy bien que, en el sentido exacto, no tocaría a Angela ni con un mazo de polo!

–¿Por qué? ¿Acaso no es digna de ti?

–No me comprendes –me apresuré a contestar–. Cuando digo que no tocaría a Angela ni con un mazo de polo, quiero decir que mis sentimientos hacia ella son de cordial estimación, y basta. En otras palabras, puedes estar seguro de que entre la joven y yo no ha habido jamás, ni podrá haber nunca, un sentimiento más cálido y más fuerte que una antigua amistad.

–Sospecho que fuiste tú quien la avisó la otra noche para que bajase a la despensa y me sorprendiera ante el pastel, dando al traste con mi prestigio.

–¡Mi querido Tuppy! ¡Un Wooster! –exclamé escandalizado–. ¿Crees tú que un Wooster haría semejante cosa?

Respiró hondamente.

–Escucha –dijo–, es inútil continuar discutiendo. No puedes negar los hechos. Alguien, en Cannes, me robó su amor. Tú mismo dijiste que siempre estuvo contigo y que no vio a nadie más. Te has jactado de baños en común, de paseos al claro de luna...

–No me he jactado. Me limité a indicarlos.

–Ya puedes entender por qué, cuando logre sacarte de detrás de este banco, te haré trizas. No acierto a comprender –dijo Tuppy malhumorado– por qué ponen estos bancos estúpidos en el jardín. No hacen más que molestar.

Calló y, alargando un puño, me falló por un pelo.

Una breve pausa y una rápida reflexión. En momentos como ése Bertram Wooster está en su elemento. Recordé el reciente equívoco con Madeline Bassett y enseguida me percaté de que podía resultarme útil.

–Estás completamente equivocado, Tuppy –dije, haciendo un viraje hacia la derecha–. Es verdad; estuve mucho tiempo con Angela, pero mis relaciones con ella son de la más pura y absoluta camaradería. Te lo puedo probar. Durante mi

estancia en Cannes, mi cariño se hallaba depositado en otra parte.

–¿Cómo?

–Mi cariño... depositado en otra parte... durante mi estancia en Cannes...

Había dado en el clavo. Se detuvo y sus brazos cayeron a lo largo de su cuerpo.

–¿Es cierto eso?

–Es una cosa oficial.

–¿Quién es ella?

–Mi querido Tuppy, ¿desde cuándo se revela el nombre de una mujer?

–Desde que no se quiere tener la cabeza separada del tronco.

Comprendí que se trataba de un caso especial.

–Madeline Bassett –dije.

–¿Quién?

–Madeline Bassett.

Se quedó pasmado.

–¿Dices de veras que estás enamorado de esa calamidad de la Bassett?

–No deberías llamarla calamidad, Tuppy; no es respetuoso.

–Al diablo con el respeto. Quiero los hechos. ¿Afirmas, deliberadamente, que estás enamorado de esa «Dios, ampáranos»?

–No sé por qué has de llamarla «Dios, ampáranos» –dije–. Es una muchacha bonita y graciosa. Quizá sea un poco rara en sus maneras de pensar, y no todos pueden compartir sus opiniones respecto a las estrellas y a los conejos, ¡pero no es una «Dios, ampáranos»!

–En suma, ¿insistes en afirmar que estás enamorado de ella?

–Eso he dicho.

–Me parece una débil excusa, Wooster, muy débil.

Vi que era indispensable el golpe final.

–Oye, he de rogarte que consideres lo que voy a decirte como algo absoluta y estrictamente confidencial, Glossop, pero puedo informarte que me dio calabazas hace unas veinticuatro horas.

–¿Te dio calabazas?

–Decididamente. En este mismo jardín.

–¿Hace veinticuatro horas?

–Ponle veinticinco. De eso resulta claramente que no pude ser yo quien te robó el amor de Angela en Cannes.

Sentí la tentación de añadir que no habría tocado a Angela ni siquiera con un mazo de polo, pero recordé que ya lo había dicho, sin lograr un gran éxito. Entonces desistí.

Mi viril franqueza pareció producir buenos resultados. El relámpago homicida se atenuó en la mirada de Tuppy. Tenía el aspecto de un sicario sobrecogido por la duda.

–Comprendo –dijo finalmente–. Está bien. Siento haberte molestado.

–No hablemos de ello, viejo –contesté cortésmente.

Por vez primera desde que los matorrales se abrieran para dejar paso a Glossop, Bertram Wooster pudo decir que respiraba libremente. No digo que dejé por completo el amparo del banco, pero me alejé de él, y con un alivio semejante al que debieron de experimentar aquellos tres tipos del Antiguo Testamento cuando se deslizaron fuera del horno ardiente, busqué mi pitillera.

Un repentino gruñido me hizo retirar rápidamente los dedos, como si algo me hubiese mordido. Y quedé muy confuso al observar un retorno del reciente frenesí en mi amigo.

–¿Por qué diablos se te ocurrió decir que siempre andaba manchado de tinta, siendo niño?

–Pero querido Tuppy...

–Yo era excesivamente meticuloso en mi limpieza personal. Habrías podido almorzar encima de mí.

–Lo sé, pero...

–¿Y toda esa historia de que no tengo alma? ¡Estoy lleno de alma! ¿Y de que en Los Zánganos me consideran un intruso...?

–¡Pero, querido amigo, ya te lo he explicado! ¡Todo eso formaba parte de mi plan astuto!

–¿Ah, sí? Bien, en el futuro, haz el favor de dejarme fuera de tus planes astutos.

–¡Como quieras, viejo amigo!

–De acuerdo, entonces. Quedamos así.

Volvió a sumirse en el silencio. Y permaneció allí, erguido, cruzado de brazos, mirando ante sí como un sombrío y mudo personaje de novela que, rechazado por la doncella amada, esté proyectando una excursión por las Montañas Rocosas para hacer estragos entre los osos. Su manifiesta tristeza despertó mi piedad y me atreví a pronunciar unas palabras amables.

–No sé si conoces exactamente el significado de au pied de la lettre, Tuppy, pero así es como creo que no debes tomarte las tonterías que dijo Angela hace un rato.

Pareció interesarse.

–¿De qué diablos hablas? –preguntó.

Vi que había de explicarme mejor.

–No te tomes esas frases demasiado literalmente, mi querido muchacho. Ya sabes cómo son las chicas.

–Lo sé –dijo con otro gruñido que subió en derechura de sus tobillos–. Quisiera

no haber conocido jamás a ninguna.

–Quiero decir que seguramente se dio cuenta de que estabas allí, entre los matorrales, y debió de hablar así para hacerte rabiar. Creo que debemos ser psicólogos y considerar que tiene unos modales impulsivos, propios de las jóvenes, y que sin duda ha aprovechado la ocasión para zaherirte, diciéndote unas cuantas verdades crudas.

–¿Verdades crudas?

–Eso es.

Gruñó de nuevo, dándome la impresión de que yo, convertido en soberano, recibía el saludo de los veintiún cañonazos de la flota. No creo haber encontrado en mi vida a una persona que sepa gruñir mejor que él.

–¿Qué pretendes afirmar con lo de «verdades crudas»? No estoy gordo.

–No, no.

–¿Y qué hay de malo en el color de mis cabellos?

–Están muy bien, Tuppy, viejo amigo. Yo pienso que tus cabellos...

–Y no clarean en absoluto en lo alto de la cabeza... ¿Por qué diablos haces esas muecas?

–No hago muecas; sonrío, sencillamente. Estaba imaginando tu figura vista a través de los ojos de Angela. Grueso de cuerpo y pequeño de cabeza. Realmente curioso.

–¡Ah! ¿Lo encuentras curioso?

–En absoluto.

–Más vale así.

–Está bien.

Me pareció que la conversación comenzaba nuevamente a complicarse, y deseé que se acabara de una vez. Y así fue, porque en aquel preciso instante apareció

alguien, entre los árboles, en la tranquilidad de la noche, y reparé en que era Angela.

Tenía una expresión de extrema dulzura y llevaba en la mano un plato de emparedados. Después descubrí que eran de jamón.

–Si ves por alguna parte a míster Glossop, Bertie –dijo con los ojos fijos, como en un estado de sonambulismo, en la mole de Tuppy–, quisiera que se los dieras. Temo que tenga hambre, pobrecillo. Son casi las diez y no ha comido nada desde la cena. Los dejaré aquí, sobre este banco.

Se alejó y pensé que lo mejor era hacer otro tanto. Nada me retenía allí. Nos dirigimos hacia la casa y oímos entre el resonar de nuestros pasos en la noche el rumor de un plato de emparedados de jamón violentamente lanzado al aire, seguido de las ahogadas imprecaciones de un hombre enérgico y furioso.

–¡Qué noche tan llena de silencio y de paz! –dijo Angela.

16

El sol brillaba sobre los campos de Brinkley Court y el oído percibía el gorjear de los pájaros en la hiedra, fuera de la ventana, cuando, a la mañana siguiente, me desperté. Pero no había sol en el alma de Bertram Wooster ni gorjeos en su corazón cuando se incorporó en el lecho para saborear el té. No podía negarme a mí mismo, pasando revista a los acontecimientos de la noche anterior, que la situación Tuppy-Angela había empeorado mucho. A pesar de mi buena voluntad para hallar un rayo de luz, había de reconocer que la disensión entre aquellos dos seres había llegado a alcanzar tales proporciones que sobrepasaba mis fuerzas la misión de reconciliarlos.

Soy un agudo observador, y el modo de lanzar Tuppy el plato de emparedados de jamón descubría fácilmente que él no había perdonado.

Considerando, pues, las circunstancias, pensé que más valía dejar a un lado, de momento, ese problema y emplearse en el de Gussie, que presentaba un aspecto más brillante.

Con respecto a Gussie, todo proseguía con normalidad. Los delicados escrúpulos de Jeeves en disfrazar el zumo de naranja me habían acarreado muchas preocupaciones, pero pude salvar los obstáculos, como suelen hacerlo los Wooster. Me había apoderado de una buena dosis de alcohol, que conservaba en un botellín, dentro del cajón de mi tocador, y me había asegurado de que la jarra para Gussie, debidamente llena, sería depositada en la despensa, hacia la una. Sacarla de la despensa, llevarla a escondidas a mi habitación, y volver a bajarla, regada ya, antes del almuerzo, era una tarea que, aunque requiriese algo de astucia, después de todo no era exageradamente difícil.

Con la emoción, pues, de quien prepara una sorpresa para un niño bueno, acabé el té, y luego me tumbé de nuevo para el suplemento de sueño que sienta tan bien cuando se debe realizar algo importante y es necesario tener el cerebro en su sitio.

Y cuando bajé, un par de horas después, comprendí cuánta razón había tenido al concebir el plan que había de reanimar a Gussie. Le hallé en el césped y enseguida comprendí que nunca hubo individuo más necesitado de un estimulante que él. Toda la naturaleza sonreía, pero Augustus Fink-Nottle no. Daba vueltas arriba y abajo refunfuñando algo sobre la intención de no

entretener mucho rato, y sobre tener que pronunciar unas palabras en tan fausta ocasión.

–¡Ah, Gussie! –dije, interrumpiendo su paseo–. Hermosa mañana, ¿verdad?

Aunque no lo hubiese sabido, la violencia con que envió al diablo a la hermosa mañana me habría dejado claro que no estaba de buen humor. Me dediqué a la ocupación de que volviera el color a sus mejillas.

–Buenas nuevas para ti, Gussie.

Me miró con súbito interés.

–¿Se ha quemado el instituto de Market Snodsbury?

–No, al menos que yo sepa.

–¿Ha estallado una epidemia de viruela? ¿Está cerrado el instituto por sarampión?

–No, no...

–Entonces, ¿por qué dices que tienes buenas nuevas para mí?

–No te lo tomes tan a pecho, Gussie –dije, intentando calmarle–. ¿Por qué agitarte por el sencillo y honroso encargo de entregar premios en el instituto?

–¡Ah! Sencillo y honroso, ¿eh? ¿No sabes que estoy estudiando desde hace días y que aún no he sido capaz de encontrar ninguna frase más después de decirles que no quiero entretenerles mucho rato? Puedes estar seguro de que no les entretendré largo rato. He cronometrado mi discurso: dura cinco segundos. ¿Qué diablos he de decir, Bertie? ¿Qué dices tú, cuando entregas los premios?

Reflexioné: una vez, en mi escuela, había logrado un premio en religión. Debía, por tanto, estar bastante instruido en la materia, pero la memoria me falló.

Luego algo emergió de la niebla.

–Has de decir que no siempre, en las carreras, el premio es para el más veloz.

–¿Por qué?

–Bueno, es un buen argumento; y, por lo general, sirve de ayuda.

–Ya, pero quiero decir que por qué el premio no es para el más veloz.

–Eso sí que no lo sé. Pero lo dicen...

–¿Y qué significa?

–Supongo que lo dicen para consolar a los no premiados.

–¿Y a mí qué me importa? No me preocupan. ¡Me preocupan, en cambio, los premiados! Esos seres insignificantes que subirán al estrado. Suponte que me hagan muecas...

–¡No, hombre!

–¿Cómo puedes saberlo? Probablemente será lo primero que se les ocurrirá. Y aunque no lo hagan... Bertie, ¿puedo confesarte una cosa?

–¿Qué?

–Tengo deseos de seguir tu consejo, y beber.

Sonreí astutamente. No sabía que había expresado lo que yo pensaba.

–¡Oh!, todo marchará bien –dije.

De nuevo comenzó a agitarse.

–¿Cómo lo sabes? Seguro que me embrollo en el discurso.

–¡Qué va!

–O dejo caer algún premio.

–¡Qué va!

–O, en suma, cometo alguna equivocación. Lo noto en los huesos. Estoy seguro, como de que estoy aquí, de que algo sucederá esta tarde, y que todo el mundo se reirá a costa mía. Me parece que les estoy oyendo. ¡Como hienas, Bertie!

–¿Y qué?

–¿Recuerdas aquella escuela infantil que frecuentábamos antes de ir a Eton?

–Claro; allí fue donde logré mi premio en religión.

–Deja en paz tu premio en religión. No hablo de eso. ¿Te acuerdas del incidente de Bosher?

Desde luego que lo recordaba: fue uno de los acontecimientos de mi juventud.

–El general de división sir Alfred Bosher vino a repartir premios en aquella escuela –continuó Gussie con voz triste y monótona–. Dejó caer un libro. Se dobló para levantarlo y, al hacerlo, los pantalones se le rompieron por detrás.

–¡Las carcajadas que soltamos!

El rostro de Gussie se contrajo.

–¡Claro que reímos, como que éramos unos grandes sinvergüenzas! Alborotamos con regocijo, en vez de permanecer silenciosos y demostrar así nuestra simpatía hacia un bravo oficial en un momento embarazoso. Yo más que los otros. He aquí lo que me sucederá hoy, Bertie. Y será el castigo por haberme reído de aquella manera del general de división sir Alfred Bosher.

–¡No, Gussie, amigo mío! ¡Tus pantalones no se romperán!

–¿Y cómo lo sabes? A hombres mejores se les han roto: el general Bosher estaba condecorado, tenía una magnífica hoja de servicios en la frontera noroccidental de la India; sin embargo, los pantalones se le rompieron. Yo seré objeto de mofa y de ridículo. Lo sé. Y tú, que sabes en qué condiciones me encuentro, vienes hablándome de buenas noticias. ¿Qué noticia mejor para mí, en este momento, que la declaración de la peste bubónica entre los alumnos de Market Snodsbury? ¿O la de que están todos en cama, cubiertos de viruelas?

Había llegado el momento de hablar. Posé gentilmente la mano sobre su hombro; él la apartó, volví a posarla, y él la apartó de nuevo. Cuando lo intentaba por tercera vez, se alejó, preguntándome, con cierto mal humor, si me había convertido en un osteópata bromista.

Me pareció muy mal educado, pero quise mostrarme indulgente. Me dije a mí mismo que seguramente vería a un Gussie muy cambiado, después del almuerzo.

–Cuando te hablaba de buenas noticias, mi querido muchacho, me refería a Madeline Bassett.

La expresión febril desapareció de sus ojos y fue sustituida por una mirada de infinita tristeza.

–No puedes tener buenas noticias de ella: lo he echado todo a perder.

–En absoluto. Estoy convencido de que si haces otra tentativa, todo saldrá a pedir de boca.

Y, con delicadeza, le conté la conversación que tuvimos miss Bassett y yo la noche anterior.

–Lo que debes hacer es recitar nuevamente tu papel, hoy. Y lograrás el aprobado. Eres el hombre de sus sueños.

Él meneó la cabeza.

–No.

–¿Por qué?

–Es inútil.

–¿Qué dices?

–Es inútil intentarlo.

–Pero si te repito que me lo ha dicho claramente...

–Eso no significa nada. Puede que un día me haya amado, pero, a buen seguro, la noche pasada mató al amor.

–¡Claro que no!

–Sí. Ahora me desprecia.

–No, hombre, sabe solamente que eres tímido.

–Y volveré a serlo, si lo intento de nuevo. No hay esperanza, Bertie. Todo ha concluido. El destino me ha creado incapaz de hablar hasta con una oca.

–Pero aquí no se trata de hablar con una oca. Eso nada tiene que ver ahora. Se trata solamente...

–Lo sé, lo sé. Pero es inútil: no puedo hacerlo. Todo ha concluido. No quiero repetir el chasco de la otra noche. Hablas con ligereza de intentarlo otra vez. Pero no sabes lo que significa. Nunca te has encontrado en el caso de empezar una entrevista con la intención de pedirle a la muchacha amada que se case contigo, para darte cuenta, de improviso, de que estabas hablando de las agallas externas, semejantes a unas aletas, de las salamandras recién nacidas. Es una escena que no se puede repetir. ¡No! Acepto mi destino. Todo ha concluido. Y ahora, Bertie, mi querido muchacho, vete. Tengo que componer mi discurso y no puedo hacerlo mientras rondes a mi alrededor. Si, no obstante, quieres continuar dando vueltas, cuéntame, por lo menos, un par de historietas. Esos animalitos esperarán ciertamente alguna...

–¿Sabes la de...?

–No, no; no quiero nada que recuerde al salón de fumar de Los Zánganos. Quiero algo gracioso y limpio, algo que luego pueda ayudarles en la vida. No es que me importen un comino sus vidas, sólo desearía que todos se ahogasen.

–Oí una el otro día. No la recuerdo muy bien, pero sé que trataba de un tipo que roncaba, molestando sobremanera a sus vecinos, y acababa así: «Y eran sus adenoides que adenoidaban a los demás.»

Hizo un gesto de cansancio.

–¿Y tú crees que yo puedo insertar semejante cosa en un discurso que he de pronunciar delante de un auditorio de muchachos, los cuales, probablemente, estarán todos dotados de adenoides? ¡Saltarían sobre el estrado! Déjame, Bertie, vete. Es lo único que te pido. ¡Vete! Señoras y caballeros –continuó en un tono de amplio soliloquio–, no albergo la intención de entretenerles largo rato en esta fausta ocasión...

Un Wooster muy pensativo fue el que se alejó, dejándole en aquellas

condiciones. Me congratulaba íntimamente por haber tenido la brillante idea de tomar todas las precauciones para poder, en el momento oportuno, oprimir un botón y mover a todos los personajes.

Hasta aquel momento, ¿comprenden?, había alimentado la esperanza de que, cuando le hubiese revelado la actitud mental de Madeline Bassett, la naturaleza habría hecho lo demás, reanimándole en modo tal que los estimulantes artificiales resultaran inútiles. Porque, al fin y al cabo, un individuo no puede ir vagabundeando por el mundo con unas jarras de zumo de naranja, si no es absolutamente esencial.

Pero ahora estaba seguro de que debía llevar a cabo mi plan. La total ausencia de pimienta, de jengibre y de ingenio que el hombre había demostrado en nuestro cambio de impresiones, me había convencido de que eran imprescindibles unas medidas enérgicas. En cuanto le hube dejado, me dirigí sin demora a la despensa, aguardé a que el camarero se hubiese alejado y me adueñé de la fatal jarra. Momentos después me hallaba en mi habitación y lo primero que vi fue a Jeeves, atareado con un par de pantalones.

Dirigió a la jarra una mirada que juzgué de desaprobación. Me puse algo serio; no quería aceptar sus observaciones.

–¿Bien, Jeeves?

–¿Señor?

–Tiene el aspecto del hombre que está a punto de hacer una observación.

–¡Oh, no, señor! Solamente he visto que tiene en su poder el zumo de naranja de míster Fink-Nottle y deseaba hacerle notar que, según mi parecer, puede que fuera imprudente añadirle alcohol.

–Eso es una observación, Jeeves, y precisamente...

–No, señor, porque ya he tomado yo las medidas necesarias.

–¿Cómo?

–Sí, señor. Decidí acceder a sus deseos.

Miré al hombre con ojos desorbitados. Estaba conmovido. ¿Y quién no lo estaría, cuando, después de haberse convencido de que el antiguo espíritu feudal está muerto, repara, en cambio, en que aún subsiste?

–Jeeves –dije–, me siento conmovido.

–Gracias, señor.

–Conmovido y halagado.

–Muchas gracias, señor.

–Pero ¿qué le ha hecho cambiar tan radicalmente de opinión?

–Encontré por casualidad a míster Fink-Nottle en el jardín, mientras el señor todavía estaba en la cama, y hemos sostenido una breve conversación.

–¿Y está usted convencido de que necesita un buen reconstituyente?

–Sí, mucho, señor. Su actitud me ha parecido un tanto derrotista, señor.

Asentí.

–Es la misma impresión que tuve yo. «Derrotista» describe bien la actitud. ¿Le dijo usted que su actitud parecía derrotista?

–Sí, señor.

–¿Y eso no acarreó mejoría alguna?

–No, señor.

–Pues entonces, Jeeves, ha llegado la hora de actuar. ¿Cuánta ginebra ha puesto en la jarra?

–Un vaso abundante, señor.

–¿Lo cree suficiente para un derrotista adulto?

–Creo que sí, señor.

–No lo sé. No quisiera estropear la nave por ahorrar un poco de brea. Acaso conviniera más añadir un buen chorro de líquido.

–No se lo aconsejaría, señor. El caso del loro de lord Brancaster...

–Vuelve a caer en el viejo error, Jeeves, de creer que Gussie es un loro. Debería luchar contra esa manía. Yo añadiré las gotas.

–Muy bien, señor.

–¡Oh, Jeeves! A propósito de míster Fink-Nottle, ¿sabe alguna historieta alegre y limpia que pueda insertar en su discurso? Necesita una o dos.

–Conozco la historia de dos irlandeses, señor.

–¿Pat y Mike?

–Sí, señor.

–¿Que caminaban por Broadway?

–Sí, señor.

–Justo lo que necesita. ¿Alguna más?

–No, señor.

–Bueno, todo puede servir. Vaya a contársela.

–Muy bien, señor.

Salió de la habitación. Yo abrí el botellín y dejé caer en la jarra una generosa dosis del contenido. Lo acababa de hacer cuando, desde el exterior, llegó a mis oídos un ruido de pasos. Apenas tuve tiempo de ocultar la jarra detrás del retrato del tío Tom, sobre la repisa de la chimenea, cuando la puerta se abrió para dejar pasar a Gussie, que caracoleaba como un caballo de circo.

–¡Viva, Bertie, viva! ¡Y de nuevo viva! ¡Cuán hermoso es el mundo! ¡El más hermoso de todos los que he visto!

Le miré, mudo de estupor. Pero nosotros, los Wooster, somos rápidos como el

rayo en comprender las cosas, y me percaté inmediatamente de lo que debía de haber sucedido.

Como recordarán, les he dicho que, cuando le vi en el césped, iba dando vueltas en círculo. Si supiera describir aquella escena con la vivacidad adecuada, ustedes verían, ante sus ojos, la imagen de un Fink-Nottle reducido a un nervioso despojo, de flojas rodillas, de color verdoso en torno a la nariz, agarrado febrilmente a las solapas de su propia americana en un ataque de terrible miedo. En suma, un Gussie derrotista, que, en tal ocasión, había manifestado todas las características de una tarta aplastada.

Harto diferente era el Gussie que ahora tenía delante. La confianza en sí mismo le rezumaba por todos los poros. Su rostro estaba sonrojado, una luz alegre brillaba en sus ojos, sus labios estaban entreabiertos en una suave sonrisa y cuando, con gesto cordial, antes de que yo pudiese evitarlo, me descargó un manotazo en la espalda, me pareció haber recibido la coz de una mula.

–¡Bien, Bertie –continuó muy risueño–, te alegrará saber que tenías razón. Tu teoría ha sido aplicada y ha resultado acertada. Me siento como un gallo de combate.

Mi cabeza cesó de dar vueltas. Había comprendido.

–¿Has bebido?

–Sí, como me aconsejaste. Un sabor desagradable... Parece una medicina... Quema la garganta... Produce una sed de mil diablos... Jamás comprenderé por qué la gente bebe por gusto. Sin embargo, no seré yo quien niegue que provoca una agradable sacudida al organismo. Podría morder a un tigre.

–¿Qué has bebido?

–Whisky. Por lo menos, eso decía la etiqueta de la botella y yo no tengo razón alguna para pensar que una mujer como tu tía, una perfecta y pura inglesa, quiera engañar al público. Si pone la etiqueta «Whisky» en una botella, seguro que lo que hay dentro es whisky.

–Un whisky con soda, ¿eh? No podías hacer nada mejor.

–¿Soda? –dijo Gussie pensativo–. Ya me parecía a mí que había olvidado algo...

–¿No pusiste soda?

–No se me ocurrió. Entré furtivamente en el comedor y bebí directamente de la botella.

–¿Cuánto?

–¡Oh! Unos diez sorbos, aproximadamente. O quizá doce o catorce..., pongamos dieciséis sorbos... Cielos, estoy sediento.

Se acercó al lavabo y bebió ávidamente el agua de la botella. Eché una mirada, a hurtadillas, a la fotografía del tío Tom. Por vez primera me alegré de que fuera grande: conservaba bien su secreto, por fortuna, puesto que si Gussie hubiese descubierto aquella jarra de zumo de naranja se habría abalanzado sobre ella a gran velocidad.

–Bien, estoy contento de que te sientas fuerte –dije.

Se alejó del lavabo e intentó pegarme otro manotazo en la espalda; sorprendido por mi rápido movimiento, se tambaleó y cayó sentado sobre el lecho.

–¿Fuerte? ¿Acaso no te he dicho que podría morder a un tigre?

–Sí.

–Puedes, incluso, decir a dos tigres. Podría abrir dos boquetes, con los dientes, en una puerta de acero. Debes haberme juzgado muy necio, abajo en el jardín. Ahora comprendo que debías reírte para tus adentros.

–No, no.

–Sí –insistió Gussie–, y no lo critico. No logro comprender por qué le daba tanta importancia a cosa tan sencilla como una entrega de premios en un modesto instituto del campo. ¿Te lo puedes explicar tú, Bertie?

–No.

–Exactamente. Tampoco yo. No hay absolutamente razón alguna para preocuparse. Subo al estrado, digo algunas palabras graciosas, entrego a los pilluelos sus premios y bajo, admirado de todos. Nada de roturas de pantalones.

¿Por qué habrían de romperse? No acierto a explicármelo. ¿Y tú?

–Yo tampoco.

–Tampoco yo. Será un éxito. Sé perfectamente lo que hace falta: frases sencillas, viriles, optimistas... No me explico de ninguna manera cómo pude estar tan nervioso esta mañana. Es imposible imaginarse acto más natural que repartir unos libritos a un grupo de niños sucios. Sin embargo, por alguna razón que no me sé explicar, me sentía algo nervioso. Pero ahora estoy bien, Bertie, bien, bien, bien, y te lo digo como a un viejo compañero. ¡No creo haber tenido un compañero más viejo! ¿Cuántos años hace que eres mi viejo compañero, Bertie?

–¡Oh, muchos!

–¡Fíjate! Sin embargo, debió existir un tiempo en que tú fuiste un amigo nuevo. ¡Eh, el gong del almuerzo! Vamos.

Y, saltando de la cama con la agilidad de una pulga, corrió hacia la puerta.

Le seguí muy pensativo. Lo que sucedía era un poco exagerado. Quería, es cierto, un Fink-Nottle más vigoroso, es decir, todos mis planes tendían a alcanzar este fin. Pero me preguntaba si estaría excesivamente reformado el Fink-Nottle que bajaba ahora deslizándose por la barandilla de la escalera. Su conducta me parecía la de un hombre capaz de tirar el pan al aire estando en la mesa.

Pero, afortunadamente, la tristeza del ambiente ejerció sobre él una acción calmante. Para hacer el loco en una reunión como aquélla habría hecho falta un hombre bastante más enérgico. Yo le había dicho a Madeline Bassett que en Brinkley Court había corazones doloridos y, además, parecía posible que muy pronto hubiera también cabezas enfermas. Supe que Anatole se había metido en cama con una crisis de nervios y que la comida que nos sirvieron la preparó la criada de la cocina. ¡Una desgraciada ejecutante, en verdad!

Esto, añadido a los demás contratiempos, provocaba un silencio unánime que podría llamarse una quietud solemne, y ni siquiera Gussie parecía dispuesto a turbarla. Efectivamente, salvo un leve inicio de canto, por parte suya, nada turbó la atmósfera, y finalmente nos levantamos, habiéndonos ordenado expresamente la tía Dahlia que nos pusiéramos los trajes de fiesta y nos encontráramos en Market Snodsbury a las tres y media. Eso me daba tiempo para fumarme un cigarrillo bajo la sombreada pérgola, cerca del lago, y me aproveché, volviendo a

mi habitación hacia las tres.

Jeeves se hallaba allí, ocupado en cepillarme la chistera, y yo me disponía a contarle los últimos acontecimientos a propósito de Gussie, cuando se me anticipó anunciándome que éste, en aquel preciso momento, acababa de hacer una visita a mi habitación.

–Encontré a míster Fink-Nottle sentado aquí, cuando vine a prepararle el traje, señor.

–¿De veras? ¿Gussie estaba aquí?

–Sí, señor. Se ha marchado hace pocos minutos. Irá a la escuela con míster y mistress Travers, en el coche grande.

–¿Le contó usted la historia de los dos irlandeses?

–Sí, señor, y se rió de todo corazón.

–Bien. ¿Le dio algún consejo más?

–Me permití sugerirle que dijera a los jóvenes señoritos que la educación es un toma y daca. El difunto lord Brancaster se dedicaba mucho a la entrega de premios y siempre usaba esta expresión.

–¿Y qué dijo?

–Se echó a reír, señor.

–Eso le habrá sorprendido, sin duda. Me refiero a la risa continua.

–Sí, señor.

–La habrá encontrado extraña en una persona que era un campeón del derrotismo la última vez que le vio usted.

–Sí, señor.

–Hay una fácil explicación, Jeeves. Desde entonces ha hecho ejercicio y ahora está fuerte como un toro.

–¿De veras, señor?

–Absolutamente. Sus nervios, demasiado tensos, cayeron; entonces entró furtivamente en el comedor y comenzó a ingerir licor como una aspiradora. Debió de llenar el radiador de whisky. No sé si aún ha quedado algo en la botella. ¡Vaya, Jeeves! ¡Es una verdadera suerte que no haya encontrado la jarra de zumo de naranja!

–Una grandísima suerte, señor.

Miré la repisa de la chimenea. La fotografía del tío Tom había caído sobre la pantalla y la jarra estaba allí, al descubierto. ¡Tenía que haberla visto! ¡Dios santo! ¡Estaba vacía!

–Fue un gesto muy prudente por su parte, señor, el hacer que desapareciera el zumo de naranja.

Clavé los ojos en él.

–¿No fue usted quien lo hizo, Jeeves?

–No, señor.

–Jeeves, aclaremos esto. ¿No fue usted quien tiró el zumo de naranja?

–No, señor. Cuando entré en la habitación y vi que el recipiente estaba vacío, creí que había sido el señor.

Nos miramos aterrados. Dos mentes y un solo pensamiento.

–Mucho me temo, señor...

–¡Yo también, Jeeves!

–Me parece casi seguro...

–Absolutamente seguro. Considere los hechos en su evidencia. La jarra estaba ahí, sobre la repisa de la chimenea, y atraía la mirada. Gussie se había quejado de que tenía sed. Usted le encontró aquí, riendo alegremente. Creo, Jeeves, que no cabe duda alguna y que el contenido de la jarra yace ahora superpuesto a la

carga existente en ese ya bastante iluminado interior humano. Una cosa inquietante, Jeeves.

–Extremadamente inquietante, señor.

–Miremos cara a cara la situación, procurando conservar la calma. Usted había introducido en esa jarra... un vaso de alcohol...

–Un vaso lleno, señor.

–Y yo le añadí aproximadamente otro tanto.

–Sí, señor.

–Y dentro de dos minutos, Gussie, con esa cantidad de licor en el cuerpo, entregará los premios en el instituto de Market Snodsbury ante un público formado por las personas más eminentes y refinadas del pueblo.

–Sí, señor.

–Me imagino, Jeeves, que la ceremonia promete ser muy interesante.

–Sí, señor.

–Según usted, ¿cuál será el resultado?

–Es difícil hacer conjeturas, señor.

–¿Quiere decir que la imaginación no llega a tanto?

–Sí, señor.

Consulté a mi imaginación... Tenía razón, ¡no llegaba a tanto!

–Bien, Jeeves –dije pensativamente, maniobrando al volante–, hay un lado bueno.

Después de veinte minutos aproximadamente y de haber recogido a aquella digna persona en la puerta de la entrada, me dirigía con él, en mi dos plazas, hacia el pintoresco pueblo de Market Snodsbury. Desde que nos separamos –él para irse a su aposento a coger el sombrero y yo quedándome en mi habitación para completar el traje de etiqueta– no había hecho sino reflexionar.

Ahora le comunicaba el resultado de mis reflexiones.

–Por oscuros que puedan parecer los pronósticos, por amenazadoras que se presenten las nubes en el horizonte, un ojo sereno puede percibir un poco de azul. Desde luego, es una fatalidad que Gussie, dentro de diez minutos, deba aprestarse a la entrega de premios, en estado de avanzada intoxicación etílica, pero, por otro lado, las cosas pueden salir bien.

–¿Lo cree usted, señor?

–Voy a precisar. Estoy hablando de Gussie en su calidad de enamorado. Todo esto debe haberle entonado para decidirle a formular su petición. Me extrañaría que no se portase como un hombre de las cavernas. ¿Nunca ha visto a James Cagney en el cine?

–Sí, señor.

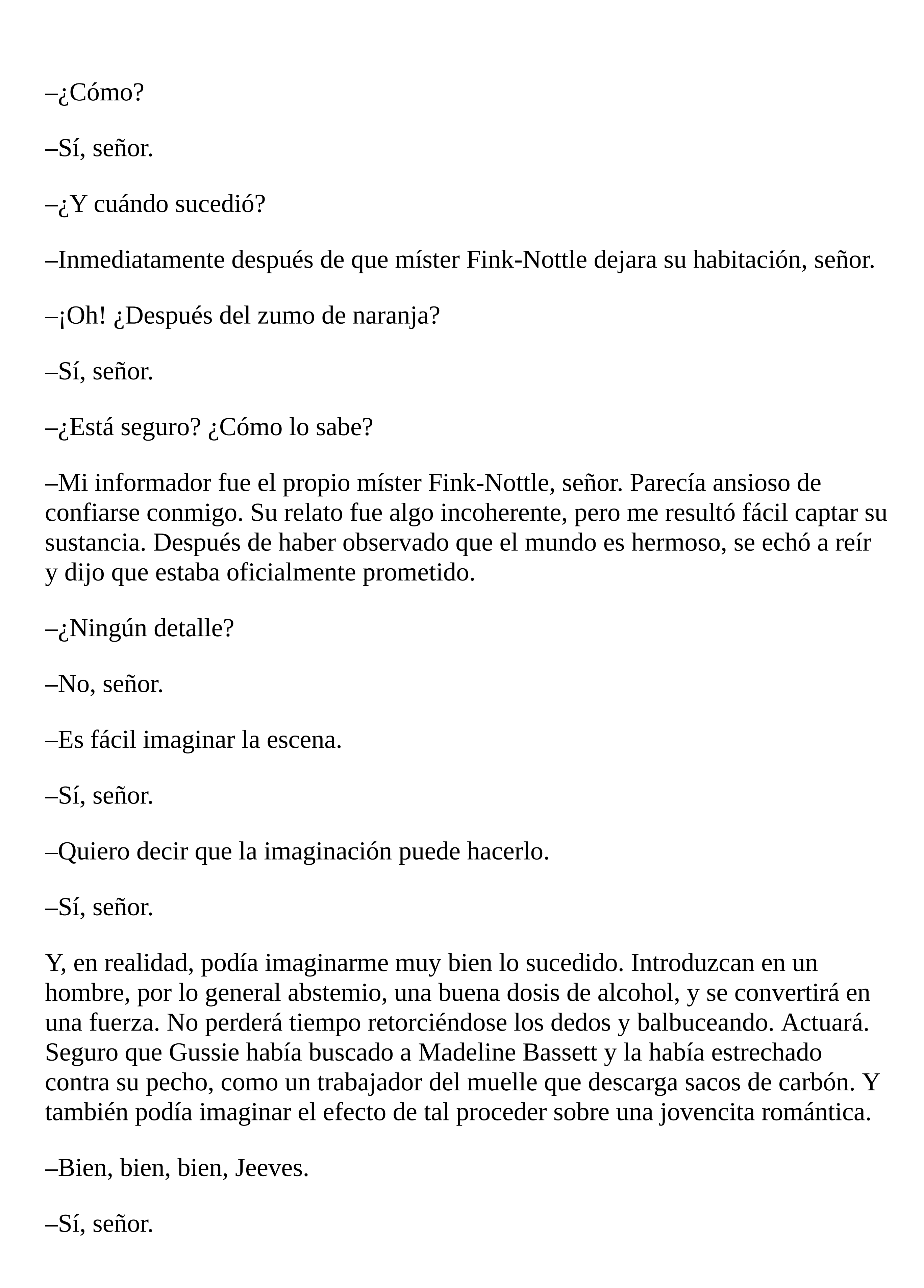
–Será algo del mismo tipo.

Le oí toser y le miré de soslayo. Tenía el aspecto, que conocía muy bien, de persona enterada.

–Así pues, ¿aún no lo sabe, señor?

–¿El qué?

–¿No sabe que míster Fink-Nottle y miss Bassett han convenido que muy pronto se celebre un matrimonio?



–¿Cómo?

–Sí, señor.

–¿Y cuándo sucedió?

–Inmediatamente después de que míster Fink-Nottle dejara su habitación, señor.

–¡Oh! ¿Después del zumo de naranja?

–Sí, señor.

–¿Está seguro? ¿Cómo lo sabe?

–Mi informador fue el propio míster Fink-Nottle, señor. Parecía ansioso de confiarse conmigo. Su relato fue algo incoherente, pero me resultó fácil captar su sustancia. Después de haber observado que el mundo es hermoso, se echó a reír y dijo que estaba oficialmente prometido.

–¿Ningún detalle?

–No, señor.

–Es fácil imaginar la escena.

–Sí, señor.

–Quiero decir que la imaginación puede hacerlo.

–Sí, señor.

Y, en realidad, podía imaginarme muy bien lo sucedido. Introduzcan en un hombre, por lo general abstemio, una buena dosis de alcohol, y se convertirá en una fuerza. No perderá tiempo retorciéndose los dedos y balbuceando. Actuará. Seguro que Gussie había buscado a Madeline Bassett y la había estrechado contra su pecho, como un trabajador del muelle que descarga sacos de carbón. Y también podía imaginar el efecto de tal proceder sobre una jovencita romántica.

–Bien, bien, bien, Jeeves.

–Sí, señor.

–Es una magnífica noticia.

–Sí, señor.

–Ahora puede usted ver que yo tenía razón.

–Sí, señor.

–La observación del método debe haberle abierto los ojos.

–Sí, señor.

–Los métodos sencillos, directos, no fallan nunca.

–No, señor.

–Mientras que los enrevesados sí.

–Sí, señor.

–De acuerdo, Jeeves.

Habíamos llegado a la entrada principal del instituto de Market Snodsbury. Estacioné el coche y entré realmente contento. Cierto es que aún quedaba por solucionar el problema Tuppy-Angela y que las quinientas libras de la tía Dahlia parecían hallarse más lejos que nunca, pero era un gran consuelo pensar que habían acabado los contratiempos de Gussie.

El instituto de Market Snodsbury había sido construido, según me dijeron, en 1416, y parecía que en el amplio vestíbulo en que había de celebrarse la ceremonia planeaba algo pesado producido por el lento transcurrir de los años. Era el día más caluroso de todo el verano y, a pesar de que algunas ventanas estuviesen abiertas, la atmósfera permanecía característicamente sofocante.

En aquel salón, los jóvenes de Market Snodsbury habían comido todos los días su almuerzo durante unos quinientos años aproximadamente, y persistía el perfume. El aire pesado tenía –si es que puedo usar la expresión– un especial olor a Joven Inglaterra, a carne y a zanahorias hervidas.

La tía Dahlia se hallaba sentada en la segunda fila entre una porción de

autoridades locales. Al verme, me indicó que me acercara, lo cual me guardé mucho de hacer. Me metí entre los que estaban de pie, aplastados contra un fulano que, a juzgar por el olor, debía de ser comerciante en granos o algo semejante. En tales casos la esencia de la estrategia consiste en quedarse lo más cerca posible de la puerta.

El vestíbulo estaba alegremente decorado con banderitas y guirnaldas de colores y el ojo se alegraba a la vista de una pandilla de muchachos acompañados de sus familiares; los primeros tenían lúcidos rostros y lucían cuellos de Eton; en cuanto a los demás, las mujeres iban ataviadas con trajes de seda negra, y los hombres ceñidos en trajes domingueros. Hubo luego unos aplausos – esporádicos, como más tarde los definió Jeeves– y vi a Gussie, guiado por un barbudo ser, adelantarse hasta el centro del estrado.

Confieso que cuando le vi, y pensé que, sólo por la gracia de Dios, no era Bertram Wooster quien estaba en su lugar, un escalofrío me recorrió el cuerpo. Tan vivo era, en aquel momento, el recuerdo del día en que tuve que hablar en una escuela de muchachas.

Desde luego, juzgando desapasionadamente, se podía establecer que no había punto de comparación entre un auditorio como aquél y un hato de muchachitas con las trenzas colgando de los hombros. A pesar de todo, el espectáculo era suficientemente impresionante para producirme la sensación de que mi amigo se había lanzado en un tonel por las cataratas del Niágara, y el recuerdo del peligro al que había escapado bastaba para oscurecer y anular todo cuanto se hallaba ante mis ojos.

Cuando estuve en grado de distinguir los objetos, vi que Gussie estaba sentado, con las manos sobre las rodillas, y los codos en ángulo recto, como un menestral negro de la vieja escuela que estuviese ocupado en preguntarle a mistress Bones por qué una gallina atravesaba en aquel momento la calle. Tenía una sonrisa tan fija y estereotipada que me parecía debía sugerir a todos la idea de que tenía un poco de confitura pegada en los dientes delanteros.

En efecto, vi que la tía Dahlia, que habiendo presenciado tantas entregas de premios de caza en sus buenos tiempos, no se quedaba atrás en juzgar los síntomas de las cosas, se sobresaltaba y le miraba largamente, con ansiedad. Y le estaba diciendo algo al tío Tom, sentado a su izquierda, cuando el ser barbudo avanzó sobre el estrado y comenzó su discurso. Por el hecho de que hablaba

como si tuviese una patata hirviendo en la boca y que, a pesar de esto, no se oía ninguna tosecilla entre los muchachos, deduje que debía de ser el director.

Con su llegada al estrado, una especie de resignación enfermiza se amparó del auditorio. Por mi parte, me arrimé al tendero y dejé que mi atención vagara. Es sabido, por otra parte, que la relación de todo lo hecho en la escuela durante el curso que acababa de finalizar y la parte de la entrega de premios, no eran cosas para atraer la atención de extraños. Les dicen que J. Brewster ha logrado un premio por su conocimiento de los clásicos en el Cats College de Cambridge, y a ustedes no les interesa en lo más mínimo si no conocen al individuo. Y lo mismo sucede para G. Bullett, que es premiado con la beca de lady Jane Wix, en la facultad de veterinaria de Birmingham.

Efectivamente, tanto yo como el tendero, quien tenía una expresión de cansancio –acaso hubiera trabajado toda la mañana, pesando sus mercancías–, comenzábamos a amodorrarnos ligeramente, cuando el acto se reanimó y Gussie se presentó en escena por vez primera.

–Esta tarde –dijo el hombre barbudo– nos complacemos realmente dando la bienvenida a nuestro invitado, míster Fitz-Wattle...

Al principio del discurso, Gussie había caído en una profunda somnolencia, con la boca abierta. A la mitad, se habían manifestado leves señales de vida, y en los últimos momentos intentó cruzar las piernas, sin conseguirlo; lo intentó de nuevo, y otra vez, inútilmente. Pero ahora, de pronto, se manifestó en él una animación real. Dio un brinco.

–Fink-Nottle –dijo, abriendo los ojos.

–Fitz-Nottle.

–Fink-Nottle.

–Diré, pues, Fink-Nottle.

–Claro, mi querido asno –dijo Gussie amablemente–. Adelante, pues.

Y, cerrando los ojos, comenzó de nuevo el intento de cruzar las piernas.

Me di cuenta de que aquel leve desacuerdo había turbado al hombre de la barba.

Durante un momento permaneció silencioso, atormentando su sombrero con mano titubeante. Pero los directores están fabricados con material resistente. Pasó el momento de debilidad y él, recobrada la palabra, continuó:

–Nos alegramos mucho de dar la bienvenida al invitado de esta tarde, míster Fink-Nottle, quien ha consentido amablemente en hacer entrega de los premios. Esta misión, ustedes lo saben, hubiera debido cumplirla el amado y enérgico miembro de nuestro consejo de directores, el reverendo William Plomer, y todos, estoy seguro, lamentarán conmigo que una enfermedad le haya impedido hallarse hoy entre nosotros. Pero si puedo servirme de una metáfora familiar a ustedes, diré que «lo que se pierde en el columpio, se gana en el tiovivo».

Se interrumpió y sonrió para manifestar que bromeaba. Me hubiera gustado decirle que se tomaba una molestia inútil porque ni siquiera una sonrisa había acogido aquel rasgo de agudeza. El tendero se inclinó hacia mí y dijo: «¿Qué ha dicho?», y eso fue todo.

Siempre resulta doloroso aguardar una carcajada que no llega. El hombre barbudo estaba claramente descompuesto. Creo, sin embargo, que se hubiera recobrado rápidamente, de no haber vuelto a provocar a Gussie.

–En otras palabras: privados del reverendo Plomer, tenemos hoy entre nosotros a míster Fink-Nottle. Estoy seguro de que no necesita presentación alguna. Es, puedo decirlo, un nombre familiar para todos nosotros.

–¡A usted no! –dijo Gussie.

Y en aquel momento comprendí lo que había querido decir Jeeves al afirmar que se «rió de todo corazón». «De corazón», ésa era la expresión exacta. Fue como una explosión de gas.

–¡No parecía usted conocerlo demasiado bien! –dijo Gussie. Y, recordando el nombre que le fuera atribuido, lo repitió una docena de veces, aumentando progresivamente el tono de su voz–. Wattle, Wattle, Wattle... –Y concluyó–: ¡De acuerdo! ¡Siga adelante!

Pero el hombre barbudo había quemado su último cartucho. Observándole atentamente, me percaté de que se hallaba ante una encrucijada. Comprendía sus pensamientos tan claramente como si me los hubiese murmurado al oído. Estaba dudando entre sentarse y dar el asunto por concluido, en cuyo caso era menester

dejar la palabra a Gussie, o considerar el discurso ya efectuado y proceder, sin más, a la entrega de premios.

Era, a buen seguro, una cosa difícil de decidir así, de golpe y porrazo. El otro día estaba leyendo en el periódico algo acerca de esos tipos que están estudiando la manera de dividir el átomo, sin tener la más mínima idea de lo que sucederá si lo logran. Puede que todo salga bien, pero puede que no todo salga bien. Y quedará mal el desgraciado que, después de haber dividido el átomo, vea reducida a cenizas su casa y a sí mismo en pedazos.

Eso fue lo que le sucedió al hombre barbudo. Sin darse cuenta de lo que ocurría en el interior de Gussie, no obstante, debió de percatarse de que las cosas se ponían mal. Aquella muestra inicial le había ciertamente hecho comprender que Gussie tenía un modo muy suyo de hacer las cosas, y sus interrupciones habían sin duda bastado a su perspicacia para convencerle de que allí, sentada en el estrado, en el momento más importante del curso, se hallaba una persona que si pronunciaba una arenga lo haría de una manera memorable.

Por otro lado, atarle y cubrirle con una manta ¿a qué hubiera conducido? A disolver la reunión con media hora de adelanto.

Era, en resumidas cuentas, un problema que debía resolver, y no sé cómo habría logrado salir del apuro. Personalmente, creo que habría salido bien librado si en aquel momento Gussie no se hubiese adueñado de la situación. Después de haberse estirado y de haber bostezado, avanzó hasta el borde del estrado con aquella sonrisa petrificada.

–Discurso –anunció con afabilidad.

Luego permaneció inmóvil, con los pulgares metidos en los ojales del chaleco, esperando que el aplauso se calmase.

Y eso requirió un buen rato, porque realmente había entrado con muy buen pie. Supongo que no les sucedía a menudo a los muchachos de Market Snodsbury encontrar un hombre tan enérgico que se atreviese a llamar asno a su director. Y ellos demostraban harto claramente su aprobación. Para la mayoría de los presentes, Gussie pertenecía a una raza superior.

–Muchachos –comenzó Gussie–, o, mejor dicho, señoras, señores, muchachos, no quiero retenerles por largo rato, pero me considero obligado a pronunciar

unas palabras augurales en tan fausta ocasión. Señoras, muchachos y señores, todos hemos escuchado con mucho interés las observaciones de este nuestro amigo que esta mañana se olvidó de afeitarse... No sé su nombre, pero él tampoco sabe el mío, pues el de FitzWattle es absolutamente absurdo. Y eso pone las cosas en su lugar. Todos sentimos mucho que el reverendo Comosellame esté muriéndose de adenoides, pero, después de todo, hoy acá, mañana allá, la carne se torna hierba o algo parecido. Pero no es eso lo que yo quería decir. Quería, en cambio, decir, y lo digo confiadamente, sin temor a contradicciones, digo, en suma, que me siento feliz por hallarme aquí en tan fausta ocasión y que estoy encantado de hacer entrega de los premios que consisten en los hermosos libros que aquí ven sobre la mesa. Como dice Shakespeare, hay sermones en los libros, piedras en los torrentes, o viceversa, y henos aquí a todos, en una cáscara de nuez.

Marchaba bien, y yo estaba sorprendido. No podía seguirle por completo, pero se comprendía que era materia bien madurada y me maravillaba que, a pesar del extraordinario esfuerzo que había hecho, un hombre con la lengua trabada, un auténtico tostón como Gussie, hubiese podido ser capaz de tanto.

Eso les demuestra la verdad de lo que también les dirá cualquier miembro del Parlamento; es decir, que, si se quiere obtener un buen orador, es necesario antes suministrarle un buen trago.

–Señores –dijo Gussie–, o mejor, señoras, señores y muchachos, naturalmente... ¡Qué hermoso es el mundo! ¡Un mundo hermoso que ofrece felicidad por doquier! Quiero contarles una historieta. Dos irlandeses, Pat y Mike, andaban por Broadway, y uno le dijo al otro: «¡Caramba, el premio de la carrera no siempre es para el más veloz!» Y el otro contestó: «Fe y esperanza, y la educación consiste en extraer, no en introducir.»

Confieso que me pareció la historieta más estúpida que jamás hubiese oído, y me sorprendió que Jeeves la considerara digna de figurar en un discurso. Sin embargo, cuando hablé con él más tarde, me dijo que Gussie había alterado todo el contenido. ¡Y eso lo explica todo!

Sea como fuere, éste fue el conte que explicó Gussie, y si les digo que fue acogido con grandes carcajadas, ustedes comprenderán que se había convertido en el favorito de la masa. Era posible que el individuo barbudo sobre el estrado o algún otro de la segunda fila desease que el orador llegara a una conclusión y se

volviese a sentar, pero el auditorio pendía de sus labios.

Hubo un fuerte aplauso y una voz gritó: «¡Silencio! ¡Silencio!»

–Sí –dijo Gussie–. ¡Es un mundo muy bonito! El cielo está azul, los pajaritos cantan, el optimismo reina por doquier. ¿Y por qué no, muchachos, señoras y señores? Yo soy feliz, ustedes son felices, todos somos felices, incluso el más mísero irlandés que se pasea por Broadway. En realidad, eran dos..., Pat y Mike. El uno extraía y el otro introducía. Quisiera, muchachos, que os unierais a mí para gritar tres «¡Hurra!» por este magnífico mundo. ¡Adelante!

Cuando las motas de polvo pudieron posarse sobre los muebles y el yeso dejó de caer del techo, él continuó:

–Los que dicen que el mundo no es hermoso, no saben lo que dicen. Mientras venía hacia acá, para hacer entrega de los premios, he intentado hacérselo comprender a mi anfitrión, el viejo Tom Travers. ¿Le ven allí, en la segunda fila, al lado de aquella señora corpulenta en traje color avellana?

Indicó el punto preciso en que estaban sentados mis tíos, y los cien y pico marketsnodsburienses que volvían el cuello para mirar en la dirección indicada pudieron ver al tío Tom sonrojándose graciosamente.

–Le he reñido mucho, pobre besuguillo. Él había expresado la opinión de que el mundo estaba en un estado deplorable. Yo le dije: «No diga sandeces, viejo Tom Travers.» «No suelo decir sandeces», replicó él. «Bueno, para ser un principiante se desenvuelve usted la mar de bien.» Y admitiréis, muchachos, que a esto se le llama hablar.

Parecía que el público estuviese de acuerdo con él. La situación se agravaba. Aquel que dijera: «¡Silencio! ¡Silencio!», gritó de nuevo: «¡Silencio! ¡Silencio!», y mi tendero golpeó vigorosamente el pavimento con un macizo bastón.

–Bien, muchachos –continuó Gussie, después de haber sacado los pulgares de los ojales y de haber hecho una horrible mueca equivalente a una sonrisa–, éste es el final del curso y muchos de vosotros, no lo dudo, vais a abandonar la escuela. Y no puedo dejar de daros la razón, porque aquí dentro hay un polvo tan denso que se podría cortar con un cuchillo. Estáis a punto de entrar en el vasto mundo. Muchos de vosotros pasearéis por Broadway. Y cuanto quiero inculcaros

es que, aun teniendo que sufrir mucho de adenoides, habréis de hacer todos los esfuerzos para no ser pesimistas y para no decir tantas tonterías como el viejo Tom Travers, allá, en la segunda fila, aquel con la cara que parece una nuez.

Hizo una pausa para permitir, a aquellos que lo deseasen, refrescarse con una nueva mirada al tío Tom, y yo me sorprendí reflexionando con cierta perplejidad. Mis numerosas observaciones sobre los miembros de Los Zánganos me habían puesto en contacto con las varias formas que una superdosis de la rojiza Hipocrene puede tomar en los diversos individuos, mas nunca tuve ocasión de comprobar una reacción como la de Gussie.

Había cierto chisporroteo en él que jamás observé ni siquiera en Barmy Fotheringay-Phipps, en la fiesta de Nochevieja.

Jeeves, con quien discutí más tarde, dijo que tenía algo que ver con las inhibiciones –si he captado bien la palabra– y la anulación, creo, del ego. Comprendí que quería decir que Gussie, después de pasar un lustro de irrepetible reclusión entre las salamandras, había tenido que gastar de una vez, en vez de hacerlo paulatinamente durante los cinco años transcurridos, toda la alegría que fuera cuidadosamente embotellada en aquel período. Ésta había llegado a la superficie de un golpe o, si lo prefieren, como una marea.

Puede que fuera así. Jeeves, por lo general, tiene razón.

Sea como fuere, estaba muy contento de haber tenido la precaución de quedarme lejos de la segunda fila. Puede que resultara indigno para un Wooster meterse de ese modo en medio del proletariado, en los puestos de pie, pero, por lo menos, me hallaba fuera de la zona peligrosa. Y, además, Gussie se había excitado tanto, que era posible que, en caso de descubrirme, hubiera atacado incluso a un viejo compañero de escuela.

–Lo que no se puede soportar en el mundo –continuó Gussie– es al pesimista. Sed optimistas, muchachos. ¿Sabéis qué diferencia existe entre un pesimista y un optimista? Un optimista es un hombre que... Coged el caso de los dos irlandeses que se paseaban por Broadway. Uno es optimista, el otro pesimista. El uno se llama Pat, el otro Mike... ¡Oh, Bertie, no sabía que estabas también tú!

Demasiado tarde procuré ocultarme detrás del tendero. ¡El tendero había dejado de existir! Alguna cita recordada repentinamente –quizá una promesa a su mujer de volver a casa para la hora del té– le había obligado a zafarse mientras mi

atención estaba distraída, dejándome al descubierto.

Entre Gussie, que dirigía enérgicamente la ofensiva hacia mi lado, y yo había un mar de rostros interesados que me miraban.

–Ahora –dijo Gussie, continuando su argumentación–, allí tenéis un ejemplo de lo que os estoy diciendo. Muchachos, señores, señoras, miren atentamente a aquel individuo de pie, allí abajo, traje de mañana, corbata de un gris sobrio, clavel en el ojal, no pueden equivocarse. Aquél es Bertie Wooster, el pesimista más necio que existe. Les declaro que desprecio a ese hombre. Y ¿por qué le desprecio? Porque, muchachos, señoras y señores, es un pesimista. Su actitud es derrotista. Cuando le dije que tenía que hablar con ustedes, intentó disuadirme de ello. ¿Y saben por qué? Porque dijo que mis pantalones reventarían por la parte trasera.

Los aplausos, en este momento, fueron más estruendosos que nunca. El asunto de los pantalones reventados llegó directamente al corazón de los jóvenes alumnos del instituto Market Snodsbury. Dos, frente a mí, se pusieron de color púrpura, y un mozalbete, de cara llena de pecas, me pidió un autógrafo.

–Déjenme contarles una historia sobre Bertie Wooster.

Un Wooster puede soportar muchas cosas, pero no eso de que su propio nombre sea pasto del público. Moviendo poquito a poco los pies, me disponía a ejecutar una táctica de salida, cuando me percaté de que el individuo barbudo decidía poner fin al asunto.

No puedo explicarme por qué no lo hizo antes. Acaso le paralizara la sorpresa. Y, naturalmente, cuando un hombre encuentra el favor del público, no resulta fácil hacerle callar. Sin embargo, la perspectiva de oír otra anécdota de Gussie había roto el encantamiento. Levantándose, más o menos como yo me levantara al principio de la lamentable escena con Tuppy, en el crepúsculo, saltó hasta la mesa, agarró un libro y se acercó al orador.

Tocó a Gussie en el brazo y éste, volviéndose rápidamente y viendo a un hombretón con barbas, dispuesto al parecer a pegarle con un libro, dio un brinco hacia atrás, poniéndose en guardia.

–Quizá, puesto que el tiempo pasa, míster Fink-Nottle, más valdría...

–¡Oh! ¡Ah! –exclamó Gussie, comprendiendo la cosa y relajando sus miembros–. Los premios, ¿verdad? Naturalmente. Claro. Muy bien. Sí, sí, más vale empezar. ¿Qué es eso?

–Lectura y dictado, P. K. Purvis –anunció el hombre de las barbas.

–Lectura y dictado, P. K. Purvis –dijo como un eco Gussie, gritando–. ¡Adelante, P. K. Purvis!

Ahora que su discurso había sido interrumpido, me pareció que ya no había necesidad de poner en práctica la estratégica retirada que ideara. No tenía ganas de marcharme a menos que me viera obligado a hacerlo. Había dicho a Jeeves que el acontecimiento resultaría lleno de interés, y en realidad resultaba interesantísimo. Había cierta fascinación en los métodos de Gussie; uno se sentía atraído y reacio a alejarse, a menos que algún motivo personal le obligase a hacerlo. Decidí, pues, quedarme; en aquel momento sonó un poco de música y P. K. Purvis subió al estrado.

El campeón de lectura y dictado tenía aproximadamente un metro de estatura, un rostro colorado y los cabellos color arena. Gussie se los acarició; parecía haberle tomado una inmediata simpatía al muchacho.

–¿Eres P. K. Purvis?

–Sí, señor.

–El mundo es hermoso, P. K. Purvis.

–Sí, señor.

–Lo has notado también tú, ¿eh? Bien. ¿Acaso estás casado?

–No, señor.

–Cásate, P. K. Purvis –dijo Gussie seriamente–, créeme, es lo mejor que se puede hacer... Bien, aquí tienes tu libro. Viendo la portada no me parece muy divertido. Pero, en fin, aquí está.

P. K. Purvis se retiró mientras resonaba un esporádico aplauso, seguido por un angustioso silencio. Era evidente que Gussie había hecho resonar una nueva nota

en el ambiente escolar de Market Snodsbury. Los parientes cambiaban miradas entre sí. El hombre barbudo parecía haber apurado hasta las heces el amargo cáliz. En cuanto a la tía Dahlia, decía claramente, con su actitud, que sus últimas dudas se habían desvanecido y que el veredicto había sido pronunciado. La vi hablando quedamente con Madeline Bassett, quien se hallaba sentada a su derecha, y vi que ésta asentía tristemente; parecía un hada a punto de derramar una lágrima y añadir, de este modo, una estrella más a la Vía Láctea.

Gussie, después de marcharse P. K. Purvis, había caído en una especie de amodorramiento y permanecía allí, erguido, con las manos metidas en los bolsillos. Reparando, repentinamente, en un gordo muchachito en pantalón corto que se hallaba cerca, se sobresaltó violentamente.

–¡Eh! –exclamó visiblemente confuso–. ¿Quién eres tú?

–Éste –dijo el hombre barbudo– es R. V. Smethurst.

–¿Qué hace aquí? –preguntó Gussie, con desconfianza.

–Tiene usted que entregarle el premio en dibujo, míster Fink-Nottle.

La explicación se le antojó a Gussie razonable. Su rostro se esclareció.

–Muy justo –dijo–. Bueno, aquí lo tienes. ¿Te marchas? –añadió, viendo que el muchacho se alejaba.

–Sí, señor.

–Aguarda, R. V. Smethurst. No tan aprisa. He de hacerte una pregunta.

Pero el hombre barbudo parecía decidido a apresurar el desarrollo de la ceremonia. Hizo desaparecer al muchacho de la escena, como un dueño de hostería que aleja con pesar a un viejo y respetado cliente, y llamó a G. G. Simmons. Un momento después, éste se levantaba, acercándose a la mesa. Y comprenderán ustedes cuál no sería mi emoción cuando oí anunciar que el premio asignado era el de religión. Uno de los míos, quiero decir.

G. G. Simmons era un jovencito antipático; parecía encaramado sobre sus piernas y era todo él dientes y gafas; sin embargo, le miré con cariño. Nosotros, los especuladores de las Sagradas Escrituras, nos sentimos unidos.

Me duele decirlo, pero a Gussie no le agradó. No había en sus modales, mientras miraba a G. G. Simmons, nada de la cordialidad que se manifestara durante su entrevista con P. K. Purvis, ni, de un modo más débil, con R. V. Smethurst. Permanecía frío y distante.

–Bien, G. G. Simmons.

–Sí, señor.

–¿Qué quieres decir con «Sí, señor»? Es una cosa necia. De modo que te han otorgado el premio en religión, ¿no es así, muchacho?

–Sí, señor.

–Sí –dijo Gussie–, tienes precisamente el aspecto de ser el tipo adecuado. Sin embargo –dijo haciendo una pausa y mirando fijamente al muchacho–, ¿cómo se puede saber si el premio es realmente justo? Voy a interrogarte, G. G. Simons. ¿Quién fue el «como se llame» que comenzó «aquella cosa»? ¿Sabrías contestarme, G. G. Simmons?

–No, señor.

Gussie se volvió hacia el hombre barbudo.

–Mal –dijo–, muy mal. Este muchacho me parece muy deficiente en Sagradas Escrituras.

El individuo de las barbas se pasó una mano por la frente.

–Le aseguro, míster Fink-Nottle, que hemos procurado, con el máximo cuidado, pronunciar un fallo exacto y que este Simmons ha superado con mucho a sus compañeros.

–Bueno, si usted lo dice... –dijo Gussie con expresión de duda–. Bien, G. G. Simmons, aquí tienes tu premio.

–Gracias, señor.

–Pero he de decirte que no hay nada de que jactarse por haber ganado un premio en religión. Bertie Wooster...

No creo que jamás recibiera golpe más cruel. Estaba persuadido de que, habiéndole detenido en sus discursos, Gussie había vuelto a esconder las uñas, por decirlo así. Agachar la cabeza y dirigirme hacia la puerta fue para mi cuestión de pocos segundos.

–Bertie Wooster ganó el premio de religión en una escuela en la que fuimos compañeros y ya saben ustedes cómo es él. Pero, a buen seguro, Bertie hizo trampas. Logró agitar en el aire el trofeo de su conocimiento de las Escrituras, sobre la cabeza de unos individuos que le daban cien vueltas, por los métodos más espantosos y más mezquinos que jamás se habían visto en una escuela en que estas cosas eran habituales. Si los bolsillos de aquel muchacho no estaban, en el momento en que entró en el aula de exámenes, abarrotados hasta estallar de listas con los nombres de los reyes de Judea...

No oí nada más; en un santiamén estaba al aire libre y oprimía febrilmente con el pie el embrague de mi coche.

El motor resopló. El pedal volvió a su sitio. Yo me alejé a toda velocidad.

Mis nervios aún estaban alterados cuando dejé el coche en el garaje de Brinkley Court, y fue un Bertram muy trastornado el que subió a su habitación para ponerse un traje más cómodo. Luego me eché un momento sobre la cama, y debí de dormir bastante rato porque el primer recuerdo que puedo evocar es el de Jeeves a mi lado.

Me incorporé sobre el lecho.

–¿El té, Jeeves?

–No, señor. Es casi hora de cenar.

La niebla se despejó.

–Debo de haberme dormido.

–Sí, señor.

–La naturaleza, que reclama sus derechos sobre el cuerpo agotado.

–Sí, señor.

–Eso ya es algo.

–Sí, señor.

–¿Y es casi la hora de cenar? Perfectamente. No tengo ganas de cenar, pero supongo que vale más que me prepare usted el traje.

–No es necesario, señor. No se ve a nadie esta noche. Se ha servido una cena fría en el comedor.

–¿Por qué?

–Por expreso deseo de mistress Travers, para disminuir el trabajo del servicio, que va al baile en casa de sir Percival Stretchley-Budd.

–¡Oh, ya lo recuerdo! Anoche me lo dijo mi prima Angela. ¿Va a ir también usted, Jeeves?

–No, señor. No me agradan esas diversiones, señor.

–Comprendo. Siempre es lo mismo. Un piano, un organillo, un pavimento que parece papel de lija. ¿Irá Anatole? Angela me hizo comprender que no.

–Miss Angela tenía razón. Monsieur Anatole guarda cama.

–Tipos nerviosos, esos franceses.

–Sí, señor.

Hubo una pausa.

–Bien, Jeeves, ha sido una tarde muy movida, ¿verdad?

–Sí, señor.

–No recuerdo ninguna tan llena de incidentes. Yo me marché antes del final.

–Sí, señor. Observé su partida.

–No habrá pensado censurármelo.

–No, señor. Míster Fink-Nottle había entrado en temas demasiado personales.

–¿Dijo aún muchas barbaridades después de mi marcha?

–No, señor. La sesión se cerró casi inmediatamente. Las observaciones hechas por míster Fink-Nottle sobre G. G. Simmons provocaron ese brusco final.

–Pero había concluido ya sus observaciones sobre G. G. Simmons.

–Sólo por un momento, señor. Las volvió a empezar inmediatamente después de su partida, señor. Si lo recuerda usted, señor, había expresado una gran duda acerca de la bona fides del señorito Simmons; luego comenzó un violento ataque contra el joven, afirmando que era imposible que hubiese ganado el premio en religión sin un sistemático procedimiento a base de trampas en vasta escala. Llegó a decir que el señorito Simmons debía de ser conocido de la policía.

–Horrible, Jeeves.

–Sí, señor. Sus palabras causaron gran sensación. La reacción de los presentes se puede definir como «mixta». Los jóvenes estudiantes parecían contentos y aplaudían estruendosamente, pero la madre del joven Simmons se levantó y se dirigió a míster Fink-Nottle en términos de fuerte protesta.

–¿Y Gussie tuvo miedo? ¿Replegó velas?

–No, señor. Dijo que veía claro y dio a entender que había una culpable relación entre la madre del señorito Simmons y el director, acusando a este último de haber hecho trampas, fue su expresión, señor, para resultarle grato.

–¿Lo dice de veras?

–Sí, señor.

–¡Atiza, Jeeves! ¿Y luego?

–Cantaron el himno nacional.

–¡No!

–Sí, señor.

–¡En un momento como ése!

–Sí, señor.

–Bueno. Usted estaba allí y, naturalmente, ha de saber cómo sucedieron las cosas. Pero jamás, jamás en mi vida habría pensado que, en tales circunstancias, Gussie y esa mujer se pondrían a cantar un dúo.

–Usted no me ha comprendido, señor. Fue toda la concurrencia la que se puso a cantar. El director se volvió hacia el organista y le dijo algo en voz baja. Y éste comenzó a tocar el himno nacional. Así finalizó la ceremonia.

–He comprendido. De hecho, ya era hora.

–Sí, señor. La actitud de mistress Simmons se había vuelto absolutamente amenazadora.

Reflexioné. Cuanto había oído era suficiente para provocar, desde luego, piedad y terror, si no queremos decir alarma y desaliento. Asegurar que me alegraba sería decir una mentira. Por otra parte, todo aquello pertenecía ya al pasado y me parecía lo mejor dejar de preocuparse por ello y pensar, en cambio, en el brillante porvenir. Quiero decir que Gussie había superado indudablemente cualquier marca de idiotez en el Worcestershire y había perdido definitivamente la esperanza de que le nombraran hijo predilecto de Market Snodsbury, pero no se podía negar que había hecho su petición a Madeline Bassett y que ésta la había aceptado.

Expuse mis ideas a Jeeves.

–Un espectáculo horroroso –dije– y que probablemente pasará a la historia. Pero no hemos de olvidar, Jeeves, que aunque Gussie esté considerado por los alrededores el mayor fenómeno del mundo, en otro sentido ha conseguido lo que se proponía.

–No, señor.

No le comprendí.

–¿Cuando dice «no, señor», quiere decir «sí, señor»?

–No, señor. Quiero decir «no, señor».

–¿No ha conseguido lo que se proponía?

–No, señor.

–Pero está prometido.

–Ya no, señor. Miss Bassett ha roto el compromiso.

–¿De veras?

–Sí, señor.

No sé si se han fijado ustedes en la característica de esta historia. Me refiero al hecho de que, tarde o temprano, todos los personajes se han visto empujados a ocultar el rostro entre las manos. He participado en muchos sucesos embrollados, pero nunca me hallé ante tantas personas que ocultaran el rostro entre las manos.

Recuérdenlo. Lo ha hecho el tío Tom, lo ha hecho Gussie, lo ha hecho Tuppy; lo ha hecho, probablemente –aunque yo no tenga datos seguros para afirmarlo–, Anatole, y creo que lo ha hecho miss Bassett. Y estoy seguro de que la tía Dahlia lo habría hecho también si no hubiese corrido el riesgo de echar a perder su esmerado peinado.

Pues bien, en aquel momento lo hice también yo. Las manos se levantaron, la cabeza bajó y yo la oprimí con energía, como todos los demás.

Y mientras estaba dándome un masaje en la mollera y pensaba en lo que se podía hacer, se oyó un ruido en la puerta, como si estuviesen descargando un saco de carbón.

–Tal vez se trate de míster Fink-Nottle, señor –dijo Jeeves.

Pero, esta vez, su intuición había fallado. No era Gussie, sino Tuppy. Entró respirando asmáticamente. Se veía que estaba muy conmovido.

Le miré atentamente. Su aspecto no me agradaba. En realidad, nunca me había agradado mucho, porque la naturaleza, al plasmar aquel brillante camarada, le dotó de unos maxilares mucho más salientes de lo necesario, y de unos ojos excesivamente penetrantes para un individuo que no es ni fundador de un imperio, ni policía adscrito al tráfico. Pero, en aquel momento, dejando a un lado la ofensa que infligía al sentido de la estética, Glossop, según mi parecer, tenía también un aspecto amenazador que me hizo desear algo menos de tacto por parte de Jeeves.

Quiero decir que es muy discreto escabullirse como una anguila cuando el amo recibe un visitante, pero que hay momentos –y aquél me parecía el más indicado– en los que el verdadero tacto consiste en quedarse para ayudar en caso de necesidad.

Bien, el hecho es que Jeeves ya no se hallaba con nosotros. No le había visto marcharse, pero se había ido y en cuanto alcanzaba mi vista sólo veía a Tuppy, cuya actitud, ya se lo he dicho, me parecía algo intranquilizadora. Me sugería extrañamente a alguien que intentara suscitar la cuestión de mis cosquillas en los tobillos de Angela.

Sin embargo, sus primeras palabras me probaron que me había alarmado injustamente. Eran de naturaleza pacífica y me proporcionaron un gran alivio.

–Bertie –dijo–, tengo que pedirte mil perdones. He venido para eso.

Como ya he dicho, mi alivio fue grande al oír estas palabras que nada tenían que ver con tobillos cosquilleados. No obstante, creo que fue mayor mi sorpresa. Habían pasado muchos meses desde el incidente de Los Zánganos y, hasta aquel momento, Tuppy jamás había manifestado ni remordimiento ni contrición. Al contrario, fuentes privadas me habían informado de que con frecuencia, en comidas y reuniones, contaba la historia riendo estúpidamente a carcajada limpia.

No lograba, por tanto, comprender qué le había inducido ahora a rebajarse. Probablemente le había empujado a ello la parte mejor de su ser. Pero ¿por qué?

Sin embargo, así era.

–Querido mío –dije con dignidad–. No lo menciones siquiera.

–¿Por qué dices «no lo menciones siquiera»? Yo no lo he mencionado.

–Quería decir: no hables más de ello. No pienses más en ello. Todos, a veces, nos olvidamos y hacemos unas cosas que, en momentos más tranquilos, deploramos haber hecho. Naturalmente, tú, en aquella ocasión, estabas algo bebido.

–Pero ¿qué diablos dices?

No me gustó su tono. Era brusco.

–Rectifícame si estoy equivocado –dije con cierta rigidez–, pero creía que me pedías excusas por tu estúpido modo de proceder aquella noche en Los Zánganos, cuando al empujar hacia atrás la última anilla, me hiciste caer en la piscina en traje de etiqueta.

–¡Pero, so burro, si no se trata de eso!

–¿Y de qué, pues?

–¡Del asunto de Madeline Bassett!

–¿Qué asunto de Madeline Bassett?

–Bertie –dijo Tuppy–, cuando me dijiste, anoche, que estabas enamorado de Madeline Bassett, te dejé suponer que lo creía. No era cierto. La cosa me parecía increíble. A pesar de todo hice unas investigaciones y los hechos concuerdan con lo que me referiste. He venido a pedirte perdón por haber dudado de ti.

–¿Hiciste unas investigaciones?

–Le pregunté a ella si te le habías declarado y me contestó que sí.

–Tuppy, ¿hiciste eso?

–Lo hice.

–Pero ¿es que no tienes ninguna delicadeza?

–No.

–¡Oh, está bien! Pero sería mejor que la tuvieras.

–¡A paseo la delicadeza! Quería estar seguro de que no has sido tú el que me ha robado el amor de Angela. Y ahora lo sé.

Desde el momento en que estaba convencido, ya no me importó tanto su falta de delicadeza.

–Ah –dije–. Bueno, está bien. Pues no lo olvides.

–He descubierto quién fue.

–¿Cómo?

Se quedó pensativo unos momentos. Sus ojos brillaban con un fuego sombrío, y el maxilar le sobresalía como la parte posterior de la cabeza de Jeeves.

–Bertie –dijo–, ¿te acuerdas de lo que juré hacerle al que me hubiese robado a Angela?

–Por lo que recuerdo, concebiste la idea de hacerle migas.

–... y hacerle tragarse a sí mismo. Perfectamente. El programa sigue siendo válido.

–Pero Tuppy, te aseguro, como testigo ocular, que en Cannes nadie te robó a Angela.

–¡No, pero lo hizo al regreso!

–¿Cómo?

–No continúes diciendo «¿Cómo?». Lo has oído bien.

–¡Pero si no ha habido nadie desde su regreso!

–¿Ah, no? ¿Y el fulano de las salamandras?

–¿Gussie?

–El mismo. La serpiente Fink-Nottle.

Aquello me daba la exacta dimensión de su delirio.

–No es posible, Gussie ama a Madeline Bassett.

–¡Pero no estaréis todos enamorados de esa bendita Bassett! ¡Ya me extraña que uno solo pueda estarlo! Te digo que ama a Angela, y Angela le corresponde.

–¡No! ¡Angela rompió contigo antes de que él viniese aquí!

–No. Lo hizo un par de horas después.

–Pero no puede haberse enamorado de él en un par de horas.

–¿Y por qué no? Yo me enamoré de ella en un par de minutos. La adoré en cuanto la vi, a esa petulante tontuela.

–Pero en suma...

–No discutas, Bertie. Los hechos han sido descubiertos. Angela ama a ese cretino de las salamandras.

–Eso es absurdo, chico, completamente absurdo.

–¿Ah, sí? –dijo él, golpeando con un tacón sobre la alfombra, cosa que yo había leído varias veces en las novelas, pero que nunca había visto hacer–. Entonces, ya me explicarás por qué razón se ha prometido con él.

Una brizna de paja habría podido tumbarme.

–¿Prometido con él?

–Me lo dijo ella misma.

–Habrá querido tomarte el pelo.

–No me tomaba el pelo en absoluto; inmediatamente después del asunto de Market Snodsbury, le pidió que se casaran y parece que ella consintió sin discusión.

–Debe de haber un error.

–El error lo ha cometido la serpiente Fink-Nottle, y apuesto a que ya debe de haberse dado cuenta. Desde las cinco y media lo estoy buscando.

–¿Que lo estás buscando?

–Por todas partes. Quiero arrancarle la cabeza.

–Comprendo, comprendo.

–¿Lo has visto por casualidad?

–No.

–Bueno, pues si lo ves, despídete y corre a encargar una corona... ¡Oh! Jeeves...

–¿Señor?

No le había visto llegar, pero se hallaba de nuevo en escena. Mi opinión personal –que creo haber expresado ya– es que no necesita abrir las puertas. Es como uno de esos faquires de la India que, volatilizados en Bombay, recomponen los pedazos de su cuerpo y se presentan dos minutos más tarde en Calcuta. Sólo esta teoría puede explicar el hecho de que un momento esté y al siguiente ya no. Parece fluctuar desde el punto A hasta el punto B en forma de una especie de gas.

–¿Ha visto a míster Fink-Nottle, Jeeves?

–No, señor.

–Voy a matarlo.

–Muy bien, señor.

Tuppy desapareció, cerrando con violencia la puerta tras de sí, y yo asalté a Jeeves.

–Jeeves, ¿sabe que míster Fink-Nottle se ha prometido con mi prima Angela?

–¿De veras, señor?

–Bueno, ¿qué piensa de ello? ¿Capta la psicología? ¿Comprende el significado? Hace unas pocas horas, estaba prometido con Madeline Bassett.

–Los caballeros rechazados por una joven se ven a menudo inducidos a pegarse sin demora a otra señorita, señor. Es lo que se conoce con el nombre de «represalia».

Comenzaba a comprender.

–Entiendo lo que quiere decir. Algo así como una especie de desafío.

–Sí, señor.

–Una especie de «¡De acuerdo...! ¡Haz lo que gustes! Pero si tú no me quieres, hay otras que sí me quieren».

–Exacto, señor. Mi primo George...

–Deje en paz a su primo George, Jeeves.

–Muy bien, señor.

–Déjelo para las largas noches de invierno, ¿de acuerdo?

–Como usted quiera, señor.

–De todos modos, apuesto a que su primo George no era una temblorosa gelatina de pescado como Gussie. Y lo que más me extraña, Jeeves, es que haya sido el propio Gussie quien haya maquinado esta represalia.

–Debe recordar, señor, que míster Fink-Nottle se encuentra en un estado de excitación cerebral.

–Está algo desquiciado, ¿verdad?

–Eso es, señor.

–Bien, pues debo decirle que su estado de excitación cerebral empeorará si Tuppy logra atraparle... ¿Qué hora es?

–Las ocho en punto, señor.

–En tal caso, Tuppy lo está intentando cazar desde hace lo menos dos horas y media. Hay que salvar a ese desgraciado, Jeeves.

–Sí, señor.

–Una vida humana es una vida humana, ¿no lo cree usted?

–Absolutamente cierto, señor.

–Lo primero es encontrarle. Luego se podrán discutir planes y esquemas. Vaya a sondear por los alrededores, Jeeves.

–No es necesario, señor. Si quiere usted mirar a su espalda, señor, verá comparecer a míster Fink-Nottle, que sale de debajo de la cama, señor.

¡Y, por todos los santos, tenía razón!

Gussie se presentaba en aquel momento, como había dicho Jeeves. Estaba cubierto de pelusas y parecía una tortuga que asomase la cabeza en busca de un soplo de aire.

–¡Gussie! –dije.

–¡Jeeves! –dijo Gussie.

–¿Señor? –dijo Jeeves.

–¿La puerta está cerrada con llave, Jeeves?

–No, señor, pero puedo cerrarla inmediatamente.

Gussie se sentó en la cama y temí, por un momento, que tuviese la intención de ocultar el rostro entre las manos. Pero se contentó con apartar de su frente una araña muerta.

–¿Has cerrado la puerta, Jeeves?

–Sí, señor.

–Porque no se puede saber si a ese horrible Glossop se le va a ocurrir vol...

La palabra murió en sus labios. No había pronunciado la mitad, cuando el pomo de la puerta comenzó a dar vueltas y a chirriar. Él saltó de la cama y, por un momento, permaneció en la actitud de El ciervo acorralado, cuadro de Landseer que la tía Agatha tiene en el comedor. Luego pegó un brinco hacia el armario y allí desapareció, antes de que nos hubiéramos dado cuenta de nada. Había visto a personas retrasadas para el tren de las nueve y cuarto que no se movían con tanta agilidad.

Eché una mirada a Jeeves. Permitió a su ceja derecha levantarse ligeramente; es cuanto puede revelar emoción en él.

–¿Sí? –grité.

–¡Déjame entrar, maldita sea! –gritó Tuppy desde fuera–. ¿Quién ha cerrado la puerta?

Consulté nuevamente a Jeeves usando el lenguaje de las cejas. Él levanto una. Yo levanté la misma. Él levantó la otra. Yo también. Luego ambos levantamos las dos. Al final, no encontrando otra cosa que hacer, abrí la puerta de par en par, y Tuppy entró ruidosamente.

–Bueno, ¿qué quieres? –dije, con la mayor indiferencia posible.

–¿Por qué estaba cerrada con llave la puerta? –preguntó Tuppy.

Ya me había acostumbrado a levantar las cejas; por tanto, volví a hacerlo.

–¿No se puede hacer nada en privado, Glossop? –pregunté fríamente–. Dije a Jeeves que cerrara la puerta porque iba a desnudarme.

–¡Un cuento inverosímil! –dijo Tuppy, y acaso agregó un «¡Realmente!», no estoy seguro–. No trates de convencerme de que temes que la gente organice excursiones especiales para admirar tu ropa interior. Has cerrado la puerta porque ocultabas aquí a la serpiente Fink-Nottle. Lo he sospechado desde que te dejé, hace un rato, y he decidido volver atrás para investigar. Registraré toda la habitación... Me imagino que está en el armario... ¿Qué guardas en el armario?

–Mis trajes –dije, siempre en un tono indiferente, que, sin embargo, no estaba absolutamente seguro de que pudiese dar buenos resultados–. El habitual guardarropa de un joven inglés de visita en una casa de campo.

–¡Mientes!

Aún no había acabado Tuppy de pronunciar esas palabras, cuando Gussie saltó fuera del armario. He comentado su modo de entrar en el armario, mas la agilidad con que realizó el primer movimiento no fue nada en comparación con la que mostró al salir. Hubo una especie de ventolera, una sombra se proyectó en la habitación, y ya no estaba entre nosotros.

Me parece que Tuppy se quedó sorprendido. Es decir, estoy seguro. No obstante su manifiesta convicción de que Fink-Nottle estaba en el armario, le había desconcertado el hecho de verle escabullirse. Emitió una especie de gruñido y dio un brinco de metro y medio hacia atrás. Sin embargo, enseguida se recobró y comenzó a galopar por el pasillo, persiguiéndole. Solamente faltaba la tía Dahlia corriendo tras ellos y gritando «¡Duro con él!», o cualquier otra exclamación usada en tales ocasiones, para dar la completa sensación de una cacería del zorro.

Caí sobre la silla más cercana. No soy hombre que se desanime fácilmente, pero me parecía que los asuntos comenzaban a volverse demasiado complejos para Bertram.

–Jeeves –dije–. Todo esto es muy grave.

–Sí, señor.

–La cabeza me da vueltas.

–Sí, señor.

–Vale más que me deje solo, Jeeves. He de dedicar profundas reflexiones a la situación que se ha ido gestando.

–Muy bien, señor.

La puerta se cerró, encendí un cigarrillo y comencé a reflexionar.

19

Supongo que, en mi situación, muchos individuos hubieran reflexionado el resto de la noche sin hallar una solución, pero nosotros, los Wooster, tenemos una especial habilidad para llegar enseguida al meollo de las cuestiones, y diez minutos después ya había comprendido lo que era necesario hacer.

Debía tener cuanto antes una charla con Angela. Había provocado todas aquellas desgracias con su obstinada conducta, diciendo «sí» en vez de decir «no» cuando Gussie, víctima del alcohol y de la excitación cerebral, le sugirió aquel acuerdo. Había de ser debidamente censurada e inducida a volverlo a poner en su sitio. Un cuarto de hora después la hallé bajo la pérgola, tomando el fresco, y me senté a su lado.

–Angela –dije, y mi voz era dura, pero ¿cómo no iba a serlo?–. Todo esto es una solemne tontería.

Ella pareció salir de un ensueño; me miró con triste expresión interrogante.

–Lo siento, Bertie, pero no te escuchaba. ¿Qué tonterías estabas diciendo?

–Yo no estaba diciendo tonterías.

–¡Oh, lo siento! Te habré entendido mal.

–¿Crees que saldría a buscarte para decir tonterías?

–Desde luego.

Pensé que más valía virar en redondo y atacar el asunto por un lado totalmente distinto.

–Acabo de ver a Tuppy.

–¡Oh!

–Y a Gussie Fink-Nottle.

–¿Ah, sí?

–Parece que estás prometida con él.

–Eso es.

–He aquí lo que se llama «una solemne tontería». No es posible que ames a un tipo como Gussie.

–¿Por qué no?

–Porque no es posible.

En realidad no era posible. Sólo un tostón como la Bassett podía amar a un tostón como Gussie. Una bellísima persona, naturalmente, en muchos aspectos, educado, amable y capaz de aconsejarle a uno qué es lo que conviene hacer, en espera de que llegue el médico, si tiene a una salamandra enferma, pero decididamente no creado para comprender una marcha de Mendelssohn. De hecho, dudo que, aunque lanzasen piedras al azar por las más pobladas regiones de Inglaterra, pudieran alcanzar a una sola muchacha que, sin anestésico, estuviera dispuesta a convertirse en la esposa de Augustus Fink-Nottle.

Se lo dije a Angela y ella se vio obligada a admitir que llevaba razón.

–Está bien. Puede que no le ame.

–Y entonces –dije enérgicamente–, ¡oh, joven irrazonable y obstinada!, ¿por qué te has prometido con él?

–Pensaba que podía resultar divertido.

–¿Divertido?

–Y así fue. Me he divertido como una loca. ¡Tenías que ver la cara de Tuppy cuando se lo dije!

Una repentina luz atravesó mi mente.

–¡Ah, es una represalia!

–¿Qué?

–¿Te has prometido con Gussie para molestar a Tuppy?

–Sí.

–Es lo que estaba diciendo. Se trata de una represalia.

–Supongo que se la puede llamar así.

–Y yo te diré que se puede usar otro nombre. Una cochina jugarreta. Me asombras, Angela.

–No sé por qué.

Levanté un labio por lo menos dos centímetros.

–Es natural que no lo sepas, puesto que eres una mujer. Vosotras, las del bello sexo, sois así. Armáis los mayores embrollos sin remordimiento alguno. Fíjate en Jael, la esposa de Heber.

–¿Y cuándo has oído tú hablar de Jael, esposa de Heber?

–Probablemente no sabías que una vez gané un premio de religión en la escuela, ¿verdad?

–¡Oh, sí! Recuerdo que Augustus habló de ello en su discurso.

–Sí, sí –dije apresuradamente. No tenía ningún deseo de oír hablar del discurso de Gussie–. Pues, como te decía: piensa en Jael, esposa de Heber. Clava una estaca en la sesera de su huésped y luego se va revoloteando por ahí, como una maestra de baile. Es natural que ellos dijeran: «¡Oh, mujeres, mujeres!»

–¿Quiénes?

–Los que lo dijeron. ¡Bah! ¡Qué sexo! Pero tú no albergarás la intención de continuar, ¿no es así?

–¿Continuar el qué?

–Esa tontería del noviazgo con Gussie.

–Naturalmente.

–Para que Tuppy quede como un idiota.

–¿Crees que queda como un idiota?

–Sí.

–Entonces, todo está bien.

Comenzaba a darme cuenta de que no lograba nada. Recordé haber ganado el premio en religión ocupándome de los hechos que atañían al asno de Balaam. No me acuerdo bien de cuáles eran, pero recuerdo algo sobre alguien que clava los pies y niega su cooperación, y me parecía que Angela hacía precisamente lo mismo en aquel momento. Ella y el asno de Balaam eran, por decirlo así, dos almas gemelas. Hay una palabra que comienza por «r», algo como «retal...», no, no la recuerdo. Pero lo que me parecía seguro era que Angela estaba haciendo un mal papel.

–¡Pobre boba! –dije.

–No soy una pobre boba –dijo, sonrojándose.

–Lo eres. Y lo peor es que lo sabes perfectamente.

–No soy nada de eso.

–Estás destruyendo la vida de Tuppy y la de Gussie por un necio despecho.

–¡De todos modos, no es asunto tuyo!

Cogí al vuelo el argumento.

–¿Ah, no? ¿No es asunto mío ver que corren hacia la ruina las jóvenes existencias de dos compañeros míos de escuela? ¡Además, tú sabes muy bien que estás perdidamente enamorada de Tuppy!

–¡Qué va!

–Conque no, ¿eh? Si tuviera un penique por cada vez que te he visto mirarle con brillo de amor en los ojos...

Ella me miró, pero sin ningún brillo de amor.

–¡Oh, por el amor de Dios, vete, Bertie!

Me levanté.

–Eso es exactamente lo que voy a hacer –respondí con dignidad–. Quiero decir que ya me voy. Ya he dicho todo lo que tenía que decir.

–Bien.

–Pero permíteme que añada...

–No.

–Bueno –dije fríamente–, en tal caso, peor para ti.

Y suponía que aquello debía impresionarla.

«Taciturno» y «desalentado» son los dos adjetivos que se pueden usar para describir mi estado de ánimo mientras abandonaba la pérgola. Es inútil negar que había esperado mejores resultados de mi entrevista con Angela.

Me sorprendía por ello. Hay que conocer a una muchacha en el momento en que algo dificulta sus asuntos del corazón para convencerse de que, en el fondo, es un pérfido ser. Había sido compañero de mi prima desde el tiempo en que yo llevaba trajes de marinero y ella no tenía aún los dientes delanteros; sólo ahora, empero, podía entrever las recónditas profundidades de su alma. Siempre me había parecido una sencilla, gentil, alegre jovencita, incapaz de hacerle daño a una mosca. En cambio, ahora se mostraba capaz de reír cínicamente –cuando menos, tenía la impresión de haberla oído reír cínicamente–, como la fría y cruel estrella de una complicada película, arrastrando a Tuppy por los cabellos hacia la tumba de la desesperación, con la mayor indiferencia.

Lo he dicho y lo repito: las chicas son muy extravagantes. El viejo Kipling nunca estuvo tan acertado como cuando dijo que la hembra de la especie es más mortífera que el macho.

En cuanto a mí, consideré que, dadas las circunstancias, sólo me quedaba una cosa por hacer: ir al comedor y probar algo de aquella cena fría que Jeeves había mencionado. Sentía una urgente necesidad de un piscolabis, después de la reciente entrevista, que me había dejado muy abatido. No hay duda de que las emociones deprimen a un hombre y le hacen sentir la necesidad de llenar el estómago con un poco de asado y de jamón.

Me dirigí, pues, hacia el comedor, y acababa de transponer el umbral cuando vi a la tía Dahlia, al lado de la mesa, que se estaba sirviendo un plato de salmón mayonnaise.

El espectáculo me arrancó un «¡Oh!» seguido de un «¡Ah!». Estaba un tanto confuso. La última vez que había tenido un tête-à-tête con mi pariente, ella, ¿lo recuerdan?, manifestó el deseo de que me ahogase en el estanque del huerto, y no sabía qué ideas abrigaba en aquel momento.

Me alivió encontrarla de buen humor. La cordialidad con que me acogió agitando el tenedor era insuperable.

–¡Oh, Bertie, viejo asno! –fue su maternal saludo–. Sabía que era fácil encontrarte por las cercanías de la comida. Prueba este salmón. Es excelente.

–¿Es de Anatole? –pregunté.

–No. Todavía guarda cama. Pero la pinche de cocina ha tenido un golpe de genio. Parece haberse dado cuenta, repentinamente, de que no ha de abastecer a una bandada de aves rapaces del desierto del Sáhara y ha preparado algo conveniente a la alimentación de unos seres humanos. Después de todo hay algo bueno en esa muchacha, y deseo que se divierta en el baile.

Me serví un poco de salmón e iniciamos una agradable charla sobre la fiesta de Stretchley-Budd, imaginando, para pasar el tiempo, el efecto que haría Seppings, el mayordomo, bailando la rumba.

Sólo cuando hube dado fin al primer plato y me disponía a atacar el segundo, la conversación recayó sobre Gussie. Me esperaba que la tía Dahlia lo mencionase antes, después de la tarde de Market Snodsbury. Cuando lo hizo, comprendí que aún no sabía nada del noviazgo de Angela.

–Oye, Bertie –dijo meditabunda, mientras se servía ensalada de frutas–. Ese Spink-Bottle...

–Nottle.

–Bottle –insistió mi tía con firmeza–; después de la exhibición hecha hoy, Bottle y solamente Bottle le llamaré en mi interior. No obstante, si le ves, dile que ha hecho muy feliz, mucho, a una anciana. Excepto cuando el pastor, al pisarse

distraídamente el cordón de los zapatos, cayó por los peldaños del púlpito, no recuerdo un momento más maravilloso que cuando el buen Bottle comenzó a atacar a Tom desde el estrado. Toda la ceremonia me ha parecido del más perfecto buen gusto.

Me decidí a formular algunas reservas.

–Sin embargo, esas referencias a mi persona...

–Ha sido precisamente lo que más me ha gustado. Las he encontrado maravillosas. ¿Es cierto que hiciste trampas cuando ganaste el premio en religión?

–¡Claro que no! La victoria lograda fue el resultado del más animoso y constante esfuerzo.

–¿Y todo lo que dijo a propósito del pesimismo? ¿Eres un pesimista, Bertie?

Estaba a punto de replicar que corría el riesgo de volverme pesimista de veras al ver cuanto sucedía en aquella casa. Pero me limité a decir que no lo era.

–Muy bien. Nunca seas pesimista. Siempre resulta lo mejor en el mejor de los mundos. Tienes ante ti una larga ruta, sin curvas. Siempre hay oscuridad antes del alba. Ten paciencia y todo saldrá bien. El sol brillará, aunque la jornada sea gris... Prueba esta macedonia de frutas.

Seguí el consejo. Pero, incluso al sumergir la cucharita en la fruta, mi mente se hallaba en otra parte. Estaba perplejo. Acaso el haber permanecido hasta entonces en contacto con tantos corazones rotos hacía que me pareciera extravagante su alegría. Porque, desde luego, me parecía extravagante.

–Pensaba que estarías algo molesta –dije.

–¿Molesta?

–Por las maniobras posmeridianas de Gussie sobre el estrado. Te confieso que esperaba encontrarte con la frente arrugada y pataleando rabiosamente.

–¡Qué tontería! ¿Por qué había de molestarme? Lo he interpretado como un cumplido; realmente, hay para enorgullecerse de que un licor de nuestra bodega

haya podido producir un efecto tan imponente. Nos devuelve la confianza en el whisky de la posguerra. Además, esta noche nada podría molestarme. Me siento como un niño que palmotea y danza bajo el sol. Porque, aunque haya tardado bastante en aparecer, el astro finalmente ha desgarrado las nubes. Las campanas tañen a fiesta. Anatole ha retirado su dimisión.

–¿De veras? ¡Oh! Te felicito con toda el alma.

–Gracias. Hice una fina labor de zapa con él desde que volví a casa esta tarde y, finalmente, jurando que nunca consentiría, consintió. No se marcha, a Dios gracias, y ahora creo que hay un Dios en el cielo y que todo está en perfecto orden en...

Se interrumpió. La puerta se había abierto, dando paso al mayordomo.

–¡Oh, Seppings! –dijo la tía Dahlia–. Creí que había salido...

–Todavía no, señora.

–Bueno. Le deseo que se divierta mucho.

–Gracias, señora.

–¿Quería decirme algo?

–Sí, señora. Se trata de monsieur Anatole. ¿Acaso, por encargo suyo, míster Fink-Nottle está haciéndole muecas a través de la claraboya de su habitación?

Imperó un largo silencio, cargado de cosas inexpresadas, me parece que se dice así. Mi tía miraba al mayordomo. El mayordomo miraba a mi tía. Yo les miraba a los dos. Una misteriosa quietud, suave como una cataplasma de linaza, parecía llenar la habitación. En aquel momento estaba mascando un pedacito de manzana de la ensalada, y sonó como si Carnera hubiese saltado de la cúspide de la Torre Eiffel sobre una caja de pepinos.

La tía Dahlia se apoyó en la mesa y en voz baja y ronca dijo:

–¿Muecas?

–Sí, señora.

–¿A través de la claraboya?

–Sí, señora.

–¿Quiere decir que está sentado en el tejado?

–Sí, señora. Y eso ha perturbado a monsieur Anatole.

Creo que fue la palabra «perturbado» la que trastornó por completo a la tía Dahlia. Sabía por experiencia lo que significaba que Anatole estuviese «perturbado». Siempre supe que mi tía era una mujer muy enérgica, pero jamás hubiese sospechado que fuese capaz del magnífico brinco que dio en aquel momento. Concediéndose, apenas, el tiempo para lanzar una sonora exclamación digna de ser pronunciada en un hipódromo, había salido de la habitación y se hallaba al pie de la escalera antes de que yo pudiera tragarme un pedacito de plátano. Sintiendo, igual que cuando recibí aquel famoso telegrama sobre Angela y Tuppy, que mi puesto estaba a su lado, dejé el plato sobre la mesa y me apresuré a seguirla, mientras Seppings galopaba detrás de nosotros.

He dicho que mi sitio estaba a su lado, pero no era muy fácil llegar hasta allí. Nos precedía a marchas forzadas. En el primer tramo de la escalera distaba media docena de pasos, y ya se me escapaba cuando se precipitó por el segundo. En el rellano siguiente, sin embargo, hubo de experimentar cierto cansancio, porque aminoró la marcha, con una especie de rugido; cuando llegamos al final

de la escalera, nuestras cabezas estaban a la misma altura. Nuestra entrada en la habitación de Anatole tuvo lugar de la siguiente manera:

Resultado:

1) La tía Dahlia.

2) Bertram.

3) Seppings.

Yo, vencido por media cabeza. Media escalera separaba al segundo del tercero.

Lo primero que vi al entrar fue a Anatole. Este mago de la cocina es un hombrecillo tipo botijo, con un par de desmesurados bigotes que, generalmente, reflejan su estado de ánimo. Cuando todo marcha bien, los extremos se levantan como los de un sargento mayor. Cuando el alma está triste, se tornan colgantes.

En aquel momento colgaban, dándole una expresión siniestra. Y si aún quedaba alguna duda sobre sus sentimientos, su forma de comportarse la hubiera hecho desaparecer. Estaba al lado de la cama, en pijama rosa, levantando los puños hacia la claraboya. A través del vidrio, Gussie miraba hacia abajo. Tenía los ojos desorbitados, la boca abierta, y se parecía tanto a un pez raro en el acuario que el primer impulso era el de ofrecerle un insecto.

Observando al cocinero que apretaba los puños y amenazaba con ellos al huésped trastornado, confieso que todas mis simpatías fueron para el primero. Le consideraba absuelto, por muchos puños con que pudiera amenazar.

Reconstruyamos los hechos. Estaba allí, en cama, pensando en lo que puedan pensar los cocineros franceses cuando están en cama, y he aquí que descubre aquella horrible cara en la ventana. Lo cual hubiera hecho sobresaltar a la persona más flemática. Estoy seguro de que, si me hallara en cama, no me gustaría en absoluto ver a Gussie asomando la cabeza de aquel modo. Dígase lo que se quiera, el dormitorio es la fortaleza del individuo, y éste tiene el derecho de rebelarse si una grotesca máscara mira adentro.

Mientras reflexionaba así, la tía Dahlia, con su probado sentido práctico, llegaba al quid de la cuestión.

–¿Qué pasa?

Anatole ejecutó una especie de gimnasia sueca, con un ejercicio que partía de la base de la espina dorsal, a través de los omoplatos, y terminaba entre los negros cabellos.

Acto seguido, se lo contó.

Durante las conversaciones que yo había tenido con aquel hombre maravilloso, siempre encontré que su inglés era corriente, pero algo mixto. Si lo recuerdan, antes de llegar a Brinkley Court, él había estado al servicio de míster Bingo Little y, sin duda, había aprendido mucho de Bingo. Antes, había estado dos años con una familia americana, en Niza, y tomó lecciones del chófer, uno de los Maloney de Brooklyn. Así, entre Bingo y Maloney, su inglés había resultado corriente, pero algo mixto.

Habló más o menos de esta manera:

–¡Atiza! ¡Me preguntan qué pasa! Yo he probado, pero no he podido dormir tan bien, y ahora me despierto y veo a uno que hace muecas a mí a través de esta condenada ventana. ¿Es justo eso? ¿Es conveniente? Si creen que yo esté satisfecho, se engañan. Me vuelvo loco, como una gallina mojada. ¿Y por qué no? Soy alguien, ¿verdad? Ésta es una habitación para dormir, no una jaula de monos, ¿no? Y entonces, ¿por qué se sientan, frescos como rosas, sobre mi ventana para hacerme muecas?

–¡Justo! –dije. A mi modo de ver, tenía razón.

Echó una mirada a Gussie. Luego ejecutó el ejercicio número 2... Se agarró los bigotes, los sacudió, y comenzó la caza de las moscas.

–Aguarden un poco. Aún no he terminado. Digo que veo a ese tipo en la ventana, que me hace muecas. Pero ¿qué hace? Se queda allí, no cuidándose de nada, inmóvil como un gato que mire a una oca. Me hace muecas y más muecas, y más yo le digo que se vaya al diablo, lejos de aquí, más él no se va al diablo lejos de aquí. Me grita algo en contra mío y yo pido qué quiere y él no explica. ¡Oh, no, esto nunca sucede! Él menea la cabeza. ¡Qué condenada estupidez! ¿Es que me divierte? ¿Creen que me gusta? No estoy contento con esta locura. Creo que el pobre está loco. Je me fiche de ce type infect. C’est idiot de faire comme ça l’oiseau... Allez vousen, louffier... Digan a ese ser que se vaya. Está loco

como un caballo.

Tenía razón y la tía Dahlia lo comprendía como yo. Le pasó una temblorosa mano por la espalda.

–Lo haré, monsieur Anatole, lo haré –dijo. Y yo nunca hubiera creído que aquella voz tan fuerte pudiese reducirse a un murmullo tan cariñoso–. Todo está bien.

La tía Dahlia había cometido un error. Él hizo el ejercicio número 3.

–¿Bien? Nom d'un nom d'un nom! ¿Qué diablos está bien? ¿Para qué decir esas cosas? ¡Aguarde medio minuto! ¡No van a arreglarse tan pronto las cosas, mi querida señora! Nada de bien. Mire otro poco. Hay muchos platos diferentes de pescado. Yo puedo tomar muchas cosas a la ligera, pero no me resulta agradable cuando alguien hace bromas en contra de mí a mis ventanas. Eso no me gusta. No es una bonita cosa. Yo soy un hombre serio. No quiero bromas a mis ventanas. Me desagradan las bromas a mis ventanas más que a cualquier otro. Nada de «bien». Si tienen que ocurrir estas cosas, yo no me quedo más. Yo me escapo y no me quedo plantado aquí.

Palabras siniestras. No me sorprendió el grito de la tía Dahlia, que recordaba el aullido de los perros al ver una zorra muerta de un tiro. De nuevo Anatole se había puesto a agitar los puños contra Gussie, y ella se unió a él. Seppings, que, en el fondo de la escena, la acompañaba con un respetuoso resoplar, no mostró los puños, pero dirigió a Gussie una severa mirada. Para cualquier atento observador, resultaba claro que Fink-Nottle, al subirse allá arriba, había cometido un error. No hubiera podido ser más impopular en casa de G. G. Simmons.

–¡Márchese, loco bribón! –gritó la tía Dahlia con aquella voz sonora que en otros tiempos hacía perder los estribos a los miembros de su club de caza, obligándoles a saltar de las sillas de montar.

La respuesta de Gussie consistió en levantar las cejas. Comprendí el mensaje que intentaba transmitirnos.

–Creo que quiere decirnos –expliqué (¡oh razonable, viejo Bertram, siempre dispuesto a echar aceite sobre las aguas tempestuosas!)– que si lo hiciese se caería abajo, rompiéndose la crisma.

–Bueno, y ¿por qué no? –dijo la tía Dahlia.

Comprendía su punto de vista, pero me parecía que podía haber una solución más acertada. Aquella claraboya era la única abertura que el tío Tom dejara libre de sus famosas rejas. Supongo que pensaba que si un ladrón tenía el valor de encaramarse hasta allá arriba, merecería lo que luego le sucediera.

–Si abriesen la claraboya podría saltar adentro.

La idea tuvo éxito.

–Seppings, ¿cómo se abre?

–Con un palo, señora.

–¡Entonces coja un palo, coja dos..., coja diez!

Y, poco después, Gussie formaba parte de nuestra compañía. El desgraciado, como esos tipos de las novelas, parecía consciente de su posición.

He de confesar también que el proceder y los modales de la tía Dahlia no eran de los que más pudieran ayudarle a recobrarse. Ya no quedaba huella ninguna de la amabilidad demostrada conmigo al discutir las actividades de aquel infeliz, mientras comíamos la macedonia de frutas, y no me sorprendió que las palabras se helasen en los labios de Fink-Nottle. No es fácil que la tía Dahlia, por lo general amable y cordial, se deje arrastrar por la ira, pero cuando esto sucede no les queda más remedio a los hombres más fuertes que encaramarse a los árboles con la mayor celeridad posible.

–¿Bien? –dijo.

Gussie, como respuesta, sólo dejó oír una especie de sollozo ahogado.

–¿Bien?

El rostro de la tía Dahlia se volvió de un color más oscuro. La caza, practicada como deporte habitual, confiere a la tez del paciente un tono algo subido, y los mejores amigos de la tía Dahlia hubieran podido afirmar que, incluso en los momentos más normales, el color de su piel tendía al de una fresa aplastada. Pero nunca la había visto de un tinte brillante como ahora. Parecía un tomate que

intentara expresar algo.

–¿Bien?

Gussie hizo lo que pudo. Y, en un determinado momento, pareció que algo hubiese de salir de su garganta, pero, al final, no resultó más que una especie de estertor de muerte.

–¡Oh! ¡Llévatelo, Bertie, y ponle un poco de hielo sobre la cabeza! –dijo la tía Dahlia, renunciando a ocuparse de él. Y se dedicó a la difícil tarea de apaciguar a Anatole, que ahora estaba haciendo un rápido soliloquio en voz baja.

Tal vez consciente de que a la situación no le hacía justicia con el angloamericano de Bingo-cum-Malone, se había refugiado ahora en su idioma natal. Palabras como marmiton de Domange, pignouf, burluberlu y roustisseur vagaban por su boca, como murciélagos en el granero. Todo inútil para mí, naturalmente, porque, aunque hubiese sudado sobre el gálico idioma durante mi estancia en Cannes, estoy siempre, más o menos, en el punto de «Esker-vous-avez?». Lo siento; a lo mejor haré progresos más adelante.

Asistí a Gussie escaleras abajo. Como pensador más profundo que la tía Dahlia, ya había adivinado la razón oculta que le empujara a subirse al techo, y donde ella vio a un borracho que se divertía, yo supe ver al cervato perseguido.

–¿Te perseguía Tuppy? –pregunté con simpatía.

Fue sacudido por lo que generalmente se llama un frisson.

–Me había casi atrapado cuando pasé por una ventana, asiéndome a un saliente.

–Eso le desorientó, ¿verdad?

–Sí, pero luego descubrí que estaba bloqueado. El techo pendía en todas direcciones. No podía volverme atrás. Tenía que seguir arrastrándome por aquel saliente. Y luego me encontré mirando abajo por la claraboya. ¿Quién era aquel tipo?

–Era Anatole, el chef de la tía Dahlia.

–¿Francés?

–Hasta la punta de las uñas.

–Eso explica por qué no lograba hacerme comprender. ¡Qué burros son los franceses! Parecen incapaces de entender las cosas más sencillas. A ti se te habría ocurrido, al ver a un individuo sobre el tragaluz, que el otro deseaba bajar. Pero a él no: no se movía de allí.

–Enseñándote los puños.

–Sí. ¡El muy cretino! De todos modos, aquí me tienes.

–Sí, aquí estás, de momento.

–¿Eh?

–Pienso que Tuppy probablemente estará al acecho en cualquier parte.

Dio un brinco como un cabrito en primavera.

–¿Qué debo hacer?

Reflexioné.

–Corre a tu cuarto y levanta una barricada detrás de la puerta. Me parece la política más segura.

–¿Y si está al acecho precisamente allí?

–En ese caso buscarás otro refugio.

Sin embargo, una vez llegados a su habitación, comprobamos que Tuppy estaba infestando otra parte de la casa. Gussie se refugió en su cuarto y le oí dar vueltas a la llave. Convencido de que, por ese lado, ya no me quedaba nada más que hacer, volví al comedor para comer un poco más de aquella macedonia de frutas y reflexionar con calma. Acababa de llenar el plato cuando la puerta se abrió y compareció la tía Dahlia. Se dejó caer en una silla, con expresión de infinito cansancio.

–Dame algo para beber, Bertie.

–¿Qué?

–Lo que quieras, con tal de que sea fuerte.

Si se dirigen a Bertram Wooster para esos asuntos, le encontrarán en su elemento. Los perros San Bernardo, cuando ejercen su tarea con los viajeros de los Alpes, no pueden desplegar mayor energía. Cumplí el encargo que me fue dado, y durante unos momentos no se oyó más que el leve gorgoteo de mi tía, que refrescaba sus mucosas.

–Bebe, tía Dahlia –dije cariñosamente–. Esas cosas molestan enormemente, ¿verdad? Te ha debido de costar mucho trabajo calmar a Anatole –continué, cogiendo una rebanadita de pan, cubierta con pasta de anchoas–. Pero ahora todo estará arreglado, ¿no es cierto?

Me miró intensamente, con una mirada lánguida y la frente arrugada, como si estuviese reflexionando hondamente.

–¡Atila! –dijo al fin–. ¡Ése es el nombre! ¡Atila, el azote de Dios!

–¿Eh?

–Estaba intentando recordar a quién me recuerdas tú. Alguien que iba sembrando ruina y desolación, y destruyendo hogares que, antes de su llegada, estaban llenos de paz y felicidad. ¡Atila! Es extraño –dijo, mirándome fijamente–, pero a primera vista pareces uno de esos corrientes idiotas amables, discutibles quizá, pero inocuos. Por el contrario, eres un azote peor que la muerte. Te aseguro, Bertie, que cuando te contemplo me parece descubrir todos los horrores y pesares de la vida, y recibo un golpe como si hubiese chocado contra un farol.

Dolorido y asombrado, no contesté, porque lo que había clasificado como pasta de anchoas era algo más gelatinoso que ahora se me pegaba a la lengua y me impedía el uso de la palabra, como una mordaza. Y mientras intentaba aclarar mis cuerdas vocales y ejercitarlas nuevamente, ella continuó:

–¿Sabes qué hiciste cuando enviaste aquí a ese Spink-Bottle? Por lo que se refiere a su borrachera y a haber transformado la entrega de premios en Market Snodsbury en una escena cómica de película, nada objeto porque me he divertido. Pero que empiece a hacerle muecas a Anatole a través del tragaluz, precisamente después de que yo, con infinito trabajo y tacto, le había convencido para que retirara su dimisión, y le haga enfadar tanto que no quiera quedarse ni siquiera mañana...

La cosa pastosa cedió terreno. Por fin fui capaz de hablar:

–¿Qué?

–Sí, Anatole se irá mañana, y temo que el pobre Tom sufra indigestiones el resto de su vida. Y eso no es todo. Acabo de ver a Angela y me ha informado que se ha prometido con ese Bottle.

–Temporalmente, sí –tuve que admitir.

–Pero ¿qué dices de «temporalmente»? Está definitivamente prometida con él y habla, con odiosa frialdad, de casarse en octubre. Así están las cosas. Si el profeta Job entrase ahora en esta habitación, podría cambiar tristes discursos con él hasta la hora de acostarme. Por otra parte, Job no es mi tipo.

–Tenía forúnculos.

–¿Y qué son los forúnculos?

–Unas cosas muy dolorosas, por lo que me han dicho.

–¡Tonterías! Aceptaría todos los forúnculos del mundo a cambio de mis desgracias. ¿Te das cuenta de mi posición? He perdido al mejor cocinero de Inglaterra. Mi marido, pobrecito mío, probablemente se morirá de dispepsia. Y mi única hija, para la que soñé un maravilloso porvenir, está prometida con un borracho, experto en salamandras. ¡Y tú me hablas de forúnculos!

La corregí en un nimio detalle.

–No he hablado de forúnculos. Sólo he dicho que Job los tenía. Sí, te doy la razón, tía Dahlia. El panorama no se presenta muy risueño, de momento. Pero anímate. A un Wooster es muy difícil derrotarle más de una vez.

–¿Te preparas a urdir otro proyecto?

–Lo más rápidamente posible.

Suspiró con resignación.

–¡Ya me lo suponía! No faltaba más que eso. No sé cómo los asuntos podrían

empeorar, pero tú lo lograrás. Tu genio y tu intuición hallarán el camino. Continúa, Bertie. Sí, continúa. Ahora ya no me importa nada. Es posible, quizá, que acabe encontrando un débil interés en ver los oscuros y profundos abismos en que lograrás precipitar a esta casa. Inténtalo, jovencito querido... ¿Qué estás comiendo?

–Es difícil decirlo. Una especie de pasta sobre el pan, como cola aromatizada con extracto de carne.

–Dame un poco –dijo la tía Dahlia con indolencia.

–Ve con cuidado al masticar –le advertí–. Se pega más que un hermano... ¡Oh, Jeeves!

El hombre se había materializado sobre la alfombra. Como siempre, sin el menor ruido.

–Una carta para el señor.

–¿Una carta para mí, Jeeves?

–Una carta para el señor.

–¿De parte de quién, Jeeves?

–De miss Bassett, señor.

–¿De quién, Jeeves?

–De miss Bassett, señor.

–¿De miss Bassett, Jeeves?

–De miss Bassett, señor.

En este punto la tía Dahlia, que, después de un mordisco, había dejado el pan con la pasta, nos rogó, con cierta impaciencia, que diéramos por terminado aquel diálogo de opereta. Tenía bastantes cosas que soportar, sin necesidad de añadirle nuestro duelo. Siempre dispuesto a contentarla, alejé a Jeeves con un movimiento de cabeza; se inclinó un momento y desapareció. Muchos espectros

habrían sido menos ágiles.

–Pero ¿qué diantre puede escribir esa mujer? –refunfuñé jugueteando con el sobre.

–¿Por qué no lo abres y lees lo que dice?

–Excelente idea –dije, poniéndome a la obra.

–Si mis evoluciones te interesan –añadió la tía Dahlia dirigiéndose hacia la puerta–, te diré que me voy a mi cuarto a hacer algunos ejercicios respiratorios, en busca del olvido.

–Está bien –dije pensativamente, leyendo la página número uno; luego, al dar vuelta a la hoja, salió de mis labios un grito que hizo encabritar a la tía Dahlia como un caballo salvaje.

–¡No hagas eso! –dijo, temblando con todos sus miembros.

–Es que ¡diantre!

–¡Qué peste eres, miserable sujeto! –suspiró ella–. Recuerdo que, en la cuna, cuando me dejaron a solas contigo, casi te tragaste el chupete y te tornaste de un color rojo escarlata. Y yo, tonta de mí, te salvé la vida. Te aseguro, Bertie, que si volvieras a tragártelo y yo estuviese a tu lado, las cosas se desarrollarían de un modo algo peor para ti.

–Pero ¡diantre! –grité–. ¿Sabes qué sucede? ¡Madeline Bassett dice que está dispuesta a casarse conmigo!

–¡Te está bien merecido! –dijo mi parienta, y salió de la estancia como un personaje de una novela de Edgar Allan Poe.

No creo que mi aspecto fuese muy distinto del de los personajes de Edgar Allan Poe, porque la noticia recibida me había afectado profundamente. Si Madeline Bassett, convencida de que el corazón de Bertram Wooster era suyo desde hacía mucho tiempo, estaba dispuesta a entregarlo a mi demanda, decidiendo su opción, yo, como hombre sensible y de honor, debía aceptar la situación. El asunto no era de esos que se pueden arreglar con un breve nolle prosequi. Según todas las evidencias, la calamidad había caído sobre mí y, lo que es peor, para quedarse.

Sin embargo, por terrible que fuese la situación, no desesperaba de llegar a solucionarla. Un hombre de poca valía, en una circunstancia tan espantosa, hubiera renunciado a luchar. Pero la característica de los Wooster es precisamente la de no ser hombres de poca valía.

Para empezar, volví a leer la carta. No tenía la esperanza de que una segunda lectura me permitiese dar otro significado al contenido, pero, por lo menos, era una ocupación, mientras el cerebro trabajaba. Luego, para ayudar al trabajo cerebral, hice otra incursión hacia la macedonia de frutas, y le añadí un pedazo de tarta. Y estaba pasando al queso, cuando la máquina se puso en movimiento. Vi lo que debía hacer.

A la pregunta que torturaba mi mente: «Bertram, ¿puedes encontrar un remedio?», ahora podía contestar con seguridad: «Desde luego.»

La gran dificultad, en estos casos, consiste en no perder la cabeza y quedarse tranquilo, procurando encontrar el hilo conductor. Una vez hallado éste, se sabe ya cómo proceder.

Aquí, el hilo conductor era Madeline Bassett. Ella había originado todo el embrollo rechazando a Gussie, y era natural que, antes de hacer algún movimiento para decidir y aclarar la cuestión, debía inducirla a revisar cuidadosamente sus ideas, y a aceptarlo nuevamente. Angela, entonces, volvería a estar en circulación, Tuppy se calmaría y todos podríamos comenzar a respirar de nuevo.

Decidí que, en cuanto acabase otra porción de queso, buscaría a miss Bassett y sería muy elocuente.

Y, en ese momento, ella se presentó. Era de prever que apareciera pronto, porque los corazones sufren, pero cuando hay una cena fría en el comedor, podemos estar seguros de que, tarde o temprano, allí acuden todos.

Su mirada, al entrar, estaba fija en el salmón mayonnaise, y ella, sin duda, se habría dirigido hacia aquel lado si yo, con la emoción de verla, no hubiese dejado caer una copa del néctar destinado a llevar un poco de sosiego a mi mente. Quedamos confusos; luego ella se volvió hacia mí, con las mejillas sonrojadas y los ojos más desorbitados que nunca.

–¡Oh! –dijo.

He experimentado que ayuda mucho en estas situaciones un poco de aparato escénico. Encuentren la manera de ocupar sus manos, y la batalla estará ganada a medias. Cogí un plato y me dirigí hacia ella.

–¿Un poco de salmón?

–Gracias.

–¿Con un poquitín de ensalada?

–Sí, gracias.

–¿Y para beber? Elija usted el veneno.

–Quisiera un poco de zumo de naranja.

Hizo el gesto de deglutir. No el zumo de naranja, que aún no tenía delante, sino los tiernos recuerdos que aquellas palabras despertaban en ella. Era como recordar los espaguetis al paladar de un italiano privado de ellos. Su rostro se volvió aún más colorado, la angustia se pintó en sus facciones y tuve la intuición de que ya no estaba en la esfera de la política práctica limitar la conversación a temas neutrales, insípidos, como el salmón hervido.

Me parece que ella debió de pensar lo mismo, porque en cuanto abrí la boca con un «Esto...», me contestó simultáneamente con un «Esto...», y la pareja de «Esto...» resonó en el aire.

–Lo siento.

–Perdón.

–Decía usted...

–Decía usted...

–No, siga, por favor...

–¡Oh, de acuerdo!

Me ajusté la corbata, según costumbre, cuando me hallo en compañía de muchachas, y dije:

–Refiriéndome a la suya, fecha de...

Ella se sonrojó de nuevo y, con temblorosa mano, cogió un tenedor.

–¿Recibió usted mi carta?

–Sí, recibí su carta.

–La entregué a Jeeves para que se la diese.

–Me la dio. Así la obtuve.

De nuevo imperó el silencio. Como ella era reacia a hablar, debía ser yo quien lo hiciese. En fin, uno de los dos tenía que decidirse. Era una situación demasiado necia: un hombre y una mujer que comían salmón y queso sin cambiar palabra.

–Sí, la he recibido.

–Comprendo, la ha recibido usted.

–Sí, la he recibido. Acabo de leerla y deseaba preguntarle, en cuanto la viera..., bueno, ¿de qué se trata?

–¿De qué se trata?

–Es lo que quería saber. ¿De qué se trata?

–Pero estaba claro...

–¡Oh, sí! Perfectamente claro. Muy bien expresado. Pero quiero decir... Bueno. Sí..., muy agradecido por tal honor..., pero... ¡qué diablos!

Ella había acabado el plato de salmón y lo dejó sobre la mesa.

–¿Macedonia de frutas?

–No, gracias.

–¿Un poco de tarta?

–No, gracias.

–¿Una tostada con algo pegajoso encima?

–No, gracias.

Cogió un pedacito de queso; yo descubrí un huevo duro en el que no había reparado antes. Luego dije: «Quería decir...», en el preciso instante en que ella decía: «Me parece que...» Y hubo otra colisión.

–Perdón.

–Lo siento.

–Continúe.

–No, continúe usted.

Con la mano que sostenía el huevo hice un ademán para indicar que le cedía la palabra. Y ella siguió:

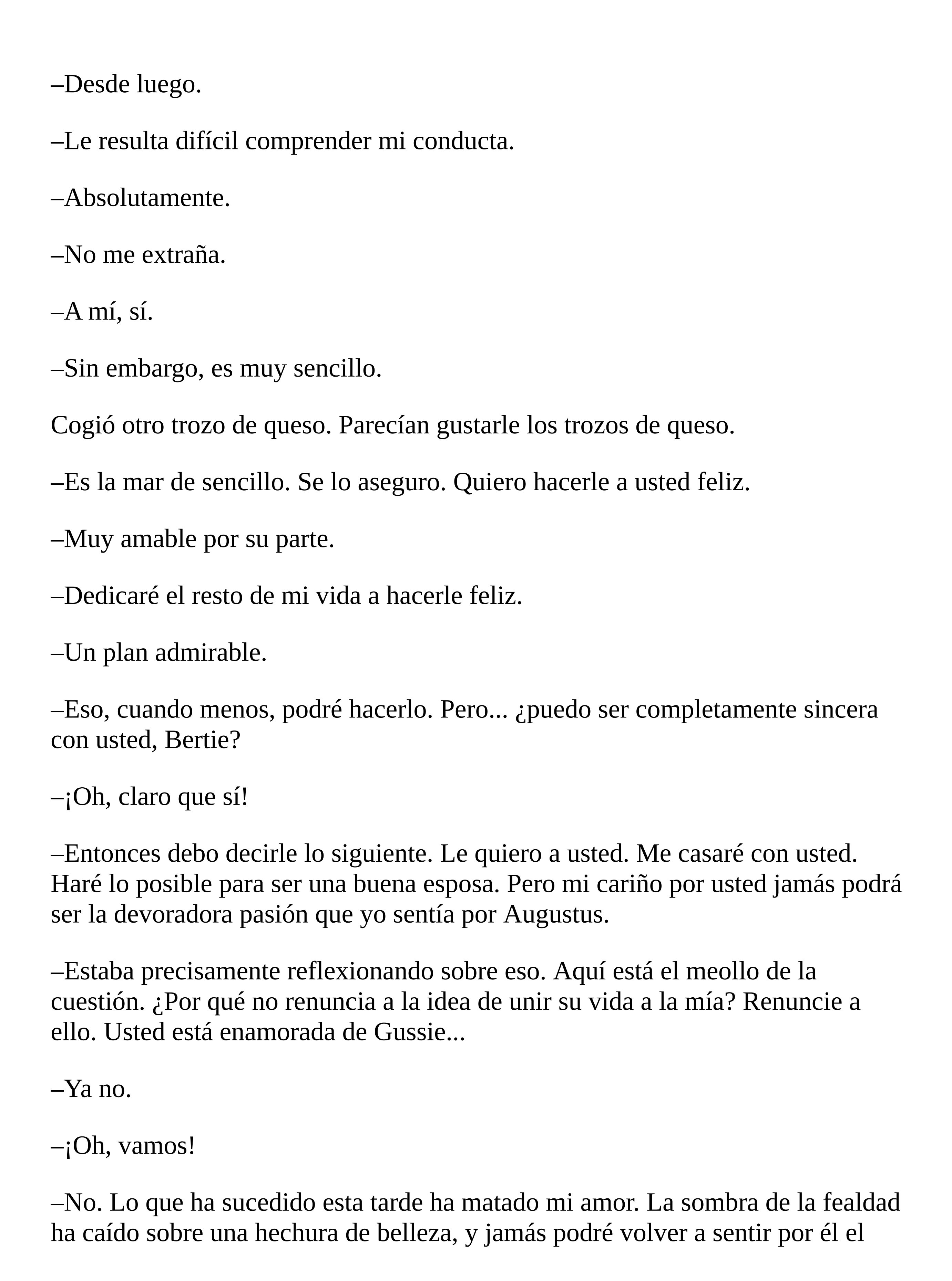
–Me parece comprender lo que quiere usted decir. Está sorprendido.

–Sí.

–Y piensa en...

–Exacto.

–... míster Fink-Nottle.



–Desde luego.

–Le resulta difícil comprender mi conducta.

–Absolutamente.

–No me extraña.

–A mí, sí.

–Sin embargo, es muy sencillo.

Cogió otro trozo de queso. Parecían gustarle los trozos de queso.

–Es la mar de sencillo. Se lo aseguro. Quiero hacerle a usted feliz.

–Muy amable por su parte.

–Dedicaré el resto de mi vida a hacerle feliz.

–Un plan admirable.

–Eso, cuando menos, podré hacerlo. Pero... ¿puedo ser completamente sincera con usted, Bertie?

–¡Oh, claro que sí!

–Entonces debo decirle lo siguiente. Le quiero a usted. Me casaré con usted. Haré lo posible para ser una buena esposa. Pero mi cariño por usted jamás podrá ser la devoradora pasión que yo sentía por Augustus.

–Estaba precisamente reflexionando sobre eso. Aquí está el meollo de la cuestión. ¿Por qué no renuncia a la idea de unir su vida a la mía? Renuncie a ello. Usted está enamorada de Gussie...

–Ya no.

–¡Oh, vamos!

–No. Lo que ha sucedido esta tarde ha matado mi amor. La sombra de la fealdad ha caído sobre una hechura de belleza, y jamás podré volver a sentir por él el

cariño de otros tiempos.

Por supuesto, entendí muy bien lo que quería decir. Gussie había arrojado el corazón a sus pies; ella lo había recogido y, en ese preciso momento, se había percatado de que él había estado bebido hasta las cejas todo el tiempo. A ninguna chica le gusta pensar que un hombre tiene que emborracharse por completo para declarársele. Eso hiere el orgullo de cualquiera.

No obstante, insistí.

–Pero ¿no piensa que ha podido cometer usted un error esta tarde, al juzgar el proceder de Gussie? Admitiendo que las apariencias puedan apoyar una teoría menos favorable, ¿quién es capaz de afirmar que no sufrió, sencillamente, una insolación? Suele suceder, ¿sabe? Sobre todo cuando hace calor.

Ella me miró y noté que estaba aplicando la vieja historia de los iris húmedos.

–Eso es digno de usted, Bertie. Le admiro.

–¡Oh, no!

–Sí, tiene usted un alma espléndida, caballerosa.

–En lo más mínimo.

–Sí. La tiene. Me recuerda a Cyrano.

–¿A quién?

–A Cyrano de Bergerac.

–¿El de la nariz?

–Sí.

No puedo afirmar que quedara muy satisfecho. Me toqué la nariz, a hurtadillas. Era, quizá, un tanto prominente, pero no como la de Cyrano. No me hubiera gustado que cualquier día se le ocurriera compararme con Jimmy «Narizotas» Durante.

–Él amaba, y sin embargo defendía la causa de otro.

–¡Oh, ahora entiendo!

–Por eso le quiero, Bertie. Es una cosa bella y grande. Pero su generosidad es inútil. Hay cosas que matan el amor. Jamás olvidaré a Augustus, pero mi amor ha muerto. Seré su mujer.

Era necesario ser amable.

–¡De acuerdo! –dije–. Muchas gracias.

Aquí el diálogo languideció y de nuevo permanecimos juntos comiendo en silencio trozos de queso y huevos duros. Había cierta inseguridad respecto de los movimientos que debían hacerse.

Afortunadamente, llegó Angela, interrumpiendo la conversación. Madeline Bassett le anunció nuestro compromiso, besándola, y le deseó que fuese muy feliz, mucho, con Gussie, y Angela dijo que seguramente lo sería, porque Gussie era un verdadero tesoro, y Madeline la besó de nuevo, y Angela la besó a ella, y, en suma, se desarrolló una escena tan eminentemente femenina que aproveché la ocasión para eclipsarme.

Y, en todo caso, necesitaba alejarme, porque había llegado el momento en que Bertie debía reflexionar, y reflexionar de veras.

Era el final para mí. Ni siquiera años antes, cuando inadvertidamente me comprometí con aquella terrible prima de Tuppy, Honoria, había experimentado hasta un punto tal la sensación de hallarme sumergido en un pantano hasta la cintura y tener que desaparecer sin dejar huella de mí. Vagué por el jardín, jadeando, con la tortura de un puñal hondamente clavado en mi pecho. Estaba en una especie de trance, imaginando mi vida con la Bassett siempre entre mis pies, cuando topé contra algo que hubiera podido ser un árbol pero que, en realidad, era Jeeves.

–Perdone, señor –dijo–, habría tenido que apartarme.

No contesté. Le miré en silencio. Verlo había despertado en mí nuevos pensamientos.

Aquí está Jeeves, reflexioné, aunque estaba convencido de que había perdido sus facultades y que ya no era la fuerza que fue, pero ¿no podía haberme

equivocado? ¿No podía suceder que, enviándole de exploración, hallase un camino que me condujese a buen puerto sin dejar rastro de animosidad detrás de mí? Me confesé a mí mismo que era muy posible.

Después de todo, su cabeza seguía conservando la antigua prominencia posterior y en sus ojos no se había apagado la luz que los iluminara en otros tiempos.

Naturalmente, recordando lo que había sucedido entre nosotros, a propósito de la chaqueta blanca de botones dorados, no quería pedirle ayuda. Le consultaría, sencillamente. Pero, como me volvieron a la memoria algunas de sus precedentes victorias, como el caso Sipperley, el episodio de la tía Agatha y su perro McIntosh, y el asunto tan bien conducido del tío George y la sobrina de la tabernera, me sentí autorizado a ofrecerle, por lo menos, la oportunidad de acudir en ayuda de su joven señor en la hora del peligro.

Pero, ante todo, debía ponerse en claro una cosa.

–Jeeves –dije–. Debo decirle algo.

–¿Señor?

–Estoy metido en un embrollo, Jeeves.

–Lo siento, señor. ¿Puedo ayudarle en algo?

–Naturalmente, si no ha perdido su energía. Dígame la verdad, Jeeves, ¿su cabeza sigue en forma?

–Sí, señor.

–¿Continúa comiendo pescado?

–Sí, señor.

–Muy bien. Pero antes de comenzar, hay que aclarar un punto. En el pasado, cuando lograba sacar a alguien de alguna leve dificultad, demostró frecuentemente una disposición a aprovecharse de mi gratitud para fines privados. Me refiero a aquellos calcetines color púrpura, por ejemplo, a los bombachos y también a los viejos botines etonianos. Con astucia consumada venía a mí en el momento en que estaba debilitado por el alivio y me inducía a

librarme de ellos. Y ahora le digo que, aunque tenga éxito en esta ocasión, nada semejante habrá de suceder con mi chaqueta blanca.

–Muy bien, señor.

–En cuanto esté solucionada la cuestión, ¿no vendrá a pedirme que la tire?

–A buen seguro que no, señor.

–De acuerdo. En tal caso hablaré, Jeeves. Estoy prometido.

–Espero que sea usted muy feliz, señor.

–No diga tonterías. Estoy prometido con miss Bassett.

–¿De veras, señor? No sabía...

–Yo tampoco. Sin embargo, así es. La declaración oficial estaba en la carta que me trajo.

–Me extraña, señor...

–¿Cómo dice?

–Me extraña, señor, que el contenido de la carta fuera el que usted me dice. No me parecía que miss Bassett estuviera en una feliz disposición de ánimo cuando me la entregó.

–¡Ah, dista mucho de estarlo! No vaya a creer que desea realmente casarse conmigo. ¡Qué va! ¿No ve que se trata de una necia represalia que está convirtiendo Brinkley Court en un infierno para hombres y animales? ¡Al diablo con todas las represalias, es mi parecer!

–Sí, señor.

–Bueno, ¿qué podemos hacer?

–¿Cree usted que miss Bassett, a pesar de lo sucedido, sigue queriendo a míster Fink-Nottle, señor?

–Se muere de amor por él.

–En tal caso, señor, lo mejor será provocar una reconciliación entre ellos.

–¿Cómo? Vaya, veo que guarda silencio, enlazando los dedos.

–No, señor. Si enlazo los dedos, sólo es para ayudar a la mente.

–Continúe, pues.

–No es necesario, señor.

–¿Quiere decir que ya lo ha encontrado?

–Sí, señor.

–Me asombra, Jeeves. Hable, pues.

–Creo haberle ya expuesto esta idea anteriormente, señor.

–¿Cuándo?

–Debe usted recordar la noche de nuestra llegada, señor. Usted fue tan amable que me preguntó si tenía algún proyecto para reconciliar a miss Angela con míster Glossop, y yo me atreví a sugerir...

–¡Válgame Dios! ¡No será el cuento de la alarma contra incendios!

–Eso es, señor.

–¿Y aún sigue pensando en ello?

–Sí, señor.

Una prueba del terrible golpe recibido fue que, en vez de rechazar la propuesta con un sencillo «¡Bah!» o algo parecido, me puse a reflexionar para ver si encontraba algún lado bueno.

Cuando Jeeves me manifestó su intención de hacer sonar la alarma contra incendios, recordarán que yo, con rapidez y energía, la rechacé con un «¡Absurdo!», y recordarán también que consideré esta propuesta la prueba del quebrantamiento de una mente que, en otro tiempo, fue brillante. Pero ahora me parecía que tenía algunas probabilidades de éxito. Y es que había llegado al

punto de intentar cualquier cosa, por absurda que fuera.

–Vuelva a explicármelo, Jeeves –dije, pensativo–. Recuerdo que me pareció un absurdo, pero tal vez se me escaparan algunos matices.

–Su crítica, señor, estribaba en que la idea se le antojaba demasiado enrevesada. Pero yo no lo creo así, señor. A mi modo de ver, los habitantes de la casa, al oír sonar la alarma contra incendios, se supondrán amenazados por algún grave peligro.

Asentí. Era fácil seguir el hilo del razonamiento.

–Sí. Eso me parece razonable.

–Y entonces míster Glossop se apresurará a salvar a miss Angela, mientras que míster Fink-Nottle procederá de la misma manera con respecto a miss Bassett.

–¿Está eso basado en la psicología?

–Sí, señor. Puede que recuerde usted que éste era un axioma del difunto detective creado por sir Arthur Conan Doyle, Sherlock Holmes: «El instinto de cada uno en el momento de alarma por incendio es el de salvar el objeto más querido.»

–Me temo que corremos el gran peligro de que Tuppy se escape con un pastel de riñones. Pero resuma, Jeeves, resuma. ¿Cree que eso lo arreglará todo?

–Las relaciones entre las dos parejas deberían, sin duda, restablecerse en semejante ocasión, señor.

–Puede que tenga razón. Pero si nos ponemos a tocar la campana de alarma durante la noche, asustaremos a todo el servicio. Hay una doncella (Jane, me parece) que ya salta hasta el techo si nos topamos inesperadamente.

–Es una neurótica, señor. La he observado. Pero actuando rápidamente podremos evitar cualquier incidente. Todo el servicio, salvo monsieur Anatole, está en el baile de Kingham Manor esta noche.

–Es verdad. Eso le demuestra a qué condiciones estoy reducido. Dentro de poco olvidaré incluso mi nombre. Bueno, veamos. «¡Song!» hace la campana. Gussie

corre y agarra a la Bassett. Aguarde. ¿Y ella no podría sencillamente bajar las escaleras?

–Usted no tiene en cuenta el efecto de una alarma repentina sobre el temperamento femenino, señor.

–Es cierto.

–Supongo que el impulso de miss Bassett será el de tirarse por la ventana.

–¡Oh, eso sería una catástrofe! No quisiera que acabase como un puré sobre el césped. Me parece que el punto flaco de su proyecto, Jeeves, radica en que acabaremos sembrando el jardín de cadáveres mutilados.

–No, señor. Sin duda recordará usted que el temor de míster Travers hacia los ladrones le indujo a poner gruesos barrotes en todas las ventanas.

–¡Oh, claro, es verdad! Me parece que todo está bien –dije, aunque todavía algo dudoso–. Puede que tenga éxito. Pero presiento que algo saldrá mal, si bien no estoy en condiciones de buscarle cinco pies al gato. Adoptaré su plan, Jeeves, aunque, lo repito, con algún titubeo. ¿A qué hora sugeriría que tocara la campana?

–No antes de medianoche, señor.

–Es decir, un poco después.

–Sí, señor.

–De acuerdo. Tocaré la campana a las doce treinta en punto.

–Muy bien, señor.

No sé por qué el campo, por la noche, tiene algo que me produce un efecto extraño. En Londres puedo quedarme afuera a todas horas y volver a casa por la mañana, con el lechero, sin experimentar temor ninguno; pero, pónganme en un jardín, en una casa de campo, cuando todos se han retirado y la puerta está cerrada, y se me pone la carne de gallina. El viento nocturno agita las copas de los árboles, las ramitas crujen, los matorrales murmullan y, antes de darme cuenta, mi moral está por los suelos y espero que un espectro familiar surja en pos de mí, gimiendo.

Es algo malditamente desagradable, y se engañan ustedes si creen que arreglará las cosas el hecho de saber que dentro de poco habrán de tocar la campana de alarma contra incendios más sonora de toda Inglaterra, y lanzar un «¡Todos a las bombas!» en aquella tranquila y oscura casa.

Conocía muy bien la campana de alarma de Brinkley Court. Hace un ruido infernal. El tío Tom, además de temer a los ladrones, siempre odió la perspectiva de ser asado durante el sueño. Por consiguiente, cuando compró aquella propiedad, hizo instalar una campana de alarma, para casos de incendio, capaz de producir un ataque al corazón a quien la oyese, y que de ningún modo pudiera confundirse con el gorjear de un pájaro entre la hiedra.

Cuando era niño y pasaba las vacaciones en Brinkley, hubo algunas alarmas por incendio durante la noche, y muchas veces me habían arrancado de mis sueños como si fuesen la trompeta del Juicio Final.

Confieso que esta relación con el pasado y el recuerdo de lo que podía hacer dicha campana, una vez puesta en movimiento, me hizo titubear aquella noche, a las doce y media, al entrar en el recinto en que estaba colocada. El mero hecho de ver la cuerda contra la pared blanqueada, y la idea del terrible ruido que iba a destruir la paz de la noche, contribuyeron a aumentar las extrañas sensaciones que he referido.

Sin contar con que, después de haber tenido tiempo para meditar, me sentía más derrotista que nunca respecto al proyecto de Jeeves.

Jeeves estaba seguro de que Gussie y Tuppy, frente a un terrible peligro, no tendrían otra idea que la de salvar a miss Bassett y a Angela, respectivamente.

Yo no lograba compartir esa alegre confianza.

Sé perfectamente lo que pueden trastornar a un individuo esos momentos en que nos enfrentamos con un terrible destino. Freddie Widgeon, uno de los más caballerosos socios de Los Zánganos, me contó que una vez hubo una alarma por incendio en el hotel de la costa en que residía y que, en vez de acudir a salvar a las mujeres, él, después de diez segundos, transpuso el umbral de la salida de seguridad con una única idea: la de atender a la salvación de Freddie Widgeon.

Para salvar al prójimo, se limitó a situarse debajo de las ventanas y acoger en una sábana a los que se tiraban.

¿Y no podría suceder lo mismo con Fink-Nottle y Glossop?

Éstas eran mis cavilaciones, mientras jugueteaba con la cuerda, y quizá habría renunciado a tirar de ella, de no haberme pasado por la mente la visión de miss Bassett, que oiría la campana por vez primera. Siendo una experiencia completamente nueva para ella, era posible que sintiese un susto mortal.

Y esta idea me alegró tanto que no esperé más; agarré la cuerda, afiancé los pies en tierra y tiré.

Como he dicho, ya sabía de lo que era capaz la campana. La última vez que la oí, me hallaba en mi habitación, al otro extremo de la casa. No obstante, me hizo saltar de la cama, como si algo hubiese explotado debajo de mí. Ahora, al hallarme tan cerca, su sonido me alcanzó con toda su fuerza y su eficacia. Jamás en mi vida había oído nada semejante.

En general me agrada un poco de ruido. Recuerdo que Catsmeat Potter-Pirbright llevó una noche a Los Zánganos un silbato de policía, y lo hizo sonar precisamente detrás de mi silla. Permanecí impasible, cerrando los ojos con una suave sonrisa como si hubiese estado en el palco de un teatro. Y lo mismo sucedió cuando el hijo de la tía Agatha, el joven Thos, acercó una cerilla a un paquete de fuegos artificiales para ver qué sucedía.

Pero la campana de Brinkley Court fue demasiado para mí. Tiré de la cuerda media docena de veces; luego, suponiendo que sería suficiente, corrí ante la fachada de la casa para comprobar los sólidos resultados obtenidos.

Brinkley Court realizó todo lo que debía hacer en tan corto espacio de tiempo.

Una mirada fue suficiente para darme la certeza. La vista percibía al tío Tom, en batín color púrpura, y a la tía Dahlia con su acostumbrada bata amarillo-azul. También vi a Anatole, Tuppy, Gussie, Angela, la Bassett y Jeeves, en el orden que acabo de nombrar. Estaban todos presentes: tranquilos, correctos.

Pero me preocupó no ver señal alguna de tentativa de salvamento.

Había esperado ver en un rincón a Tuppy amorosamente inclinado hacia Angela, mientras, en otro, Gussie, con un pañuelo, abanicaba a la Bassett. Por el contrario, ésta formaba parte del grupo constituido por la tía Dahlia y el tío Tom, y parecía ocupada en hacerle ver a Anatole el lado alegre del asunto, mientras Angela y Gussie estaban una apoyada en el reloj de sol con aspecto malhumorado y el otro sentado en tierra frotándose una pierna. Tuppy paseaba arriba y abajo, completamente solo.

Admitirán que era un cuadro desconcertante. Con un gesto imperativo llamé a Jeeves.

–¿Jeeves?

–¿Señor?

Le miré severamente. «¿Señor?» ¿Todavía?

–Es inútil que diga «¿Señor?», Jeeves. Mire a su alrededor. Su plan ha resultado un fracaso.

–Desde luego; parece que las cosas no han salido como nosotros deseábamos, señor.

–¿Nosotros?

–Como yo deseaba, señor.

–Eso está mejor. ¿No le dije que resultaría un fracaso?

–Recuerdo que tenía usted esa duda, señor.

–Duda no es la palabra adecuada, Jeeves. Nunca tuve confianza en ese plan, desde el comienzo. Cuando lo mencionó por primera vez, le dije que era

absurdo, y llevaba razón. No se lo reprocho, Jeeves. No tiene la culpa si ha agotado la materia de su cerebro. Pero después de esto, y perdóneme, Jeeves, si hiero su susceptibilidad, no le confiaré más que los problemas sencillos y elementales. Vale más ser sinceros, ¿no le parece? ¿No es más amable ser francos y decir las cosas tal como son?

–Desde luego, señor.

–Quiero decir: utilizar el bisturí del cirujano. ¿No es verdad?

–Exacto, señor.

–Considero...

–Si me permite una interrupción, señor, quisiera decirle que, según parece, mistress Travers desea llamar su atención.

En aquel momento un retumbante «¡Hey!» que sólo podía proceder de la pariente de la que se hablaba ratificó las palabras de Jeeves.

–Ven aquí un momento, Atila, si no te disgusta –tronó la conocida, y en ciertos momentos amada, voz, y me acerqué.

No me sentía completamente a mis anchas. Me percataba, por vez primera, de que no había preparado un cuento para justificar mi acción de tocar, en aquella hora, la campana de alarma contra incendios, y tenía la experiencia de que otras provocaciones mucho menos graves habían permitido a la tía Dahlia desahogarse con absoluta libertad de expresión.

Ningún signo de violencia asomaba ahora en ella. Tenía, al contrario, una helada calma, si así puedo llamarla, y se comprendía que era una mujer que había sufrido.

–Bien, Bertie, querido, aquí estamos.

–Ya –dije cauteloso.

–¿No falta nadie?

–Creo que no.

–Perfectamente. Es más sano para nosotros respirar el aire libre que revolvernos en nuestros lechos. Me había acostado cuando tú empezaste la representación, tocando la campana. Porque fuiste tú, mi querido niño, quien la tocó, ¿verdad?

–Sí. Toqué la campana.

–¿Por alguna razón especial o por un simple caprichito?

–Me pareció que había un incendio.

–¿Y qué te dio esa impresión, querido?

–Me pareció ver unas llamas.

–¿Dónde, querido? Díselo a la tía Dahlia.

–En una de las ventanas.

–Comprendo. Así que todos hemos sido asustados y sacudidos de nuestras camas porque tú has tenido visiones.

Aquí el tío Tom silbó, produciendo un rumor parecido al del corcho que salta de una botella, y Anatole, cuyos bigotes colgaban hacia abajo más que nunca, dijo algo referente a «unos simios» y luego, si no me equivoco, aludió a un rogommier, sea esto lo que fuere.

–Admito haberme engañado. Lo siento.

–No te excuses, encanto. ¿Ves qué contentos estamos todos? ¿Qué hacías aquí fuera?

–Daba un paseo.

–Comprendo. ¿Y albergas la intención de prolongarlo?

–No. Ahora voy a entrar.

–Muy bien. Porque pensaba entrar también yo y no habría podido dormir sabiendo que estabas fuera y en libertad para desarrollar alguna de tus poderosas fantasías. Puede que dentro de poco te parezca ver un elefantito sentado en el alféizar de la ventana del salón, y empieces a tirarle piedras... Bueno, vamos,

Tom. Parece que la diversión ha concluido... Pero, aguarda, el Rey de las Salamandras desea hablar... Diga, míster Fink-Nottle.

Gussie alcanzaba nuestro grupo con expresión intranquila.

–Pero digo yo...

–Diga, Augustus.

–Digo yo: ¿qué hacemos?

–Por mi parte, me vuelvo a la cama.

–Pero la puerta está cerrada.

–¿Qué puerta?

–La principal. Alguien debe haberla cerrado.

–Entonces la abriré.

–¡Pero si no se puede abrir!

–Entonces entraremos por otra.

–También las otras están cerradas.

–¿Qué? ¿Quién las cerró?

–No lo sé.

Anticipé una hipótesis.

–¿El viento?

La mirada de la tía Dahlia se encontró con la mía.

–No me tientes demasiado –suplicó–. En este momento no, amor mío.

Y, efectivamente, mientras hablaba me di cuenta de que el aire estaba tranquilo de un modo absoluto.

El tío Tom dijo que podíamos entrar por una ventana, pero la tía Dahlia suspiró.

–¿Y cómo? ¿Podría hacerlo Lloyd George, podría hacerlo Winston, podría Baldwin? No, porque pusiste aquellos barrotes.

–Bien, bien, bien. ¡Que Dios te bendiga, toca el timbre, pues!

–¿El timbre de alarma?

–El de la puerta.

–Y ¿para qué, Thomas? No hay nadie en casa. Todo el servicio está en Kingham.

–Pero ¡diantre! ¡No podemos quedarnos aquí toda la noche!

–¿Que no podemos? Míranos. No hay nada, absolutamente nada que no se pueda hacer en una reunión de campo si hay un Atila que maniobra entre bastidores. Probablemente Seppings se ha llevado la llave de la puerta de servicio. Nos divertiremos entre nosotros hasta que vuelva.

–¿Por qué no cogemos un coche para ir a Kingham y decirle a Seppings que nos dé la llave? –propuso Tuppy.

Perfecto. Aceptado sin discusión. Por vez primera una sonrisa iluminó el cansado rostro de la tía Dahlia. El tío Tom emitió un gruñido de aprobación. Anatole dijo algo en provenzal que se me antojó un cumplido. Y me pareció notar que la faz mohína de Angela se aclaraba ligeramente.

–Excelente idea –dijo la tía Dahlia–. Vaya enseguida al garaje a coger un coche.

Cuando Tuppy se hubo alejado, todos prodigaron alabanzas sobre su inteligencia y sus recursos, y hubo cierta tendencia a establecer odiosas comparaciones entre él y Bertram. Muy lamentable para mí, naturalmente, pero aquello duró poco tiempo. No habían transcurrido cinco minutos, cuando ya estaba de vuelta entre nosotros.

Parecía desconcertado.

–Nada que hacer.

–¿Por qué?

–El garaje está cerrado.

–Ábralo.

–No tengo la llave.

–Grite y despierte a Waterbury.

–¿A quién?

–Al chófer, burro. Duerme encima del garaje.

–¡Pero si se ha ido al baile de Kingham!

Fue la bomba final. Hasta aquel momento la tía Dahlia había sido capaz de conservar su helada calma. Ahora la bomba estalló. Los años se alejaron de ella volando, y volvió a ser la Dahlia Wooster de antaño, la emotiva muchacha de franco lenguaje que tan a menudo se erguía sobre los estribos para lanzar despectivas observaciones a los conductores de las traíllas.

–¡Al diablo los chóferes bailarines! ¿Para qué diantre irá a bailar un chófer? ¡A mí no me gustó ya ese hombre desde el principio! Algo me decía que era un bailarín. ¡Bueno! Ahora sí que estamos bien arreglados. Nos quedaremos aquí hasta la hora del desayuno. Si esas condenadas personas volvieran antes de las ocho, quedaría sumamente sorprendida. No se puede alejar a Seppings de un baile sino arrastrándole a viva fuerza. Le conozco. El jazz se le subirá a la cabeza y continuará batiendo palmas para pedir bises hasta que se le desuellen las manos. ¡Al infierno los camareros bailarines! ¿Qué es Brinkley Court? ¿Una respetable mansión de campo o una descarada escuela de baile? ¡Lo mismo podríamos tomar parte en un ballet ruso! Bueno. Si hemos de quedarnos aquí, nos quedaremos. Y nos helaremos todos. Salvo –y me lanzó una mirada que distaba mucho de ser amistosa–, salvo nuestro querido, viejo Atila, que, por lo que veo, está completa y ampliamente vestido. Nos resignaremos a morirnos de frío como los niños del bosque, en el cuento, manifestando sólo, cuando estemos moribundos, el deseo de que el viejo amigo Atila se cuide de cubrirnos de hojas. Sin duda querrá también, como signo de respeto, tocar la famosa campana, la campana de alarma... ¿Verdad que lo harás, buen hombre?

Se interrumpió y miró atentamente a Jeeves. Durante la última parte de su discurso había permanecido al lado de ella, en actitud respetuosa, procurando atraer su atención.

–Si pudiera permitirme sugerir algo, señora...

No puedo decir que siempre haya mirado con aprobación a Jeeves durante el tiempo que duran nuestras relaciones. Hay aspectos de su carácter que han provocado, frecuentemente, cierta frialdad entre nosotros. Es uno de esos tipos que, como suele decirse, si les das la mano se toman el brazo. Su trabajo es, de cuando en cuando, algo descuidado y sé que ha aludido a mí como a alguien «mentalmente insignificante». Más de una vez, como he dicho, he tenido que frenar en él cierta tendencia a ser prepotente y a tratar a su joven amo como a un siervo de la gleba.

Éstos son graves defectos.

Pero una cosa he de reconocer. Es magnético. Hay algo en él que parece calmar y que hipnotiza. Jamás se ha encontrado, que yo sepa, con un rinoceronte enfurecido, pero si eso sucediera, estoy seguro de que el animal, al encontrar sus ojos, se detendría a mitad de camino, se tumbaría con las patas al aire y comenzaría a ronronear.

De todos modos, en menos de cinco segundos logró calmar a la tía Dahlia, el ser que más se parecía al rinoceronte. No había necesitado más que permanecer allí, respetuosamente, y, aunque no tuviese un cronómetro para comprobar exactamente el tiempo, podría asegurar que bastaron tres segundos y medio para que los modales de ella mejoraran ostensiblemente. Se ablandaba a simple vista.

–¡Jeeves, no irá a decirme que tiene una idea!

–Sí, señora.

–¿Su gran cerebro ha respondido, como de costumbre, en el momento de la necesidad?

–Sí, señora.

–Jeeves –dijo la tía Dahlia con temblorosa voz–, siento haber hablado un tanto bruscamente. Estaba fuera de mí. Debería haber comprendido que usted no tenía

como único fin el darnos conversación. Díganos su idea, Jeeves. Únase a nuestro grupito de pensadores y díganos cuanto tenga que decirnos. Póngase a sus anchas, Jeeves, y díganos lo que nos recomienda. ¿Puede realmente sacarnos de este embrollo?

–Sí, señora, si uno de los caballeros quisiera montar en bicicleta.

–¿En bicicleta?

–En el huerto, en la barraca del jardinero, hay una bicicleta. Puede que uno de los caballeros esté dispuesto a ir a Kingham Manor y pedirle la llave de la puerta de servicio a míster Seppings.

–¡Espléndido, Jeeves!

–Gracias, señora.

–¡Maravilloso!

–Gracias, señora.

–¡Atila! –gritó la tía Dahlia, volviéndose hacia mí y hablándome en un tono tranquilo y autoritario.

Lo esperaba. En el mismísimo instante en que las imprudentes palabras salían de la boca de aquel hombre, tuve el presentimiento de que la víctima sería yo, y me había preparado para afrontar el peligro.

Y mientras iba a hacerlo, recogiendo toda mi elocuencia para argüir que no sabía montar en bicicleta ni podía, a buen seguro, aprender en el corto plazo que se necesitaba, aquel desalmado se me anticipó.

–Sí, señora. Míster Wooster es la persona más indicada para esta tarea. Es un ciclista experimentado. A menudo me ha referido sus triunfos en este deporte.

Nada más falso. Jamás había dicho nada semejante. Es sencillamente monstruoso comprobar lo alteradas que pueden ser las palabras de uno. A lo sumo le había mencionado –de manera casual, a título de interesante información, un día en Nueva York, mientras ambos presenciábamos una carrera de bicicletas de seis días– que a la edad de catorce años, durante mis vacaciones

en casa de cierto cura que debía enseñarme latín, gané la competición de la escuela local.

¡Es algo muy diferente de jactarse de triunfos en el ciclismo!

Él era un hombre de mundo y debía saber que las competiciones de las escuelas nunca son muy importantes. Y, si no me equivoco, incluso le había especificado que en aquella ocasión gané por medio cuerpo de ventaja y que Willie Punting, el favorito, para quien todos suponían que la carrera habría de resultar un juego, se retiró, porque había cogido la bicicleta de su hermano mayor sin pedirle permiso y éste, llegando en el momento de la partida, le dio una zurra y se llevó la máquina, impidiéndole así tomar parte en la carrera. Y en cambio, oyendo a Jeeves, parecía que yo fuese uno de esos fulanos en camiseta cuyas fotos aparecen de cuando en cuando en las revistas con motivo de las carreras desde Hyde Park Corner hasta Glasgow, ganando por tres segundos de ventaja o algo parecido.

Y, por si no fuera bastante, también a Tuppy se le ocurrió abrir el pico.

–Eso es cierto –dijo–. Bertie siempre fue un gran ciclista. Recuerdo que en Oxford, en las noches de juerga, tenía la costumbre de quitarse toda la ropa y dar rápidas vueltas en bicicleta cantando canciones humorísticas. ¡Y realmente iba rápido!

–Pues también ahora podrá ir rápido –dijo la tía Dahlia con animación–. Y también puede cantar canciones, si se le antoja... Y si quieres quitarte la ropa, querido Bertie, puedes hacerlo. Pero, vestido o desnudo, cantando canciones o no, ve aprisa.

Se me ocurrió algo.

–Hace años que no monto en bicicleta.

–Pues ya es hora de que comiences de nuevo.

–Probablemente lo habré olvidado.

–Lo recordarás enseguida, después de una caída o dos. Probar y caerse es la única manera.

–Pero hay muchos kilómetros de aquí a Kingham.

–Entonces, cuanto más pronto te marches, antes llegarás.

–Pero...

–Bertie, querido.

–¡Pero diantre!

–Bertie, queridísimo.

–Sí, pero ¡demonios!

–Bertie, vida mía.

Y así fue decidido. Me encaminé en la oscuridad, con Jeeves a mi lado, mientras la tía Dahlia me gritaba algo desde atrás, comparándome con el hombre que lleva las buenas noticias de Gante a Aix. Era la primera vez que oía nombrar a ese tipo.

–Bueno, Jeeves –dije amargamente cuando llegamos a la barraca–, aquí tiene el resultado de su gran esquema. Tuppy, Angela, Gussie y la Bassett no se hablan, y yo tengo la perspectiva de una carrera de doce kilómetros...

–Catorce, señor.

–... una carrera de catorce kilómetros para ir y otro tanto para volver.

–Lo siento, señor.

–Es inútil que lo sienta ahora. ¿Dónde está ese terremoto?

–Enseguida le traigo la bicicleta, señor.

La sacó de la barraca y yo la miré intranquilo.

–¿Dónde está el faro?

–Me temo que no lo haya, señor.

–¿No hay faro?

–No, señor.

–Pero puede pasarme cualquier cosa, sin faro. Imagínese que me tropiezo con algo.

Me interrumpí y le miré fríamente.

–Se sonríe usted, Jeeves. ¿Le divierte la idea?

–Le pido perdón, señor. Estaba pensando en un relato que me contaba mi tío Cyril cuando yo era niño. Una historia absurda, señor, a pesar de que tengo que confesar que siempre la encontré divertida. Según mi tío Cyril, dos hombres, llamados el uno Nicholls y el otro Jackson, partieron para ir de excursión a Brighton en tándem y fueron tan desgraciados que chocaron contra el carro de un cervecero. Y cuando el grupo de socorro acudió al lugar del desastre, se dieron cuenta de que los dos habían sido lanzados el uno contra el otro con tanta fuerza que resultaba imposible separarlos de un modo conveniente. El ojo más experimentado no lograba distinguir cuáles eran los fragmentos de Nicholls y cuáles los de Jackson. Entonces recogieron todo lo que fue posible y dieron a aquellos restos el nombre de Nixon. Recuerdo haber reído mucho cuando niño con esta historia, señor.

Necesité unos momentos para lograr dominar mis sentimientos.

–¿Ah, sí?

–Sí, señor.

–¿La encontraba muy cómica?

–Sí, señor.

–¿Y también su tío Cyril?

–Sí, señor.

–¡Válgame Dios, qué familia! La próxima vez que vea a su tío Cyril, Jeeves, puede decirle de mi parte que tiene un sentido del humor morboso y antipático.

–Murió, señor.

–Gracias al cielo... Bueno, deme esa dichosa bicicleta.

–Perfectamente, señor.

–¿Están hinchados los neumáticos?

–Sí, señor.

–¿El sillín está en su sitio, los frenos en orden?

–Sí, señor.

–De acuerdo, Jeeves.

He de reconocer que había cierta dosis de verdad en la afirmación de Tuppy de que en Oxford era yo conocido por ir en bicicleta, desnudo, alrededor del patio de nuestro colegio. Pero, aunque había expuesto correctamente los hechos, se calló que, en aquellas circunstancias, estaba yo invariablemente en condiciones algo fuera de lo usual, y que un individuo en tal estado es capaz de ciertas proezas ante las cuales el razonamiento se rebelaría en momentos más tranquilos.

Creo que, por el estímulo del líquido, ha habido incluso quien ha cabalgado sobre un caimán.

Ahora, en cambio, mientras me disponía a pedalear por el vasto mundo, fríamente sobrio, me faltaba por completo el antiguo entusiasmo. Mi cerebro trabajaba sin descanso sobre tristes argumentos, y todas las narraciones que me fueron hechas a propósito de graves incidentes ciclísticos acudían a mi memoria capitaneadas por la alegre anécdota del tío Cyril sobre Nicholls y Jackson.

Procediendo a tientas en la oscuridad, procuraba inútilmente comprender la mentalidad de hombres como el tío de Jeeves. No lograba en modo alguno entender qué podía encontrar de divertido en un accidente que, aparentemente, llevaba a la destrucción completa de una criatura humana o, mejor dicho, de dos medias criaturas humanas. Para mí la cosa era una tragedia de las más tristes que me han sido narradas, y no dudo de que habría continuado pensando en ella por largo tiempo, si no me hubiese distraído la necesidad de hacer un violento zigzag

para esquivar a un cerdo que estaba en la carretera.

En un principio pareció que iba a suceder algo semejante al asunto Nicholls-Jackson, pero luego mi viraje, combinado con otro hábil viraje del cerdo, salvó la situación, de modo que continué el camino sano y salvo, pero con el corazón bailoteándome en el pecho.

El efecto que me produjo el peligro de que me había librado fue una violenta sacudida a los nervios. El hecho de que los cerditos se pasearan durante la noche me reveló rápidamente los peligros de mi cometido. Comencé a pensar en todo lo que le podía suceder a un hombre que corriese en la oscuridad sobre una bicicleta sin faro. En especial recordé que un amigo aseveraba que, en algunas localidades campestres, las cabras estaban acostumbradas a invadir la carretera, formando una larga cadena que se convertía en la trampa más certera que quepa imaginar.

También me había hablado de un conocido suyo que se encontró con su máquina envuelto por una de esas cadenas y fue arrastrado once kilómetros –como un esquiador en Suiza– de tal modo que desde entonces ya no fue el mismo. Y también me contaron que otro topó contra un elefante huido de un circo.

En suma, excepto la posibilidad de ser mordido por un tiburón, examinándolo todo, me parecía que no había ningún peligro, por terrible que fuese, que no pudiese amenazar a un individuo que había dejado que sus queridos parientes se impusieran a la razón, lanzándole a lo desconocido en una bicicleta. Y no me avergüenza confesar que mi aprensión aumentó de modo harto notable, después de estas reflexiones.

Sin embargo, respecto a las cabras y a los elefantes, el asunto marchó estupendamente bien.

Les extrañará que lo diga, pero no encontré ni a las unas ni a los otros. Pero eso es lo único bueno que puedo decir, porque, en cuanto a lo demás, las cosas no podían salir peor.

Además de la angustia de estar ojo avizor a causa de los elefantes, respingué violentamente al oír ladrar unos perros, y experimenté una fuerte y desagradable impresión una vez que, al apearme para mirar un poste indicador, vi encaramada sobre él a una lechuza que se asemejaba de modo extraordinario a mi tía Agatha. Y mi mente quedo tan trastornada que, de momento, pensé que se trataba

realmente de la tía Agatha, y sólo cuando la razón y la reflexión me recordaron que era contrario a sus costumbres encaramarse sobre los postes indicadores y sentarse allí, puede recobrarme y vencer mis aprensiones.

En fin, todas estas perturbaciones intelectuales unidas a los sufrimientos físicos en la parte redonda del cuerpo, en las pantorrillas y en los tobillos, hicieron que el Bertram Wooster que llegó a Kingham Manor fuese muy distinto del alegre y desenvuelto boulevardier de Bond Street y de Piccadilly.

Incluso una persona ignorante de los hechos hubiera visto enseguida que Kingham Manor estaba aquella noche en plena efervescencia. Las ventanas brillaban iluminadas, el aire estaba lleno de música, y mientras me aproximaba podía percibir el arrastrar de pies de mayordomos, camareros, chóferes, camareras, doncellas, lacayos y, sin duda, cocineros, que marcaban enérgicamente el compás. Resumiré diciendo que la diversión era la reina de la noche.

La orgía se celebraba en una sala del piso bajo que tenía unas puertaventanas, hacia las cuales me dirigí. Una orquesta estaba tocando algo muy vivaz y creo que en otras circunstancias no habría dejado de marcar el compás con mis pies, pero debía hacer algo mucho más importante que patalear en el suelo por mi cuenta.

Necesitaba la llave de la puerta, y la quería enseguida.

Examinando a la muchedumbre me pareció difícil, de momento, descubrir a Seppings; finalmente, se presentó a mi vista, mientras estaba ejercitando sus habilidades en el centro de la sala. Un par de veces grité: «¡Eh, Seppings!», pero él estaba demasiado absorto en su ocupación para hacerme caso, y sólo cuando los torbellinos de la danza le llevaron por mis cercanías, pude, con un golpe en las costillas, atraer su atención.

La inesperada caricia le hizo dar un pisotón a su compañera, y él se volvió hacia mí con acentuada severidad. No obstante, cuando reconoció a Bertram, su frialdad se esfumó, dando paso a la extrañeza.

–¡Míster Wooster!

No estaba en condiciones de perder tiempo en charlas.

–¡Menos míster Wooster y más llave! –dije severamente–. Deme la llave de la puerta de servicio, Seppings.

Pareció no comprender el sentido de mis palabras.

–¿La llave de la puerta de servicio, señor?

–Exacto. La llave de la puerta de servicio de Brinkley Court.

–¡Pero si está en Brinkley Court, señor!

Chasqueé la lengua, molesto.

–No diga idioteces, buen hombre –dije–. No he hecho catorce kilómetros en bicicleta para escuchar chistes. Debe de tenerla en el bolsillo del pantalón.

–No, señor. Se la dejé a míster Jeeves.

–¿Cómo?

–Sí, señor. Antes de marcharme. Míster Jeeves dijo que deseaba dar un paseo por el jardín antes de ir a descansar. Tenía que dejarla luego sobre el alféizar de la ventana de la cocina.

Le miré enmudecido. Su pupila estaba límpida, su mano segura. No tenía el aspecto de haber empinado el codo.

–¿Quiere decir que durante todo este tiempo la llave ha estado en poder de Jeeves?

–Sí, señor.

No podía pronunciar palabra. La emoción me había privado de la voz. Estaba pasmado y fuera de mí, pero a mi modo de ver había una cosa de la que no podía dudar. Por alguna razón que no lograba explicarme, pero que pondría en claro en cuanto superara los catorce kilómetros de carretera desierta sobre aquella condenada bicicleta, Jeeves me había jugado una mala pasada. Él, que podía salvar en un momento la situación, había permitido que la tía Dahlia y los demás temblaran de frío, en déshabillé, al aire libre, y, lo que aún era peor, había presenciado con toda calma el espectáculo de su joven señor que partía para una

inútil excursión de veintiocho kilómetros en bicicleta.

No acertaba a comprender que precisamente él hiciera una cosa semejante. Si hubiera sido su tío Cyril sí. Con su estrafalario sentido del humor, el tío Cyril habría sido capaz de una acción semejante. ¡Pero Jeeves...!

Volví a montar en la bicicleta y emprendí el viaje de regreso, ahogando un grito de agonía que me subió a los labios al entrar en contacto con el rudo cuero la parte martirizada de mi persona.

Recuerdo que en una ocasión Jeeves dijo (ya no sé por qué razón, puede que por decir algo, como hace a veces) que no hay furia infernal que se pueda parangonar a una mujer burlada. Hasta aquella noche siempre había compartido su opinión. Yo nunca me había burlado de una mujer, pero Pongo Twistleton una vez escarneció a su tía negándose del modo más absoluto a ir a recibir a su hijo Gerald en Paddington para almorzar con él y despedirle cuando partiera hacia la escuela en Waterloo. Y el asunto nunca quedó zanjado. Fueron escritas cartas increíblemente ofensivas. Fueron cursados incluso dos violentos telegramas y enviada una tarjeta postal atroz con una vista del Little Chilbury War Memorial.

Como he dicho, hasta aquella noche nunca había puesto en duda la verdad de tal afirmación. También yo era de la opinión de que, ante la gravedad de las consecuencias que pudiera acarrear mofarse de una mujer, todo lo demás ya no tenía importancia.

Pero aquella noche cambié de parecer. Si quieren saber lo que el infierno puede producir realmente en calidad de furias, busquen al individuo obligado a dar un largo e inútil paseo en bicicleta, sin faro.

Fíjense en la palabra «inútil». Era la auténtica espina en el corazón. Si se hubiese tratado de salvar a un niño que tiene la difteria, o de ir a la taberna a buscar refuerzos cuando la bodega estuviese vacía, nadie habría saltado sobre el sillín con mayor velocidad que yo. Absolutamente un joven Lochinvar. Pero ser enviado de paseo sólo para contentar el morboso deseo de diversión de mi propio ayuda de cámara era demasiado grave, y hervía yo de pies a cabeza.

Así, aunque la providencia que protege a las personas buenas vigilase para que yo hiciera el viaje de regreso ileso –salvo en las regiones posteriores– y no encontrara ni cabras, ni elefantes, ni siquiera lechuzas semejantes a la tía Agatha, fue un enfurruñado y bilioso Bertram el que descendió finalmente ante la puerta de entrada de Brinkley Court. Y cuando vi a una oscura figura surgir del porche y venir a mi encuentro, me dispuse a dejar que estallase todo el rencor acumulado dentro de mí durante el camino.

–¡Jeeves! –dije.

–Soy yo, Bertie.

La voz que hablaba tenía un tono que definí como cariñoso, y aunque no la reconocí enseguida como la de miss Bassett, sin embargo comprendí inmediatamente que no procedía del hombre que deseaba encontrar. Porque la figura que se hallaba ante mí llevaba un sencillo traje de lana y había usado mi nombre en la frase que me dirigió. Y Jeeves, cualesquiera que fuesen sus defectos morales, no se paseaba vestido de mujer ni me llamaba «Bertie».

Madeline Bassett era la única persona, naturalmente, a la que no hubiese deseado encontrar después de una larga noche sobre el sillín, pero me expresé con un amable:

–¡Hola!

Hubo una pausa que empleé en dar masaje a las pantorrillas; las mías, por supuesto.

–¿Ha entrado, pues? –dije, aludiendo al cambio de ropa.

–¡Oh, sí! Aproximadamente un cuarto de hora después de su marcha, Jeeves, buscando por todas partes, halló la llave de la puerta de servicio sobre el antepecho de la ventana de la cocina.

–¡Ah!

–¿Qué?

–Nada.

–Me pareció que había dicho algo.

–No, nada.

Y continué sin decir nada. Porque, como de costumbre, cuando aquella muchacha y yo nos encontrábamos juntos, la conversación decaía. La brisa nocturna murmuraba, pero la Bassett no. Un pajarito gorjeó, pero ningún otro gorjeo salió de la garganta de Bertram. Era realmente extraño hasta qué punto su presencia bastaba para poner en fuga todas las palabras que pudieran salir de mis labios; y, por lo demás, verme a mí le producía a ella el mismo efecto. Comenzaba a imaginar que nuestra vida conyugal se parecería a veinte años pasados entre los cartujos.

–¿Ha visto a Jeeves por algún sitio? –pregunté finalmente, haciendo un esfuerzo.

–Sí, está en el comedor.

–¿En el comedor?

–Sí, está sirviendo a todos. Hay huevos con jamón y champán... ¿Qué ha dicho?

No había dicho nada. Me había limitado a resoplar. Había algo que me hería como una flecha envenenada en el hecho de que aquella gente tomase tranquilamente una cena fría mientras ignoraban si yo era arrastrado en la campiña por algún rebaño de cabras o si me estaba devorando algún elefante. Era uno de esos hechos que se cuentan como sucedidos antes de la Revolución Francesa... Los soberbios nobles en sus castillos bebiendo y regocijándose, mientras los desgraciados, afuera, sufrían horribles privaciones.

La voz de la Bassett interrumpió estas amargas reflexiones.

–Bertie.

–Hola.

Silencio.

–Hola –dije de nuevo.

Ninguna respuesta. Parecía una de esas conversaciones telefónicas en las cuales, a un extremo del hilo, ustedes continúan diciendo «¡Diga!, ¡diga!», sin saber que el que está al otro lado ha decidido irse a tomar el té.

Súbitamente, ella volvió a la superficie.

–Bertie –dijo–, he de decirle algo.

–¿Qué?

–He de decirle algo.

–Lo sé. He dicho «¿qué?».

–¡Oh! Creí que no había oído lo que he dicho.

–Sí, he oído perfectamente lo que ha dicho, pero no lo que quiere decirme.

–¡Oh, comprendo!

–De acuerdo.

Eso, por lo menos, estaba claro. Pero, en vez de continuar, se concedió más tiempo. Permaneció erguida ante mí, enlazando los dedos y restregando la tierra con un pie. Cuando finalmente habló, fue para pronunciar una frase impresionante.

–Bertie, ¿lee usted a Tennyson?

–Si puedo evitarlo, no.

–¡Me recuerda usted tanto a los caballeros de la Tabla Redonda en Los idilios del rey!

Naturalmente, había oído hablar de ello... Lancelot, Galahad y compañía, pero no hallaba la semejanza. Me parecía que debía de estar pensando en un tipo totalmente distinto de personas.

–¿Qué quiere usted decir?

–Tiene un gran corazón, una bella alma. Es usted tan generoso, altruista, caballeroso... Siempre estuve segura de que era usted uno de los pocos hombres caballerosos que se encuentran.

Resulta muy difícil saber qué decir cuando alguien le lisonjea a uno de esa manera. Murmuré un «¿Ah, sí?», o algo semejante y me froté las regiones posteriores con cierto disimulo. Hubo otro silencio interrumpido sólo por un gemido, cuando froté un poco más fuerte.

–Bertie.

–¡Hola!

La oí tragar saliva.

–Bertie, ¿será caballeroso ahora?

–Claro. Encantado. ¿Qué quiere decir?

–Estoy a punto de ponerle a prueba, hasta el límite, como pocos hombres han sido puestos a prueba. Estoy...

Todo aquello no me gustaba.

–Bueno... –dije vacilando–, siempre encantado de complacerla. Pero ¿sabe?, he hecho una espantosa carrera en bicicleta y estoy algo cansado y dolorido, especialmente en..., en fin..., algo cansado y dolorido. Si necesita que suba a buscarle algo...

–No, no; no me comprende.

–No, realmente.

–¡Oh, es tan difícil...! ¿Cómo puedo decírselo?... ¿No puede adivinarlo?

–No, ¡diantre!, no puedo.

–¡Bertie, déjeme usted!

–¡Pero si yo no la retengo!

–¡Devuélvame mi libertad!

–¿Dev...?

Y, repentinamente, comprendí. Supongo que fue el cansancio lo que me hizo tan lento en comprender.

–¿Qué?

Me tambaleé, y el pedal izquierdo se levantó y me desgarró la piel. Pero tan grande era el éxtasis de mi alma que no lancé siquiera un grito.

–¿Devolverle su libertad?

–Sí.

No quería que quedasen dudas.

–¿Quiere decir que tiene la intención de renunciar? ¿Que, después de todo lo que ha sucedido, quiere volver a empezar con Gussie?

–Solamente si usted es tan noble y generoso para consentir en ello.

–¡Oh, lo soy!

–Le he dado mi promesa.

–¡A paseo la promesa!

–Entonces, verdaderamente...

–Absolutamente.

–¡Oh, Bertie!

Parecía cimbrearse como un arbolillo. Me parece que los arbolillos son los que se cimbrean.

–Un verdadero, un perfecto caballero –la oí murmurar. Y no habiendo nada más que decir, me despedí con el pretexto de que quería cambiarme la ropa sucia de barro.

–Vuelva al lado de Gussie –dije–. Y comuníquele que todo está arreglado.

Me contestó con una especie de sollozo. Luego, lanzándose hacia delante, me besó en la frente. Muy desagradable, naturalmente, pero, como habría dicho Anatole, se pueden aceptar muchas cosas dulces con un poco de amargo. Un momento después ella trotaba hacia el comedor, mientras yo, dejando la bicicleta en un matorral, me dirigía hacia la escalera.

No me extenderé sobre mi alegría, que ya pueden ustedes imaginar. Piensen en los individuos que, teniendo la soga al cuello y al verdugo delante a punto de cumplir con su deber, ven a alguien llegar galopando sobre un humeante caballo, agitando la hoja del indulto. ¡El indulto absoluto! No sé si puedo darles una clara idea de mis sentimientos al decirles que, mientras atravesaba el vestíbulo, experimentaba tal benevolencia hacia toda la creación, que pensaba con indulgencia incluso en Jeeves.

Estaba a punto de subir las escaleras cuando un repentino «¡Hola!» me hizo volver la cabeza. Era Tuppy, que tenía el aspecto de haber estado en la bodega en busca de refuerzos, porque llevaba un par de botellas debajo del brazo.

–¡Hola, Bertie! ¿Has vuelto? –dijo, y rió alegremente–. Me haces pensar en el naufragio del Hesperus. ¿Has chocado contra un barco, o algo semejante?

En otros momentos me hubiera costado un esfuerzo soportar su chanza, pero ahora mi alegría era tan grande que no me importó y le di la buena noticia.

–Tuppy, viejo amigo, la Bassett se casa con Fink-Nottle.

–Una gran suerte para ambos, ¿no?

–Pero ¿no lo comprendes? ¿No ves lo que eso significa? Quiere decir que Angela está libre de nuevo y que a ti no te queda sino jugar bien tus cartas.

Se echó a reír de todo corazón. Vi que estaba alegre. En realidad, ya había observado algo de buenas a primeras, pero supuse que lo ocasionaba una excitación alcohólica.

–¡Dios santo, llegas tarde, Bertie! Y es natural, si te vas de paseo en bicicleta a pasar la noche. Angela y yo nos hemos reconciliado hace varias horas.

–¿Qué?

–Claro. Ha sido una nube pasajera. Lo que se necesita en estos casos es un poco de sereno razonamiento por ambas partes. Hemos hablado: ella retiró lo de la papada doble; yo concedí lo del tiburón. Todo ello muy sencillo. Cuestión de dos minutos.

–Pero...

–Lo siento, Bertie, pero no puedo quedarme aquí charlando contigo toda la noche. En el comedor hay una magnífica comilona y me esperan con los refuerzos.

Y probó la verdad de esta aseveración un repentino grito procedente de la mencionada habitación. Reconocí, ¿y cómo no reconocerla?, la voz de la tía Dahlia.

–¡Glossop!

–¡Voy!

–¡Apresúrese con esas botellas!

–¡Voy enseguida!

–¡Bueno! ¡Venga, pues! ¡Aprisa!

–Al trote, por no decir al galope. Tu tía –dijo Tuppy– está un tanto fuera de sí. No sé qué ha pasado con exactitud, pero parece que Anatole había presentado la dimisión y que ahora, en cambio, ha consentido en quedarse, y también que tu tío le ha dado un cheque para el periódico. No conozco los detalles, pero sé que está muy alegre. Nos veremos luego. Ahora tengo prisa.

Afirmar que Bertram estaba sencillamente pasmado sería decir la verdad. No entendía nada. Había dejado Brinkley Court siendo una casa sombría, en la que en todas partes se podían hallar corazones atormentados, y al volver se había trocado en un paraíso terrenal. Me sentía desconcertado.

Tomé el baño en un permanente estado de estupefacción. El pato de juguete aún seguía sobre la jabonera, pero estaba demasiado preocupado para hacerle caso. Volví a mi cuarto, todavía muy confuso, y allí encontré a Jeeves. Y la prueba de la perturbación de mis facultades la constituye el hecho de que las primeras palabras mías no fueron de amargo reproche, sino de interrogación.

–¡Oiga, Jeeves!

–Buenas noches, señor. Me han informado de su regreso. Deseo que haya hecho usted una agradable excursión.

En otros momentos, semejante frase habría despertado un demonio en Bertram Wooster. Ahora, en cambio, apenas me percaté de ella; estaba demasiado ocupado en descubrir el fondo del misterio.

–Oiga, Jeeves, ¿qué pasa?

–¿Señor?

–¿Qué significa todo esto?

–¿Se refiere usted, señor...?

–Naturalmente; me refiero a lo que usted sabe perfectamente. ¿Qué ha sucedido desde que me marché? Brinkley Court está saturado de felices resultados.

–Sí, señor. Me alegro de que mis esfuerzos hayan sido recompensados.

–¿Qué quiere decir con «sus esfuerzos»? ¿No querrá dar a entender que ese estúpido proyecto de hacerme tocar la campana de alarma tiene algo que ver con todo esto?

–Sí, señor.

–No diga tonterías, Jeeves. Fue un fracaso.

–No del todo, señor. Temo, señor, no haber sido completamente sincero con mi sugerencia de tocar la campana de alarma. En realidad, no había pensado que ella sola pudiese dar los resultados apetecidos. Pretendía que fuese sólo un preliminar a lo que podría llamarse el verdadero asunto de la noche.

–¿Está delirando, Jeeves?

–No, señor. Era esencial que las señoras y los señores estuviesen todos fuera de la casa y que, una vez fuera, pudiese estar seguro de que se quedaban el tiempo necesario.

–¿Qué quiere usted decir?

–Mi plan estaba basado en la psicología, señor.

–¿Cómo?

–Es harto sabido, señor, que no hay nada que una más satisfactoriamente a dos individuos que han tenido la desgracia de pelearse, que un fuerte y mutuo sentimiento de hostilidad hacia otra persona. En mi familia, para dar un ejemplo casero, era un axioma, generalmente aceptado, que bastaba invitar a mi tía Annie para arreglar todas las desavenencias entre los diversos miembros de la familia. Los que se habían alejado se reconciliaban inmediatamente, unidos en la

animosidad despertada por la tía Annie. Recordando esto, pensé que usted, señor, habría de ser la persona responsable de la permanencia de las señoras y de los señores al aire libre, en la noche, y que todos habrían de experimentar tal antipatía por usted que, en este común sentimiento, acabarían, tarde o temprano, por acercarse los unos a los otros.

Quería hablar, pero él continuó:

–Así sucedió. Ahora todo está arreglado. Usted lo ha visto, señor. Después de su marcha en bicicleta, las diversas partes pleiteantes coincidieron tan bien en revolverse contra usted que el hielo, si se me permite usar la expresión, se fundió, y poco tiempo después míster Glossop se fue a pasear bajo los árboles con miss Angela, narrándole anécdotas referentes a usted y a su vida en la universidad, señor, a cambio de las que la señorita le contó acerca de su vida cuando niño, señor. Y esto, mientras míster Fink-Nottle, inclinado sobre el reloj de sol, entretenía a miss Bassett con narraciones sobre la vida del señor en la escuela. Al mismo tiempo, mistress Travers le contaba a monsieur Anatole...

Volví a recuperar el uso de la palabra.

–¡Oh! –dije–. Comprendo. Y ahora supongo que, gracias a su maldita psicología, la tía Dahlia estará tan irritada conmigo que habrán de pasar años antes de que yo pueda aparecer por aquí... Años, Jeeves, en los cuales, un día tras otro, Anatole guisará aquellas comidas...

–No, señor. Para prevenir semejante contingencia le sugerí irse a Kingham Manor. Cuando informé a las señoras y a los señores que había encontrado la llave y ellos comprendieron que usted había hecho el largo viaje inútilmente, su animosidad desapareció de repente, sustituida por una alegría irresistible. Se rieron mucho.

–¿Ah, sí?

–Sí, señor. Me temo que habrá de soportar cierta dosis de alegres y bonachones comentarios, pero nada más. Todo, si me permite expresarme así, ha sido olvidado, señor.

–¡Oh!

–Sí, señor.

Reflexioné un poco.

–Desde luego, parece que ha conseguido usted arreglar las cosas.

–Sí, señor.

–Tuppy y Angela están prometidos de nuevo. Y lo mismo sucede con Gussie y la Bassett. El tío Tom ha soltado el dinero para el Milady's Boudoir. Y Anatole se queda.

–Sí, señor.

–Supongo que puede decirse: bien está lo que bien acaba.

–Muy apropiado, señor.

Reflexioné de nuevo.

–A pesar de todo, sus métodos me parecen un tanto rudos, Jeeves.

–No se puede hacer la tortilla sin romper los huevos, señor.

Di un respingo.

–¿Tortilla? ¿Cree usted que podría traerme una?

–Seguramente, señor.

–¿Junto con media botella de algo?

–Sin duda, señor.

–Hágalo pues, Jeeves, y a toda velocidad.

Salté sobre la cama y me apoyé en las almohadas. Tengo que confesar que mi profunda indignación había experimentado un gran descenso. Sufría en todo el cuerpo, especialmente hacia la mitad, pero para mitigar el sufrimiento estaba el hecho de que había dejado de ser el prometido de la Bassett. Y siempre estamos dispuestos a sufrir por una buena causa. Sí, observando las cosas desde todos los puntos de vista, veía que Jeeves había acertado y, cuando volvió con las provisiones, le acogí con una sonrisa de aprobación.

No contestó a mi sonrisa. Me pareció algo serio y yo le pregunté amablemente:

–¿Hay algo que le disguste, Jeeves?

–Sí, señor. Debí decírselo antes, pero los incidentes de la velada me lo habían hecho olvidar. Siento haber sido negligente, señor.

–¿De veras? –dije, comiendo alegremente.

–Con respecto a su chaqueta, señor.

Un loco temor hizo presa en mí, provocando que me atragantara con un bocado de tortilla.

–Siento tenerle que decir, señor, que esta tarde, mientras la planchaba, estaba tan distraído que dejé encima la plancha caliente. Temo que le será imposible usarla de nuevo, señor.

La habitación se llenó de uno de esos famosos silencios impregnados de cosas inexpresadas.

–Lo lamento mucho, señor.

Por un momento, lo confieso, mi profunda indignación volvió a flote, manifestándose en una contracción de los músculos y un leve resoplar a través de la nariz, pero, como dicen en la Costa Azul, à quoi sertil? No ganaría nada, ahora, con mis profundas indignaciones.

Nosotros, los Wooster, sabemos soportar los golpes. Acepté el hecho consumado con un seco movimiento de la cabeza, y ensarté en el tenedor otro pedazo de tortilla.

–De acuerdo, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Júbilo matinal

PREFACIO

El mundo sobre el que he escrito desde que me hice famoso, el mundo del Club Los Zánganos y los individuos que allí se reúnen, siempre fue un mundo pequeño: uno de los más pequeños que he conocido, como diría Bertie Wooster. En Londres estaba limitado al este por Saint James Street, al oeste por el Hyde Park Corner, por Oxford Street al norte y por Piccadilly al sur, desbordándose en los distritos rurales por las casas de campo de Shropshire y otros agradables condados. Y ahora no sólo es ya pequeño, sino que ni siquiera existe.

Esta circunstancia me la han hecho ver cada vez que se ha publicado en Inglaterra un nuevo libro mío acerca de Jeeves o del castillo de Blandings o del Club Los Zánganos. «¡Eduardiano!», me susurran los críticos. (Que conste que no es fácil susurrar la palabra «Eduardiano», dado que no contiene ningún sonido sibilante, pero se las arreglan para hacerlo.) Y yo arrastro un poco los pies y digo: «Sí, supongo que tienen ustedes razón.» Después de todo, no existe ningún término genérico para el tipo de hombre joven que aparece en mis relatos, puesto que solían llamarlo knut[1] en los tiempos anteriores a la Primera Guerra, lo que parece dar a entender, ciertamente, que ha muerto..., al igual que los macaronis de la Regencia y los maceros patilludos de la época de la reina Victoria.

Pero a veces me siento de un humor más desafiante. «¡Las mías», protesto, «son novelas históricas!» Nadie pone ninguna objeción cuando un autor escribe esa clase de cosas que comienzan: «Aunque más ducho en el manejo de la espada que en el de la pluma, narraré para cuantos la lean la historia de cómo yo, John Blunt, un sencillo hombre de pueblo, seguí a mi querido señor a la guerra cuando nuestro rey Eduardo, llamado el quinto, se sentó en el trono de nuestra Inglaterra.»

Siendo esto así, ¿por qué a mí no se me permite ponerme a narrar para quienes deseen leerla la historia de cómo el honorable J. Blunt fue multado con cinco libras por el magistrado de la comisaría de policía de Bosher Street por conducta desordenada durante la carrera nocturna de embarcaciones a remo? Discriminación injusta es la frase que le viene a uno a los labios.

Supongo que una cosa que hace que estos zánganos míos parezcan criaturas de un pasado muerto es que, con la excepción de Oofy Prosser, el millonario del

club, son todos simpáticos y joviales, amigos de todo el mundo. En estos tiempos en los que todo el mundo odia a los demás, cualquiera que no desprecie a algo –o a todo– es un anacronismo. El knut eduardiano jamás fue un joven airado. Se sentiría un poco mortificado, tal vez, si su hombre, Meadowes, le viniera con quejas cada mañana, pero su actitud normal ante la vida era radiante. Era un tipo humilde y amable, que se sabía un asno, pero que esperaba que los demás no se lo tuvieran en cuenta. Representado en la escena por George Grossmith y G. P. Huntley, componía un tipo entrañable que calentaba los corazones más pétreos. Se le podía reprochar que no fuera un trabajador del mundo, pero uno no podía evitar apreciarlo.

Sin embargo, en realidad, muchos de los miembros del Club de los Zánganos sí son trabajadores. Freddie Threepwood es vicepresidente en la Donaldson's Dog-Joy, Inc., de Long Island City, y vende como el que más excelentes galletas para perros. Bingo Little edita Wee Tots, el popular periódico para el jardín de infancia y el hogar; Catsmeat Potter-Pirbright ha interpretado el papel de joven galán en un buen número de comedias de salón del West End, en las que suele aparecer tempranamente en el acto primero saludando a todos con un jovial «¿A alguien le apetece una partidita de tenis?»; e incluso Bertie Wooster escribió una vez un artículo para el semanario de su tía Dahlia, Milady's Boudoir, titulado «Lo que lleva el hombre bien vestido».

Dos cosas provocaron el declinar del zángano o knut: la primera de ellas fue que vinieron tiempos duros para los hijos segundones. La mayoría de los knuts eran segundones, y en el reinado del buen rey Eduardo la posición del hijo segundón de una familia aristocrática era... ¿Cuál es la palabra, Jeeves? ¿Anómala? ¿Estás seguro? De acuerdo, anómala. Gracias, Jeeves. Dicho de otra manera, abundaba en lo que podía considerarse lo superfluo y su posición era como la de la camada de gatitos que la gata de la familia deposita en el cajón donde uno guarda las camisas limpias.

Lo que solía suceder era esto. Un conde, pongamos, tenía un heredero. Hasta aquí, muy bien. Uno siempre puede apañárselas con un heredero. Pero después –estos condes nunca saben cuándo han de parartenía –irreflexivamente, por así decir– un segundo heredero, y esta vez la cosa ya no le complacía tanto. Y, sin embargo, allí estaba: requiriendo su ración diaria de calorías igual que si fuese el primero en el orden sucesorio. Esto hacía que el conde se sintiera ante algo difícil de manejar.

«No puedo permitir que Algy pase hambre», se decía, y le aflojaba una paga mensual. Y fue así como empezó a forjarse un grupo de jóvenes ornamentales, que eran alimentados por los pájaros. Al igual que los lirios del campo, no se fatigaban ni hilaban, sino que se contentaban con la generosidad paternal. Sus necesidades eran pequeñas. Con tal de poder asegurarse los servicios de un sastre que estuviera dispuesto a aceptar encanto personal como sustitutivo de dinero en metálico –y era cosa extraordinaria lo lleno que estaba Londres de sastres altruistas en los primeros años del siglo XX–, era muy poco más lo que pedían. En resumen, que mientras los pájaros continuaban haciendo sus tareas, ellos vivían en esa bienaventurada condición de quien pasa la vida sin dar golpe.

Pero luego el factor económico asomó su fea cabeza. Los impuestos sobre la renta y el patrimonio se dispararon como faisanes lanzados a la estratosfera, y el conde se encontró a sí mismo en la necesidad de pensar constructivamente. Fue de esta manera como se le ocurrió una idea brillante que, cuantas más vueltas le daba en su mente, más lo atraía.

–¿Por qué no voy a poder hacerlo yo? –le dijo a su condesa, cierta noche que estaban sentados los dos tratando de equilibrar su presupuesto.

–¿Por qué no puedes hacer qué? –le preguntó ella.

–Dejar que Algy se muera de hambre.

–¿Qué Algy?

–Nuestro Algy.

–¿Te refieres a nuestro hijo menor, el honorable Algernon Blair Worthington ffinch-ffinch?

–Exactamente. Me está costando a razón de mil libras al año sólo porque no puedo permitir que pase hambre. Pero la cuestión que me planteo es precisamente ésta: ¿por qué no dejo que ese joven sinvergüenza pase hambre?

–Sí, es una idea –asintió la condesa–. Un plan muy sensato. En cualquier caso, todos comemos demasiado estos días.

Y así los proveedores declinaron su activo papel y Algy, enfrentado a la perspectiva de no obtener sus tres comidas diarias si no trabajaba para

ganárselas, se apresuró a dejar el hogar y buscar trabajo, con el resultado de que, a día de hoy, cualquier pobre tipo que, como yo mismo, trate de ganarse honrada y modestamente la vida escribiendo historias acerca de él y de los demás Algys, Freddies, Claudes y Berties, se convierte automáticamente en un eduardiano.

La segunda cosa que llevó a la eliminación del knut fue la desaparición de las polainas. En los viejos y heroicos tiempos, las polainas o botines eran el distintivo del joven de mundo, la piedra angular en que se fundaba toda su política, por lo que resulta muy triste pensar que ha surgido toda una generación que incluso ignora lo que eran los auténticos botines. En cierta ocasión escribí un libro titulado Jóvenes con botines. Hoy ya no puedo ni emplear semejante título.

Su nombre completo era spatterdashes;[1] estaban hechos de paño o tela blanca y se abotonaban alrededor de los tobillos, en parte, sin duda, con la misión de impedir que los calcetines se mancharan con las salpicaduras de barro de la calle, pero principalmente porque aportaban una especie de jovial diablerie a la apariencia del que las lucía. Llevar o no monóculo se dejaba al gusto de cada uno, pero los botines, al igual que el paraguas apretadamente enrollado, era obligatorio. Yo jamás me vestí realmente conforme a los estándares de un joven knut (de hacia 1905), porque cierta anemia de mi tesorería me obligó a desempeñar mis deberes sociales vestido con el viejo chaqué y los pantalones desechados por mi hermano, ninguno de los cuales me sentaba bien, y con una chistera heredada de un tío mío cuya cabeza era varias tallas mayor que la mía. Pero mi paraguas siempre estuvo apretadamente enrollado y, aunque las polainas costaban dinero, siempre lucí las mías impecables. Allí estaban, brillantes y blanquísimas, fascinando a cuantos se cruzaban conmigo y provocando que los extraños de sórdido aspecto se dirigieran a mí –esperando largueza– llamándome «capitán» o a veces incluso «milord». Más de un mayordomo, al abrirme la puerta de entrada de una mansión y no poder reprimir una mueca por el aspecto de mi chistera, bajaba la vista, veía mis polainas y dejaba escapar un pequeño suspiro de alivio, como diciendo: «No es, por el extremo norte, precisamente aquello a lo que estamos acostumbrados aquí, pero por el sur no se le puede reprochar nada.»

Naturalmente, si le cortas a un tipo su asignación, no puede permitirse las polainas y, sin ellas, es una fuerza sin vigor. Privado de esos complementos indispensables, el knut arrojaba la toalla y decidía retirarse.

Y ya apuntan señales de un futuro resurgimiento. Por no poner más que un

ejemplo, el mayordomo vuelve. Extinguido aparentemente hace tan sólo unos años, hoy vuelve a vérsele en sus antiguos lares como un ave tímida que, expulsada de sus marismas nativas por ruido de armas y trompetería, contrae los tendones, hace acopio de sangre y decide dar una nueva oportunidad al antiguo hogar. Es verdad que ahora pide un poco más que en la edad de oro –diez libras por semana en lugar de dos–, pero dádselo y os servirá como tal. Conozco una docena de casas en las que el oficio de mayordomo se está desempeñando como antaño. ¿Quién puede decir que pasará mucho tiempo antes de que veamos reaparecer las polainas y los knuts?

Cuando eso ocurra, yo miraré de hito en hito a mis críticos y diré: «¿Eduardiano? ¿A qué viene toda esa cháchara sobre eduardianos? Escribo acerca de la vida tal como hoy se vive.»

P. G. Wodehouse

Traducción de Javier Calzada

1

Cuando todo hubo terminado, cuando el peligro dejó de amenazar y los felices desenlaces fueron distribuidos a manos llenas; cuando nos dirigíamos a casa con nuestros sombreros ladeados sobre la cabeza, después de haber sacudido de nuestros neumáticos el polvo de Steeple Bumpleigh, confesé a Jeeves que hubo momentos durante los recientes acontecimientos en que Bertram Wooster, aun sin desfallecer, estuvo muy cerca de la desesperación.

–A un pelo, Jeeves.

–Indiscutiblemente, los acontecimientos se han desarrollado de manera francamente amenazadora, señor.

–No veía el menor rayo de esperanza. Tenía la sensación de que el pájaro azul que me ampara había arrojado la toalla y cesado en sus funciones. Y, no obstante, aquí estamos, Jeeves. Frescos como una rosa. Son cosas que hacen pensar...

–Sí, señor.

–Tengo una expresión en la punta de la lengua que creo resume la situación. Cuando digo una expresión, quiero decir una frase. Una sentencia. Un refrán. Lo que, según tengo entendido, se llama una cita. Algo acerca del júbilo que hacía algo.

–¿El júbilo llegó por la mañana, señor?

–¡Ha dado en el clavo, Jeeves! No será una de sus frases, ¿verdad?

–No, señor.

–Pues está muy bien –dije.

Y sigo creyendo que no puede haber mejor manera de meter en un estrecho espacio el resumen del superlamentable asunto de Nobby Hopwood, Stilton Cheesewright, Florence Craye, mi tío Percy, J. Chichester Clam, Edwin el Boy Scout y mi viejo amigo Boko Fittleworth; o sea, como probablemente lo denominarán mis biógrafos, el Horror de Steeple Bumpleigh.

Incluso antes de que ocurriesen los acontecimientos que me dispongo a relatar, el mencionado villorrio ocupaba uno de los primeros lugares en la lista de los sitios de los que había que mantenerse cuidadosamente alejado. No sé si han visto alguna vez uno de esos mapas en los que marcan un punto determinado con una cruz y debajo ponen: «Aquí hay dragones», o bien: «Ojo avizor con los hipogrifos.» Pues bien, siempre he considerado que debería hacerse una gentil advertencia de este género referente a Steeple Bumpleigh a peatones y tráfico.

Es un lugar pintoresco, eso sí. No hay otro igual en todo Hampshire. Yace recostado, como creo es la frase, en medio de sonrientes prados y frondosos bosques, cerca de un riachuelo bordeado de sauces, y sería difícil arrojar un ladrillo sin alcanzar alguna casa de campo cubierta de madreselvas o a algún pueblerino de mejillas sonrosadas. Pero ya recordáis lo que dijo el poeta: «De nada sirve el encanto de un lugar si el hombre es vil», y el defecto de Steeple Bumpleigh era que en él se hallaba Bumpleigh Hall, el cual, a su vez, albergaba a mi tía Agatha y a su segundo marido.

Y cuando os haya dicho que este segundo marido no era otro que lord Percival Worplesdon, y que éste tenía con él a su hija Florence y a su hijo Edwin, este último tan pestilente y asqueroso como siempre, usando pantalones cortos caquis y pasándose el tiempo rastreando o como se llame lo que hacen los boy scouts, comprenderán por qué decliné siempre las invitaciones de mi viejo amigo Boko Fittleworth a visitarle en la coquetona residencia que poseía por aquellos pagos.

Tuve que mostrarme igualmente firme con Jeeves, que había insinuado repetidamente su deseo de que alquilase allí una casita durante los meses de verano. Al parecer, había mucha pesca en el río, y es un hombre que ama hasta la locura tirar del mordido anzuelo.

–No, Jeeves –me vi obligado a decirle–, por mucho que me duela oponer un obstáculo a sus inocentes placeres, no puedo correr el riesgo de caer en medio de esa banda de majaderos. La seguridad ante todo.

Y él contestó:

–Muy bien, señor.

Y así quedó la cosa.

Pero, entretanto, sin la menor sospecha por parte de Bertram, la sombra de

Steeple Bumpleigh se iba acercando paulatinamente, hasta que llegó el día en que se arrancó la barba postiza y dio el zarpazo.

Cosa curiosa, la mañana en que ocurrió el mayor desastre era una de aquellas en que estaba completamente, incluso exuberantemente, de buen humor. Ni la más leve sospecha del apuro en que debía encontrarme metido vino a turbar mi perfecto bien être. Había dormido bien, me había afeitado bien, duchado bien, y acogí con potente grito de júbilo a Jeeves cuando entró a servirme mi café con arenques ahumados.

–¡Bienvenido sea, Jeeves! –dije–. Esta mañana estoy de buen humor. ¡Entone usted un canto a mi juventud! Me siento ágil y dispuesto a obrar, con el corazón pronto para cualquier destino, como dijo Tennyson.

–Longfellow, señor.

–O, si prefiere usted, Longfellow. No estoy con ánimo quisquilloso. Bien, ¿qué hay de nuevo?

–Ha venido miss Hopwood mientras usted aún dormía, señor.

–¡No! ¿De veras? Hubiera querido verla.

–La señorita quería entrar en la habitación del señor y despertarlo con una esponja mojada, pero la he disuadido. He considerado conveniente que su reposo no fuese turbado.

Aplaudí este celo canino, que mostraba un corazón generoso y una compostura feudal, pero no por eso dejé de lamentar un poco no haber visto a la joven pizpireta con la cual mis relaciones fueron siempre de mera camaradería. Zenobia («Nobby») Hopwood era la pupila del viejo lord Worplesdon, según creo se dice. Un amigo suyo, poco tiempo antes de cerrar el pico para siempre, unos años atrás, lo había nombrado tutor de su hija. No sé cómo se arreglan estas cosas –no hay duda de que deben redactarse documentos y ponerse firmas debajo de unas líneas de puntos–, pero sea cual fuere el procedimiento, el resultado final fue el que he dicho. Cuando la atmósfera se hubo aclarado, mi tío Percy era el tutor de Nobby.

–Conque la joven Nobby, ¿verdad? ¿Y cuándo ha caído por la gran ciudad? –pregunté. Porque, naturalmente, al ser pupila del tío Percy, se había unido a las

fuerzas de Steeple Bumpleigh, y sólo rara vez venía a Londres.

–Anoche, señor.

–¿Va a estar mucho tiempo?

–Sólo hasta mañana, señor.

–Casi no vale la pena hacer el viaje por un día.

–Creo haber comprendido que ha venido porque su señoría deseaba que la acompañase.

Me estremecí un poco.

–¿Quiere decir que la tía Agatha está en Londres?

–Sólo de paso –contestó el honrado servidor calmando mis temores–. Su señoría está de paso para ir a cuidar al señorito Thomas, que ha contraído paperas en el colegio.

Se refería al hijo del primer matrimonio de mi anciana parienta, uno de nuestros más viles ciudadanos. Muchos jueces ecuánimes lo sitúan incluso más alto, en la Galería de Criminales de Inglaterra, que a su hermanastro Edwin. Me alegré de saber que tenía paperas y acaricié por un momento la esperanza de que se las contagiase a la tía Agatha.

–¿Y qué ha dicho Nobby?

–Lamentó verle tan poco estos tiempos, señor.

–Es un sufrimiento mutuo, Jeeves. Hay pocas amigas tan buenas como miss Hopwood.

–Manifestó que tenía la esperanza de verle pronto si usted iba a visitar Steeple Bumpleigh.

Negué con la cabeza.

–Descartada la cuestión, Jeeves.

–La señorita me dijo que los peces picaban asombrosamente en estos momentos.

–No, Jeeves. Lo siento. Ni aun cuando piquen como serpientes me acercaría yo a Steeple Bumpleigh.

–Muy bien, señor.

Hablaba sombríamente, y traté de aliviar la tensión pidiendo otra taza de café.

–¿Vino sola Nobby?

–No, señor. La acompañaba un caballero que habló como si fuese amigo de usted. Miss Hopwood lo llamaba Stilton.

–¿Un tío fuerte?

–Visiblemente bien desarrollado, señor.

–¿Con una cabeza como una calabaza?

–Sí, señor. Había en él, en efecto, cierta semejanza vegetal.

–Debía de ser un compañero de mis años mozos llamado G. d’Arcy Cheesewright. Con nuestra natural agudeza solíamos llamarlo Stilton.[1] Hace siglos que no lo veo. Vive en el campo, no sé dónde, y para alternar con Bertram Wooster es condición indispensable no moverse de la metrópoli. Es curioso que conozca a Nobby...

–Por las observaciones de la señorita he deducido que míster Cheesewright reside también en Steeple Bumpleigh.

–¿De veras? ¡Qué pequeño es este mundo, Jeeves!

–Sí, señor.

–No sé si alguna vez he visto otro tan pequeño –dije, y habría seguido profundizando en este tema si en aquel momento no hubiese sonado el teléfono lanzando sus órdenes imperativas y Jeeves no hubiera ido a contestar. A través de la puerta, que había dejado entornada, el oído percibía una buena cantidad de «Sí, milord...» y «Muy bien, milord...», que parecían indicar que hablaba con

alguien de la vieja nobleza.

–¿Quién era? –pregunté cuando volvió a entrar.

–Lord Worplesdon, señor.

Me parece casi increíble, al mirar hacia atrás, que hubiese podido recibir aquella noticia sólo con una mediocre sorpresa. Es asombroso, digo, que no me diese cuenta entonces de la manera en que lo que podríamos llamar la nota Steeple Bumpleigh empezaba a entrometerse en mi vida como la niebla rastrera saturada de miasmas, y no temblase con todos mis miembros, preguntándome qué significaba aquello. Pero así fue. El significado de la cosa me pasó por alto y, como he dicho, la acogí con una exclamación de moderada sorpresa.

–La llamada era para mí, señor. Su señoría desea que pase por su despacho inmediatamente.

–¿Quiere verlo a usted?

–Ésa es la impresión que he sacado, señor.

–¿Ha dicho por qué?

–No, señor. Ha dicho solamente que el asunto era de considerable urgencia.

Reflexioné, pinchando pensativamente un arenque. Me parecía que no podía haber más que una solución.

–¿Sabe usted lo que pienso, Jeeves? Se encuentra en algún apuro y necesita sus consejos.

–Puede ser, señor.

–Apuesto a que es así. Debe de estar enterado de sus portentosas dotes. Es imposible que siga usted como hasta ahora, aportando su ayuda y consuelo a los necesitados, sin adquirir cierta reputación, aun cuando no fuese más que dentro del círculo familiar. Tome su sombrero y eche a correr. Estaré encantado de conocer la historia. ¿Qué día hace hoy?

–Sumamente clemente, señor.

–¿Sol y todo eso?

–Sí, señor.

–Lo esperaba. Por eso debo de encontrarme tan dispuesto. Creo que me iré también a tomar el aire. Dígame –añadí, porque sentía ciertos remordimientos de haber tenido que adoptar una actitud tan firme respecto de mi eventual viaje a Steeple Bumpleigh y quería llevar a su vida la alegría que mi negativa a dejarle enfrentarse con los peces de la región le había robado–, ¿puedo hacer algo por usted mientras esté fuera?

–¿Señor?

–Quiero decir que si le gustaría algún regalito.

–Es muy amable de su parte, señor.

–Nada. El límite es el cielo. Exponga su deseo.

–Bien, señor. Se ha publicado recientemente una nueva edición crítica de las obras del filósofo Spinoza. Puesto que el señor es tan generoso, la apreciaría sobremanera.

–La tendrá usted. Le será depositada en su puerta sin demora por una furgoneta. ¿Está usted seguro de haber entendido bien el nombre? ¿Spinoza?

–Sí, señor.

–No me parece probable, pero usted lo sabrá mejor. ¿Spinoza, eh? ¿Está en la Elección del Mes de la Sociedad del Libro?

–No lo creo, señor.

–Pues es el primer autor que oigo decir que no está. De acuerdo. Se lo mandaré a usted en el acto.

Y después de haber recogido mi sombrero, mis guantes y mi paraguas correctamente enrollado, salí a la calle.

Mientras me dirigía hacia la librería, mis pensamientos, como comprenderán

fácilmente, se encaminaron de nuevo al sugestivo asunto del viejo Worplesdon. La cosa me intrigaba. Me era difícil imaginar en qué clase de enredo podía haberse metido un hombre como él.

Cuando, hará cosa de dieciocho meses, me enteré por fuentes bien informadas de que mi tía Agatha, durante muchos años viuda, o derelicta, como creo las llaman, estaba a punto de darle otro golpe al matrimonio, mi primera sensación, como era natural en aquellas circunstancias, fue de sincera piedad por el infortunado candidato designado que estaba a punto de subir al altar en compañía de mi tía, que, como saben, es de la raza de los que comen botellas rotas y presiden sacrificios humanos las noches de luna llena.

Pero cuando, al empezar a saber detalles, averigüé que el infeliz que había sacado la paja corta era lord Worplesdon, el magnate naviero, mi tierna conmiseración disminuyó considerablemente. La partida, pensé, no era desigual. Aun cuando con el transcurso del tiempo lo domase hasta el punto de conseguir que saltase a través de los aros, sabría ya lo que era una lucha.

Porque ese Worplesdon era un tipo duro. Lo conocía de toda la vida. Él fue quien, cuando tenía quince años –cuando los tenía yo, desde luego–, me encontró fumando uno de sus cigarros en el patio de los establos y me persiguió durante más de un kilómetro a través de terreno difícil con un látigo de caza. Y a pesar de que con el transcurso de los años nuestras relaciones han ido formalizándose, nunca he sido capaz de pensar en él sin que se me pusiera la piel de gallina. Si me daban a elegir entre él y un hipogrifo como compañero de paseo, elegiría sin dudarlo el hipogrifo.

No era fácil comprender cómo un hombre todo sangre y acero pudiese verse reducido a mandar un SOS a Jeeves, e iba pensando en la posibilidad de cartas comprometedoras en manos de rubias buscadoras de oro, cuando llegué a mi destino y me dispuse a dar mis órdenes.

–Buenos días, buenos días –dije–. Desearía un libro.

Desde luego, hubiera debido saber que es tonto pretender comprar un libro cuando se va a una librería. Sólo se consigue sorprender y asombrar al propietario. El apolillado librero que había avanzado para servirme, se puso en acción.

–¿Un libro, señor? –dijo, con mal disimulado asombro.

–Spinoza –contesté, especificando.

Esto lo hizo tambalearse.

–¿Ha dicho usted Spinoza, señor?

–Spinoza he dicho.

Parecía tener la sensación de que si seguíamos hablando de aquello el tiempo suficiente, de hombre a hombre, podríamos, finalmente, llegar a un acuerdo.

–¿No querrá usted decir La espina roja?

–No.

–¿No sería El alfiler envenenado?

–No.

–¿O bien Con el fusil y la cámara a través del desconocido Borneo? –preguntó, probando un tiro largo.

–Spinoza –repetí con firmeza. Era mi misión, y pensaba aferrarme a ella.

Suspiró un poco, como el hombre que siente que la situación ha ido demasiado lejos para él.

–Veré si lo tenemos en el almacén, señor. Pero quizá sea esto lo que usted pide. Dicen que está muy bien.

Se alejó, repitiendo «Spinoza» entre dientes de manera desolada, dejando en mi poder una cosa llamada La hoja espinosa.

Parecía muy tonto. La sobrecubierta mostraba una mujer con un rostro verde y oblongo oliendo un lirio purpúreo, y estaba a punto de arrojarlo lejos de mí y buscar aquel Alfiler envenenado, del cual me había hablado, cuando oí que alguien decía algo parecido a «¡Válgame Dios, Bertie!», y al volverme me di cuenta de que el grito animal procedía de una muchacha alta y de aspecto impresionante que se había acercado silenciosamente a mí.

–¡Válgame Dios, Bertie! ¿De veras eres tú?

Solté un agudo gemido y temblé como una comadreja sorprendida. Era la hija de lord Worplesdon, Florence Craye.

Y les diré por qué, al verla allí, gemí y temblé de la manera que he descrito. Lo digo porque si hay una cosa que detesto es ese género de narraciones en que la gente anda de un lado para otro, llevándose las manos a la cabeza y experimentando fuertes emociones, sin explicar lo que pasa hasta que el detective lo descubre todo en el último capítulo.

En una palabra: la razón por la cual la presencia de aquella muchacha me había producido la impresión que he descrito era que en una época habíamos estado prometidos para casarnos, y además tampoco hacía tanto tiempo. Y aun cuando todo terminó bien al final, por haberse roto el compromiso, con lo que pude salvarme del patíbulo a la hora crítica, todo aquello se había solucionado de milagro y mi recuerdo estaba fresco todavía. La mera mención de su nombre era suficiente para que necesitase en el acto dos tragos de alivio, de manera que pueden imaginarse fácilmente mi agitación al tropezar con ella en carne y hueso.

Aspiré una bocanada de aire y me encontré lo suficientemente reconfortado para soportar el diálogo.

–Oh, hola –dije.

No era gran cosa, desde luego, pero hice lo que pude.

2

Examinando la lista de las mujeres con las que he estado a punto de casarme en mi vida, hallaríamos el nombre de algunas criaturas malvadas. La mirada se detiene sobre Honoria Glossop, y produce un escalofrío en el espinazo. Lo mismo ocurre cuando se llega a la B y aparece Madeline Bassett. Pero tomando todo en consideración y pasando esto y lo de más allá, siempre me he inclinado a creer que Florence Craye se llevaba la palma. Suponiendo que se celebrase un concurso de este género, es a ella a quien hubiera dado el premio.

Honoria Glossop era impetuosa, sí. Su risa recordaba a una remachadora, y desde chiquilla había sido capaz de devolver las bofetadas. Madeline Bassett era una muchacha suave, es verdad. Tenía unos ojos grandes y soñadores, y se figuraba que las estrellas eran guirnaldas de margaritas del Señor. Éstos eran graves defectos, pero, para hacer justicia al indignante dúo, ninguna de las dos había tratado de moldearme, y esto era lo que Florence Craye había hecho desde el principio, pareciendo considerar a Bertram Wooster un mero puñado de arcilla en manos de un escultor.

La clave del asunto estaba en que era una de esas muchachas intelectuales, saturada hasta la coronilla de propósitos formales, incapaces de ver un alma masculina sin querer manejarla a su antojo. Apenas habíamos arreglado los preliminares cuando se metía ya en mis lecturas y mandaba a paseo Sangre en la balaustrada, que era precisamente lo que yo estaba estudiando en aquel momento, para sustituirlo por una cosa titulada Tipos de teoría ética. Y ni siquiera intentó ocultar el hecho de que aquello no era más que un simple preludio y que debía prepararme para algo peor.

¿Han echado una mirada a Tipos de teoría ética? El volumen está todavía en la estantería. Vamos a abrirlo y ver lo que ofrece. Helo aquí:

De los dos términos antitéticos de la filosofía griega, uno sólo era real y autosuficiente, es decir, el Pensamiento Ideal como oposición a aquello que debe penetrar y moldear. El otro, correspondiente a nuestra naturaleza, era en sí fenomenal, irreal, sin consistencia permanente alguna, sin predicados que se mantuviesen verdaderos más que un momento; en una palabra, redimido de la negación sólo incluyendo residentes realidades que aparecían a través.

Muy bien. Ya tenéis una idea, y podéis, según creo, ser capaces de comprender

por qué su simple presencia era suficiente para que me flaqueasen las rodillas. Las viejas heridas se habían vuelto a abrir.

Ninguna de las angustias que eran causa de que los dedos de los pies de Wooster se retorciesen dentro de sus elegantes zapatos de piel de Suecia como los zarcillos de una mimosa sensitiva, parecía afectar en lo más mínimo aquel residuo del difunto pasado. Sus maneras, como siempre, eran brillantes y autoritarias. Incluso en los tiempos en que sucumbí ante el hechizo de su perfil –el cual era capaz de llevar a un hombre a hacer declaraciones que más tarde tenía que lamentar–, siempre había tenido la sensación de que se entrenaba para hacer el papel de tía.

–¿Cómo estás, Bertie?

–Muy bien, gracias...

–Acabo de llegar a Londres para ver a mi editor. Es curioso que te haya encontrado. Y en una librería, además... ¿Qué compras? Alguna porquería, supongo...

Su mirada, que había permanecido fija en mí con expresión de crítica y censura, como si estuviese preguntándose cómo había podido pensar alguna vez en unir su destino a este ser infrahumano, se posó en ese momento en el volumen que tenía en la mano. Lo tomó, y sus labios se crisparon con expresión de desagrado, como si hubiese querido poder disponer de dos lenguas a la vez.

Y entonces, al verlo, todo su aspecto cambió súbitamente. Cesó la crispación de sus labios. Sonrió con una sonrisa agradable. El rubor cubrió sus facciones. Estaba categóricamente radiante.

–¡Oh, Bertie!

La emoción se me contagió. «¡Oh, Bertie!» era una frase que me había dicho frecuentemente en los días en que estuvimos prometidos, pero siempre con aquel timbre desagradable de su voz que daba la sensación de que había estado a punto de expresar su exasperación de una manera más jugosa, pero que había recordado a tiempo su linaje. Este habitual «¡Oh, Bertie!» era diferente. Prácticamente, era un arrullo, como el que hubiera podido emitir una tórtola.

–¡Oh, Bertie! –repitió–. Tengo que firmártelo, naturalmente –añadió,

aclarándome repentinamente las cosas.

Al principio me pasó inadvertido porque estaba concentrado en la muchacha del rostro verde, pero ahora veía en la parte baja de la sobrecubierta las palabras «Por Florence Craye», medio ocultas por la faja que decía «Elección del Mes de la Sociedad del Libro». Lo comprendí todo, y la idea de cuán cerca había estado de casarme con una novelista hizo que olvidase todo lo demás.

Me dedicó el libro con mano firme, borrando así la posibilidad de que el librero volviese a quedarse con él, y sacándome del bolsillo siete chelines y seis peniques, antes, por decirlo así, de que apuntase el alba. Entonces dijo «¡Bien!», todavía con el timbre atortolado en la voz.

–Es curioso que compres La hoja espinosa.

Claro, hay que decir algo cortés, y quizá en la agitación del momento me extralimité un poco. Tengo la certeza de que, al asegurarle que había ido directamente en busca del estúpido volumen, debí darle la impresión de que había estado contando los minutos antes de poner la mano sobre él. En todo caso, me sonrió con agradecimiento.

–No puedo decirte lo contenta que estoy. No sólo porque sea mío, sino porque veo que todo el trabajo que me tomé en educar tu mente no fue tiempo perdido. Veo que te has aficionado a la buena literatura.

En aquel momento, como si hubiese entrado en escena a su debido tiempo, el viejo apolillado volvió y dijo que nada tenía del viejo amigo Spinoza, pero que podía pedirlo. Parecía desconsolado, pero los ojos de Florence brillaron como si alguien hubiese apretado un interruptor.

–¡Bertie! ¡Pero esto es sorprendente! ¿De veras lees a Spinoza?

Es extraordinario lo fácilmente que uno sucumbe a la fatal tentación de envanecerse. Destruye lo bueno que hay en nosotros. Nada hubiera sido más fácil que contestar que la habían informado mal y que la edición crítica era un regalo para Jeeves. Pero en lugar de hacer aquella acción simple, viril y honrada, tuve que seguir adelante y echar por la calle de en medio.

–¡Oh, ya lo creo! –dije con un movimiento intelectual de mi paraguas–. En cuanto tengo un momento libre me encontrarás inclinado sobre las últimas

novedades de Spinoza.

–¡Vaya!

Una sola palabra, pero, al pronunciarla, un estremecimiento recorrió mi cuerpo desde la brillantina del pelo hasta las suelas de goma de los zapatos.

Fue la mirada que acompañó la frase lo que me produjo el estremecimiento. Era exactamente la misma mirada que Madeline Bassett había lanzado la vez que fui a Totleigh Towers a pedirle la vaca-jarrita para la leche al viejo Bassett y ella creyó que había ido porque la amaba tanto que no podía mantenerme apartado de su lado. Era una mirada espantosa, tierna, abrasadora, que penetraba en mí como un atizador candente en una barra de mantequilla, y me llenaba de un miedo inexpresable.

Deseaba no haber alabado a Spinoza tan calurosamente y, por encima de todo, no haber sido pescado aparentemente en el acto de comprar esa maldita La hoja espinosa. Comprendí cuán torpemente me había presentado con un nuevo aspecto, haciendo que aquella muchacha viese a Bertram Wooster bajo una nueva luz y lanzando una mirada a sus ocultas profundidades. Era muy posible que revisase de nuevo la situación bajo la luz del nuevo aspecto y decidiese que había cometido un error al romper su compromiso con un espíritu tan delicado. Y una vez hubiese empezado a pensar en esto, ¿quién era capaz de decir cuál podía ser el resultado?

Una imperiosa necesidad de marcharme donde fuera antes de cometer alguna nueva torpeza se apoderó de mí.

–Bien, me temo que debo marcharme... –dije–. Tengo una cita sumamente importante. Me alegra muchísimo haberte visto...

–Tenemos que vernos más a menudo –contestó, siempre con la sonrisa melosa–. Tenemos mucho de que hablar...

–¡Oh, sí!

–Una mente que se desarrolla es tan fascinante... ¿Por qué nunca vas al Hall?

–Pues..., ya sabes. Está uno un poco encadenado en la metrópoli.

–Me gustaría enseñarte las críticas de La hoja espinosa. Son maravillosas. Edwin se encarga de pegármelas en un álbum.

–Me encantará verlas en algún momento. Más adelante, quizá. Adiós...

–Te olvidas del libro.

–¡Oh, gracias! Bueno..., adiós... –dije, y salí corriendo.

La cita a que me había referido era con el barman del Bollinger. Raras veces, o quizá ninguna, había sentido tanto la necesidad de ingerir un reconstituyente. Me dirigí hacia mi destino como el viejo ciervo perseguido por la jauría hacia la corriente salvadora, y rápidamente me encontré conferenciando con el dispensador de salvación de vidas.

Diez minutos después, sintiéndome mucho mejor, si bien todavía conmovido, estaba de pie en el umbral, haciendo girar mi paraguas y preguntándome qué podría hacer, cuando mi mirada fue atraída por un extraño espectáculo.

En la calle había comenzado a ocurrir una cosa curiosa.

3

El bar Bollinger desarrolla sus benéficas actividades aproximadamente a la mitad de Bond Street, y al otro lado de la calle, exactamente enfrente, existe una popular joyería donde por lo general solía hacer mis adquisiciones cuando se suscitaba la cuestión de invertir fondos en bijouterie. En realidad, hacía un día tan hermoso que estaba pensando en echar un vistazo y comprar una nueva petaca.

Precisamente frente a esta joyería era donde se producía el curioso espectáculo. Un tipo de extraño aspecto se agitaba de una parte a otra del umbral, y su conducta recordaba la del gato del adagio, el cual, según Jeeves, que supongo que lo sabe muy bien, hacía que el «no me atrevo» diera paso al «lo haré». Parecía deseoso de entrar, pero por lo visto experimentaba cierta dificultad en conseguirlo. Se arrojaba violentamente hacia dentro, y era repelido hacia fuera, lanzando miradas a derecha e izquierda, como si temiese el escrutinio de la opinión del público. En Nueva York, durante los días de la Prohibición, he visto tipos haciendo la misma clase de cosas a las puertas de los bares clandestinos.

Era un tipo fornido, y en su aspecto había algo que me pareció familiar. Y entonces, cuando entorné los ojos y lo examiné más atentamente, la memoria cumplió su misión. Aquel aspecto vacuno... La cabeza en forma de calabaza... Aquel rostro que parecía un pastel rosado... No era otro que mi viejo amigo Stilton Cheesewright. Pero qué podía estar haciendo, pirueteando ante la puerta de aquella joyería, estaba más allá de mi entendimiento.

Crucé la calle con la idea de establecer una prueba o indicio, pero en el mismo momento pareció hallar un súbito impulso de resolución. Mientras me detenía para evitar un autobús que pasaba, afirmó bien los pies, sacudió la cabeza con brío y se lanzó contra la puerta como el hombre que penetra en el bar de la estación disponiendo sólo de dos minutos para tomarse un gin tonic antes de que salga el tren.

Cuando entré en el establecimiento, estaba inclinado sobre el mostrador con la vista fija en una especie de mercancía que le mostraba el caballeroso dependiente. Golpearle con la punta del paraguas en los cuartos traseros fue para mí obra de un instante.

–¡Hola! ¿Qué haces aquí, Stilton? –grité.

Dio media vuelta con una especie de estremecimiento culpable, como el hombre sorprendido en el momento de echarle agua a la leche del gato.

–¡Ah, hola! –dijo.

Hubo un silencio. En un momento como aquél en que se encontraban dos amigos de la infancia después de una larga separación, cualquiera hubiera esperado un animado «¿Qué hay de nuevo» o «¿Cómo te va?», y un inmediato retomar el hilo. Y, no obstante, todo esto brillaba por su ausencia. El viejo espíritu del Auld Lang Syne, aquella canción escocesa de nuestras mocedades, estaba profundamente arraigado en mí, pero, o mucho me equivocaba, o no tenía la misma fuerza en G. d'Arcy Cheesewright. Había tropezado en mi vida con tanta gente que había deseado que Bertram estuviese en aquel momento en otra parte, que había acabado por reconocer las señales. Y esas señales eran las que mostraba en ese momento mi antiguo compañero de juegos.

Me apartó del mostrador, ocultándolo con su cuerpo a mi mirada, como el asesino que trata de esconder el cadáver.

–Me gustaría que no anduvieses golpeando a la gente con tu paraguas en los cuartos traseros –dijo en un tono que me pareció ofendido–. Me has dado un susto terrible.

Me excusé amablemente, explicándole que cuando se lleva un paraguas y se es suficientemente afortunado para pescar a un viejo amigo inclinado hacia delante, no se deja escapar la oportunidad, y traté de tranquilizarlo con mi genial charla. Pero, a juzgar por el azoramiento de que daba pruebas, yo hubiera podido ser una alta jerarquía de la policía interrumpiéndole en medio de una expedición delictiva. Su comportamiento me dejó perplejo.

–¡Vaya, vaya, Stilton! –dije–. ¡Cuánto tiempo sin vernos!

–Sí... –contestó con el aire del hombre que lamenta que ese tiempo no haya sido más largo.

–¿Y cómo estamos?

–¡Oh, muy bien! ¿Y tú?

–Bien, gracias. Incluso te diré que me encuentro insólitamente alegre.

–¡Eso está bien!

–Ya sabía que te alegrarías.

–¡Oh, sí! Bueno, adiós, Bertie –dijo estrechándome la mano–. Me alegro de haberte visto.

Lo miré atónito. ¿Es que verdaderamente creía que era una cosa tan fácil librarse de mí? ¡Cómo! Ha habido técnicos que han tratado de librarse de Bertram Wooster y han tenido que confesar su derrota.

–No te voy a dejar todavía –le aseguré.

–¿No? –preguntó con inquietud.

–¡No, no! Estoy todavía aquí. Jeeves me dijo que habías estado en mi casa esta mañana.

–Sí.

–Acompañado por Nobby.

–Sí.

–¿Vives también en Steeple Bumpleigh?

–Sí.

–Qué pequeño es el mundo.

–No tanto.

–Jeeves cree que sí.

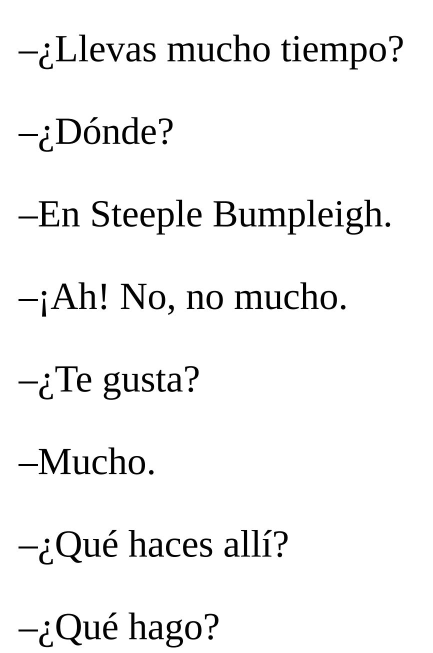
–Bien, quizá sí –dijo haciendo una concesión–. ¿No te entretengo, Bertie?

–No, no...

–Temí que tuvieses una cita en alguna parte.

–¡Oh, no, no, nada de eso!

Hubo otra pausa. Tarareó algunos compases de una melodía popular, pero sin entusiasmo. Movió también los pies agitadamente.



–¿Llevas mucho tiempo?

–¿Dónde?

–En Steeple Bumpleigh.

–¡Ah! No, no mucho.

–¿Te gusta?

–Mucho.

–¿Qué haces allí?

–¿Qué hago?

–Vamos, vamos, ya sabes a qué me refiero. Boko Fittleworth, por ejemplo, escribe fantasías para las masas. Mi tío Percy descansa después de sus tiempos de magnate de la navegación. ¿Qué acción es la tuya?

Una rara expresión apareció en su rostro, y fijó en mí una mirada fría y retadora como si me desafiase a que me atreviese con él. Recordé haber visto una mirada semejante detrás de las gafas de un hombre que encontré en un hotel rural antes de que me dijese que se llamaba Snodgrass. Parecía que mi viejo compañero se encontrase al borde de alguna vergonzosa confesión.

Después pareció cambiar de opinión.

–Pues una mezcla...

–¿Una mezcla?

–Sí. Eso. Una mezcla. Haciendo esto y aquello, ya sabes...

Parecía que nada conseguiría si seguía esa línea de investigación. Era obvio que no tenía intención de explicarse. Pasé, por consiguiente, al punto que tanto me había intrigado.

–Bueno, dejando esto aparte –dije–, ¿por qué estabas revoloteando?

–¿Revoloteando?

–Sí.

–¿Cuándo?

–Hace un momento. A la puerta de la tienda.

–No revoloteaba.

–Revoloteabas claramente. Me recuerdas a una muchacha de quien me hablaba Jeeves el otro día, la cual estaba de pie, vacilante, donde se unen el río y el arroyo. Y cuando te he seguido dentro de la tienda, te he encontrado susurrando algo al oído del dependiente, planeando hacer alguna compra furtiva. ¿Qué comprabas, Stilton?

Al sentir mi penetrante mirada clavada en él, lo confesó todo. Supongo que se dio cuenta de que era inútil seguir ocultándolo.

–Una sortija –dijo con voz ronca y apagada.

–¿Qué clase de sortija? –pregunté, acorralándole.

–Una sortija de compromiso –repuso retorciendo los dedos y dando diferentes muestras de comprender claramente su situación.

–¿Estás prometido?

–Sí.

–¡Vaya, vaya, vaya!

Me eché a reír de todo corazón, como suele ser mi costumbre en tales ocasiones, pero al oír una especie de aullido que para sí quisieran los feroces lobos de los bosques de las Montañas Rocosas, con el que me preguntó de qué demonios me reía, cesó mi júbilo. Siempre había encontrado que Stilton me intimidaba cuando estaba enfadado. Durante un momento de debilidad, en Oxford, mal guiado por mis consejeros, traté una vez de remar un poco. Stilton era el pájaro que nos

entrenaba desde el camino de sirga. Recuerdo todavía algunas de las cosas que me dijo respecto de mi barriga, que, con razón o sin ella, consideraba que sacaba demasiado. Parece que cuando uno es una especie de remero del Volga no hay que sacar la barriga.

–Siempre me río cuando alguien me dice que está prometido –expliqué con más seriedad.

Aquello no pareció apaciguarlo..., si «apaciguarlo» es la palabra que quiero decir. Continuó malhumorado.

–¿Tienes algo que objetar a que me haya prometido?

–No, no...

–¿Por qué no podría prometerme?

–Desde luego...

–¿Qué quieres decir con «desde luego»?

No sabía exactamente lo que había querido decir con «desde luego», a menos que hubiese querido decir «desde luego». Traté de explicárselo así, intentando hacerlo de una manera tranquilizadora, porque parecía estar al rojo vivo.

–Espero que seas muy, muy feliz –dije.

Me dio las gracias, pero sin efusión.

–Espero que sea una muchacha bonita.

–Sí.

La respuesta no fue lo que podríamos llamar lírica, pero nosotros, los Wooster, sabemos leer entre líneas. Sus ojos giraban en sus órbitas, y su rostro había adquirido el color y la expresión de un tomate maduro. Comprendí que estaba perdidamente enamorado.

Una sospecha me asaltó.

–¿No será Nobby?

–No. Nobby está prometida con Boko Fittleworth.

–¿Cómo?

–Lo que te digo.

–No sabía una palabra. Hubiera podido decírmelo. Conque Nobby y Boko han dado el paso, ¿eh?

–Sí.

–¡Bueno, bueno, bueno! El sonriente dios del Amor ha trabajado activamente por los alrededores de Steeple Bumpleigh, ¿verdad?

–Sí.

–Ni un momento de reposo. Día y noche ocupado. ¿Vive allí tu prometida?

–Sí. Se llama Craye, Florence Craye.

–¿Cómo?

El grito brotó de mis labios como una especie de aullido, y Stilton permaneció mirándome con las cejas levantadas. Supongo que siempre debe de dejar un poco perplejos a los jóvenes Romeos el hecho de que un amigo lance un aullido al enterarse de la identidad de la amada.

–¿Qué ocurre? –preguntó con voz ronca.

Desde luego, aquel aullido mío había sido, como ustedes comprenderán, de éxtasis y alivio a la vez. Quiero decir, que si Florence estaba ligada a él, el peligro que yo había temido podía considerarse desvanecido como un soplo y había dejado de amenazar. Con Spinoza o sin él, aquello dejaba a Bertram fuera del caso. Pero me era imposible decírselo.

–¡Oh, nada! –dije.

–Pareces conocerla.

–Sí, sí, la conozco.

–Nunca le he oído hablar de ti.

–¿No?

–No. ¿Hace mucho tiempo que la conoces?

–Algo, sí.

–¿La conoces bien?

–Bastante bien.

–Cuando dices «bastante bien», ¿quieres decir...?

–Adecuadamente bien. Tolerablemente bien.

–¿Cómo llegaste a conocerla?

Me daba cuenta de mi creciente turbación. Pensaba que si seguía un poco más por aquel camino, Stilton descubriría que su amada había estado un día muy cerca de Bertram, mucho más cerca, como hemos visto, de lo que Bertram hubiera querido, y a ningún pelmazo recién prometido le gusta descubrir que no es el primer elegido de su adorada. Parece que esto le quita todo el encanto a la cosa. Lo que generalmente se desea en estos casos es pensar que se ha pasado la vida asomada a la ventana de la torre con el ansia de verlo aparecer al galope sobre su blanco corcel.

De acuerdo con esto, me mostré contemporizador. Me parece que la palabra es «contemporizador». Tendré que consultarlo con Jeeves.

–Su repugnante padre se casó con mi espantosa tía.

–¿Es tía tuya lady Worplesdon?

–¡Ya lo creo!

–¿Y no la conocías antes?

–Pues..., sí. Ligeramente...

–Ya...

Seguía dirigiéndome una mirada inquisitiva, digna de un policía enfrentándose con un sospechoso, y no me avergüenza confesar que me sequé un poco de sudor de la frente con la seda de mi paraguas. Aquella turbación de que he hablado seguía en todo su apogeo, y más bien aumentando que disminuyendo.

Ahora me doy cuenta de una cosa que no vi al principio, y es que al compararlo con Romeo había hecho un diagnóstico equivocado. El pájaro que hubiera debido acudir a mi mente era Otelo. Con aquel Cheesewright, la cosa era clara: había tropezado con uno de esos susceptibles enamorados que van por el mundo preñados de sospechas y ojo avizor, dispuestos a sacarle las tripas al primer ciudadano del que supongan que está o ha estado en cualquier sentido relacionado con el ser adorado. Hubiera bastado, en una palabra, el más leve esbozo de los hechos relacionados con Florence y conmigo, para hacer surgir al hombre de las cavernas que llevaba dentro.

–Pues cuando digo «ligeramente» –me apresuré a añadir–, quiero decir, desde luego, que éramos tan sólo conocidos.

–¿Sólo conocidos?

–Sólo.

–La viste dos o tres veces, ¿verdad?

–Exacto. Tú lo has dicho.

–Ya veo. Te lo he preguntado porque me pareció, cuando te dije que estaba prometido con ella, que tu actitud era un poco singular...

–Siempre, antes del almuerzo.

–Has tenido un sobresalto...

–Un calambre.

–Y has lanzado una exclamación como si la noticia te hubiese producido una impresión desagradable.

–¡Oh, no!

–¿Estás seguro?

–Segurísimo.

–Así pues, erais sólo conocidos, ¿no?

–Pura y simplemente.

–De todos modos, es extraño que nunca me hablase de ti.

–Bueno, adiós –dije, cambiando de tema, y me retiré.

4

Fue un grave y pensativo Bertram Wooster el que emprendió lentamente el camino de su casa. Me sentía también un poco débil. Durante la reciente escena había recorrido toda la gama de las emociones, como me parece que se llama, y esto siempre le saca a uno de quicio.

Mi primera reacción ante las revelaciones de Stilton fue, como he indicado, de alivio y, desde luego, seguía todavía con los ojos fijos en el cielo, en silenciosa acción de gracias por la merced divina. Pero raras veces los Wooster pensamos sólo en nosotros mismos, y de repente comprendí que el espantoso horror que estaba a punto de caer sobre aquel hombre llenó mi alma hasta los bordes de piedad y de terror. Me parecía que debía poner en acción inmediatamente un movimiento de Salvemos a Stilton Cheesewright. Porque, aun cuando no fuese uno de mis amigos entrañables, como Boko Fittleworth, por ejemplo, uno tiene sentimientos humanitarios. Recordaba cómo penetró el acero en mis carnes cuando me encontré ante la perspectiva de conducir al altar a Florence Craye.

Era fácil, desde luego, ver cómo había ocurrido la cosa. El patético deseo de aquel desgraciado de dar un poco de bienestar a su alma fue lo que le hizo caer en aquella miserable condición. Como ocurre a menudo con estos corpulentos y estólidos desgraciados, siempre había suspirado por las más altas prerrogativas.

La tarea de salvar un alma es de las que varían según lo que Jeeves llama la psicología del individuo, algunos son partidarios de ella y otros no. Tomadme a mí, por ejemplo. No diré que tenga una gran alma, pero, tal como es, estoy perfectamente satisfecho. No quiero que la gente ande jugando con ella. «Dejadla tranquila», les digo. «No la toquéis. Me gusta tal como es.»

Pero Stilton era diferente. Cójanle por la solapa y prométanle emociones fuertes, y encontrarán a un discípulo dispuesto a intentarlo todo en el acto. Florence pudo parecerle exactamente lo que el médico le había recetado, y había disfrutado ya hojeando con ayuda de su pulgar el volumen Tipos de teoría ética, con la sensación, sin duda, de que era el género que convenía a las tropas.

Pero –y ésta era la reflexión que le hacía fruncir el ceño– ¿cuánto tiempo duraría eso? Quiero decir que podía estar satisfecho de la situación, pero, tal como veía la cosa, llegaría un momento en que analizaría su alma, observaría cómo había germinado, y se diría: «Bien está. Ya basta con esto. Ha llegado el día», y

entonces se daría cuenta de que estaba inextricablemente enredado en una situación sin salida. Era de esta fatalidad, que algunas veces llamamos amargo despertar, de la que quería salvarlo.

Pero el modo de hacerlo era, desde luego, un problema, y supongo que muchos en mi lugar hubieran estado perplejos. Pero mi cerebro trabajaba aquella mañana como una sierra mecánica, y los dos copazos del Bollinger lo habían aguzado todavía más. En el momento en que estaba dándole la vuelta a la llave de mi piso, había puesto el dedo en la solución. Lo único que podía hacer era escribir una enérgica nota a Nobby Hopwood para exponerle la situación y rogarle que llamase a Stilton aparte y le explicase claramente hacia dónde iba. Nobby, razoné, había conocido a Florence desde que era así de alta y, por consiguiente, estaría en situación de juntar todos los detalles importantes.

Pero, por si acaso hubiese olvidado alguno de ellos, consigné cuidadosamente en mi comunicación todos los defectos de Florence, considerada no sólo como futura esposa, sino como ser humano. Puse en ello todo mi corazón, y con la agradable sensación del deber cumplido y del noble acto realizado, doblé la esquina y dejé caer mi carta en el buzón.

Cuando volví a casa encontré de nuevo a Jeeves. Había regresado de su misión y se ocupaba de algunos quehaceres domésticos en el comedor. Lo saludé alegremente.

–Jeeves –le dije–, ¿se acuerda usted de míster Cheesewright, que vino esta mañana?

–Sí, señor.

–Pues acabo de encontrarlo comprando una sortija. Está prometido.

–¿De veras, señor?

–Sí. ¿Y sabe usted con quién? Con miss Florence Craye.

–¿De veras, señor?

Cambiamos una mirada de comprensión. O, mejor dicho, dos miradas, una mía y otra de él. No había necesidad de emplear palabras. Jeeves estaba familiarizado con todos los detalles del embrollo WoosterCraye, por haber permanecido a mi

lado durante todo el período crítico de este asunto. En realidad, como he anotado en otra parte de mis archivos, él fue quien me salvó de todo el lío.

–Y lo más angustioso, Jeeves, si ésta es la palabra que quiero decir, es que parece estar contento de ello.

–¿De veras, señor?

–Sí. Me ha parecido más contento que otra cosa. Me recordó los versos aquellos del poema: «Fijaos cómo el desgraciado sigue el camino al tuntún...» Quizá recuerde usted el pasaje, Jeeves.

–«¡Ay! Sin fijarse en su destino, la infeliz víctima juega», señor.

–Exacto, Jeeves.

–Sí, señor.

–Hay que salvarlo de sí mismo, desde luego, y, afortunadamente, tengo la situación en mis manos. He tomado todas las precauciones necesarias, y preveo un feliz y rápido desenlace. Y ahora –añadí volviendo a otro asunto de mi agenda–, hábleme del tío Percy. ¿Lo ha visto usted?

–Sí, señor.

–¿Andaba en busca de ayuda y consejo?

–Sí, señor.

–Ya sabía yo que tenía razón. ¿De qué se trata? ¿Chantaje? ¿Desea acaso que recupere usted la peligrosa correspondencia de manos del malvado? ¿Ha conseguido alguna malintencionada aventurera atraparlo entre sus garras?

–¡Oh, no, señor! Estoy seguro de que la vida privada de su señoría es intachable.

Reflexioné sobre esto en vista de los hechos conocidos.

–Pues yo no estoy tan seguro de ello. Depende de lo que usted llame irreprochable. Una vez me persiguió durante más de un kilómetro cuidadosamente armado de un látigo de caza. Y en el preciso momento, además,

en que, hallándome en la mitad de mi primer cigarro, necesitaba urgentemente tranquilidad y reposo. A mi juicio, un hombre que hace esto es capaz de cualquier cosa. Bien, si no era chantaje, ¿de qué se trataba?

–Su señoría se encuentra en una situación relativamente difícil, señor.

–¿Qué mosca le ha picado?

Guardó silencio durante un momento. En sus facciones se dibujó una expresión estática, y sus ojos adquirieron la cautelosa reserva que se ve en los de los loros cuando un desconocido de cuya bona fides no están convencidos les ofrece media banana. Quiero decir que había adoptado cierta discreción, como le ocurría algunas veces, y me apresuré a asegurarle que podía hablar con total libertad.

–Ya me conoce usted, Jeeves. La tumba silenciosa.

–La cosa es sumamente confidencial, señor. No debería ir más lejos.

–Los caballos salvajes no conseguirían arrancármela. Aunque no creo que lo intenten.

–Bien, señor. Su señoría me ha informado de que está a punto de concluir los detalles finales de un asunto muy delicado e importante.

–¿Y quería que usted examinara si había algún problema?

–No era esto precisamente, señor. Pero deseaba saber mi opinión.

–Todos acuden a usted, Jeeves, ¿no es verdad?, desde el más alto al más bajo...

–Es usted muy amable, señor.

–¿Le dijo de qué clase de asunto delicado e importante se trataba?

–No, señor. Pero, naturalmente, uno lee los periódicos...

–Yo no.

–¿No ha leído las páginas bursátiles, señor?

–Jamás les echo una mirada.

–Han consagrado considerable espacio a los últimos rumores de un arreglo o combinación, según dicen, entre la Pink Funnel Line de su señoría y otra firma igualmente importante de los Estados Unidos de América, señor. Es indudable que era a esto a lo que su señoría aludía cautelosamente.

La noticia no me produjo el menor sobresalto.

–¿Conque los dos magnates náuticos van a unirse?

–Eso parece, señor.

–Pues que Dios los bendiga.

–Sí, señor.

–Quiero decir, ¿por qué no se unirían?

–Exacto, señor.

–¿Y cuál es la dificultad en que se encuentran?

–Se ha producido una situación relativamente tensa, señor. Las negociaciones parecen haber llegado a un punto en que es esencial que su señoría se entreviste y conferencie con el caballero que lleva las conversaciones preliminares, en nombre de la asociación estadounidense. Por otra parte, es de vital importancia que no sea visto en compañía de este último, porque el encuentro sería interpretado inmediatamente en la City como la prueba concluyente de que la fusión de intereses está a punto de realizarse, con la inmediata reacción de las respectivas acciones de las dos compañías afectadas.

Comencé a ver claro. Hubo mañanas, después de alguna velada o festival en el Club Los Zánganos, en que una cosa de éstas no me hubiera producido otro efecto que sentir las pulsaciones de mi cabeza, pero ese día, como he dicho, me sentía excepcionalmente brillante.

–¿Que subirían, quiere usted decir?

–Una fuerte subida sería inevitable, señor.

–¿Y el tío Percy mira esta perspectiva con temor?

–Sí, señor.

–¿Porque tiene la idea de recoger un buen paquete antes de que los demás huelan la cosa y estropeen el mercado?

–Precisamente, señor. Rem acu tetigisti.

–¿Rem...?

–Acu tetigisti, señor. Es una expresión latina. Literalmente, significa: «Ha tocado el punto con una aguja», pero una manera más idiomática de expresarlo sería...

–¿Meterme un dedo en el ojo?

–Exactamente, señor.

–Sí, ahora lo comprendo. Me ha esclarecido usted la situación. Hablando claro, este par de águilas tienen que reunirse en secreto y necesitan un escondrijo.

–Exactamente, señor. Y, desde luego, los movimientos de ambos caballeros están estrechamente vigilados por los representantes de la prensa bursátil.

–Supongo que estas místicas maquinaciones deben de verificarse constantemente en el mundo del comercio, ¿no?

–Sí, señor.

–Hay que comprenderlo y simpatizar con ello.

–Sí, señor.

–A pesar de que a uno le moleste la idea de que el tío Percy pueda enriquecerse más. Ya tiene pasta a montones. No obstante, considerando el hecho de que es mi tío político, no hay más remedio que abrazar su causa. ¿Ha podido usted sugerirle algo?

–Sí, señor.

–Estaba seguro de ello.

–Se me ha ocurrido que esta reunión podía realizarse perfectamente de una manera ignorada si ambas partes se arreglaban para encontrarse bajo el mismo techo en alguna remota casa de campo.

Me quedé pensativo.

–¿Se refiere a una casa en algún lugar del campo?

–Me ha interpretado usted exactamente, señor.

–No tengo gran confianza en ello, Jeeves. Creo que ha perdido usted su inspiración.

–¿Señor?

–Pues..., para citar tan sólo una objeción, ¿cómo puede usted ir a encontrar al dueño de una casa de campo, a quien no conoce de nada, y pedirle que deje a sus amigos urdir un complot en el salón?

–Sería necesario, desde luego, que el dueño de la casa no fuese extraño a su señoría.

–¿Quiere usted decir que tendría que ser alguien que conociese al tío Percy?

–Precisamente, señor.

–Pero Jeeves, mi viejo y entrañable amigo, ¿no ve usted que esto empeora todavía más las cosas? Exprima el cerebro. En este caso, el dueño se dice en el acto: «¡Caramba, el viejo Worplesdon teniendo entrevistas secretas con hombres misteriosos! ¡Vaya, vaya! ¿Qué significa todo esto? Apostaría a que la fusión que leí en los periódicos va a realizarse.» Y en el acto telefonea a su bolsista y le da la orden de empezar a comprar acciones y de seguir comprando hasta que se quede dormido. Y así arruina todos los planes que el tío Percy ha preparado tan cuidadosamente y lo deja más triste que el barro. ¿Me sigue usted, Jeeves?

–Completamente, señor. No se me ha escapado esta contingencia. El ocupante de la casa de campo tendría que ser, naturalmente, algún caballero en quien su señoría pudiese confiar.

–¿Como por ejemplo...?

–Bueno, usted mismo, señor.

–Pero... Siento tener que desengañarle así, pero es la única manera de quitarle la venda de los ojos... Yo no tengo casa de campo.

–Sí, señor.

–No le entiendo, Jeeves.

–Su señoría pone una de las suyas a su disposición, señor. Me ha dado instrucciones para que le diga que desearía que usted saliese mañana hacia Steeple Bumpleigh.

–¿Steeple Bumpleigh?

–... donde encontrará una pequeña pero confortable residencia esperándole, en perfecto estado de habitabilidad. Está admirablemente situada no lejos del río...

Me bastó aquella palabra, «río», para comprender todo lo ocurrido. En sus buenas mañanas, no creo que haya más allá de un puñado de hombres en todo el distrito postal W.1 de Londres más rápidos en descubrir un intríngulis que Bertram Wooster, y aquélla era una de mis mañanas particularmente brillantes. En el acto comprendí todo el repugnante plan.

–Jeeves –dije–, me ha jugado una mala pasada.

–Lo siento, señor. Me pareció la única solución al problema de su señoría. Tengo la seguridad de que cuando usted vea la residencia en cuestión, su prejuicio contra Steeple Bumpleigh se desvanecerá. Hablo, naturalmente, sólo de oídas, pero me he enterado por su señoría de que dispone de todas las comodidades modernas. Hay un gran dormitorio principal, un confortable salón; agua caliente y fría...

–¿Y los habituales departamentos de servicio? –dije yo, queriendo lanzar una pulla.

–Sí, señor. Además, usted estará al lado de míster Fittleworth.

–Y usted al lado de sus peces.

–Pues sí, señor. No se me había ocurrido pensarlo, pero ahora que lo menciona, es exactamente así. Un poco de pesca me será sumamente agradable, si usted puede prescindir de mí de vez en cuando mientras estemos en Wee Nooke.

–¿Ha dicho usted Wee Nooke?

–Sí, señor.

–¿Y cómo se escribe eso? ¿Con una «e»?

–Pues verá, señor...

Aspiré fuertemente por las ventanillas de la nariz.

–Bueno, escúcheme, Jeeves. Esto ha terminado. ¿Me entiende usted? Terminado. Si quiere se lo deletreo. Que me aspen si estoy dispuesto a caer en... ¿Cuál es la palabra?

–¿Señor?

–En las garras del gato. Aunque ¿por qué las garras del gato? ¿Qué tienen que ver los gatos con esto?

–La frase procede de una vieja historia del gato, el mono y las nueces, señor. Parece que...

–Olvídelo, Jeeves. No es momento para divagar sobre el reino animal. Y si se refiere a la historia de dónde esconde el mono las nueces, la conozco, y es muy vulgar. Volviendo otra vez al res, me niego rotunda, absoluta y definitivamente a ir a Steeple Bumpleigh.

–Desde luego, señor, es usted completamente libre de adoptar la actitud que indica, pero...

Hizo una pausa, masajeándose la barbilla. Comprendí de qué se trataba.

–¿Quiere usted decir que el tío Percy puede ofenderse?

–Sí, señor.

–¿Y puede informar del problema a la tía Agatha?

–Precisamente, señor. Y su señoría, ofendida, puede ser notablemente desagradable.

–Rem acu tetigisti –dije, asintiendo–. Muy bien, comience a preparar el equipaje.

5

Aquellas personas que disfrutaron de la íntima amistad de Bertram Wooster han dicho, y con razón, que si hay en él una cualidad que lo distingue más que otra es su facultad de poner al mal tiempo buena cara y sacar el mejor partido de las cosas. Aunque con el corazón destrozado, como dice la frase, se eleva de nuevo, no diré completamente regenerado, pero más erguido de lo que podía esperarse y con la mirada alerta para las perspectivas esperanzadoras.

Al despertarme al día siguiente y apoyar mi pulgar en el timbre para pedir el té, me encontré, aunque pensaba en el futuro con temor, considerablemente menos abatido por los vinos y los licores de lo que lo había estado la víspera. Mi carne seguía estremeciéndose todavía ante la idea de penetrar en la zona de influencia del tío Percy y sus amados familiares, pero me sentía capaz de vislumbrar un rayo de luz en las tinieblas del futuro.

–¿Dijo usted, Jeeves –dije, yendo directamente al grano en cuanto entró con la humeante tetera–, que la tía Agatha no estaría en Steeple Bumpleigh a mi llegada para darme la bienvenida?

–Sí, señor. Su señoría piensa estar ausente durante algún tiempo.

–Si piensa quedarse con el joven Thos hasta que se haya curado de las paperas, es muy posible que esté ausente durante toda mi estancia.

–Es concebible, señor.

–No deja de ser una gran ventaja.

–Sí, señor. Y celebro poder indicar otra. Durante su visita de ayer, miss Hopwood hizo alusión a un baile de disfraces que parece se celebrará en East Wibley, la población vecina a Steeple Bumpleigh. El señor se divertirá, sin duda.

–Desde luego, Jeeves, desde luego –asentí; porque en cuestión de baile soy mejor que Fred Astaire, y las juergas de disfraces son mi punto flaco–. ¿Y cuándo se celebrará?

–Creí entender que mañana por la noche, señor.

–Bueno, pues debo confesar que esto ha aclarado mucho mi horizonte. En cuanto haya desayunado saldré a comprarme un disfraz. ¿Qué le parece Simbad el Marino?

–Creo que produciría gran efecto, señor.

–Sin olvidar las patillas rojas, naturalmente.

–Exactamente, señor. Son la esencia misma.

–Si ha terminado usted el equipaje podrá meterlo en la maleta pequeña.

–Muy bien, señor.

–Iremos en el coche, desde luego.

–Quizá sería mejor, señor, que yo fuese en tren.

–Me parece un poco ofensivo este exclusivismo, ¿no cree usted, Jeeves?

–Debo decirle al señor que miss Hopwood ha telefoneado con la esperanza de que el señor podría acomodarla en su coche. Suponiendo que coincidiría con sus deseos, me tomé la libertad de responder que a usted le sería muy agradable.

–Ya comprendo. Sí, sí, muy bien.

–Su señoría ha telefoneado también.

–¿La tía Agatha?

–Sí, señor.

–Espero que no haya ninguna pega en su plan de ir a cuidar al joven Thos.

–¡Oh, no, señor! Era solamente para dejar un recado. Dijo que desearía que usted pasara por Aspinall’s, en Bond Street, a recoger un broche que compró ayer allí.

–¿Ah, sí? ¿Y por qué yo? –dije con cierta acerbidad, porque me molestaba francamente aquella aparente incapacidad de mi parienta de distinguir entre un sobrino y un botones.

–Creí comprender que la joya es un regalo para miss Florence, señor, que celebra hoy su cumpleaños. Su señoría desea que el señor se encargue personalmente de llevarla a su destino, pues considera que, de mandar el regalo por los caminos habituales, el obsequio demoraría su llegada más allá de la fecha indicada.

–¿Quiere usted decir que si lo manda por correo llegará tarde?

–Precisamente, señor.

–Comprendo. Sí, en eso tiene razón.

–Su señoría parecía dudar un poco de que usted pudiese llevar el regalo a su destino sin contratiempo...

–¿Eh?

–... pero yo le aseguré que estaba dentro de sus facultades.

–Eso me parece –dije, ofendido, balanceando pensativamente un terrón de azúcar en la cucharilla del té–. Conque es el cumpleaños de miss Florence, ¿eh? –añadí ponderándolo–. Esto crea un problema social sobre el cual me gustaría saber su opinión. ¿Debo presentarme allí con un regalo?

–No, señor.

–¿Cree usted que no es necesario?

–No, señor. Después de lo ocurrido, no.

Me alegró que lo dijera. Quiero decir que, aun cuando uno desea en todas las ocasiones hacer algo galante, este asunto de los regalos es un poco molesto y, además, susceptible de meter toda clase de ideas en la cabeza de las muchachas. Después de lo de La hoja espinosa y Spinoza, una mera botellita de perfume podía representar tal sello de garantía de mi ternura que la muy bestia podía romper con Stilton y tomar otras disposiciones.

–Bien, me remito a su juicio, Jeeves. Nada de regalos para la Craye, entonces.

–No, señor.

–Pero, ya que hablamos de esto, pronto tendremos que buscar uno para la Hopwood.

–¿Señor?

–Regalo de boda. Se ha prometido con Boko Fittleworth.

–¿De veras, señor? Les deseo toda clase de felicidad.

–Bien dicho, Jeeves. Yo también. La proyectada unión, debo confesarlo enseguida, es una de las que merecen mi más completa aprobación. Lo cual no es siempre el caso cuando a un amigo le leen las amonestaciones.

–No, señor.

–En estas ocasiones uno siente a menudo, como siento yo intensamente respecto del pobre Stilton, que lo indicado sería agarrar al futuro novio con los dientes por los fondillos y alejarlo del peligro, como hacen los perros fieles con sus dueños al borde de los precipicios en las noches oscuras.

–Sí, señor.

–Pero en este caso no existe tal cosa. A mi juicio cada una de las partes contratantes ha acertado esta vez, y con verdadero júbilo en el corazón adquiriré el necesario obsequio. Estoy incluso dispuesto, si lo desean, a ser padrino y a pronunciar un discurso durante el almuerzo de bodas; creo que no se puede decir ya más.

–No, señor.

–De acuerdo, Jeeves –dije, apartando las ropas de mi cama y saltando del lecho–. Sirva los huevos con beicon, Jeeves. Estoy con usted al instante.

Después de haber roto el ayuno y fumado un sedante cigarrillo, me lancé a la calle, porque me esperaba una mañana ocupada. Pasé por Aspinall’s y me metí el broche en el bolsillo. Después me presenté en el establecimiento de Cohen Bros., en Covent Garden, conocido entre los cognoscenti como La Meca de los disfraces de fantasía. Afortunadamente, estuvieron en condiciones de ofrecerme el Simbad requerido, el último que tenían en el almacén, y una visita a un peluquero teatral me puso en posesión de un admirable par de patillas rojas, con

lo que completé todo lo necesario.

A mi regreso a casa vi el coche en la puerta y una maleta femenina en el asiento posterior. Eso parecía indicar que Nobby había llegado, y, como esperaba, la encontré en el saloncito saboreando un refresco.

Como hacía bastante tiempo que no nos veíamos, empleamos también cierto período en volver a fraternizar. Después, tras haber despachado yo también un refresco, la escolté hasta mi coche y la ayudé a subir. Jeeves, siguiendo mis instrucciones, había colocado la maletita con el disfraz de Simbad el Marino debajo del asiento delantero, a fin de que estuviese bajo mi mirada. Pisé el arranque automático y emprendimos el viaje. Jeeves permaneció en la acera despidiéndonos, como un arzobispo que bendijera peregrinos, con el aspecto del hombre que en breve seguirá el viaje en tren con el pesado equipaje.

A pesar de que lamentaba tener que privarme de la compañía de aquel hombre hábil, cuya conversación tiende siempre a elevar e instruir, me alegraba de estar solo con Nobby. Quería enterarme de todo acerca de su inminente unión con Boko. Puesto que ambos eran valiosos miembros de mi séquito, la noticia de su compromiso me interesaba extraordinariamente.

Nunca he sido muy aficionado a charlar mientras hay tráfico, y hasta que hube sacado el vehículo de los distritos congestionados permanecí silencioso y pensativo, con los labios apretados y la vista fija. Pero cuando nos encontramos rodando por la carretera de Portsmouth, sin cosa alguna que distrajese mi atención, puse manos a la obra.

6

–¿Así que Boko y tú estáis planeando lanzaros entre las flores de azahar? –dije–. Lo supe ayer por Stilton, y me produjo una fuerte impresión.

–Espero que lo apruebes.

–Completamente. Bien hecho, a mi juicio. Creo que lleváis los dos un buen plan, y os aconsejaría que lo siguieseis con el máximo de energía. Siempre te he considerado una buena chica. –Me dio las gracias por mis amables palabras, y yo le aseguré que el tributo era bien merecido–. En cuanto a Boko –proseguí–, es un gran chico, desde luego. Te podría decir cosas de Boko que te meterían en la mollera la convicción de que has escogido a un ganador.

–No es necesario.

Su voz era suave y tierna, como la de la gallina empollando el huevo, y era fácil ver que, en lo que a ella hacía referencia, el dardo de Cupido había surtido efecto. Hice girar el volante para esquivar a un perro que cruzaba y proseguí mi interrogatorio. En esas ocasiones me gusta siempre conocer todos los hechos.

–¿Y cuándo os prometisteis?

–Hará cosa de una semana.

–Pero supongo que lo habríais visto venir antes.

–¡Oh, sí! Desde que nos conocimos.

–¿Cuándo fue eso?

–A finales de mayo.

–El típico flechazo, ¿verdad?

–Exacto.

–¿También por parte de él?

–También.

En fin, me era fácil comprender que Boko se hubiese enamorado inmediatamente de Nobby, porque era una muchacha liberalmente dotada de encantos. Pero cómo podía haberse enamorado de Boko en cuanto le vio, era algo que me confundía. A primera vista, Boko aparece ante el espectador con un rostro semejante al de un loro intelectual. Además, como ocurre con muchos de nuestros jóvenes literatos, se viste como un vagabundo ciclista, con jerséis de cuello cisne, pantalones de franela gris con un parche en la rodilla y dando la impresión general de haber pasado la noche bajo la lluvia metido en el cubo de la basura. La única ocasión en que he observado a Jeeves verdaderamente impresionado fue la primera vez que vio a Boko. Se estremeció visiblemente y se precipitó hacia la despensa para serenarse probablemente con jerez.

Se lo mencioné a Nobby, y me contestó que comprendía lo que quería decir.

–Crees que es un hombre que tiene que conquistar a una muchacha despacio, paulatinamente, ¿verdad? Pues no. Hubo un momento de vacilación en que me pregunté si veía visiones, y después, ¡paf!, como un rayo.

–¿Tan aprisa fue?

–Sí.

–¿Y sus reacciones fueron similares?

–Sí.

–Pues aquí hay algo que no entiendo. Dices que lo conociste en mayo y ahora estamos en julio. ¿Por qué diablos ha estado tanto tiempo cortejándote?

–No me cortejó, exactamente.

–¿Qué quieres decir? Aquí no hay términos medios. Un hombre corteja o no.

–Había razones que le impedían lanzarse.

–Hablas en clave, joven Nobby. Pero, en fin, puesto que al final se ha decidido... ¿Y cuándo van a sonar las campanas en la pequeña iglesia de la localidad?

–No sé si sonarán alguna vez.

–¿Eh?

–El tío Percy no parece creerlo.

–¿Qué quieres decir?

–Desaprueba la boda.

–¿Qué?

Me quedé atónito. Durante un instante me pareció que le estaba tomando el pelo a Wooster. Entonces, al examinarla minuciosamente, vi que tenía los labios apretados y el ceño fruncido. La joven Hopwood es una muchachita pequeña, de ojos azules, normalmente de animada expresión. La expresión a que me refiero estaba en ese momento contorsionada por la angustia, como si se acabase de tragar una ostra podrida.

–No hablarás en serio, ¿verdad?

–Muy en serio.

–¡Por Dios! –exclamé.

Porque la cosa era seria. Nobby, hay que verlo, estaba peculiarmente situada. Como ocurre muchas veces, cuando la muchacha A es la pupila del tío B, suele insertarse una cláusula en virtud de la cual no se puede casar sin obtener el consentimiento del jefe hasta que tiene veintiún años, cuarenta y uno o no sé cuántos. De manera que si el tío Percy tenía un complejo anti-Boko, estaba en situación de meter el palo en la rueda con mano cierta.

No podía creerlo.

–Pero ¿por qué? Este hombre debe de estar chiflado. Boko es uno de los solteros más cotizados. Gana montones de dinero con su pluma. Sus obras se ven por todas partes. La comedia que representaron el año pasado le dejó un sustancial provecho, y el otro día decían en el Club Los Zánganos que ha recibido una oferta para ir a Hollywood. ¿Es verdad?

–Sí.

–Bien, pues entonces...

–¡Oh, ya lo sé! Pero lo que olvidas es que el tío Percy es de esa clase de hombres que sospechan de los escritores. No cree en su solvencia. Ha estado toda la vida metido en negocios y no concibe que se pueda ganar dinero fuera de ellos.

–Pero debe de saber que Boko está muy cerca de llegar a ser una celebridad... Ha salido su fotografía en el Tatler.

–Sí, pero el tío Percy cree que el éxito de un escritor llega hoy y se va mañana. Boko puede ganar bastante dinero ahora, pero su capacidad para ganarlo puede irse al diablo en cualquier momento. Supongo que se imagina teniendo que ayudarnos dentro de un par de años y viéndose obligado a mantenernos a él, a mí y a media docena de Bokos durante el resto de nuestra vida. Y, naturalmente, tuvo un prejuicio contra el pobre muchacho desde el principio.

–¿A causa de los pantalones?

–Tal vez influyeran.

–Ese hombre es un asno. Boko es escritor. Debería saber que los escritores se permiten grandes libertades. Además, aunque no quisiera que Jeeves me oyese, los pantalones no lo son todo en el mundo.

–Pero la verdadera razón fue que creyó que Boko era un mariposón.

No la entendí. Me tenía confuso. Jamás mis ojos vieron una cosa menos parecida a un mariposón que Boko.

–¿Un mariposón?

–Sí. Volando y libando de flor en flor.

–¿Y no le gustan los mariposones?

–Cuando vuelan y liban, no.

–¿Y quién diablos le ha metido en la cabeza la extraña idea de que Boko vuela y liba?

–Es que cuando él llegó a Steeple Bumpleigh, Boko estaba prometido con Florence.

–¿Cómo?

–Ella fue quien le hizo vivir allí. Esto es lo que quería decir cuando te he dicho que no podía cortejarme, como dices tú, con verdadero abandono desde el principio.

Estaba atónito. En mi emoción, casi atropello una gallina.

–¿Prometido con Florence? Nunca me lo dijo.

–Hace tiempo que no lo ves.

–Sí, es verdad. Vaya, pues que me condenen. ¿Sabías que una vez yo también estuve prometido con Florence?

–Naturalmente.

–Y ahora lo está Stilton.

–Sí.

–Es extraordinario. Es como uno de esos grandes desplazamientos de razas sobre los que solemos leer.

–Supongo que debe de ser cosa del perfil. Tiene un perfil tan encantador...

–Visto por la izquierda.

–Y visto por la derecha, también.

–Bueno, sí, hasta cierto punto, por la derecha también. Pero ¿cuenta eso acaso? Quiero decir que, en nuestros días, no se puede uno pasar la vida dando vueltas alrededor de una muchacha para verla de perfil. Sigo sosteniendo que la tendencia de una parte de la población a prometerse con Florence es inexplicable. ¿Y esto es lo que hizo que el tío Percy se mostrase glacial con Boko?

–Glacial es poco.

–Ya... Se comprende su punto de vista, desde luego. Esta manera de llegar y marcharse le hace fruncir el ceño. Florence ayer; tú hoy. Supongo que debe de creer que eres otra de las flores por las que Boko revolotea con el propósito de libar.

–Supongo que sí.

–Y, además, duda de su capacidad de ganar dinero.

–Sí.

Reflexioné. Si el tío Percy creía realmente que Boko era un mariposón que podía quedarse sin un cuarto cualquier día, el joven sueño de amor se había torcido el pie. Quiero decir que un mariposón voluble no vale gran cosa. Pero puede por lo menos pagar el alquiler. Me era fácil concebir que un hombre de ideas conservadoras se retrajera al encontrarse con otro que puede pasarse el resto de su vida tendiéndole la mano.

Se me ocurrió una idea. Con aquella facultad de los Wooster de ver el lado positivo de las cosas, comprendí que aún no estaba todo perdido.

–¿Cuántos años has de tener para casarte con Boko sin necesitar el permiso del tío Percy?

–Veintiuno.

–¿Y cuántos tienes ahora?

–Veinte.

–Bien, pues ya lo tenemos. Ya sabía yo que si examinábamos la cuestión de cerca veríamos que el sol brillaba todavía. Basta con esperar un año más. Eso es todo.

–Sí. Pero Boko se va a Hollywood el mes próximo. No sé qué opinión tienes de mi amado, pero a mí, que he estudiado su carácter con amante solicitud, no me parece persona que pueda ir a Hollywood sin una mujer a su lado que lo distraiga de la fauna local.

Su punto de vista me sorprendió, induciéndome a poner un poco de austera

moral en mi siguiente respuesta.

–No puede haber amor donde no hay una absoluta confianza.

–¿Quién te ha dicho eso?

–Me parece que Jeeves. Suena a una de sus frases.

–Bueno, pues Jeeves se equivoca. Puede perfectamente existir amor sin absoluta confianza, y no lo olvides. Amo a Boko apasionadamente, pero la idea de que pueda ir a Hollywood sin mí me enloquece. No es que quisiera plantarme. Estoy segura de que ni siquiera sabría cómo ha sido. Pero una mañana recibiría un telegrama con toda clase de excusas diciendo que no sabe exactamente cómo ha ocurrido, pero que la noche anterior se casó inadvertidamente, y que si se me ocurría alguna idea. Es su naturaleza dulce e impulsiva. No sabe decir que no. Creo que así es como se encontró prometido con Florence.

Fruncí el ceño pensativamente. Ahora que me había expuesto la situación, veía claramente que la cosa era grave.

–Entonces, ¿cuál es el camino a seguir?

–No lo sé.

Fruncí el ceño de nuevo.

–Hay que hacer algo.

–Pero ¿qué?

Tuve una idea. A los Wooster nos pasa muy a menudo. Parece que estemos aturdidos, y de repente ¡cataplum!, llega la inspiración.

–Déjalo en mis manos.

Por mi mente cruzó la idea de que, al instalarme en Steeple Bumpleigh en interés suyo, le hacía al tío Percy un gran favor, un favor tan enorme que, si albergaba en sí la menor chispa de gratitud, debía ser mi deudor. Me lo imaginaba ya estrechándome la mano, diciéndome que gracias a mí se había realizado la fusión, y que si deseaba alguna recompensa podía pedirle lo que quisiera, porque

nada podía negarme.

–Lo que hace falta aquí –dije– es la suave intervención de un hombre de mundo, de un orador con pico de oro que agarre al tío Percy y defienda tu causa, suavizando su corazón y llevándolo a adoptar el punto de vista más amplio. Yo me ocuparé de ello.

–¿Tú?

–En persona. En un día o dos.

–¡Oh, Bertie!

–Será para mí un placer decir dos palabras en tu favor. Preveo notables resultados. Haré vibrar al viejo carcamal como si fuese un instrumento de cuerda.

La muchacha lanzó una carcajada juvenil.

–¡Bertie, eres un ángel!

–Quizá tengas razón. Tal vez tenga algo de ángel...

–Es una idea magnífica. Hace tanto tiempo que conoces a Boko...

–Prácticamente, desde que estaba en el cascarón.

–Podrás decir todo lo que se te ocurra sobre él. ¿No te salvó la vida, cuando erais chiquillos?

–Que yo recuerde, no.

–Pero podrías decir que sí.

–Dudo que eso sirviese de algo. El tío Percy no me tenía gran cariño en aquella época. Creo que le emocionaría más si le dijera que Boko trató repetidamente de asesinarme cuando era muchacho. De todos modos, déjalo de mi cuenta. Yo encontraré las palabras.

Durante todo este rato, mi viejo biplaza había seguido acercándose a Steeple Bumpleigh con la aguja en los noventa kilómetros, y en aquel momento Nobby

me participó que nos aproximábamos a nuestro destino.

–Esas chimeneas que se ven entre los árboles son el Hall. ¿Ves aquel pequeño callejón a la izquierda? Baja por allí y llegarás a casa de Boko. La tuya está a unos ochocientos metros de aquí, después de otro callejón que sale de la carretera. ¿Quieres realmente defender mi causa con el tío Percy?

–Sin duda alguna.

–¿Y no aflojarás?

–Ni hablar de eso.

–Desde luego, es posible que no sea necesario. Creo que si Boko y el tío Percy pudiesen conocerse bien, el tío Percy acabaría por quererlo. De modo que, aunque la cosa no era fácil, he dispuesto que Boko lo invitase a almorzar hoy. Espero que todo haya ido bien. Depende mucho de cómo se ha comportado Boko. Lo digo porque, hasta ahora, siempre que se han encontrado ha adoptado una actitud muy seca. Le he pedido con lágrimas en los ojos que se dejase llevar por su temperamento y se mostrase brillante y simpático, y me ha prometido que haría lo posible. De manera que tengo grandes esperanzas.

–Yo también –dije, si mal no recuerdo, dándole palmaditas en la mano.

Me detuve, pues, delante del Hall, y la dejé en sus verjas, tras asegurarle que, aunque Boko hubiese fracasado en su intento de fascinarlo durante el almuerzo, yo me ocuparía de que todo terminase bien. Con un último saludo cariñoso de mi mano, di la vuelta al coche y me dirigí hacia el callejón del que había hablado.

Toda esta conversación, como es natural, me había producido una sed bien manifiesta, y me pareció, pese al natural deseo de tomar posesión de mi residencia lo antes posible, que mi primera medida debía ser detenerme en casa de Boko y explicarle la necesidad en que me encontraba. Supuse que aquella blanca casita que se elevaba junto a la orilla del río debía de ser la residencia de Boko, porque Nobby me había indicado que tendría que pasar por delante al dirigirme a Wee Nooke.

Me detuve, pues, frente a ella, y al observar que una de las ventanas laterales estaba abierta, me aproximé a ella y silbé.

Un ronco grito que salió del interior y un adorno de porcelana que pasó silbando junto a mi cabeza me informaron de que mi amigo estaba en casa.

7

El rápido paso del adorno de porcelana, que estuvo a punto de darme en plenas narices, arrancó de mis labios un agudo «¡Oh!» y, en respuesta a mi grito, Boko apareció en la ventana. Llevaba el cabello alborotado y tenía el rostro congestionado, probablemente debido a la composición literaria. Aparentemente, aquel hombre de letras era un cruce de juglar de comedia y un loco que ha sido arrastrado por un barrizal. Deduje que lo había interrumpido en un momento difícil de un capítulo.

Había permanecido mirándome a través de sus gafas de concha, pero en ese momento, al darse cuenta de quién estaba allí de pie, la llama desapareció de detrás de las gafas para dar paso a una expresión de asombro.

–¡Válgame Dios, Bertie! Pero ¿eres tú?

Le aseguré que tal era el caso, y me pidió perdón por haberme lanzado decorativas porcelanas a la cabeza.

–¿Por qué has imitado el repulsivo grito del búho? –dijo, censurándome–. Creí que eras el joven Edwin. Suele venir a rondar por aquí para hacerme toda clase de cortesías, y así es como suele anunciar su presencia. Nunca trabajo sin cierta cantidad de municiones sobre mi mesa. ¿De dónde diablos sales?

–De la ciudad. Acabo de llegar.

–Debiste enviarme un telegrama. Hubiera preparado una recepción con bombos y platillos.

Comprendí que estaba en un error.

–No he venido a instalarme contigo. Voy a residir en una casa que, según me han dicho, está un poco más abajo en esta carretera.

–¿Wee Nooke?

–Sí.

–¿Vas a residir en Wee Nooke?

–Sí.

–¿Y qué te ha hecho tomar esta súbita decisión?

Había previsto que sería necesario justificar mi presencia allí, y tenía preparada mi historia. Como mis labios estaban sellados, desde luego, respecto de la verdadera razón de mi presencia en Steeple Bumpleigh, era necesario disimularla.

–Jeeves tenía ganas de pescar un poco, y –añadí, dando una explicación todavía más plausible– parece que mañana por la noche hay un baile de disfraces por estos alrededores. Ya sabes cómo reacciono en cuanto oigo rumores de una diversión de esa naturaleza. Soy el caballo de batalla y el clarín. Bueno, y ahora –proseguí relamiéndome–, ¿qué te parecería un trago refrescante? El viaje me ha dejado muerto de sed.

Entré por la ventana y me desplomé en una silla, mientras él iba en busca de los ingredientes. Al poco rato regresó con la tintineante bandeja y, después de haber cambiado algunas vagas impresiones sobre esto y aquello, puse debidamente manos a la obra y lo felicité por su noviazgo.

–Le decía a Nobby, a quien he traído hasta aquí en mi coche, que me parecía extraordinario que alguien pudiese enamorarse de ti a primera vista. Nunca hubiera creído que eso fuese posible.

–También a mí me causó cierta sorpresa. Hubieras podido tumbarme de un soplo.

–No me extraña. No obstante, hay mucha gente absurda que, por lo visto, despierta el chispazo de la pasión. Fíjate en mi tía Agatha.

–¡Ah!

–Y Stilton.

–¿Estás enterado de lo de Stilton?

–Lo pillé en una joyería comprando una sortija, y me contó su espantosa situación.

–Me alegro de no estar en su lugar.

–Lo mismo pensé yo. Nobby cree que es el perfil de Florence la causa de todo.

–Es muy posible...

Hubo un silencio, roto únicamente por el sonido musical del nuevo trago que le dábamos al elixir. Después lanzó un suspiro y dijo que la vida era amarga, y yo añadí que, por muchos conceptos, era muy amarga.

–Ahí tienes mi caso –dijo–. ¿Te ha explicado Nobby cuál es la situación?

–¿Te refieres a que el tío Percy pone obstáculos? ¡Oh, sí!

–Un lío serio, ¿no crees?

–Eso me pareció. Decididamente. El corazón sangra.

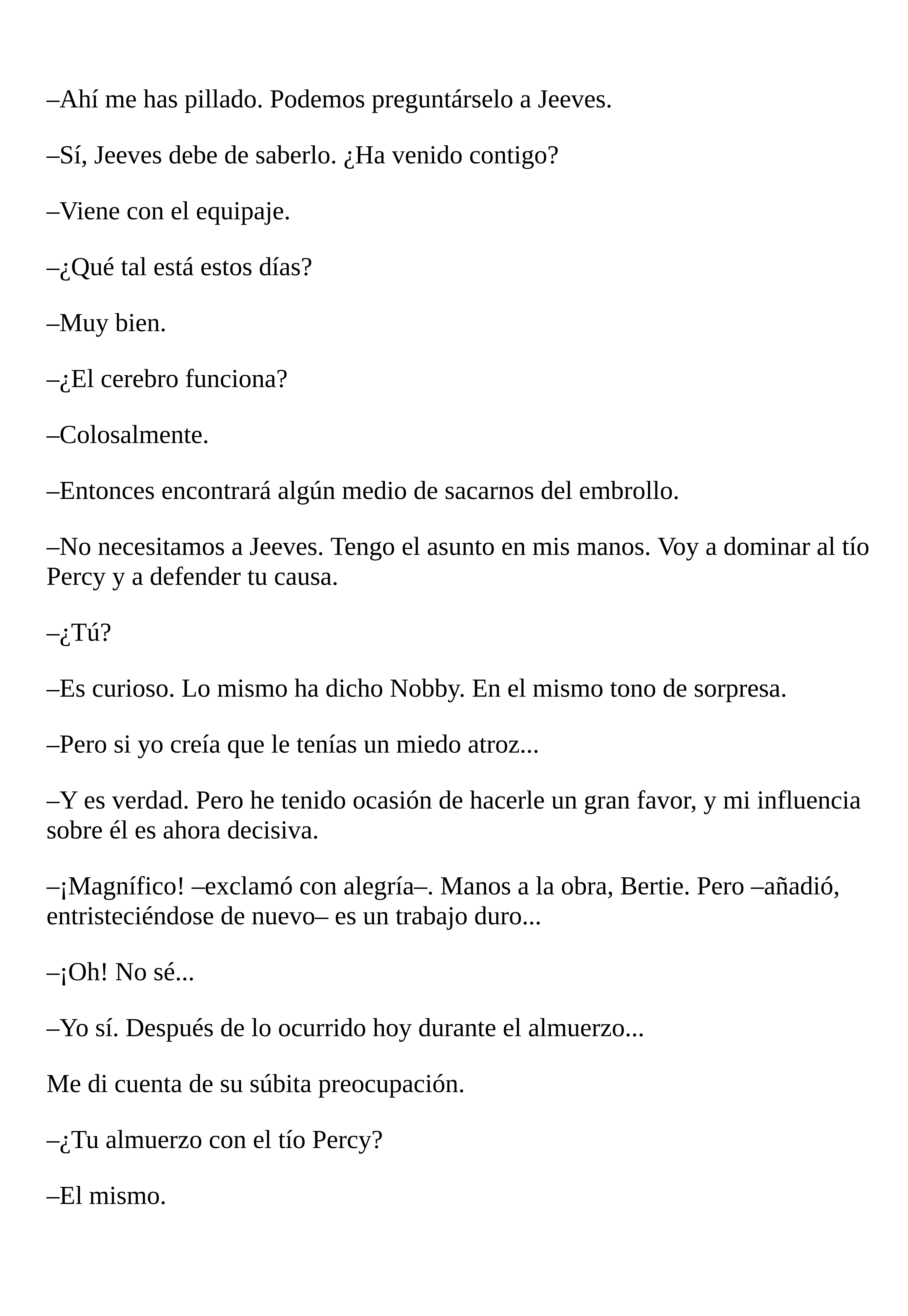
–Es curioso que se necesite todavía permiso de alguien para casarse en este siglo ilustrado. Es un anacronismo. Hoy en día no se puede utilizar siquiera como tema de un cuento para una revista femenina. ¿No dirige tu tía una especie de periodicucho de mujeres?

–*Milady's Boudoir. Seis peniques semanales. Una vez colaboré en ella con un artículo titulado «Lo que lleva el hombre bien vestido».*

–Bueno, nunca he leído Milady's Boudoir, pero estoy seguro de que es la porquería más grande del mundo publicitario. No obstante, si le dijese a tu tía que una muchacha no puede casarse sin el consentimiento de algún maldito cabeza de familia, lanzaría aullidos. Es decir, que no me está permitido sacar cuatro cochinos peniques de esta complicación usándola en mi trabajo, pero está perfectamente permitido que me arruine la vida. ¡Pues sí que están bien las cosas!

–¿Qué ocurriría si siguieras adelante sin preocuparte?

–Me parece que me juzgarían. ¿O es sólo cuando se casa uno con una pupila bajo la protección del tribunal sin que el presidente de la Cámara de los Lores agite la bandera del consentimiento?



–Ahí me has pillado. Podemos preguntárselo a Jeeves.

–Sí, Jeeves debe de saberlo. ¿Ha venido contigo?

–Viene con el equipaje.

–¿Qué tal está estos días?

–Muy bien.

–¿El cerebro funciona?

–Colosalmente.

–Entonces encontrará algún medio de sacarnos del embrollo.

–No necesitamos a Jeeves. Tengo el asunto en mis manos. Voy a dominar al tío Percy y a defender tu causa.

–¿Tú?

–Es curioso. Lo mismo ha dicho Nobby. En el mismo tono de sorpresa.

–Pero si yo creía que le tenías un miedo atroz...

–Y es verdad. Pero he tenido ocasión de hacerle un gran favor, y mi influencia sobre él es ahora decisiva.

–¡Magnífico! –exclamó con alegría–. Manos a la obra, Bertie. Pero –añadió, entristeciéndose de nuevo– es un trabajo duro...

–¡Oh! No sé...

–Yo sí. Después de lo ocurrido hoy durante el almuerzo...

Me di cuenta de su súbita preocupación.

–¿Tu almuerzo con el tío Percy?

–El mismo.

–¿No fue bien?

–No mucho.

–Nobby esperaba que esto traería la felicidad al hogar.

–¡Dios bendiga su alma optimista!

Le dirigí una de mis sagaces miradas. Había una sombría expresión en su rostro. Su nariz temblaba como retorciéndose. Era fácil ver que el dolor y la angustia invadían su frente.

–Cuéntamelo todo –dije.

Lanzó un profundo suspiro.

–La idea fue un error desde el principio, Bertie. No debería habernos puesto frente a frente. Y si quería ponernos frente a frente, no debió decirme que me mostrase brillante y genial. ¿Sabías que me había pedido que me mostrase brillante y simpático?

–Sí. Dijo que solías mostrarte muy frío con el tío Percy.

–Suelo ser siempre así con los caballeros más ancianos que aúllan como sirenas en cuanto aparezco y me miran como si fuese un enviado de Moscú repartiendo propaganda roja. Es una cosa que hiere lo que hay de artista en mí. El viejo arteriosclerótico no me quiere.

–Eso ha dicho Nobby. Dice que es porque te considera un mariposón. Mi opinión personal es que se debe a tus pantalones de franela gris.

–¿Qué tienen de particular?

–El parche en la rodilla en primer lugar. Produce una mala impresión. ¿Es que no tienes otros?

–¿Por quién me has tomado? ¿Por Beau Brummell?

Desistí de seguir por ese camino.

–Bueno, continúa.

–¿Dónde estaba?

–Decías que al tratar de mostrarte alegre y genial hiciste un disparate.

–¡Ah, sí! Es verdad. Así fue. Y así ocurrió la cosa. ¿Comprendes? Cuando a un hombre se le dice que debe mostrarse brillante y simpático, lo primero que se pregunta es: «¿Hasta dónde debo ser brillante y simpático?» ¿Debe limitarse a ser un mortecino rayo de luz, o poner toda la carne en el asador? Reflexioné y decidí no ahorrar nada y mostrarme lo más simpático posible. Y en esto, ahora lo veo, anduve equivocado.

Hizo una pausa y permaneció unos instantes pensativo. Yo veía claramente que algún penoso recuerdo embargaba su mente.

–No recuerdo, Bertie –dijo, recobrándose–, si estabas presente en el Club Los Zánganos el día en que Freddie Widgeon repartió aquellos artículos de broma entre los comensales.

–¿Artículos de broma?

–Sí. Esas cosas que, según anuncian los catálogos, sirven para romper el hielo en las comidas y hacer reír a la gente. Ya sabes... El levantaplatos, el salero sorpresa, el vaso que gotea...

–¡Ah, sí!

Me eché a reír. Recordaba perfectamente aquel día. Catsmeat Potter-Pirbright sufría de neurastenia en aquellos momentos, y no olvidaré fácilmente su emoción cuando, al levantar su panecillo, un ratón de goma salió disparado. Hubo hombres muy fuertes que tuvieron que ser auxiliados con coñac.

Súbitamente dejé de reír. El espantoso significado de sus palabras me dejó atónito, y me estremecí como si alguien me hubiese metido un atizador candente entre mis carnes.

–¿No irás a decirme que le has gastado una broma de ésas al tío Percy?

–Sí, Bertie, eso hice.

–¡Caray!

–Es la palabra exacta.

Solté una palabrota. Mi corazón desfalleció. Hay que hacer, desde luego, ciertas concesiones a los escritores, pues todos ellos están más o menos chiflados. Fíjense en Shakespeare, por ejemplo. Completamente desequilibrado. Tenía la manía de robar patos. No obstante, no podía evitar pensar que, al gastarle esas bromas al tutor de la mujer que amaba, Boko había llevado la natural chifladura del autor demasiado lejos. Incluso Shakespeare hubiera vacilado en llevar las cosas a tal extremo.

–Pero ¿cómo...?

–Pensé que debía mostrarle mi aspecto humano.

–¿Y lo tomó a mal?

–Muy mal.

–¿No le gustó?

–No. Puedo contestarte sin reservas que no le gustó.

–¿Te ha prohibido ir a su casa?

–No tuvo necesidad de hacerlo después de mirarme como me miró cuando le di el salero sorpresa. El lenguaje de los ojos basta. ¿Conoces el salero sorpresa? Lo sacudes y sale una araña. Creo que tiene fobia a las arañas.

Me levanté. Había oído bastante.

–Me marcho... –dije desfallecido.

–¿Qué prisa tienes?

–Tengo que ir a Wee Nooke. Jeeves llegará de un momento a otro con el equipaje, y tengo que estar allí.

–Comprendo. Iría contigo, pero estoy redactando una elocuente carta de excusas para lord Worplesdon. Será mejor que la termine, aunque quizá no sea necesaria, si es verdad lo que dices respecto de tu posición para defender mi causa. Pleitea

bien, Bertie. Muéstrate fuerte. Deja que las doradas frases salgan de tus labios como miel. Porque, debo confesarlo, no creo que tu papel sea fácil. Será necesaria una elocuencia superior a la ordinaria. Y, a propósito, ni una palabra a Nobby respecto de este almuerzo. Hay que exponerle los hechos despacio y paulatinamente, si es que hay que exponérselos.

Mi humor era, como pueden suponer, mucho menos bueno que antes mientras me dirigía a Wee Nooke. La idea de discutir con el tío Percy había perdido prácticamente toda su fascinación.

Entonces apareció ante mí la visión de este pariente político, tal como probablemente aparecería en cuanto mencionase el nombre de Boko: los ojos brillantes, el bigote enhiesto y el tout ensemble con el aspecto de un malhumorado tigre de la jungla que acaba de ver a un indígena encaramado a un árbol. Y aun cuando sería quizá ir un poco lejos decir que Bertram Wooster se estremeció, indudablemente existía cierta frialdad en sus pies.

Trataba de acariciar la idea de que, una vez realizada aquella fusión, probablemente reinaría tal suprema alegría que el viejo granuja miraría con buenos ojos incluso a Boko, cuando percibí el timbre de una bicicleta y oí pronunciar mi nombre con tal vehemencia que inmediatamente frené mi coche y miré alrededor. Lo que vi me dejó atontado como si me hubiesen dado un golpe.

A mi lado estaba Stilton Cheesewright, y en su rostro, al bajar de la bicicleta y situarse frente a mí, había la expresión más desagradable que jamás llegó a mis pupilas. Era una mirada que parecía decir: «¿Qué diablos está haciendo aquí este granuja?» La mirada, en fin, que la heroína de una pantomima dirige al Demonio Rey cuando éste surge de una trampa justo a su lado. Y pude comprender lo que pasaba por su mente con tanta claridad como si lo estuviesen transmitiendo por radio a todo el país.

Estuve lejos de sentir bienestar al pensar en cuáles serían las reacciones de ese Otelo al descubrir mi presencia por aquellos alrededores. La manera en que había acogido la noticia de que yo era una de las viejas amistades de Florence me había demostrado que sus ideas habían tomado una orientación morbosa, lo que le hacía mirar a Bertram con sospecha, y temía que edificase una lamentable construcción sobre la base de mi llegada a su vecindad. Quiero decir que la cosa podía aparecer, a sus ojos, con un exagerado parecido con el héroe llegando del Oeste en busca de su amada. Y como, naturalmente, mis labios estaban sellados,

no podía explicarle la verdad.

Era una situación embarazosa y delicada.

Y, no obstante, por sorprendente que encuentren esta declaración, lo que me hacía estremecerme y contemplarlo con ojos desorbitados no era que su mirada me dijera que mis temores estaban justificados, sino que el rostro que veía estaba coronado con un casco de policía. Además, el burdo cuerpo estaba cubierto con un uniforme de policía, y en sus pies se veían las botas que completaban la panoplia de la temible majestad de la ley.

En una palabra, Stilton Cheesewright se había convertido súbitamente en un agente de policía rural, y yo no sabía qué consecuencia sacar de ello.

8

Le miré.

–¡Por mis entrañas, Stilton! –exclamé con un asombro irrefrenable–. ¿Qué disfraz es ése?

También él tenía una pregunta que hacer.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí, sangriento Wooster?

Levanté una mano. No era momento de evasivas.

–¿Por qué vas disfrazado de policía?

–Soy policía.

–¿Policía?

–Sí.

–Cuando dices «policía» –pregunté intrigado–, ¿quieres decir «policía»?

–Sí.

–¿Eres policía?

–¡Sí, caray! ¿Estás sordo? Soy policía.

Entonces lo comprendí. Era policía. Y al recordar nuestro encuentro del día anterior en la joyería, comprendí cuál era la causa de su azoramiento cuando le pregunté qué hacía en Steeple Bumpleigh. No había osado revelarme la verdad, temiendo que bromease a su costa, como, naturalmente, habría hecho. Incluso en ese momento, a pesar de que la gravedad de la situación lo prohibía, acudieron a mi mente dos o tres bromas soberbias que hubiera podido gastarle.

–¿Qué pasa? ¿Por qué no puedo ser policía?

–¡Oh, sí...!

–La mitad de la gente que conoces pertenece hoy en día a la policía.

Asentí. Esto era una verdad indiscutible. Desde que se inaugurara aquel colegio en Hendon, el Cuerpo de Policía se había visto materialmente abarrotado de antiguos amigos míos. Recuerdo a Barmy Fotheringay-Phipps describiéndome con gestos sus emociones al ser detenido una noche de regatas en Leicester Square por su hermano menor George. Y una cosa parecida le ocurrió a Freddie Widgeon en Hurst Park respecto de su primo Cyril.

–Sí –dije, oliendo algo extraño–, pero en Londres.

–No es obligatorio.

–¿Con el propósito de entrar en Scotland Yard y alcanzar las grandes alturas?

–Eso es lo que pienso hacer.

–¿Entrar en Scotland Yard?

–Sí.

–¿Y alcanzar las grandes alturas?

–Sí.

–Bien, seguiré con interés tus futuros progresos.

Pero lo dije con ciertas dudas. En Eton, Stilton había sido capitán de remeros y había remado también asiduamente por Oxford. Todos sus años de formación, por consiguiente, como puede verse, transcurrieron metiendo remos en el agua, dándoles un empujón y levantándolos de nuevo. Sólo un pelma de primera categoría es capaz de malgastar así la dorada juventud, lo cual, además de ser una idiotez, hace sudar como un condenado, y Stilton Cheesewright era un pelma de primera categoría. En dirección norte, hasta el cuello, tenía una agradable figura de hombre joven, pero más arriba era de cemento armado. Verdaderamente, no me lo imaginaba como miembro de los Cuatro Grandes. Era mucho más probable que terminase siendo uno de aquellos idiotas de Scotland Yard que, si recuerdan, cometían continuas planchas junto a Sherlock Holmes.

No obstante, no se lo dije. En realidad, nada le dije, porque estaba demasiado

ocupado pensando en este nuevo e inesperado aspecto. Agradecía profundamente a Jeeves que hubiese votado en contra de llevar un regalo a Florence. Un regalo de esta especie, si Stilton se enteraba, hubiera hecho que me arrancase miembro tras miembro, o, en el mejor de los casos, que me multase por echar demasiado humo por la chimenea. Hay que tener muchísimo cuidado en no ofender el celo de los policías.

Hasta entonces había conseguido hacer perder el rastro a la pregunta que me había dirigido, pero sabía que el respiro era sólo momentáneo. Estos policías están entrenados en no perder de vista el punto esencial. No me sorprendió, por consiguiente, que la repitiese. No digo que no hubiera preferido que no lo hiciese. Lo único que digo es que no me sorprendió.

–Bueno, al diablo todo esto. Todavía no me has dicho qué haces en Steeple Bumpleigh.

Contemporicé.

–¡Oh! Sólo he venido a pasar unos días –repuse distraídamente, en el viejo estilo habitual de Bertram Wooster.

–¿Has venido a quedarte?

–Algún tiempo. «En algún sitio lejano hallaré mi nido...» Espero que vengas a verme a menudo cuando no estés de servicio.

–¿Y qué es lo que te ha decidido a venir a buscar tu nido por estos lugares?

Me refugié en mi rutina.

–Jeeves tenía ganas de pescar un poco.

–¡Ah!

–Sí. Me dijo que la pesca aquí es admirable. Metes el anzuelo en el agua y el pez se encarga de lo demás.

Hacía rato que me miraba de una manera fija y francamente desagradable, con el ceño fruncido y los ojos girando en sus órbitas. La austeridad de su mirada aumentó aún más. Si hubiese sacado una libreta y un lápiz, habría podido creerse

que estaba interrogando a algún ratero de los bajos fondos, preguntándole dónde había estado la noche del veinticinco de junio.

–Ya comprendo. Ésta es tu declaración, ¿verdad? Conque Jeeves quería pescar un poquito, ¿eh?

–Eso es.

–Ya... Bueno, pues ya te diré yo lo que querías hacer tú, maldito Wooster: serpentear entre la hierba.

Fingí no haber comprendido la pulla, aunque la había comprendido perfectamente.

–¿Serpentear entre qué?

–La hierba.

–No te entiendo.

–Pues seré más claro. Has venido a rondar a Florence.

–¡Pero, querido amigo!

Rechinó los dientes. Evidentemente, estaba de un humor peligroso.

–Puedo decirte francamente –prosiguió– que no estaba convencido de tu declaración, es decir, de lo que me dijiste cuando te encontré ayer. Aseguraste que habías conocido a Florence...

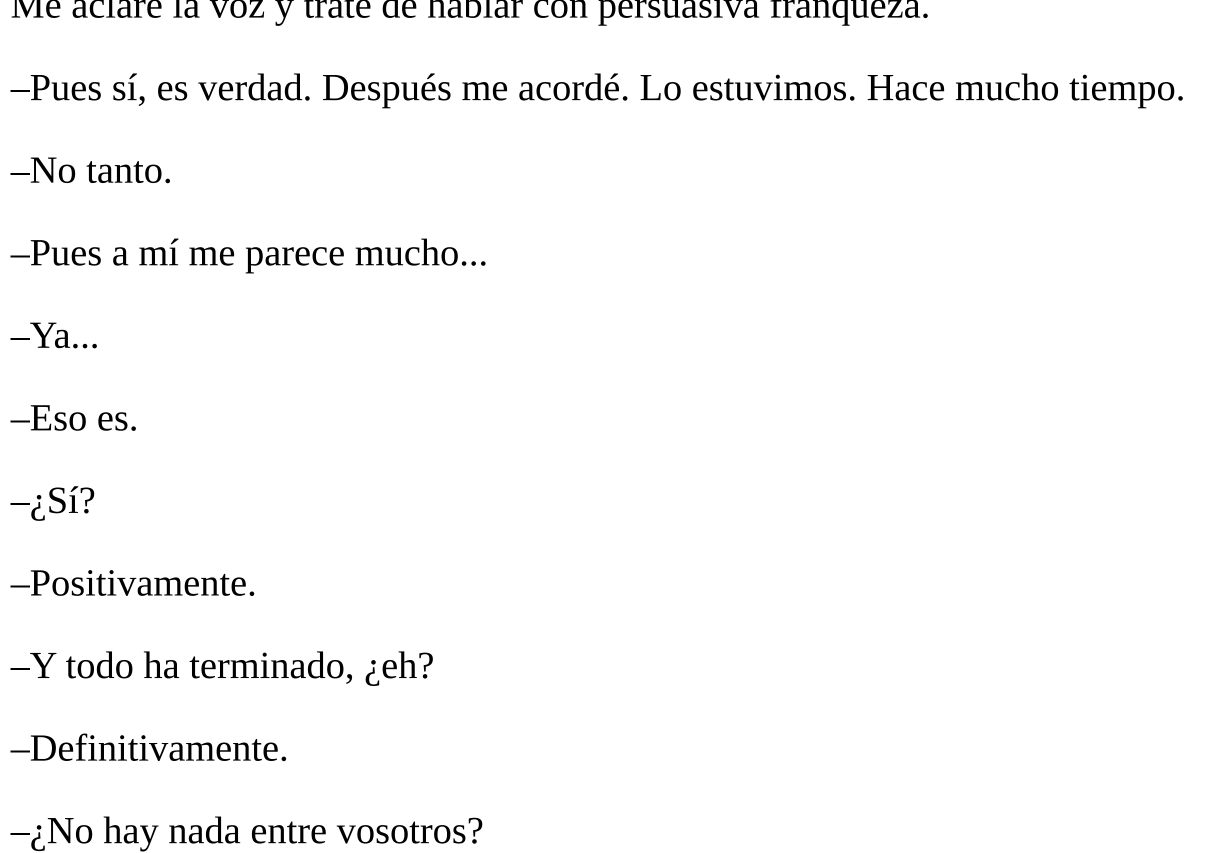
–Un momento, Stilton. Siento interrumpirte, pero ¿vamos a mezclar en esto el nombre de una mujer?

–Sí, y seguiremos mezclándolo sin vacilar.

–Bien, bien... Sólo quería saberlo.

–Declaraste que sólo conocías ligeramente a Florence. «Bastante bien», fue tu exacta expresión, y me pareció que tu conducta era sospechosa. De manera que, cuando volví, la vi y la interrogué acerca de ti. Me confesó que habíais estado prometidos.

Me humedecí los labios con la punta de la lengua. Nunca me encuentro en plena forma en un tête-à-tête con la policía. Me dan siempre la impresión de amilanar mi espíritu varonil. Quizá se deba al casco o a las botas. Y, naturalmente, cuando alguien de la gendarmerie le acusa a uno de tratar de quitarle la novia, la turbación aumenta. En aquel momento crítico, con los ojos de Stilton horadándome la carne, empecé a sentirme como un criminal empedernido antes de que le pongan las esposas.



Me aclaré la voz y traté de hablar con persuasiva franqueza.

–Pues sí, es verdad. Después me acordé. Lo estuvimos. Hace mucho tiempo.

–No tanto.

–Pues a mí me parece mucho...

–Ya...

–Eso es.

–¿Sí?

–Positivamente.

–Y todo ha terminado, ¿eh?

–Definitivamente.

–¿No hay nada entre vosotros?

–Absolutamente nada.

–Entonces, ¿cómo explicas que te haya dado un ejemplar de su novela y haya puesto la dedicatoria «A Bertie, con el amor de Florence»?

Me tambaleé. Y en el mismo momento, lo confieso, sentí un nuevo y profundo respeto por Stilton. Al principio, si lo recuerdan, cuando habló de alcanzar las grandes alturas en Scotland Yard, dudé bastante de sus posibilidades. Pero en ese momento me parecía que tenía verdaderamente las dotes de un gran detective.

–Llevabas el libro en la mano cuando entraste en la joyería. Lo dejaste sobre el

mostrador y lo miré.

Cambié de opinión sobre sus sagaces facultades. La cosa no era tan difícil, después de todo. Recordaréis que Sherlock Holmes decía siempre que era un error explicar sus procedimientos.

–¿Y bien?

Me eché a reír ligeramente. Por lo menos lo intenté. En realidad el sonido pareció más bien una especie de gruñido ahogado.

–Oh, fue muy divertido.

–Muy bien. Adelante. Hazme reír.

–Estaba yo en la librería cuando ella entró...

–¿La habías citado en la librería?

–¡No, no! Fue un encuentro casual.

–Comprendo. Y has venido aquí para concertar otro.

–¡Válgame Dios, no!

–¿Esperas de verdad que crea que no estás tratando de quitármela?

–Nada más lejos de mis pensamientos, viejo amigo.

–No me llames «viejo amigo».

–Muy bien, si no te gusta... Todo esto, agente, es una de esas absurdas equivocaciones. Como te decía, estaba yo en la librería...

De nuevo me interrumpió lanzando una maldición contra la librería.

–No me interesan las librerías. El punto esencial es que has venido aquí a hacer la serpiente que se desliza por entre la hierba, y yo no lo voy a permitir. Sólo tengo una cosa que decirte, Wooster: «¡Márchate!»

–Pero...

–Largo de aquí. Líbrame de tu asquerosa presencia. Regresa a tu residencia de Londres y no te muevas de allí. Y pronto.

–Pero si no puedo...

–¿Qué quieres decir?

Como he dicho antes, mis labios estaban sellados. Pero los Wooster somos pensadores rápidos.

–Se trata de mi amigo Boko –expliqué–. Obro en interés de él en un asunto muy delicado. Como posiblemente sabes, mi tío Percy trata de ponerle pegas a su unión con Nobby, y he prometido a la joven pareja defender su causa. Esto, naturalmente, explica mi permanencia in statu... ¿Cómo es aquello?

–¡Bah!

–No, no. ¡Ah, sí! Quo. Ésa es la palabra que buscaba. Es imposible defender una causa ante un tío político si no está uno in statu quo.

Me pareció una explicación lógica y razonable, y, por consiguiente, me quedé consternado cuando vi que se echaba a reír desagradablemente.

–No creo una sola palabra. ¿Defiendes la causa? ¿Y de qué servirá tu defensa? ¡Como si lo que pudieses decir tuviese alguna importancia para alguien! Te lo repito: lárgate. De lo contrario...

No dijo lo que ocurriría de lo contrario, pero la manera en que montó en su bicicleta y se alejó pedaleando fue más elocuente que las palabras. No creo haber visto antes a alguien pedalear con una expresión más siniestra en el juego del tobillo.

Seguía contemplándolo todavía, un poco desfallecido, cuando de la dirección opuesta, o sea de Wee Nooke, llegó a mis oídos otro timbrazo de bicicleta y, al volverme, vi a Florence que se aproximaba. La sucesión de acontecimientos más deplorable que jamás he experimentado.

En aguda contradicción con los ojos de Stilton, sus ojos brillaban con una luz de bienvenida. Se apeó al llegar junto al coche y me dirigió una radiante sonrisa.

–¡Oh, estás aquí, Bertie! Acabo de poner unas cuantas flores en tu honor en Wee Nooke.

Le di las gracias, pero con el corazón desfalleciente. No me había gustado aquella sonrisa, y tampoco me gustaba la idea de que fuera sembrando florecillas por mi camino. La nota que tocaba me parecía en general demasiado simpática. Entonces me acordé de que, si estaba prometida a Stilton, no había ningún motivo de alarma. Después de todo, su padre se había casado con mi tía, lo cual hacía de nosotros una especie de primos, y, por lo tanto, nada siniestro podía haber en que bromeásemos un poco como parientes.

–Eres muy amable –dije–. Acabo precisamente de charlar un rato con Stilton.

–¿Con Stilton?

–Tu prometido.

–¡Ah, D'Arcy! ¿Por qué lo llamas Stilton?

–Es un apodo de infancia. Fuimos juntos al colegio.

–¡Ah! Entonces, tal vez puedas decirme si siempre fue tan imbécil como ahora.

Aquello no me gustó. No parecía el lenguaje del amor.

–¿En qué sentido empleas la palabra «imbécil»?

–La empleo en el único sentido posible al hablar de un hombre que, teniendo un tío rico y deseoso de hacer por él todo lo que le pida, prefiere deliberadamente hacerse agente de policía.

–¿Por qué lo ha hecho? –pregunté.

–Dice que todo ciudadano debe sostenerse sobre sus propios pies y ganarse la vida.

–Es mucha conciencia.

–Es una idiotez.

–¿No crees que eso habla en su favor?

–No. Creo que es un perfecto idiota.

Hubo una pausa. Era evidente que su conducta flaqueaba, y pensé que lo que hacía falta era iniciar una fuerte campaña en pro del joven policía. Porque creo innecesario decir que, ahora que estaba de nuevo frente a frente con aquella muchacha, toda idea de seguir adelante con la campaña Salvemos a Stilton Cheesewright estaba más lejos que nunca de mi mente.

–Hubiera creído más bien que su conducta te impresionaría favorablemente. Como prueba de que tiene un alma, quiero decir.

–¿Un alma?

–Eso demuestra que tiene una gran alma.

–Quedaría altamente sorprendida si descubriese que sobre las asquerosas botas que lleva puede haber el menor vestigio de alma. Una y otra vez he tratado de convencerlo. Su tío quiere que se prepare para el Parlamento; está dispuesto a pagar todos los gastos y a ayudarle generosamente para el resto de su vida. Pero él sigue comportándose como una mula y hablando de ganarse la vida. Estoy cansada y asqueada de todo esto, y no sé verdaderamente qué voy a hacer. Bueno, adiós, Bertie. Tengo que irme. –Terminó bruscamente, como si encontrase el tema demasiado penoso para tratar de él, y se fue, en el preciso momento en que acababa de recordar que era su cumpleaños y que tenía en el bolsillo el broche que debía darle de parte de la tía Agatha.

Hubiera podido llamarla, desde luego, pero, por una u otra razón, no tuve ganas de hacerlo. Sus palabras me habían dejado temblando. La revelación de la poca solidez de las bases sobre las cuales se levantaba el idilio Florence-Stilton me había conmovido, y tuve que permanecer in statu quo y fumar un par de cigarrillos antes de sentirme lo suficientemente fuerte para proseguir mi camino.

Luego, encontrándome un poco mejor y diciéndome que aquello no era más que un disgusto pasajero y que todo se arreglaría por sí solo, reanudé la marcha y a los dos minutos me detenía delante de Wee Nooke.

9

Wee Nooke resultó ser una pequeña choza muy decentita, situada en un entorno agradable. Un poco anticuadilla, pero, por lo demás, muy bien. Tenía un techo de paja y una serie de ventanas de cristalitos emplomados. En el jardín delantero había una mecedora. En resumen, tenía, como después supe era el caso, el aspecto de una casa que ha sido habitada por una anciana de buena familia que criaba gatos.

Había ya entrado en ella y dejado mi maletita en el vestíbulo cuando, al mirar alrededor aspirando el olor a humedad que suele haber en estos interiores antiguos, me di cuenta de que en aquel ambiente había algo más de lo que se veía a primera vista. En una palabra, me encontré súbitamente especulando sobre la posibilidad de que aquel ambiente no solamente estuviese húmedo, sino embrujado.

Lo que despertó este orden de ideas fue oír una serie de ruidos que se producían cerca de mí (aquí un estallido, allí un golpe), dando la impresión de que había duendes o algo parecido.

Los ruidos parecían proceder de detrás de una puerta que había al fondo del vestíbulo, y allí me dirigía rápidamente a fin de investigar, porque que me aspen si estaba dispuesto a permitir que anduviesen por allí los duendes como si estuvieran en su casa, cuando me di el gran golpe al tropezar con un cubo que había en mi camino. Apenas me hube incorporado frotándome la parte dolorida, se abrió la puerta y entró un muchacho con cara de hurón. Llevaba uniforme de boy scout, y a pesar de que sus facciones estaban incrustadas de porquería, no tuve la menor dificultad en identificarlo: era Edwin, el hermano de Florence, el muchacho contra quien Boko solía arrojar adornos de porcelana.

–¡Hola, Bertie! –dijo, con una mueca que se extendió por toda su repugnante cara.

–¡Hola, granuja! –respondí cortésmente–. ¿Qué haces aquí?

–Limpiando.

Toqué un punto de absorbente interés.

–¿Has sido tú el que ha dejado aquí este cochino cubo?

–¿Dónde?

–En medio del vestíbulo.

–¡Oh, sí! Ahora me acuerdo. Lo he puesto ahí para que no estorbara.

–Comprendo. Pues quizá te divierta saber que por poco me rompo una pierna.

Se estremeció. Un brillo fanático resplandeció en sus ojos. Parecía un muchacho que se encuentra de repente ante una inesperada copa de helado.

–¡Oh! ¿De veras? Es mala suerte. Puedo prestarte los primeros auxilios.

–¡Vete al diablo!

–Pero si te has roto una pierna...

–No me la he roto.

–Tú has dicho que sí.

–Era una mera figura retórica.

–Puedes haberte dislocado el tobillo.

–No me he dislocado el tobillo.

–Sé hacer las primeras curas en las contusiones.

–No tengo contusiones. ¡Atrás! –grité, decidido a defenderme con férrea resolución.

Hubo una pausa. Su aspecto era el del hombre que se encuentra ante una situación de espera. Mi decidida actitud lo había desconcertado.

–¿Quieres que te vende?

–Te tiraré de las orejas si lo intentas.

–Puede gangrenarse.

–No preveo tal contingencia.

–Te encontrarás mal si se te gangrena.

–No me encontraré mal. Me encontraré muy bien.

–Conozco un tipo que se partió una pierna; se le puso completamente negra y hubo que cortársela por la rodilla.

–Por lo visto, conoces una gente muy extraña.

–Te la puedo entablillar.

–No, no puedes.

De nuevo pareció desconcertado. Lo había dejado atónito.

–Entonces me vuelvo a la cocina. Voy a limpiar la chimenea –dijo–. Necesita una buena limpieza. Hay que ver cómo estaría todo esto si no fuera por mí –añadió con una presunción que me atacó los nervios.

–¿Qué quieres decir si no fuera por ti? –pregunté con mi natural agudeza–. Apostaría a que has sembrado la ruina y la desolación por todas partes.

–He estado haciendo limpieza –dijo ligeramente amoscado–. Florence te ha puesto flores en el salón.

–Ya lo sé. Me lo ha dicho.

–Yo he ido por el agua. Bueno, me voy a limpiar la chimenea.

–Vete, si quieres, hasta que se te hinchen los ojos –dije, despidiéndolo con frío ademán.

No sé si han hecho ustedes alguna vez un ademán frío, y no hay duda de que los métodos de cada uno varían; yo lo hice levantando el brazo derecho como en una especie de saludo y dejándolo caer luego. Y al caer me di cuenta de que me faltaba algo. El bolsillo contra el cual cayó la mano había contenido un pequeño objeto sólido; en una palabra, el paquete que encerraba el broche que la tía

Agatha me había dado para Florence en ocasión de su cumpleaños. Y no estaba. El bolsillo se hallaba vacío.

En aquel mismo momento entró Edwin gritando «¡Eeeh!» y llevando el objeto.

–¿Has perdido esto? –preguntó.

Cualquier duda que pudiese subsistir en la mente del muchacho respecto de la posibilidad de haberme roto una pierna debió de desvanecerse ante el salto que pegué. Volé por el aire con la mayor facilidad. Una pantera no habría podido saltar con mayor ligereza. Agarré el objeto en el acto y me lo metí en el bolsillo.

Edwin parecía intrigado.

–¿Qué es?

–Un broche. Un regalo para Florence.

–¿Se lo llevo?

–No, gracias.

–Se lo llevaré, si quieres.

–No, gracias.

–Te evitará molestias.

De haber sido otras las circunstancias, aquella solicitud hubiera podido llevarme incluso hasta el punto de darle un puntapié en determinada parte, pero me había hecho tan señalado favor que me limité a dirigirle una sonrisa, cosa que no había hecho durante años.

–No, gracias –repuse–. No se apartará de mis manos. Esta noche se lo entregaré. Vaya, vaya, joven Edwin –continué afablemente–, buen trabajo, muchacho... Veo que os acostumbran a mantener los ojos abiertos. Dime, ¿cómo te ha ido desde la última vez que nos vimos? ¿Bien? ¿No has tenido cólicos, ni resfriados, ni otras enfermedades juveniles? ¡Espléndido! Sentiría saber que has sufrido de alguna manera. Eres muy gentil queriendo entablillarme la pierna. Lo aprecio mucho. Quisiera poderte ofrecer una copa. Tienes que venir a verme alguna vez, cuando

esté instalado.

Y con esta nota cordial terminó nuestra entrevista. Me fui a dar una vuelta por el jardín, y durante algún tiempo me mantuve apoyado en la puerta principal, porque mi espinazo parecía de jalea y necesitaba apoyo.

Digo que mi espinazo parecía de jalea, y si conocen a mi tía Agatha estarán de acuerdo conmigo en que la imagen es perfecta.

Esta parienta mía es una mujer que, como Napoleón, si es que fue Napoleón, no admite excusas al fracaso sea por la razón que fuere. Si les da un broche para ser entregado a una hijastra y lo pierden de nada vale decirle que ha sido la voluntad de Dios hacerles tropezar con cubos imprevistos que de ese modo han hecho saltar el objeto de su bolsillo. Aunque hayan caído en las garras del destino, son igualmente culpables.

Si no llego a recuperar la baratija, jamás hubiera dejado de oír hablar de ella. El hecho habría marcado una época. Los más sensacionales acontecimientos habrían sido mencionados por haber ocurrido «el año en que Bertie perdió aquel broche», o bien «cuando Bertie cometió la idiotez aquella con el regalo de Florence». La tía Agatha es una especie de elefante, no tanto por su apariencia, puesto que se parece más a un buitre bien alimentado, como porque jamás olvida.

Apoyado contra la puerta, pensaba cariñosamente en el joven Edwin. Me preguntaba cómo pudo mi juicio extraviarse hasta el punto de considerarlo un bergante con cara de hurón. Y empezaba a analizar en mi mente la idea de comprarle algún regalo como recompensa a su admirable comportamiento, cuando se produjo una terrible explosión y, al volverme, vi que Wee Nooke ardía por los cuatro costados.

Tuve un gran sobresalto.

A todo el mundo le gusta un buen incendio, desde luego, y durante algún tiempo permanecí contemplando el holocausto con espíritu apreciativo. Se podía pagar por verlo. El techo de paja estaba en llamas, y parecía probable que en poco tiempo el edificio, siendo la pieza de museo que era, medio podrido y carcomido, sería pasto de ellas hasta su entera consunción. Y así, como he dicho, durante el tiempo que un pato tarda en mover dos veces la cola, me quedé contemplando el espectáculo con tranquilo deleite.

Entonces, nublando un poco la alegría del caso, acudió a mi mente la turbadora idea de que la última vez que había visto a Edwin fue cuando se dirigía a la cocina. Era de suponer, por lo tanto, que se hallase entre sus paredes, y la conclusión a que uno debía forzosamente llegar era que, a menos que alguien tomase las medidas necesarias por los procedimientos oportunos, quedaría destruido por razones de consunción humana. Y este pensamiento fue seguido por otro más turbador todavía, y es que la única persona que estaba en situación de acudir al grito de «¡Señor bombero, salve usted a mi hijo!», era el buen Bertram Wooster.

Reflexioné. Supongo que ustedes dirían que soy un hombre intrépido, tomado en el más amplio de los sentidos, pero me veo obligado a confesar que aquello no me entusiasmaba. Aparte de todo lo demás, mi actitud respecto del mozalbete que estaba a punto de ser asado por ambos lados había sufrido otro cambio.

La última vez que lo vi, si recuerdan, había tenido halagüeños pensamientos respecto del joven Edwin, y pensé incluso en hacerle algún regalo de poca importancia. Pero en ese momento me daba cuenta de que pensaba en él con el severo ojo de la censura. Quiero decir, que el cerebro más obtuso comprendería claramente que la conflagración que se había desencadenado era debida a alguna imbecilidad de su parte, y sentía la fuerte tentación de abandonarlo a su suerte.

No obstante, encontrándome en una de esas circunstancias en que noblesse más o menos oblige, decidí cumplir con mi deber, y me había quitado la chaqueta y me disponía a penetrar en el edificio en llamas, aunque pensaba que era injusto tener que chamuscarme por todas partes para salvar a un muchacho que merecía ser reducido a cenizas, cuando éste apareció. Tenía el rostro negro, y sus cejas habían desaparecido, pero todo lo demás parecía en perfecto estado. Incluso

parecía más divertido que asustado por lo que había ocurrido.

–¡Oh! –exclamó con voz complacida–. Vaya explosión, ¿eh?

Lo miré severamente.

–¿Qué demonios has hecho, imbécil? –le pregunté–. ¿Qué ha sido esa explosión?

–La chimenea de la cocina. Estaba llena de hollín, y le he echado un poco de pólvora. Tal vez puse demasiada, porque hay que ver la explosión que se ha producido. El fuego ha prendido por todas partes. ¡Oh, qué gracia ha tenido!

–¿Y por qué no has echado agua a las llamas?

–Ya le eché, pero resultó que era queroseno.

Fruncí el ceño. Estaba profundamente emocionado. Acababa de ocurrírseme que aquella ardiente pira era la mansión destinada a ser el cuartel general de Bertram Wooster, y el espíritu doméstico se había despertado en mí. Mi impulso me ordenaba arrearle a aquella repugnante criatura media docena de estacazos. Pero es imposible zumbarle a un chiquillo que acaba de perder las cejas. Y, además, no tenía estaca.

–Pues sí que lo has arreglado bien... –dije.

–La cosa no ha ido exactamente como yo deseaba –admitió–, pero quería hacer mi última buena acción del viernes.

Con estas palabras, lo comprendí todo claramente. Hacía tanto tiempo que no veía a aquel saco de veneno, que había olvidado la peculiaridad de su psicología, que hacía de él una grave amenaza para la sociedad.

Recordaba en ese momento que Edwin era uno de esos muchachos enteros que nunca eluden un esfuerzo. Tenía el mismo curioso concepto de la vida que su hermana Florence. Y cuando se unió a los boy scouts, lo hizo resuelto a no rehuir una sola responsabilidad. El programa requería una buena acción diaria, y se lanzó a ello con grave y voluntarioso espíritu. Desgraciadamente, entre una cosa y otra, obraba siempre a destiempo y ponía tanto celo en el cumplimiento de su cometido que el sitio en donde operaba se convertía rápidamente en un infierno para los hombres y los animales. Así ocurrió en la casa de Shropshire donde lo

conocí, y así ocurría evidentemente en ese momento.

Con rostro pensativo y mordiéndome el labio inferior, cogí mi chaqueta y me la puse. Es muy probable que un hombre más débil que Bertram, ante la perspectiva de verse acorralado en una localidad en la que se hallaban no sólo Florence Craye, el agente de policía Cheesewright y el tío Percy, sino Edwin haciendo buenas acciones, hubiera caído de rodillas. Y no estoy seguro de que no lo hubiese hecho yo también de no haber realizado un espantoso descubrimiento, tan horrible que lancé un grito, y las imágenes de Florence, Stilton, el tío Percy y Edwin se borraron de mi mente.

Acababa de recordar que mi maletita, que contenía el disfraz de Simbad el Marino, había quedado en el vestíbulo de Wee Nooke y que las llamas iban acercándose a ella.

En mis actos no hubo ya vacilación ni duda. Cuando se trató de ir a salvar boy scouts pude rascarme un poco la barbilla, pero esa vez era diferente. Necesitaba mi disfraz de Simbad. Sólo recuperándolo podría asistir la noche siguiente al baile de disfraces de East Wibley, único punto brillante en el sombrío y amenazador futuro. Era posible, desde luego, ir a Londres en busca de otra cosa, pero probablemente hubiera hallado un simple Pierrot, y todo mi corazón estaba puesto en aquel Simbad y sus patillas rojas.

Edwin decía no sé qué respecto del cuerpo de bomberos, y yo asentía distraídamente. Entonces, echando a correr como una liebre mecánica, encomendé mi alma a Dios y me metí dentro.

Bueno, tal como fue la cosa, no tenía que haberme preocupado. Es verdad que había cierta cantidad de humo en el vestíbulo, formando nubes y remolinos en uno y otro lado, pero nada que pudiera preocupar a un hombre que había estado sentado a sotavento de Catsmeat PotterPirbright mientras disfrutaba fumando uno de aquellos cigarros suyos. En pocos minutos –se veía claramente–, toda la casa sería una alegre hoguera, pero de momento las condiciones eran razonables.

No tengo, pues, historia alguna que referir respecto de Bertram Wooster a punto de ser asado vivo, sino de un Bertram Wooster agarrando la maleta, silbando una alegre tonadilla y saliendo tranquilamente sin la menor señal sobre su cuerpo. Quizá tosí un par de veces, pero nada más.

Pero si bien el peligro se había abstenido de mostrarse amenazador en el interior

de la casa, era muy grande fuera de ella. Lo primero que vi al salir fue al tío Percy de pie, en la puerta del jardín. Y como Edwin había desaparecido, probablemente en busca del cuerpo de bomberos, me encontraba a solas con él en los espacios abiertos, cosa que había borrado de mi existencia desde los tiempos de mi infancia.

–¡Oh! ¡Hola, tío Percy! –dije–. Buenas tardes, buenas tardes...

Un transeúnte que hubiera pasado por casualidad, al oír estas palabras y el animado tono en que fueron pronunciadas, se habría engañado al creer que Bertram estaba contento. Muy al contrario. No podría decir si había alguien que estuviese contento de aquel encuentro, pero, en todo caso, no era yo. Mi espinazo –no trato de ocultarlo– era soluble hasta el último grado.

Podría objetarle que, no siendo responsable del desastre, nada tenía que temer. Pero mi larga experiencia me ha demostrado que en estas ocasiones la inocencia no paga dividendos. Por puro como la nieve virginal que pueda ser un hombre, o más puro todavía, siempre es el que paga los platos rotos.

Mi cortés saludo no mereció respuesta. Permanecía mirándome a mí y a la casa, destinada ya sin la menor sombra de duda a la destrucción total. Edwin podía regresar con todos los cuerpos de bomberos de Hampshire, pero nada podía evitar que Wee Nooke se desvaneciese como un montón de cenizas.

–¿Cómo? –dijo hablando secamente, cual si su alma estuviese herida, como supongo era el caso–. ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo...?

Vi que, si no lo cortaba, aquello duraría largo rato.

–Ha habido un incendio –dije.

–¿Qué quieres decir?

No veía cómo podría habérselo dicho más claro.

–Un incendio –repetí señalando con la mano el edificio en llamas, para indicarle que lo mirase–. ¿Cómo está, tío Percy? Tiene buen aspecto.

En realidad, esto no era cierto, ni mi intento de suavizar la situación produjo los apetecidos resultados. Me dirigió una especie de mirada de frenesí, en la que no

había el menor afecto de tío, y con voz ronca y desesperada dijo:

–¡Habría debido suponerlo! Mis mejores amigos debieron prevenirme de lo que ocurriría si dejaba venir a este sitio a un loco como tú. Hubiera debido prever que lo primero que harías, antes de deshacer el equipaje, sería pegarle fuego a la casa.

–No he sido yo –dije, con el deseo de devolver al César lo que era del César–. Ha sido Edwin.

–¿Edwin? ¿Mi hijo?

–Sí, ya lo sé –repuse compasivamente–. Es una lástima... Sí, ha sido su hijo. Estaba limpiando.

–Limpiando no se le pega fuego a una casa.

–Si se emplea pólvora, sí.

–¿Pólvora?

–Parece que le ha echado un par de puñados a fin de quitar el hollín.

Yo había supuesto, naturalmente, como hubiera supuesto cualquiera, que esta franca explicación me habría justificado y permitido salir de allí sin la menor mancha en mi conciencia, y que aquel tono agrio y personal adoptado en sus observaciones sería inmediatamente suprimido. Tuve la esperanza de que pediría excusas por las ofensivas alusiones a mi presunta locura, que yo le hubiera concedido con gusto, y que ambos, como dos buenos amigos, habríamos movido compasivamente la cabeza sobre la impetuosidad de la joven generación.

Pues bien, nada de eso ocurrió. Continuaba sosteniendo sobre mí la amenazadora mirada que tanto me había desagradado desde el principio.

–¿Por qué diablos le has dado pólvora al chiquillo?

Comprendí que veía todavía la cosa desde un ángulo equivocado.

–No le he dado pólvora al chiquillo.

–Sólo un idiota de nacimiento es capaz de darle pólvora a un chiquillo. No hay persona alguna en Inglaterra, salvo tú, que no prevea lo que puede ocurrir si se da pólvora a un chiquillo. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? La única razón de que vinieses aquí fue para tener un sitio donde ver a un viejo amigo mío y discutir con él cosas de interés, y ahora, mira. ¡Mira!

–No está muy bien –dije, mientras el techo se venía abajo levantando una lluvia de chispas y cubriendo nuestras mejillas de un brillante resplandor.

–Supongo que no se te ocurrió echar agua en las llamas.

–Se le ocurrió a Edwin. Pero empleó queroseno.

Se estremeció, mirándome con incredulidad.

–¿Has tratado de apagar el fuego con queroseno? Tendrían que declararte loco, y en cuanto encuentre a un par de médicos me ocuparé de que lo hagan.

Lo difícil de aquella conversación era, como probablemente habrán adivinado ya, la aparente imposibilidad de conseguir que aquel asno comprendiese los elementos principales del asunto y atribuyese a cada uno su correspondiente papel. Era uno de esos hombres que de cada observación que se les dirige sólo escuchan dos palabras. Supongo que de esta misma manera debió de presidir juntas generales, desconcertando e interrumpiendo a los accionistas en medio de sus frases.

Una vez más traté de hacerle comprender que había sido Edwin quien realizó lo que podríamos llamar el trabajo pesado, y que Bertram se había limitado a representar el papel de inocente espectador, pero no hubo manera. Continuó con la firme convicción de que el muchacho y yo habíamos obrado de común acuerdo, y que después de rociar toda la casa con pólvora habíamos avivado el fuego con inyecciones de queroseno, animándonos uno a otro, como podríamos decir, basándonos en el principio de que el espíritu de solidaridad es el que cuenta.

Finalmente se marchó, dándome instrucciones de que le mandase a Jeeves en cuanto llegase, reiterando la opinión de que yo no debía andar suelto y lamentando –si bien en este punto no puedo estar de acuerdo con él– que no fuese diez años más joven a fin de poder correr detrás de mí con su látigo de caza. Después se retiró, dejándome sumido en mis meditaciones.

Éstas, como comprenderán, no eran de lo más sabrosas. No obstante, no debieron de durar mucho rato, porque no creo que llevase más de dos minutos reflexionando cuando se oyó un ruido resollante y brusco y entró por la izquierda, hasta el centro, un vehículo que sólo podía ser un taxi de la estación. Iba cargado de equipaje, y al mirar más atentamente vi a Jeeves asomando la cabeza por la ventanilla.

Aquel vejestorio –me refiero al taxi, no a Jeeves– se detuvo a la puerta. Jeeves pagó, el equipaje fue depositado en la acera y Jeeves quedó en situación de conferenciar con su joven dueño, ni un solo instante demasiado pronto a juicio de este último. Sentía la necesidad de su simpatía, su apoyo y sus consejos. Quería también censurarlo un poco por haberme metido en todo aquel lío.

11

–Jeeves –dije, yendo directamente al grano en la clásica manera de los Wooster–, ¡bonita situación!

–¿Señor?

–Se han estremecido los cimientos del infierno.

–¿De veras, señor?

–La maldición ha caído sobre mí. Ya le dije que esto ocurriría si visitaba Steeple Bumpleigh. Hace tiempo que está usted familiarizado con mis opiniones sobre esta colonia de leprosos. ¿No le he dicho repetidamente que, por más que soplen sobre Steeple Bumpleigh brisas aromáticas, considero más prudente mantenerme alejado de él?

–Sí, señor.

–Muy bien, Jeeves. Quizá otra vez me escuche usted. No obstante, suprimamos las recriminaciones y atengámonos a los hechos. ¿Ha visto usted cómo ha quedado destruida nuestra casita?

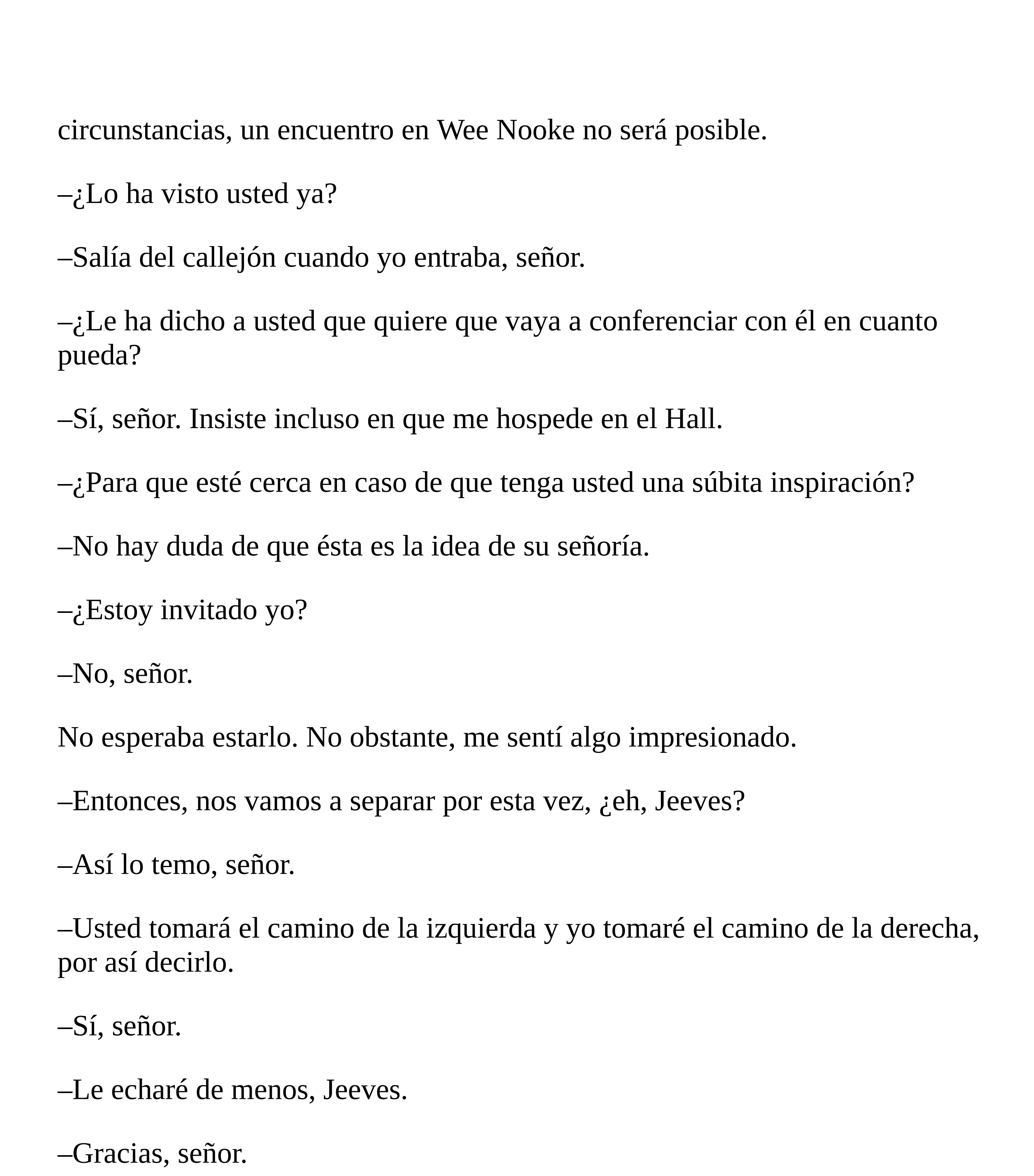
–Sí, señor. Precisamente estaba observándolo.

–Es obra de Edwin. ¡Qué muchacho, Jeeves! Es un chico que hace que uno sienta que lo que el país necesita es una especie de rey Herodes. Ha empezado con pólvora y ha seguido con queroseno. Simplemente eche una mirada a estas desconsoladoras ruinas. ¿Verdad que no hubiera usted creído posible que un débil muchacho con camisa deportiva y pantalones caqui hubiese podido realizar tal devastación? Y, no obstante, lo ha hecho, Jeeves, y lo ha hecho a conciencia. ¿Se da usted cuenta de lo que esto significa?

–Sí, señor.

–Ha convertido limpiamente en altos hornos el lugar de reunión del tío Percy y su compinche naviero. Tendrá usted que pensar de nuevo.

–Sí, señor. Su señoría se da perfecta cuenta de que, en las actuales



circunstancias, un encuentro en Wee Nooke no será posible.

–¿Lo ha visto usted ya?

–Salía del callejón cuando yo entraba, señor.

–¿Le ha dicho a usted que quiere que vaya a conferenciar con él en cuanto pueda?

–Sí, señor. Insiste incluso en que me hospede en el Hall.

–¿Para que esté cerca en caso de que tenga usted una súbita inspiración?

–No hay duda de que ésta es la idea de su señoría.

–¿Estoy invitado yo?

–No, señor.

No esperaba estarlo. No obstante, me sentí algo impresionado.

–Entonces, nos vamos a separar por esta vez, ¿eh, Jeeves?

–Así lo temo, señor.

–Usted tomará el camino de la izquierda y yo tomaré el camino de la derecha, por así decirlo.

–Sí, señor.

–Le echaré de menos, Jeeves.

–Gracias, señor.

–¿Quién era el tipo que se lamentaba siempre de perder gacelas?

–El poeta Moore, señor. Se lamentaba de que cada vez que criaba una gacela, para deleitarse con sus ojos negros y suaves, cuando llegaba a conocerla bien y amarla, tenía la muerte segura.

–Lo mismo me ocurre a mí. Soy un criador de gacelas. ¿No le importa que le

llame gacela, Jeeves?

–En absoluto, señor.

–Pues eso es. Me parece que será mejor que me vaya a instalar con Boko.

–Estaba a punto de proponérselo, señor. Estoy seguro de que míster Fittleworth estará encantado de hospedarlo.

–Eso creo y espero. Incluso me habló hace poco de prepararme una recepción con bombos y platillos. Pero, volviendo al tío Percy y al tipo ese de los Estados Unidos, ¿tiene usted alguna idea sobre el sitio donde reunirlos?

–De momento no, señor.

–Bien, pues duro con ello, porque es importante. ¿Recuerda usted que le dije que Boko y Nobby estaban prometidos?

–Sí, señor.

–No pueden casarse sin el consentimiento del tío Percy.

–¿De veras, señor?

–Hasta que ella tenga veintiún años, no. Edad legal. Y ahí está el quid, Jeeves. Ahora no tengo tiempo de darle todos los detalles, pero el muy animal de Boko ha hecho el idiota, con el resultado de... ¿Cómo es la palabra que designa a uno que echa espuma por la boca y rasga la alfombra?

–«Enajenado», señor.

–Eso es. Enajenado. Pues bien; como le decía, ahora no tengo tiempo de explicarle todo lo ocurrido, pero Boko ha hecho el indio; ha enajenado al tío Percy, el cual no está dispuesto a darle ni el olor de la bendición tutelar. De modo que ya ve usted lo que quiero decir respecto de esta reunión. Es de vital importancia que se celebre lo antes posible.

–¿A fin de que su señoría pueda estar en mejor disposición de ánimo?

–Exactamente. Si esta fusión se verifica, la leche de la afabilidad humana correrá

por su ánimo con el flujo de las olas, borrando toda animosidad. ¿No lo cree usted así?

–Ésa es indudablemente mi opinión, señor.

–Eso creo yo. Y por esto me encuentra usted de mal humor, Jeeves. Acabo de tener una desagradable conversación con el tío Percy, durante el transcurso de la cual se mostró abiertamente fuera del grupo de mis admiradores, pensando equivocadamente que había tomado parte activa en el reciente hecho ígneo.

−¿Le ha censurado, señor?

–Completamente. Nada tengo que ver con ello. Yo era un cero a la izquierda en este asunto. Edwin se ocupó de todo. Pero eso fue lo que creía él, y está ciego con su idea.

–Es lamentable, señor.

–Mucho. Desde luego, el voto de censura que me dirigió me tiene sin cuidado. Con unos cuantos «¡Bah!» y un encogimiento de hombros estoy al cabo de la calle. Bertram Wooster no es hombre a quien le preocupen cuatro palabras duras. Se sonríe y hace chasquear los dedos. Me es completamente indiferente todo lo que el viejo granuja pueda pensar de mí, y en todo caso no ha dicho ni un ápice de las cosas que la tía Agatha hubiera dicho en parecidas circunstancias. Pero he prometido a Nobby que defendería la causa de su amado y lo que me entristecía cuando ha llegado usted es que mi potencial en este sentido ha disminuido considerablemente. En lo que se refiere al tío Percy, no soy la fuerza que fui. Conque adelante con esa reunión.

–Emplearé todos los medios, señor. Comprendo perfectamente la situación.

–Bien. Y ahora, ¿qué más tenía que decirle? ¡Ah, sí! Stilton.

–¿Míster Cheesewright?

–El agente de policía Cheesewright, Jeeves. Stilton se ha convertido en la mosca azul del villorrio.

Pareció sorprendido, y no me extrañó. Para él, naturalmente, en la ocasión en que lo vio en mi casa, Stilton era un mero visitante, ordinario, que vestía traje de

tweed. Es decir, ni uniforme, ni casco, ni el menor indicio de botas de reglamento.

–¿Es policía, señor?

–Sí. Y, además, un policía asqueroso y vengativo. También con él he tenido una entrevista desagradable. Se queja de mi presencia aquí.

–Creo que hay mucha gente distinguida que se alista ahora en la policía, señor.

–Ojalá hubiese uno menos. Es desagradable ser considerado sospechoso por la fuerza pública, Jeeves.

–Sí, señor.

–Tendré que vigilar constantemente a fin de no darle ocasión de usar sus poderes oficiales. Nada de francachelas alcohólicas en el bar del villorrio.

–No, señor.

–Un paso en falso, y caería sobre mí como... ¿Quién fue aquel que cayó sobre la muchedumbre como un loco?

–El Asirio, señor.

–Eso es. Bueno, pues todo esto es lo que me ha pasado desde que nos separamos. Primero, Stilton; después, Edwin; a continuación el fuego, y finalmente, el tío Percy, todo en menos de media hora. Eso sólo demuestra lo que Steeple Bumpleigh puede hacer con uno cuando empieza a tomarle ojeriza. Y... ¡Oh, lo olvidaba! ¿Se acuerda usted del broche?

–¿Señor?

–El broche de la tía Agatha.

–¡Ah, sí, señor!

–Lo perdí. Pero es igual. Lo he vuelto a encontrar. Pero figúrese usted mi preocupación. Mi corazón todavía resiste.

–Lo imagino, señor. Pero ¿está seguro de que lo tiene ahora?

–¡Oh, sí! –dije, metiendo la mano en el bolsillo–. ¡Oh, sí! –repetí, sacándola nuevamente, con el rostro ceniciento y los ojos fuera de las órbitas–. O, mejor dicho, no, Jeeves –añadí–. Difícilmente lo creerá usted, pero el maldito broche ha desaparecido otra vez.

Ocurre algunas veces, y tengo que censurárselo a menudo, que este hombre recibe la noticia de que el mundo de su joven dueño se parte en dos pedazos con un mero «Muy inquietante, señor». Pero aquella vez vi claramente que comprendía que el asunto era demasiado serio para esto. No creo que palideciese, y con certeza no dijo «¡Caramba!» ni cosa alguna por el estilo, pero se acercó mucho al máximo de emoción que podía demostrar. La preocupación apareció en su mirada, y si no hubiera sido por sus rígidos puntos de vista respecto de la correcta etiqueta entre amo y criado, creo que me hubiera dado unas palmaditas en la espalda.

–Es un verdadero desastre, señor.

–¡Me lo dice usted a mí!

–Su señoría puede sentirse ofendida.

–¡Me la imagino berreando de indignación!

–¿Se halla usted en condiciones de pensar dónde puede haberlo perdido?

–Eso es precisamente lo que trato de hacer. Espere, Jeeves –dije, cerrando los ojos–. Déjeme pensar...

Pensé.

–¡Maldita sea!

–¿Señor?

–¡Ya lo tengo!

–¿El broche, señor?

–No, Jeeves, el broche no. Quiero decir que he reconstruido la escena y veo dónde me he separado de él. He aquí los hechos. La casa estaba en llamas, y de

repente me acordé de que había dejado la maletita en el vestíbulo. Creo inútil recordar a usted su contenido. Mi disfraz de Simbad el Marino.

–¡Ah, sí, señor!

–No diga usted «¡Ah, sí!», Jeeves. Escúcheme. Recordé súbitamente que había dejado la maletita en el vestíbulo. Bueno, ya me conoce usted. Pensar es obrar. Sin vacilar un momento, entré y la recogí. Eso implica agacharse. Y ese gesto ha podido producir la caída del broche de mi bolsillo.

–En ese caso, estará todavía en el vestíbulo, señor.

–Sí. ¡Pero contemple usted el vestíbulo!

Los dos lo contemplamos. Moví la cabeza. Movió la suya. Wee Nooke ardía más débilmente en ese momento, pero su interior era una cosa en la que sólo Sidrac, Misac y Abdénago hubieran entrado con auténtica alegría.

–No hay esperanza de encontrarlo si está allí.

–No, señor.

–¿Qué podemos hacer?

–¿Puedo reflexionar, señor?

–Ciertamente, Jeeves.

–Gracias, señor.

Permaneció en silencio, y yo aproveché el tiempo para meditar en lo que diría la tía Agatha. No pensé en ponerme en contacto con ella. En realidad, me pareció que era casi necesario otro de mis rápidos viajes a los Estados Unidos. Quizá la única ventaja de tener una tía como ésta es que uno se ve obligado a viajar, lo que ensancha la mente y permite ver caras nuevas.

Y estaba a punto de decirme: «Muchacho, rumbo al oeste», cuando, al mirar casualmente al pensador, observé que en su rostro aparecía la cerebral expresión que siempre significa que ha dado en el clavo.

–¿Sí, Jeeves?

–Creo haber hallado una sencilla solución para su problema, señor.

–¡Suéltela pronto, Jeeves, suéltela!

–Mi idea es tomar el coche del señor, irme a Londres, dirigirme al emporio donde su señoría ha comprado el broche y procurarme otro que sustituya el que ha perdido.

Medité la idea. Parecía prometedora. La esperanza comenzó a florecer.

–¿Quiere usted decir un sustituto?

–Sí, señor.

–¿Entregándolo a su destinataria como el original?

–Exactamente, señor.

Seguí meditando. Y cuanto más meditaba, más razonable me parecía la idea.

–Sí, comprendo lo que quiere decir. El mecanismo es muy parecido al que empleó usted en el caso de McIntosh, el perro de la tía Agatha.

–Muy parecido, señor.

–Nos encontrábamos con un terrier escocés menos. Razonó usted muy cuerdamente al pensar que todos los miembros de esta determinada raza canina se parecen mucho, y aportó usted un sustituto con completo éxito.

–Sí, señor.

–¿Servirá el mismo sistema con los broches?

–Así lo creo, señor.

–¿Es un broche exactamente igual que otro?

–No invariablemente, señor. Pero algunas gestiones indagatorias me permitirán obtener la descripción del objeto perdido y averiguar el precio que pagó por él.

De esta manera podré regresar con algo virtualmente indistinguible del original.

Me convenció. Parecía que me hubiesen quitado un gran peso de encima. He dicho ya que poco antes me había parecido que estaba a punto de darme unas palmaditas en el hombro. En ese momento era yo quien tenía que contenerme para no darlas en el suyo.

–¡Magnífico, Jeeves!

–Gracias, señor.

–*Rem... ¿Cómo es aquello?*

–Acu tetigisti, señor.

–Ya sabía yo que encontraría usted la manera.

–Me siento orgulloso de ver que merezco su confianza, señor.

–Tengo crédito en Aspinall’s, de manera que dígales que lo apunten en mi cuenta.

–Muy bien, señor.

–Póngase en marcha inmediatamente, Jeeves.

–Hay tiempo suficiente, señor. Llegaré a Londres mucho antes de que cierren los establecimientos. Antes de emprender la marcha, creo que será mejor que vaya a casa de míster Fittleworth, le cuente lo ocurrido, deposite allí el equipaje del señor y le advierta de su llegada.

–¿Cree usted que la palabra «advierta» es la correcta?

–«Informe» hubiera debido decir, señor.

–Bueno, no afinemos tanto. No olvide que la arena del reloj sigue cayendo. El broche debe de estar en manos de la destinataria esta noche. Mi deseo es poder depositarlo junto a su plato a la hora de la cena.

–Indudablemente, podré estar de regreso antes de la hora de la cena, señor.

–De acuerdo, Jeeves. Sé que puedo confiar en su puntualidad. Primera parada, en casa de Boko. Entretanto, yo rondaré un poco por aquí. Existe la posibilidad de que lo haya perdido fuera de la casa. No recuerdo exactamente de qué manera me afectó el fuego, pero no me cabe la menor duda de que pegué un salto, lo suficiente para hacer caer los paquetes de los bolsillos.

Desde luego, no creía tal cosa, la verdad. Persistía mi teoría original de que se me había caído mientras recogía la maletita. Pero en estos casos el instinto lleva a levantar todas las piedras y no dejar rincón sin explorar.

Rondé por allí, escudriñando la hierba y llegando incluso hasta los plantíos. Como había previsto, no hallé ni rastro del broche. No tardé en abandonar la partida y dirigirme hacia casa de Boko. Y acababa de llegar a la puerta cuando oí el timbre de una bicicleta –observé el curioso fenómeno de que, por lo visto, los habitantes de Steeple Bumpleigh no hacían otra cosa que montar en bicicleta– y vi a Nobby que se acercaba.

Me apresuré a ir a su encuentro, porque era precisamente la muchacha que quería ver. Sentía el deseo de charlar con ella respecto del tema de Stilton y su vida amorosa.

Desmontó con ágil gracia, dándome la bienvenida. Desde la última vez que la había visto, había borrado toda huella del viaje, y después de haber cambiado de vestido aparecía fresca y lozana. Desde luego, me era imposible comprender por qué se había tomado la molestia de arreglarse de aquella manera cuando sólo iba al encuentro de un tipo de pantalones de franela gris, pero ya se sabe que las muchachas serán siempre muchachas.

–¡Hola, Bertie! –dijo–. ¿Es que vas a hacer una visita de vecino a Boko?

Contesté que eso era más o menos lo que significaba, pero añadí que primero necesitaba algunos instantes de su precioso tiempo.

–Escúchame, Nobby –dije.

No me escuchó, desde luego. Jamás he conocido a una muchacha que escuche. Digan «Escúchame» a un miembro del sexo llamado débil, y en el acto lo toma como indicación de que debe empezar a hablar. No obstante, como el tema que desarrollaba resultaba ser el mismo que yo quería ventilar, el deseo de abrirle la cabeza con un adoquín no fue tan fuerte como hubiera podido ser.

–¿Qué has hecho para enfurecer de esa manera a Stilton, Bertie? Acabo de encontrármelo. Le he preguntado si te había visto, y se ha puesto rojo como un tomate, rechinando los dientes. Creo que en mi vida he visto un poli tan incandescente.

–¿No te lo ha explicado?

–No. Se ha limitado a pedalear como si estuviese corriendo la vuelta de los seis días y tuviese que alcanzar a los favoritos. ¿Qué ha ocurrido?

Apoyé sobre su antebrazo un índice pensativo.

–Nobby –dije–, ha habido un poco de lío. ¿Qué palabra es aquella que empieza con «con»?

–¿Por «con»?

–He oído a Jeeves emplearla. Hay no sé qué de «cate».

–¿Pero qué diablos estás diciendo?

–¡Concatenación! –exclamé–. Debido a una desgraciada concatenación de circunstancias, Stilton me mira con recelo. Se le ha metido en la cabeza que he venido aquí a robarle a Florence.

–¿Y es verdad?

–Mi querida Nobby –dije, mostrando cierta impaciencia–, ¿acaso hay alguien en el mundo capaz de querer robar a Florence? ¿De qué te sirve tu inteligencia? Pero, como te decía, esta infortunada concatenación le indujo a meterse esa idea en la mollera.

Y en pocas palabras le hice una detallada descripción de lo que ocurría, trazando a grandes rasgos el fondo de la cuestión. Cuando terminé, hizo una de aquellas estúpidas observaciones que tanto inducen al hombre a afirmar su convicción de que las mujeres, como sexo, deberían ser suprimidas.

–Hubieras debido decirle que eres inocente.

Me agité impacientemente.

–Le dije que era inocente y no quiso creerme. Continuó inflamándose hasta alcanzar una temperatura tan alta que me extrañó incluso que no me metiese en un calabozo. Y a propósito, debiste decirme que era policía.

–Lo olvidé.

–Me hubieras podido evitar una impresión desconcertante. Cuando oí a alguien que me llamaba por mi nombre y al volver la cara me encontré ante un ciclista que avanzaba hacia mí con el equipo completo de policía rural, casi me desvanecí.

Se echó a reír, pero fue un solo. Las presentes circunstancias no me inducían a convertirlo en dúo.

–¡Pobre Stilton!

–Sí, todo está muy bien, pero...

–Yo encuentro muy noble de su parte tratar de ganarse la vida en lugar de sentarse en las rodillas de su tío y meterle las manos en los bolsillos.

–No diré que no, pero...

–Florence no lo cree así. Y es curioso, porque fue ella quien lo orientó en esa dirección. Le habló de socialismo y lo obligó a leer a Marx. Es muy impresionable.

Estuve de acuerdo con ella. Jamás olvidaré que en Oxford un amigo suyo la convirtió temporalmente al budismo. Esto le ocasionó una serie de contrariedades con las autoridades del colegio, porque rompió con la Iglesia y se iba a meditar por los alrededores en cuanto veía un árbol.

–Florence ahora está furiosa, y dice que es un idiota por haber tomado sus palabras al pie de la letra.

Se interrumpió para reír nuevamente, y yo aproveché la oportunidad para colocar unas palabras.

–Exacto. Como muy bien dices, está furiosa. Y es precisamente de este aspecto del asunto del que quiero hablar. Yo podría soportar un Stilton echando chispas por los ojos y rechinando los dientes a la simple mención de mi nombre. No diré que pudiese ser incluso agradable saber que la policía rechina los dientes contra uno, pero uno se acostumbra a tomar las cosas desagradables con resignación. La verdadera complicación es que Florence parece flojear un poco respecto de él.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Acaba de hablarme de él. Me dijo que estaba cansada y fastidiada y que no sabía lo que iba a hacer. Su actitud me pareció la de la muchacha que está a punto de dar el pasaporte y devolver sortijas y regalos. ¿Comprendes la espantosa amenaza?

–¿Quieres decir que si riñe con Stilton puede pensar en reanudar las relaciones contigo?

–Ni más ni menos. El peligro es amenazador. Debido a otra infortunada

concatenación de circunstancias, mi crédito con ella ha subido recientemente a alturas vertiginosas, y en cualquier momento puede ocurrir una desgracia.

Y le expuse el asunto La hoja espinosa-Spinoza. Cuando terminé, una expresión meditabunda apareció en su rostro.

–¿Sabes, Bertie –dijo–, que he pensado que de todos los hombres con los que Florence ha estado prometida, tú eres el único a quien quiere?

–¡Ay, Dios mío!

–Es culpa tuya por ser tan fascinante.

–Quizá, pero ya es tarde para hacer algo.

–De todos modos, no veo por qué tienes que preocuparte. Si se te declara, te limitas a sonrojarte un poco, sonríes temblorosamente y dices: «Lo siento... Lo siento mucho... Me haces el honor más grande que una mujer puede hacer a un hombre, pero no puede ser. De manera que seamos camaradas, ¿te parece?» Eso aclarará las cosas.

–No pienso hacer nada de eso. Ya sabes cómo es Florence. Proponer es realizar. Se limitará a notificarme que nuestro compromiso está nuevamente en pie, como la niñera que ordena al crío que se coma las espinacas. Y si crees que tengo la fuerza de voluntad de retirarme con un nolle prosequi...

–¿Con un qué?

–Es una de las frases de Jeeves. Quiere decir escuetamente: «¡Y un cuerno!» Si, como digo, crees que soy capaz de mantenerme firme y darle calabazas, es que sobrestimas grandemente la fortaleza de los Wooster. Es necesario que se reconcilie con Stilton. Es la única manera. Escúchame, Nobby. Te escribí ayer una carta en la que te contaba la opinión que me merece Florence y rogándote que emplees todos los medios que estén en tu poder para abrir los ojos de Stilton sobre lo que le espera. ¿La has leído?

–Sílaba por sílaba. Me ha impresionado profundamente. No sabía que tuvieses un estilo literario tan vivo. Me ha recordado a Ernest Hemingway. ¿No escribirías por casualidad con el nombre de Ernest Hemingway?

Negué con la cabeza.

–No. Lo único que he escrito en mi vida es un artículo en Milady’s Boudoir sobre «Lo que lleva el hombre bien vestido». Apareció firmado con mi nombre. Pero no hagas caso de esa carta. Ahora estoy incondicionalmente a favor del proyecto. El deseo de salvar a Stilton ha desaparecido. Ahora, a quien tengo que salvar es a Bertram Wooster. Cuando hables con Florence, por consiguiente, alaba a Stilton de todas las maneras posibles. Hazle ver la joya que se lleva. Y si tienes alguna influencia sobre él, trata de persuadirlo de que deje toda esa estupidez de la policía y se prepare para el Parlamento, como ella quería.

–Me encantaría ver a Stilton en el Parlamento.

–A mí también, si eso acaba con las desavenencias.

–¡Sería un escándalo!

–No necesariamente. Hay entre nuestros legisladores idiotas más grandes que Stilton. Docenas de ellos. Es muy probable que formase parte del Gabinete. Así pues, anímalo, joven Nobby.

–Lo haré si puedo. Pero Stilton no es persona fácil de persuadir una vez ha tomado una decisión en un sentido determinado. ¿Te acuerdas de la serpiente sorda?

–¿La serpiente sorda?

–La que se taponó los oídos para no oír la voz de los encantadores. Pues así es Stilton. No obstante, como te digo, haré lo que pueda. Y ahora vamos a ver a Boko. Me muero por saber lo que ocurrió en ese almuerzo.

–Entonces, ¿no has visto al tío Percy?

–Todavía no. Estaba fuera. ¿Por qué?

–¡Oh, por nada! Lo digo porque si lo hubieses visto te lo habría contado él directamente –dije, experimentando una sensación de piedad por mi viejo amigo y la esperanza de que a aquellas horas habría conseguido ya inventar alguna historia razonable para ocultar su idiotez.

El ruido de una máquina de escribir nos recibió al franquear el umbral, lo que indicaba que Boko seguía redactando su carta al tío Percy. Cesó de pronto al oír la voz de Nobby, y cuando entramos en el saloncito arrojó rápidamente una hoja de papel a la cesta.

–¡Hola, querida! –dijo animadamente. Al verlo levantarse de su silla y abrazar con fuerza a Nobby, cualquiera hubiese creído que no tenía en la cabeza más que el pelo que al parecer no se había cepillado desde hacía días–. Estaba precisamente escribiendo un morceau...

–¡Oh, ángel mío! ¿Hemos interrumpido tu inspiración?

–No, no...

–Tenía tantos deseos de saber cómo ha ido el almuerzo...

–Claro, claro... Ya te lo contaré. A propósito, Bertie, Jeeves ha traído aquí tu equipaje. Está en la habitación de huéspedes. Encantado de alojarte, desde luego. Lástima eso del fuego...

–¿Qué fuego? –preguntó Nobby.

–Jeeves me ha dicho que Edwin ha conseguido incendiar Wee Nooke hasta los cimientos. ¿Es verdad, Bertie?

–La pura verdad. Ha sido su última buena acción del viernes.

–¡Qué lástima! –dijo Nobby, con una simpatía femenina que le sentaba muy bien.

De todos modos, Boko parecía radiante.

–Personalmente –dijo–, considero que Bertie ha salido bien librado. Parece que ni se ha chamuscado siquiera. Una casa quemada es una bagatela. Generalmente, cuando Edwin quiere realizar alguna buena acción, la humanidad corre peligro. Recuerdo el día que reparó mi cacharro para hervir huevos. Ocasionalmente, cuando estoy muy ocupado con alguna obra, sin ahorrarme esfuerzo por dar al público lo mejor de mi producción, me levanto temprano, antes de que venga la asistenta. En esas ocasiones tengo la costumbre de cocerme un huevo empleando uno de esos aparatos automáticos. Ya sabéis qué aparatos son. Suena un timbre

de alarma, os desea que hayáis dormido bien, vierte el agua en el café, enciende la llama debajo y pone el huevo en ebullición. Pues bien, al día siguiente de que Edwin hubiera arreglado la máquina, que al parecer estaba estropeada, el huevo estaba apenas en su sitio cuando salió disparado como una bala, me dio en plena nariz y me tumbó de cabeza. Estuve sangrando horas enteras. De manera que sostengo que si has salido indemne de un incendio que ha destruido tu casa, puedes estar contento.

Nobby disertó sobre la posibilidad de que alguien asesinase un día a Edwin, y todos convinimos en que cualquier día podría aparecer el hombre que lo hiciese.

–Y ahora –dijo Boko con una brillantez que, conociendo los hechos, no pude dejar de admirar– quieres que te refiera lo del almuerzo... Pues fue un gran éxito.

–¡Querido!

–Sí, un éxito rotundo. Me parece que he hecho una buena salida.

–¿Has estado brillante?

–Muy brillante.

–¿Y simpático?

–Muy simpático.

–¡Ángel mío! –exclamó Nobby besándolo quince veces seguidas.

–Sí –dijo Boko–, creo que al final me lo he ganado. Esto es difícil de asegurar tratándose de un hombre como él, que oculta sus emociones tras un rostro impasible, pero me parece que flaquea. Y, además, no vamos a esperar que me salte al cuello en el acto, ¿verdad? Habíamos convenido que el almuerzo era simplemente para preparar el terreno.

–¿De qué habéis hablado?

–Oh, de esto y de aquello. Recuerdo que uno de los temas fue el de las arañas.

–¿El de las arañas?

–Parece que le interesan mucho las arañas.

–Nunca lo había oído.

–Supongo que es una fase de su carácter que no te ha querido revelar. Y entonces, naturalmente, después de hablar de esto y de aquello, hablamos de aquello y de esto.

–¿No hubo pausas angustiosas?

–No observé una sola. No, la conversación fue animada, en realidad, especialmente hacia el final.

–¿Le dijiste lo que ganas?

–¡Oh, sí! Tocamos ese punto.

–Espero que le explicarías que eres un muchacho de porvenir, destinado a seguir ganando mucho. Eso es lo que le preocupa. Cree que puedes derrumbarte en cualquier momento.

–Como Wee Nooke.

–Cuando era joven y empezaba su negocio de barcos, el tío Percy solía ir con un grupo de alborotadores de Londres y conoció a muchos escritores que de vez en cuando pillaban un puñado de dinero y se lo gastaban en un par de días y después vivían de lo que podían pedir prestado. Mi pobre padre era uno de ellos.

Esto era nuevo para mí. Jamás había imaginado que mi tío Percy pudiese ir con un grupo bullicioso, ni aun siendo joven. En realidad, nunca me había figurado que hubiese sido joven. Siempre ocurre así. Cuando un hombre tiene un bigote espeso, un negocio sólido y lucrativo y los modales de un oso al que se despierta durante su hibernación, no penetra uno en su pasado ni se pregunta si también hubo un tiempo en que fue joven.

–Toqué ese tema –dijo Boko–. Fue uno de los primeros que desarrollé. El autor moderno, le dije, es tenaz y ordenado. No piensa más que en el trabajo, y cuando lo consigue lo aprovecha.

–Eso debió de gustarle.

–¡Oh, mucho!

–Entonces, todo va bien.

–¡Espléndido!

–Ahora sólo falta que Bertie intervenga.

–Exacto. El futuro depende de Bertie.

–Cuando defienda nuestra...

–¡Ah! No he querido decir eso. Me parece que no estás al corriente del desarrollo de los recientes acontecimientos. Dudo que sea oportuno que Bertie intervenga ahora. Su nombre es como el fango.

–¿El fango?

–«Fango» me parece le mot juste. ¿No crees, Bertie?

Me vi obligado a admitir que era más o menos eso.

–Al tío Percy –expliqué– se le ha metido en la cabeza que ayudé y di ánimos a Edwin en sus actividades incendiarias. Esto me ha hecho perder bastante prestigio como defensor de una causa. Consideraría ahora difícil doblegarlo como un junco.

–¿En qué punto estamos, pues? –dijo Nobby con expresión de angustia.

Boko le dio unas palmaditas animadoras en el hombro.

–Todo va bien. No te preocupes.

–Pero si Bertie no puede defender...

–¡Ah! No olvidemos lo versátil que es. Lo que tenemos que buscar es el punto flaco de su naturaleza. Por ahí es por donde debemos atacarlo. Reflexionando profundamente sobre este asunto, he tenido una idea, y me parece que es un hallazgo. Me he dicho: «Supongamos que consiguiese salvar la casa de ser desvalijada por algún salteador nocturno.» Supongo que esto le haría creer que tengo buenos propósitos. Seguramente diría: «¡Qué buen muchacho es este

Fittleworth!» ¿No crees?

–Supongo que sí.

–Parece que dudas.

–Sólo pensaba que no es muy probable que ocurra tal cosa. No ha habido un robo en Steeple Bumpleigh desde hace un siglo. Stilton se quejaba de ello el otro día. Dice que este sitio no da oportunidad alguna a un policía ambicioso.

–Esas cosas pueden arreglarse.

–¿Qué quieres decir?

–Sólo requieren un poco de organización. Habrá un robo en Steeple Bumpleigh esta misma noche. Bertie se encargará de ello.

Sólo podía hacer un comentario a esta proposición, y lo hice.

–¡Eh! –grité.

–No interrumpas, Bertie –dijo Boko con reprobación–. Me impide ordenar mis ideas. Aquí tenéis, en resumen, el programa que he trazado. A primeras horas de la madrugada, Bertie y yo emprendemos el camino hacia el Hall. Nos acercamos a la ventana de la despensa. Él la rompe. Yo doy la voz de alarma. Él se escapa...

–¡Ah! –dije. Era el primer punto mencionado que merecía mi aprobación.

–... mientras yo me quedo para recibir los aplausos de todos y ser felicitado. No creo que pueda fallar. La cosa que más le desagrada a un dueño del tipo Worplesdon es ver su casa invadida por ladrones, y todo hombre que consigue abortar un plan de esta clase crece considerablemente en su corazón. Antes de que termine la noche, espero verlo prometiéndome bailar el día de la boda.

–¡Querido, es maravilloso!

Nobby fue quien dijo esto, no yo. Yo seguía mordiéndome el labio inferior con franca preocupación. Hubiera debido recordar que el plan al que Boko había hecho alusión había sido una de sus novelas policíacas, y que era muy natural que una idiotez como aquélla acudiese a su mente.

Quiero decir que si uno toma a un tipo cuyas ideas giran persistentemente alrededor de gritos por la noche, luces que se apagan, manos misteriosas que aparecen a través del muro y gente corriendo y chillando «¡Que viene la sombra!», es inevitable que estos planes sean los que acudan a su mente en caso de urgencia. Decidí de una vez para siempre mantenerme en un firme nolle prosequi. Nadie siente mayores deseos que Bertram Wooster de tender una mano protectora al joven sueño de Amor, pero hay límites a lo que esta mano está dispuesta a apuntarse, y límites bien definidos.

La alegre animación de Nobby se había apagado un poquito. Como yo, estaba también mordiéndose el labio.

–Sí, es maravilloso, pero...

–No me gusta oír la palabra «pero».

–Sólo quería decir que cómo te justificarás.

–¿Justificarme?

–Sí. ¿Cómo justificarás tu presencia allí para dar la alarma y recibir los aplausos?

–Muy simple. Mi amor hacia ti es la comidilla de Steeple Bumpleigh. ¿Qué más natural que haya ido allí a contemplar tu ventana?

–Ya... Y entonces oíste ruido y...

–Un ruido extraño que sonaba a rotura de cristales. Entonces di la vuelta a la casa para investigar y encontré a un granuja rompiendo los cristales de la ventana de la despensa.

–¡Claro!

–Ya sabía yo que lo comprenderías.

–Entonces, todo depende de Bertie.

–Todo.

–¿Crees que no tendrá inconveniente?

–No me gusta que digas esas cosas. Ofendes sus sentimientos. Tú no sabes la clase de hombre que es Bertie. Sus nervios son de acero templado, y cuando se trata de ayudar a un amigo, nada lo detiene.

Nobby lanzó un profundo suspiro.

–Es maravilloso, ¿verdad?

–Es único.

–Siempre he sido una admiradora de Bertie. Cuando era niña, me dio una vez tres peniques de caramelos ácidos.

–Generoso hasta la abnegación. Estos tipos espléndidos son siempre así.

–¡Cuánto lo admiro!

–Yo también. No hay otro hombre a quien admire tanto.

–¿No te recuerda mucho a sir Galahad?

–Tenía el nombre en la punta de la lengua.

–No hay ni que pensar en que no quisiera hacerlo.

–¡Claro que no! ¿Todo arreglado, Bertie?

Es curioso lo que unas cuantas palabras gentiles pueden hacer. Hasta entonces había estado, como he dicho, firme en mi nolle prosequi, y había abierto ya los labios para pronunciarlo con todo el énfasis de que era capaz. Pero al cruzar una mirada con Nobby y ver sus ojos fijos en mí con admiración, y al mismo tiempo sentir que Boko me estrechaba la mano con efusión, acariciándome el hombro, algo me impresionó. Es decir, que no había nolle prosequi posible sin estropear el espíritu del grupo.

–¡Oh, sí! –dije–. ¡Naturalmente!

Pero no alegremente. No con verdadero fuego.

No, no con verdadero fuego. Y esta escasez de fuego, debo confesarlo, continuó manifestándose hasta la hora cero. Durante el tranquilo crepúsculo, la frugal cena y la larga y angustiosa espera hasta que el reloj del villorrio diese las doce campanadas, experimenté un creciente malestar. Y cuando el momento llegó y Boko y yo cruzamos los silenciosos jardines de Bumpleigh Hall a fin de iniciar los hechos, este malestar fue aún más fuerte.

Boko estaba de un humor alegre y efervescente, hablando de vez en cuando en voz baja, pero entusiasta de las bellezas de la naturaleza y llamándome la atención con un cauteloso susurro sobre las flores que dejábamos a nuestro paso. Pero a Bertram le ocurría algo muy diferente. Bertram, y no trato de ocultarlo, no estaba en forma. Sentía en su corazón el peso angustioso del temor. El mundo de los Wooster estaba sometido; había puesto mis servicios a la disposición de la joven pareja, y no se trataba de escabullirse ni de faltar a lo prometido, pero nada sería capaz de conseguir que aquello me gustase.

Creo haber comentado mi repulsión a rondar por jardines ajenos en la oscuridad. Lamentables episodios de mi pasado han estado relacionados con los jardines sombríos de los demás, especialmente aquella vez en que las circunstancias me llevaron a salir a primeras horas de la madrugada y tocar la campana de alarma de Brinkley Court, y aquella otra ocasión en que Roberta Wickham, contra mi mejor juicio, me obligó a subir a un árbol para dejar caer un tiesto sobre el techo del invernadero a fin de crear un entretenimiento que permitiese a su prima Clementina, que había salido de la escuela sin permiso, entrar allí a hurtadillas.

De todas aquellas hazañas, la última mencionada fue, hasta la fecha, la más dolorosa, ya que culminó con la súbita aparición de un policía que dijo: «¿Qué hace usted ahí?» Y la idea de que podía producirse una repetición de los hechos rutinarios y de que si aparecía un policía en esta ocasión sería Stilton, me helaba la sangre y me hacía sentir un angustioso malestar en la boca del estómago, como si me hubiese tragado una cucharada de mariposas.

Tan pronunciada era esa sensación, que de repente vi que había agarrado a Boko por el brazo con un pánico mal disimulado y lo arrastraba tras un árbol.

–Boko –balbuceé–, ¿qué hay de Stilton? ¿Has considerado el punto de vista de Stilton?

–¿Eh?

–Suponte que esté de servicio esta noche. Suponte que anda rondando. Suponte que súbitamente cae sobre nosotros armado de pito y libreta.

–¡Absurdo!

–Sería espantoso verse detenido por un muchacho con quien te une una amistad de la infancia. Y cumpliría su misión con celo. Me ha tomado ojeriza.

–¡Absurdo, absurdo! –dijo Boko, siempre ingenuo hasta la médula–. No debes permitir que tus pensamientos tomen esta inclinación morbosa, Bertie. Estos temblores son indignos de ti. No te preocupes por Stilton. No tienes más que ver sus ojos claros, sus sonrosadas mejillas, para comprender que es un hombre que no se aparta de sus ocho horas. Temprano a la cama y temprano de pie; es su lema. Stilton está ahora entre sábanas, durmiendo como un niño, y no volverá a empezar a actuar hasta que su reloj haga explosión a las siete y media.

Bien, hasta cierto punto todo aquello era verdad. Su razonamiento era plausible. Indudablemente, las mejillas de Stilton eran sonrosadas. Pero sólo me sentí reconfortado un momento. Después de todo, reflexioné, Stilton no era más que una parte de lo que me amenazaba. Aun prescindiendo de él, existía el dúo tío Percy-tía Agatha. Era imposible olvidar el hecho de que aquellos jardines y aquella vivienda que estábamos violando pertenecían al primero, y que la segunda tenía condominio en ellos. Podía salvarme del dragón, pero ¿qué ocurriría con los hipogrifos? Ésa es la pregunta que me hacía. ¿Qué pasaría con los hipogrifos?

Si la cosa salía mal, si el espantoso lío en que me había embarcado fracasaba en un mínimo detalle, ¿cuál sería la consecuencia? Yo se lo diré: no solamente me encontraría en la situación de tener que explicar a un tío esclavizador, justamente indignado por haber sido arrancado de su inocente sueño, por qué me hallaba por aquellos alrededores haciendo añicos los cristales de la despensa, sino que la historia sería referida a la tía Agatha a su regreso, y entonces ¿qué?

Delitos mucho menos graves del pasado hicieron que mi vieja parienta saltase sobre mí armada con un hacha como un piel roja en pie de guerra, aullando por mi sangre.

Mencioné todo esto a Boko cuando llegamos al final del viaje, y él me dio unas

palmaditas en el hombro. No hay duda de que eran bien intencionadas, pero consiguieron levantar poco o nada mi moral.

–Si te pescan –dijo Boko–, pasas de largo tan tranquilo.

–¿Que pase de largo?

–Exacto. Tan tranquilo. ¿Tienes la cola?

Le dije que tenía la cola.

–¿Y el papel?

–Sí.

–Entonces voy a dar una vuelta de diez minutos. Con esto tendrás ocho minutos para concentrar tu valor en el punto decisivo, uno para romper el cristal de la cocina y otro para salir corriendo.

Lo de la cola fue idea de Boko. Había insistido en que era un aditamento indispensable del procedimiento, pretendiendo que daría el toque profesional que deseábamos. Según él, y es hombre que ha estudiado estas cosas, el primer acto de todo malhechor que se respete, es equiparse de cola y papel de estraza. Se pega el papel a la ventana por medio de la cola y entonces se arrea un fuerte puñetazo al cristal.

¡Vaya manera de ganarse la vida! Creo que debí de emplear tres minutos de los diez de que disponía meditando sobre estos pobres tipos y preguntándome qué puede obligarlos a llevar una vida tan agotadora. Grandes provechos, sin duda, y prácticamente ningún jefe, pero piensen en lo que deben de gastar en especialistas de los nervios y curas de reposo. Sólo los tónicos deben de formar una parte considerable de los gastos de los ladrones.

Siguiendo este orden de ideas, hubiera podido seguir pensando durante mucho rato, pero tuve que abandonar mis meditaciones porque el tiempo pasaba y Boko podía regresar de un momento a otro. Y temblaba ante la perspectiva de tener que explicarle que había dedicado a la reflexión momentos que hubieran debido ser consagrados a la acción.

Pensando, por consiguiente, que si hay que hacer las cosas más vale hacerlas

pronto, como dice Shakespeare, encolé el papel y lo pegué a la ventana. Sólo faltaba, pues, arrearle el soberbio puñetazo. Y en aquel momento preciso fui súbitamente presa de una especie de vacilación, como había vacilado Stilton a la puerta de la joyería.

Yo había creído, al contemplarlo en aquella ocasión, que había realizado lo que podríamos llamar la última palabra del vete-y-vuelve, pero en ese momento veía que no había hecho más que rozar la superficie del arte. Comparado con lo mío en aquella ocasión, la vacilación de Stilton casi no podía ser llamada vacilación. Me acercaba a mi objetivo y me alejaba de él, y otras veces me apartaba hacia un lado. Cualquier espectador, si hubiese habido alguno presente, habría podido creer que estaba ensayando los intrincados pasos de alguna danza rítmica.

Finalmente, no obstante, apelando a mi valor y reuniendo todas las espléndidas fuerzas de los Wooster, hice un rápido movimiento hacia adelante, y estaba a punto de levantar el puño cuando pareció que un cartucho de dinamita estallaba sobre mi cabeza. Mi cabello se erizó formando una masa sólida, y todos los nervios de mi cuerpo se pusieron en tensión, retorciéndose las puntas. Había momentos en su carrera, frecuentes incluso, en que Bertram Wooster no se había sentido tranquilo, pero aquella vez era el tope.

Desde alguna parte de arriba, una voz había gritado:

–¡Eh! ¿Quién está ahí?

De no haber sido por aquel «¡Eh!» hubiera creído que era la voz de la conciencia. Pero, tal como era, estaba en condiciones de reconocerla como perteneciente al asqueroso y maldito Edwin. Pegado a la pared, como si fuese un trozo del papel encolado, pude verlo asomarse a una ventana adyacente. Y cuando reflexioné que, después de todo lo que había pasado, me veía descubierto en ese momento por un boy scout, no tengo inconveniente en confesar que el acero penetró en mis carnes. Era amarga aquella situación.

Después de haber dicho «¿Quién está ahí?», permaneció un instante silencioso, como esperando respuesta, a pesar de que cualquiera pensaría que incluso una obtusa mentalidad como la de aquel muchacho hubiera debido saber que era inútil esperar que los ladrones se entretengan en conversar.

–¿Quién está ahí? –repitió.

Mantuve una prudente reserva. Entonces dijo: «Te veo perfectamente», pero con una voz vacilante que me dio a entender que mentía como un cretino. Lo único que me tranquilizaba todavía hasta cierto punto y calmaba las vibrantes fibras de mi corazón durante aquel desagradable momento, fue que era una noche oscura, sin luna ni resplandor. Había estrellas, sí. Luna, no. Un lince tal vez hubiese podido verme, pero sólo un lince, y un lince con una vista sumamente aguda, además.

Mi silencio pareció desconcertarlo. Las conversaciones unilaterales decaen siempre muy fácilmente. Reflexionó un poco más sobre la escena –Jeeves hubiera sin duda encontrado cierta semejanza con la Pura Doncella mirando desde la alta torre hacia el cielo–, metió la cabeza dentro y volví a encontrarme solo.

No obstante, no por mucho rato. Un momento después aparecía Boko.

–¿Todo listo? –preguntó con una voz que pareció resonar en el jardín como un vendedor ambulante llamando la atención sobre sus coles de Bruselas.

Yo lo agarré por el brazo y le pedí que bajase un poco el tono:

–¡No tan alto!

–¿Qué ocurre?

–Edwin.

–¿Edwin?

–Acaba de sacar la cabeza por la ventana. Quería saber quién era.

–¿Se lo has dicho?

–No.

–Perfecto. Buena precaución. Probablemente se habrá ido a dormir otra vez.

–Los boy scouts nunca duermen.

–Claro que duermen... En manadas. ¿Has roto el cristal?

–No.

–¿Por qué?

–A causa de Edwin.

Chasqueó la lengua, haciéndome estremecer de proa a popa. A mí, nervioso en aquel momento, como ya lo he demostrado, me pareció como si una inmensa reunión de bailarines españoles tocaran las castañuelas.

–No debes apartarte del trabajo que tienes entre manos por cualquier insignificancia, Bertie. Me estoy preguntando si te tomas este asunto con la debida seriedad. Quizá me equivoco, pero noto algo frívolo en tu actitud. Reacciona y trata de recordar lo que esto significa para Nobby y para mí.

–Pero no puedo romper cristales mientras Edwin me esté mirando desde arriba...

–¡Claro que puedes! No veo la dificultad. No hagas caso de Edwin. Si está alerta, tanto mejor. Será muy útil cuando llegue el momento en que yo entre en escena. Su relato confirmará el mío. Te daré otros diez minutos, pero insisto en que pongas manos a la obra. ¿Tienes un cigarrillo?

–No.

–Entonces tendré que fumar de los míos. Es lo que hay –dijo alejándose.

Al leer este fragmento del diálogo, habrán notado algo. No sé si saben el significado de la expresión francesa sang-froid, pero, en caso afirmativo, difícilmente habrán dejado de observar cuán extraordinarias pruebas de esta cualidad había dado Fittleworth recientemente. Mientras yo temblaba y me estremecía, él permanecía tan tranquilo y fresco, y quizá era ésta la razón por la que seguía moviéndose.

En estos casos alivia mucho poder andar de un lado para otro en lugar de permanecer de pie junto a las ventanas de la despensa, y pensé que un pequeño paseo calmaría seguramente mi agitado sistema nervioso. Con este propósito, empecé a dar la vuelta a la casa.

No obstante, toda esperanza que hubiese podido abrigar de que mis vibrantes ganglios cesarían de temblar y que desaparecería aquel malestar en la boca del

estómago, se desvaneció antes de haber avanzado doce metros. Una figura delgada apareció súbitamente ante mí en la oscuridad, lo que me hizo pegar un salto y lanzar un agudo grito.

Recobré mi compostura hasta cierto punto –no del todo, sino hasta cierto punto–, cuando la delgada figura habló y reconocí la voz de Jeeves.

–Buenas noches, señor –dijo.

–Buenas noches, Jeeves –respondí.

–Me ha dado un buen susto, señor.

–Nada comparado con el que me ha dado usted. Creí que me estallaba el cráneo.

–Siento muchísimo haber sido la causa de que experimentase un malestar, señor. Me vi imposibilitado de anunciar mi aproximación, habiendo sido el encuentro totalmente fortuito. Usted se ha quedado levantado hasta tarde.

–Sí.

–Difícilmente podría uno desear más deliciosas condiciones para un paseo nocturno.

–¿Es ése su punto de vista?

–Exactamente, señor. Siempre he pensado que pocas cosas hay más sedantes que un paseo nocturno por el jardín.

–¡Ah!

–El aire fresco, el perfume de las plantas que crecen... La planta que puede oler es tabaco, señor.

–¿Sí?

–Las estrellas...

–¿Las estrellas?

–Sí, señor.

–¿Qué les pasa?

–Me limitaba a llamar su atención sobre ellas, señor. Fíjese cómo el manto del

cielo está incrustado de brillante oro.

–Jeeves...

–Nunca podremos comprender el menor de esos astros, señor, pero sus movimientos son como los cantos de los ángeles, contemplando los querubines de ojos juveniles...

–Jeeves...

–Tal armonía está en las almas inmortales. Pero mientras esta fangosa vestidura de suciedad nos recubra groseramente, no podremos oírlos.

–Jeeves...

–¿Señor?

–Podría usted dejar eso, ¿verdad?

–Ciertamente, señor, si usted lo desea.

–No estoy de humor.

–Muy bien, señor.

–Ya sabe usted cómo está uno a veces.

–Sí, señor. Lo comprendo perfectamente. He conseguido el broche, señor.

–¿El broche?

–El que usted deseaba que comprase para sustituir al que se extravió en el incendio, señor. El regalo de cumpleaños de lady Florence.

–¡Oh! ¡Ah! –Tendrán una ligera indicación de cuánto me había afectado aquello que Jeeves llamaba paseo nocturno, cuando les diga que había olvidado completamente el maldito broche–. Lo tiene usted, ¿verdad?

–Sí, señor.

–¿Y lo ha traído?

–Sí, señor.

–Bien. Entonces no hay que pensar más en ello. Y créame, Jeeves, cuantas más cosas pueda quitarme de la cabeza en esta ocasión, mejor, porque la tengo ya más que sobrecargada.

–Siento oírselo decir, señor.

–¿Sabe usted por qué ando rondando por este jardín?

–Esperaba que usted podría iluminarme a este respecto, señor.

–Lo haré. No es un paseo cualquiera el que me ocupa, Jeeves, sino una empresa cuyas consecuencias pueden conmover a la humanidad.

Escuchó atentamente, mientras yo le explicaba los acontecimientos que me habían llevado a la tragedia, y sólo me interrumpió para aspirar la debida bocanada de aire, mientras seguía hablando del tío Percy, de Boko y de los artículos de broma. Era evidente que mi relato le había conmovido.

–Mister Fittleworth es un joven excéntrico, señor –fue su comentario cuando terminé.

–Chiflado hasta la médula –asentí.

–No obstante, el plan que ha trazado no carece de ingenuidad. Su señoría quedaría indudablemente agradecida a cualquiera que hubiese hecho fracasar un plan contra su domicilio esta noche precisamente. Sé por casualidad que, a pesar de las reiteradas súplicas de milady para que se ocupase de ello, olvidó echar al correo la carta en que renovaba su seguro de robo.

–¿Cómo lo sabe usted?

–El hecho me ha sido referido por su señoría en persona. Al enterarse de que debía ir a Londres esta tarde, me dio la misiva para que la enviara desde el área metropolitana a fin de que llegase a su destino mañana por la mañana con el primer reparto. Su emoción al suplicarme que no lo olvidase y aludir a lo que milady diría si se enteraba de su negligencia, era netamente visible. Temblaba claramente.

Yo estaba sorprendido.

–¿Quiere usted decir que tiene miedo de la tía Agatha?

–Un miedo intenso, señor.

–¿Un hombre como él? ¿Prácticamente una especie de buhonero de barco pirata?

–Incluso los buhoneros de los barcos piratas le tienen miedo al capitán, señor.

–Pues me deja usted atónito. Siempre hubiera creído que si había algún tipo que fuese dueño en su casa, este tipo era lord Percival Worplesdon.

–Me inclino a dudar de que exista un caballero que pueda ser dueño en una casa donde resida milady, señor.

–Quizá tenga usted razón.

–Sí, señor.

Suspiré profundamente. Por primera vez desde que Boko me había expuesto su plan, sentía una especie de relajamiento de la emoción. Sería disfrazar la verdad decir que Bertram Wooster miraba con deleite el porvenir de romper la ventana de la despensa, pero siempre era un estímulo pensar que el acto podía probablemente producir sólidos resultados.

–Entonces, ¿cree usted que el plan de Boko va a producir sus frutos?

–Es probable, señor.

–Siempre es un consuelo.

–Por otra parte...

–¡Por Dios, Jeeves! ¿Qué pasa ahora?

–Iba únicamente a decir que míster Fittleworth no ha elegido para su empresa un momento oportuno, señor. Es probable que choque con las disposiciones de su señoría.

–¿Qué quiere usted decir?

–Por una desgraciada coincidencia, su señoría se dirigirá dentro de breves momentos al cobertizo de los tiestos para conferenciar con míster Chichester Clam.

–¿Chichester Clam?

–Sí, señor.

Meneé la cabeza.

–Temo que las emociones a que he estado sometido hayan afectado mi oído. Tengo la impresión de que está usted hablando de Chichester Clam.

–Sí, señor. Míster J. Chichester Clam, director general de la Clam Line.

–¿Qué diablos es la Clam Line?

–La línea naviera, señor, la cual, si recuerda, es la que debe fusionarse con la Pink Funnel de su señoría.

Finalmente comprendí.

–¿Se refiere usted a ese estadounidense a quien quiere unirse el tío Percy? ¿El anciano marino de los Estados Unidos?

–Precisamente, señor. Debido al incendio de Wee Nooke, fue necesario pensar en otro sitio oculto donde los dos magnates pudieran hablar de sus negocios sin temor a ser interrumpidos.

–¿Y han elegido ustedes el cobertizo de los tiestos?

–Sí, señor.

–Dios le bendiga, Jeeves.

–Gracias, señor.

–¿Está el tipo ese en el almacén ahora?

–Estaría dispuesto a creerlo, señor. Cuando fui a Londres en coche esta tarde, lo hice con instrucciones de su señoría de establecer comunicación telefónica con

míster Clam en su hotel y rogarle que viniese enseguida a Steeple Bumpleigh y estuviese en el cobertizo de los tiestos a las doce y media de la noche. El caballero expresó su completa comprensión y acuerdo, y me aseguró que llegaría al sitio indicado a la hora debida.

No pude reprimir cierto sentimiento de conmiseración por aquel pobre hombre de allende los mares. Nacido y criado en los Estados Unidos, no podía tener, desde luego, la más ligera idea de lo que podía ser Steeple Bumpleigh y de todo lo que iba a pasar por haberse metido allí. Me era imposible, así, de repente, decir qué le reservaba Steeple Bumpleigh a Chichester Clam, pero indudablemente le esperaba una noche difícil.

Comprendí también qué quería decir Jeeves al hablar de que Boko había elegido un mal momento para su empresa.

–¿Las doce y media? Debe de ser ya la hora.

–Exactamente, señor.

–Entonces, el tío Percy puede aparecer de un momento a otro.

–Si no me equivoco, señor, debe de ser su señoría el que oímos aproximarse.

En efecto, con toda seguridad, podíamos oír el ruido de un sólido objeto que avanzaba en medio de la noche.

Hice una aspiración profundamente conmovido.

–¡Cuidado, Jeeves!

–¿Señor?

–Aquí viene.

–Sí, señor.

Reflexioné un momento.

–Bueno –dije, aun cuando no me gustaba la perspectiva y hubiera deseado que la cortesía pudiese ser evitada–, creo que será mejor enfrentarnos con la suerte.

¡Qué le vamos a hacer! –añadí al verlo aparecer.

Debo confesar que el resultado no fue desagradable para un hombre; me refiero al que durante aquella noche había ya pegado dos veces un salto al oír que le dirigían la palabra en la oscuridad. Al ver el salto que dio mi viejo pariente, sin lanzar un solo grito, evidentemente presa del pánico, tuve la sensación de que me devolvían algo de lo pasado. Pensé que, sucediera lo que sucediese, aquello había sido por lo menos una satisfacción.

Al presentarme ante mi pariente, le di ocasión de demostrar que, por lo menos en momentos de gran emoción, tenía una tendencia a decir «¿Cómo?» una y otra vez. Y así lo hizo.

–¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo? –dijo cinco veces en total–: ¿Cómo? –añadió redondeando la media docena.

–Magnífica noche, tío Percy –repuse, empleando la suavidad para mantener la conversación en un tono amistoso–. Jeeves y yo hemos venido a pasear bajo las estrellas. ¿Qué decía usted de las estrellas, Jeeves?

–Me refería al hecho de que no hay el menor astro celeste que al moverse no cante como un ángel, sin dejar de contemplar a los querubines de ojos juveniles, señor.

–Eso es verdad. Valía la pena saberlo, ¿verdad, tío Percy?

Durante este cambio de frases, mi pariente había seguido diciendo «¿Cómo?», con una especie de voz ahogada, como si le fuese todavía difícil afrontar la premura de los hechos. Se acercó a mí y me miró entornando los ojos cuanto era posible bajo aquella luz incierta.

–¡Tú! –dijo, con voz ahogada, como un potente nadador en medio de la agonía–. ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

–Pues dando un paseíto...

–Pues vete a dar paseítos por otro sitio, ¡maldita sea!

Los Wooster somos rápidos en comprender cuándo nuestra presencia no es deseable. Leyendo entre líneas comprendí que deseaba verme lejos.

–De acuerdo, tío Percy –dije, conservando todavía mi habitual suavidad, y estaba a punto de retirarme cuando otra de aquellas voces que tan comunes parecían ser por aquellos lugares habló detrás de mí, lo que me produjo un sobresalto igual, si no superior, al sufrido recientemente por mi tío.

–¿Qué significa todo esto? –dijo, y con aquella sensación que suele llamarse desfalleciente agonía, vi que Stilton se había unido a nuestro grupo. Boko se había equivocado completamente respecto de él. Por sonrosadas que estuviesen sus mejillas, no era el durmiente de las ocho horas despertado a la vida por la campana de alarma, sino el vigilante guardián de la paz que andaba de un lado a otro trabajando mientras los demás dormían.

Stilton tenía un aspecto espantosamente oficial. Su casco brillaba bajo la luz de las estrellas. Sus botas de reglamento se habían clavado sólidamente en la hierba. Me parece incluso que había sacado ya su libreta.

–¿Qué significa todo esto? –repitió.

Supongo que el tío Percy seguía todavía un poco enojado. Sólo esto podía explicar la violencia y claridad de las frases que salieron de sus labios como disparos de cañón. Me pareció que eran expresiones que debió de aprender de algunos de los capitanes que tenía a su servicio. Esos rudos marinos suelen tener siempre excelentes vocabularios, y sin duda alguna debían de pasar por las oficinas al regreso de algunos de sus viajes para enseñarle algunas palabras nuevas.

–¿Qué demonios quiere usted decir? ¿Y quién diablos es usted para traspasar los límites de mis propiedades y venir a preguntar qué es eso? ¿Qué diablos le importa a usted? –prosiguió el tío Percy acalorándose a medida que hablaba–. ¿Qué está haciendo aquí, especie de idiota? Supongo que también estaría paseando, ¿verdad? ¡Válgame Dios! Salgo a dar un tranquilo paseo por mi jardín, y apenas he tenido tiempo de aspirar una bocanada de aire fresco cuando me tropiezo con sobrinos y policías. Vengo a estar solo con la naturaleza, y de buenas a primeras me veo metido entre la muchedumbre. ¿Qué lugar es éste? ¿Piccadilly Circus? ¿Hampstead Heath en un día festivo? ¿El lugar elegido para la concentración anual de la policía?

Comprendía su punto de vista. Nada es más molesto para un hombre que busca la soledad y el secreto que darse cuenta de que, sin saberlo, ha abierto las puertas

al público. Además de lo cual, desde luego, Chichester Clam lo estaba esperando en el cobertizo de los tiestos.

Lo acerbo de su tono no había pasado inadvertido a Stilton. En realidad, hubiera sido difícil que esto ocurriera. El exordio resultaba suficiente para hacerle comprender que no era un visitante grato. Me pareció que estaba ofendido. Stilton era, por muchos conceptos, un espíritu elevado, y le ofendía la brusquedad. El hecho de que la punta de su casco avanzase altivamente en dirección a las estrellas me demostró que se había erguido.

Se encontraba, no obstante, en una situación embarazosa. Le era imposible dar una respuesta muy cortante, porque el tío Percy era juez de paz y podía, por consiguiente, perseguirlo por ello si decía algo fuera de tono. Además, era su futuro suegro. Se veía obligado, por lo tanto, a moderar su resentimiento con un mínimo de reservas y a tomar las cosas de la mejor manera posible.

–Siento...

–Es inútil sentir. Son cosas que no deben hacerse, ¡maldita sea!

–... haberme entrometido...

–Pues no se entrometa más.

–... pero estoy aquí cumpliendo con mi deber.

–¿Qué quiere usted decir? ¡Jamás he oído una tontería más grande!

–Acabo de recibir una llamada telefónica en la que me dijeron que viniese al Hall inmediatamente.

–¡Una llamada telefónica! ¡Una llamada telefónica! ¿A estas horas? ¿Quién le ha telefoneado a usted?

Supongo que la rigidez del estilo oficial es difícil de conservar. Debe de costar un gran esfuerzo. En todo caso, Stilton lo abandonó completamente.

–El joven Edwin –respondió malhumorado.

–¿Mi hijo Edwin?

–Sí. Dijo que había visto a un ladrón por los alrededores.

Un espasmo pareció apoderarse del tío Percy. La palabra «ladrón» había hecho vibrar una cuerda sensible. Dio media vuelta con ansiedad.

–¡Jeeves!

–¿Milord?

–¿Ha echado usted aquella carta al correo?

–Sí, milord.

–¡Uf! –exclamó el tío Percy secándose la frente.

Estaba secándosela todavía cuando se oyó el ruido de unos pies que galopaban, y alguien gritó en medio de la noche.

–¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Despertad a todo el mundo. Formen la guardia. ¡He pillado a un ladrón en el cobertizo de los tiestos!

Era la voz de Boko, y con piedad comprendí que los contratiempos de J. Chichester Clam habían comenzado. Ya sabía ahora lo que le ocurría a quien se acercaba a Steeple Bumpleigh.

15

En el breve intervalo que transcurrió entre que Boko nos viese y se reuniera con nuestro pequeño grupo, estuve pensando en el pobre Clam y en lo diferente que debía de encontrar aquello a todo lo que él estaba acostumbrado.

He aquí uno de esos sólidos hombres de negocios que son el orgullo de los Estados Unidos, cuya vida es regular y plácida como la de una chinche en una manta. Durante mis visitas a Nueva York había conocido a docenas de ellos, de manera que podía imaginar sin esfuerzo en qué empleaba el día un hombre como Clam.

Levantarse temprano en su casa de Long Island. Bañarse. Afeitarse. Los huevos. Los cereales. El café. Ir a la estación. Tomar el tren de las 8:15. El cigarro. El New York Times. Llegada a la estación terminal de Pensilvania. El trabajo de la mañana. El almuerzo. El trabajo de la tarde. El cóctel. El tren de las 5:50. Regreso a casa. El beso a la esposa y a los niños. La caricia al perro. La ducha. El cambio de ropa. La bien ganada cena. La cama.

Y así todo el año, año de rutina para un hombre como Chichester Clam, exceptuando domingos y fiestas; y era un cálculo erróneo juzgarlo apto para las rudas emociones y las condiciones selváticas de Steeple Bumpleigh. Steeple Bumpleigh debía de ser para él una nueva sensación, preguntándose qué le había producido aquel golpe, como el hombre que, después de agacharse para coger un ramito de flores en una vía de ferrocarril, recibe al final de la espalda la arremetida del expreso de Cornualles. Mientras estaba sentado en el cobertizo de los tiestos escuchando los aullidos de Boko, debía de tener probablemente el convencimiento de que todo aquello era el Colapso de la Civilización, del cual sin duda había hablado tan a menudo en el Club de la Liga de la Unión.

A pesar de que el cielo estuviese cubierto de puntos de oro, era, como he dicho, una noche muy oscura, y resultaba difícil ver. No obstante, se podía percibir que Boko estaba satisfecho de sí mismo. Que la cosa era así lo demostraba el que empezase tranquilamente a llamar al tío Percy «mi querido Worplesdon», cosa que en sus momentos de calma no hubiera hecho ni por asomo.

–¡Ah, mi querido Worplesdon! –dijo después de mirar de cerca el rostro de mi pariente y haberlo identificado–. Conque también está usted levantado, ¿eh? Excelente, excelente... ¿Y Stilton también? ¿Y Jeeves? ¿Y Bertie? ¡Magnífico!

Entre los cinco estaremos en condiciones de dominar al malvado. No sé si han oído lo que acabo de decir, pero he encerrado al ladrón en el cobertizo de los tiestos.

Dijo esto con el aire del hombre que se dispone a recibir las gracias de una nación, dando golpecitos al tío Percy en el pecho como para convencerlo de que era un hombre afortunado por tener a Boko Fittleworth velando día y noche por sus intereses. No me sorprendió ver el creciente resentimiento de mi pariente ante esta actitud.

–¿Quiere usted dejar de darme golpes, caballero? –gritó, enojado–. ¿Qué disparate es ese de los ladrones?

Boko pareció sorprendido. Se veía claramente que juzgaba que no era aquél el tono de la respuesta.

–¿Disparate, Worplesdon?

–¿Cómo sabe usted que ese hombre es un ladrón?

–Mi querido Worplesdon, ¿se metería en el cobertizo de los tiestos, a estas horas de la noche, alguien que no fuese un ladrón? Pero si necesita usted una prueba más, déjeme que le diga que acabo de pasar por delante de la ventana de la despensa y he observado que estaba cubierta por una hoja de papel de estraza.

–¿Papel de estraza?

–Papel de estraza. Es siniestro, ¿no?

–¿Por qué?

–Mi querido Worplesdon, esto prueba por completo las criminales intenciones de ese hombre. Acaso no esté usted enterado de ello, pero cuando uno de esos sujetos planea entrar en una casa y arramblar con su contenido, pega siempre un papel de estraza a un cristal de una ventana y después le arrea un puñetazo. Es el procedimiento normal. Los fragmentos del cristal se pegan al papel, y así puede entrar sin peligro de hacerse daño. ¡Oh, no, no, mi querido Worplesdon! No puede haber duda respecto de los culpables designios de ese granuja. Lo he pescado a tiempo. He oído a alguien que andaba por el cobertizo de los tiestos, me he asomado, vi una forma negra, y he cerrado la puerta con llave, dejándolo

dentro y desbaratando todos sus planes.

Esta declaración provocó la aprobación profesional del despierto guardián de la ley.

–Buen trabajo, Boko

–Gracias, Stilton.

–Has dado pruebas de una gran presencia de espíritu.

–Muy amable.

–Voy a detenerlo.

–Es lo que te iba a proponer.

–¿Lleva armas?

–No lo sé. Pronto lo averiguarás.

–No me importa que las lleve.

–Noble espíritu.

–Me voy corriendo.

–Eso es.

–Y lo desarmaré.

–Así lo esperamos. Sin duda alguna, eso esperamos. Sí, esperemos que todo vaya bien. En todo caso, ocurra lo que ocurra, tendrás la satisfacción de haber cumplido con tu deber.

Durante toda esta conversación, desde las palabras «Buen trabajo» hasta «tu deber», el tío Percy había estado dando muestras de la franca perturbación que experimentaría un gato sobre un ladrillo ardiente. Nadie podía censurarlo. Había invitado a J. Chichester Clam para una conversación pacífica, y la idea de un agente de policía saltando sobre él parecía bastante terrible. Es imposible llevar a término delicadas negociaciones cuando ocurren estas cosas. En medio del

sufrimiento de su espíritu, comenzó de nuevo a decir «¿Cómo?», lo que indujo a Boko a apoyar de nuevo su dedo protector sobre su pecho.

–Está bien, está bien, mi querido Worplesdon –dijo Boko, dándole golpecitos como un pájaro carpintero–. No se preocupe por Stilton. Nada le pasará. Por lo menos, no lo creo. Puedo equivocarme, desde luego. En todo caso, le pagan para que corra estos riesgos. ¡Ah, Florence! –añadió dirigiéndose a la hija de la casa, que acababa de llegar envuelta en una bata y el cabello lleno de rulos.

Se veía claramente que Florence no era la muchacha tranquila y serena de siempre. Al hablar se notó la agitación de su voz.

–¡Déjate de Florence! ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué significa todo este alboroto? Me han despertado unos gritos...

–He sido yo –dijo Boko, e incluso bajo aquella luz incierta vi que sonreía estúpidamente. Dudo de que en todo Hampshire pudiese encontrarse aquella noche una persona más satisfecha de sí misma. Se había metido firmemente en la cabeza que era un héroe popular, amado de todos, ignorando que la lectura favorita del tío Percy hubiera sido su nombre sobre una tumba. Todo aquello era verdaderamente entristecedor.

–Pues preferiría que no gritases. Es imposible dormir, si todo el mundo mete bulla por el jardín.

–¿Bulla? Estaba cogiendo a un ladrón.

–¿Un ladrón?

–Nunca dirás una palabra más exacta que ésa. Un bruto vagabundo desesperado, que puede ir armado hasta los dientes. Eso lo sabremos en cuanto Stilton lo haya agarrado.

–¿Pero cómo cogiste a ese ladrón?

–¡Ah, ahí está el truco!

–Quiero decir qué hacías aquí a estas horas de la noche.

Parecía que el tío Percy hubiese estado esperando a que llegase alguien e hiciera

esta pregunta.

–Exacto –dijo, después de haber soltado un ronquido–. Es exactamente lo que quiero saber. La misma pregunta que yo iba a hacer. ¿Qué diablos hace usted aquí? No recuerdo haberle invitado a que infestase mis propiedades corriendo como un búfalo, chillando y turbando la paz y la tranquilidad. Supongo que posee usted un jardín propio. Si tiene usted que comportarse como un búfalo, hágalo allí. ¡Valiente idea encerrar gente en el cobertizo de los tiestos! ¡En mi vida he visto a una persona más entrometida!

–¿Entrometida?

–Sí, señor. Muy entrometida.

Boko estaba atónito. Se vio claramente que la imagen del pájaro picoteando la mano que lo alimenta cruzaba por su mente. Se estremeció un poco antes de hablar.

–¡Vaya! –dijo finalmente, cuando terminó de imitar el motor de una motocicleta–. ¡Vaya, pues que me aspen! ¡Vaya, diría! ¡Vaya, estoy atónito! Conque entrometido, ¿eh? ¿Es ésta la actitud que adopta? ¡Ah! No es que espere que me den las gracias, porque eso son cosas que se hacen por humanidad (con ligeros inconvenientes para uno, si se me permite mencionarlo), pero en estas circunstancias hubiera esperado por lo menos un poco de amabilidad. ¡Jeeves!

–¿Señor?

–¿Qué dijo Shakespeare acerca de la ingratitud?

–«Sopla, sopla, viento invernal; tu maldad no es tan grande como la ingratitud del hombre.» Hace también una alusión a ella llamándola «demonio de corazón de mármol».

–¡Y no andaba tan equivocado! Vengo a rondar por esta casa como un ángel de la guarda, sacrificando mi sueño y mi placer a sus intereses. Sudo hasta los huesos deteniendo ladrones...

El tío Percy se volvió otra vez hacia él.

–¡Ladrones! Todo esto es una tontería. El hombre debe de ser probablemente


algún caminante inofensivo que se ha refugiado de la tormenta en mi cobertizo de los tiestos.

–¿Qué tormenta?

–No importa qué tormenta.

–No hay tormenta alguna.

–¡Bueno, bueno!

–Es una noche magnífica. No hay el menor indicio de tormenta.

–¡Bueno, bueno! No hablamos del tiempo. Hablamos de este pobre desgraciado de mi cobertizo de los tiestos. He dicho que debe de ser algún inocente caminante, y me niego a perseguir a ese desgraciado. ¿Qué mal ha hecho? Todos los granujas de los alrededores han utilizado mi jardín como si estuviesen en casa. ¿Por qué no había de hacerlo él? Éste es el Hall de la Libertad, ¡maldita sea!, o por lo menos lo parece.

–Entonces, ¿no cree usted que sea un ladrón?

–No, no lo creo.

–Worplesdon, es usted un solemne asno. ¿Y el papel de estraza? ¿Y dónde deja usted la cola?

–¡Al diablo la cola! ¡Maldito sea el papel de estraza! ¿Y cómo se atreve usted a llamarme solemne asno? ¡Jeeves!

–¿Milord?

–Aquí tiene usted diez chelines. Tome y déselos a ese pobre individuo y que se marche. Dígale usted que se procure cena y una buena cama.

–Muy bien, milord.

Boko lanzó un aullido de desesperación, como una hiena contrariada.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–Cuando esté en la cama, arrópelo usted y póngale una bolsa de agua caliente.

–Muy bien, señor.

–Diez chelines, ¿eh? ¿Y cena? ¿Y una buena cama, además? Muy bien, se acabó –dijo Boko–. Me lavo las manos. Es la última vez que puede usted contar con mi ayuda cuando tenga ladrones en esta maldita casa. La próxima vez que vengan les daré palmaditas en el hombro y los ayudaré a apoyar la escalera.

Desapareció en la oscuridad, lleno de rencor, y no puedo decir que me sorprendiese. La manera en que se habían desarrollado los acontecimientos era capaz de llenar de rencor al más dulce de los hombres, sin contar con que se trataba de un joven autor lleno de temperamento, acostumbrado a visitar a los editores y a armar zafarrancho a la menor provocación.

Pero aun comprendiendo su punto de vista, me estremecí. Diré más aún: mi espíritu gruñía. El tierno corazón de los Wooster había quedado profundamente impresionado por el poco halagüeño desarrollo del verdadero amor Boko-Nobby, y había tenido la esperanza de que todo el galimatías de aquella noche hubiera culminado en un completo endulzamiento del tío Percy y la consiguiente aclaración de todo el embrollo.

En lugar de lo cual, aquel impulsivo escritor había perdido gran parte de su prestigio. Si la apuesta referente a la autorización de un tutor hubiera podido ser de cuatro a uno hasta entonces, difícilmente podía valorarse a partir de este momento por encima de cien a ocho, e incluso a esta cotización generosa dudo que hubiesen podido encontrarse clientes.

Estaba precisamente reflexionando sobre si sería oportuno que yo dijese una palabra tranquilizadora, y pensando que en general quizá fuera mejor que no, cuando de pronto llegó a mis oídos un apagado silbido, que pudo o no ser el grito de la más pequeña lechuza, y observé que algo indistinto pero aparentemente femenino aparecía por detrás de un árbol lejano. Todo parecía indicar que se trataba de Nobby, y, separándome del grueso del grupo, me dirigí hacia ella.

Mi suposición era exacta. Era Nobby, en salto de cama, pero sin rulos. Por lo visto, con el peinado que usaba no eran necesarios. Bullía de excitación, deseosa

de saber las noticias de última hora.

–No quería unirme al grupo –dijo, después de haber cambiado los saludos de rigor–. El tío Percy me hubiera mandado a la cama. ¿Cómo ha ido la cosa, Bertie?

Es algo que arranca las fibras del corazón tener que darle malas noticias a una rosa temprana como ella, pero la penosa misión no puede ser eludida.

–No muy bien –respondí sombríamente.

Como había previsto, esta declaración produjo un efecto desastroso. Lanzó un aullido ahogado.

–¿No muy bien?

–No.

–¿Qué es lo que ha ido mal?

–Sería mejor preguntar qué ha ido bien. La empresa ha sido un fracaso desde el principio hasta el fin.

Volvió a lanzar un aullido y vi que me dirigía una de sus miradas desagradables y recelosas.

–Supongo que habrás fracasado desde el principio al fin, ¿no?

–Nada de eso. He hecho todo lo que un hombre es capaz de hacer. Pero ha habido una infortunada concatenación de circunstancias que han convertido lo que nosotros habíamos previsto como una escena nocturna de dos personas, en una aglomeración. Seguíamos agradablemente nuestro plan cuando los jardines y dependencias se han convertido en una masa enfurecida de tíos Percys, Jeeves, Stiltons, Florences y qué sé yo. Hicieron fracasar completamente nuestras esperanzas. Y siento tener que decirte que Boko no estuvo a la altura.

–¿Qué quieres decir?

–Estuvo llamando al tío Percy «mi querido Worplesdon». Es imposible llamar mucho rato «mi querido Worplesdon» a un hombre como él sin que ocurra algo.

Sonaron palabras violentas, pocas de las cuales fueron pronunciadas por Boko. La escena, francamente penosa, terminó cuando Boko llamó «solemne asno» al tío Percy, giró sobre los talones y desapareció. Me temo que su posición haya descendido mucho.

Nobby permaneció meditabunda, y durante un momento estuve considerando la idea de darle unos golpecitos en la cabeza. Pero después de pensarlo me pareció inútil y abandoné la idea.

–Creí que podía confiar en que Boko no hiciese una imbecilidad más, por una vez –murmuró con rabia y despecho.

–Dudo de que alguna vez se pueda confiar en que un escritor no cometa una imbecilidad –respondí.

–¡Caray! ¡Le voy a echar una bronca por esto! ¿Hacia dónde se fue cuando giró sobre sus talones?

–Por allá.

–¡Espérame hasta que lo encuentre! –gritó, aullando como un sabueso enano, y se la llevó el viento.

Habrían transcurrido dos segundos, o quizá tres, cuando llegó Jeeves.

–Una noche agitada, señor –dijo–. He liberado a míster Clam.

–Me tiene sin cuidado Clam. Me importa un rábano. El que me preocupa es Boko.

–¡Ah, sí, señor!

–¡Qué idiota, ofender de ese modo al tío Percy!

–Sí, señor. Es lamentable que los modales de míster Fittleworth no fuesen más conciliatorios.

–Está hundido, si no encuentra usted una manera de solucionar esa ruptura de relaciones.

–Sí, señor.

–Encuéntrela, Jeeves.

–Sí, señor.

–Hable con él.

–Sí, señor.

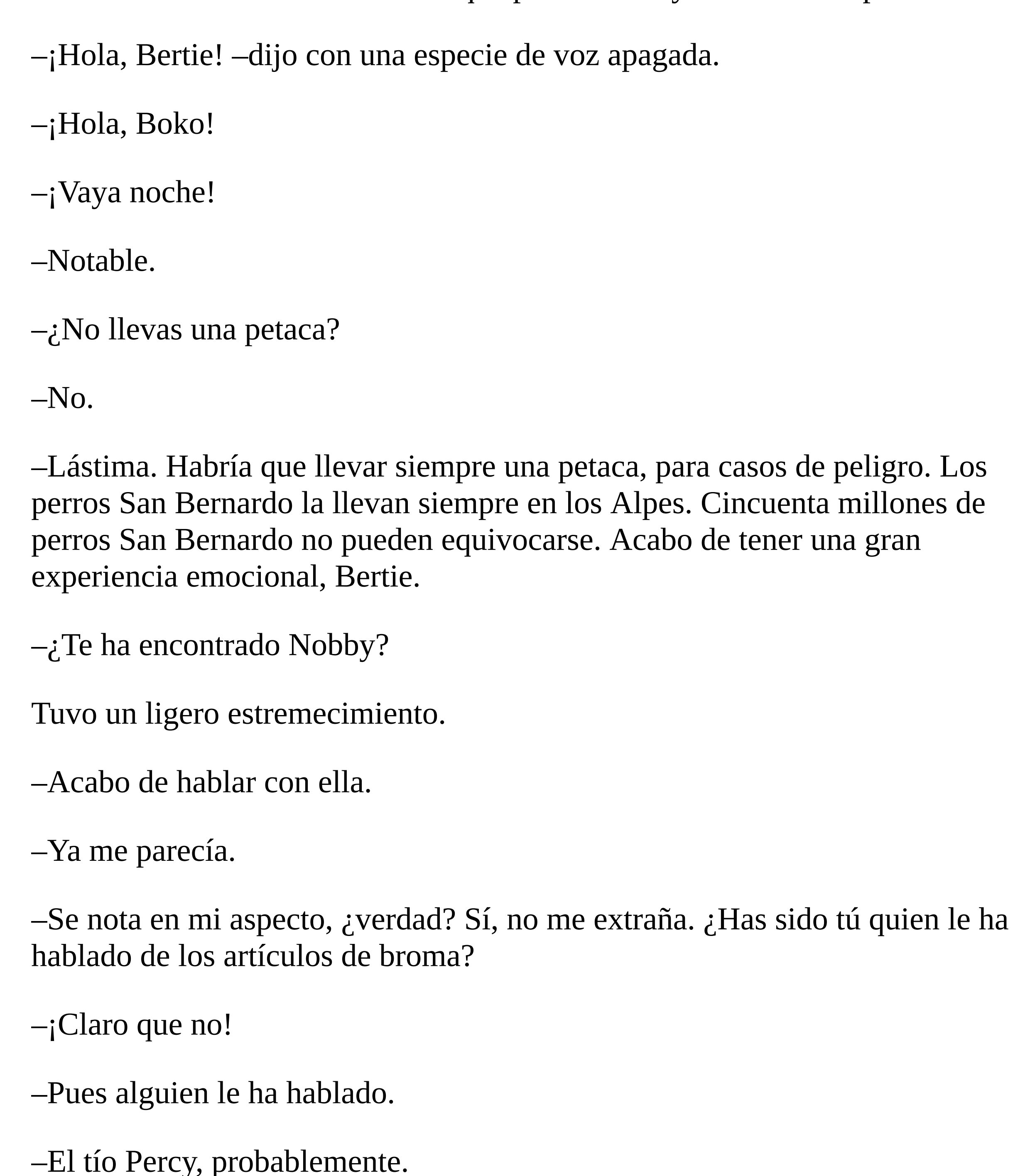
–Estruje usted su cerebro al máximo para encontrar una solución.

–Muy bien, señor.

–Lo encontrará usted por allá, en medio de la noche silenciosa. Pero quizá no sea tan silenciosa, porque Nobby debe de estar diciéndole lo que piensa de él. Ronde usted por ahí hasta que oiga una voz de soprano, y allí los encontrará.

Se marchó, como deseaba, y yo comencé a andar de un lado para otro con el ceño fruncido. Llevaba ya cinco minutos así, cuando alguien apareció en el horizonte, y vi que era Boko, que regresaba al punto de partida.

16



Boko parecía abatido y extenuado, como si su alma hubiese pasado por una centrifugadora. Tenía el inconfundible aspecto del hombre a quien la muchacha de sus sueños acaba de decirle lo que piensa de él y no se ha recuperado todavía.

–¡Hola, Bertie! –dijo con una especie de voz apagada.

–¡Hola, Boko!

–¡Vaya noche!

–Notable.

–¿No llevas una petaca?

–No.

–Lástima. Habría que llevar siempre una petaca, para casos de peligro. Los perros San Bernardo la llevan siempre en los Alpes. Cincuenta millones de perros San Bernardo no pueden equivocarse. Acabo de tener una gran experiencia emocional, Bertie.

–¿Te ha encontrado Nobby?

Tuvo un ligero estremecimiento.

–Acabo de hablar con ella.

–Ya me parecía.

–Se nota en mi aspecto, ¿verdad? Sí, no me extraña. ¿Has sido tú quien le ha hablado de los artículos de broma?

–¡Claro que no!

–Pues alguien le ha hablado.

–El tío Percy, probablemente.

–Es verdad. Debió de preguntarle qué tal fue el almuerzo. Sí, me imagino que debe de haber tenido la información por esta fuente autorizada.

–Entonces, ¿te habló de los artículos de broma?

–¡Oh, sí! Me habló de todos esos artículos. Su conversación giró en parte sobre ellos y en parte sobre lo ocurrido esta noche. No le faltaron palabras para desarrollar ambos temas. ¿Estás completamente seguro de que no llevas una petaca?

–Seguro. Lo siento.

–Bien... –dijo Boko, sumiéndose en un silencio del que salió para preguntarme de dónde sacaban las muchachas aquellas expresiones.

–¿Qué expresiones?

–No puedo repetirlas delante de un caballero. Deben de aprenderlas en los últimos cursos del colegio.

–Te ha dado el pasaporte, ¿eh?

–Con mano firme. Fue una sensación extraña verme allí mientras me lo daba. Era una sensación de algo pequeño y vibrante, que se agitaba, girando con furia. Como si fuese atacado por un pequinés.

–Nunca he sido atacado por un pequinés.

–Pues pregúntaselo al que lo haya sido. Te lo dirá. A cada momento se espera uno el mordisco en el tobillo.

–¿Y cómo terminó eso?

–¡Oh, he salvado la vida! No obstante, ¿qué es la vida?

–No está mal.

–Cuando se ha perdido a la mujer que uno ama...

–¿Has perdido a la mujer que amas?

–Eso es lo que estoy tratando de explicarte. No sé qué pensar. Todo depende del significado que des a las palabras «no quiero volver a verte ni a hablarte, ni en este mundo ni en el otro, miserable imbécil».

–¿Ha dicho eso?

–Entre otras cosas.

Comprendí que había llegado el momento de tranquilizarlo y darle ánimos.

–Yo no me preocuparía por ello, Boko.

Parecía sorprendido.

–¿No?

–No. Seguro que no quería decir eso.

–¿Que no quería decir eso?

–¡Claro que no!

–¿Lo dijo sólo por decir algo? ¿Por seguir la conversación, como si dijésemos?

–Te diré, Boko. He hecho un profundo estudio del sexo débil, observándolo desde todos los puntos de vista, y he llegado a la conclusión de que cuando echan la cabeza atrás de la manera que has descrito, no hay que prestar gran atención a lo que dicen.

–¿Aconsejarías olvidarlo?

–Absolutamente. Quítatelo de la cabeza.

Permaneció un momento en silencio. Cuando volvió a hablar, había en su voz un tono de esperanza.

–Hay una cosa, desde luego. Me quería. Esta misma tarde me quería, y mucho. Me lo dijo. Hay que recordar eso.

–Y todavía te quiere.

–¿Lo crees de veras?

–¡Claro!

–¿A pesar de haberme llamado miserable imbécil?

–Desde luego. Eres un miserable imbécil.

–Eso es verdad.

–No puedes hacer caso de lo que te dice una muchacha cuando te está mandando al cuerno por haber hecho alguna imbecilidad. Es como Shakespeare. Suena bien, pero no significa nada.

–¿Tu opinión, entonces, es que el antiguo afecto subsiste?

–Definitivamente. ¡Pardiez, muchacho, si era capaz de amarte a pesar de esos pantalones de franela gris, no es probable que el hecho de que te hayas portado como un perfecto asno le haga olvidarte! El amor es indestructible. Su sagrada llama arde eternamente.

–¿Quién dijo eso?

–Jeeves.

–Él debe de saberlo.

–Lo sabe. Puedes confiar en Jeeves.

–Eso es cierto. Se puede, ¿verdad? Me has dado un gran consuelo, Bertie.

–Eso he intentado, Boko.

–Me has dado esperanzas. Me has sacado del abismo.

Se había serenado considerablemente. No es que ensanchase sus hombros ni echase la barbilla hacia delante, pero la moral estaba claramente reconfortada. Y tengo la convicción de que un minuto después hubiera estado incluso alegre de no haber rasgado en aquel momento el aire una voz femenina, llamándolo por su nombre.

–¡Boko!

Tembló como un sauce.

–¿Sí, querida?

–Ven aquí. Te necesito.

–Enseguida, enseguida. ¡Oh, Dios mío! –le oí susurrar–. ¡Una repetición!

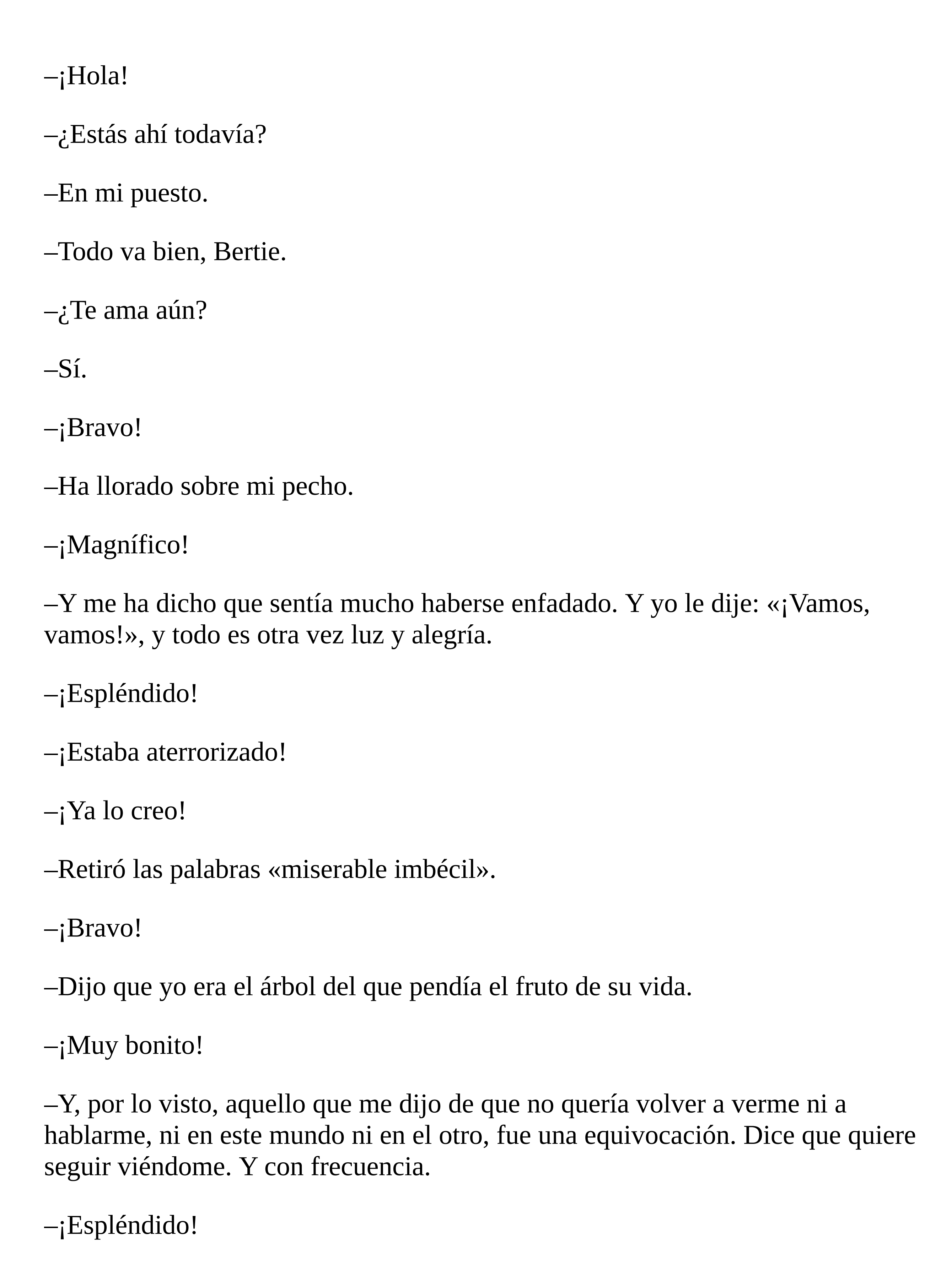
Se alejó, y yo permanecí reflexionando sobre el desarrollo de los acontecimientos.

Debo decir ante todo que contemplaba la situación sin temor. A Boko, que se había encontrado en el ring con la juvenil furia mientras estallaba en todas direcciones, era natural que le hubiese parecido que había llegado el fin del mundo y el día del Juicio Final con inusitada severidad. Pero a mí, espectador frío y equilibrado, todo aquello me parecía mera rutina. Me encogí de hombros y consideré la cosa como lo que era: mermelada pura.

Los sedosos lazos del amor no se rompen sólo porque la mitad femenina de la pareja se enoje por el estúpido comportamiento de su compañero masculino y lance contra él una serie de apasionados epítetos. Por muy profundamente que una muchacha pueda adorar al hombre de su elección, siempre llega un momento en que se siente la irresistible necesidad de mandarlo al cuerno y decirle cuatro frescas. Creo que si todos los enamorados que he conocido en mi vida fuesen colocados uno tras otro –es difícil de realizar, desde luego, pero lo digo únicamente como suposición– llegarían hasta mitad de Piccadilly. Y no conozco ni uno solo de ellos que no haya pasado alguna vez por lo que acababa de pasar Boko.

Probablemente se había desarrollado ya la segunda fase, es decir, cuando la amante solloza sobre el pecho del amado y dice que siente mucho haberse enfadado. Y que mi suposición era justa quedó demostrado por la conducta de Boko al reunirse conmigo pocos minutos después. Incluso bajo aquella tenue luz, era fácil ver que parecía haber heredado un millón de dólares. Andaba como si flotara, y su alma se había ensanchado como una esponja puesta en agua.

–Bertie...



–¡Hola!

–¿Estás ahí todavía?

–En mi puesto.

–Todo va bien, Bertie.

–¿Te ama aún?

–Sí.

–¡Bravo!

–Ha llorado sobre mi pecho.

–¡Magnífico!

–Y me ha dicho que sentía mucho haberse enfadado. Y yo le dije: «¡Vamos, vamos!», y todo es otra vez luz y alegría.

–¡Espléndido!

–¡Estaba aterrorizado!

–¡Ya lo creo!

–Retiró las palabras «miserable imbécil».

–¡Bravo!

–Dijo que yo era el árbol del que pendía el fruto de su vida.

–¡Muy bonito!

–Y, por lo visto, aquello que me dijo de que no quería volver a verme ni a hablarme, ni en este mundo ni en el otro, fue una equivocación. Dice que quiere seguir viéndome. Y con frecuencia.

–¡Espléndido!

–La agarré en mis brazos y la besé apasionadamente.

–¡Bien hecho!

–Jeeves, que se hallaba presente, estaba muy impresionado.

–¡Oh! ¿Jeeves estaba allí?

–Sí. Nobby y él han estado discutiendo planes y proyectos.

–¿Para suavizar al tío Percy?

–Sí. Porque, naturalmente, eso todavía hay que hacerlo.

Adopté una actitud grave. Pero no servía de gran cosa, desde luego, con aquella luz.

–Va a ser difícil...

–¡Nada en absoluto!

–... después de haberte dirigido a él llamándolo «Mi querido Worplesdon» y haberlo tratado de solemne asno.

–¡Nada, Bertie, nada! Jeeves ha tenido una de sus famosas ideas.

–¿De veras?

–¡Qué hombre!

–¡Ah!

–Muchas veces digo que no hay otro como Jeeves.

–¡Ya puedes decirlo!

–¿Nunca has notado que tiene la cabeza inclinada hacia atrás?

–A menudo.

–Allí es donde está el cerebro. Un poco detrás de las orejas.

–Ya. ¿Y cuál es la idea?

–En resumen, esto: cree que produciría una excelente impresión y me ayudaría a recuperar el terreno perdido el que diera la cara por el viejo Worplesdon.

–¿Darle en la cara? No lo entiendo. ¿Te refieres a un puñetazo?

–No he dicho «darle en la cara», sino dar la cara por él.

–Oh, ¿dar la cara por él?

–Exacto. Dar la cara por él. En otras palabras, me aconseja que tome partido por él, que lo proteja, podríamos decir.

–¿Proteger al tío Percy?

–¡Oh, sí, comprendo! Parece extraño, ¿verdad? Pero Jeeves cree que servirá.

–Sigo sin comprender.

–Pues es muy sencillo. Escucha. Supongamos que algún tipo bruto irrumpe mañana a las diez en punto de la mañana en el despacho del viejo Worplesdon y empieza a chillarle como un demonio llamándole por todos los nombres que pueden hallarse bajo el sol y lanzándole las peores ofensas. Yo estoy esperando fuera del despacho, y en el momento psicológico asomo la cabeza y, en tono de reproche, exclamo: «¡Basta, Bertie!»

–¿Bertie?

–El tipo se llama Bertie. Pero no me interrumpas, que pierdo el hilo. Asomo la cabeza y digo: «¡Basta, Bertie! No sabes lo que haces. No puedo oírte insultar a un hombre al que admiro y respeto tanto como a lord Worplesdon. Lord Worplesdon y yo podemos haber tenido algunas diferencias (la culpa fue mía, y lo lamento de todo corazón), pero jamás he abandonado la opinión de que es un honor para mí conocerlo. Y cuando te oí llamarlo...»

Soy bastante rápido. En el acto comprendí la naturaleza de aquel horrible plan.

–¿Pretendes que vaya a insultar al tío Percy?

–A las diez en punto. Eso es muy importante. Tendremos que sincronizarlo al segundo. Nobby dice que pasa todas las mañanas en su despacho, sin duda escribiendo porquerías a los capitanes de sus barcos.

–¿Y entras tú y me echas de allí por haberlo insultado?

–Eso mismo... Es imposible que no aparezca ante él bajo una luz favorable y le haga pensar que, en el fondo, soy un buen muchacho. Estará allí, acurrucado en su sillón, mientras tú estás de pie delante de él amenazándolo con el dedo...

La visión evocada por estas palabras fue tan espantosa que me tambaleé, y hubiera rodado por el suelo de no haberme agarrado a un árbol.

–¿Dices que Jeeves ha sugerido eso?

–Tal como te lo he dicho, como en un destello.

–Debe de estar borracho.

Boko se puso rígido.

–No te comprendo, Bertie. Este plan está entre sus más sutiles creaciones. Me parece una de esas simples estratagemas, tanto más efectivas cuanto que son sencillas, que difícilmente pueden fallar en algún detalle. Llegando en el momento en que estás intimidando al viejo Worplesdon y poniendo todo el peso de mi simpatía y ayuda en su defensa, tengo que...

Hay momentos en que nosotros, los Wooster, podemos mostrarnos firmes –como el diamante, creo que debe de ser la palabra–, y uno de ellos es cuando se nos pide que intimidemos a hombres como el tío Percy.

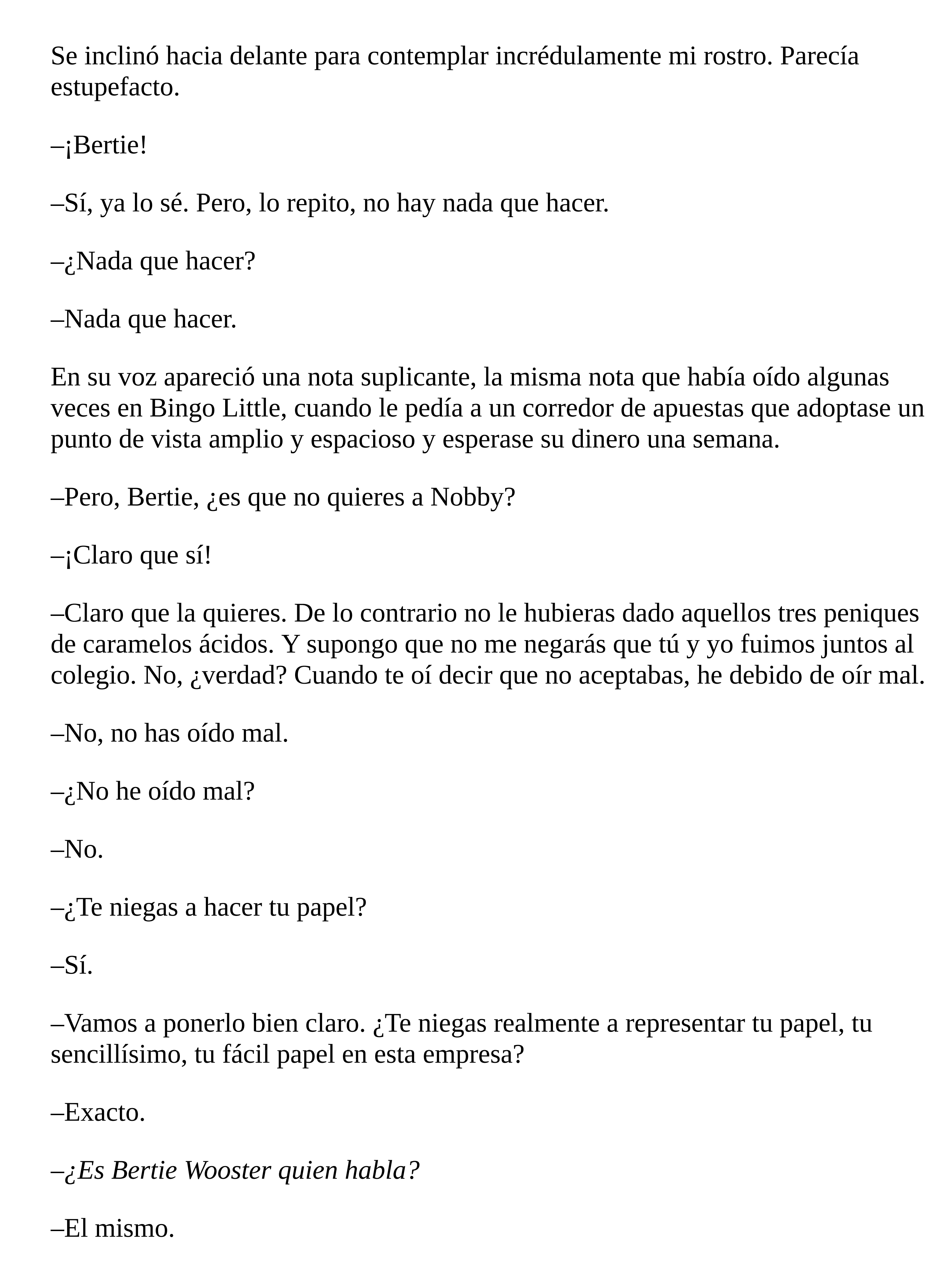
–Lo siento, Boko.

–¿Lo sientes? ¿Por qué?

–No cuentes conmigo.

–¡Cómo!

–No hay nada que hacer.


Se inclinó hacia delante para contemplar incrédulamente mi rostro. Parecía estupefacto.

–¡Bertie!

–Sí, ya lo sé. Pero, lo repito, no hay nada que hacer.

–¿Nada que hacer?

–Nada que hacer.

En su voz apareció una nota suplicante, la misma nota que había oído algunas veces en Bingo Little, cuando le pedía a un corredor de apuestas que adoptase un punto de vista amplio y espacioso y esperase su dinero una semana.

–Pero, Bertie, ¿es que no quieres a Nobby?

–¡Claro que sí!

–Claro que la quieres. De lo contrario no le hubieras dado aquellos tres peniques de caramelos ácidos. Y supongo que no me negarás que tú y yo fuimos juntos al colegio. No, ¿verdad? Cuando te oí decir que no aceptabas, he debido de oír mal.

–No, no has oído mal.

–¿No he oído mal?

–No.

–¿Te niegas a hacer tu papel?

–Sí.

–Vamos a ponerlo bien claro. ¿Te niegas realmente a representar tu papel, tu sencillísimo, tu fácil papel en esta empresa?

–Exacto.

–*¿Es Bertie Wooster quien habla?*

–El mismo.

–¿El Bertie Wooster que fue al colegio conmigo?

–El mismo.

Hizo una profunda aspiración, casi como un silbido:

–Pues si alguien me hubiese dicho que esto podía ocurrir, no lo habría creído. Me habría burlado de él. ¿Bertie Wooster abandonarme? No, no, habría dicho; no el Bertie que no sólo fue conmigo al colegio, sino que en este mismo momento me está destrozando las carnes.

Fue un golpe certero. No es que en realidad le estuviese destrozando las carnes, porque tenía muy pocas, pero comprendí lo que quería decir. Durante un instante, cuando dijo aquello, casi cedí. Pero después, cuando pensé en el tío Percy «acurrucado en su sillón» –acurrucado en su sillón, ¡un cuerno!–, de nuevo me sentí fuerte.

–Lo siento, Boko.

–Yo también, Bertie. Lo siento y estoy decepcionado; sangrándome el corazón, creo que es la frase que acude a los labios. Bien, tendré que ir a darle la noticia a Nobby. ¡Dios mío, cómo llorará!

No pude evitar una fuerte impresión.

–No quiero que Nobby llore.

–Pues llorará. Litros de lágrimas.

Desapareció en la oscuridad, suspirando con reproche, dejándome solo con las estrellas.

Y estaba examinándolas y preguntándome qué le habría dado a Jeeves la idea de que contemplaban a los querubines de ojos juveniles –ya que no podía ver la menor indicación de tal cosa–, cuando súbitamente se fundieron, como si hubiesen sido el tío Percy y J. Chichester Clam, y se convirtieron en un súbito destello de llamas.

La razón era que una mano oculta, llegada hasta mí sin ser vista, me había arreado un formidable estacazo con algo que supuse era un instrumento

contundente. Me dio de lleno en la parte posterior de la cabeza, y caí al suelo lanzando un agudo «¡Oooh!».

Me senté, rascándome el occipucio, cuando una voz estridente me habló al oído. Contemplándome con solicitud, o quizá gozándose en su obra, no podría decir qué, estaba el maldito Edwin.

–¡Eh! –dijo–. ¿Eres tú, Bertie?

–Sí, soy yo –contesté con una nota de auténtica aspereza. La vida es ya difícil sin tener que luchar con boy scouts a cada minuto, y estaba furioso–. ¿Qué significa esto? ¿Qué pretendes, repugnante cucaracha, al arrearme de esta manera con un garrote?

–No era un garrote. Era mi bastón de boy scout. Es una especie de palo de hockey. Muy práctico.

–Es útil, ¿verdad?

–¡Mucho! ¿Duele?

–Puedes creer de una manera auténticamente oficial que duele como un diablo.

–¡Eh! Lo siento. Te tomé por el ladrón. Hay uno que ronda por aquí. Lo oí bajo mi ventana. Dije: «¿Quién está ahí?», y se alejó lanzando horrendas imprecaciones. No tengo mucha suerte esta noche. El último a quien confundí con el ladrón fue mi padre.

–¿Tu padre?

–Sí. ¿Cómo podía saber que era él? Jamás se me ocurrió que anduviese rondando por el jardín a medianoche. Vi una forma oscura que se agachaba, como disponiéndose a saltar; me arrojé sobre él y...

–No le arrearías, ¿verdad?

–Una, y buena.

Debo confesar que mi corazón pegó un salto de gozo, como dice Jeeves que le ocurre cuando ve un arco iris. La idea de que el tío Percy hubiera recibido un

estacazo en pleno occipucio era verdaderamente estimulante. Hacía años que hubiese debido ocurrirle. Experimenté esa especie de temor que algunas veces se siente cuando se encuentra uno ante una de las maravillas de la naturaleza y se comprende que nada existe en este mundo sin objeto, ni siquiera Edwin, y que hasta los seres más inferiores tienen su cometido.

–Se ha enfadado bastante.

–No le ha gustado, ¿eh?

–Quería darme una paliza, pero Florence no le ha dejado. Le dijo: «Padre, no debes pegarle. Ha sido una mera confusión.» Florence me quiere mucho.

Levanté las cejas. Era una muchacha, pensé, de gustos extraños e incluso morbosos.

–Lo único que hizo fue decirme que me fuese a la cama.

–Entonces, ¿por qué no estás en la cama?

–¿En la cama? ¡Eh! ¡Qué va! ¿Cómo está la cabeza?

–Mal.

–¿Duele?

–¡Claro que duele!

–¿Tienes una contusión?

–Sí, la tengo.

–Ahora es la ocasión de prestarte los primeros auxilios.

–No, no lo es.

–¿No quieres que te preste los primeros auxilios?

–No, no quiero. Hemos tratado de esto ya antes, joven Edwin. Ya conoces mis puntos de vista.

–Por lo visto, soy incapaz de que alguien me deje prestarle los primeros auxilios –dijo melancólicamente–. Y lo que hace falta es mucha práctica. ¿Qué haces aquí, Bertie?

–Todo el mundo me pregunta qué hago aquí –contesté un poco picado–. ¿Por qué no puedo estar aquí? Este lugar está unido a mí por lazos de sangre. Si quieres saber la verdad, he venido aquí a dar un paseo nocturno con Boko.

–No he visto a Boko.

–Ha sido una suerte para él.

–D'Arcy Cheesewright está aquí.

–Lo sé.

–Le he telefoneado después de haber visto al ladrón.

–Lo sé.

–¿Sabías que estaba prometido con Florence?

–Sí.

–No estoy seguro de que no hayan terminado. Acaban de tener una pelea terrible hace un momento.

Dijo esto con toda tranquilidad, como si se hubiese tratado de una noticia de escaso interés, y quedó probablemente sorprendido al ver el efecto que me producía.

–¿Cómo?

–Sí.

–¿Una pelea horrible?

–Sí.

–¿Acerca de qué?

–No lo sé.

–Cuando dices una pelea horrible, ¿hasta qué grado de horror te refieres?

–Pues..., muy horrible.

–¿Palabras gruesas?

–Muy gruesas.

Mi corazón, que se había elevado, como he dicho antes, al oír lo del estacazo del tío Percy, rodó por el suelo nuevamente. Al ser la tendencia de mi política, como he expuesto con suficiente claridad, fomentar las cordiales relaciones de aquella pareja, la noticia de que se habían cruzado entre ellos palabras gruesas era para helarme la sangre.

¿Comprenden? Todo aquello que dije de Nobby rindiendo las armas y acudiendo a Boko como un pequinés –todo aquello, si recuerdan, de las muchachas mandando al cuerno al amado sólo para divertirse, pero manteniendo las puertas abiertas–, no podía aplicarse seriamente a féminas de mente concentrada como Florence ni a tipos del género de Stilton. Todo es cuestión de lo que Jeeves llama la psicología del individuo. Si Florence y Stilton habían rodado por la alfombra pegándose mordiscos, el desenlace era inevitable.

–¿Qué has oído?

–No mucho, porque entonces fue cuando vi algo que se movía en la oscuridad y salí para arrearle con mi palo. Resultaste ser tú.

Esto, desde luego, daba al asunto un cariz más esperanzador. Mi primera impresión fue que había presenciado toda la pelea desde una butaca de primera fila. Si sólo había presenciado los primeros tanteos, podía ser que la cosa no hubiera ido demasiado lejos. Ideas más conciliadoras pudieron prevalecer después de su partida, haciendo que los luchadores transigiesen antes de que la brecha fuese irreparable. Con las mujeres y los hombres de elevado espíritu ocurre muchas veces así. Empiezan lanzando cohetes y granadas, y después su buen fondo prevalece y todo se arregla.

Le dije esto a Edwin, y pareció creer que podía haber ocurrido algo por el estilo. Pero observé que parecía distraído y desinteresado, y después de una pausa de

algunos momentos, durante los cuales esperé que todo se arreglase, él recogió su bastón de boy scout y me reveló la causa. Estaba preocupado por una cuestión de procedimiento.

–Oye, Bertie –dijo–, ¿sabes el estacazo que te he dado?

Le aseguré que no lo había olvidado.

–Era con buena intención, ¿sabes?

–Siempre es un consuelo.

–Aunque, naturalmente, te he arreado, ¿verdad?

–Creo que sí.

–Es imposible negarlo.

–Desde luego.

–Pues en eso estoy pensando. ¿Habré borrado la buena acción que he hecho contigo esta tarde?

–¿Cuando has incendiado Wee Nooke?

–No, aquello no cuenta porque no me salió bien. Quiero decir cuando encontré el broche.

Aquí era necesario que obrara con suma cautela. El broche que Edwin había encontrado y el broche que Jeeves había entregado a Florence figuraban ser el mismo y único broche, y en ningún caso debía enterarse de que había perdido nuevamente el que él había encontrado en el vestíbulo.

–¡Ah, es eso! –dije–. Sí, fue una buena acción de primera clase.

–Lo sé. Pero ¿crees que cuenta?

–¡Oh, claro!

–¿A pesar del estacazo que te he arreado?

–Indiscutiblemente.

–¡Eh! Entonces estoy en paz desde el último jueves.

–Quieres decir el último viernes.

–Jueves.

–Viernes.

–Jueves.

–Viernes, testarudo idiota –dije con cierto calor, irritado por su incapacidad de llevar las cuentas correctamente–. Escucha. Tu última buena acción del viernes hubiera sido la limpieza de Wee Nooke. Perfecto. Pero debido a una desgraciada secuela, tiene que ser borrada de la lista. Admites esto, ¿verdad? Bien, pues esto hace que el hallazgo del broche sea tu última buena acción del viernes. Es perfectamente sencillo, si utilizaras un poco tus neuronas.

–Sí, pero no lo has entendido bien.

–Lo he entendido perfectamente. Escucha...

–Quiero decir que tú hablas de la primera vez que encontré el broche y yo estoy hablando de la segunda. También cuenta.

No lo entendía bien.

–¿Qué quieres decir? No lo has encontrado dos veces...

–Sí. La primera vez fue cuando lo dejaste caer en el vestíbulo, ¿te acuerdas? Después me fui a limpiar la chimenea de la cocina. Luego ocurrió la explosión. Cuando salí, tú estabas fuera en mangas de camisa. Te habías quitado la chaqueta y la tiraste a un lado.

–¡Válgame Dios!

Con tantas emociones había olvidado completamente el episodio de la chaqueta. En ese momento lo veía todo claro, y una mano helada parecía estrujarme el corazón. Comprendía a lo que iba.

–Supongo que el broche se te caería del bolsillo, porque cuando entraste en la casa lo vi en el suelo. Y pensé que sería una buena acción evitarte molestias dándoselo a Florence.

Lo miré tristemente. Sin brillo en la mirada, creo que se dice.

–¿Conque se lo diste a Florence?

–Sí.

–¿Y le dijiste que era un regalo de mi parte?

–Sí.

–¿Pareció contenta?

–¡Encantada!

Desapareció súbitamente, como una anguila en el fango, y vi que llegaba alguien jadeando.

No fue necesaria la impulsiva desaparición del chiquillo en las sombras para saber que la recién llegada era Florence.

Florence era, sin duda alguna, presa de una violenta emoción. Temblaba ligeramente, como en las primeras fases de la parálisis, y su rostro, hasta donde pude juzgar por la velada visión que de él tenía, estaba pálido y desencajado, como la clara de un huevo duro.

–¡D’Arcy Cheesewright –dijo yendo directamente al grano– es el tipo más obtuso, idiota, limitado, imbécil, insoportable y déspota que hay!

Sus palabras me helaron el corazón. Me di cuenta del espantoso peligro. Debido a la infernal oficiosidad del joven Edwin, aquella calamidad había recibido, hacía sólo pocas horas, un hermoso broche de diamantes, ostensiblemente regalado por Bertram W., y ahora, encima de esto, acababa de tener una discusión con Stilton, tan sustancial que necesitó seis adjetivos para describirlo. Cuando una muchacha emplea seis adjetivos vejatorios para hacer el retrato de su amado, es que significa algo. Uno puede indicar que se trata de un contratiempo pasajero. Seis ya es más grave.

No me gustaba la manera en que se desarrollaban las cosas. No me gustaba en absoluto. Tenía la impresión de que debía de estar diciéndose: «Mira este cuadro y después mira este otro.» Quiero decir, por una parte, un generoso y caballeresco donante de broches diamantinos, y, por otra, el tipo más obtuso, idiota, limitado, imbécil, insoportable y déspota que hay. Si ustedes fueran muchachas, ¿a cuál de los dos preferirían unir su suerte? Exacto.

Comprendí que no debía ahorrar esfuerzos en defender la causa de Stilton e inducirla a olvidar lo que él le había hecho y que la hacía andar jadeando como una asmática y soltando adjetivos a granel. Había llegado el momento de mostrarme más elocuente que nunca, arrojando aceite sobre las agitadas aguas con mano liberal, vaciando la jarra si era necesario.

–¡Oh, déjalo! –grité.

–¿Qué quieres decir?

–Pues eso: «¡Déjalo!» Una especie de protesta, no sé si me entiendes.

–¿No estás de acuerdo conmigo?

–Creo que lo has juzgado mal.

–En absoluto.

–Stilton es un muchacho espléndido.

–No es nada de eso.

–¿No crees que pertenece al tipo de hombres que han hecho de Inglaterra lo que es?

–No.

–¿No?

–He dicho que no.

–Sí, es verdad. Lo has dicho.

–Es un vulgar cosaco.

Yo sabía que un cosaco era una de esas cosas que llevan los clérigos,[1] y me preguntaba en qué se parecía Stilton a esa prenda. Habría sido muy interesante profundizar en el tema, pero, antes de que pudiera hacerlo, Florence continuó:

–Ha estado de lo más incorrecto, no solamente conmigo, sino con mi padre, sólo porque éste no le dejó detener al individuo del cobertizo de los tiestos.

Una luz radiante brilló en mi cerebro. Sus palabras me lo habían aclarado todo. Si recuerdan bien, yo me había alejado del grupo StiltonFlorence-tío Percy en el momento en que éste acababa de poner el veto presidencial al plan policíaco de detener a J. Chichester Clam, y, por consiguiente, no pude oír los comentarios de Stilton. Éstos, evidentemente, debieron de ser sabrosos. Stilton, como he indicado, es un hombre de pasiones violentas, un hombre que, cuando está enfadado, no mide las palabras.

Mi mente volvió a los días de Oxford, cuando fui a remar y se enfadó tanto conmigo. Si lo que le había dicho al tío Percy tenía alguna remota analogía con sus observaciones de entonces referentes a mi barriga, comprendía que aquellas relaciones estaban inevitablemente comprometidas, y mi corazón sangraba ante

tal perspectiva.

–Dijo que papá coaccionaba a la policía y que era a los tipos como él, groseramente faltos de deber cívico, a quienes se debía la creciente ola de criminalidad. Dijo que papá era una amenaza para la comunidad, y que sería directamente responsable si la mitad de la población de Steeple Bumpleigh era asesinada en su cama.

–¿No crees que lo dijo en broma?

–No, no creo que lo dijese en broma.

–Guiñando un ojo, quiero decir.

–No había en sus ojos el menor indicio de guiño.

–Quizá se te pasó por alto. Es una noche oscura.

–Por favor, no seas absurdo, Bertie. Tengo suficiente inteligencia para reconocer una vil demostración de mal humor cuando la veo. Su tono fue de lo más ofensivo. Mirando a mi padre como si fuese una especie de cucaracha, añadió: «¡Y usted se llama juez de paz! ¡Bah!»

–¿Cómo has dicho?

–¡Bah!

–¡Ah!

Empecé a sentir lástima por el tío Percy, hasta donde es posible sentir lástima por un hombre como aquél. Quiero decir, que es imposible no reconocer que no había sido una noche afortunada para el pobre tío. Primero, Boko con su «Mi querido Worplesdon»; después, Edwin con su palo de hockey, y luego Stilton con su «¡Bah!». Era una de esas noches que uno recuerda con un estremecimiento.

–Su conducta fue una revelación para mí. Había un lado brutal, inhumano, de su carácter, de cuya existencia jamás hasta ese momento había tenido la menor sospecha. Cuando comprendió que no podía detener a aquel hombre, mostró una furia que tenía algo verdaderamente horrible. Parecía una bestia feroz y maligna

privada de su presa.

Veía claramente que el crédito de Stilton iba bajando de manera vertiginosa e hice cuanto pude por evitar la caída.

–Bien, pero eso demuestra celo, ¿no?

–¡Bah!

–Y el celo, si lo piensas bien, es lo que le procura el sobrecito semanal.

–No me hables de celo. Estuvo indignante. Y cuando dije que papá tenía razón, se volvió contra mí como un tigre.

A pesar de que en aquel momento, como pueden imaginar, me tambaleaba sobre mi base e iba siendo progresivamente presa del temor y la desesperación, no podía evitar admirar a Stilton por su intrépido valor. Las circunstancias se habían combinado para destruir casi todo lo que quedaba del que había sido un íntimo amigo de infancia, pero tenía que respetar a un hombre capaz de volverse contra Florence como un tigre. Difícilmente hubiera creído a Atila, rey de los hunos, capaz de hacerlo, ni aun en sus momentos de apogeo.

De todos modos, hubiera preferido que no lo hiciese. O que la voz de la prudencia le hubiera susurrado al oído. Era vital para mis intereses que aquella pareja continuase enamorada, y, no obstante, gran parte del hechizo había perdido ya el aroma del encanto. El amor es una planta delicada que necesita ser mimada y nutrida. Y esto es imposible si uno se vuelve hacia las muchachas como un tigre.

–Le dije que los pensadores ilustrados modernos sostienen hoy que el encarcelamiento no hace más que embrutecer al criminal.

–¿Y qué contestó?

–Dijo: «¿Ah, sí?»

–Y estuvo de acuerdo contigo.

–Nada de eso. Contestó en el tono más molesto que puedas imaginarte. «Sí, ¿eh?» Y yo contesté «Sí». Y entonces dijo una cosa respecto de los pensadores

ilustrados modernos, que no puedo repetir.

Me pregunté qué pudo ser. Evidentemente debió de ser algo impresionante, porque se veía que le escocía todavía como un divieso en el cogote. Sus puños estaban crispados, y había empezado a dar golpes en el suelo con el pie, claro indicio de que su alma estaba extremadamente exacerbada. Florence es una de esas muchachas que considera a los pensadores ilustrados modernos una especie de compañero personal, y le hacen poquísima gracia las bromas a su costa.

Mi espíritu lanzó un gruñido. Tal como las cosas se iban desarrollando, esperaba de un momento a otro saber que había roto su compromiso.

Y eso es precisamente lo que me dijo.

–Desde luego, rompí mi compromiso inmediatamente.

A pesar de que, como he dicho, lo esperaba, pegué un salto.

–¿Que has roto tu compromiso?

–Sí.

–¡Oh! No debiste hacer eso.

–¿Por qué no?

–Stilton es un tipo extraordinario.

–No tiene nada de extraordinario.

–Debiste olvidar las crueles palabras que dijo. Hay que hacer concesiones...

–No te comprendo.

–Mira la cosa desde el punto de vista del pobre muchacho. Stilton, no debes olvidarlo, entró en la policía para subir rápidamente.

–¿Y qué?

–Pues bien, hay que tener en cuenta que los que están en la cumbre no hacen avanzar a los de abajo a menos que realicen algo tan espectacular que les corte la

respiración haciéndoles exclamar: «¡Vaya tipo!» Durante semanas, meses quizá, ha vivido encerrado, como un águila en su jaula, en la espantosa legalidad de este lugar, esperando en vano encontrar incluso un perro sin collar o un borracho decente y desordenado sobre quien echar mano, y la súbita aparición del bandido debió de parecerle el maná del cielo. Debió de decirse: «Ahora es cuando haré sentir mi presencia.» Y precisamente cuando se arremangaba y se disponía a aprovechar aquella magnífica oportunidad, llega el tío Percy y le echa el lazo al cuello. Naturalmente, perdió un poco la cabeza y habló con exceso de violencia. Pero nunca piensa lo que dice en momentos de exaltación. Tendrías que haber oído lo que me dijo en Oxford respecto de si sacaba la barriga mientras metía el remo. Hubieras creído que maldecía mi barriga y su contenido. Y, no obstante, pocas horas después estábamos cenando vis-à-vis en el Clarendon (consomé, rodaballo y chuletas de cordero, lo recuerdo bien), y era la amabilidad en persona. Verás como ahora es exactamente lo mismo. El remordimiento debe roerle ya las entrañas, y nadie lamenta más que él haber dicho cosas feas sobre los pensadores ilustrados modernos. Te ama apasionadamente. Eso es evidente. Lo sé. De modo que lo que te propongo es que vayas a su encuentro y le digas que todo está perdonado y olvidado. Sólo así podrás evitar cometer un error cuyo recuerdo te obsesionará durante años y años. Si le das la patada a Stilton, destrozarás tu vida para siempre. Es el hombre más puro que conozco.

Me detuve, en parte para tomar aliento y en parte porque creía haber dicho bastante. Permanecí inmóvil, esperando su respuesta, deseando tener a mano una pastilla para la garganta.

Ignoro qué reacción esperaba de su parte: acaso que bajase la cabeza y ver correr las lágrimas silenciosas, al filtrarse mis palabras en su organismo; quizá la declaración verbal del efecto que le había producido mi perorata. Lo que no me había esperado es que me besase, y con un apasionamiento que casi me tumbó de espaldas.

–¡Bertie, eres extraordinario! –Se echó a reír, cosa que yo no hubiera podido hacer aunque me hubiesen pagado bien–. ¡Eres tan quijotesco! Eso es lo que adoro en ti. ¡Nadie que te oyese creería que tu más intenso deseo es casarte conmigo!

Traté de decir algo, pero no pude. La lengua se me había enredado en la campanilla, y mi cerebro parecía paralizado. Experimentaba la misma sensación que debió de sentir Chichester Clam cuando, al cerrarse la puerta del cobertizo,

oyó a Boko aullar estentóreamente; una sensación de pesadilla, de ser un juguete en manos del destino.

Pasó su brazo bajo el mío y comenzó a decirme, como la institutriz que enseña a un niño atrasado los rudimentos de la aritmética elemental:

–¿Crees que no lo he comprendido? Mi querido Bertie, no estoy ciega. Cuando rompí nuestro compromiso, supuse naturalmente que olvidarías, o quizá que estarías enojado y resentido y pensarías cosas muy malas de mí. Esta noche he comprendido lo equivocada que estaba. El broche que me has mandado fue lo que me abrió los ojos a tus verdaderos sentimientos. No tenías necesidad de hacerme un regalo, a no ser para hacerme saber que todavía me quieres. Y hacerme un regalo de ese absurdo valor... Desde luego, comprendí enseguida lo que tratabas de decirme. Todo se amoldaba tan bien a lo que habías dicho... Respecto de leer a Spinoza, por ejemplo. Me habías perdido, a tu juicio, pero seguías estudiando la buena literatura en mi honor. Y te encontré en aquella librería comprando mi libro. No puedes imaginarte cuánto me emocionó. Y como resultado de un encuentro casual, no has podido evitar venir a Steeple Bumpleigh a fin de estar más cerca de mí de nuevo. Y esta noche vienes hasta aquí para pasearte bajo mi ventana a la luz de las estrellas... No, es necesario que no haya entre nosotros más malos entendidos. Me felicito de haber comprendido a tiempo el significado de tus tímidas insinuaciones, y de que D’Arcy Cheesewright se haya revelado tal como es antes de que fuera tarde. Seré tu esposa, Bertie.

No parecía que pudiera responder otra cosa que: «¡Oh, gracias!» Lo dije, y la entrevista terminó. Me besó de nuevo, expresó su preferencia por una boda sencilla, sólo con algunos familiares y amigos íntimos, y se alejó.

19

También yo me marché, aunque no inmediatamente. Era tarde, y la cama me aguardaba chez Boko, pero durante algún tiempo permanecí clavado en aquel sitio, mirando vagamente en la oscuridad. Alados seres de la noche chocaban contra mi rostro mientras otros usaban mi cogote como pista de patinaje, pero no levanté una mano para interrumpir sus regocijos. Lo que me había ocurrido era tan espantoso que me había convertido en estatua de sal. Dudo que la polilla, o lo que fuese, que estaba haciendo gimnasia sueca sobre mi oreja, tuviese la más remota idea de que había aterrizado sobre lo que en un tiempo fue un vivo y animado miembro de un club. Debió de pensar que era un árbol, o quizá, una roca viviente.

Al poco rato, no obstante, la vida volvió a mis rígidos miembros, y emprendí mi melancólico camino por la avenida y más allá de la verja, en dirección a casa de Boko. No estaba cerrada y entré en ella. En el corredor había luz, y avanzando por él llegué hasta el salón.

Boko estaba en un sillón, con los pies sobre la chimenea y un vaso en la mano. La vista de otro vaso, un sifón y una botella me atrajo hacia la mesa como un imán. El gorgoteo del líquido pareció arrancar a mi huésped de sus meditaciones, lo que hizo que por primera vez se diese cuenta de mi presencia.

–Sírvete tú mismo –dijo.

–Gracias, muchacho.

–Aunque me sorprende que tengas el valor de beber, después de lo que ha ocurrido esta noche.

Hablaba fríamente, y en la manera en que cogió su vaso y lo volvió a llenar había cierta tristeza. Me miró durante un momento, como si fuese una oruga en la ensalada que tenía forzosamente que compartir, y prosiguió:

–He visto a Nobby.

–¿Sí?

–Como he supuesto, ha llorado a mares.

–Lo siento.

–Lo supongo. Tuya fue la mano que arrancó esas perlas de sus ojos.

–¡Y un cuerno!

–Es inútil decir «¡Y un cuerno!». ¿Tienes conciencia? Entonces debo decirte que eres directamente responsable del diluvio. Vaya, vaya, si alguien me hubiese dicho que Bertie Wooster me abandonaría...

–Ya lo has dicho antes.

–Y seguiré diciéndolo. Hasta setenta veces siete. Es imposible abandonar una idea como ésta con un simple comentario. Cuando se ha derrumbado toda la fe que has puesto en la naturaleza humana, tienes derecho a repetirlo un poco.

Soltó una risa corta y seca, carente de alegría, áspera al oído. Después, como si desechase el desagradable tema de una vez para siempre, vació su vaso y aludió a mi tardío regreso, diciendo que hacía horas que me esperaba.

–Cuando te llevé a dar una vuelta después de cenar no pensé que ibas a estar fuera hasta la hora en que llega el lechero. Tendrás que abandonar esas disolutas costumbres de ciudad si quieres acostumbrarte a la vida de un pueblo decente de Inglaterra.

–He venido más tarde de lo que esperaba.

–¿Qué te ha entretenido?

–Pues, en primer lugar, Edwin me ha arreado un estacazo con un palo de hockey. Eso requiere bastante tiempo.

–¿Cómo?

–Eso.

–¿Que te ha arreado con un palo de hockey?

–En el mismo occipucio.

–¡Ah! –exclamó Boko pareciendo animarse un poco–. Buen chico este Edwin. El

muchacho tiene madera y buenas ideas.

Estando las cosas como estaban, esta falta de compasión me entristeció y me llenó de lo que había oído a Jeeves calificar de «pensamientos demasiado profundos para verter lágrimas sobre ellos». Un hombre en mi situación desea que sus amigos se pongan de su parte.

–No estoy para burlas ni pullas –le dije–. Necesito compasión, Boko. Compasión y consejo. ¿Sabes lo que pasa?

–¿Qué?

–Estoy prometido con Florence.

–¡Cómo! ¿Otra vez? ¿Qué ha sido de Stilton?

–Te contaré toda la espantosa historia.

Supongo que el conmovedor tono de mi voz impresionó su buen temperamento, porque me escuchó gravemente, dando muestras de sentimientos humanos mientras le relaté la tragedia. Cuando hube terminado, se estremeció y extendió la mano hacia la botella, con el aspecto de un hombre que necesita un buen trago.

–¡La gracia de Dios caiga sobre los que están prometidos! –dijo en voz baja.

Le hice ver que se le había escapado el punto esencial.

–Todo esto va muy bien, Boko, y te felicito cordialmente, pero el hecho básico al que tenemos que enfrentarnos es que quien se encuentra ahora prometido es Bertram Wooster. ¿No tienes algo que proponer?

–¿Está alguien a salvo? –continuó, reflexionando todavía–. Creí que el punto negro había pasado finalmente a posesión de Stilton.

–Yo también.

–Es lástima que no sea así, porque realmente ama a esa muchacha, Bertie. No dudo de que sintieses lástima por Stilton, pero te aseguro que era perder el tiempo. La ama. Y cuando un hombre con un cerebro tan vacío como el suyo

ama, es para siempre. Tú y yo diríamos que es inconcebible que alguien quiera casarse con una muchacha tan espantosa como ésa, pero es un hecho. ¿Te hizo leer Tipos de teoría ética?

–Sí.

–A mí también. Eso fue lo que despertó por primera vez en mí la sensación de peligro. Pero cuando cayó sobre Stilton, picó de lleno. No creo que entendiese una palabra, pero se lo tragó entero. Sería una pareja ideal. Es una lástima que se haya estropeado algo. Desde luego, si Stilton abandonase la policía, podría hallarse fácilmente el camino de la reconciliación. Éste es todo el origen del asunto.

De nuevo comprendí que se le escapaba el punto básico.

–No es por Stilton por quien me preocupo, Boko, amigo mío; es por mí. Miro a Stilton con benevolencia, y me alegraría verlo felizmente casado, pero la cuestión vital es: «¿Dónde se apea Bertram Wooster? ¿Cómo salvar de su suerte al pobre Wooster?»

–¿De verdad quieres salvarte?

–¡Mi querido Boko!

–Podría tener una saludable influencia en tu vida, recuérdalo. Tranquilizadora... Educativa...

–¿Quieres torturarme, Boko?

–¿Cómo te salvaste la última vez que estuviste prometido?

–Es una larga historia.

–Entonces, ¡por el amor de Dios!, no la empieces ahora. Sólo quiero decir si podrías emplear la misma técnica en esta ocasión.

–Me temo que no. Quiso que hiciese una cosa, fracasé al hacerla y me mandó a tomar viento. Estas circunstancias no pueden presentarse de nuevo.

–Comprendo. En fin, es una lástima que no puedas emplear el método que

empleé yo. Sistema Fittleworth. Simple, pero eficaz. Esto resolvería todas tus dificultades.

–¿Por qué no puedo emplearlo?

–Porque no sabes en qué consiste.

–Podrías decírmelo.

Negó con la cabeza.

–No, Bertie. Después de la extraordinaria actitud que has adoptado ante mi proposición de enfrentarte con el tío Percy, me niego a decírtelo. El método Fittleworth, probado y comprobado y, me atrevo a decir, con resultado infalible, puede ser empleado sólo por quienes lo merecen. Es un secreto que no quisiera compartir más que con un amigo que fuese tan firme como el acero.

–Yo soy un amigo tan firme como el acero, Boko.

–No, Bertie, no eres firme como el acero ni como nada que se le parezca. Me lo has demostrado con tu comportamiento de esta noche. Ha sido una cosa que me ha abierto los ojos y me ha llevado a revisar el valor de tu amistad desde el principio hasta el fin. Desde luego, si retirases tu negativa a intervenir en este plan de Jeeves y consintieses, por fin, en representar el papel que te he dicho, estaría encantado de... Pero ¿de qué sirve hablar de eso? Has rehusado. Eso es todo. Conozco tu férrea voluntad. Cuando tomas una decisión, te mantienes en ella.

Esto era algo que yo no sabía. Es cierto, desde luego, que tengo una voluntad de hierro, pero puede ser doblegada cuando las circunstancias lo requieren. El hombre fuerte sabe siempre cuándo hay que ceder y hacer concesiones. Me he encontrado muchas veces en esta situación con Jeeves.

–¿Me garantizas que ese método secreto funciona? –pregunté con ansia.

–Sólo puedo decirte que produjo eficaces y halagüeños resultados en mi caso. En un momento dado estaba prometido con Florence; un momento después, ya no lo estaba. Tan rápido como te digo. Pareció verdaderamente cosa de magia.

–¿Y me lo dirás si te prometo insultar al tío Percy?

–Te lo diré después de que lo hayas hecho.

–¿Por qué no ahora?

–Es un capricho. No es que no confíe en ti, Bertie. No es que crea que, una vez que conozcas el método Fittleworth, cambies de opinión respecto a cumplir tu contrato. Pero podría ser una tentación, y no quisiera exponer a ella tu alma pura.

–¿Pero me lo dirás sin falta después de que haya hecho lo que me pides?

–Sin falta.

Reflexioné. Era una elección terrible. Pero no vacilé mucho rato.

–Está bien, Boko. Lo haré.

Me dio unos golpecitos afectuosos en el pecho. Era curioso que los acontecimientos de aquella noche hubieran hecho de él un golpeador de pechos.

–¡Espléndido! –dijo–. Ya sabía yo que lo harías. Y ahora, a la cama, para pasar una buena noche y levantarnos frescos y dispuestos. Voy a escribir algunas de las cosas que tienes que decirle al viejo. No conviene fiarse de la inspiración del momento. Hay que tenerlo todo escrito y estudiado. Dudo de que dejándolo sólo en tus manos encontrases algo realmente adecuado. Ésta es una de aquellas ocasiones en que se requiere el toque literario.

Sólo gocé aquella noche de un sueño agitado, perturbado por la visión del tío Percy persiguiéndome con su látigo de caza. Al despertarme a la mañana siguiente vi que, aunque el corazón estaba apesadumbrado, las condiciones atmosféricas no podían ser mejores. Brillaba el sol, el cielo estaba azul y el oído se deleitaba con el concierto de todos los pájaros de la localidad, posados en los árboles situados frente a mi ventana.

Pero aunque la naturaleza sonreía, no había, como he indicado ya, la menor disposición de espíritu por parte de Bertram de seguir su ejemplo. No sentía la influencia del sol, ni la elevación de aquel cielo de azur, como suele decirse algunas veces; y en cuanto a los trinos de las aves, sus entusiasmos en aquellas circunstancias me parecían excesivos y de dudoso gusto. Cuando uno se encuentra frente a la clase de suplicio que me esperaba, se halla muy poco consuelo pensando que se disfrutará de un buen día para soportarlo.

Mi reloj me mostró que la hora era considerablemente menos avanzada que la mía habitual para salir de entre las sábanas, y es posible que, de haber sido el peso de mi alma más ligero, hubiera dado media vuelta para dormir cuarenta minutos más. Pero el recuerdo de los sombríos hechos que tenían que ser realizados durante aquel día de sol, me impedía conciliar el sueño. Me levanté, por consiguiente, y, tras reunir esponja y toalla, me disponía a dirigirme al cuarto de baño para entregarme a la fricción del torso, cuando mi mirada se vio atraída por un trozo de papel que asomaba por debajo de la puerta. Por lo visto, Boko había escrito la noche anterior, en interés mío, las cuatro cosas que quería que le dijese al tío Percy. Y cuando mi mirada las recorrió, el sudor perló mi frente y caí de espaldas sobre el lecho, anonadado. Era como si hubiese pisado una culebra.

Creo recordar que en una crónica precedente relaté cómo, siendo todavía un muchacho que iba a la escuela, me metí un día, a la caída de la tarde, en el despacho del director, el reverendo Aubrey Upjohn, a fin de coger algunas galletas del armario de la habitación, y cómo, una vez que tenía el botín en mi mano, descubrí que su propietario estaba también entre los presentes, sentado tranquilamente ante su mesa de trabajo, contemplando mis actividades con ojo glacial.

La razón por la que cito esto aquí es que en aquella ocasión, después de una breve pausa, embarazosa por mi parte, colérica por la suya, el reverendo Aubrey comenzó a hacer una especie de descripción del carácter del joven Wooster, que hasta el momento he considerado siempre la última palabra de la invectiva escolar. Era una cosa como la que un profeta menor del Antiguo Testamento hubiera podido pronunciar en una de sus mañanas biliosas, y, como digo, considero que marcó un jalón que los demás oradores han tratado en vano de sobrepasar. Pero me había equivocado. La lista de Boko lo dejaba muy atrás. Boko empezaba donde el reverendo Aubrey había terminado.

Escrito a máquina, a un solo espacio, creo que habría unas seiscientas palabras, y de estas seiscientas no creo que hubiese más allá de media docena que jamás me hubiera atrevido a decirle a un hombre del calibre del tío Percy, a menos que estuviera hasta las cejas de alcohol puro. Y Boko esperaba que yo le soltase la arenga a las diez de aquella misma mañana.

Salir de mi habitación para meterme en la suya lanzando imprecaciones y todo lo que se quiera fue para mí cosa de un instante. Pero el elocuente estallido que había planeado quedó sin efecto por el hecho de que él no estaba allí, y por las preguntas que le hice a una mujer de edad avanzada que encontré revolviendo por la cocina me enteré de que se había ido a bañar al río. Una vez allí, lo vi chapoteando en medio de la corriente lanzando gritos de júbilo.

Pero de nuevo tuve que ahogar las ardientes palabras. Una segunda mirada me reveló un objeto rosado parecido a una marsopa, y comprendí que estaba acompañado de Stilton. Era al celoso agente de policía de Steeple Bumpleigh a quien Boko dirigía sus alegres gritos, y pensé que era mejor que mi presencia allí siguiese ignorada. Me pareció que una conversación con Stilton en aquellas circunstancias no podía proporcionarme ni placer ni provecho.

Seguí, por consiguiente, ribera abajo, reflexionando profundamente. No había avanzado mucho cuando llegó a mis oídos el silbido de un sedal al ser arrojado, y vi a Jeeves, asolando merodeadores con aletas como si tal cosa. Hubiera debido pensar que lo primero que haría al verse establecido en Steeple Bumpleigh sería dirigirse al fluido elemento y arrojar a él un par de moscas.

Siendo a este lanzador de moscas a quien debía mi espantosa situación, no les sorprenderá saber que mi actitud, al acercarme a él, fuese más bien fría.

–¡Hola, Jeeves! –dije.

–Buenos días, señor –respondió–. Un día maravilloso.

–Maravilloso para algunos, Jeeves –dije fríamente–, pero no para el último de los Wooster, quien, gracias a usted, se encuentra frente a una catástrofe al lado de la cual todas las catástrofes anteriores son insignificantes.

−¿Señor?

–Es inútil decir «¿Señor?». Me entiende usted perfectamente. Gracias exclusivamente a su intervención voy a tener que decirle en breve al tío Percy una serie de cosas que agitarían su rizada cabellera como los cabellos como algo que ahora no recuerdo.

–«Y agitaría su rizada cabellera, erizando cada uno de sus cabellos como púas de un airado histrícido», señor.

–¿De histrícido?

–Sí, señor.

–No puede ser. No existe tal cosa. En fin, dejémoslo. Lo cierto es que me ha obligado usted a tener que dirigirle al tío Percy una serie de palabrotas, y quiero saber por qué lo ha hecho. ¿Cree que eso es leal, Jeeves? ¿Le parece noble?

Se mostró sorprendido. Ligeramente sorprendido, desde luego. Nunca pasa de ahí. Una de sus cejas tembló un poquito y la punta de su nariz se movió ligeramente.

–¿Se refiere el señor a la sugerencia que le hice a míster Fittleworth?

–A esa sugerencia aludo, Jeeves.

–Pero, seguramente, si usted ha aceptado seguir el plan propuesto, lo ha hecho llevado por su buen corazón. Habría podido optar por prestar o no prestar su ayuda.

–¡Ah!

–¿Señor?

–He dicho «¡Ah!», Jeeves. Y quiero decir: «¡Ah!» ¿Sabe usted lo que ha ocurrido esta noche?

–Han ocurrido muchas cosas, señor.

–Es verdad. Entre ellas, el joven Edwin me ha arreado un formidable estacazo en la cabeza con su bastón de boy scout, creyendo que era un ladrón.

–¿De veras, señor?

–Después empezamos a conversar, y me comunicó que había encontrado el broche que suponíamos perdido entre las llamas y que se lo había dado a miss Florence diciéndole que era un regalo de mi parte.

–¿De veras, señor?

–Y esto cambió las cosas. Acababa de tener una espantosa disputa con Stilton, le dio el pasaporte por decir cosas vejatorias de los pensadores ilustrados modernos, y está de nuevo prometida hasta las raíces al solemne idiota que tiene usted delante.

Creí que iba a decir otra vez: «¿De veras, señor?», en cuyo caso probablemente hubiera olvidado toda corrección y le habría atizado un golpe. No obstante, controló sus palabras y se limitó a hacer un gesto de conmiseración con los labios. Era un gran progreso.

–Y la razón por la cual he aceptado su sugerencia es porque Boko me confió anoche que tiene un sistema infalible para evitar el estar prometido con esta muchacha, y no me lo quiere decir hasta que haya tenido esta entrevista con el tío Percy.

–Comprendo, señor.

–Tengo que saberlo a toda costa. Es inútil que pruebe el método Stilton de decir cosas feas de los pensadores ilustrados modernos, porque ninguna se me ocurre. Es el sistema Boko o nada. ¿No sabe usted qué es lo que llevó a miss Florence a terminar sus relaciones con él?

–No, señor. Por otra parte, es una novedad para mí que míster Fittleworth hubiese estado prometido con miss Florence.

–¡Oh, sí! Estuvo prometido con ella, es verdad. Después de Wooster, pero antes de Stilton. Y ocurrió algo, un embrollo o enredo, y el asunto quedó inmediatamente roto. Como por arte de magia, según dijo. Creo que sería algo que hizo. Pero ¿qué puede ser?

–Temo ser incapaz de aventurar una conjetura, señor. ¿Me permite usted que haga indagaciones entre la servidumbre del Hall?

–Excelente idea, Jeeves.

–Es posible que algún miembro de ese grupo tenga conocimiento de los hechos.

–La cosa fue probablemente la comidilla en las dependencias del servicio durante varios días. Sondee usted al mayordomo. Interrogue a la cocinera.

–Muy bien, señor.

–O intente usted sonsacarle algo a la doncella de miss Florence. Seguro que hay alguien que lo sabe. Es muy raro que la servidumbre no esté enterada de todo.

–Es cierto, señor. Generalmente están bien enterados.

–Y no olvide que la rapidez es esencial. Si me consigue usted los datos antes de que vea al tío Percy, es decir, a cualquier hora antes de las diez, para cuyo momento está anunciado el combate, estaré en situación de eludir la arenga, cuya mera mención, no tengo inconveniente en decirlo, me pone la piel de gallina. Y en cuanto a la felicidad de Boko y la compañera de su alma, estoy dispuesto a darles un empujoncito, desde luego, pero creo que puede ser hecho por métodos menos violentos. De manera que no pierda el tiempo, Jeeves, en hacer esas indagaciones.

–Muy bien, señor.

–Esté usted en la puerta principal del Hall a partir de las nueve y media. Yo llegaré sobre las diez y escucharé su informe. No me falle usted, Jeeves. Ha llegado el momento de que todo hombre bueno aporte su ayuda a la situación. Si pudiese enseñarle la lista que ha hecho Boko con todo lo que tengo que decirle y

llamarle (desgraciadamente la he dejado en mi habitación, donde cayó de mis nerviosos dedos), se le pondrían a usted los cabellos como púas del airado histrícido. ¿Está usted seguro de que es histrícido?

–Sí, señor.

–Es muy raro. Pero me parece que Shakespeare escribía muchas veces lo primero que le venía a la cabeza.

Puesto que iba camino del cuarto de baño en el momento en que me dirigí a solicitar una audiencia a Boko, me hallaba todavía, como es natural, con el ordinario atavío de dormir del caballero británico, más un batín, y, de acuerdo con ello, transcurrió algún tiempo antes de que entrase en el comedor. Encontré allí a Boko, frente a un huevo. Le pregunté si sabía lo que era un histrícido; me contestó que mandase al cuerno a todos los histrícidos, y me preguntó si tenía la lista de instrucciones y qué pensaba de ella.

A esto respondí que, desde luego, la había recibido, y que me había helado hasta los huesos. No había poder humano, añadí, que me indujera a transmitir a mi tío Percy ni siquiera un resumen esquemático del espantoso contenido del documento.

–¿Espantoso contenido?

–Eso he dicho.

Pareció ofendido, y murmuró no sé qué respecto de la crítica artística destructiva.

–Pues a mí me pareció muy bueno. Neto, terso y preciso. El tema me inspiró, y tuve la impresión de haber estado acertado. No obstante, si crees que he exagerado un poco la nota, puedes modificarlo, si quieres, conservando la sustancia, naturalmente.

–De todos modos –dije, creyendo que era mejor preparar el terreno–, no debes sorprenderte, Boko, si en el último momento cambio mis planes y decido mandarlo todo a paseo.

–¡Cómo!

–Acaricio la idea...

–¡Que me aspen! ¿Pero es...?

–Sí, eso es.

–No sabes lo que iba a decir.

–Sí, lo sé. Ibas a decir: «¿Es Bertie Wooster quien habla?»

–Exacto. Eso mismo. Y bien, ¿lo es?

–Sí.

Su conversación tomó a partir de entonces un tono francamente ácido, y habló de los mal llamados amigos, que, después de haberlos creído hasta entonces fieles y leales, se convertían, con gran desengaño por su parte, en unos vulgares poltrones con menos energía que un conejo.

–¿Dónde están los compañeros con espíritu de bulldog? Eso es lo que quisiera saber –terminó visiblemente apenado–. En fin, ya sabes lo que esto significa. Si me defraudas, ni media palabra del secreto Fittleworth te será comunicada.

Sonreí sutilmente y me serví una loncha de jamón. No sabía nada, pensé.

–Te veré llevando al altar a Florence Craye y no diré una palabra para salvarte. Por el contrario, oirás una voz cantando «¡Oh, perfecto amor!» más fuerte que el resto de la congregación, y será la mía. Reflexiona, Bertie. Te lo aconsejo.

–Desde luego –repuse–, yo no he dicho que me eche atrás. Digo solamente que podría hacerlo.

Esto lo calmó un poco, se suavizó y dijo que, cuando sonase la hora, estaba seguro de que mi buen fondo prevalecería. Y un poco más tarde nos separamos deseándonos buena suerte.

Habíamos acordado que iríamos al Hall por separado. En este caso, pensaba Boko, y no sin razón, era necesario el secreto, no fuese cosa que lo descubriesen y lo echasen de allí. Propuso, por consiguiente, rondar por los alrededores hasta hallar una brecha en la valla y acercarse entonces cautelosamente al despacho, y

permanecer oculto en las sombras de los arbustos sin que crujiese ni una sola ramita bajo sus pies.

Emprendí, pues, el camino solo, y al llegar a la entrada principal encontré a Jeeves esperándome en la avenida. Me bastó una mirada para comprender que el hombre tenía buenas noticias. Siempre puedo decirlo. No es que sonría en estas ocasiones, porque nunca sonríe, pero sus labios se curvan ligeramente y la córnea de sus ojos adquiere una expresión de benevolencia.

–¿Y bien, Jeeves? –le pregunté con cordialidad.

–Tengo la información que usted necesita, señor.

–¡Buen muchacho! ¿Ha visto usted al mayordomo? ¿Ha interrogado usted a la cocinera?

–En realidad, fue el muchacho que limpia los cuchillos y los zapatos quien me suministró la información, señor. Un muchacho joven que se llama Erbut.

–¿Cómo llegó a ser nuestro corresponsal particular?

–Parece que fue testigo ocular de las escenas, mientras estaba oculto en un matorral vecino disfrutando de un subrepticio cigarrillo. Desde su escondrijo estaba en condiciones de presenciar todo lo que ocurría.

–¿Y qué ocurrió? Dígamelo, Jeeves, sin omitir detalle, por insignificante que sea.

–Pues verá, señor; lo primero que llamó la atención del muchacho fue la aproximación del señorito Edwin.

–Entra en escena, ¿eh?

–Sí, señor. Su papel, como usted verá, es importante. El señorito Edwin, cuenta Erbut, avanzaba a través de la maleza, con la vista fija en el suelo. Parecía seguir algún rastro.

–Rastro de animales, sin duda. Es una práctica a la que los boy scouts son muy aficionados.

–Así lo he comprendido, señor. Sus movimientos, comentó Erbut, eran

observados con fraternal indulgencia por miss Florence, que cortaba flores en el jardín contiguo.

–¿Lo estaba observando?

–Sí, señor. Simultáneamente, míster Fittleworth apareció, siguiendo al señorito.

–¿Rastreando al rastreador?

–Sí, señor. Erbut dice que sus maneras eran sagaces y deliberadas. Eso fue, por lo menos, lo que quiso indicar, si bien las frases empleadas en su declaración fueron diferentes. Esos muchachos de los cuchillos y los zapatos raras veces se expresan correctamente.

–Me he dado cuenta a menudo. Vocabularios horribles. Siga, Jeeves. Boko, dice usted, iba siguiendo a Edwin. ¿Por qué?

–Eso es lo que, según parece, se preguntó Erbut también.

–¿Estaba intrigado?

–Sí, señor.

–No lo censuro. También lo estoy yo. Comprendo, desde luego, que el plan se complica, pero que me ahorquen si sé adónde nos lleva.

–No transcurrió mucho tiempo antes de que las razones de míster Fittleworth se hicieran evidentes, señor. En el momento en que el señorito Edwin se acercó al parterre de flores, aceleró sus movimientos...

–¿Edwin?

–No, señor, míster Fittleworth. Saltó rápidamente sobre el señorito y, aprovechando la ventaja de que para su rastreo había tenido que adoptar una posición agachada, procedió a administrarle un puntapié con todas sus fuerzas...

–¡Magnífico, Jeeves!

–... que le hizo describir un círculo en el aire y caer a los pies de miss Florence. Su señoría, horrorizada e indignada, censuró secamente la conducta de míster

Fittleworth, y exigió una inmediata explicación de la salvaje agresión. Éste trató de justificar su acción acusando al señorito Edwin de haber manipulado el aparato de cocer huevos, y que lo había estropeado de tal modo que un huevo recién puesto había salido disparado y le había dado en las mismas narices. No obstante, miss Florence se negó a aceptar aquella explicación como paliativo de lo que había ocurrido, y poco tiempo después anunció que sus relaciones habían terminado.

Lancé un suspiro. La venda había caído de mis ojos. Lo vi todo claramente. ¡Conque éste era el sistema Fittleworth: darle un puntapié a Edwin! No era de extrañar que Boko hubiese dicho que era simple y eficaz. Sólo se necesitaba un zapato sólido y el amor de una hermana.

Oí toser a Jeeves.

–Si el señor quiere mirar hacia la izquierda –dijo–, observará que el señorito Edwin acaba de entrar en la avenida y se ha inclinado sobre algún objeto que parece haber llamado su atención.

Comprendí la insinuación. El sentido de estas palabras no me pasó desapercibido. La grave y alentadora mirada que había acompañado el boletín de noticias hubiera bastado por sí sola para hacerme comprender el tácito mensaje que trataba de enviarme. Era una especie de mirada como la que un padre romano podía dirigir a su hijo cuando, tendiéndole escudo y espada, le enviaba a la batalla, y consiguió, me parece, conmoverme como un clarín.

No obstante, vacilé. Después del estacazo que me había arreado la noche anterior, la perspectiva de darle un puntapié al joven Edwin presentaba grandes atractivos, desde luego, y no había la menor duda de que el muchacho llevaba muchos años pidiéndolo. Pero hay algo embarazoso en hacer estas cosas a sangre fría. Me parecía difícil hacerlo así, en medio de la conversación. («¡Hola, Edwin! ¿Cómo estás? ¡Qué día más bonito!» ¡Zas! Ya comprenden lo que quiero decir. No es fácil.)

En el caso de Boko, desde luego, la cosa era diferente, porque estaba todavía en las garras de la furia que se apodera de un hombre que acaba de recibir en las narices un huevo recién puesto. Esto le había permitido, por decirlo así, tener un arranque súbito.

Me rasqué la barbilla con perplejidad.

–Sí –dije–. Sí, allí está, Jeeves..., y, como dice usted, agachado. Pero ¿aconseja usted verdaderamente, Jeeves...?

–Sí, señor.

–¿Cuándo? ¿Ahora?

–Sí, señor. Hay un momento en los asuntos humanos en que si aprovechamos la marea alta vamos directamente a la fortuna. Si se deja pasar este momento, el curso entero de su vida está lleno de fracasos y miserias.

–Sí, sí, es verdad... Exacto. No hay discusión posible. Pero...

–Si usted pretende objetar que es esencial que miss Florence se halle presente para observar los acontecimientos, como ocurrió en el caso Fittleworth, estoy

completamente de acuerdo. Propondría ir a informar a miss Florence de que el señor se halla en la avenida y que sería feliz si pudiese cambiar unas palabras con ella.

Todavía vacilaba. Era uno de estos casos en que se aprueba ampliamente el concepto general de la idea y, no obstante, uno no puede evitar vacilar un poco ante la perspectiva de ponerla en ejecución. Se lo expliqué a Jeeves, y me dijo que la misma vacilación había tenido Hamlet.

–Su irresolución es muy comprensible. Todo lo que se halla entre la realización del acto y el primer paso es como un fantasma o un sueño repulsivo. El genio y los instrumentos mortales están reunidos en consejo; y este estado del hombre, como un pequeño reino, sufre entonces una especie de insurrección.

–Exactamente –dije. Había puesto las cosas en su lugar.

–Si eso puede ayudarle y apelar a la vehemencia de su sangre, le recordaré que son casi las diez y que sólo la pronta acción en el sentido que he indicado puede hacer que usted evite aparecer en el despacho de su señoría a esa hora.

Había dado en el clavo. No vacilé más.

–Tiene usted razón, Jeeves. ¿Cuánto tiempo cree usted que será necesario sostener la conversación con el joven Edwin antes de que traiga usted aquí a miss Florence?

–Sólo unos minutos, señor. Sé que en estos momentos miss Florence se halla en su habitación entregada a sus trabajos literarios. Transcurrirá sólo un breve intervalo antes de que aparezca.

–¡Entonces adelante!

–Muy bien, señor.

Se fue a cumplir su misión, mientras yo, apelando a toda mi sangre y endureciendo mis nervios tanto como me fue posible, ensanché los hombros y me dirigí hacia donde Edwin andaba rondando. El tiempo seguía igualmente bello. Brillaba el sol, y recuerdo que un pájaro negro cantaba en la vecina enramada. No había motivo para que no lo hiciera, desde luego. Menciono este detalle para reforzar la intensidad de la paz general y la tranquilidad de todo el

ambiente. Y tengo que confesar que, como fugaz idea, pasó por mi mente la impresión de que lo que un acto como aquél requería era una maleza incendiada a medianoche, con el viento frío silbando entre los matorrales y tres brujas haciendo sus operaciones en el caldero.

No obstante, es imposible tenerlo todo, y dudo de que un observador hubiese podido notar la menor vacilación en Bertram al avanzar hacia su presa. Estoy seguro de que hubiera pensado: «Bertram está en plena forma.»

Me incliné hacia el mozalbete.

–¡Hola, joven Edwin! –dije.

Su mirada estaba fija en el suelo, pero al oír una voz conocida, un par de ojos ribeteados de rojo se volvieron en mi dirección. Me miró con la expresión de una comadreja que se dispone a pasar el día con otra comadreja.

–¡Hola! Oye, Bertie, he hecho otra buena acción esta mañana.

–¿Ah, sí?

–He acabado de pegar en el álbum los recortes de los periódicos que hablan de Florence. Así estoy listo hasta el miércoles.

–Buen trabajo. ¿Y qué estás haciendo ahora?

–Estudio a las hormigas. ¿Sabes algo de las hormigas, Bertie?

–Sólo de encontrarlas en las excursiones campestres.

–He estado leyendo algo sobre ellas. Es muy interesante.

–No me extraña.

Me alegraba de que hubiésemos hallado un tema de conversación, porque así podríamos esperar a que Florence entrase en escena. Era evidente que aquel granuja suspiraba por tener informes sobre estas industriosas criaturas, y no pedía otra cosa sino que se los diesen.

–¿Sabías que las hormigas hablan?

–¿Hablan?

–A su manera. A las demás hormigas, desde luego. Lo hacen golpeando la cabeza contra una hoja. ¿Cómo está tu cabeza esta mañana, Bertie? Por poco me olvido de preguntártelo.

–Todavía dolorida.

–Ya lo suponía. ¡Eh! Fue divertido, ¿no crees? Estuve una hora riéndome, cuando me fui a la cama.

Soltó una carcajada estridente, y al oír el ronco sonido, toda chispa de conmiseración que pudiese haber todavía en mi pecho desapareció. Un muchacho para el cual era motivo de regocijo hacerle salir un chichón del tamaño de una pelota de golf en la cabeza a un Wooster, merecía todo lo que la punta de un zapato puede hacerle. Por primera vez me vi contemplando la tarea que tenía ante mí con fuego y entusiasmo, casi podríamos decir con espíritu de misionero. Es decir, pensaba en todo el bien que podía hacerle a aquel chiquillo una buena patada en el trasero. Podía resultar el punto de partida de su vida.

–Te reíste, ¿verdad?

–¡Mucho!

–¡Ah! –exclamé rechinando los dientes.

Lo que me enloquecía era que, a pesar de que en ese momento estaba decidido a hacerlo lo mejor posible, y pese a que la posición que había adoptado para su estudio de las hormigas era la que requería todo el escenario preparado, me veía imposibilitado para obrar. Podría comparárseme a un sabueso encadenado. Nada podía hacer hasta que apareciese Florence. Como Jeeves había dicho, su presencia era esencial. Escruté el horizonte buscándola, como el náufrago en busca de una vela, pero no apareció, y, entretanto, seguíamos hablando de hormigas. Edwin me dijo que pertenecían a la familia de los himenópteros, y yo contesté:

–¡Vaya, vaya! Conque ésas tenemos, ¿eh?

–Se caracterizan principalmente por la inusitada distinción de las tres regiones de su cuerpo: cabeza, tórax y abdomen, y el pezón o peciolo del abdomen tiene

dos escamas o nodos, de manera que el abdomen se mueve libremente del tórax.

–¡No me digas!

–La hembra, después de poner los huevos, nutre a las larvas con alimento regurgitado de su estómago.

–No seas sucio, muchacho.

–Tanto los machos como las hembras tienen alas.

–¿Y por qué no?

–Pero la hembra se arranca las alas y sigue sin ellas.

–Eso lo dudo. Dudo que haya alguna hormiga que sea tan idiota.

–Es la verdad. El libro lo dice. ¿Has visto a las hormigas pelearse?

–Que yo recuerde, no.

–Se levantan sobre sus patas traseras y curvan el abdomen.

Y, con gran consternación y disgusto por mi parte, fuese porque era su intención ilustrarme o porque su posición le diese calambres en las extremidades, eso fue exactamente lo que hizo. Se irguió sobre sus piernas y permaneció mirándome, curvando el abdomen, en el preciso momento en que vi a Florence salir de la casa y aproximarse a mí.

Fue un momento en que un hombre de menos recursos hubiera podido suponer que todo estaba perdido. Pero los Wooster somos pensadores rápidos.

–¡Vaya! –dije.

–¿Qué pasa?

–¿Has perdido seis peniques?

–No.

–Pues alguien los ha perdido. Mira.

–¿Dónde?

–Entre esas matas –dije señalando una especie de arbusto en el borde del camino.

Como probablemente supondrán, al decir esto apelaba al subterfugio, y cualquiera que conociese a Bertram Wooster y sus rígidos principios podría suponer que aquella manera deliberada de falsear la verdad haría que el rubor de la vergüenza cubriese su rostro. Pero no ocurrió tal cosa. Si había un rubor que pudiese ser notado, era el de la excitación y del triunfo.

Porque mi sutil llamada a la codicia del granuja había conseguido surtir efecto. Ya estaba a cuatro patas en el suelo, y si lo hubiese colocado con mis propias manos no hubiera conseguido resultados más satisfactorios. Su trasero parecía sonreír de manera invitadora.

Como Jeeves había dicho justamente, hay una marea en los asuntos humanos que, aprovechada a tiempo, lleva a la fortuna. Eché la pierna hacia atrás y la disparé contra el sitio donde los pantalones estaban más llenos.

Fue un esfuerzo soberbio. Considerando que a nadie le había arreado un puntapié desde los lejanos días de la escuela, podría pensarse que la maquinaria se había enmohecido. Pero nada de eso. La antigua habilidad subsistía. Mi sincronización fue perfecta, y las consecuencias también. Desapareció entre el matorral como disparado por un cañón, y en aquel momento oí la voz de Florence.

–¡Ah! –exclamó.

No podía haber error sobre la emoción que animaba aquel grito. Era seco. Pero con la atónita sensación de que algo no había ido bien, comprendí que no era la emoción que yo había supuesto. El horror brillaba por su ausencia, ni aparecía en ella el menor indicio de indignación o fraternal resentimiento. Por sorprendente que parezca, la alegría era la nota dominante. Podría incluso ir más lejos y llamarlo éxtasis. Su «¡Ah!», en una palabra, fue prácticamente equivalente a un «¡Estupendo!», y no lograba comprenderlo.

–Gracias, Bertie –dijo–. Es exactamente lo que iba a hacer yo. ¡Edwin, ven aquí!

Allá abajo, en el bosque, algo corría. Era el prudente muchacho, que se abría

paso en dirección diametralmente opuesta a través de la maleza. Llegó a nosotros el distante sonido de un «¡Eh!» y desapareció sin dejar rastro.

Florence seguía mirándome, con una luz de agradecimiento en los ojos y una sonrisa de felicidad en los labios.

–¡Gracias, Bertie! –dijo de nuevo, con aquel tono de emoción en su voz–. Hubiera querido desollarlo. Acabo de mirar mi álbum de recortes de prensa. Ha pegado todas las críticas de La hoja espinosa al revés. Creo que lo ha hecho a propósito. Es una lástima que no lo pillara. No puedo decirte cuán agradecida te estoy, Bertie, por lo que has hecho. ¿Qué te dio la idea?

–¡Oh! Fue una especie de súbita inspiración.

–Comprendo. El tema central de La hoja espinosa se me ocurrió también así. Jeeves dice que quieres hablar conmigo. ¿Es algo importante?

–¡Oh, no, no tiene importancia!

–Entonces nos ocuparemos de ello más tarde. Ahora tengo que ir a ver si puedo despegar esos recortes con agua caliente.

Se marchó precipitadamente, haciéndome un saludo con la mano desde la puerta, y yo me quedé solo para someter la situación al análisis que requería.

No conozco nada que cause mayor desazón que el que fracase una cosa que uno consideraba segura, y con la sensación de haber recibido en pleno estómago un balón de fútbol, como me ocurrió una vez durante uno de mis viajes a los Estados Unidos, permanecí pensando en el futuro. Ni siquiera el hecho de que durante la reciente escena me hubiese revelado aquella muchacha un lado humano y afectuoso de su naturaleza que jamás había sospechado, podía reconciliarme con lo que era para mí entonces una situación inevitable. Una Florence deseando desollar a Edwin era mejor, desde luego, que una Florence incapaz de tal sentimiento; pero no, no podía decidirme a que me gustase el rumbo que tomaban los acontecimientos.

No sé cuánto tiempo estuve allí reflexionando antes de darme cuenta de que alguien hacía ruido a mi lado. Debió de ser muy fuerte, porque cuando por fin salí de mi abstracción vi que Nobby trataba de llamar mi atención y que parecía impaciente, como el que ha estado intentando alternar con un sordomudo y ve

que la conversación unilateral agota el espíritu.

–¡Bertie!

–¡Oh, perdona! Estaba pensando...

–Bueno, pues no pienses más. Vas a llegar tarde.

–¿Tarde?

–Sí. El tío Percy está en su despacho.

He mencionado ya anteriormente que soy bastante hábil en descubrir la parte agradable de las cosas, y si hay un lado agradable en cualquier cataclismo o desastre, raras veces dejo de poner el dedo en él tarde o temprano. Sus palabras me recordaron que había uno afecto a la presente catástrofe. Por sombrío que apareciese el futuro, con aquel repiqueteo de campanas nupciales y todo aquello que en ese momento parecía ineludible, estaba por lo menos en posición de salvar una cosa del naufragio. De todos modos, podía mandar a paseo el plan del tío Percy.

–¡Ah, es eso! –dije–. No lo hago.

–¿Que no lo haces?

–Mi recompensa por tomar parte en la acción –expliqué– era revelarme el secreto Fittleworth que permitía romper el compromiso con Florence. Me he enterado de él y ha sido un fracaso. Por consiguiente, dimito.

–¿Quieres decir que no nos vas a ayudar?

–Si es de otra manera, a decidir posteriormente, seguro. Pero no inflamando al tío Percy.

–¡Oh, Bertie!

–Y es inútil seguir diciendo: «¡Oh, Bertie!»

Me miró con ojos melancólicos, y me pareció durante un instante como si aquellas gotas perlíferas de las que Boko había hablado tan elocuentemente

estuviesen a punto de salir una vez más. Pero la primera materia de los Hopwood era de buena calidad. La presa no cedió.

–No comprendo... –dijo.

Le expliqué en pocas palabras lo que había ocurrido.

–Boko –concluí– pretendía que su remedio secreto era infalible. Y no lo es. De manera que, a menos que tenga algo más que sugerir...

–Pero lo tiene... Es decir, lo tengo yo.

–¿Tú?

–¿Quieres que Florence rompa vuestro compromiso?

–Claro...

–Pues bien, ve a hablar con el tío Percy, y yo le enseñaré a Florence la carta que me escribiste, en la que me decías lo que pensabas de ella. Eso hará su efecto.

Me sobresalté. De hecho me levanté un palmo del suelo.

–¡Caray!

–¿No estás de acuerdo?

–¡Que me...!

No sé por qué me afectó tanto aquello. Había olvidado completamente aquella carta, pero en ese momento, cuando llegaron a mí sus ardientes frases, la esperanza, que tan oculta estaba, salió de sus intrincados vericuetos y volvió a ocupar el puesto que le correspondía. El método Fittleworth había fracasado, pero no había duda de que el método Hopwood se llevaría el trofeo.

–¡Nobby!

–¡Piénsalo bien!

–¿Me prometes enseñar a Florence esa carta?

–Palabra de honor. Si le das al tío Percy el tratamiento convenido.

–¿Está Boko en su puesto?

–Debe de estar ya allí.

–Entonces, apártate de mi camino. ¡Allá voy!

Y, avanzando como si tuviese alas, me dirigí hacia la casa, franqueé el umbral, recorrí el corredor que lleva al despacho particular de mi pariente y me metí de cabeza en él.

El despacho del tío Percy, al que hacía en aquel momento mi primera visita, me pareció lo que en los escenarios se llama «lujoso interior», generosamente equipado con mesas, sillas, sillones, alfombras y todo el mobiliario habitual. Los libros cubrían enteramente una de las paredes, y de la de enfrente pendía un enorme cuadro en el que había unas ninfas o algo similar, jugueteando con lo que, a juzgar por su aspecto y la manera en que se conducían, me parecieron faunos. Observé también un globo terráqueo, algunos jarrones de flores, una trucha disecada, una caja de cigarros puros y un busto que podía ser el del difunto míster Gladstone.

En resumen, lo único que uno hubiera esperado encontrar en aquella habitación, pero no estaba, era al tío Percy. No se hallaba sentado en su sillón detrás de la mesa, ni andaba de un lado a otro por la alfombra, ni examinaba el globo terráqueo, ni olía las flores, ni leía los libros, ni admiraba la trucha disecada, ni contemplaba extasiado las ninfas y los faunos. No lo descubrí por ninguna parte, y aquella total ausencia de tíos, tan diferente de lo que yo había esperado, me produjo cierta impresión.

Cuando uno ha ido a un sitio dispuesto a la lucha y se encuentra súbitamente con que el adversario ha desaparecido, experimenta una sensación extraña. Es como poner el pie en el último escalón cuando no lo hay. Permanecí mordiéndome el labio con cierta perplejidad, preguntándome qué era lo mejor que podía hacer.

El aroma de un fuerte cigarro que todavía persistía en el aire demostraba que había estado allí hacía poco tiempo, y las puertaventanas abiertas indicaban que había salido al jardín, probablemente a debatir los problemas que se agitaban en su mente, en primer lugar, sin duda, el de cómo siendo como era aquella endiablada vida en Steeple Bumpleigh, podría estar cinco minutos ininterrumpidos con Chichester Clam. Y lo que yo discutía conmigo mismo era si debía seguir tras él o permanecer en mi statu quo hasta que regresase.

Desde luego, mucho dependía del tiempo que estuviese fuera. Es decir, que no creía que aquel estado de inquebrantable resolución con que había cruzado el umbral pudiese durar indefinidamente. Ya la temperatura de mis pies había descendido bastante y empezaba a sentir un vacío en el diafragma y una disposición a ahogarme. Si el encuentro se retrasaba, aunque sólo fuese un par

de minutos, todo esto adquiriría tales proporciones que el tío Percy, cuando apareciese, se encontraría ante un Bertram que habría perdido todo su serrín, a un Wooster sólo capaz de contestar humildemente «Sí, tío Percy» o «No, tío Percy».

Considerando la situación desde diferentes puntos de vista, parecía mejor ir a buscarlo por los espacios abiertos, por donde debía de rondar Boko en aquellos momentos. Y acababa de acercarme a la puerta acristalada, dispuesto a salir por ella, con poca esperanza o ilusión sobre lo que me esperaba, cuando el ruido de unas voces fuertes atrajo mi atención. Sonaban a alguna distancia, y las palabras del diálogo no llegaban de manera clara a mi oído, pero por el hecho de que se llamaban mutuamente «Mi querido Worplesdon» y «Usted, idiota cretino», sospeché que pertenecían, respectivamente, a Boko y al señor de Bumpleigh Hall.

Un momento después, mi sospecha resultó cierta. Una pequeña procesión apareció a la vista, cruzando la extensión de hierba que había delante del despacho. Abriendo la marcha iba Boko, con un aspecto menos pacífico del que le había visto algunas veces. Le seguía un hombre de aspecto jardineril, armado de una horca y acompañado de un perro de raza indeterminada. Cerraba la procesión el tío Percy, agitando un cigarro con ademán amenazador, como el ángel expulsando a Adán del Edén.

Él era quien parecía tener el papel principal en la conversación. De vez en cuando, Boko intentaba volverse, como si quisiera decir algo, pero toda la elocuencia que hubiese pretendido emplear quedaba apagada por la expresión del perro, que parecía dispuesto a traiciones, estratagemas y destrozos, y por la horca a que he aludido, la cual tocaba casi los fondillos de sus pantalones.

A mitad de camino, el tío Percy se separó del convoy y se acercó rápidamente a mí, chupando emocionado su cigarro. Boko y sus nuevos amigos continuaron en dirección a la avenida.

Después de la dolorosa impresión, inevitable al ver a un viejo amigo arrojado de entre aquellas paredes, mi primer pensamiento fue que nada me detenía ya allí. La esencia del plan al que me había prestado era que Boko debía hallarse al alcance de la voz mientras yo le hiciese mis observaciones al tío Percy, y nada era más evidente que, en el momento en que éste llegase a su despacho particular, Boko habría sido arrojado de allí como un zapato viejo.

Por consiguiente, emprendí la marcha en el acto, y avanzaba rápidamente cuando, al acercarme a la puerta, vi súbitamente un retrato de mi tía Agatha, de cintura para arriba. Al entrar me pasó inadvertido, desde luego, pero allí había estado siempre, y en ese momento atraía mi mirada y me detuvo en mi carrera como si hubiese tropezado con un farol del alumbrado.

Era obra de uno de aquellos artistas que revelan el alma del modelo, y había conseguido revelar tanto del alma de la tía Agatha que, desde un punto de vista práctico, parecía encarnar el mismo peligro el cuadro que tratar con su persona. Estuve incluso a punto de exclamar: «¡Hola!» en el preciso momento en que hubiera jurado que decía «¡Bertie!», con aquella voz imperativa que tantas veces había sonado en mis oídos convirtiéndome en una pelota con la esperanza de que un humilde servilismo me permitiera largarme cuanto antes.

Pero, como es natural, la debilidad fue sólo momentánea. Un instante después, Bertram volvía a ser el mismo. Pero la pausa había sido suficiente para permitir que el tío Percy entrase en la habitación, lo que imposibilitaba mi huida. Por consiguiente, permanecí allí, tirándome de los puños, con la esperanza de que este ademán me daría fortaleza. Algunas veces ocurre así.

El tío Percy parecía estar monologando.

–¡Lo he pisoteado! ¡Pisoteado! Estaba allí, oculto en la hierba, y lo he pisoteado. No basta que ese tipo se meta por las noches en mi casa sin estar invitado, sino que viene también de día y se acuesta sobre mi hierba. Por lo visto, no hay manera de alejarlo de aquí. Se mete en todas partes como el aceite.

Entonces, por primera vez, pareció darse cuenta de la presencia de su sobrino.

–¡Bertie!

–¡Hola, tío Percy!

–¡Querido muchacho! Precisamente te quería ver.

Decir que me quedé sorprendido al oír esta observación sería describir débilmente mis emociones. Me quedé absolutamente aturdido.

Consideremos los hechos. Hacía más de quince años que conocía a aquel viejo extravagante, y ni una sola vez durante este tiempo insinuó que mi compañía

pudiese tener el menor atractivo para él. En la mayoría de las ocasiones en que nos habíamos reunido, hizo cuanto pudo por dar a entender que era todo lo contrario. He aludido ya a la circunstancia del látigo de caza y con el transcurso de los años se había sucedido otra serie de episodios.

Creo haber dicho bastante claramente que había en la tierra pocos tipos capaces de enfrentarse con lord Percival Worplesdon. Capitanes de todos los mares, endurecidos, acostumbrados a afrontar las galernas del océano sin un estremecimiento, temblaban como flanes cuando eran llevados a su presencia en las oficinas, para responder a la acusación de haber dejado el timón o empinado el codo durante el último viaje que habían hecho a sus órdenes. Cuando estaba en una disposición de ánimo más bien análoga a la de una tortuga malhumorada, tenía la apariencia de un Aubrey Smith, y, generalmente, cuando alguien lo encontraba, daba la impresión de estar a punto de echar espuma por la boca.

Y, no obstante, en ese momento, me estaba mirando de una manera que, si no lo observaba atentamente y prescindía de su erizado bigote, parecía no sólo humana, sino incluso afectuosa. Parecía estar completamente libre de aquel dolor en el pescuezo que le producía siempre la visión de Bertram Wooster.

−¿Quién, yo? –dije, débilmente, con tal sorpresa que me vi obligado a agarrarme al globo terráqueo.

–Sí, tú, muchacho. Toma una copa, Bertie.

Dije algo respecto a ser demasiado temprano, pero rechazó la sugestión con un «¡Bah, bah!».

–Nunca es temprano para tomar una copa cuando uno ha hundido el pie hasta el tobillo en un Fittleworth. Paseaba fumando mi cigarro, con la mente ocupada por problemas vitales, cuando mi pie se hundió en algo blando, y allí estaba ese asqueroso tipo, recostado en la bella hierba, cerca del lago, como si hubiese sido una rata de agua o algo parecido. Si llego a tener el corazón débil, habría sido el fin de mis días.

Sin poder evitarlo, compadecí a Boko. Me imaginé lo ocurrido. Al dirigirse subrepticiamente hacia el despacho, había oído aproximarse al tío Percy, y buscó refugio, ignorando que pocos momentos después el pie del número cuarenta y cinco de este último se posaría sobre lo que –dada la descripción de blandura de mi pariente– debió de ser una tierna porción de su anatomía. Un rudo golpe para

el pobre muchacho. Un rudo golpe para el tío Percy, también. En realidad, era una de aquellas situaciones en que el corazón sangra por ambos bandos luchadores.

–¡Fittleworth! –dijo lanzándome una mirada acusadora–. Es amigo tuyo, ¿verdad?

–¡Oh, de corazón!

–Pues harías bien en escoger a tus amigos con más cuidado –repuso, con el primer lapso de aquella extraña benevolencia que hasta ese momento me había mostrado.

Imaginé que aquél era el momento de embarcarme en una apasionada defensa de Boko, exaltando sus admirables cualidades. Pero como fui incapaz de pensar en alguna, permanecí silencioso, y él siguió adelante.

–Pero dejemos esto. Mi jardinero se ocupa de arrojarlo de mis propiedades, con órdenes de clavarle una horca en el trasero si opone la menor resistencia. Me atrevo a pensar que estos campos le verán mucho menos a menudo en lo sucesivo. Y, válgame Dios, esto es precisamente lo que necesita Bumpleigh Hall para ser un Paraíso Terrenal; que haya menos Fittleworths, y mejores. Toma un cigarro, Bertie.

–No tengo ganas de fumar. Gracias.

–¡Tonterías! No logro comprender los detalles de tu política con mis cigarros. Cuando no quiero que los fumes, lo haces (recuerdas aquel látigo de caza, ¿eh?, ¿eh?, ¿eh?), y cuando te los ofrezco no los quieres. Todo esto es una tontería absurda. Métete esto en la boca, granuja –añadió, sacando de la caja algo que parecía un torpedo–, y dejémonos de «No tengo ganas de fumar, gracias». Quiero que estés descansado, porque tengo algo muy importante que consultarte. ¡Ah! Tráigalo aquí, Maple.

Al decir: «Nunca es temprano para tomar una copa» había apretado un timbre, lo que hizo que apareciera el mayordomo para recibir instrucciones. Éste acababa de volver a entrar con una botella de la caja más antigua, y mientras la descorchaba, mi pariente prosiguió sus observaciones.

–Bueno, dejemos a Fittleworth –repitió, tendiéndome un vaso lleno de espuma–.

Apartémoslo de nuestra mente. Tengo otras cosas que decirte. Primero y ante todo... A tu salud, Bertie.

–A su salud –dije yo débilmente.

–Por el éxito de la empresa.

–Y la realización del crimen.

–Barro te caiga en el ojo –dijo aquel extraordinario coleccionador de frases célebres en los bares–. Primero y ante todo –prosiguió vaciando el vaso de un solo trago–, deseo expresarte mi admiración por tu espectacular y loable conducta de hace poco en la avenida. He encontrado a Edwin y me ha dicho que le habías arreado un puntapié. Es algo que deseo hacer hace años, pero nunca he tenido valor. –Al llegar a este punto, se levantó del sillón con la mano tendida, estrechó la mía efusivamente y volvió a sentarse–. Recordando algunas de nuestras recientes entrevistas, Bertie –continuó, no diré suavemente, porque no puede hablar con suavidad, pero tan suavemente como pueda hablar un tipo que no puede hablar suavemente–, he pensado que pudiste sacar la impresión de que soy un hombre malhumorado y de malas pulgas. Creo que anoche te traté un poco duramente. Debes olvidarlo. Hay que hacer concesiones. No puedes juzgar a un hombre que tiene un hijo como Edwin desde el mismo punto de vista que al que no lo tiene. ¿Te has enterado de que anoche me tumbó con ese bastón infernal de boy scout?

–A mí también.

–¿En la misma...?

–A mí me arreó en la cabeza.

–Me tomó por un bandido o no sé qué estupidez. Y cuando quise tomar medidas, Florence no me dejó. No puedes imaginarte lo que sentí cuando me dijeron que le habías arreado un puntapié. Me hubiera gustado verlo. En todo caso, he sabido lo suficiente sobre lo ocurrido para llegar a la conclusión de que te has portado con notable galantería y recursos, y no tengo inconveniente en admitir, querido muchacho, que esto ha revolucionado completamente mi opinión sobre ti. Durante años enteros te he considerado la calamidad de menos espíritu de la población. Ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba. Has demostrado poseer cualidades ejecutivas en el más alto grado, y he decidido que eres el

hombre que podía aconsejarme en la grave crisis que afecta a mis negocios. Me hallo ante un doloroso dilema, Bertie. Es absolutamente necesario que... Pero quizá Jeeves te haya dicho ya algo.

–Me hizo una especie de croquis.

–¿Chichester Clam?

–Eso es.

–¿Mi necesidad vital de tener con él una conferencia secreta?

–Exacto.

–Esto simplifica la cosa. No te preocupes de por qué es para mí tan importante celebrar con Chichester Clam una entrevista secreta. Con tal de que comprendas que lo es, todo lo demás no importa. Era el hombre que estaba anoche en el cobertizo de los tiestos.

–Ya...

–Lo sabías, ¿no? Fue idea de Jeeves, y muy buena, además. En realidad, si no hubiese sido por ese asqueroso Fittleworth... Pero no dejes que vuelva a hablar de ese imbécil. Quiero conservar la calma. Sí, Clam estaba en el cobertizo de los tiestos. Es un hombre curioso.

–¿Sí?

–Muy curioso. No sabría cómo describírtelo. ¿Has visto alguna vez un cervatillo?[1]

–¿Como los tipos esos del cuadro?

–No. Me refiero al animal, el tímido cervatillo que tiembla y se estremece al menor asomo de peligro como un... como un cervatillo. Ése es Clam. No de aspecto, desde luego. Es mucho más robusto que un cervatillo normal y lleva gafas de concha, cosa que no hacen los cervatillos. Me refiero a su carácter y temperamento. ¿Estás de acuerdo conmigo?

Le recordé que, ya que no había tenido el gusto de conocerlo, la psicología de

Clam era para mí un libro cerrado.

–Es verdad. Lo he olvidado. Bien, pues esto es lo que parece. Un cervatillo. Nervioso, tembloroso, husmeando el viento a la menor provocación... Salió del cobertizo de los tiestos temblando como una hoja y diciendo: «¡Nunca más!» Sí, todo resto de varonil valor se ha evaporado en él, y cualquier plan que tracemos para el futuro debe ofrecer toda clase de garantías, un plan que incluso él pueda ver claramente que no ofrece el menor peligro. Es curiosa esta tendencia neurótica de los hombres de negocios estadounidenses. ¿Te la explicas? ¿No? Yo tampoco. Demasiado café.

–¿Café?

–Esto y el New Deal. En los Estados Unidos, según parece, la vida para el hombre de negocios es una larga serie de tazas de café y sorpresas del New Deal. Se toma uno una taza de café y se lleva una desagradable sorpresa con el New Deal. Para serenarse, se toma otra taza de café y se lleva otro disgusto con el New Deal. Se tambalea, pidiendo débilmente otro café y... En fin, ya me entiendes. Es un círculo vicioso. No hay sistema nervioso que lo aguante. Chichester tiene los nervios destrozados. Quiere tomar el próximo barco para Nueva York. Sabe que esto significa la ruina de sus negocios, pero dice que no le importa, con tal de poner el vasto y profundo océano Atlántico entre él y el cobertizo inglés de los tiestos. Parece tener un arraigado prejuicio contra los cobertizos de tiestos, de manera que métete bien en la cabeza que cualquier cosa que le propongas debe estar totalmente libre de cuanto se parezca a un cobertizo de tiestos. ¿Qué puedes proponerle, Bertie?

A esto, desde luego, no había más que una respuesta.

–Creo que será mejor consultar con Jeeves.

–He consultado con Jeeves y dice que está desorientado.

En mi consternación, solté una bocanada de humo. La cosa parecía increíble.

–¿Jeeves dice que está desorientado?

–Él mismo me lo ha dicho. Por eso he acudido a ti. Necesito una mente nueva.

–¿Cuándo le dijo esto?

–Anoche.

Comprendí que no todo estaba perdido.

–¡Ah! Pero después ha dormido un sueño reparador, y ya sabe lo que estimula dormir unas horas. ¡Y diantres, tío Percy!, le diré una cosa que acabo de recordar. Esta mañana temprano lo he encontrado pescando en el río.

–¿Y qué?

–El hecho es terriblemente significativo. No lo he interrogado sobre este punto, pero un hombre de su calibre debe de haber pescado bastante. No hay duda de que se los ha comido en el desayuno, en cuyo caso, sus facultades han sido intensamente estimuladas. Es probable que a estas horas esté de nuevo en plenas facultades, con el cerebro zumbando como una dinamo.

Vi claramente que mi pariente se contagiaba de mi exaltación. Con evidente entusiasmo se metió el cigarro en la boca por la parte encendida, con lo que se chamuscó el bigote.

–No se me había ocurrido –dijo después de soltar algunas palabrotas.

–Con Jeeves ocurre a menudo.

–¿De veras?

–La mayor parte de sus triunfos los debe al pescado.

–¡No me digas!

–Sin duda alguna. Es el fósforo, ¿comprende?

–Claro...

–A veces basta una simple sardina. ¿Podría usted encontrarlo?

–Llamaré a Maple. Oiga, Maple –dijo en el momento en que el mayordomo llegaba al término de su viaje–, envíeme a Jeeves.

–Muy bien, milord.

–Y traiga otra botella, ¿no crees, Bertie?

–Lo que usted diga, tío Percy.

–Sería lástima no tomarla. No tienes idea de lo que conmueve a un hombre creer que pone el pie en tierra firme y encontrarse con que es Fittleworth. Otra botella de lo mismo, Maple.

–Muy bien, milord.

Durante la espera, que no fue larga, mi anciano pariente se entregó a una serie de reflexiones sobre Boko, principalmente respecto de lo mucho que le desagradaba su rostro. Después se abrió la puerta para dar paso a una procesión precedida por la botella sobre una bandeja. Ésta iba seguida de Maple, quien, a su vez, precedía a Jeeves. Maple se retiró, y el tío Percy entró en materia.

–Jeeves...

–¿Milord?

–¿Ha pescado usted algo esta mañana?

–Dos peces, milord.

–¿Los ha tomado usted en el desayuno?

–Sí, milord.

–¡Espléndido! ¡Magnífico! ¡Excelente! Entonces, adelante.

–¿Milord?

–Le estaba explicando a su señoría lo mucho que el pescado estimula su razonamiento –dije yo–. Tiene la esperanza de que haya usted encontrado algún procedimiento constructivo para reanudar la entrevista con Chichester Clam.

–Lo siento, señor. He empleado toda clase de recursos para hallar una solución al problema en que se encuentra su señoría, pero lamento tener que confesar que el éxito no ha coronado mis esfuerzos.

–Dice que ha fracasado –expliqué al tío Percy.

El tío Percy repuso que había esperado mejores resultados. Jeeves dijo que él también.

–¿Serviría de algo ofrecerle una copa? Quizá le entonase.

–Me temo que no, milord. El alcohol ejerce sobre mí un efecto más bien sedativo que estimulante.

–En este caso, me temo que no hay nada que hacer. Muy bien, Jeeves. Gracias.

Un agobiante silencio cayó sobre la habitación después de que Jeeves saliera. Hice girar el globo terráqueo. El tío Percy miró la trucha disecada.

–En fin, así están las cosas, ¿no es eso? –dije, al fin.

–¿Eh?

–Quiero decir –proseguí– que si Jeeves está perdido, la esperanza debe estar más o menos perdida.

Con gran sorpresa mía, no pareció estar de acuerdo con mi opinión. Sus ojos echaban fuego. Yo había infravalorado el espíritu luchador de estos tipos que amasan enormes fortunas con los asuntos navieros. Pueden estar momentáneamente deprimidos, pero no hay quien los amilane.

–Nada de eso, nada de eso. Jeeves no es el único hombre en esta casa que tiene una cabeza sobre los hombros. La persona que es capaz de trazar el plan y arrearle un puntapié a Edwin y llevarlo a cabo tan brillantemente como lo has hecho tú, no puede considerarse derrotado por un problema como éste. Cuento contigo, Bertie. ¿Cómo puedo reunirme con Chichester Clam? No abandones la idea. Piensa de nuevo.

–¿Puedo ir a reflexionar un poco por el jardín?

–Reflexiona por donde quieras, por toda la propiedad.

–De acuerdo –dije, e hice una salida meditabunda.

Apenas acababa de cerrar la puerta y avanzar por el corredor cuando Nobby apareció ante mí como salida de una trampilla.

Avanzó saltando hacia mí, como lady Macbeth acudiendo en busca de noticias frescas a la habitación de huéspedes.

–¿Y bien? –dijo agarrándome del brazo con infantil animación–. Estoy casi agonizando de angustia y curiosidad, Bertie. ¿Ha ido todo bien? He escuchado un poco detrás de la puerta, pero era difícil darse cuenta de lo que ocurría. Lo único que he oído ha sido la voz del tío Percy rugiendo como el trueno, y accidentalmente un balido tuyo.

Hubiera podido negar, y con cierto enardecimiento, esta acusación de haber balado, pero no me dio la oportunidad de hablar.

–Y lo que me extrañó más fue que, según el programa, hubieras debido ser tú quien rugiese como el trueno y él quien lanzase algún balido accidental. Y, además, no he oído a Boko. A lo mejor no estaba allí.

Me estremecí. Por lo visto, era mi misión constante tener que apartar de aquellos labios juveniles la copa de la alegría, y me molestaba tanto entonces como la primera vez. No obstante, hice un esfuerzo por hacerle ver la verdad.

–Boko no estaba allí.

–¿Que no estaba allí?

–No.

–Pero todo consistía...

–Lo sé. Pero fue inevitablemente detenido por un jardinero armado de una horca y un perro que me pareció tener mucho de lobo.

Y con pocas palabras de simpatía le expliqué cómo la luz de su vida se había convertido en menos que polvo ante el poderío del tío Percy, y cómo había sido expulsado de allí, y mandado con la música a otra parte.

En su rostro apareció una mirada dura.

–¿Conque Boko ha hecho el animal de nuevo?

–Yo no lo llamaría así esta vez. ¿No crees que sería quizá más justo considerarlo la abandonada presa del destino?

–Podía haberse apartado del camino.

–No era fácil. Los pies del tío Percy cubren una gran área.

Pareció comprender la exactitud de mi observación. Su rostro se serenó y preguntó si Boko había sido herido.

Consideré la respuesta.

–Diría que sus heridas físicas eran muy ligeras. Parecía avanzar por sus propias fuerzas. Espiritualmente, no creo que estuviera en tan buena forma.

–¡Pobre amor mío! ¡Es tan sensible! ¿Cuál te parece ahora su posición ante el tío Percy?

–Baja...

–Esto ha cerrado todos los caminos, ¿no crees?

–Hasta cierto punto, sí. Pero –añadí, feliz de poder ver una gota de consuelo– hay todavía una probabilidad de que, si el viento y la lluvia lo permiten, el sol vuelva a brillar en breve a través de las nubes. Todo depende de cómo responda el cerebro de Wooster al acicate a que será sometido durante la próxima media hora.

–¿Qué quieres decir?

–Han ocurrido cosas sorprendentes, Nobby. ¿Recuerdas que empleé el método Fittleworth para romper mi compromiso con Florence?

–¿Dándole el puntapié a Edwin?

–Dándole, como tú dices, el puntapié a Edwin. Pues ha producido una ubérrima cosecha.

–Pero si me has dicho que no había ido bien.

–No en la manera que había previsto. Pero ha ocurrido algo sorprendente. El tío Percy, informado de mis actividades, está encantado conmigo. Al parecer, durante años enteros ha sentido el deseo de dar el puntapié al chiquillo personalmente, pero Florence ha detenido siempre su pie.

–No lo sabía.

–No hay duda de que llevaba máscara. Pero el deseo existía, y alcanzó anoche el punto culminante, cuando Edwin, deslizándose detrás de él, le arreó en la cabeza con su bastón de boy scout. De manera que imagínate lo que sintió cuando supo que yo había hollado el terreno que él no había osado pisar. Revolucionó todo el estado de cosas. Me estrechó la mano, me dio un cigarro, me instó a beber con él, y soy ahora su más fiel amigo y consejero. Tiene de mí la más alta opinión.

–Bien, pero...

–¿Has dicho algo?

–Iba sólo a decir que todo eso es espléndido, maravilloso y magnífico y espero que seas muy feliz, pero lo que quisiera es que tuviese la más alta opinión de Boko.

–A eso voy. ¿Te ha hablado alguna vez nuestro anciano pariente de sus asuntos?

–Sólo para decirme que no le molestase porque estaba ocupado.

–Entonces, no le has oído hablar de un magnate estadounidense llamado J. Chichester Clam, con el cual tiene que celebrar una entrevista secreta a fin de tratar de un asunto importante. Cosa comercial misteriosa. Me ha pedido que le busque la manera de celebrar esta entrevista. Si lo consigo, lo tendréis todo solucionado.

–¿Cómo lo sabes?

–¡Caray! Soy ya, prácticamente, el dulce corderito del tío Percy. Esto me hará más cordero todavía. Estaré en situación de conmover su corazón...

–¡Oh, caramba, sí! ¡Ahora comprendo!

–... y arreglar lo tuyo con Boko. Entonces le enseñas a Florence mi carta, y se

arregla lo mío.

–¡Pero Bertie, es estupendo!

–Sí, el porvenir es de color de rosa, con tal de que...

–¿Con tal de que qué?

–Pues con tal de que se me ocurra un medio de arreglar esta entrevista secreta, la cual al cierre de la edición no veo manera de combinar.

–Hay millones de maneras.

–Dime tres.

–Pues podrías... No, ya te entiendo... Es difícil, lo sé. Pregúntaselo a Jeeves.

–Se lo hemos preguntado a Jeeves. Dice que está desorientado.

–¿Desorientado? ¿Jeeves?

–Comprendo. Ha sido para mí una gran impresión. Y, además, se había atracado de pescado.

–Entonces, ¿qué vas a hacer?

–Le he dicho al tío Percy que necesitaba reflexionar.

–Quizá a Boko se le ocurriría alguna cosa...

Aquí me vi obligado a mostrarme firme.

–Tengo la seguridad –dije– de que sería algo que nos hundiría a tanta profundidad que se necesitaría una draga para sacarnos a la superficie. Quiero a Boko como a un hermano, pero siempre he creído que lo mejor que podía hacerse con él era no ponerlo a prueba.

En esto estuvo de acuerdo, y convino en que, si había una manera de empeorar las cosas, Boko conseguiría indiscutiblemente encontrarla.

–Voy a verlo –dijo súbitamente, después de esperar el tiempo suficiente para

fruncir el ceño.

–¿A Boko?

–A Jeeves. No creo que esté desorientado.

–Así lo dijo él.

–No importa. No lo creo. ¿Has visto alguna vez a Jeeves desorientado?

–Muy raras veces.

–Entonces... –dijo, avanzando hacia las dependencias de servicio, dejándome a mí cruzar el vestíbulo y salir al aire libre. Y allí, durante algún tiempo reflexioné.

No podría decir cuánto tiempo reflexioné. Cuando el cerebro está intensamente ocupado es difícil darse cuenta del transcurso del tiempo. Soy, por consiguiente, incapaz de decir si habían transcurrido diez minutos o veinte cuando salí de mi profunda abstracción, y descubrí que Jeeves estaba a mi lado. No había tenido la menor sospecha de su aproximación, pero esto ocurre a menudo. Tiene una manera de materializarse al lado de uno que recuerda a aquellos tipos indios que mandan su cuerpo astral a derecha e izquierda, yendo por el aire enrarecido hasta Rangún para volver a reunir las partes en Calcuta. Me parece que lo hacen con unos espejos.

Nobby también estaba allí, y por su aspecto parecía plenamente satisfecha.

–Ya te lo he dicho.

–¿El qué?

–Que no creía que Jeeves estuviese desorientado. Ya sabía yo que debía de haber algún error. No está en absoluto desorientado.

Miré a Jeeves, atónito. Era verdad. Parecía estar en extraordinaria forma intelectual, con la cabeza erguida y echada hacia atrás, brillando toda la sagacidad en sus ojos, a pesar de haber declarado tan categóricamente delante del tío Percy y de mí mismo que estaba bloqueado.

–¿Que no está desorientado?

–No. Sólo bromeaba... Ha tenido una idea maravillosa.

–¿Qué sabe de los últimos acontecimientos?

–Acabo de ponerle al corriente.

–¿Está usted enterado del fracaso del sistema Fittleworth, Jeeves?

–Sí, señor. Y también del rapprochement del señor con su señoría.

–¿Mi qué con su señoría?

–Rapprochement, señor. Es una expresión francesa. Confieso que he experimentado no poca sorpresa al hallarle a usted en tan excelentes términos, pero la explicación de miss Hopwood ha aclarado perfectamente las cosas.

–¿Y tiene usted realmente un plan para reunir al tío Percy y a Clam?

–Sí, señor. Confieso que en nuestra reciente entrevista he engañado deliberadamente a su señoría. Considerando que era de vital importancia para los intereses de míster Fittleworth y miss Hopwood que usted estuviese en condiciones de usar su influencia en interés suyo, he creído que sería mejor que el plan pareciese proceder de usted.

–A fin de que fueses más que nunca su dulce corderito –explicó Nobby.

Asentí. Su intención no se me había escapado. Analizándolo bien, era el viejo truco de Bacon y de Shakespeare. Bacon, si recuerdan, escribió todas las obras de Shakespeare, y después, quizá porque le debía dinero o acaso por su innata bondad, permitió que el otro se llevase toda la fama. Se lo dije a Jeeves, y él contestó que quizá una comparación más exacta sería con Cyrano de Bergerac.

–Empezaré por decir, señor, que la naturaleza del plan que he elaborado hace que su exposición ante su señoría sea un poco delicada, y acaso sea necesaria cierta astucia para hacérselo aceptar.

–Es un plan complicado, ¿no?

–Sí, señor. De manera que, si puedo sugerirlo, creo que sería mejor dejar el asunto en mis manos.

–¿Quiere decir, permitir que sea usted quien lo exponga?

–Exactamente, señor. Expondré, desde luego, el hecho de que usted es el inventor y yo soy meramente el ejecutor o emisario.

–Como a usted le parezca, Jeeves. Usted lo sabe mejor que yo. ¿Y qué plan es ése?

–Se lo explicaré en breves palabras. No veo razón alguna para que su señoría y míster Clam no se encuentren en perfecto secreto y seguridad en el baile de disfraces que se celebra esta noche en East Wibley Town Hall.

Me quedé estupefacto. Había olvidado completamente que el famoso baile de East Wibley debía celebrarse aquella noche. Lo cual, si se reflexiona sobre el intenso interés con que lo había esperado, dará una ligera idea de hasta qué punto el feroz empuje de la vida de Steeple Bumpleigh había desorganizado mis facultades.

–¿No es una idea maravillosa? –dijo Nobby con entusiasmo.

Me fue imposible estar enteramente de acuerdo.

–Descubro un fallo.

–¿Cómo, un fallo?

–Atiende y lo verás. ¿Dónde puede el tío Percy procurarse un disfraz con tal premura? No puede ir sin él. El disfraz, según creo, es obligatorio. En otras palabras, nos encontramos ante la misma dificultad que el invitado a la boda...

–¿Qué invitado a la boda? ¿El que golpeaba su pecho?

–No, el tipo aquel de la parábola, que, habiendo sido invitado a una boda, olvidó vestirse apropiadamente y fue arrojado de allí agarrado por la oreja, como...

Había estado a punto de decir «como Boko del recinto de Bumpleigh Hall», pero me detuve, por miedo a herir susceptibilidades. Pero incluso sin esta acotación, mis lógicas palabras dieron en el blanco.

–¡Oh, caramba! Lo había olvidado. ¿Cómo sale usted de ésta, Jeeves?

–Muy sencillo, señorita. Me temo que será necesario prestar a su señoría su disfraz de Simbad el Marino, señor.

Lancé un grito desgarrador, como la gata a la que se sugiere separarse de sus gatitos.

–¡Dios mío, Jeeves!

–Me temo que así es, señor.

–¡Pero, maldita sea, eso quiere decir que yo no podré asistir a la función!

–Me temo que no, señor.

–¿Y por qué quieres asistir a esa porquería de baile? –preguntó Nobby.

Me mordí el labio inferior.

–¿Cree usted que esto es absolutamente necesario, Jeeves? Piénselo bien.

–Completamente necesario, señor. Puede ser un poco difícil convencer a su señoría de que tome parte en un asunto de esta frivolidad, debido a su temor de lo que diría milady en caso de que se enterase, pero cuento con las patillas rojas para solventar esta dificultad. Al exponer la proposición ante su señoría, haré hincapié en lo completo del disfraz que usará, que impediría toda identificación por parte de cualquier conocido que pudiese encontrar en el curso de la fiesta.

Asentí. Tenía razón. Decidí hacer el gran sacrificio. Los Wooster raras veces somos sordos a la voz de la razón, aun cuando ésta les exija amargos sacrificios.

–Es verdad, Jeeves. El ojo más agudo no podría adivinar lo que se oculta tras esas patillas.

–No, señor.

–Bien, pues. Cederé mi traje.

–Gracias, señor. Así pues, iré a ver a su señoría inmediatamente.

–Que el cielo le ayude, Jeeves.

–Gracias, señor.

–Lo mismo digo, Jeeves.

–Gracias, señorita.

Se marchó, y yo me volví hacia Nobby con un suspiro, y le dije que era para mí un golpe y que no trataba de ocultárselo. Volvió a preguntarme por qué tenía tanto interés en asistir a una fiesta que ella consideraba un vulgar baile rural.

–Pues, en primer lugar, porque había decidido atraer todas las miradas de East Wibley con mi Simbad. Nunca me has visto vestido de Simbad el Marino, ¿verdad, Nobby?

–No.

–Pues no sabes lo que es la vida. Pero –proseguí– hay otro punto de vista, y hubiera querido que se me hubiese ocurrido antes de que Jeeves se marchase, porque me gustaría saber su opinión sobre él. Si el tío Percy se encuentra con Chichester Clam en esa orgía y todo va bien, estará, desde luego, de un humor maleable. Pero ¿será duradera esa maleabilidad? ¿No puede haber cambiado de humor a partir de la mañana siguiente? A fin de batir el hierro mientras está candente, Boko y yo deberíamos estar allá; yo, para elegir el momento psicológico de aproximarme al tío Percy en defensa de tus intereses, y Boko para seguir adelante desde donde yo lo dejase.

Comprendió lo que quería decir.

–Sí, esto necesita reflexión.

–Si no te importa, daré cuatro pasos.

Así lo hice, y estaba absorto en ello cuando oí la voz de Nobby que me llamaba y vi que Jeeves había regresado de su misión. Me uní rápidamente a ellos, y vi que estaba de humor triunfante.

–Su señoría ha consentido, señor.

–Bien, pero...

–Tengo que salir inmediatamente hacia Londres a fin de ver a míster Clam y asegurarme su cooperación.

–Exacto. Pero...

–Entretanto, miss Hopwood ha llamado mi atención sobre el punto que usted ha suscitado, señor, y estoy por completo de acuerdo. Tanto usted como míster Fittleworth deben hallarse presentes en el baile. Propondría, señor, que míster Fittleworth me llevase a la ciudad en su coche, y que salgamos lo antes posible a fin de estar de regreso a la hora indicada. Mientras yo me entrevisto con míster Clam, míster Fittleworth puede adquirir los disfraces necesarios.

Reflexioné un momento. El plan solventaba, como había dicho, mi objeción. Lo único que me preocupaba seriamente era si un punto tan esencial como la elección de los disfraces podía dejarse en manos de un pájaro como Boko. Era el tipo clásico capaz de regresar con un par de Pierrots.

–¿No sería mejor que le llevase yo a Londres?

–No, señor. Creo que usted debe permanecer aquí a fin de conservar íntegro el valor de milord. Su aceptación del plan fue arrancado con considerables dificultades. Es posible que al mirar el retrato de milady que pende encima de la puerta del despacho, cambie nuevamente de opinión. Abandonado a sí mismo, sin exhortación ni ánimo, temo que pudiese cambiar de manera de pensar.

Comprendí su razonamiento.

–Hay algo de verdad en eso, Jeeves. Está un poco preocupado, ¿verdad?

–Mucho, señor.

No podía censurarlo. He descrito ya mis sensaciones cuando mi mirada se posó sobre el retrato de la tía Agatha.

–De acuerdo, Jeeves.

–Muy bien, señor. Le recomiendo constantes alusiones a la eficacia de las patillas. Como ya había supuesto, esto fue lo que solventó la dificultad. ¿Estará míster Fittleworth en su residencia, señorita? En ese caso, voy a ir inmediatamente en su busca.

24

La predicción de Jeeves de que el tío Percy necesitaría constantemente exhortación y ánimo, para evitar que se refugiase en un nolle prosequi de última hora y se zafase del compromiso que había contraído, fue plenamente confirmada, y debo confesar que la tarea de infundirle ánimos me resultó bastante agotadora. Mientras transcurría aquel interminable día, comencé a comprender por qué los representantes de los grandes boxeadores, cargados con el peso de mantener a sus hombres en forma, son siempre tipos extenuados, con rostros surcados de arrugas y oscuras ojeras.

Sin poder evitarlo, encontraba irónico que mi viejo pariente hubiese hablado en términos despectivos acerca del conjunto de los cervatillos, mofándose de su timidez, porque también él, a su vez, hubiera podido perfectamente reunirse con estos animales sin poder hacer la menor objeción. Hubo momentos, mientras permanecía sentado contemplando el retrato de la tía Agatha que pendía encima de la puerta del despacho, en que hubiera conseguido que el más tímido de los cervatillos pareciese a su lado el peligroso Dan McGrew.

Se comprenderá, por consiguiente, qué alivio experimenté cuando, a la caída de la tarde, sonó el teléfono y se estableció el siguiente diálogo:

El tío Percy:	¿Cómo? ¿Cómo? ¿Cómo-cómo-cómo? ¿Có
Clam (entre bastidores):	Cuac, cuac, cuac, cuac, cuac, cuac, cuac, cu
El tío Percy:	Bien, perfecto. Espléndido. Le buscaré, ent

–Clam –dijo el tío Percy colgando el auricular– dice que está de acuerdo con el proyecto y que vendrá vestido de Eduardo el Confesor.

Asentí comprensivamente. La elección de Clam me pareció excelente.

–Ese Eduardo era un tipo barbudo, ¿verdad? –pregunté.

–Hasta las cejas –repuso el tío Percy–. En aquellos tiempos, el mundo era una sólida masa de seres peludos. Estaré atento a ver algo que parezca un sofá relleno de crin, y ése será Clam.

–Entonces, ¿ha decidido definitiva y resueltamente asistir a la fiesta?

–Con todas las campanillas, muchacho, con todas las campanillas. Quizá no lo creas al verme ahora, pero hubo un tiempo en que no había en Covent Garden un baile al que yo no asistiese. Las muchachas me rondaban como las moscas un tarro de miel. Entre nosotros, esto se debía al hecho de haber sido expulsado de un baile de Covent Garden y llevado a la comisaría de Vine Street en compañía de una muchacha (que, si la memoria no me engaña, se llamaba Tottie) que pudo salvarme del infortunio de casarme con tu tía treinta años antes de lo que lo hice.

−¿De veras?

–Te lo aseguro. En aquel tiempo estábamos prometidos, y rompió nuestro compromiso a los tres minutos exactos de haber leído en el vespertino el relato de lo ocurrido. La cosa sucedió demasiado tarde, desde luego, para que saliese en los periódicos de la mañana, pero las ediciones especiales de mediodía y las de la tarde me enorgullecieron, y ella se enfadó. Por eso tengo tanto empeño en que ni un solo eco de lo de esta noche llegue a sus oídos. Tu tía es una mujer maravillosa, Bertie... No sé lo que haría sin ella... Pero..., bueno, ya sabes cómo es.

Dije que sabía cómo era.

–Así pues, confío en que todo irá bien y jamás sabrá una palabra de los sombríos hechos ocurridos esta noche en su ausencia. Creo haber planeado perfectamente la parte mecánica del asunto. Me escabulliré por la escalera de servicio, envuelto hasta los ojos en un gabán, y llegaré a East Wibley en mi vieja bicicleta. Sólo son nueve kilómetros. ¿Ves algún defecto?

–Ninguno que pueda descubrir.

–Desde luego, si Florence me viese...

–No le verá.

–O Edwin...

–No es probable.

–O Maple.

Me sentí desesperado al ver que renacía en él el complejo de cervatillo precisamente cuando todo parecía presentarse a pedir de boca, y me dispuse en el acto a atajarlo. Y hasta cierto punto lo conseguí. Cuando terminé de hacerle ver que era improbable que a Florence se le ocurriese ir a rondar por la escalera de servicio a aquella hora inusitada, que Edwin necesitaría probablemente un par de días de reposo para restablecerse del tratamiento que le había administrado aquella mañana, y que Maple, en caso de encontrarle, podía fácilmente ser sobornado con un par de libras, se animó extraordinariamente, y lo dejé ensayando algunos pasos de baile en el suelo de su despacho.

Pero, como es natural, es imposible estar dándole ánimos a un tío desde después de desayunar hasta las cinco de la tarde sin pagar un poco las consecuencias. Todas aquellas extraordinarias exhortaciones y advertencias me habían agotado un poco, produciéndome, como es fácil de imaginar, cansancio físico y una sensación general de lasitud. No diré que sudase por todos los poros, pero me pareció que necesitaba una buena zambullida; y puesto que el río pasaba ante mi puerta, esto era fácil de obtener. Un cuarto de hora después, se me podía ver afrontando las olas, enfundado en un traje de baño obtenido en las reservas de Boko.

En realidad, era observado, y nada menos que por G. d’Arcy Cheesewright. Después de practicar el crol australiano de regreso a la orilla tras una refrigerante zambullida, y mientras me agarraba a un matorral para quitarme el agua de los ojos, miré alrededor y lo vi de pie encima de mí.

Fue un momento embarazoso. No sé si hay algún momento en que se encuentre uno menos a sus anchas que al enfrentarse con un tipo con cuya novia acaba uno de prometerse.

–¡Hola, Stilton! –dije–. ¿Te zambulles?

–Mientras tú infestes el agua, no.

–Salgo enseguida.

–Entonces la dejaré que corra un poco.

Estas palabras hubieran sido suficientes para hacer comprender a un hombre de mi rápida inteligencia que no sentía la menor simpatía por Bertram, y mientras trepaba por la orilla y me envolvía en mi albornoz, me dirigió una mirada que me lo hizo comprender claramente. En otro lugar he descrito con cierta extensión estas miradas suyas, y puedo afirmar que aquélla era exactamente igual a la que me había dirigido frente a Wee Nooke el día anterior.

No obstante, si hay una probabilidad de que la suavidad simplifique la situación, los Wooster le damos siempre una oportunidad.

–Bonito día –dije–. Es hermoso este país.

–La gente que uno encuentra lo estropea.

–¿Turistas, quieres decir?

–No, no me refiero a los turistas. Me refiero a las serpientes que se deslizan por entre la hierba.

Sería absurdo decir que esa actitud me animó, pero seguí perseverando.

–Hablando de hierba –dije–, Boko se había echado sobre la de Bumpleigh Hall esta mañana, y el tío Percy le ha pisoteado.

–Es una lástima que no te haya roto el pescuezo.

–No estaba allí.

–Creía que habías dicho que tu tío te había pisoteado.

–No me escuchas, Stilton. He dicho que ha pisoteado a Boko.

–¡Oh, Boko! ¡Válgame Dios! –exclamó con sincero ardor–. ¡Con un tipo como

tú rondando por allí, pisotea a Boko! ¿De qué diablos podía servir pisotear a Boko?

Hubo una pausa, durante la cual él trató de encontrarse con mi mirada y yo traté de evitar la suya. Los ojos de Stilton, en estado de reposo, nada tienen que valga la pena, pues son protuberantes y de un color azul oscuro. En momentos de emoción tienden incluso a acentuar su protuberancia, como los de una serpiente irascible, y el efecto general es francamente desagradable.

Al cabo de un rato volvió a hablar.

–Acabo de ver a Florence –dijo.

Mi azoramiento aumentó. Creí que podríamos evitar el tema. Pero Stilton es uno de esos tipos obstinados que no evitan tema alguno.

–¿Ah, sí? –dije–. ¿Florence, eh?

–Me ha dicho que va a casarse contigo.

Cada vez me gustaba menos la cosa.

–¡Ah, sí! –dije–. Sí, creo que hay una vaga idea de unión.

–¿Cómo una vaga idea? ¡El enlace está fijado para septiembre!

–¿Para septiembre? –balbuceé, temblando de pies a cabeza. No tenía idea de que la maldición tuviese que caer sobre mi cabeza tan pronto.

–Eso dice ella –contestó malhumorado–. Me gustaría retorcerte el pescuezo. Pero no puedo, porque voy de uniforme.

–Sí, claro está. No querrás dar uno de esos desagradables escándalos policíacos, ¿verdad?

Hubo otra pausa. Me estaba mirando de una manera alarmante.

–¡Maldita sea! –murmuró, casi como en un sueño–. ¡Me gustaría que hubiese un motivo para poder detenerte!

–¡Vamos, vamos, Stilton! ¿Crees que es ése el tono que...?

–¡Cuánto me gustaría verte sentado en el banquillo y yo declarando contra ti!

De nuevo reinó el silencio, y comprendí que estaba gozando con la contemplación del cuadro que había evocado. Después me preguntó si había terminado de bañarme, y le dije que sí.

–Entonces, dentro de cinco minutos correré el riesgo y me meteré en el agua –contestó.

Como es fácil imaginarse, me sentía de bastante mal humor. Me envolví en mi albornoz y emprendí el camino de mi casa. Es siempre desagradable tropezar con un viejo amigo que tiende a hundirte el ánimo. Habían pasado muchos años desde que Cheesewright y yo habíamos iniciado una amistad íntima y hubo un tiempo en que esta intimidad pareció inquebrantable; pero su actitud durante nuestra última entrevista me decía claramente que la temporada de las intimidades inquebrantables había pasado a la historia, y esta idea me entristecía.

Resignándome a lo inevitable con una lágrima mal disimulada en los ojos, me dirigí hacia el saloncito para ver si Boko había regresado de su misión en Londres. Lo encontré sentado en un sillón. Tenía a Nobby sobre las rodillas y, al parecer, estaba de inmejorable humor.

–Entra, Bertie, entra –me gritó jovialmente–. Jeeves está en la cocina preparando el té. ¿Quieres tomar una taza con nosotros?

Con una inclinación de la cabeza acepté su invitación, y me dirigí a Nobby con relación a un tema de acuciante interés.

–Nobby –dije–, acabo de ver a Stilton, y me ha informado de que Florence ha fijado la boda para una fecha alarmantemente cercana: para septiembre. Es de vital importancia, por consiguiente, que no tardes en enseñarle la carta.

–Si todo va bien esta noche, estará reflexionando sobre ella mañana por la mañana durante su taza de té matinal.

Aliviado, me volví hacia Boko.

–¿Has traído los trajes?

–¡Claro que los he traído! ¿Para qué crees que he ido a sudar a Londres? Uno

para ti y otro para mí, lo mejor que Cohen Bros. han podido proporcionarme. El mío es de Caballero. Lleva una peluca seductora... El tuyo...

–¡Habla! ¿El mío...?

Vaciló un momento.

–Te gustará. Es un Pierrot.

Lancé un grito de dolor. Boko, como todos los que me rodean, sabe perfectamente cuál es mi opinión acerca de asistir a un baile de disfraces vestido de Pierrot. Lo considero equivalente a disparar sobre un pájaro posado.

–¿Ah, sí? –dije, hablando con tranquila firmeza–. Bien, pues, en ese caso, me pondré el de Caballero.

–No puede ser, Bertie, amigo mío. No te sentaría bien. Está hecho para un tipo escuálido y esmirriado como yo. Tú eres alto, delgado y elegante. «Elegante» es la palabra, ¿verdad? –preguntó dirigiéndose a Nobby.

–La palabra exacta –asintió ella.

–Otro buen adjetivo sería «espigado». O «esbelto». ¡Ojalá tuviese yo una figura como la tuya, Bertie! ¡No sabes lo que tienes!

–Sí, lo sé –dije fríamente, desoyendo la adulación–. ¡Me has traído un traje de Pierrot asqueroso! ¡Un Wooster yendo a un baile de disfraces vestido de Pierrot! –exclamé con una risa sarcástica.

Boko echó a Nobby de sus rodillas y se levantó para darme unas palmaditas en el hombro. Supongo que vería que estaba de un humor peligroso.

–No debes quejarte por vestirte de Pierrot, Bertie –dijo apaciguándome–. Te has equivocado al creer que es un Pierrot ordinario. Muy al contrario. Dudo incluso de que, estrictamente hablando, pueda llamársele un Pierrot. En primer lugar, es de color morado. Por otra parte... Pero será mejor que te lo enseñe. Estoy seguro de que saldrás bailando por toda la casa dando palmadas de alegría.

Cogió la maleta que estaba en primer plano, la abrió, vació su contenido y permaneció mirándolo horrorizado. Yo hice lo mismo. Nobby también. Todos

mirábamos con el espanto reflejado en el rostro.

Parecía un traje de futbolista. Había un par de pantalones cortos azules, un par de medias púrpura y un jersey carmesí.

En el jersey, con grandes letras blancas, aparecía la leyenda «BORSTAL ROVERS».

Pasó algún tiempo antes de que uno de nosotros rompiese lo que creo se llama un angustioso silencio. Finalmente, Nobby dijo:

–¿Habéis visto vosotros lo mismo que he visto yo? –Su voz era sombría, apagada.

La mía era triste y sin tono.

–Si lo que has visto es un equipo de fútbol –contesté–, es también lo que está impresionando la retina de un Wooster.

–¿Con las palabras «Borstal Rovers» escritas en el jersey?

–Exactamente en el jersey.

–¿Con grandes letras blancas?

–Con enormes letras blancas. Estoy esperando alguna explicación, Fittleworth –añadí fríamente.

Nobby lanzó un grito apasionado.

–¡Yo puedo darte la explicación! ¡Boko ha hecho una vez más el idiota!

Humillándose bajo su mirada llameante, el desgraciado estalló en una tempestad de protestas.

–¡No es verdad, amor mío! ¡Juro que no es verdad, no he hecho tal cosa!

–Vamos, Boko –dije yo secamente. No tenía el menor deseo de arrastrar a aquel hombre por el fango, pero el precio del pecado se cernía sobre él–. Un traje de Caballero y un Pierrot morado (si hay que dar crédito a tus palabras) se han convertido bajo tu custodia en un equipo de fútbol que pertenece aparentemente a un atleta que defiende los colores del Borstal Rovers, aunque, de buenas a primeras, jamás hubiera dicho que tal club existiese. Alguien ha cometido una torpeza, y todos los indicios te acusan.

Boko se había desplomado sobre una silla y permanecía sentado con la cabeza

entre las manos. De repente soltó un aullido.

–¡Catsmeat! –gritó–. Ahora lo veo todo claro. Ha sido Catsmeat. Antes de emprender el regreso –prosiguió, levantando la vista y volviéndola a bajar rápidamente cada vez que sus ojos se encontraban con los de Nobby–, me he detenido en el Club Los Zánganos para tomar una copa. Catsmeat Potter-Pirbright estaba allí. Charlamos, y al ver que le quedaba el tiempo justo para tomar el tren, salió corriendo. Lo que ocurrió está claro. Aturdido por la prisa, confundió mi maleta con la suya. Si después de esto seguís pensando que es culpa mía –añadió hablando con cierta animación–, entonces diré que no hay justicia en el mundo y que es una perfecta estupidez tratar de ser tan inocente como la nieve inmaculada.

Esta llamada a nuestros buenos sentimientos no dejó de surtir su efecto. Nobby cayó en sus brazos y lo arrulló tiernamente, y yo mismo tuve que convenir que había sido más víctima de pecado que pecador.

–Bien, todo esto está muy bien –dijo Boko, reanimado ya definitivamente–. Catsmeat y yo somos más o menos de la misma talla, de manera que puedo usar su disfraz. Hubiera preferido, desde luego, no tener que presentarme en el baile de East Wibley como miembro del Borstal Rovers, pero hay que hacerse cargo de que no es el momento de elegir. Sí, podré ponérmelo.

Hice observar algo que al parecer le había pasado inadvertido.

–Y yo ¿qué? Yo tengo que ir también, a fin de allanar tu camino con el tío Percy. Antes de acercarte a él es necesario que yo haya hablado mucho. Si no asisto a la orgía de East Wibley, más vale que te quedes en casa.

Mis palabras, como había supuesto, produjeron una marcada sensación. Nobby lanzó una especie de hipo ahogado, como un cachorro que se ahogase con un hueso de goma, y Boko confesó malhumorado que no había pensado en ello.

–Pues piensa ahora –dije–. O, mejor dicho –proseguí, al abrirse la puerta–, pregunta a Jeeves qué piensa respecto de este punto. Tendrá usted seguramente algo que proponer, ¿eh, Jeeves?

–¿Señor?

–Hemos tropezado con un obstáculo en nuestro camino, Jeeves. La voluntad de

Dios nos ha dejado con un traje de menos –expliqué–, y estamos francamente desconcertados.

Colocó la bandeja sobre la mesa y escuchó con respetuoso interés el relato de los hechos.

–¿Puedo dar un corto paseo, señor –dijo cuando hube terminado–, y reflexionar sobre el problema?

–Ciertamente, Jeeves –contesté, ocultando cierto desengaño, porque había creído que nos daría la solución inmediatamente–. Dé usted el paseo que quiera. Nos encontrará aquí a su regreso.

Se marchó, y nosotros entablamos un desordenado debate en el cual la esperanza brillaba por su ausencia. Difícilmente podía escapar a la atención de tres agudas mentalidades como las nuestras el hecho de que lo que nos tenía más apurados era la cuestión de tiempo. Eran ya más de las cinco, lo cual dejaba fuera de lugar la idea de realizar otra pequeña excursión a la ciudad para hacer una segunda visita al establecimiento de Cohen Bros. Por celosos que sean en su profesión de suministrar ropa a la población, llega un momento en que estos mercaderes dan por terminada la jornada y cierran los postigos. Ni aun excediéndose del límite de velocidad que puede permitirse durante todo el camino, saliendo de Steeple Bumpleigh en aquellos momentos, podría un conductor llegar a tiempo de procurarse lo necesario. Cuando llegase allá, los Bros y su cuerpo de ayudantes se habrían retirado ya a sus respectivos domicilios para descansar con un buen libro en las manos.

Y en cuanto a poder conseguir en Steeple Bumpleigh algo que se asemejase a un disfraz, nos parecía que podía ser desechado. Al principio de esta crónica he dado una breve descripción de este villorrio; decía que era rico en casas de campo cubiertas de madreselvas y pueblerinos de mejillas sonrosadas, pero aquí terminaba todo. Sólo tenía una tienda, dirigida con pericia por mistress Greenlees, situada frente al abrevadero del pueblo; pero ésta, después de surtir a uno de cordel, peladillas rosadas, lonchas de beicon, latas de conserva y el Old Moore’s Almanac, había agotado sus reservas.

Por consiguiente, examinada en su totalidad, la situación parecía bastante complicada. Si les digo que la mejor proposición vino de Boko, y que ésta consistía en que me cubriese con un taparrabos, me embadurnara con betún y

bailase la danza de un jefe zulú, comprenderán el escaso progreso constructivo que habíamos hecho cuando se abrió la puerta y Jeeves se halló de nuevo entre nosotros.

Hay algo en la mera aparición de este hombre, que usa el número nueve de sombrero, que raras veces deja de arrancar al espectador de las profundidades de la desesperación y lo induce a la acción. A pesar de que la razón nos decía que era imposible que hubiese trazado un plan que nos sacase del atolladero, lo acogimos con entusiasmo.

–¿Y bien? –dije.

–¿Y bien? –dijo Boko.

–¿Y bien? –dijo Nobby.

–¿Ha habido suerte, Jeeves? –pregunté.

Jeeves inclinó la cabeza.

–Sí, señor. Me siento feliz de poder afirmar que he encontrado la solución al problema al que se enfrentan.

–¡Caray! –exclamó Nobby, anonadada hasta la médula.

–¡Jo! –exclamó Boko en el mismo tono.

–¡Me deja usted pasmado! –articulé, ídem–. Conque sí, ¿eh? No lo hubiera creído posible. ¿Y tú, Boko?

–Desde luego que no.

–¿Y tú, Nobby?

–Jamás lo hubiera imaginado.

–Bien, pues ya lo veis. Así es Jeeves. Donde otros se limitan a fruncir el ceño y a mesarse los cabellos, él obra. Napoleón era igual.

Boko movió la cabeza.

–No puedes comparar a Jeeves con Napoleón.

–Es como poner una yegua debutante al lado de un purasangre –asintió Nobby.

–Napoleón tenía sus momentos felices –objeté.

–En una escala muy reducida, comparado con Jeeves –dijo Boko–. Nada tengo contra Napoleón, pero no me lo imagino presentándose a las cinco y media de la tarde en Steeple Bumpleigh y apareciendo diez minutos después con un disfraz para asistir al baile. Y esto, fijaos bien, es lo que ha realizado usted, ¿eh, Jeeves?

–Sí, señor.

–Bien, pues yo no sé lo que pensáis de esto, Bertie –dijo Boko–, pero a mí me parece sencillamente un milagro. ¿Dónde está el traje, Jeeves?

–Lo he dejado sobre la cama del dormitorio de míster Wooster, señor.

–¿Pero dónde diablos lo ha conseguido usted?

–Lo he encontrado, señor.

–¿Lo ha encontrado? ¿Por el suelo, quiere usted decir?

–Sí, señor. A la orilla del río.

No sé a qué se debió (tal vez a que nosotros, los Wooster, tenemos un poco más de rapidez mental que los demás hombres), pero, al oír estas palabras, una súbita, una horrible sospecha hirvió en mi interior como una fuerte dosis de sales efervescentes, que actuó sobre los centros nerviosos y convirtió mi sangre en hielo.

–Jeeves –balbuceé–, ese disfraz..., ese traje de que habla..., ¿qué es?

–Un uniforme de policía, señor.

Me desplomé sobre un sillón como si me hubiesen seccionado los miembros inferiores con una guadaña. La sospecha había estado bien fundada.

–Se me ha ocurrido después, señor, que podía pertenecer a míster Cheesewright, porque he observado que estaba agitándose en el agua no lejos de allí.

Me levanté del sillón. No es que fuese una cosa fácil de hacer, pero lo conseguí.

–Jeeves –dije, o quizá el mot juste sería decir que rugí–, ¡va usted a devolver en el acto ese maldito uniforme a su cochino propietario!

Boko y Nobby, que habían estado dándose palmaditas en la espalda al fondo de la habitación, se detuvieron a media palmadita y se quedaron mirándome, Boko como si no diera crédito a sus oídos y Nobby como si no pudiera creer lo que oía.

–¿Devolverlo? –gritó Nobby.

–¿A su cochino propietario? –aulló Boko–. Sencillamente, no te entiendo, Bertie.

–Yo tampoco –dijo Nobby–. Si hubieses sido un judío en el desierto, no habrías renunciado a tu plato de maná, ¿no es cierto?

–Exacto –dijo Boko–. Ahora, en la hora crítica, precisamente cuando el fracaso completo de todos nuestro sueños y esperanzas parecía ya mirarnos cara a cara porque no conseguíamos echar mano a un disfraz, el cielo nos manda una admirable indumentaria. ¿Y tú propones que debemos prescindir de ella? No te das cuenta de lo que dices. Reflexiona, Bertie.

Conservé mi frente de hierro.

–Ese uniforme –dije– volverá a su propietario por mensajero especial lo antes posible. Mi querido Boko, mi querida Nobby, ¿tenéis la más ligera idea de los amargos sentimientos hacia mí que yacen en el pecho de Stilton? Me ha confesado no hace media hora que su mayor deseo era pescar a Bertram delinquiendo. Si descubre que le he robado el uniforme, no podré esperar misericordia. Tres meses en la segunda división es lo menos que puedo esperar.

Nobby estuvo a punto de decir que tres meses pasan pronto, pero Boko se le adelantó.

–¿Por qué diablos tiene que descubrir algo? –dijo–. Nadie te propone que andes rondando por Steeple Bumpleigh un día y otro, vestido de uniforme. Lo usarás sólo esta noche.

Corregí su punto de vista.

–No lo usaré esta noche.

–¡Oh! ¿No? –gritó Nobby–. Bien, pues, en este caso, tampoco mostraré yo tu carta a Florence.

–¡Buena chica! –dijo Boko–. Bien hablado, luz de mi vida. Ríete de ésta, Bertie.

No lo intenté siquiera. Sus palabras me habían helado el espinazo. No creo que haya hombre más rápido que Bertram Wooster en darse cuenta de que alguien lo tiene agarrado por el cuello, y esta vez veía claramente qué era lo que me acababa de ocurrir. Por espantosos que fuesen los peligros que me amenazaban si aceptaba el horrible regalo de Jeeves, tenía que enfrentarme a ellos.

Un momento de lucha interna para poderme expresar, y tuve que inclinarme ante el destino.

–¡Buen muchacho! –dijo Boko–. Ya sabía yo que verías de dónde venía la luz.

–¡Bertie es siempre tan razonable! –exclamó Nobby.

–Una mente clarividente. Un cerebro equilibrado –asintió Boko–. Entonces, está todo arreglado, ¿no? Vienes al baile, donde, con ese traje, no puedes dejar de ser la estrella, y rondas por allí hasta que estés seguro de que el viejo Worplesdon ha tenido una satisfactoria entrevista con Clam. Si todo ha ido bien, lo agarras por la solapa y le dices cuatro cosas sobre mí. En cuanto veas que está a punto de caer, me haces una seña, yo aparezco, hago lo que falta, y tú te vuelves a casa satisfecho. Dudo que todo junto (tu papel, quiero decir) requiera más de media hora. Y ahora me parece que será mejor que le lleve un impermeable a Stilton. No dudo de que tenga otro uniforme en su casa, pero debe de querer llegar a ella sin suscitar comentarios. Aquí no puede uno pasearse desnudo por las calles. Eso está bien para la Riviera, pero, gracias a Dios, en Steeple Bumpleigh tenemos un código más estricto.

Se marchó, llevándose a Nobby, y yo me volví hacia Jeeves, quien durante este diálogo había permanecido absolutamente inmóvil, como un búho disecado, como es su costumbre cuando se encuentra entre gente que discute pero no ha sido invitado a mezclarse en la conversación.

–Jeeves... –dije.

–¿Señor? –respondió, volviendo a la vida de una manera deferente.

Yo no tenía pelos en la lengua.

–Bien, Jeeves –dije con expresión dura y fría–, ¿se da usted cuenta del embrollo? Gracias a usted me encuentro en el mayor enredo de mi agitada carrera. Mi posición, tal como la veo, es la del hombre que se ha llevado el cachorro favorito de una tigresa más que malhumorada y se ve obligado a conducirlo muy cerca del animal. No soy un hombre débil, Jeeves, pero cuando pienso en lo que puede ocurrir si Stilton me pesca embutido en su uniforme, se me agita mi rizada cabellera... ¿Cómo es aquella frase suya?

–Erizando cada uno de sus cabellos...

–Como púas, ¿verdad?

–Sí, señor. Como púas de un airado histrícido.

–Eso mismo... Y ahora que pienso en ello, ¿qué diantres es un «histrícido»?

–Un puerco espín, señor.

–¡Ah, un puerco espín! ¿Por qué no lo ha dicho usted enseguida? Me ha tenido preocupado todo el día. Bien, pues ésta es, Jeeves, como le digo, la posición en que me encuentro, y usted es quien me ha metido en ella.

–He obrado con motivo justificado, señor. Me pareció que era esencial que usted tomase parte en la fiesta de esta noche.

Comprendí su punto de vista. Los Wooster poseemos un gran espíritu. Nos retorcemos de dolor, pero somos justos.

–Sí –asentí con gesto malhumorado–, sé que su intención es buena. Y no dudo, en cierto modo, de que ha hecho usted lo más apropiado y juicioso. Pero no puede usted dejar de reconocer que es una situación espantosa. Un paso en falso, y Stilton se lanzará sobre mí, llamando a voz en grito a los jueces de paz para que me tengan una temporadita a la sombra. Y, además, ¿se le ha ocurrido a usted pensar que Cheesewright tiene como un metro más de pecho y unos veinte centímetros más de circunferencia craneal que yo? Vestido con su uniforme, y especialmente usando su casco, voy a parecer un personaje de los Keystone

Kops. ¡Maldita sea! Preferiría ir de cochino Pierrot. Pero no creo que mis preferencias tengan gran importancia.

–Me temo que no, señor. «Pues has de saber, alocada juventud...» Perdón, señor. La expresión es de míster Bernard Shaw, no mía. «Pues has de saber, alocada juventud, que en la corteza de esta estrella mundial, el destino nos lleva a buscar nuestro bien primordial donde podemos y no donde queremos.»

De nuevo comprendí su punto de vista.

–Exacto –respondí–. Sí, creo que hay que tragarse la amarga píldora. De acuerdo, Jeeves –añadí, apelando a toda la espléndida fortaleza de los Wooster–, vamos allá.

La idea de Boko era ir a East Wibley en automóvil, él al volante y yo a su lado, de manera que si había algún detalle que nos hubiese pasado por alto, pudiésemos solucionarlo antes de nuestra llegada, con lo que conseguiríamos una perfecta preparación y evitaríamos todo contratiempo de última hora.

Ante esta proposición, aun admitiendo la solidez de su base, puse ciertas objeciones. En realidad, cuando digo objeciones debería decir algo más fuerte. Me opuse francamente horrorizado. Había sido ya pasajero del coche de Boko en más de una ocasión, y es una experiencia que uno no siente ganas de repetir. Sienten a un escritor al volante de un coche, y su natural idiotez se intensifica considerablemente. No sólo tomaba Boko las curvas a ciegas, sino que lo hacía de manera persistente y soñadora, con una expresión lejana en los ojos, explicando el argumento de su próxima novela y levantando las manos del volante a fin de acentuar con un ademán algún momento dramático.

Otra razón por la cual prefería viajar en el biplaza de Wooster era que tenía ansia de poder regresar a casa cuanto antes a fin de liberarme de aquel uniforme lo más aprisa posible. Y, claro, sería necesario, si todo iba bien, que Boko se quedase allí a fin de terminar la conquista del tío Percy.

Mi aprensión a pasar la noche bajo el plumaje de Stilton no disminuyó con el transcurso del tiempo. Seguía contemplando el suplicio con horror.

Boko, después de su benefactora visita al celoso policía, nos dijo que éste parecía bastante molesto por todo aquello y se inclinaba a sospechar que era yo la fuerza viva que se escondía tras el delito. A esto Boko contestó, bastante inteligentemente, que era mucho más probable que fuese Edwin quien había cometido la horrible fechoría. Le hizo ver que hay siempre un momento en la vida de un boy scout en que se siente súbitamente asqueado de realizar buenas acciones y permite que su naturaleza humana se sobreponga a todo. En estas ocasiones, la visión de un uniforme de policía yaciendo a la orilla de un río provoca en un boy scout tan profunda emoción que es casi irresistible. Me dijo que creía haber alejado perfectamente las sospechas de Stilton.

Esto, desde luego, estaba muy bien hasta el momento, pero no podía dejar de comprender que si Stilton me veía con su uniforme, sus sospechas renacerían con mayor fuerza. Podía o no podía tener aquello que hace de un hombre la

inteligencia privilegiada de Scotland Yard, pero era sin duda suficientemente inteligente para comprender que dos y dos son cuatro, como suele decirse. Lo que quiero dar a entender es que un policía a quien han quitado el uniforme y más tarde tropieza con uno que lo lleva puesto, forzosamente tiene que hacerse un razonamiento irrebatible.

–No, Boko –dije–. Acudiré a la cita ayudado por mis propias fuerzas motoras, y me marcharé a la velocidad del viento en el momento en que haya representado mi papel.

Y así quedó convenido.

Bueno, por supuesto, al ser para mí tan esencial llegar al teatro de las operaciones a su debido tiempo, pueden sospechar lo que ocurrió. Aproximadamente a medio camino, mi viejo biplaza se paró súbitamente y adoptó una plácida inmovilidad en una preciosa región forestal alejada de todas partes. Y como no tengo ni la más remota idea sobre cómo reparar un coche, mi capacidad se limita a hacer girar el volante y apretar el acelerador, tuve que esperar a que llegase la Marina de los Estados Unidos.

A las doce menos cuarto ésta tomó la forma de un amable conductor de camión que, al ser requerido, arregló el desperfecto con hábiles manos, tan rápidamente que apenas tuve tiempo de escupir más de dos veces desde el principio hasta el fin. Le di las gracias, puse en sus manos una bolsa de oro y seguí mi camino, al término del cual llegué cuando los relojes de la localidad daban las doce.

El interior de East Wibley Town Hall presentaba un aspecto alegre y brillante. Farolillos de colores colgaban del techo entre ramas de zarzaparrilla silvestre, y por todas partes la mirada descubría rubias mujeres y nobles caballeros. Uno de éstos, un futbolista que ostentaba los brillantes colores del Borstal Rovers, se apartó del grupo general y me cerró el paso, lleno de recriminaciones.

–Bertie, eres un perfecto cochino –dijo Boko, porque de él se trataba–. ¿Dónde diablos has estado? Hace horas que te estoy esperando.

Le expliqué los motivos de mi demora, y dijo con malicia que yo era exactamente el tipo de hombre cuyo coche se descompone cuando cada minuto cuenta, y añadió que era una suerte que no me hubiesen enviado a llevar las buenas noticias de Aix a Gante, porque, de ser así, Gante lo hubiera sabido antes por los periódicos de la mañana.

–Va a ser cosa de dar el golpe y marcharse, Bertie –prosiguió–. Se ha suscitado una situación totalmente imprevista. El viejo Worplesdon se ha metido en el bar y está liquidando las existencias a toneladas.

–¡Magnífico! –exclamé–. Probablemente el significado de su conducta ha escapado a tu comprensión, pero yo sé leer entre líneas. Eso quiere decir que ha hablado con Clam y que todo se ha arreglado satisfactoriamente.

Hizo chasquear la lengua alegremente.

–¡Claro que sí! Pero el espantoso peligro es que de un momento a otro puede estar fuera de este mundo, y en este caso, ¿qué haremos?

Comprendí lo que quería decir, y tuve la sensación de que una mano de hielo se apoyaba sobre mi corazón. No era de extrañar que hubiese empleado la expresión «espantoso peligro». El peligro era realmente grave. Todo nuestro plan estratégico requería un tío Percy en cuya alma el nivel de la marea de la bondad humana hubiese alcanzado la pleamar. Un tío Percy ciego y sin habla, apoyado contra la pared, haría fracasar todas nuestras aspiraciones.

–Ve con él sin tardar un segundo –dijo Boko con insistencia–. ¡Ruega al cielo que no sea demasiado tarde!

Apenas habían salido estas palabras de sus labios cuando yo me dirigía ya hacia el bar con la velocidad de un galgo saliendo del box. Y con profundo alivio vi que llegaba a tiempo. El tío Percy no había perdido el conocimiento. Estaba todavía de pie y en todo su esplendor, haciendo de genial anfitrión a una serie de amigos y admiradores que habían acudido a verle.

Iba a dirigirme hacia él cuando la orquesta atacó otra pieza. El coro de amigos cesó de cantar y se alejó, dejando a mi viejo pariente recostado en su sillón con los pies sobre la mesa. No tardé en acercarme.

–¿Qué hay, tío Percy?

–¡Ah, Bertie! –contestó. Cerró un ojo y me examinó atentamente–. ¿Me equivoco –preguntó– al suponer que es Bertram Wooster quien se oculta bajo ese casco?

–El mismo –dije brevemente. El uniforme y el casco resultaban todavía más

grandes de lo que había supuesto, y estaba ya asqueado de ellos. La alegría general que reinaba entre los concurrentes cuando pasé junto a ellos me fue difícil de soportar. Los Wooster no acostumbramos lanzar una risa sarcástica cuando nos encontramos en un baile de disfraces.

–No te va bien. Es demasiado grande. Tendrías que cambiar el sombrero, la armadura o lo que sea. De todos modos, sea como fuere, no te preocupes. Siéntate y toma un poco de este espantoso champán. Te haré compañía.

Creí llegado el momento de decir la palabra oportuna.

–¿No ha bebido ya bastante, tío Percy?

Meditó un momento mis palabras.

–Si con esta pregunta quieres decir si estoy trompa –contestó–, en un sentido amplio y general, tienes razón. Estoy trompa. Pero todo es relativo, Bertie..., y lo que quiero precisar es que no estoy tan trompa como lo estaré más tarde. Ésta es una noche de regocijos sin límites, mi querido muchacho, y si crees que no voy a regocijarme (y sin límites, además), entonces te diré: ¡mírame! Esto es lo que te digo: ¡mírame!

El espectáculo de un tío, aun cuando sólo fuese tío político, entregándose frenéticamente al baile, anegado en un mar de champán, nunca es agradable. Pero a pesar de que me entristeciese como sobrino, me veo obligado a confesar que estaba satisfecho como embajador de Boko. Por bebido e incluso extenuado que aquel hombre estuviera, no podía ponerse en duda su simpatía. Era como un personaje de Dickens, y comprendí que sería arcilla en mis manos.

–He visto a Clam –me dijo.

–¿Sí?

–Con mis propios ojos. Y me niego a creer que Eduardo el Confesor fuese así. Nadie hay que, ofreciendo la obscena apariencia que presentaba J. Chichester Clam, pudiese tener en sus manos el trono de Inglaterra durante cinco minutos. Se hubieran organizado grupos de linchadores, y expediciones de caballeros armados con hachas de combate hubieran sido mandadas para destruirlo.

–¿Todo va bien?

–Todo va excelentemente, salvo que empiezo a ver dos Bertrams. Y uno es muy gordo.

–¿Ha celebrado la entrevista?

–¡Ah, la entrevista! Sí, la hemos celebrado, y no tengo inconveniente en decirte, si es que puedes oírme desde dentro de tu casco, que me lo he metido en el bolsillo. Cuando lea el convenio que hemos redactado detrás de la lista de vinos (debo decirte que un convenio testimoniado por el barman es legalmente imposible de recusar) comprenderá que me regala prácticamente su cochina línea de vapores. Por eso digo con todo el énfasis de que dispongo: ¡llena tu copa, Bertie! ¡No ahorres el vitriolo!

Pensé que una palabra de elogio no sería una tontería. Por halagado que un hombre esté, nunca le molesta que lo halaguen un poco más por los viejos procedimientos.

–Buen trabajo, tío Percy.

–Ya puedes decirlo, muchacho...

–No puede haber muchos hombres que tengan un cerebro como el suyo.

–No los hay.

–Este asunto dice mucho en su honor. Quiero decir, teniendo en cuenta su estado.

–¿Te refieres a que estoy trompa? Es verdad, es verdad... Pero mientras hablaba con Clam no lo estaba. Pero mis zapatos sí. Parece –añadió contrayendo los labios con dolor– que me he puesto unos zapatos once números más pequeños, y me están destrozando los pies. Voy a buscar un rincón tranquilo donde poder quitármelos.

Contuve la respiración súbitamente. Había hallado el camino. Supongo que así debe de ser como los generales ganan las batallas, descubriendo de pronto el plan a seguir y poniéndose inmediatamente en acción.

Hay que tener en cuenta que, durante toda la conversación, era consciente del peligro de que aquel hombre, en cuanto iniciase la conversación sobre el tema Boko, girase sobre sus talones y se largase, dejándome con la palabra en la boca.

Pescadlo sin zapatos, y el problema no existe. Un tío en calcetines encuentra difícil girar sobre los talones, sobre todo si está en un automóvil. Y era en un automóvil donde me proponía meter al tío Percy.

–Lo que le convendría es sentarse en un automóvil –dije.

–No tengo coche. Vine aquí en bicicleta, y hay que ver lo que he sudado. Tengo todos los músculos doloridos.

–He encontrado el coche.

–No será la porquería del biplaza tuyo, ¿verdad? Necesitaré espacio. Quiero estirar las piernas y descansar. Las pantorrillas me duelen todavía.

–No, no, hablo de un coche mucho más grande. Es de un amigo mío.

–¿No le importará que me quite los zapatos allí?

–¡En absoluto!

–Excelente. Guíame, muchacho. De todos modos, antes de marcharnos, quisiera procurarme otra botella de esta asquerosa sidra y llevármela.

–Si cree que es aconsejable...

–No solamente aconsejable; es necesario. No hay que perder un momento.

No me resultó difícil encontrar el coche de Boko. Era un objeto del tamaño de un tanque pequeño, que había comprado de segunda mano durante sus tiempos menos penosos, y se negaba a deshacerse de él porque su admirable solidez le servía magníficamente para solventar las dificultades del tráfico. Una vez me dijo que barría los modelos ordinarios de turismo como si fuesen moscas, y que estaba en condiciones de entrar en colisión con un ómnibus.

Metí a mi viejo pariente en las cavernosas profundidades, y se quitó los zapatos. Hasta que estuvo cómodamente reclinado contra el respaldo, sacando los dedos de los pies por la ventanilla a fin de que el aire fresco de la noche pudiese acariciarlos, no empecé a poner sobre el tapete los puntos que me habían llevado allí.

–¿Conque se ha metido a Clam en el bolsillo, tío Percy? –dije–. ¡Magnífico! ¡Espléndido! Espero que, después de obtener un notable triunfo como el que ha conseguido, mostrará cierta benevolencia con sus semejantes.

–Amo a todo el mundo –dijo radiante–. Contemplo toda la especie humana con ojo amable e indulgente.

–Magnífico, magnífico...

–Siempre, desde luego, exceptuando al oprobio de esta especie, el diabólico Fittleworth.

La cosa ya no iba tan bien.

–¿Va a hacer excepciones, tío Percy? ¿En una noche como ésta?

–En una noche como ésta o como otra. E incluso de día. ¡Fittleworth! Me invita un día a almorzar...

–Lo sé. Me lo dijo.

–... y hace que salgan arañas del salero...

–Lo sé. Pero...

–Ronda por mis tierras, encerrando oficiosamente a mis asociados en el cobertizo de los tiestos...

–Lo sé. Exacto. Pero...

–Y, para colmo, se arrastra por mi hierba de manera que no puedo poner el pie en el suelo sin pisotearlo. Cuando pienso en que no he descuartizado a Fittleworth y bailado después sobre sus despojos, me asombro de mi moderación. No me hables de Fittleworth.

–Pues de eso es precisamente de lo que quería hablarle. Quiero defender su causa. Está enterado, tío Percy –dije, poniendo un trémolo emotivo en mi voz–, de que ama a la joven Nobby.

–Eso me han dicho, ¡maldita sea!

–Sería una pareja ideal. Usted y él quizá no hayan simpatizado siempre ni estado de acuerdo sobre puntos como el de arañas en los saleros, pero tendrá que convenir en que es uno de los mejores literatos jóvenes de Inglaterra. Gana más anualmente que un ministro del Gabinete.

–Tendría que darle vergüenza, si es así. ¿Has conocido alguna vez a un ministro del Gabinete? He conocido a docenas de ellos y no hay uno solo que merezca ganar más de treinta chelines semanales.

–Puede mantener a Nobby en el tren de vida a que está acostumbrada.

–No, no puede. Pregúntame por qué.

–¿Por qué?

–Porque no tengo intención de autorizarle.

–¡Pero ama, tío Percy!

–¿Tiene un tío Percy?

Comprendí que, como no tomase medidas rápidas, se iba a armar un lío espantoso.

–Cuando digo: «Ama, tío Percy» –expliqué–, no quiero decir «ama», verbo transitivo, «a tío Percy», acusativo. Quiero decir: «ama», coma, «tío Percy», entre signos de exclamación.

Mientras trataba de aclararle el error, seguía temiendo que la cosa fuese un tanto compleja para un hombre en el estado del tío Percy. Y así resultó.

–Bertie –dijo gravemente–, hubiera debido vigilarte más estrechamente. Estás más borracho que yo.

–¡No, no!

–En ese caso, reflexiona de nuevo sobre la observación que acabas de hacerme. Sería el último en negar que mis facultades están un poco embotadas, pero...

–Sólo he dicho que amaba, que estaba enamorado, y he añadido un «tío Percy»

al final de mi observación.

–¿Refiriéndote a mí, quieres decir?

–Sí.

–¿En vocativo, entonces?

–Exacto.

–Ahora lo entiendo. ¿Y adónde nos lleva eso? Exactamente a donde estábamos antes. Dices que ama a mi pupila, Zenobia. Yo contesto: «Muy bien. Deseo que sea muy feliz. Pero que me ahorquen si permito que se case con ella.» Tomo muy en serio mi papel de tutor de esa muchacha. Puedes decir que lo considero un depósito sagrado. Cuando la confió a mi tutela, recuerdo que su pobre padre, el hombre más bueno que ha pisado la tierra, aunque demasiado aficionado a la ginebra con angostura, me cogió la mano y me dijo: «¡Vigílala como un águila, Percy, amigo mío, o se casará con el primer pelagatos que encuentre por estos campos!» Y yo le dije: «Roddy (se llamaba Roderick), pon una cláusula en el mandato de tutela en la que se diga que necesita mi consentimiento, y no te preocupes de nada más.» ¿Y qué ocurre? De lo primero que me entero es de que comparece el zascandil más lamentable que jamás ha infestado un paisaje. Pero no me coge desprevenido, muchacho. Aquí está mi autoridad en blanco y negro, y tengo intención de ejercerla.

–Pero su padre no se refería a un muchacho como Boko.

–La imaginación humana tiene sus límites.

–Boko es un muchacho excelente.

–¡Nada de eso! ¡Un muchacho excelente, válgame Dios! Dime una sola cosa que haya hecho este Fittleworth en su vida que le dé derecho a consideración y respeto.

Pensé durante un momento. Y cuando los Wooster pensamos durante un momento, por lo general encontramos algo bueno.

–Quizá sea una cosa nueva para usted saber que una vez le arreó un puntapié a Edwin.

El golpe fue certero. Abrió la boca y agitó los pies, como impulsado por un céfiro pasajero.

–¿Es verdad eso?

–Pregúnteselo a Florence. Interrogue al muchacho de los zapatos y cuchillos.

–Estoy confuso...

Se incorporó un momento, reflexionando. Vi que mi revelación lo había impresionado profundamente.

–Confieso –dijo, y se llevó la botella a la boca y se tragó un tercio de su contenido– que lo que me dices me obliga a mirar a ese muchacho con cierta benevolencia. Sí, hasta cierto punto, lo admito, esto ha modificado mis puntos de vista. Eso demuestra que en todos nosotros hay algo bueno.

–Entonces, en consideración...

Negó con la cabeza.

–No, Bertie, no puedo consentir ese matrimonio. Míralo desde mi punto de vista. El muchacho vive a la puerta misma de mi casa. Dale una excusa como, por ejemplo, casarse con mi pupila, y estará constantemente por aquí. Cada vez que dé un paseo por mi jardín tendré que vigilar dónde pongo el pie, no sea que esté oculto entre la hierba. Cada vez que venga a almorzar, mi vista estará clavada en el salero. No hay sistema nervioso que lo aguante.

Comprendí el punto crítico.

–Pero todavía no lo ha oído todo tío Percy. Boko se va el mes próximo a Hollywood. ¿No se da cuenta de que los Estados Unidos están a casi cinco mil kilómetros de aquí, y que Hollywood está a casi cinco mil kilómetros al otro lado de los Estados Unidos?

Se estremeció.

–¿De veras?

–Absolutamente.

Permaneció un momento retorciéndose los dedos.

–Lo cual hace, en total, diez mil kilómetros.

–Exacto.

–Diez mil kilómetros –repitió, saboreando las palabras–. Claro, esto lo cambia todo. ¿Crees que Zenobia lo ama?

–Profundamente.

–¡Cosa rara! ¿Y su situación financiera es tan desahogada como tú dices?

–Más. Los editores gritan como chiquillos asustados cuando entra su agente para discutir las condiciones de un nuevo contrato.

–Y respecto de Hollywood, ¿estás seguro de que tus cifras son exactas?

–Un poco más, si acaso.

–Bien. Entonces, verdaderamente, en este caso...

Vi que el hierro estaba candente y que había llegado el momento de que Boko lo golpease.

–Se lo voy a mandar –dije–, y así podrán hablar y esbozar los preparativos. No tiene necesidad de moverse. Este coche es el suyo. ¡Cielo santo, tío Percy! Me lo agradecerá más tarde, cuando se dé cuenta de la felicidad que vierte sobre dos corazones juveniles.

–¡Magnífico! –dijo mi pariente, moviendo jovialmente un dedo del pie, y se llevó de nuevo la botella a los labios.

No dejé que la hierba creciese bajo mis pies. Precipitándome hacia el salón de baile, saqué a Boko de entre los juerguistas y lo mandé con el grito entusiasta de «¡A toda velocidad!». Después, di rienda suelta al biplaza y me volví hacia casa, contento de que un asunto de aquella delicadeza hubiese sido felizmente solventado.

Mi primer acto, al llegar al término de mi viaje, fue, como es natural, despojarme

del uniforme. Después de haber llegado a la orilla del río y haberlo confiado a las sombrías aguas, que podían o no embarrancarlo en alguna lejana ribera, desde donde podría ser devuelto a su propietario, regresé rápidamente a casa y me metí en la cama.

Tardé algún tiempo en lograr que mis cansados párpados se cerrasen, porque una mano desconocida había colocado un erizo entre las sábanas; prácticamente, como podríamos decir, un airado histrícido. Suponiendo que fuese obra de Boko, me sentí vivamente inclinado a hacer una transferencia a su lecho. Sin embargo, reflexioné que, aunque esto sería para él una lección merecida, resultaría un poco cruel para el histrícido, y me llevé el bicho al jardín y lo solté sobre la hierba.

Entonces, hecho el trabajo del día, entré en la casa y me sumergí en un sueño sin sueños.

27

El sol estaba alto, o bastante alto, cuando me desperté a la mañana siguiente. Desde el otro lado de la puerta cerrada del dormitorio de Boko llegaba un ruido rítmico, como el de aserrar madera, lo que indicaba que no había saltado todavía de la cama. Sentía deseos de despertarlo y preguntarle si todo había ido bien, pero me contuve. Sin duda alguna, habría regresado a casa un poco tarde y necesitaría una dosis doble de lo que había oído a Jeeves llamar «el dulce restaurador de la naturaleza». Me puse el traje de baño y el albornoz para ir al río, y apenas acababa de asomar la nariz al jardín cuando llegó Nobby en bicicleta.

El espectador más distraído e ignorante hubiera visto claramente que estaba radiante. Sus ojos brillaban como estrellas gemelas, y me saludó con uno de esos grititos que salen siempre de las gargantas femeninas.

–¡Hola, Bertie! –gritó–. Oye, Bertie, ¿no encuentras que todo esto es supercolosal?

–Eso me parece –contesté–. Así lo espero. Dejé al tío Percy de un humor maleable, y Boko iba precisamente a conferenciar con él. Todo debe de haber ido bien.

–Entonces, ¿no lo sabes aún? ¿No te lo ha contado Boko?

–No lo he visto todavía. Nuestro despertar no está sincronizado. Cuando él llegó, yo dormía, y cuando yo me he levantado, dormía él.

–Ya. Pues fue a mi casa a primeras horas, arrojó piedrecitas a mi ventana y me contó lo ocurrido. Todo ha ido de perlas.

–¿Sí?

–Según Boko, fue una fiesta de amor. El tío Percy lo mandó al bar a buscar otra botella de champán, y bebieron como un par de marineros de permiso.

–¿Y ha dado su consentimiento?

–Definitivamente, según dice Boko. Te agradece mucho todo lo que has hecho,

Bertie. Y yo también. Te daría un beso.

–Como quieras –asentí cortésmente, mientras ella cumplía su deseo. Después siguió andando hacia la casa y yo hacia el río.

Mi humor, mientras rompía el cristal de las aguas, estaba en su apogeo. El relato de Nobby no dejaba lugar a dudas de que el desenlace feliz había acudido a saltitos, como un conejo. Había olvidado preguntarle cuándo enseñaría mi carta a Florence, pero sin duda lo haría durante el transcurso de la mañana, lo que me relevaría de mis honrosas obligaciones. Y en cuanto a Boko y Nobby, entraba dentro de las posibilidades que antes de la caída de la tarde estuviesen unidos por el dulce lazo del himeneo. Boko no me había ocultado que desde hacía varios días tenía la licencia matrimonial oculta en un cajón de su mesa, dispuesta a desempeñar su papel en el momento en que sonase la señal de salida.

Por otra parte, el uniforme de Stilton flotaba en dirección al mar, y jamás se podría probar que Bertram tuviese la menor relación con ello. Era posible que alguna certera sospecha acudiese a la mente del fiel guardián de la ley, y le llevase a mirarme, cuando nos encontrásemos de nuevo, con cierta suspicacia, e incluso rechinando los dientes; pero en cuanto a reunir una cantidad de pruebas fehacientes que pudiesen llevarme al banquillo de los acusados y, subsiguientemente, a la más profunda mazmorra de los fosos del castillo, no había ni la menor esperanza.

Con la vaga sensación de que ése era el día más feliz de aquel año de gracia, regresé a casa, donde evocadores aromas procedentes del comedor me hicieron vestirme en un santiamén. Al entrar en la zona alimenticia pocos momentos después, encontré a Boko restaurando sus tejidos orgánicos, y a Nobby sentada al extremo de la mesa, bebiendo sus palabras.

–¡Ah, Bertie! –dijo Boko–. Buenos días, Bertie. Ahora que estás aquí, volveré a empezar.

Así lo hizo, y durante algunos minutos me tuvo como hechizado. A pesar de que Nobby me había referido ya los acontecimientos y sabía, por lo tanto, el final de la historia, estuve pendiente de sus labios desde el principio al fin.

–¿No le pediste su consentimiento por escrito? –pregunté cuando hubo terminado.

–Pues no –admitió–, no se me ocurrió. Pero si piensas que pueda volverse atrás, quítatelo de la cabeza. No tienes idea, Bertie, literalmente ni idea, de la camaradería que reina entre nosotros. Nuestras manos se estrecharon y nuestras espaldas recibieron las palmaditas del cariño. Estaba pendiente de mí como de un anzuelo. En fin, para darte una idea, dijo que le gustaría tener un hijo como yo...

–Teniendo en cuenta que tiene uno como Edwin, no es decir gran cosa.

–No seas sarcástico, Bertie. No trates de extender un velo de melancolía sobre una mañana como ésta. Dijo también que esperaba que tuviese gran éxito en Hollywood, y que debería quedarme varios años trabajando allí, es decir, indefinidamente. Comprendo lo que quiso decir, desde luego. Como tantos, hace tiempo que se ha dado cuenta de la decadencia del cine y cuenta conmigo para sacarlo de ella.

–Y lo harás, ángel mío –dijo Nobby.

–Ya puedes apostar... –repuso Boko, y bebió un sorbo de café.

El desayuno siguió su agradable curso. Una persona menos condescendiente que Bertram Wooster hubiera podido producir una nota discordante hablando de la cuestión del erizo en mi cama, pero me abstuve. En lugar de ello pregunté qué había sido del tío Percy al final de la conversación.

–Supongo que regresaría a casa en su bicicleta –dijo Boko–. ¿Qué has hecho del uniforme de Stilton?

Le expliqué que lo había expedido hacia alta mar, y dijo que no podía haber tomado medida más oportuna. Y de nuevo empezaba a sentirse chistoso a propósito del traje que había usado la noche anterior, cuando lo detuve con un ademán imperativo.

Con el rabillo del ojo acababa de ver algo grandote y azul que entraba por la puerta del jardín. Un momento después llegó a nuestros oídos el ruido de unos pies que andaban sobre la arena; el timbre y el volumen del ruido era tal que sólo podía ser producido por unas botas de reglamento. Por consiguiente, no me sorprendió cuando el torso y la encasquetada cabeza de Stilton se enmarcaron en la ventana abierta. Y más profundamente que nunca me congratulé de la agudeza y previsión que me había llevado a arrojar aquel uniforme al río.

–¡Ah, Stilton! –exclamé, y, lo que es más, lo dije con cierta animación. El oído más agudo no hubiera podido notar en mi voz el menor síntoma de que mi conciencia no estaba tan limpia como un silbato. El hombre prefiere siempre, como es natural, hallarse en todas las ocasiones sin mancha ni reproche, pero, en caso contrario, la primera medida a tomar es, indiscutiblemente, librarse del cuerpo del delito.

Boko, que en todas ocasiones es un anfitrión perfecto, le dio una cordial bienvenida y le pidió que abriese la boca para arrojarle una sardina dentro. Pero, al parecer, Stilton ya había desayunado, porque declinó la oferta con un gesto de petulancia.

–¡Oh! –dijo.

Hay que hablar un momento de esta cuestión de la policía y de la palabra «¡Oh!». Tengo el convencimiento de que lo primero que enseñan a un recluta que se alista en el Cuerpo de Policía es a lanzar esta exclamación. Jamás he encontrado a un agente de policía que no la profiriese, y todos ellos la dicen exactamente de la misma manera. Hay que suponer que es cuestión de escuela.

–¿Conque estás aquí, maldito Wooster?

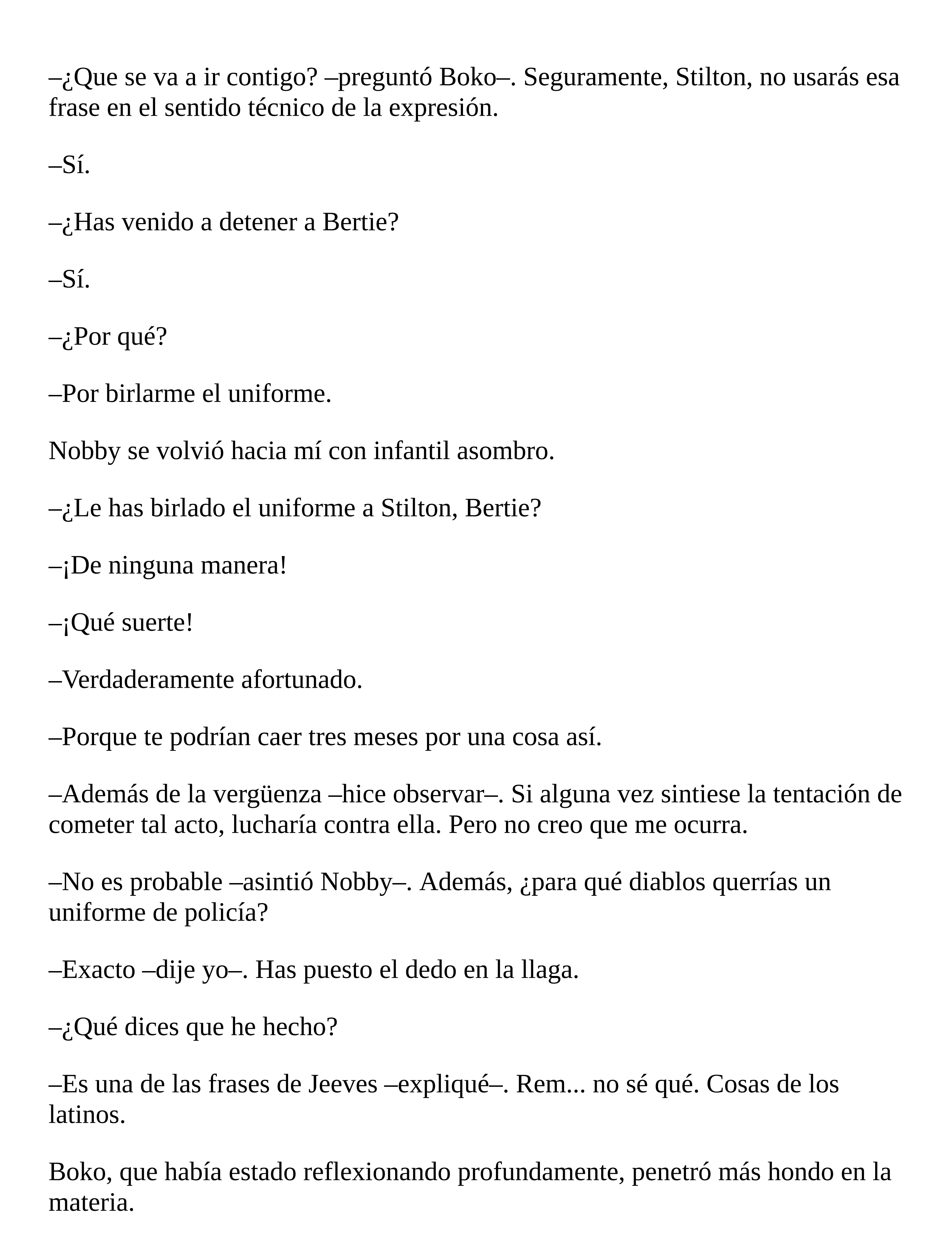
Al meditar, como lo había hecho la noche precedente, sobre cuál podría ser la posible actitud del celoso agente la siguiente vez que nos encontrásemos, nunca presumí que pudiera ser aquélla. Había previsto el sombrío fruncimiento de ceño, el rostro congestionado y los ojos salientes. Y allí estaban, precisamente como los había presagiado, y me encontraron dispuesto a enfrentarme con ellos.

Conservé mi aplomo.

–Sí, aquí estoy –respondí, poniendo distraídamente mantequilla sobre una tostada–. ¿En qué otro lugar podía estar, mi querido Stilton? Aquí, gracias a la principesca hospitalidad de Boko, es donde vivo.

–¡Oh! –dijo Stilton–. Pues no vas a vivir mucho tiempo más, porque vas a venir conmigo.

Boko me miró y arqueó las cejas. Yo miré a Boko y arqueé las cejas. Nobby nos miró a los dos y arqueó las cejas. Entonces miramos a Stilton y todos arqueamos las cejas. Era una de aquellas mañanas indicadas para arquear las cejas.



–¿Que se va a ir contigo? –preguntó Boko–. Seguramente, Stilton, no usarás esa frase en el sentido técnico de la expresión.

–Sí.

–¿Has venido a detener a Bertie?

–Sí.

–¿Por qué?

–Por birlarme el uniforme.

Nobby se volvió hacia mí con infantil asombro.

–¿Le has birlado el uniforme a Stilton, Bertie?

–¡De ninguna manera!

–¡Qué suerte!

–Verdaderamente afortunado.

–Porque te podrían caer tres meses por una cosa así.

–Además de la vergüenza –hice observar–. Si alguna vez sintiese la tentación de cometer tal acto, lucharía contra ella. Pero no creo que me ocurra.

–No es probable –asintió Nobby–. Además, ¿para qué diablos querrías un uniforme de policía?

–Exacto –dije yo–. Has puesto el dedo en la llaga.

–¿Qué dices que he hecho?

–Es una de las frases de Jeeves –expliqué–. Rem... no sé qué. Cosas de los latinos.

Boko, que había estado reflexionando profundamente, penetró más hondo en la materia.

–Me parece saber lo que piensa Stilton –dijo–. No sé si os lo dije, pero ayer, mientras se estaba bañando, alguien le robó el uniforme que había dejado en la orilla. ¿No os lo he contado?

–Que yo recuerde, no –dijo Nobby.

–Ni yo tampoco –añadí, moviendo la cabeza.

–Es extraño –dijo Boko–. Se me habrá ido de la cabeza.

–Son cosas que ocurren –dijo Nobby.

–A menudo –asentí.

–Pues así ocurrió, y no hay que censurarlo porque quiera entregar el criminal a la justicia. Pero lo que no puedo llegar a comprender es por qué se le ha metido en la cabeza que Bertie es el responsable del delito. Ya te dije ayer, Stilton, que la mano oculta es ciertamente la de Edwin.

–Sí, y acabo precisamente de interrogarlo sobre este punto. Lo niega de manera categórica.

–¿Y crees en su palabra?

–Sí, creo. Tiene una coartada.

–Eres un perfecto idiota –gritó Nobby–. ¿No comprendes que eso es precisamente lo que le acusa? ¿Es que nunca has leído una novela policíaca? Pregunta a lord Peter Wimsey la importancia que tiene una coartada.

–O a monsieur Poirot –sugerí.

–Sí. O a Reggie Fortune, o al inspector French, o a Nero Wolfe. No comprendo que un hombre de tu inteligencia se deje engañar por una coartada.

–¡Increíble! –exclamé–. Es el truco más viejo del mundo.

–Ve a buscarlo y detenlo. Es mi consejo –dijo Boko.

Cualquiera hubiese esperado que un agente de policía se dejase influir por todo esto, pero vi rápidamente que los Cheesewright están hechos de una pasta más

dura.

–Si queréis saber por qué he admitido la coartada del joven Edwin –repuso, dejando que sus ojos saliesen un poco más que de costumbre de sus órbitas– es porque está corroborada por el vicario, la mujer del vicario, el acólito, la hermana del acólito, el doctor, la tía del doctor, un jefe de boy scouts, quince comerciantes diversos y cuarenta y siete boy scouts. Parece que ayer por la tarde el doctor daba en el pueblo una conferencia sobre primeros auxilios, y Edwin fue el que subió al estrado para hacer las demostraciones. En el momento en que me robaban mi uniforme, estaba echado sobre una mesa, envuelto en vendajes, demostrando lo que hay que hacer a un camarada que se ha fracturado la cadera.

Esto, lo confieso, acalló nuestras baterías. Nadie dijo que podía ser un cómplice hábilmente disfrazado de Edwin, pero se vio claro que todo el mundo tenía ganas de sugerirlo.

–Sí –dijo Boko al fin–, esto parece realmente dejar a Edwin fuera del caso. Pero sigo sin ver de dónde diablos has sacado la extraordinaria idea de que Bertie es el culpable.

–También os lo diré –dijo Stilton, claramente decidido a no ocultarnos detalle–. Edwin me refirió una curiosa historia. Declaró que, cuando entró en el dormitorio del acusado a fin de ponerle un erizo en la cama...

–¡Ah! –exclamé, dirigiendo una mirada de remordimiento a Boko, arrepentido de haber sospechado de mi admirable huésped.

–... vio el uniforme allí. Y esta mañana he encontrado a un hombre que sirvió anoche como camarero en el baile de disfraces de East Wibley, y me ha dicho que había un tipo asqueroso que tomaba parte en el regocijo, vestido con un uniforme de policía seis números mayor que el que le correspondía. Estoy listo para emprender el camino, Wooster, si tú lo estás.

Me pareció un policía leal, como dice la frase, y consideré que nada ganaba retardando lo inevitable. Me levanté y me limpié los labios con la servilleta, como un aristócrata francés al que han informado de que la carreta está a la puerta.

Pero Boko, no obstante, estaba todavía en el ring.

–Un momento, Stilton –dijo–. No tan aprisa, agente. ¿Tienes una orden de detención?

La pregunta pareció desconcertar a Stilton.

–¿Cómo?... ¿Yo?... ¿Eh?... No...

–Es necesaria una orden de detención –dijo Boko–. No puedes hacer una detención arbitraria como ésta por un motivo grave.

La debilidad momentánea pasó. Stilton volvió a ser el mismo.

–No lo creo –dijo secamente–. Me parece que estás hablando por hablar. No obstante, iré a la delegación a consultar con el sargento.

Desapareció y Boko se sintió de nuevo brillante y eficiente.

–Tienes que burlarlo, Bertie –dijo–, y sin perder un instante. Toma tu coche, márchate a Londres y vete al extranjero. No habrán vigilado los puertos todavía. Será conveniente que de camino pases por Cohen Bros. y te compres un bigote postizo.

No permito muy a menudo a aquel zascandil que intervenga ni guíe mis acciones, pero en aquella ocasión comprendí que su consejo era bueno. Yo había pensado lo mismo. En aquel preciso momento suspiraba por tener las alas de una paloma. Tras rogarle brevemente que buscase a Jeeves y le diese orden de seguirme con mis efectos personales, me dirigí al garaje.

Y estaba a punto de abrir de par en par las puertas, cuando desde el otro lado de ellas llegó a mí el sonido de una voz ronca, y me detuve, atónito. A menos que mis oídos me hubiesen engañado, dentro del edificio había un alma humana.

Habló nuevamente, y una serie de adjetivos calificativos de ruda e isabelina especie que precedieron al nombre «Fittleworth» me permitieron identificar la garganta que los había emitido. En el acto comprendí la situación.

Al regresar de East Wibley Town Hall, cuando concluyó la fiesta, Boko se había llevado sin darse cuenta al tío Percy en el coche. Condujo rápidamente entonando una canción, e, ignorado de todos, mi viejo pariente tomó parte en la expedición, mientras reparaba un poco las fuerzas de su fatigada naturaleza en el

asiento trasero del automóvil.

Contuve el aliento y durante algunos instantes permanecí arraigado en el suelo, con el ceño fruncido y los ojos saliéndoseme de las órbitas. Decir que aquello me había producido el efecto de un golpe en la base del cráneo con un calcetín relleno de arena, no sería exagerar los hechos. Mientras permanecía allí contra la puerta, escuchando los ruidos que se filtraban a través de la madera, no es mucho decir que la melancolía había impreso en mí su marca indeleble.

Hay que considerar la posición. Era esencial que Boko mostrase con aquel hombre una gran amabilidad y benevolencia, y era absurdo suponer que esto pudiera conseguirse encerrándolo toda la noche en un garaje vestido de Simbad el Marino. Un hombre de espíritu generoso como el tío Percy tiene inevitablemente que resentirse de tal tratamiento.

Y estaba resentido. Podía oírlo. El tono de sus observaciones no dejaba lugar a dudas. No eran las invectivas de un hombre que una vez liberado se ríe cordialmente de la pequeña confusión, sino más bien las del hombre cuyo lógico comportamiento sería desollar vivo al culpable de su encarcelamiento.

Y precisamente sobre este punto había empezado entonces a extenderse. Y no sólo estaba decidido a desollar a Boko. Declaraba en términos inconfundibles su intención de hacerlo lentamente y con un cuchillo desafilado. En una palabra, estaba bien claro que, por bella y afectuosa que hubiese sido la amistad que reinó durante toda aquella noche entre él y su huésped, en su momento había tomado un mal cariz y estaba definitivamente destrozada.

Me sentí incapaz de afrontar la situación. Era una de aquellas que requieren de manera imperiosa un par de palabras de consejo por parte de Jeeves. Y estaba precisamente lamentando que no estuviese allí cuando una suave tos detrás de mí me advirtió que sí estaba. Parecía que una especie de telepatía, si ésa es la palabra que quiero decir, le hubiese avisado de que su joven amo había perdido el control y necesitaba su asistencia.

–¡Jeeves! –grité, agarrándolo por la manga de la chaqueta, como el niño perdido que se agarra a su madre. Cuando hube terminado de verter mi relato en su atento oído, vi claramente que había comprendido.

–Sumamente inquietante, señor –dijo.

–Mucho –contesté.

Me abstuve de herirlo con alguna palabra de censura o reproche, pero no pude dejar de pensar, como he pensado antes con frecuencia, que un poco más de fuego, de asombro y de agitación hubiera estado más en concordancia con la situación. Creo haber dicho ya que si Jeeves tenía algún defecto, éste era su tendencia a limitarse a chasquear la lengua contrariado cuando hubiera sido preferible que se agitara su rizada cabellera.

–¿Supone el señor que su señoría está furioso?

Me fue fácil contestarle.

–Sí, Jeeves. Sus observaciones, hasta donde me ha sido posible entenderlas, son indudablemente las de un hombre en plena ebullición. ¿Qué es «la muerte de los cien cortes»?

–Es una sentencia que está en boga entre los tribunales correccionales de la policía china para delitos sin importancia. Equivale a nuestra detención de quince días permutable por una multa. ¿Por qué lo pregunta, señor?

–El tío Percy lo ha mencionado de paso. Es una de las cosas que planea hacerle a Boko en cuanto lo encuentre. ¡Válgame Dios, Jeeves! –exclamé.

–¿Señor?

El motivo de que lanzase la exclamación fue que su mención de los tribunales de policía y sentencias penales me recordó súbitamente mi situación. Durante un breve momento, ocupada mi mente con el asunto de tíos y garajes, había olvidado que era un fugitivo de un grupo de prisioneros encadenados.

–No lo sabe usted todo. Stilton ha descubierto lo del uniforme y ha ido en busca de una orden de detención.

–¿De veras, señor?

–Sí. El joven Edwin, al meterse en mi habitación anoche para colocar un erizo en mi cama, vio el uniforme y fue a darle el soplo a Stilton. Sólo largándome inmediatamente tengo la posibilidad de escapar a los más severos rigores de la ley. Ya ve usted el espantoso dilema entre cuyos cuernos estoy. Mi coche está en

el garaje. Para sacarlo tengo que abrir la puerta. Abrir la puerta significa ver al tío Percy salir de él como el corcho de una botella.

–¿Tiembla ante un encuentro con su señoría, señor?

–Sí, Jeeves. Tiemblo ante un encuentro con su señoría. ¡Oh, ya sé lo que va usted a decir! Iba a decir que fue Boko quien lo encerró aquí y no yo.

–Precisamente. El señor está armado de tal inocencia que la cólera de su señoría pasará por su lado como un suave airecillo.

–Quizá. Pero ¿ha soltado usted alguna vez a un puma herido de una trampa?

–No, señor. Es una experiencia de la que carezco.

–Bien, pues cualquiera le dirá que en estas ocasiones el animal no se detiene a reflexionar y a elegir. Se limita a saltar sobre la primera víctima inocente que se le pone delante.

–Comprendo su punto de vista, señor. Quizá fuese mejor que usted regresase a casa y me permitiese que fuera yo quien liberase a su señoría.

Su nobleza me dejó aturdido.

–¿Lo haría usted, Jeeves?

–Ciertamente, señor.

–Es peligroso para usted.

–En absoluto, señor.

–Puede usted dar vuelta a la llave, gritar «¡Vía libre!» y salir corriendo como un conejo.

–Preferiría permanecer en escena, señor, con la esperanza de poder hacer algo para suavizar los heridos sentimientos de su señoría.

–¿Con palabras melosas, quiere decir?

–Exactamente, señor.

Lancé un profundo suspiro.

–¿No piensa usted por lo menos en subirse a un árbol?

–No, señor.

Lancé otro suspiro.

–De acuerdo. Usted lo sabrá mejor que yo. Adelante entonces, Jeeves.

–Muy bien, señor. Llevaré el coche ante la puerta principal a fin de que usted pueda partir inmediatamente. Yo le seguiré más tarde con las maletas.

Constituía para mí cierto consuelo en aquella hora sombría pensar que las noticias de que era portador harían que, si todavía seguía comiendo sardinas, estas sardinas se convirtiesen en cenizas en la boca de Boko. No soy un hombre vengativo, pero no estaba en buena disposición de ánimo con respecto a aquella especie de espantajo literario. Quiero decir que me parece muy bien que un tipo pretenda ser escritor, y, basándose en esto, adopte una conducta que calificaría a un hombre ordinario como apto para un viaje de ida a un manicomio; pero incluso un escritor, pensaba –y pensaba con razón–, debe tener el suficiente sentido común para mirar hacia atrás antes de encerrar su coche en el garaje durante toda la noche, a fin de asegurarse de que no hay magnates navieros echando sueñecitos en el asiento trasero.

Y lo que ocurrió sobrepasó la fase de las sardinas. Estaba recostado en su silla, gozando de su pipa matinal de después del desayuno, mientras Nobby, a su lado, hacía el crucigrama del periódico de la mañana. A la vista de Bertram, los dos expresaron su sorpresa.

–¡Cómo! ¿Tú aquí? –exclamó Nobby.

–¿No te has marchado todavía? –dijo Boko.

–No, no me he marchado –contesté, soltando una risa dura y sin el menor asomo de alegría.

Boko frunció el ceño, con reproche.

–¿Qué quiere decir esto de venir aquí con esas risitas? –preguntó austeramente–.

Tienes que meterte bien en la cabeza, muchacho, que no es el momento para estas cosas. ¿No te das cuenta de tu situación? Como no hayas cruzado el Canal antes de la noche, no tienes esperanza alguna. ¿Dónde está tu coche?

–En el garaje.

–Entonces, sácalo de él.

–No puedo –repuse, largándole un directo bien aplicado–. El tío Percy está allí.

Y en cuatro palabras le puse al corriente de la situación.

Había supuesto que mi explicación le perturbaría un poco, y mi suposición se vio plenamente realizada. De hombre y de niño, había visto a muchas personas quedarse con la boca abierta, pero jamás una cuya mandíbula inferior cayese con aquella violencia. Me sorprendió que no se saliese de sus goznes.

–Pero ¿cómo es que estaba en mi coche? No puede haber estado en mi coche. ¿Cómo no me di cuenta?

Esto, desde luego, tenía una fácil explicación.

–Porque eres un perfecto idiota.

Nobby, que desde la escaramuza inicial había estado escuchando erguida en su silla, con los ojos brillantes, lanzando pequeños ruiditos ahogados y mordiéndose el labio inferior con sus dientes de perlas, apoyó la frase.

–Idiota –asintió con voz extraña y ahogada– es la palabra justa. Y de todos...

Por preocupado que Boko estuviese, sin duda se dio cuenta de lo que podría ser la cosecha si permitía que Nobby expusiese claramente sus opiniones. Trató de detenerla con un ademán torturado.

–Un momento, querida...

–De todos los...

–Sí, sí...

–De todos los imbéciles...

–Exacto, exacto. Pero espera un segundo, ángel mío. Bertie y yo estamos debatiendo un punto importante. Déjame que trate de recordar lo que ocurrió después de que te fueras anoche. He aquí los hechos, tal como los recuerdo. Hablé con el viejo Worplesdon, y, como ya os he dicho, obtuve la bendición de un tutor. Después... Sí, después volví al baile a llevar el compás un rato.

–De todos los imbéciles...

–Exacto, exacto. Pero no interrumpas el curso de mis pensamientos, preciosa. Estoy tratando de recordarlo todo. Bailé un par de veces y después entré en el bar un momento. Tenía ganas de tomarme una copa y pensar en mi felicidad. Y así lo estaba haciendo cuando súbitamente se me ocurrió que tal vez Nobby estuviese dando vueltas en la cama sin poder dormir, muriéndose por saber cómo había ido la cosa, y pensé que podía ir inmediatamente y arrojar un poco de grava a sus cristales. Por consiguiente, volví a mi coche y arranqué. Ahora comprendo por qué el viejo Worplesdon me pasó inadvertido. Es evidente que, en aquellos momentos, el viejo había perdido el conocimiento y estaba en el suelo. ¡Maldita sea! A un hombre en mi estado de ánimo, saturado de júbilo, éxtasis y excitación, y con el alma llena de tiernos pensamientos hacia la muchacha de sus sueños, no se le puede pedir que vaya a examinar el suelo de su coche con una lente de aumento, por si acaso hay algún Worplesdon por allí. Como es natural, al no verlo, pensé que habría marchado con su bicicleta. ¿Acaso tenía que pedir prestados dos sabuesos para registrar la casa del sótano al tejado? Estoy seguro de que ahora lo comprendes todo, querida, y que serás la primera en retirar el adjetivo «imbécil». ¡Oh! No estoy enfadado –añadió–; en realidad, ni siquiera sorprendido de que en el calor del momento hayas hablado como lo hiciste. Sólo con que comprendas que soy inocente...

Al llegar a este punto se oyó un ruido fuera, y el tío Percy cruzó el umbral a grandes pasos. Un momento después, Jeeves apareció a su lado.

Habiéndome acostumbrado durante los acontecimientos de la víspera a ver a mi tío en un plan de camaradería y francachela, había olvidado hasta qué punto podía tomar el aspecto de una estatua asiria arropada en sus pliegues cuando estaba enojado. Y esto era lo que en ese momento saltaba a la vista. Las rojas patillas que formaban parte del disfraz de Simbad el Marino oscurecían considerablemente su actitud, lo que hacía difícil observar en todo su esplendor la expresión de sus facciones, pero podía ver sus ojos, y ellos bastaban para dar una idea del resto. Fijos en Boko con mirada imperturbable, hicieron retirarse al

desgraciado proveedor de literatura sensacional para las masas por lo menos tres metros. Y seguramente hubiera ido más lejos de no haber tropezado con la pared.

Jeeves había hablado de su intención de calmar y apaciguar al irascible Worplesdon con algunas palabras melosas. Pero era imposible decir si había conseguido colocar una sola o si había intentado algunas y no fueron lo suficientemente dulces. En todo caso, era evidente que sus sentimientos estaban más exacerbados que nunca, y que en todo Hampshire no podría hallarse en aquel momento a un magnate naviero más fuera de sí.

La prueba de esto fue la frase inicial de su discurso, que consistió en la palabra «¿Cómo?», repetida incesantemente como disparada por una ametralladora. Era siempre costumbre de mi tío, como he dicho antes, proferir esta exclamación en momentos de emoción, y esta vez no se apartó de su hábito.

–¿Cómo? –dijo sin apartar su mirada de los ojos de Boko–. ¿Cómocómo-cómo-cómo-cómo-cómo-cómo-cómo?

Aquí se detuvo, como esperando una respuesta, y creo que Boko hizo una tontería cuando le preguntó si quería una sardina. La pregunta pareció tocar un nervio, y produjo una llamarada en sus ojos.

–¿Sardina? –dijo con amarga entonación–. ¿Sardina? ¿Sardina? ¿Sardina?

–Te encontrarás mejor cuando hayas desayunado –dijo Nobby, tratando de suavizar la situación.

El tío Percy expuso su opinión.

–De ninguna manera. Lo único que haría que me encontrase mejor sería hacer pedazos a ese Fittleworth de cara de cerdo, hasta arrancarle la vida. Bertie, búscame un látigo de caza.

Avancé mis labios con gesto de duda.

–Creo que no tengo látigo –repuse–. ¿Hay algún látigo en casa, Boko?

–No, ninguno –respondió éste, tratando de atravesar la pared.

El tío Percy lanzó un rugido.

–¡Qué casa! ¡Jeeves!

–¿Sí, milord?

–Vaya al Hall y tráigame mi látigo de caza con puño de marfil.

–Sí, milord.

–Me parece que está en mi despacho. Si no, búsquelo por todas partes.

–Muy bien, milord. No hay duda de que milady podrá informarme respecto de su paradero.

Lo dijo tan indiferentemente que transcurrieron quizá tres segundos antes de que el tío Percy comprendiese su significado. Cuando lo consiguió, pegó un salto, como el que recibe súbitamente un dardo en la parte más carnosa de su cuerpo.

–Mi... ¿qué?

–Milady, milord.

–¿Milady?

–Sí, milady.

El tío Percy se había desplomado como un calcetín mojado. Cayó sobre un sillón, y se agarró al tarro de mermelada como buscando apoyo. Los ojos se le salían de la cabeza y ondulaban por el aire pendientes de sus filamentos.

–Pero milady...

–... regresó inesperadamente anoche a última hora, milord.

No sé si el nombre de la mujer de Lot les es conocido y si les han contado su extraordinario fin. Quizá no lo entendí bien, pero la historia, tal como me la contaron, es que no debía volverse para mirar no sé qué, o de lo contrario se convertiría en estatua de sal, y entonces, naturalmente, pensando que le estaban tomando el pelo, se volvió, y, ¡paf!, estatua de sal. Menciono este caso porque parecía verdaderamente que le hubiese ocurrido lo mismo al tío Percy. Con las manos crispadas sobre el tarro de mermelada, parecía haberse convertido en una estatua de sal. De no haber sido por las patillas rojas, que temblaban un poco, se hubiera dicho que la vida había cesado de animar sus rígidos miembros.

–Parece que el señorito Thomas está fuera de peligro, milord, y que no necesita ya los cuidados de su señoría.

Las patillas siguieron temblando, y no las censuré. Sabía cuáles debían de ser las sensaciones de mi viejo pariente, porque, como ya he indicado, no había guardado en secreto durante nuestra conversación sus temores relativos a lo que podría ocurrir si la tía Agatha se enteraba de que había asistido a un baile de disfraces durante su ausencia.

El angustioso drama tampoco había escapado a Nobby.

–¡Caray, tío Percy! –dijo, con aquel tono de femenina piedad que tan bien le sentaba–. Esto complica las cosas, ¿no es verdad? Vas a tener que explicarle por qué has estado fuera toda la noche, ¿no?

Sus palabras sacaron a aquel desgraciado de su trance o coma, como si hubiesen hecho estallar un cartucho de dinamita debajo de él. Se agitó, se movió, pareció sentir el empuje de la vida por toda su quilla.

–Jeeves –dijo con voz ronca.

–¿Milord?

–Jeeves...

–¿Milord?

El tío Percy sacó dos centímetros de lengua y con la punta se humedeció los labios. Se veía claramente que su laringe se negaba a articular sonido alguno.

–Milady, Jeeves... Dígame... ¿Ella ha...? ¿Ella se ha...? ¿Por casualidad, se ha dado ella cuenta de mi ausencia?

–Sí, milord. Le fue comunicada por la primera doncella. Las dejé conferenciando. «¿Dice usted que su señoría no ha dormido en casa?», preguntaba milady. Su agitación era muy intensa.

Crucé una mirada con el tío Percy. Había dado media vuelta hacia mí, con la súplica en la mirada, como diciéndome que toda sugerencia sería bien recibida.

–¿Qué ocurriría –dije yo, porque, claro, había que decir algo– si le dijese la verdad?

–¿La verdad? –preguntó asombrado, mostrando claramente que la idea era nueva para él.

–Que fue al baile para conferenciar con Clam...

Negó con la cabeza.

–Jamás conseguiré convencer a tu tía de que fui a un baile de disfraces por motivos puramente comerciales. Las mujeres se sienten siempre inclinadas a pensar mal.

–Hay algo de verdad en eso.

–Y es inútil pretender hacerlas entrar en razón, porque hablan atropelladamente. No –dijo el tío Percy–, esto es el final. No tengo más remedio que apretar los dientes y tomar la medicina como un caballero inglés.

–A menos, naturalmente, que Jeeves tuviese algo que proponer.

Esto le dio un instante de animación. Después, la expresión desconsolada y triste reapareció en su rostro y de nuevo negó lenta y desesperadamente con la cabeza.

–Imposible. La situación está más allá de Jeeves.

–No hay situación que esté más allá de Jeeves –dije con tranquilo reproche–. Incluso –proseguí mirando atentamente a mi hombre– creo que algo está fermentando ya en el interior de su voluminoso cerebro. ¿Me equivoco, Jeeves, al suponer que veo la luz de la inspiración en sus ojos?

–No, señor. Es verdad. Creo que acaso esté en situación de ofrecer a su señoría una solución al problema ante el cual se encuentra.

El tío Percy hizo una profunda aspiración. Una expresión de terror apareció en las áreas visibles de su rostro. Le oí murmurar algo en voz baja respecto del pescado.

–¿Lo dice usted en serio, Jeeves?

–Sí, milord.

–Entonces, veamos –dije, con la sensación del empresario de unas pulgas amaestradas que ve a la pulga estrella avanzar hacia las candilejas–. ¿Cuál es esa solución de la que habla?

–Pues, señor, se me ha ocurrido que puesto que su señoría ha dado su consentimiento a la unión de miss Hopwood y míster Fittleworth...

El tío Percy lanzó un grito animal.

–¡No es verdad! ¡Y si lo di, lo retiro!

–Muy bien, milord. En este caso, nada tengo que proponer.

Hubo un silencio. Veíamos la lucha que se libraba en el pecho del tío Percy. Lo vi mirar a Boko y temblé. Entonces observé que un estremecimiento recorría su cuerpo, y adiviné que estaba recordando lo que Jeeves había dicho respecto de la intensa agitación de la tía Agatha. Cuando la agitación de la tía Agatha es muy intensa, suele juntar las cejas y su nariz toma el aspecto de un pico de águila. Hombres de gran fortaleza han temblado repetidamente ante su aspecto.

–De todos modos, puedo escuchar lo que tiene usted que decir –añadió finalmente.

–Exacto –dije yo–. No hay mal alguno en sostener una... ¿Qué es, Jeeves?

–Una discusión académica, señor.

–Gracias, Jeeves.

–De nada, señor.

–Adelante, pues.

–Muy bien, señor. Se me había ocurrido simplemente que, en caso de que su señoría consienta esta unión, nada hubiera sido más natural que haber efectuado una visita a míster Fittleworth con el propósito de hacer los planes necesarios para la boda. Sumergidos en este absorbente tema, su señoría perdió la noción del tiempo...

Lancé un aullido de comprensión. Había pescado la idea.

–Y cuando miró su reloj y descubrió lo tarde que era...

–Precisamente, señor. Cuando su señoría miró su reloj y descubrió lo tarde que era, míster Fittleworth, con su hospitalidad característica, le propuso acabar de pasar la noche bajo su techo. Su señoría convino en que ésa sería la mejor solución posible, y así quedó arreglado.

Miré al tío Percy esperando confiado la salva de aplausos, y me asombró verle de nuevo negar con la cabeza.

–No serviría –dijo.

–¿Por qué diablos no iba a servir? Es estup...

Siguió balanceando la calabaza.

–No, Bertie, el plan no es práctico. Tu tía, muchacho, es una mujer suspicaz. Mira debajo de la superficie y hace preguntas. Y lo primero que preguntaría en esta ocasión es por qué, únicamente con el fin de discutir y trazar los planes necesarios para la boda con el futuro marido de mi pupila, me había disfrazado de Simbad el Marino. Ya puedes ver tú mismo lo desconcertante que sería esa pregunta y la dificultad de contestarla.

La dificultad estaba clara.

–Un obstáculo, Jeeves. ¿Puede usted sortearlo?

–Fácilmente, señor. Antes de regresar al Hall, su señoría podría pedirle prestado un traje a usted, señor.

–¡Claro que sí! Con el traje espigado que tengo en el armario de mi cuarto, tío Percy, puede presentarse delante de la tía Agatha sin el menor temor.

Quizá alguna vez, paseando por el jardín, habrán visto una flor reseca bajo un chorro de agua refrescante. En aquel momento, el tío Percy me recordó de una manera irresistible una flor de esta especie. Parecía brotar y florecer, y sus ojos marchitos perdieron la semejanza con los del pescado muerto, semejanza que tan visible había sido desde el principio de la sesión.

–¡Válgame Dios! –exclamó–. ¡Tienes razón! Así sí podría. Jeeves –prosiguió con emoción–, su cerebro tendría que serle extirpado y enviado a algún museo nacional.

–Muy bien, milord.

–Cuando ya no lo necesite, desde luego. ¡Vamos, Bertie, acción, acción! ¡Viva el traje espigado!

–Por aquí, tío Percy –dije, y al dirigirme hacia la puerta la encontré obstruida por Boko. Parecía estar sobre ascuas, pero firme y resuelto.

–Un momento –dijo Boko–. No tan aprisa, si os parece. ¿Qué hay de la bendición del tutor? ¿Cuento con ella o no?

–¡Claro que cuentas, muchacho! –dije yo, para tranquilizarlo–. Eso está comprendido en el presupuesto, ¿verdad, tío Percy?

–¿Eh? ¿Qué?

–La bendición tutelar. ¿Nos la da?

El tío Percy luchó consigo mismo. Finalmente asintió con aire sombrío.

–Parece inevitable.

–Es inevitable.

–Entonces, no trataré de evitarlo.

–Boko. Todo está arreglado.

–Bien –dijo Boko–. Precisamente lo tengo aquí por escrito, si no le importa, mi querido Worplesdon. No le quiero censurar ni criticar, pero ha habido ya una serie de renuncios en este asunto, y unas palabritas en blanco y negro no estarían de más. Encontrará usted pluma y tinta en la mesita del rincón. Hágame una seña, mi querido Worplesdon, si la pluma no le sirve; le traeré otra.

El tío Percy se acercó a la mesita del rincón y tomó la pluma. Sería mucho decir que su actitud era de júbilo. Imagino que hasta aquel momento estuvo acariciando la vaga esperanza de que, ayudado por la suerte, podría quizá gozar de los beneficios del programa de Jeeves sin tener que ceder ante el enemigo. No obstante, tomó la pluma y, después de haber escrito durante un par de minutos, tendió el resultado a Boko, quien lo leyó de cabo a rabo y lo tendió a Nobby, quien lo leyó a su vez y lo guardó con un satisfecho «¡Vale!» en algún lugar seguro de las recónditas profundidades de su traje.

Acababa de hacerlo cuando unas pisadas pesadas y oficiales resonaron en el jardín, y Stilton entró.

Quizá no me creerán, pero durante el último cuarto de hora había estado dominado con tal intensidad por el drama que allí se había desarrollado, que el asunto Stilton se había borrado completamente de mi memoria, y sólo cuando lo vi aparecer acudió de nuevo a mi mente el peligro personal en que se encontraba un Wooster. Lo primero que hizo al entrar en la habitación fue dirigirme una de aquellas miradas suyas, que me heló las entrañas como si fuese un mantecado.

Lancé un animado y alegre: «¡Ah, aquí te tenemos, Stilton!», pero mi corazón estaba ausente, y sólo obtuvo como respuesta un clásico «¡Oh!». Después de haber soltado aquel «¡Oh!», que, como he explicado, es una especie de distintivo profesional, se dirigió a Boko.

–Tenías razón respecto de esa orden de detención –dijo–. El sargento dice que la necesito. La he traído. Tiene que firmarla el juez de paz. –En aquel momento, al parecer, se dio cuenta de la identidad del tío Percy, quien, naturalmente, había permanecido oculto a sus miradas gracias a las patillas–. ¡Cómo! ¿Usted aquí,

lord Worplesdon? –exclamó–. Es usted precisamente el hombre que busco. Si me hace el favor de poner su nombre en esta línea de puntos, podremos marcharnos. Conque fue usted al baile de disfraces anoche, ¿eh? –añadió, mirándolo atentamente.

Me parece que había tratado sólo de sentirse cordial y demostrar un profundo interés por los asuntos de mi pariente, pero había tomado un camino equivocado. El tío Percy se irguió con altivez.

–¿Cómo que fui al baile de disfraces anoche? ¿Qué quiere usted decir? Yo no he hecho una cosa así, y le agradeceré que se abstenga de hacer desagradables manifestaciones de ese estilo. ¡Al baile de disfraces! ¿Qué baile de disfraces? ¿Dónde? Es la primera noticia que tengo de que haya habido un baile de disfraces...

Su profunda indignación pareció dejar atónito a Stilton.

–¡Oh, perdone! –dijo–. Simplemente pensé... Al ver su traje.

–¿Qué tiene el traje de particular? Si mi pupila y su futuro deciden representar una comedia de aficionados y me piden como favor personal que me ponga el disfraz de Simbad el Marino para ver si encajo en el personaje, ¿es algo tan extraordinario que yo haya accedido de buen grado a sus deseos? ¿Es acaso asunto suyo? ¿Le autoriza acaso a sacar de ello estúpidas conclusiones respecto del baile de disfraces? ¿Es que voy a tener que explicar mis más mínimas acciones al primer agente de policía de pies planos que se presente y meta su asquerosa nariz en mis asuntos?

No eran preguntas fáciles de contestar, y lo mejor que supo hacer Stilton fue responder: «¡Oh, ah!»

–Bien, de todos modos –dijo; después de una pausa, cambió de tema y volvió directamente al res–, ¿tendría usted inconveniente en firmar esta orden de detención?

–¿Una orden de detención? ¿Qué orden de detención? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué estupidez es esta de las órdenes de detención?

En el fondo de la habitación se oyó una especie de balido, como si una lejana oveja tosiese en lo alto de una montaña. Era Jeeves, que entraba en acción.

–Si su señoría me permite explicarle... Parece que, en el transcurso de la tarde de ayer, el uniforme del agente fue robado mientras él se bañaba en el río. Y acusa a míster Wooster del delito.

–¿A míster Wooster? ¿A Bertie? ¿A mi sobrino?

–Sí, milord. A mí me parece una teoría extravagante. En vano busca uno un motivo verosímil que pudiera haber llevado a míster Wooster a cometer semejante delito. Según tengo entendido, el agente alega que míster Wooster deseaba el uniforme para poder asistir al baile de disfraces.

Esto pareció interesar al tío Percy.

–¿Ha habido verdaderamente un baile de disfraces?

–Sí, milord. En la vecina población de East Wibley.

–Es extraño. Nunca había oído hablar de ello.

–Un baile de tres al cuarto, milord, según creo. Nada que ver con la clase de diversiones a las que un caballero como míster Wooster se prestaría a asistir.

–Desde luego. Tampoco yo habría asistido a él. Debió de ser un bailecito de esos de poblado insignificante, ¿eh?

–Precisamente, milord. Nadie que conozca a míster Wooster supondrá un solo instante que querría derrochar su amabilidad en aquel aire desierto.

–¿Eh?

–Es una cita, milord. Del poeta Gray.

–¡Ah! ¿Pero dice usted que el policía insiste en que fue él?

–Sí, milord. Es una suerte, por consiguiente, que su señoría pasase la noche en esta casa, a fin de poder atestiguar que míster Wooster no ha salido de ella en toda la noche.

–Verdaderamente, es una suerte. Esto lo aclara todo.

Nunca sé, cuando refiero la historia de dos personajes que hablan y un tercero

que trata de intervenir y se limita a producir algunos sonidos inarticulados, si intercalar éstos en el diálogo o esperar a que todo haya terminado e insertarlos entonces todos juntos. Creo que es más sencilla la segunda manera, y por eso, al reproducir las anteriores frases, he dejado aparte las tentativas de Stilton de intervenir en ellas. Durante el intercambio de ideas entre Worplesdon y Jeeves, había estado tratando de llamar la atención del orador, pero sólo consiguió un «¡Shhh!» o un «¡Cállese, agente!» por parte del tío Percy. Cuando se produjo una pausa después de la palabra «todo», consiguió colocar su frase.

–¡Yo digo que el acusado Wooster me birló el uniforme! –gritó, con los ojos más desorbitados que nunca y con las mejillas de un rojo ardiente–. Fue visto sobre su cama por el testigo Edwin.

Las cosas iban tan bien que fui capaz de levantar las cejas y lanzar una risa jovial.

–¡Edwin, tío Percy! Tiene gracia, ¿no cree?

Mi pariente me apoyó noblemente.

–¿Gracia? Ciertamente, tiene gracia. ¿Acaso trata usted de decirme –continuó lanzando a Stilton una mirada imposible de soportar– que esta absurda acusación está basada sobre las no confirmadas palabras de mi hijo Edwin? Difícilmente puedo darle crédito. ¿Y usted, Jeeves?

–Es de lo más extraordinario, milord. Pero quizá el agente no esté enterado de que míster Wooster agredió ayer al señorito Edwin, y, por lo tanto, no se dé cuenta de lo sospechosa que debe considerarse toda la declaración del señorito referente a míster Wooster.

–No le busque excusas. Este hombre es tonto. Y quiero decir –añadió el tío Percy, hinchándose como un globo y comenzando a dirigir a Stilton severas miradas desde el tribunal– que, en mi opinión, ha habido un número excesivo de estas absurdas e irresponsables acusaciones por parte de la policía. Un deplorable espíritu parece infestar la policía, y mientras yo siga siendo juez de paz no ahorraré palabra ni acto para expresar mi más absoluta reprobación. Yo cortaré de raíz esta actitud, y conseguiré que la libertad individual no esté sometida ni coaccionada por representantes de la ley que olvidan sus sagradas obligaciones y llegan a lanzar a diestro y siniestro acusaciones con el único y egoísta deseo de conseguir promociones. No tengo más que añadir, salvo

expresar mi más profundo sentimiento de que hayas estado sometido a una monstruosa persecución, Bertie.

–Muy bien, tío Percy.

–No está muy bien. Es indignante. Le aconsejo que en lo sucesivo se ande usted con mucha cautela, agente, mucha... Y en cuanto a la orden de detención, puede usted llevársela donde quiera.

Fue un buen trabajo. En realidad, me era imposible recordar una realización más perfecta, excepto una vez, cuando yo era un chiquillo y la tía Agatha me estaba dando una azotaina por haberle roto con mi tirador un jarrón de porcelana muy valioso. Esperaba confiado que Stilton se ocultase bajo tierra como un gusano bajo la tormenta. Pero no hizo tal cosa. Era evidente que bullía, no de vergüenza y remordimiento, sino con la defraudada furia del hombre que, aunque no muy al corriente del desarrollo del argumento, se da cuenta de que le ponen la zancadilla en un cruce y de que allí ocurre algo sucio que va a recaer sobre él.

–¡Oh! –exclamó, deteniéndose un momento para luchar con sus sentimientos. Después, con generosa emoción, añadió-: ¡Esto es una asquerosa conspiración! ¡Es un bajo complot para entorpecer la misión de la justicia! Por última vez, lord Worplesdon, ¿quiere usted firmar esta orden de detención?

Nada podía ser más digno que la actitud del tío Percy. Se irguió, y con voz pausada y fría repuso:

–Creo haberle indicado ya a usted lo que puede hacer con ese papelucho. Me parece, agente, que sería conveniente que se fuese usted a la cama a sudar con él. Porque la más indulgente interpretación que puede dar a su extraordinaria conducta es que está usted intoxicado. Bertie, enseña la puerta al agente.

Le enseñé la puerta a Stilton, y él le lanzó una mirada de asombro, como si fuese la primera vez que la viese. Después se dirigió hacia ella y desapareció, sin lanzarnos siquiera un «¡Oh!» por encima del hombro. Yo tuve la impresión de que su altanero espíritu se hallaba humillado. Al cabo de un rato oímos sobre la arena del jardín el ruido de los estuches de violín que llevaba por zapatos.

–Y ahora, muchacho –dijo el tío Percy, cuando los últimos ecos se hubieron desvanecido en la lejanía–, vamos a buscar el traje espigado. También necesito bañarme, afeitarme y tomar una taza de café fuerte con un ligero rastro de coñac

en él. Y quizá también fuese conveniente, cuando esté listo para irme al Hall, que me acompañases, a fin de añadir tu testimonio al mío, referente a haber pasado la noche bajo este techo. No me fallarás, ¿verdad? ¿Confirmarás mi testimonio con una voz fuerte y resonante, poniendo gran convicción en cada sílaba? En estas ocasiones nada hay que cree una impresión más desgraciada que una pausa para pensar, una vacilación, un nervioso retorcimiento de los dedos. Por encima de todo, recuerda que no debes apoyarte sobre una sola pierna. Bien, muchacho. Vamos.

Lo escolté hasta mi habitación, saqué el traje, le mostré el cuarto de baño y lo dejé en él. Cuando regresé al comedor, Boko se había marchado, pero Nobby estaba todavía allí, charlando con Jeeves. Me recibió cariñosamente.

–Boko ha ido a buscar el coche –dijo–. Vamos a ir a Londres a casarnos. Es maravilloso cómo se ha solucionado todo, ¿no crees? El tío Percy ha estado fabuloso.

–De lo más impresionante –asentí.

–¿Y qué palabras podría pronunciar la lengua que pudiesen dar una ligera idea de lo que siento por usted, Jeeves?

–Estoy profundamente satisfecho, señorita, por haber sido capaz de procurarle una satisfacción.

–Lo he dicho antes y lo repito: no hay otra persona como usted.

–Muchas gracias, señorita.

Creo que esto hubiera podido durar indefinidamente, porque Nobby estaba saturada hasta los dientes de juvenil entusiasmo, pero al llegar a este punto la interrumpí. Soy el último en querer privar a Jeeves de merecidas alabanzas, pero, tenía un asunto de esencial interés que exponer.

–¿Has enseñado mi carta a Florence, Nobby? –pregunté.

Una nube cubrió súbitamente su lindo rostro, al tiempo que chasqueaba la lengua.

–Ya sabía yo que había olvidado algo. ¡Oh, Bertie, cuánto lo siento!

–¿Lo sientes? –dije lleno de un indecible temor.

–He estado tratando de decírtelo. Cuando me he levantado esta mañana, por ninguna parte he podido encontrar la carta, y la estaba buscando cuando ha venido Edwin y me ha dicho que había hecho una buena acción limpiando mi dormitorio. Supongo que debe de haber roto la carta. Generalmente destruye toda la correspondencia que encuentra cuando limpia las habitaciones. Lo siento muchísimo, Bertie, pero espero que encontrarás otro medio de librarte de Florence. Pregunta a Jeeves. Seguro que se le ocurrirá algo. ¡Ah –exclamó al oír una fuerte voz procedente de los espacios abiertos–, ése es Boko llamándome! Adiós, Bertie. Adiós, Jeeves. Tengo prisa.

Se la llevó el viento, y yo me volví hacia Jeeves con el rostro pálido y desencajado.

–Sí, señor.

–¿Ve usted alguna solución?

–No, señor.

–¿Está usted desconcertado?

–De momento, señor, es indiscutible. Temo que miss Hopwood haya sobreestimado mis capacidades.

–Vamos, vamos, Jeeves. No es digno de usted ser un... ¿Cómo es la palabra? La tengo en la punta de la lengua.

–¿Desertor, señor?

–Exacto. No es digno de usted ser un desertor. No abandone la partida. Vaya a reflexionar a la cocina. Puede haber en ella algo de pescado. ¿Vio usted alguno cuando estuvo allí ayer?

–Sólo una lata de pasta de anchoa, señor.

Mi corazón zozobró un poco. La pasta de anchoa es un pobre recurso al que acudir en casos graves. No obstante, también era pescado, y sin duda contenía cierta cantidad de fósforo.

–Vaya, y duro con ella, Jeeves.

–Muy bien, señor.

–No la economice usted. Métale bien la cuchara –dije, despidiéndolo con melancólico ademán.

«Melancólico» hubiera sido la palabra justa para describir mi aspecto cuando pocos momentos después salí de la casa y me dirigí hacia el jardín en busca de aire fresco. Había conservado serena mi frente, pero tenía escasas esperanzas en que la pasta de anchoa trajese a casa la palma de la victoria. Cuando me detuve en la puerta del jardín, mirando sombríamente el vacío, mi luna estaba en cuarto menguante.

Es decir, que había basado todas mis posibilidades de victoria en aquella carta. Había contado con ella para destruir todo el encanto de los Wooster a los ojos de Florence. Y, a falta de ella, no veía cómo podría persuadirla de que yo no era un rey entre los hombres. No era la primera vez que me daba cuenta de que Edwin era la fons et origo –es expresión latina– de todos mis males.

Y estaba precisamente lamentando que no nos encontrásemos en China, donde hubiera sido sencillísimo urdir contra el muchacho algún complot que le hubiese hecho merecedor de «la muerte de los cien cortes», cuando mi abstracción fue interrumpida por el timbre de una bicicleta y apareció Stilton pedaleando.

Después de lo ocurrido, no era agradable encontrarse con aquel vengativo policía, y no me avergüenza decir que retrocedí un paso. En realidad, habría seguido retrocediendo indefinidamente si él no hubiese extendido una mano como un jamón y me hubiese agarrado por la solapa.

–Espera un poco, repugnante individuo –dijo–. Tengo algo que decirte.

−¿No podrías escribírmelo?

–No, no puedo escribírtelo. No te retuerzas. Escucha.

Veía claramente que Stilton luchaba con una profunda emoción, y mi única esperanza era que no fuese una emoción homicida. Sus ojos brillaban, y el rubor cubría su rostro.

–Escucha –dijo nuevamente–. ¿Sabes el compromiso tuyo con Florence?

–¿Con Florence?

–Sí, con Florence. Pues acabó.

–¿Que acabó?

–Acabó –dijo Stilton.

Una aguda exclamación salió de mis labios. Me agarré a la puerta para no caerme. El sol, que un momento antes se había ocultado tras una nube, salió súbitamente como un conejo y empezó a brillar intensamente. Me parecía que por todas partes los pájaros comenzaban a gorjear entonando sus cánticos de gloria. Les dará una vaga idea de cuáles pudieron ser mis sentimientos cuando les diga que no sólo me parecía que la naturaleza era bella, sino, durante un instante, incluso Stilton.

A través de una especie de rosada neblina me di cuenta de que le estaba preguntando qué quería decir. La pregunta le hizo fruncir el ceño con impaciencia.

–¿Es que no eres capaz de entender las palabras de tres sílabas? Te digo que tu compromiso se acabó. Florence se va a casar conmigo. La encontré al salir de esta maldita casa y estuvimos hablando. Después de la indignante patraña cometida aquí, he decidido dimitir del Cuerpo de Policía, y así se lo dije. Esto apartó la única barrera que hubo entre nosotros. Interrogada, confesó y habló claramente, admitiendo que siempre me había amado y que se había prometido a ti únicamente para castigarme por algo que había dicho respecto de los pensadores ilustrados modernos. Retiré mi observación, y cayó en mis brazos. Me pareció que no le gustaba tener que darte la noticia, y le prometí que yo me encargaba de ello. Le dije: «Y si ese maldito Wooster tiene algo que decir, le arrancaré la cabeza y se la meteré por el gaznate.» ¿Tienes algo que decir, Wooster?

Me detuve un momento para escuchar el gorjeo de los pajaritos. Cuando levanté la cara y dejé que el sol juguetease sobre ella...

–Nada absolutamente –le aseguré.

–¿Te das cuenta de la situación? Te ha mandado a paseo. Las campanas nupciales no sonarán para ti.

–Exacto.

–Bien. ¿Te marcharás pronto de aquí?

–En el acto.

–Bien –dijo Stilton, saltando sobre su bicicleta como si fuese un brioso corcel.

No me entretuve. Recorrí la distancia que me separaba de la cocina en tres segundos. Al pasar ante la ventana del cuarto de baño llegó a mí la voz del tío Percy, que se estaba frotando el chasis. Entonaba un cántico de alegría, un canto marino, probablemente, que debió de enseñarle Clam o alguno de los capitanes que tenía a su servicio.

Jeeves andaba de un lado a otro de la cocina, sumido en profunda reflexión. Al verme entrar miró alrededor, con aire de excusarse.

–Lamento tener que decirle, señor, que no hay pasta de anchoa. Se terminó ayer.

No diré que le diese palmaditas en la espalda, pero sí le dirigí una sonrisa radiante.

–Déjese de pasta de anchoa, Jeeves. Ya no es necesaria. Acabo de ver a Stilton. Se ha reconciliado con miss Florence, y se encaminan de nuevo hacia las gradas del altar. Así, ya nada nos retiene en Steeple Bumpleigh. Vámonos.

–Muy bien, señor. El coche está a la puerta.

Me detuve.

–¡Oh, pero..., maldita sea! ¡No podemos!

–¿Señor?

–Acabo de acordarme de que he prometido al tío Percy ir con él al Hall y ayudarlo a arreglar el asunto con tía Agatha.

–Su señoría no está en el Hall, señor.

–¿Cómo? ¿No ha dicho usted que ella estaba allí?

–Sí, señor. Temo ser culpable de un subterfugio, pero me pareció esencial para los intereses de todos.

Miré a Jeeves.

–¡Hurra, Jeeves!

–Sí, señor.

El cántico del tío Percy llegaba vagamente hasta nosotros.

–¿Qué le parece a usted –propuse– si nos largáramos inmediatamente sin esperar a hacer el equipaje?

–Estaba a punto de proponérselo, señor.

–Eso nos evitaría tener que dar enojosas explicaciones.

–Exactamente, señor.

–Entonces, adelante, Jeeves –dije.

Estaríamos aproximadamente a medio camino entre Steeple Bumpleigh y la ciudad cuando dije que tenía en la punta de la lengua una expresión que me parecía resumir los recientes acontecimientos.

–O, mejor dicho, cuando digo una expresión quiero decir una frase. Una sentencia. Un refrán. Lo que, según tengo entendido, se llama una cita. Algo referente al júbilo...

Pero esto ya lo hemos dicho antes, ¿no es verdad?

Adelante, Jeeves

A Bernard le Strange

1. JEEVES ENTRA EN FUNCIONES

Voy a hablaros del caso de mi criado Jeeves. Mucha gente cree que estoy esclavizado por él. Mi tía Agatha ha llegado a decir que es mi carcelero. Bien; a todo esto respondo: ¿por qué no? Jeeves es un genio; un ser único. Una semana antes de entrar a mi servicio, yo había mandado al diablo todos mis asuntos. Ocurrió hace seis años, inmediatamente después del extraño caso de Florence Craye, del libro de mi tío Willoughby y de Edwin, el boy scout.

En realidad, mis relaciones con Jeeves comenzaron cuando volví a Easeby, la residencia que posee mi tío en Shropshire. Iba a pasar allí alrededor de una semana, como acostumbro todos los veranos, pero tuve que interrumpir mi estancia para regresar a Londres a fin de buscar un nuevo criado. Descubrí que Meadowes, el que había llevado conmigo a Easeby, me robaba los calcetines de seda, lo cual no puede tolerar ningún hombre que se tenga por tal. Además, también se había apropiado de otras muchas cosas, sacadas de casa de mi tío, por lo cual, aun sintiéndolo, me vi obligado a ponerle de patitas en la calle y viajar a Londres, donde solicité a una agencia de colocaciones que me buscaran un fámulo apropiado. Entonces enviaron a Jeeves.

Siempre recordaré la mañana en que llegó. La noche anterior yo había asistido a una cena un tanto alegre y me sentía algo aturdido. Para colmo de males, me esforzaba en leer un libro que me había dado Florence Craye, quien se encontraba también en Easeby al mismo tiempo que yo, y con la que dos o tres días antes de viajar a Londres me había prometido en matrimonio. Debía de estar de regreso allí antes de finalizar la semana, y sabía que ella esperaba que a mi vuelta ya habría terminado el libro. Tenía interés en alcanzar cierto nivel intelectual. Florence era una muchacha con un perfil encantador, aunque aspiraba a ser una especie de sabia. No podría daros mejor idea de su modo de pensar que diciendo que el libro que me dio para leer se titulaba Tipos de teoría ética, y que cuando lo abrí al azar me encontré con una página que empezaba así:

El postulado de la inteligencia normal desarrollada en el arte de la palabra es, ciertamente, coextensivo, en la obligación que implica respecto al organismo social, cuyo instrumento es el lenguaje y cuyos fines son difíciles de disciplinar.

Sin duda todo esto es verdad, pero no constituye la lectura más adecuada para una persona que tenga la cabeza como yo la tenía aquella mañana.

Estaba intentando sacar algo en claro de aquel brillante volumen cuando sonó el timbre de la puerta. Me levanté pesadamente y fui a abrir. Se trataba de un individuo de traje oscuro y en actitud respetuosa.

–Señor, me envía la agencia de colocaciones. Me han informado de que necesita usted un ayuda de cámara.

Más bien parecía un empleado de pompas fúnebres, pero le dije que entrara. Él se deslizó silenciosamente por la puerta, como una leve brisa. Aquello me impresionó. Meadowes tenía los pies planos y andaba como un pato. En cambio, este individuo no parecía tener pies de ninguna clase; simplemente se deslizaba. Tenía un rostro grave y simpático, como si él también supiera lo que es cenar con unos camaradas.

–Perdone, señor –musitó, y al punto desapareció de mi lado.

Oí ruido en la cocina, y momentos después volvió con un vaso en una bandeja.

–Bébase esto, señor –me dijo como si tratara con un enfermo, con el mismo tono que un médico de cámara emplearía para convencer a su real paciente de que ingiriese la medicina–. Es un simple preparado de mi invención. Lo que le da este color es la salsa Worcester. El huevo crudo le da valor nutritivo; y la pimienta, el toque picante. Muchos caballeros han encontrado esta bebida extraordinariamente reconfortante, después de una noche agitada.

Aquella mañana me habría aferrado a cualquier cosa con aspecto de salvavidas, así que bebí el brebaje que me ofrecía. A continuación tuve la impresión de que estallaba una bomba en mi boca; luego, de que una antorcha encendida bajaba por mi garganta, y por último todo cambió súbitamente. El sol entró a raudales por la ventana, los pájaros gorjearon en las copas de los árboles, y la esperanza renació para mí.

–¡Queda usted admitido! –dije, tan pronto como pude hablar.

Había comprendido claramente que aquel individuo era uno de aquellos criados de los que no puede prescindir una buena casa.

–Gracias, señor. Me llamo Jeeves.

–¿Puede usted empezar enseguida?

–Inmediatamente, señor.

–Es que tengo que irme a Easeby, en Shropshire, pasado mañana.

–Muy bien, señor. –Dirigió una mirada a la repisa de la chimenea–. Se parece mucho a lady Florence Craye, señor. No la veo desde hace dos años. Entonces yo estaba en casa de lord Worplesdon. Me marché porque no pude tolerar la costumbre de aquel señor de cenar con pantalones informales, camisa de franela y chaqueta de caza.

Nada podría explicarme, que yo no supiera ya, sobre las excentricidades de aquel hombre. Lord Worplesdon era el padre de Florence. El mismo tipo que una mañana, unos años más tarde, al bajar para el desayuno, husmeó la fuente antes que nadie y exclamó con voz ronca: «¡Huevos! ¡Huevos y nada más que huevos! ¡Siempre huevos! ¡Malditos sean los huevos!» Y al momento hizo la maleta, se fue a Francia y nunca regresó al seno de la familia. Lo cual, dicho sea de paso, fue una suerte para la misma, pues el viejo Worplesdon tenía el peor genio del condado.

Yo conocía a la familia desde mi niñez; entonces aquel hombre había sido para mí una especie de espantajo. El tiempo, que todo lo calma, jamás pudo borrar de mi memoria la ocasión en que me encontró –yo tenía entonces quince años– en los establos, fumando uno de sus cigarros especiales. Se acercó por detrás, con un látigo de caza, precisamente en un momento en que yo estaba pensando que lo que más me convenía era soledad y descanso, y me persiguió por espacio de más de un kilómetro a campo traviesa. A decir verdad, la felicidad de estar prometido con Florence no era absoluta, debido a que se parecía a su padre y yo no sabía lo que podía suceder. Pero, de todos modos, tenía un perfil encantador.

–Lady Florence y yo estamos prometidos, Jeeves –le dije.

–¿De veras, señor?

Advertí algo raro en la entonación de sus palabras. Muy correctas, muy respetuosas y todo lo que se quiera, pero en absoluto alegres. No sé por qué, tuve la impresión de que Florence no le resultaba muy simpática. Pero, claro, no era asunto que me preocupara. Pensé que tal vez, mientras él estaba de servicio en casa del viejo Worplesdon, ella le había pisado algún callo. Florence era una excelente muchacha, y vista de perfil era algo inenarrable. Su único defecto radicaba en su tendencia a ser un poco imperiosa con los criados.

Al llegar a este punto, volvió a sonar el timbre de la puerta. Jeeves desapareció silenciosamente y volvió con un telegrama. Lo abrí. Decía:

Regresa inmediatamente. Toma el primer tren. Florence.

–¡Hum! –murmuré.

–¡Perdón, señor?

–¡Oh, nada!

Demuestra lo poco que yo conocía a Jeeves en aquellos tiempos el hecho de que no le mencionara nada del telegrama. En la actualidad no se me ocurriría leer un telegrama de este cariz sin preguntarle su opinión. Y aquel telegrama era muy raro. Quiero decir que Florence sabía que yo tenía que volver a Easeby pasados dos días. Entonces, ¿por qué aquella requisitoria? Sin duda había ocurrido algo, como era de suponer.

–Jeeves –dije–, iremos a Easeby esta tarde. ¡Está usted dispuesto?

–Sí, señor.

–¿Podrá preparar las maletas?

–Desde luego, señor. ¿Qué traje prefiere para el viaje?

–Éste.

Aquella mañana llevaba puesto un traje a cuadros, propio de un joven, y que me gustaba mucho; quizá sorprendía un poco al primer momento, pero no dejaba de causar efecto, y mis conocidos del club y de otras partes lo habían admirado sin vacilaciones.

–Muy bien, señor.

Otra vez volví a advertir cierto tono raro en su entonación. No le gustaba mi traje. Hice acopio de fuerzas para ponerme a la defensiva. Algo parecía decirme que si iba sin cuidado y no le paraba los pies a tiempo, Jeeves se adueñaría de mí. Tenía aspecto de ser un hombre decidido.

Pero no estaba dispuesto a tolerar que se me impusiera. Ya había visto casos de individuos que habían llegado a convertirse en verdaderos esclavos de sus criados. Recuerdo al pobre Aubrey Fothergill. Una noche me explicó en el club –con auténticas lágrimas en los ojos, el muy infeliz– que se había visto obligado a renunciar a un par de zapatos marrones, sus favoritos, simplemente porque a su criado Meekyn no le gustaban. Hay que parar los pies a esos individuos, proceder con ellos con mano de seda, pero firme como el hierro; eso es todo. Si uno les da un dedo, cogen todo el brazo.

–¿No le gusta este traje, Jeeves? –pregunté con frialdad.

–Oh, sí, señor.

–Bien, ¿qué es lo que no le gusta de él?

–Es un traje que está muy bien, señor.

–Bueno, pero ¿qué defecto le encuentra? ¡Dígamelo de una vez!

–Si me permite una sugerencia, señor... Un traje sencillo, marrón o azul con algunas rayas discretas...

–¡Espantoso!

–Muy bien, señor.

–¡Sería de un absoluto mal gusto!

–Lo que usted diga, señor.

Experimenté la sensación del que pone el pie donde debe estar el último peldaño de la escalera, pero resulta que no está. Me sentí agresivo –no sé si me entienden–, aunque al parecer no había nadie a quien agredir.

–Muy bien, entonces –exclamé.

–Sí, señor.

Luego, él fue a preparar el equipaje, mientras yo volvía a los Tipos de teoría ética. Me sumí en un capítulo titulado «La ética idiopsicológica».

Durante la mayor parte del trayecto que hice en tren aquella tarde, me dediqué a pensar qué podía haber ocurrido en Easeby. No podía imaginármelo. Easeby no era una de aquellas casas de campo que se describen en las novelas de ambiente elegante, en que se invita a las muchachas a jugar al bacarrá, y que al terminar la partida salen exhibiendo todas las alhajas de la concurrencia... Todas las personas que habían quedado en la casa cuando me fui, eran tan correctas y decentes como yo.

Por lo demás, mi tío no hubiera permitido tales cosas en su casa. Era un individuo severo, de principios rígidos y que gustaba de la vida tranquila. En la actualidad estaba terminando la redacción de una historia de la familia, o algo similar, en la cual había trabajado durante todo el año anterior, y apenas si salía de la biblioteca, ofreciendo un buen ejemplo para los que creen que es mejor disfrutar en la juventud, ya que se afirma que mi tío Willoughby fue un pájaro de cuenta en sus años mozos. Nadie lo diría, viéndole ahora.

Cuando llegué a la casa, Oakshott, el mayordomo, me dijo que Florence estaba en su habitación cuidando de que la criada hiciera las maletas. Al parecer, aquella misma noche se celebraba un baile en una casa situada a unos treinta kilómetros de distancia, y mi novia se disponía a asistir junto con otras personas que se encontraban en Easeby, y pasar unos días fuera. Oakshott dijo que Florence le había encargado que la avisara en el momento de mi llegada. Por consiguiente, entré en la sala de fumar y esperé. Un momento después, apareció ella. Una sola mirada me bastó para ver que estaba trastornada y hasta de mal humor. Sus ojos miraban inquietos y estaba nerviosa.

–¡Querida Florence! –dije.

Intenté abrazarla, como otras veces, pero ella me esquivó, como atacada por una víbora.

–¡No!

–¿Qué pasa?

–¡Muchas cosas! Oye, Bertie, ¿recuerdas que, cuando te fuiste, dijiste que me esforzara en ser simpática con tu tío?

–Sí.

Como es de suponer, ello estaba motivado por el hecho de que, como a la sazón yo dependía más o menos del tío Willoughby, no podía casarme con una muchacha que a él no le resultara simpática. Y, aunque sabía que no objetaría nada contra Florence, ya que había sido amigo de su padre desde la época en que ambos estudiaban en Oxford, no quería arriesgarme. Por consiguiente, dije a Florence que se esforzara en ser simpática con el viejo.

–Dijiste que le gustaría que le pidiese que me leyese algo de lo que está escribiendo sobre la historia de la familia.

–¿Y no le ha gustado?

–Se quedó encantado. Acabó de escribirla ayer por la tarde, y por la noche la leyó casi enteramente. En mi vida he sufrido una sorpresa así. El libro es un libelo, un insulto. ¡Es horrible!

–Vaya. La familia no era tan mala como para eso.

–Es que no tiene nada de historia de la familia. ¡Lo que tu tío ha escrito son sus memorias! Las titula Recuerdos de una larga vida.

Empecé a comprender. Como he dicho, en su juventud, tío Willoughby había sido un juerguista, y ahora comprendí que si lo que había hecho era recoger sus andanzas, la crónica habría resultado algo licenciosa.

–Si es verdad tan sólo la mitad de las cosas que ha escrito –añadió Florence–, la juventud de tu tío debió de ser simplemente terrible. Lo primero que me leyó fue un escandaloso relato de cómo él y mi padre fueron expulsados de un music-hall en 1887.

–¿Por qué?

–Prefiero no explicártelo.

Debió de ser algo muy serio. En 1887 no se echaba a la gente de los music-halls por una bagatela.

–Tu tío explica, concretamente, que mi padre empezó la velada llenándose de champán como una cuba –añadió la muchacha–. Todo el libro está lleno de episodios de esa naturaleza. Hay una historia muy salada sobre lord Emsworth.

–¿Lord Emsworth? No será el que conocemos, ¿verdad?, el que vive en Blandings.

Se trataba de un respetable anciano, al cual no se conocía otra actividad, en nuestros días, que su afición a cavar el jardín con un escardillo.

–El mismo. Eso hace que el libro sea tan sorprendente. Está lleno de anécdotas de personas que conocemos en la actualidad como la esencia de lo honorable, pero que, al parecer, cuando vivían en Londres allá por los años ochenta, se comportaron de un modo que no se habría tolerado ni en el castillo de proa de un ballenero. Tengo la impresión de que tu tío recuerda todas las calamidades que ocurrieron a todo el mundo cuando él tenía veinte años. Una anécdota sobre sir Stanley Gervase-Gervase en Rosherville Gardens te deja pasmado por la minuciosidad de los detalles. Parece que..., pero no, no puedo explicártelo.

–¡Inténtalo!

–No.

–Bien, no te preocupes. Ningún editor querrá publicarlo, si es tan malo.

–Al contrario; tu tío me explicó que ya ha ultimado sus negociaciones con Riggs and Ballinger, y que mañana mismo enviará el original para que lo publiquen. Dicha editorial está especializada en editar esta clase de libros. También publicaron las Memorias de ochenta años interesantes, de lady Carnaby.

–Las he leído.

–Bien; si te digo que las Memorias de lady Carnaby no tienen punto de comparación con los Recuerdos de tu tío, comprenderás mi estado de ánimo. ¡Y mi padre sale en casi todas las anécdotas del libro! Estoy horrorizada por las cosas que hizo de joven.

–¿Qué podríamos hacer?

–Interceptar el manuscrito antes de que llegue a manos de Riggs and Ballinger, y destruirlo.

Me erguí en el asiento.

Aquello parecía más bien una broma.

–¿Y cómo vas a componértelas para lograrlo? –pregunté.

–¿No te he dicho que el paquete saldrá mañana? Esta noche iré al baile de los Murgatroyds y no estaré de regreso hasta el lunes. Debes hacerlo tú. Por eso te he enviado el telegrama.

–¡Cómo!

Ella me miró fijamente.

–¿Quieres decir que te niegas a ayudarme, Bertie?

–No; pero, oye...

–¡Nada! ¡Si es muy sencillo!

–Pero aun cuando yo... Quiero decir que... Claro que todo lo que yo pueda hacer..., pero... No sé si me explico...

–Dices que quieres casarte conmigo, ¿no es así, Bertie?

–Sí, naturalmente; pero no veo...

Por un instante, ella fue la estampa de su padre.

–Pues te aseguro que no me casaré contigo si estas memorias llegan a publicarse.

–Pero, Florence, sé razonable.

–Te lo aseguro. Puedes considerarlo como una prueba, Bertie. Si tienes el ingenio y la valentía de hacer lo que te pido, lo consideraré una demostración de que no eres tan torpe y soso como te considera la mayoría de la gente. Si no lo haces o fracasas, comprenderé que tu tía Agatha tenía razón cuando te llamaba invertebrado sin espinazo y me aconsejaba que no me casara contigo. Te resultará muy fácil apoderarte del manuscrito, Bertie. Sólo requiere un poco de decisión.

–Pero supón que mi tío Willoughby me sorprende con las manos en la masa. ¡No me dejará ni un miserable chelín!

–Si el dinero de tu tío te importa más que yo...

–¡No, no! ¡Claro que no!

–Muy bien. Como cabe suponer, el paquete que contiene el manuscrito será colocado en la mesa del recibidor mañana por la mañana, para que Oakshott lo lleve al pueblo con las cartas. Todo lo que tienes que hacer es llevártelo y destruirlo. Tu tío creerá que se ha perdido en el correo.

Aquello me pareció muy arriesgado.

–¿No habrá hecho una copia?

–No; no está mecanografiado. Envía el manuscrito de su puño y letra.

–Pero podría volverlo a escribir.

–¡Dudo que le queden ganas!

–Pero...

–Si piensas dedicarte a hacer objeciones absurdas...

–Yo sólo puntualizaba.

–Pues no puntualices. Por última vez: ¿quieres tener la bondad de hacerme este favor?

La manera en que lo dijo me dio una idea.

–¿Por qué no se lo encargas a Edwin? Así quedaría todo en familia; tú ya me entiendes. Además, le encantaría hacerlo.

Me pareció una brillante idea. Edwin era el hermano menor de Florence, y también pasaba sus vacaciones en Easeby. Se trataba de un muchacho de cara de hurón que me había resultado antipático toda la vida. En realidad –ya que hablamos de Recuerdos y Memorias–, fue el joven Edwin quien, nueve años atrás, había acompañado a su padre al lugar donde me estaba yo fumando su cigarro, y el que, por consiguiente, produjo aquel alboroto. Ahora tenía catorce años y acababa de ingresar en los boy scouts. Era un modelo de muchacho

juicioso y se tomaba muy en serio sus deberes. Siempre estaba sumido en una especie de actividad febril, porque iba atrasado en la cuenta de las buenas acciones que tenía que cumplir cada día. Por mucho que se esforzara, jamás conseguía ponerse al corriente; y por esto se le encontraba a todas horas rondando por la casa en busca de algo que arreglar u ordenar, lo que motivaba que Easeby se estuviera convirtiendo en un perfecto infierno, tanto para las personas como para los animales.

La idea no pareció agradar a Florence.

–Nada de eso, Bertie. Veo que no sabes apreciar la deferencia que significa el confiar de este modo en ti.

–Sí, lo comprendo perfectamente, pero lo que quiero decir es que Edwin lo haría mucho mejor que yo. Esos boy scouts son expertos en toda clase de jugarretas. Son hábiles, ágiles y todo lo demás.

–Oye, Bertie, ¿me harás o no este trivial favor que te pido? Si te niegas, dímelo claramente y acabaremos con esta farsa de pretender que te importo algo.

–¡Pero mi querida Florence! ¡Si te amo con toda mi alma!

–Entonces, ¿lo harás o no?

–Bien, como quieras –contesté.

Y me retiré para meditar sobre todo aquello. En el pasillo encontré a Jeeves.

–Perdón, señor. Le estaba buscando.

–¿Qué pasa?

–Lo siento, señor, pero alguien ha limpiado con crema negra sus zapatos de color.

–¡Cómo...! ¿Quién...? ¿Por qué?

–No lo sé, señor.

–¿Tiene remedio?

–En absoluto, señor.

–¡Maldita sea!

–Muy bien, señor.

A veces he pensado cómo se las arreglan los asesinos para mantenerse en forma mientras preparan un nuevo golpe. Yo llevaba entre manos un asunto mucho más sencillo, y me obsesionó tanto que me pasé toda la noche sin dormir, y al día siguiente estaba hecho una verdadera piltrafa. Me levanté con dos círculos morados debajo de los ojos y tuve que llamar a Jeeves para que me hiciese una de aquellas bebidas salvadoras que él sabe preparar.

A partir de la hora del desayuno, tuve la impresión de que era un vulgar ratero al acecho. Tenía que vigilar el momento en que pusieran el paquete sobre la mesa; y el paquete no aparecía. Supuse que mi tío Willoughby estaría encerrado en su biblioteca, dando los últimos toques a la gran obra, y cuanto más pensaba en la misión que se me había encargado, menos me agradaba. Mis probabilidades de éxito eran de tres a dos, y el pensamiento de lo que ocurriría si no lo lograba me hacía estremecer. Mi tío Willoughby era un viejo muy benévolo, pero en algunas ocasiones le habían visto hecho un basilisco, y me imaginaba cómo se pondría si me sorprendía en el preciso momento de desaparecer con la obra de su vida.

Hasta cerca de las cuatro no salió de la biblioteca con el paquete debajo del brazo, que dejó sobre la mesa antes de marcharse. En aquel momento yo estaba escondido detrás de una armadura. Me dirigí a la mesa sigilosamente. Después eché a correr por las escaleras, para esconder mi botín. Corría como un caballo salvaje y fui a dar de narices con Edwin, el boy scout. ¡Maldito sea! Estaba delante de mi cómoda, revolviendo mis corbatas.

–¡Hola! –me dijo.

–¿Qué haces ahí?

–Ordeno tu cuarto. Es mi buena acción del sábado anterior.

–¿Del sábado anterior?

–Sí, voy retrasado en cinco días. Llevaba seis de déficit hasta anoche; pero limpié tus zapatos.

–Entonces, ¿fuiste tú el que...?

–Sí. ¿Los has visto? Se me ocurrió de pronto. Me encontraba aquí echando un vistazo. Este cuarto lo ocupó míster Berkeley mientras tú estabas fuera. Lo dejó esta mañana. Y pensé que tal vez habría olvidado algo y se lo podría enviar. A menudo realizo algunas acciones de esta naturaleza.

–¡Tú debes de ser el consuelo de todos!

Cada vez veía más claro que aquel endiablado chico me daría muchos disgustos. Yo mantenía escondido el paquete a la espalda, y no creía que pudiera verlo; debía meterlo en la cómoda rápidamente, antes de que apareciese alguien.

–Yo no me molestaría en arreglar el cuarto –le dije.

–Me gusta hacerlo. No es ninguna molestia.

–Pero ahora ya está todo en su sitio.

–No tanto como cuando me vaya.

Aquello se estaba poniendo feo. No quería asesinar al muchacho, pero no disponía de otro procedimiento para librarme de él. Pisé mi acelerador mental. La materia gris se puso en funcionamiento. Y tuve una idea.

–Tengo para ti una buena acción bastante más interesante –le dije–. ¿Ves esta caja de cigarros? Bájala a la sala de fumar y córtales la punta. Eso me ahorrará muchas molestias. Vamos, anda, muchacho.

Parecía dudar; pero finalmente se marchó. Metí el paquete en el cajón, lo cerré con llave, metí ésta en el bolsillo del pantalón, y me sentí mucho mejor. Puedo ser un zoquete, pero sé engañar a un chico con cara de hurón. Volví abajo. En el mismo momento en que pasaba por la puerta de la sala de fumar, se asomó Edwin. Me pareció que el mejor acto de bondad que podía hacer era suicidarse.

–Ya los estoy cortando –me dijo.

–Prosigue, hijo.

–¿Los prefieres muy cortados, o tan sólo un poco?

–En su justo término.

–Bueno. Entonces, sigo.

–Yo también.

Y nos separamos.

Los individuos que entienden de policías y cosas semejantes os dirán que lo más difícil del mundo es deshacerse del cuerpo del delito. Recuerdo que de niño hube de aprender de memoria una poesía sobre un tal Eugene Aram, que pasó mil apuros en un caso de éstos. Todo lo que realmente recuerdo de aquella composición son los versos siguientes:

¡Tun-tun, tun-tun, tun-tunti-tun!

¡Le maté, tun-tun tun!

Pero recuerdo que aquel pobre diablo invirtió gran parte de su valioso tiempo cavando hoyos, metiendo en ellos el cadáver, volviéndolo a sacar y llevándolo de una parte a otra. Hacía cosa de una hora que había metido el paquete en el cajón cuando comprendí que me pasaría lo mismo.

Florence había hablado, como quien no dice nada, de destruir el manuscrito; pero al llegar el momento de hacerlo se presentaba el pavoroso problema: ¿cómo diablos podía uno destruir un gran mazo de papeles en casa de otro y en mitad del verano? No podía pedir que encendieran fuego en mi dormitorio estando el termómetro alrededor de los veintiséis grados. Y si no lo quemaba, ¿de qué otro modo podría deshacerme de aquello? Hay individuos que en el campo de batalla se tragan mensajes para evitar que caigan en poder del enemigo; pero yo necesitaría por lo menos un año para ingerir los Recuerdos del tío Willoughby.

He de admitir que el problema me desconcertaba. Al parecer, lo único que se podía hacer era dejar el paquete en el cajón y confiar en que no ocurriría nada malo.

No sé si ustedes conocen esta sensación, pero es desagradable tener un delito en la conciencia. En las últimas horas del día, la sola vista del cajón empezó a ponerme nervioso, y cualquier cosa me sobresaltaba; en una ocasión en que me encontraba solo en la sala de fumar, entró mi tío Willoughby sin que yo le viera,

y me llevé tal susto cuando me habló, que batí el récord de saltos de altura.

Todo el tiempo pensaba en cuándo lo descubriría el tío Willoughby. Supuse que no tendría ocasión de sospechar nada hasta el sábado por la mañana, cuando estaría esperando, por supuesto, que sus editores acusaran recibo del original. Pero el viernes, a primera hora de la tarde, en el momento en que yo pasaba ante la biblioteca, él salió y me dijo que entrara. Parecía muy preocupado.

–Ha ocurrido una cosa desconcertante, Bertie. –Siempre hablaba con un estilo muy pomposo–. Como sabes, envié el manuscrito de mi libro a los editores Riggs and Ballinger ayer por la tarde. Tendrían que haberlo recibido en el primer correo de esta mañana. No puedo decir por qué me hallaba inquieto, pero lo cierto es que auguraba malos presentimientos acerca de la seguridad del paquete. En consecuencia, acabo de telefonear a los señores Riggs and Ballinger. Y con la consternación que puedes suponer, me he enterado de que no saben nada de mi original.

–¡Qué curioso!

–Sé positivamente que lo dejé, yo mismo, sobre la mesa del recibidor con tiempo de sobra para que lo llevaran al pueblo. Pero ahí está el gran misterio. He hablado con Oakshott, que llevó las cartas al correo, y no recuerda haber visto ningún paquete. Él asegura que cuando se llevó las cartas no había ningún paquete.

–¡Sorprendente!

–¿Quieres que te diga lo que sospecho, Bertie?

–Desde luego.

–Quizá te parezca increíble esta sospecha, pero es la única que explica los hechos tal como los conocemos. Me inclino a creer que alguien ha robado el paquete.

–¡Oh! ¡No puede ser!

–Espera. Escúchame. Aunque no lo había mencionado, ni a ti ni a nadie, el caso es que desde hace unas semanas desaparecen de esta casa objetos de valor y objetos que no valen nada. La conclusión a que me conduce este estado de cosas

es que entre nosotros hay un cleptómano. Como sin duda sabes, una de las peculiaridades de la cleptomanía es que el que la sufre no es capaz de diferenciar entre el valor intrínseco de sus hurtos. Arramblará con una chaqueta vieja lo mismo que con una sortija de diamantes, o una simple pipa que sólo vale unos chelines con la misma indiferencia que un monedero de oro. El hecho de que mi manuscrito no puede ser de utilidad a nadie me convence de que...

–Un momento, tío; estoy enterado de todos estos robos. El ladrón era mi criado Meadowes. Le sorprendí robándome los calcetines de seda.

Se quedó profundamente impresionado.

–¡Me dejas pasmado, Bertie! Llama a ese criado enseguida. Le interrogaré.

–Ya no está aquí. Tan pronto como descubrí que era un ladrón de calcetines, le puse de patitas en la calle. Por eso fui a Londres, para buscar otro criado.

–Entonces, si Meadowes ya no está en la casa, no puede haber robado mi manuscrito. Es inexplicable.

Calló y se quedó pensativo. El tío Willoughby se paseó por la estancia con gesto de contrariedad, mientras yo permanecía sentado, fumando un cigarrillo y experimentando la misma sensación que el protagonista de un libro que leí una vez, el cual había asesinado a otro y tenía escondido el cadáver debajo de la mesa del comedor y tuvo que actuar de animador de una cena con numerosos invitados, con el muerto allí oculto. Aquello me deprimió de tal modo que al cabo de un rato ya no pude soportarlo. Encendí otro cigarrillo y salí a dar un paseo por el jardín, para despejar la cabeza.

Era una de aquellas silenciosas tardes de verano en que se puede percibir el carraspeo de un caracol a un kilómetro de distancia; los mosquitos se divertían volando por aquellos lugares; se elevaban gratos perfumes de todas partes, y yo empezaba a sentirme más sosegado en la paz que reinaba a mi alrededor, cuando de pronto oí pronunciar mi nombre.

–Quiero hablarle de Bertie.

¡Era la odiosa voz del joven Edwin! Por unos momentos no conseguí localizarla. Después comprendí que procedía de la biblioteca. Mi paseo me había llevado a pocos metros de la ventana abierta.

Muchas veces me he preguntado cómo se las arreglan los individuos que salen en los libros para resolver en un momento una docena de problemas que normalmente deberían ocuparles diez minutos. Pero el caso fue que en un santiamén tiré el cigarrillo, solté una exclamación, salvé los diez metros, me oculté entre un arbusto que había junto a la ventana de la biblioteca, y me quedé allí, aguzados los oídos. Estaba firmemente convencido de que iba a oír cosas muy desagradables.

–¿De Bertie? –oí decir al tío Willoughby.

–De Bertie y de su paquete. He oído que estaban hablando de eso. Yo creo que lo tiene él.

Si les digo que en el mismo momento en que escuché estas espantosas palabras cayó sobre mi nuca un escarabajillo del arbusto, y que no podía moverme para quitármelo, comprenderán que me sentí perfectamente abrumado. Todo parecía volverse contra mí.

–¿Qué quieres decir, muchacho? Hace un momento estuve hablando con Bertie sobre la desaparición del manuscrito, y se manifestó tan sorprendido como yo.

–Escuche. Ayer por la tarde me encontraba en su cuarto realizando una buena acción, cuando él entró con un paquete. Lo vi aunque él lo mantuvo escondido detrás de la espalda. Entonces me ordenó que fuera a la sala de fumar a cortar algunos cigarros. Pasados dos minutos, bajó, y ya no llevaba nada. De modo que el paquete tiene que estar en su cuarto.

Comprendí por qué enseñan a estos diablos de boy scouts a cultivar sus dotes de observación, deducción y cosas por el estilo. Lo cual no me parece bien. ¡Fíjense ustedes cuántos disgustos provocan!

–Parece increíble –dijo el tío Willoughby, lo cual me halagó hasta cierto punto.

–¿Quiere que vaya a rebuscar por su cuarto? –preguntó el atolondrado Edwin–. Estoy seguro de que el paquete está allí.

–Pero ¿qué motivos tendría Bertie para cometer este extraordinario robo?

–Quizá es... eso que usted mencionó.

–¿Un cleptómano? ¡Imposible!

–Pudo haber sido Bertie el que se llevó todas aquellas cosas –sugirió el pequeño bruto, lleno de esperanza–. Puede ser un nuevo Raffles.

–¿Raffles?

–Es un personaje de un libro; siempre está robando cosas.

–Me resisto a creer que Bertie se dedique a... a robar nada.

–Como prefiera, pero le aseguro que él tenía el paquete... Mire, tengo una idea. Usted puede decir que míster Berkeley le ha enviado un telegrama diciendo que ha olvidado algo aquí. Como él ocupaba el cuarto de Bertie, puede decir que quiere echar una ojeada a la habitación...

–Es posible. Yo...

No me quedé a oír nada más. La situación se estaba poniendo muy fea. Me deslicé poco a poco fuera del arbusto y eché a correr hacia la puerta de entrada. Subí corriendo a mi cuarto y me dirigí al cajón donde había dejado el paquete. Y entonces me encontré con que no tenía la llave. Tardé una eternidad en recordar que el día antes la había metido en un bolsillo de los pantalones de mi traje de noche.

¿Dónde diablos estaría mi traje de noche? Hasta que hube revuelto todo el cuarto no recordé que debía de tenerlo Jeeves para cepillarlo. Dar un brinco y tocar el timbre fue todo uno. Pero en ese inoportuno momento entró el tío Willoughby.

–Oye, Bertie –me dijo con la mayor desenvoltura–, he... recibido un telegrama de Berkeley, que ocupó esta habitación durante tu ausencia, y me pide que le busque su... pitillera, pues al parecer se la dejó por descuido al abandonar la casa. No la he encontrado abajo, así que se me ha ocurrido que tal vez la hubiera olvidado en esta habitación. Voy a echar un vistazo.

Era uno de los espectáculos más lamentables que he visto en mi vida, aquel viejo de cabellos canos, que tendría que estar pensando en la vida eterna, allí de pie haciendo comedia.

–No la he visto por ningún sitio –aseguré.

–No importa. Miraré por si acaso. No quiero... ahorrar ningún esfuerzo.

–Le aseguro que no está aquí.

–Tal vez te haya pasado inadvertida. A lo mejor está en... uno de esos cajones.

Empezó a husmear. Abrió cajón tras cajón, revolviéndolo todo y musitando cosas perfectamente tontas sobre Berkeley y su pitillera. Yo me limitaba a permanecer de pie y cada vez perdía más de vista todo lo que me rodeaba.

Hasta que llegó al cajón en que yo había metido el paquete.

–Parece que está cerrado –dijo, tirando nerviosamente del pomo.

–Sí. Yo no me preocuparía de ése; está cerrado... y... ya lo ve usted.

–¿No tienes la llave?

Una meliflua y respetuosa voz surgió detrás de mí:

–Supongo que está buscando la llave, ¿verdad, señor? Estaba en un bolsillo de su traje de noche.

Era Jeeves. Había entrado en la habitación llevando mi traje de noche, y ahora estaba allí enseñando la maldita llave. Le habría estrangulado con mis propias manos.

–Gracias –dijo mi tío.

–No hay de qué, señor.

El tío Willoughby abrió el cajón. Cerré los ojos.

–No –dijo Willoughby–; aquí no hay nada. El cajón está vacío. Gracias, Bertie. Siento haberte molestado. Supongo que... Berkeley debe de estar equivocado.

Cuando se hubo marchado, cerré la puerta cuidadosamente. Luego me volví hacia Jeeves, el cual estaba colocando mi traje de noche en una silla.

–¡Jeeves...!

–¿Señor?

–... Nada, nada.

Era endemoniadamente difícil empezar.

–¡Jeeves...!

–¿Señor?

–¿Usted... había...? ¿Por casualidad ha...?

–Yo saqué el paquete esta mañana, señor.

–¡Oh...! Y... ¿por qué...?

–Lo creí más prudente, señor.

Me quedé unos momentos pensativo.

–Naturalmente, supongo que esto le parecerá un poco raro, ¿verdad, Jeeves?

–En absoluto, señor. Por casualidad oí que usted y lady Florence hablaban de este asunto.

–¿De veras?

–Sí, señor.

–Bien, Jeeves... Creo que, después de todo..., tal vez sería preferible que... se encargara usted de este paquete hasta que volvamos a Londres.

–Muy bien, señor.

–Y entonces podremos... olvidarlo en cualquier parte..., ¿no le parece?

–Desde luego, señor.

–Lo dejo en sus manos.

–Perfectamente, señor.

–¿Sabe usted que es una buena adquisición, Jeeves?

–Intento cumplir con mi deber, señor.

–Es usted una perla negra.

–El señor es muy amable.

–Bueno, pues creo que eso es todo.

–Muy bien, señor.

Florence regresó el lunes. La vi cuando nos reunimos para tomar el té, todos juntos, en el salón. Hasta que la mayoría se hubo marchado no tuve ocasión de conversar con ella.

–¿Y bien, Bertie?

–Todo ha salido a pedir de boca.

–¿Has destruido el manuscrito?

–No precisamente eso, pero...

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que no es precisamente eso, pero...

–Bertie, no me vengas con subterfugios.

–Todo ha ido bien.

Y en el momento en que iba a explicarle la aventura, salió mi tío Willoughby como un chiquillo con zapatos nuevos. Todo él parecía cambiado.

–¡Qué suerte, Bertie! Acabo de hablar con míster Riggs por teléfono, y me ha dicho que ha recibido el manuscrito en el primer correo de esta mañana. No imagino a qué puede ser debido este retraso. Decididamente, en los distritos rurales el servicio de correos es muy malo. Formularé una reclamación. Es intolerable que un envío de importancia como el mío se retrase de esta forma.

Miré a Florence y ella me lanzó una mirada que me atravesó como un puñal. El tío Willoughby regresó a la biblioteca, y se produjo tal silencio que se hubiera podido oír el vuelo de una mosca.

–No lo entiendo –dije, al fin–. No lo entiendo de ningún modo.

–Yo sí. Lo entiendo perfectamente, Bertie. Has tenido miedo. Antes que exponerte a que se enfade tu tío has preferido...

–¡No, no, de ningún modo!

–Has preferido perderme a mí antes que arriesgarte a perder el dinero. Quizá creíste que no cumpliría mi amenaza. Pues entérate de que yo cumplo todo lo que digo. Nuestro noviazgo ha terminado de forma irrevocable.

–Pero... ¡oye!

–¡Ni una palabra más!

–Pero, Florence...

–No quiero oír nada más sobre esto. Ahora veo que la tía Agatha tenía toda la razón. Sí, me he escapado de una buena. Hubo un tiempo en que creía que, con paciencia, te podría moldear de modo que valieras algo. Ahora veo que eres incorregible.

Y me dejó plantado. Al cabo de un rato regresé a mi habitación y llamé a Jeeves. Entró como si no hubiera ocurrido nada y como si nada hubiese de ocurrir nunca. Era el criado más imperturbable que he conocido.

–¡Jeeves! –exclamé–. El paquete ha llegado a Londres.

–¿Sí, señor?

–¿Lo mandó usted?

–Sí, señor. Pensé que era lo mejor que se podía hacer. Creo que tanto usted como lady Florence creyeron en un peligro mayor de lo que es en realidad, de que ciertas personas puedan ofenderse por el hecho de que sir Willoughby las mencione en sus Recuerdos. Sé por experiencia, señor, que una persona normal

disfruta al ver su nombre impreso, independientemente de lo que se diga de ella. Tengo una tía, señor, que años atrás padeció dolorosamente de inflamación de las piernas. Probó el ungüento supremo de Walkinshaw y obtuvo notable alivio; tanto, que envió una carta de espontánea gratitud. Cuando vio que los periódicos reproducían su fotografía con una descripción de sus piernas antes del tratamiento (las cuales ofrecían un aspecto repulsivo), su satisfacción fue tan grande que comprendí que la publicidad, sea cual fuere, es el mayor anhelo de casi todo el mundo. Además, si usted ha estudiado psicología, señor, sabrá que a los ancianos respetables nunca les sabe mal que haya quien se cuide de decir que alborotaron lo suyo cuando eran jóvenes. Tengo un tío...

Maldije a sus tías, a sus tíos, a él y al resto de la familia.

–¿Sabe usted que lady Florence ha roto su noviazgo conmigo?

–¿De veras, señor?

¡Ni siquiera una palabra de consuelo! Se comportaba como si le hubiese dicho que hacía buen tiempo.

–¡Queda usted despedido!

–Muy bien, señor. –Y tosió suavemente–. Puesto que ya no estoy a su servicio, señor, puedo hablarle con franqueza. A mi modo de ver, el señor y lady Florence no hacían buena pareja. La señorita tiene un temperamento altivo y arbitrario, totalmente opuesto al de usted. Estuve al servicio de lord Worplesdon durante un año, en cuyo transcurso tuve oportunidades para estudiar a la señorita. La opinión de todos los sirvientes estaba muy lejos de serle favorable. El carácter de la señorita provocaba entre nosotros comentarios muy adversos. A veces se ponía insoportable. El señor no hubiera sido nunca feliz.

–¡Lárguese!

–Además, considero que habría encontrado algo fatigosos sus métodos educativos. He echado un vistazo al libro que le regaló la señorita (porque ha estado encima de su mesa desde que llegamos), y en mi opinión no está nada bien. No le habría gustado. Y por la doncella, que oyó la conversación que la señorita mantuvo con uno de los caballeros que se encuentran en esta casa, míster Maxwell, que al parecer es director de una revista, sé que lady Florence se proponía darle a leer a Nietzsche. No le gustaría nada Nietzsche, señor. No es el

autor que más le conviene a usted.

–¡Váyase de una vez!

–Muy bien, señor.

Es sorprendente que después de dormir se aprecien las cosas de distinto modo. Esto me ha ocurrido muchas veces. Bien, el caso es que cuando desperté, a la mañana siguiente, no me sentí tan desgraciado como la víspera. El día era magnífico. El sol brillaba de tal modo y los pájaros cantaban tanto, que pensé que tal vez Jeeves tenía razón. Después de todo, a pesar de que ella tenía un perfil tan encantador, ¿era una circunstancia afortunada estar prometido con Florence Craye? ¿No habría algo de verdad en lo que dijo Jeeves respecto a su carácter? Empecé a comprender que mi esposa ideal era algo totalmente diferente, con un tanto más de afabilidad y de ternura, con un carácter más llevadero y menos pedante; provista, en fin, de cualidades muy diferentes de las suyas.

Mis pensamientos habían llegado a este punto cuando vi los Tipos de teoría ética. Abrí el volumen y el párrafo en que se posó mi vista decía:

De los términos antitéticos de la filosofía griega, sólo uno era real y ha subsistido; éste era el Pensamiento Ideal, opuesto al que tiene que penetrar y moldear. El otro, correspondiente a nuestra naturaleza, era por sí mismo fenoménico e irreal, sin ninguna base permanente, y no da ningún resultado práctico, si se medita bien. En pocas palabras: sólo está separado de la negación porque contiene realidades íntimas, cuya existencia deja entrever.

Bien. ¡Y pensar que Nietzsche aún sería peor!

–Jeeves –le dije cuando entró con el té de la mañana–. Lo he pensado mejor. No está usted despedido.

–Gracias, señor.

Desayuné alegremente. Empecé a sentir profundo respeto por el criterio de aquel individuo.

–Oiga, Jeeves –le dije–, prepáreme el traje a cuadros.

–¿De veras, señor?

–¿No está bien?

–Quizá un poco llamativo, señor, en mi opinión.

–Pero muchas personas me han preguntado por el sastre que me lo hizo.

–Seguramente para evitar caer en sus manos, señor.

–Yo lo tenía por uno de los mejores hombres de Londres.

–Yo no he dicho nada en contra de su conducta moral, señor.

Vacilé unos momentos. Tenía la sensación de que estaba cayendo en las garras de mi criado, y que si me rendía a su voluntad esta vez, acabaría exactamente como mi pobre amigo Aubrey Fothergill, que no era dueño ni de decir que su alma era suya. En cambio, era evidente que Jeeves poseía una rara inteligencia, y sería una gran ventaja que en muchas ocasiones él me ahorrara la molestia de tomar decisiones.

–Muy bien, Jeeves –le dije–. No hay nada que decir. Regálelo a cualquiera.

Me miró del mismo modo que un padre mira tiernamente al hijo descarriado, y me dijo:

–Gracias, señor. Lo di anoche al ayudante del jardinero. ¿Quiere un poco más de té, señor?

2. LA CARRERA ARTÍSTICA DE CORKY

Notarán ustedes, a medida que avancen en la lectura, que de vez en cuando la acción transcurre en la ciudad de Nueva York, o en sus alrededores; y hasta es posible que den ustedes un brinco de sorpresa. «¡Cómo!», es posible que se digan a sí mismos. «¿Qué hace Bertram tan lejos de su querida patria?»

Es una historia bastante larga. Empezando por el principio, lo que ocurrió es que mi tía Agatha me envió en una ocasión a Estados Unidos para que evitara que mi primo Gussie se casara con una corista de un teatro de vodevil, y el resultado de mi gestión fue tan desastroso que decidí que lo más adecuado era quedarme una temporada en Nueva York en lugar de regresar y tener que aguantar largas y enojosas charlas sobre el asunto.

De modo que le pedí a Jeeves que buscara un piso decoroso y nos instalamos en el exilio.

Tengo que decir que Nueva York es un lugar encantador para exiliados. Todo el mundo se mostró muy amable conmigo, y todo parecía ir a pedir de boca, por lo cual no pasé grandes dificultades. Unos me presentaban a otros, y así sucesivamente, y al cabo de poco tiempo conocía a multitud de personas; algunas de las que frecuentaban las mansiones de los alrededores de Central Park, y otras que vivían con alguna sordidez, la mayor parte cerca de Washington Square: artistas, escritores, etc. Gente intelectual.

Corky, el individuo de quien voy a hablar, era un artista. Un pintor de retratos, según se autoproclamaba, pero hasta entonces su producción era nula. Porque lo malo que tiene el dedicarse a pintar retratos –lo he observado de cerca– es que no se puede empezar a pintar hasta que se presenta la gente y pide concretamente que se la retrate, y la gente no se presenta a un pintor hasta que éste se ha acreditado ya como pintor de retratos. Esto hace que los comienzos sean siempre difíciles.

Corky se las arreglaba para ir tirando haciendo algún que otro dibujo para periódicos satíricos –tenía gran habilidad para el humorismo, cuando se le ocurría una buena idea– y para publicidad. Sin embargo, su principal fuente de ingresos consistía en exprimir a un tío rico (un tal Alexander Worple) que estaba metido en el negocio del yute. No sabría decir qué es en realidad el yute, pero al parecer se trata de una materia que la gente aprecia mucho, porque míster

Worple había amasado con ella una cuantiosa fortuna.

Ahora bien: muchos creen que sablear a un tío rico es una gran suerte; pero, según Corky, no es cierto. El tío de Corky era un individuo muy robusto que daba la sensación de tener que vivir eternamente. Tenía cincuenta y un años y su aspecto sugería que los doblaría por lo menos. De todos modos, no era eso lo que desazonaba al pobre Corky, porque él no era intolerante, y no tenía nada que objetar a que la gente siguiera viviendo. Lo que le molestaba era el modo con que el mencionado Worple lo incordiaba.

Porque se daba el caso de que el tío de Corky no quería que éste fuese artista. No consideraba que el muchacho tuviese talento para ello. Siempre le insistía en que mandara a paseo el arte y se metiera en el negocio del yute, donde podría empezar desde abajo y progresar. A lo que Corky contestaba que, como ignoraba lo que había que hacer en la parte de abajo del negocio del yute, el instinto le decía que esa empresa era tan necia que ni siquiera valía la pena hablar de ella. Además, Corky creía en su porvenir de artista. Decía que llegaría a ser alguien. Entretanto, recurriendo al tacto y a la persuasión, había convencido a su tío de que le pasara, aunque a regañadientes, una asignación trimestral.

No lo hubiera logrado si su tío no hubiese tenido una afición. Míster Worple era muy peculiar a este respecto. Por regla general, y a juzgar por lo que he podido observar, el hombre de negocios norteamericano no hace nada fuera de las horas de oficina. Cuando echa el cierre y deja la oficina por ser ya de noche, se sume en una especie de sopor del que sólo sale para tornar a ser hombre de negocios. Pero se sabía que, a ratos perdidos, míster Worple era ornitólogo. Había escrito un libro titulado Pájaros americanos y estaba escribiendo otro que se titularía Más pájaros americanos. Se sospechaba que cuando terminase empezaría otro, y así sucesivamente mientras no se agotaran las aves americanas. Al parecer, se podía conseguir todo del viejo Worple, con tal de que se empezara hablándole de su tema favorito; estas charlas eran lo que permitían que Corky siguiera recibiendo su asignación. Pero resultaba muy aburrido para el pobre muchacho.

Para completar el estudio psicológico de míster Worple diremos que era un hombre de humor variable, y su opinión sobre Corky dictaminaba que éste era un pobre diablo cuyas iniciativas eran continuas demostraciones de su idiotez innata. Es precisamente lo que creo que Jeeves piensa de mí.

Así pues, cuando una tarde Corky entró en mi casa acompañado de una

muchacha y dijo: «Bertie, te presento a mi novia, miss Singer», lo primero que se me ocurrió fue que había venido a consultarme sobre el asunto. Y lo primero que le dije fue:

–Corky, ¿qué dirá tu tío?

El pobre muchacho me lanzó una de sus miradas más tristes. Parecía ansioso y preocupado, como persona que ha cometido un asesinato sin el menor obstáculo pero no sabe cómo desembarazarse del cadáver.

–Estamos muy asustados, míster Wooster –dijo la joven–, y pensamos que tal vez usted podría sugerirnos un modo de presentarnos ante él.

Muriel Singer era una de aquellas muchachas tan quietecitas y simpáticas que tienen un modo de mirar con sus ojazos como si pensaran que uno es la cosa más grande de la Tierra y como sorprendidas de ver que uno no lo haya descubierto aún. Se sentó allí, con cierto abandono, mirándome como si se dijera a sí misma: «¡Oh, sé que este hombre tan fuerte no me va a comer!» Daba a su interlocutor el deseo de protegerla, de tomarla de la mano, acariciársela y decirle: «Vamos, pequeña; no será nada», o algo por el estilo. Me provocó la sensación de que no había nada que yo pudiese dejar de hacer por ella. Aquella joven se parecía a esas bebidas norteamericanas de sabor inocente, pero que se apoderan de uno de manera imperceptible, al extremo de que, antes de que tenga tiempo de darse cuenta de sus efectos, le impulsan a reformar el mundo, por la fuerza si es preciso. Quiero decir que aquella muchacha reavivó mi actitud, me hizo emprendedor como un caballero andante o algo parecido. Presentí que en este asunto tenía que ayudarla hasta el fin.

–No veo por qué tu tío no ha de quedar encantado –dije a Corky–. Pensará sin duda que miss Singer es una esposa ideal para ti.

Corky renunció al optimismo.

–Tú no le conoces. Aun cuando Muriel le gustara, no lo admitiría. Es testarudo como un asno. Estimará cuestión de principios rechazarla. Sólo verá que me he propasado al tomar una decisión importante sin pedirle su opinión, provocando un alboroto automáticamente. Siempre hace igual.

Me exprimí los sesos para hacer frente a esa dificultad.

–Veamos. Necesitas que él conozca a miss Singer sin que sepa que tú la conoces. Luego...

–Pero ¿cómo es posible eso?

Enseguida vi la solución. No quedaba otra.

–Sólo se puede hacer una cosa –dije.

–¿Qué?

–Ponerlo en manos de Jeeves.

Pulsé el timbre.

–¿Señor? –preguntó Jeeves, a modo de presentación.

Una de las peculiaridades de Jeeves es que, a menos que se esté en guardia, pocas veces se le ve cuando entra en una estancia. Es semejante a aquellos pájaros embrujados de la India que se disuelven en el aire y se descomponen a trozos, que no vuelven a reunirse hasta que se los necesita. Tengo un primo que dice ser teosofista, y afirma que ha estado a punto de realizar el experimento en su mismísima persona, pero no lo ha logrado de un modo definitivo probablemente porque en su niñez se alimentó de carne de animales muertos por la mano del hombre.

En el momento en que vi a mi criado de pie allí, en respetuosa espera, pareció que se me quitaba un peso de encima. Tuve la misma sensación del niño extraviado que vuelve a encontrar a su padre.

–Jeeves –le dije–, necesitamos un consejo.

–Muy bien, señor.

En pocas y bien escogidas palabras le expuse el caso de Corky.

–De modo que ya ve usted de qué se trata, Jeeves. Necesitamos que nos sugiera alguna manera de hacer que míster Worple conozca a miss Singer sin que se sepa que míster Corcoran la conoce ya. ¿Entendido?

–Perfectamente, señor.

–Muy bien; a ver si se le ocurre algo.

–Ya se me ha ocurrido, señor.

–¿Ya?

–El proyecto que puedo sugerir es infalible, pero quizá le parezca algo oneroso al señor, porque tiene un aspecto financiero.

–Quiere decir –le traduje a Corky– que, en principio, tiene una idea, pero que para llevarla a cabo se necesitará algún dinero.

Naturalmente, el pobre muchacho puso cara de pocos amigos, porque este aspecto lo echaba todo a rodar. Pero yo me encontraba todavía bajo la influencia de la hechicera mirada de la muchacha, y en este punto comencé a comportarme como un caballero andante.

–Puedes contar conmigo para todo lo que necesites, Corky –le dije–. Estaré encantado de poder serte útil. ¡Adelante, Jeeves!

–Quería sugerir, señor, que míster Corcoran aproveche la afición de míster Worple por la ornitología.

–¿Cómo diablos sabe usted que le gustan los pájaros?

–Vera, señor, el sistema que siguen en Nueva York para construir las viviendas es muy diferente del de nuestras casas de Londres. Los tabiques que separan las habitaciones no pueden ser más delgados. Y sin tener el menor deseo de escuchar, he oído algunas veces que míster Corcoran hablaba con gran interés del tema.

–¡Oh...! ¡Bien, bien!

–Sugiero que miss Singer escriba un tomito titulado, por ejemplo, Los pájaros americanos al alcance de los niños, y dedicado a míster Worple. Podría publicarse a costa suya una edición reducida; como es natural, la mayor parte del libro podría destinarse a comentar elogiosamente el tratado que míster Worple tiene publicado sobre el mismo tema. Recomendaría que, inmediatamente

después de publicado, se enviara un ejemplar dedicado a míster Worple, acompañado de una carta en la cual miss Singer le pidiese conocer personalmente al tratadista a quien tanto debe la ciencia. Creo que esto produciría el resultado buscado; ahora bien, como he dicho, los gastos serían considerables.

Tuve la misma sensación del propietario de un perro de circo cuando éste pasa por el aro limpiamente. Había depositado toda mi confianza en Jeeves, y estaba seguro de que no me defraudaría. A veces me pregunto cómo un hombre que es un verdadero genio se contenta siendo un simple criado. Si yo tuviera la mitad del cerebro de Jeeves, ya sería primer ministro o algo por el estilo.

–Jeeves –le dije–. ¡Es usted un portento! ¡Ésta es una de sus ideas más memorables!

–Gracias, señor.

La muchacha puso una objeción.

–Pero me consta que no sé escribir un libro sobre nada. Ni siquiera redactar correctamente una carta.

–El talento de Muriel –dijo Corky con una tosecilla– es más apto para el teatro, Bertie. No lo dije antes, pero uno de los principales motivos que tenemos para sentirnos nerviosos es el modo con que el tío Alexander recibirá la noticia de que Muriel forma parte del coro de la revista Busca una salida que hacen en Manhattan. Es absurdo e irrazonable, pero ambos creemos que esta circunstancia puede aumentar la natural tendencia del tío Alexander de echarlo todo a rodar.

Comprendí. No sé por qué –quizá uno de esos tipos que entienden de psicología podría explicarlo–, pero el caso es que tíos y tías, como categoría social, se muestran siempre sordos al drama, tanto si es legítimo como si no lo es. Al parecer, no son capaces de soportarlo a ningún precio.

Pero, naturalmente, Jeeves encontró una solución.

–Creo que sería muy sencillo, señor, que algún intelectual sin recursos aproveche encantado la oportunidad de ganarse algún dinero redactando el libro. Lo interesante es que el nombre de la señorita figure en la portada.

–Es verdad –dijo Corky–. Sam Patterson lo haría por cien dólares. Escribe cada mes una novela corta, tres cuentos y diez mil palabras para el folletín de una revista, todo bajo nombres diferentes. Una cosa como ésta sería coser y cantar para él. Iré a verle enseguida.

–Es lo mejor.

–¿Desea algo más, señor? –dijo Jeeves–. Muy bien, señor. Gracias, señor.

Siempre había pensado que los editores tenían que ser formidablemente inteligentes, henchidos de materia gris; pero ahora ya les conozco. Todo lo que un editor tiene que hacer es rellenar cheques de vez en cuando, mientras una pandilla de serviciales e ingeniosos individuos le rodean y hacen en realidad todo el trabajo. Lo sé porque yo mismo he sido editor. Simplemente, me limitaba a estarme quietecito en mi despacho, con una estilográfica en la mano, y de vez en cuando me presentaban un libro nuevo y flamante.

Se dio la circunstancia de que me hallara presente, junto a Corky, cuando me entregaron los primeros ejemplares de Los pájaros americanos al alcance de los niños. Muriel Singer estaba hablando conmigo de temas generales, cuando llamaron a la puerta y nos entregaron el paquete.

Era un libro auténtico. Tenía tapas encarnadas, con una especie de gallina en la portada, y el nombre de la muchacha en letras doradas. Abrí el ejemplar al azar.

La página veintiuna empezaba así: «Si paseáis por el campo una mañana de primavera, oiréis el dulce gorjeo del pardillo y del pinzón dorado. Cuando seáis mayores, amiguitos míos, podréis leer muchas cosas sobre estos pájaros en el maravilloso libro Pájaros americanos, de míster Alexander Worple.»

Una descarada adulación al tío. Y sólo unas pocas páginas más adelante, se le volvía a ensalzar tomando como pretexto al cuclillo. ¡Era estupendo! Cuanto más leía, más admiraba al individuo que lo había escrito y al genio de Jeeves, que lo había ideado. Imposible que el tío no cayese en la celada. No se le puede proclamar a uno la primera autoridad del mundo en materia de cuclillos sin despertar sentimientos de simpatía.

–Es magnífico –dije.

–¡Estupendo! –coincidió Corky.

Y uno o dos días después, acudió a mi piso de la avenida para decirme que todo iba sobre ruedas. El tío había escrito a Muriel una carta tan halagadora que si Corky no hubiese conocido la letra de Worple, se habría resistido a creer que fuese suya. En ella decía a miss Singer que estaba deseando conocerla.

Poco después tuve que ausentarme de la ciudad. Varios famosos deportistas me habían invitado a visitar sus residencias campestres, y hasta al cabo de unos meses no regresé a mi casa. Desde luego, había pensado mucho en Corky, en si su asunto marchaba bien, etc. La primera tarde que volví a Nueva York fui a cenar a un pequeño restaurante donde acudo cuando me siento inclinado a las luces estridentes, y allí encontré a Muriel Singer, sentada en una mesa próxima a la puerta. Pensé que Corky debía andar por allí cerca, telefoneando. Me acerqué a ella.

–¡Vaya, vaya, vaya! –dije.

–¡Hola, míster Wooster! ¿Cómo está usted?

–¿Dónde está Corky?

–¿Cómo dice?

–Está usted esperando a Corky, ¿verdad?

–Oh, no le había entendido. No, no le espero a él.

Me pareció que había algo en su voz, cierto retintín, para entendernos.

–¿Tal vez hay tormenta?

–¿Qué?

–Quiero decir que tal vez... han tenido alguna discusión..., quizá han reñido...

–¿Qué le hace pensar eso?

–¡Oh, no sé! Quiero decir que creí..., que por lo general usted cenaba con él antes de ir al teatro.

–Ya no trabajo en el teatro.

De pronto lo comprendí todo. Había olvidado mi larga ausencia.

–¡Sí, ahora lo veo claro! ¡Se ha casado usted!

–Sí.

–¡Oh, qué bien! Le deseo muchas felicidades.

–Gracias. A propósito, Alexander –dijo mirando a otra parte–, míster Wooster, es un amigo mío.

Giré en redondo. Detrás de mí había un individuo de cabellera casi gris y una rolliza cara de salud. Era un hombre formidable, y en aquel momento parecía sereno y apacible.

–Míster Wooster, le presento a mi marido. Alexander, míster Wooster es un amigo de Bruce.

El desconocido me estrechó la mano calurosamente, y aquello fue lo que me privó de caer sentado al suelo, pues me quedé viendo visiones.

–Así pues, ¿usted conoce a mi sobrino, míster Wooster? –le oí decir–. Le agradecería que intentara inculcarle un poco de cordura en su cabeza y quitarle esa manía de pintar. Aunque ya me parece que empieza a comprender... Me di cuenta la primera noche que vino a cenar con nosotros para presentarle a Muriel. Parecía muy compuesto y serio. Daba la sensación de que estaba anonadado por algo... ¡Pero en qué estoy pensando...! ¿Quiere honrarnos cenando esta noche con nosotros, míster Wooster...? ¿O tal vez ha cenado usted ya?

Dije que sí, que ya había cenado. Necesitaba aire y no alimentos. Era preciso que saliera al exterior y meditara sobre todo aquello.

Cuando llegué a mi piso oí a Jeeves moviéndose en su cubil. Le llamé.

–Jeeves –le dije–, necesito el auxilio de un hombre de buena voluntad como usted. Tráigame whisky con soda; luego le daré una noticia colosal.

Volvió con una bandeja y un gran vaso.

–Será mejor que también beba usted, Jeeves. Lo necesitará.

–Gracias, señor; ya lo beberé después, si es preciso.

–Bien, como quiera. Pero se va a quedar pasmado. ¿Recuerda usted a mi amigo míster Corcoran?

–Sí, señor.

–¿Y a la muchacha que tenía que conseguir la estima del tío de mi amigo escribiendo un libro sobre pájaros?

–Perfectamente, señor.

–Bien, pues ya la ha conseguido. ¡Se ha casado con el tío!

Encajó la noticia sin pestañear. Realmente es imposible hacer perder la serenidad a Jeeves.

–Es un resultado que era de prever.

–¿Quiere decir que usted lo daba por descontado?

–Lo tuve en cuenta como una posibilidad, señor.

–¿De veras? ¡Pues tenía que habérnoslo advertido!

–No me atreví a tomarme esa libertad, señor.

Tras haber comido algo y haberme serenado, vi que, naturalmente, yo no tenía la culpa de lo ocurrido. Nadie podía exigirme la perspicacia necesaria para prever que el proyecto, que en sí mismo era excelente, diera un resultado tan opuesto al que se esperaba; sin embargo, he de reconocer que no me tienta la idea de volver a encontrar a Corky hasta que el tiempo haya obrado su función balsámica. Me propuse no acercarme a Washington Square por espacio de varios meses. Y luego, precisamente cuando empezaba a pensar que ya podía atreverme a caminar por aquellos barrios y reanudar la antigua amistad, resultó que el tiempo, en lugar de obrar como bálsamo, había empeorado las cosas. Porque cuando una mañana abrí el periódico, leí que la esposa de míster Alexander Worple había obsequiado a su marido con un hijo y heredero.

Quedé tan apesadumbrado por el pobre Corky, que no tuve ánimos de probar el

desayuno. Mi anonadamiento fue absoluto. ¡Aquello era el colmo!

No sabía qué hacer. Naturalmente, sentía deseos de echar a correr hacia Washington Square y estrechar cariacontecido la mano del pobre muchacho. Pero no tenía arrestos para ello. La ausencia parecía el tratamiento más indicado. Así pues, le envié mi condolencia por telepatía.

Pero, pasado un mes aproximadamente, empecé a vacilar otra vez. Se me ocurrió que no era correcto lo que estaba haciendo con el pobre chico evitando su presencia de tal modo, quizá cuando más necesitaba la compañía de sus amigos para animarle. Me lo figuré sentado en su solitario estudio sin otra compañía que sus amargos pensamientos, y tanto me impresionó esta escena que me metí en el primer taxi que encontré y ordené al chófer que se dirigiera a escape al estudio de mi amigo.

Entré en tromba, y allí estaba Corky, pintando ante el caballete; en la tarima destinada al modelo había una robusta mujer de mediana edad, con un niño de pecho.

Hay que estar siempre prevenido contra las sorpresas.

–¡Oh! ¡Ah! –exclamé, retrocediendo.

Corky miró por encima del hombro.

–¡Oh, Bertie! No te vayas. Precisamente ahora terminamos la sesión. Es suficiente por hoy –añadió dirigiéndose a la nodriza.

Ésta se levantó y puso al niño en un cochecito que había allí.

–¿Mañana a la misma hora, míster Corcoran?

–Sí.

–Buenas tardes.

–Buenas tardes.

Corky se quedó inmóvil, con la vista fija en la puerta. Luego se volvió y empezó a desembuchar. Afortunadamente, daba por descontado que yo sabía todo lo

ocurrido, por lo cual la escena no fue todo lo dolorosa que podía haber sido.

–La idea es de mi tío –dijo–. Muriel no sabe nada aún. El retrato será una sorpresa para el día de su cumpleaños. La nodriza se lleva al niño con la excusa de tomar el aire, y viene aquí. Si quieres un ejemplo de la ironía del destino, Bertie, aquí tienes uno. Éste es el primer retrato que me encargan en la vida, y tengo que retratar precisamente a este mochuelo humano que me ha robado la herencia. ¡Es para desesperarse! Tengo que pasar tardes contemplando la espantosa carita de este mamoncete que me ha birlado todo lo que me pertenecía. Y no puedo negarme a pintar el retrato, porque en tal caso mi tío me retiraría la asignación. Cada vez que le miro y tropiezo con la inexpresiva mirada del chiquillo, sufro espantosamente. Te aseguro, Bertie, que cuando me mira con aires de superioridad y se vuelve berreando, como si le sublevara verme, me dan tentaciones de ocupar la primera página de los periódicos con la noticia de un salvaje infanticidio. A veces, casi veo los titulares: «Joven pintor asesina a hachazos a un niño.»

Le di unos golpecitos en el hombro. Mi compasión por aquel pobre amigo era demasiado profunda para poder expresarla con palabras.

Tras esta escena, me mantuve alejado del estudio durante algún tiempo, porque no me pareció delicado entrometerme en las desventuras del pobre muchacho. Además, aquella nodriza me intimidaba: tenía la misma mirada de la tía Agatha.

Pero una tarde Corky me llamó por teléfono.

–¿Bertie?

–¿Dime?

–¿Tienes algo que hacer ahora?

–Nada en particular.

–¿Podrías venir a verme?

–¿Qué ocurre? ¿Ha pasado algo?

–He terminado el retrato.

–Muy bien. Te felicito.

–Gracias. –Su voz parecía insegura–. El caso es, Bertie, que no me parece que esté muy bien. Tiene algo... Mi tío vendrá dentro de media hora a verlo, y... no sé por qué..., no podría explicarlo..., pero creo que voy a precisar tu ayuda moral.

Empecé a comprender que iba a meterme en algo complicado. La simpática cooperación de Jeeves parecía estar indicada.

–¿Crees que es posible que tome alguna decisión desagradable?

–Sí, ¿por qué no?

Acudió a mi mente la rolliza cara del individuo que me fue presentado en el restaurante, y traté de imaginármelo hecho una furia. No era nada difícil. Y contesté categóricamente a Corky:

–Iré –dije.

–¡Bien!

–Pero sólo si puedo llevar a Jeeves.

–¿Por qué a Jeeves? ¿Qué tiene que ver Jeeves en este asunto? ¿Quién habla de Jeeves? Él fue el idiota que propuso el plan que terminó con...

–¡Oye, Corky! Si te imaginas que voy a enfrentarme con ese tío que tienes sin el apoyo de Jeeves, te equivocas. Antes me metería en el foso de los leones y mordería a una de esas fieras en el pescuezo.

–Bueno –contestó Corky.

Comprendí que no le hacía mucha gracia, aunque de todos modos accedió al fin. Así pues, llamé a Jeeves y le expliqué la situación.

–Muy bien, señor –contestó Jeeves.

Encontramos a Corky cerca de la puerta, contemplando el cuadro, con una mano en actitud defensiva, como si tuviera miedo de que el chiquillo se le abalanzara encima.

–Quédate quieto donde estás, Bertie –me dijo, sin moverse–. Ahora dime sinceramente qué te parece.

La luz que entraba por la gran ventana caía de lleno sobre el cuadro. Lo miré detenidamente. Luego me acerqué un poco más y volví a examinarlo. Después retrocedí al mismo sitio donde había estado, porque desde allí no me había parecido tan malo.

–¿Y bien? –preguntó Corky, ansioso.

Vacilé algo.

–Naturalmente, amigo, sólo he visto al niño una vez, y aun un breve instante, pero... pero, si no recuerdo mal, era muy feo.

–¿Tan feo como me ha salido aquí?

Volví a examinar el cuadro y me vi obligado a decir la verdad.

–¡No comprendo cómo puede haber sido, amigo mío...!

El pobre Corky se pasó una mano por los cabellos en actitud un tanto dramática. Suspiró.

–Tienes toda la razón, Bertie. Ha pasado algo raro con este cuadro. Mi impresión personal es que, sin saberlo, he hecho lo mismo que Sargent: he pintado el alma del retratado. He atravesado la apariencia exterior y he plasmado sobre la tela el alma del niño.

–Pero ¿es posible que un chiquillo de tan corta edad tenga semejante alma? ¡No sé cómo se las habrá arreglado...! ¿Qué le parece, Jeeves?

–Lo dudo, señor.

–Y... y mira de reojo, ¿verdad?

–¿También te has dado cuenta de eso? –dijo Corky.

–No creo que haya nadie que deje de advertirlo.

–Lo único que quise hacer fue darle una expresión alegre. Pero ahora resulta que

tiene aspecto de disoluto.

–Es lo mismo que iba a decirte. Da la sensación de encontrarse en una formidable juerga y de estar disfrutando a más no poder en ella. ¿No le parece, Jeeves?

–Decididamente, tiene el aspecto de haber bebido más de la cuenta, señor.

Corky iba a decir algo, cuando se abrió la puerta y entró el tío.

Durante tres segundos, todo fue alegría, satisfacción y buena voluntad. El viejo me estrechó la mano, dio unos golpecitos en el hombro de Corky, dijo que no creía que jamás hubiese hecho un día tan precioso como aquél, y se golpeó también una pierna con su bastón. Jeeves se había retirado a segundo término, y el tío no le veía.

–Bien, Bruce, hijo mío. Entonces, el retrato ya está listo, ¿eh? ¿Terminado del todo? Vaya, veámoslo. Será una maravillosa sorpresa para tu tía. ¿Dónde está? Vamos a...

Súbitamente lo descubrió sin tener tiempo para reprimir la sorpresa. Retrocedió dando un brinco sobre sus talones.

–¡Oooh! –exclamó.

Durante un minuto reinó un espantoso silencio.

–¿Se trata de una broma? –dijo al fin, con voz que hizo temblar las paredes.

Creí deber mío disponerme a la defensa del bueno de Corky.

–Se ve mejor alejándose un poco del cuadro.

–¡Tiene usted razón! –contestó con sorna–. Es natural. Es conveniente alejarse mucho del cuadro, hasta que no se pueda divisar ni con telescopio. –Se volvió hacia Corky con la misma actitud del tigre que en la selva acaba de descubrir una buena presa–. ¿Y para esto..., ¡para esto!, has estado malgastando el tiempo y mi dinero tantos años? ¡Pintor! ¡Ni siquiera te dejaría enjalbegar una pared de mi casa! Te encargué esto pensando que eras un buen artista, ¡y el resultado es esta caricatura...! –Hecho una furia, se dirigió a la puerta–. ¡Todo ha

concluido...! Si quieres, puedes seguir con tu locura de hacerte pasar por pintor, ya que necesitas un pretexto para tu holgazanería. Ahora bien, tengo que decirte una cosa: a menos que te presentes en mi oficina el lunes por la mañana dispuesto a abandonar esta idiotez, comenzando a aprender el negocio desde abajo y a abrirte camino en él, como ya tendrías que haber hecho media docena de años antes, no te daré ni un centavo más, ¡ni un centavo más!, ni un...

¡Bum!

Retumbó el portazo, y ya estaba fuera. Yo emergí a la superficie.

–¡Cuánto lo siento, Corky! –le dije en un susurro.

Corky estaba con los ojos fijos en el cuadro. Su rostro permanecía inmóvil y su mirada era la del hombre derrotado.

–¡Todo ha concluido! –musitó descorazonado.

–¿Qué vas a hacer?

–¿Hacer? ¿Qué puedo hacer? No es posible sostener esto, si él cierra el bolsillo. Ya has oído lo que ha dicho. Tendré que ir a la oficina el lunes.

No se me ocurrió nada que decir. Sabía exactamente lo que pensaba él de la oficina. La situación se presentaba insostenible. Es como intentar charlar con un individuo que acaba de ser condenado a veinte años de trabajos forzados.

Y entonces, una suave voz rompió el silencio.

–Si me permite una idea, señor...

Era Jeeves. Había salido de la penumbra sin darse cuenta nadie, y estaba contemplando muy serio el cuadro. Les aseguro que la mejor idea que puedo dar del trastornador efecto que había causado en mí el tío de Corky es que me había hecho olvidar por completo que Jeeves estuviese allí.

–No sé si le he explicado alguna vez, señor, que en cierta ocasión estuve al servicio de míster Digley Thistleton. Tal vez le conoce usted. Era un financiero. Ahora ostenta el título de lord Bridgworth. Tenía una frase favorita, que era: «Siempre queda un recurso.» La primera vez que le oí utilizar esta expresión fue

después del fracaso de un depilatorio patentado que él financiaba.

–Jeeves –le dije–. ¿De qué diablos habla usted?

–He mencionado a míster Thistleton, señor, porque, en algunos aspectos, su caso era parecido al presente. Su depilatorio fracasó, pero él no se desesperó. Lo volvió a poner en el mercado con el nombre de El Cultivador del Cabello, específico indicado para hacer brotar una magnífica cabellera en pocos meses. Como recordará usted, lo anunciaron con un dibujo humorístico a base de una bola de billar antes y después de aplicársele el específico, y él amasó una fortuna tan grande que pocos meses después le hicieron lord, por servicios prestados a su partido. Me parece que si míster Corcoran estudia el asunto, descubrirá, como míster Thistleton, que «siempre queda un recurso». El propio míster Worple ha sugerido la solución del asunto. En el calor del momento, ha comparado el retrato con una caricatura. Creo que la idea es muy valiosa, señor: el retrato hecho por míster Corcoran puede no haber gustado a míster Worple por no encontrarle parecido con su primogénito, pero no tengo la menor duda de que los directores de periódicos lo aceptarían muy a gusto como principio de una serie de dibujos humorísticos. Si míster Corcoran me permite expresar una opinión, diré que su talento ha sido siempre para lo humorístico. Este cuadro tiene un no sé qué de energía y descaro que llama la atención. Estoy convencido de que se haría muy popular.

Corky estaba sumido en la contemplación de la pintura, sin dejar de hacer un extraño gesto con la boca. Parecía estar completamente anonadado.

Y de pronto se echó a reír como un loco.

–¡Corky, amigo mío! –le iba diciendo yo, dándole golpecitos en el hombro, afectuosamente.

Temí que el pobre muchacho se hubiese vuelto loco. Empezó a dar traspiés.

–¡Colosal! ¡Este hombre tiene toda la razón! ¡Jeeves, es usted un salvavidas! Ha dado con la gran idea del siglo. ¡Presentarme a la oficina, el lunes! ¡Empezar a conocer el negocio! Compraré toda la empresa, si me da la gana. Conozco al director de la sección humorística del Sunday Star. Él se tragará eso. El otro día me estaba contando, precisamente, que es difícil, hoy en día, encontrar historietas originales. Me dará lo que le pida por esto. ¡He hallado una mina de oro! ¿Dónde está el sombrero? ¡Esto será una renta vitalicia! ¿Dónde está el

maldito sombrero? Déjame cinco dólares, Bertie. Tengo que tomar un taxi hasta Park Row.

Jeeves sonrió paternalmente. O mejor: hizo la pequeña mueca muscular a ambos lados de la boca que hace cuando quiere sonreír.

–Si me permite una idea, míster Corcoran, le aconsejaría que las historietas que piensa hacer las titulara Las aventuras de Baby Blobbs.

Corky y yo miramos el cuadro, cada uno desde su punto de vista. Jeeves tenía razón. No podía haber otro título.

Habían pasado unas pocas semanas. Acababa yo de dar un vistazo a la sección humorística del Sunday Star.

–Jeeves –le dije–. Soy un optimista. Siempre lo he sido. Cuantos más años tengo, tanto más coincido con Shakespeare y otros poetas, en que antes de amanecer es cuando más oscuro está. Mire, por ejemplo, el caso de míster Corcoran. Era un individuo que bien pudiéramos decir que no tenía porvenir alguno. A juzgar por todas las apariencias, estaba a la última pregunta. Y mírele ahora. ¿Ha visto usted estos dibujos?

–Me tomé la libertad de darles una ojeada antes de traerle el periódico a usted. Divertidísimos.

–Han tenido un éxito formidable.

–Ya se lo auguré, señor.

Me arrellané en los almohadones.

–¿Sabe, Jeeves, que es usted un genio? Tendría que cobrar una comisión por estas cosas.

–No puedo quejarme a este respecto, señor. Míster Corcoran ha sido muy generoso conmigo. ¿Le traigo el traje castaño, señor?

–No, creo que me pondré el azul con rayas encarnadas.

–El azul con rayas encarnadas no, señor.

–¡Pero si me gusta mucho!

–El azul con rayas encarnadas no, señor.

–Bueno, pues tráigame el que quiera.

–Muy bien, señor. Gracias, señor.

3. JEEVES Y EL HUÉSPED INESPERADO

No es que esté muy seguro, pero me parece que es Shakespeare –y si no, cualquier otro tan sesudo como él– quien dijo que siempre, cuando un individuo se encuentra en la situación más apurada, es cuando sale por un lado u otro el Hado con una solución. Y lo que voy a hacer ahora es demostrar que quien dijo esto tenía toda la razón. Tomemos, por ejemplo, el asunto de lady Malvern y de su hijo Wilmot. Éste fue uno de los casos más delicados en que me he visto envuelto, y un instante antes de que viniera a entrometerse esto en mi vida, estaba yo pensando en lo encantadora que era la existencia.

Aún me encontraba en Nueva York cuando empezó el asunto, el cual ocurrió en la época del año en que es más agradable la ciudad. Era una mañana deliciosa, y yo salía de la ducha fría con el estado de espíritu de un millonario. En realidad, lo que más me entusiasmaba era que el día antes me había impuesto a Jeeves del modo más enérgico, les doy mi palabra. Porque, de seguir las cosas como iban, yo me habría convertido rápidamente en un siervo. El hombre me oprimía de mala manera. No es que me importara mucho el verme obligado a renunciar a trajes nuevos, porque en general se puede tener confianza en la opinión de Jeeves en cuanto a trajes.

Pero me sublevé cuando me quiso impedir que llevara un par de botines que yo apreciaba como si fuesen dos hermanos míos. Y, finalmente, cuando intentó aplastarme como un gusano a causa de un sombrero, lo que puedo asegurar como me llamo Wooster. Ello me indujo a mantener mi autoridad a toda costa.

Es una historia muy larga, y ahora no tengo tiempo para contarla, pero toda la discusión empezó a causa de que él quería que llevase un sombrero de copa de ocho reflejos, llamado Maravilla de la Casa Blanca, porque era idéntico al usado por el presidente Coolidge, cuando el que me tenía robado el corazón era un Broadway Special, muy de moda entre la juventud. Y el asunto terminó de este modo: después de una escena bastante penosa, compré un Broadway Special. De este modo estaba planteada la situación aquella mañana, por lo que me sentía animado por una intensa sensación de hombría e independencia.

Bien. El caso es que yo me hallaba en el cuarto de baño pensando en qué habría para desayunar, mientras canturreaba dándome masaje en la espalda con una toalla rusa. Cuando he aquí que dan un golpecito en la puerta. Dejé de cantar y

abrí como cosa de una pulgada.

–¿Qué pasa? –pregunté.

–Lady Malvern pregunta por usted, señor.

–¿Eh?

–Lady Malvern, señor. Espera en el salón.

–No me venga con historias, Jeeves –le dije con cierta severidad, porque no me gustaban las bromas antes del desayuno–. Usted sabe perfectamente que nadie me espera en el salón. ¿Cómo es posible que haya venido alguien, si apenas son las diez?

–Creo que la señora ha desembarcado de un transatlántico a primera hora de esta mañana.

Esta explicación hacía que la cosa fuese más razonable. Recuerdo que cuando llegué a los Estados Unidos, hacía cosa de un año, había empezado el desembarco a una hora tan espantosa como es las seis, y me habían dejado plantado en mitad de un muelle extranjero mucho antes de las ocho.

–¿Y quién diablos es lady Malvern, Jeeves?

–La señora no me ha hecho confidencias, señor.

–¿Viene sola?

–No. Acompañada por un tal lord Pershore, señor. Imagino que es su hijo.

–Bien. Prepáreme mis mejores galas. Me vestiré enseguida.

–Está preparado su traje castaño, señor.

–Entonces, tráigalo.

Mientras me estaba vistiendo seguí pensando quién diablos podía ser lady Malvern. Hasta que no hube sacado la cabeza por el cuello de la camisa y empecé a buscar los botones, no lo recordé.

–Ya sé quién es, Jeeves. Es una amiga de mi tía Agatha.

–¿Sí, señor?

–Sí. La conocí en una comida el domingo antes de marchar de Londres. Se trata de un ejemplar muy raro. Escribe libros, y tiene uno sobre la situación social en la India cuando regresó de Durbar.

–¿Sí, señor? Perdone, señor, pero esta corbata no.

–¿Cómo?

–Que esta corbata no va bien con el traje, señor.

Me llevé una verdadera sorpresa. Creí que había derrotado al individuo aquel. Fue un momento solemne. Quiero decir que si cedía ahora, habría sido estéril la magnífica siembra que había hecho la noche antes. Reuní todas mis fuerzas.

–¿Qué tiene de malo esta corbata? Ya he visto que le echaba muy malas miradas. Hable con franqueza. ¿Qué pasa con esta corbata?

–El color es demasiado llamativo, señor.

–¡Tonterías! Un rosa muy bonito. Nada más.

–No le sienta bien, señor.

–Jeeves, he decidido ponerme esta corbata.

–Muy bien, señor.

Cedió, desconcertado. Observé que el hombre se sentía mortificado. Pero yo me mantuve firme. Me hice el nudo de la corbata, me puse el chaleco y luego la americana, y me dirigí al salón.

–Buenos días.

–¡Oh! ¡Cómo está usted, míster Wooster? No conoce usted a mi hijo Wilmot, ¿verdad? Motty, te presento a míster Wooster.

Lady Malvern era una mujer jovial, feliz, rebosando salud, desbordante y

dominadora, que medía un metro ochenta de estatura. Llenaba totalmente el mayor de mis sillones, como si hubiese sido construido a medida para ella, en una época en que las faldas se llevasen bien ceñidas a las caderas. Tenía unos ojos brillantes y saltones y una abundante cabellera amarilla; al hablar mostraba por lo menos cincuenta y siete dientes. Era una de esas mujeres que dejan paralizadas las facultades de uno. Me hacía experimentar la sensación de que yo tenía diez años de edad y que me habían llevado al salón con mi trajecito de los domingos para decir: «Buenos días, señora.»

Motty, el hijo, tenía unos veintitrés años de edad, era alto, delgado y de aspecto melancólico. Ostentaba el mismo cabello amarillo de su madre, pero lo llevaba lleno de fijador y peinado con la raya en medio. Sus ojos también eran saltones, aunque no brillantes. Tenían un color gris de tristeza, con un borde rosado. Su barbilla colgaba, y además daba la impresión de que no tenía pestañas. Resumiendo, era un individuo manso y tímido, semejante a un cordero.

–Encantado de conocerle –dije, aunque la verdad era todo lo contrario, porque ya empezaba a tener la impresión de que algo amenazador se cernía sobre mí–. ¿Van a pasar mucho tiempo en los Estados Unidos?

–Cosa de un mes. Su tía me dio sus señas y me rogó que viniera a verle.

Me gustó esto, porque, al parecer, indicaba que la tía Agatha había empezado a apaciguarse. Como creo haber dicho ya, había habido algo desagradable entre nosotros cuando me envió a Nueva York para liberar a mi primo Gussie de las garras de una muchacha de music-hall. Si les digo que cuando di por terminadas mis negociaciones con Gussie no sólo se había casado con la joven, sino que él mismo se había metido a actor, con buen éxito, ya comprenderán que las relaciones entre tía y sobrino estuviesen algo tirantes.

En pocas palabras: que no me atreví a regresar y enfrentarme con ella. Y era un alivio ver que el tiempo había cicatrizado la herida lo suficiente para que me enviara a sus amigas. Quiero decir que por mucho que me gustaran los Estados Unidos, no quería que las puertas de Inglaterra hubiesen de permanecer cerradas para mí el resto de mi vida; y créanlo ustedes, Inglaterra es un lugar muy encantador, pero excesivamente pequeño para vivir allí con la tía Agatha, si ésta se ponía belicosa. Por lo tanto, me quedé encantado al oír aquellas palabras, y sonreí afablemente a mis visitantes.

–Me dijo su tía que haría usted cuanto pudiera para ayudarnos.

–¡Claro! ¡Claro que sí! ¡Ya lo creo!

–Muchas gracias. Necesitaría que usted se encargara algún tiempo de mi querido Motty.

De momento no supe qué quería decir.

–¿Encargarme de él? ¿Presentarle en mis clubs?

–¡Oh, no! Mi querido Motty es esencialmente un pájaro enjaulado, un hombre casero, ¿verdad, querido Motty?

Motty, que estaba chupando la empuñadura de su bastón, salió de su ensimismamiento.

–Sí, mamá –exclamó. Y no dijo nada más.

–No me gustaría que le introdujera en los clubs. Quiero decir que se encargue de él viviendo en su casa algún tiempo.

Estas espantosas palabras fluyeron de sus labios con el tono más melifluo. Sencillamente, aquella mujer no parecía comprender todo el terrible alcance de su proposición. Lancé sobre Motty una rápida mirada. Estaba sentado, chupando el bastón con los ojos fijos en la pared. La idea de tener a aquel individuo plantado en mi casa por una temporada indefinida, me dejó abrumado. Se lo aseguro. Ya iba a decir que no lo quería a ningún precio, y que al primer indicio de que Motty se dispusiera a anidar en mi exiguo domicilio llamaría a la policía, cuando la señora continuó aplastándome plácidamente.

Aquella mujer tenía algo misterioso que socavaba la voluntad ajena.

–Saldré de Nueva York en el tren de mediodía, pues tengo que hacer una visita al penal de Sing-Sing. Me interesa una barbaridad el régimen carcelario norteamericano. Luego proseguiré el viaje y visitaré los lugares más interesantes del litoral. Ya ve usted, míster Wooster, que puedo decir que estoy en los Estados Unidos en viaje de estudios. Sin duda leyó usted mi libro La India y los indios, ¿verdad? Mis editores exigen que haga otro semejante sobre los Estados Unidos. No podré invertir más de un mes en este viaje, porque tengo que estar de regreso

para la temporada, pero un mes deja tiempo para muchas cosas. En la India estuve menos tiempo, y mi querido amigo sir Roger Cremore escribió su libro Los Estados Unidos desde dentro después de una visita de dos semanas. Me habría gustado llevarme a Motty, pero el pobre muchacho suele marearse cuando viaja en tren. Así que le recogeré a mi regreso.

Desde el lugar donde estaba yo sentado, veía a Jeeves en el comedor, poniendo la mesa para el desayuno. Anhelé poder hablar a solas con él un minuto. Estaba seguro de que hallaría el modo de pararle los pies a aquella mujer.

–Será para mí un alivio saber que Motty está seguro con usted, míster Wooster. Comprendo lo que son las tentaciones de una gran ciudad. Hasta ahora, Motty se ha librado de su maléfica influencia. Ha vivido tranquilamente, conmigo, en el campo. Sé que le vigilará con el mayor cuidado, míster Wooster. Él le causará muy pocas molestias.

Hablaba del pobre infeliz como si no estuviera allí. Aunque, al parecer, a Motty no le importaba. Había dejado de chupar el bastón y se había quedado con la boca abierta.

–Es vegetariano, abstemio y muy aficionado a la lectura. Dele un buen libro y ya le tendrá contento. Muchas gracias, míster Wooster. No sé qué hubiera hecho sin su ayuda. Vamos, Motty. Nos queda el tiempo justo para ver cuatro cosas de la ciudad, antes de la salida del tren. Pero tendré que confiar en ti para la mayor parte de mi información sobre Nueva York, hijo mío. Abre bien los ojos y toma nota de tus impresiones. Será una gran ayuda para mí. Buenos días, míster Wooster, Motty volverá a primera hora de la tarde.

Se marcharon, y llamé enseguida a Jeeves.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–¿Qué vamos a hacer? Ya lo ha oído, ¿verdad? Ha estado en el comedor casi todo el rato. Ese pájaro bobo vendrá a vivir aquí.

–¿Pájaro bobo, señor?

–Ese ganso, si lo prefiere.

–¿Cómo dice, señor?

Miré fijamente a Jeeves. Aquella respuesta no era propia de él. Comprendí entonces: estaba realmente disgustado por lo de la corbata. Y ésa era su venganza.

–Lord Pershore vendrá a vivir aquí, a partir de esta noche, Jeeves –le dije fríamente.

–Muy bien, señor. El desayuno está servido, señor.

Me habría puesto a llorar sobre los huevos duros y el tocino. El hecho de que Jeeves no me tuviera ninguna compasión me anonadaba. Por unos momentos estuve tentado de ceder y decirle que hiciese trizas el sombrero y la corbata, si no le gustaban, pero me contuve. Estaría derrotado para siempre si permitía a Jeeves que me tratara como una pelota.

Mas, preocupado por lo de Jeeves y por lo de Motty, mi situación era de las más tristes. Cuanto más meditaba sobre mi caso, más negro lo veía todo. No podía hacer nada. Si me negaba a admitir a Motty cuando viniera, se lo diría a su madre, y ésta a mi tía Agatha, y me resisto a pensar lo que ocurriría entonces. Tarde o temprano, yo sentiría la necesidad de regresar a Inglaterra, y no quería llegar a ella y encontrarme a mi tía Agatha esperándome en el muelle hecha una furia. No quedaba absolutamente otro remedio que dar hospedaje al chico y sacar de ello el mejor partido posible.

Hacia mediodía llegó el equipaje de Motty, y poco después un gran paquete que me pareció de buenos libros. Me alegré algo cuando lo vi, porque pesaba mucho y tenía toda la apariencia de contener lectura suficiente para entretener a Motty durante un año. Me sentí algo más tranquilizado; tomé mi Broadway Special, me lo puse, retoqué bien la corbata rosa, y salí para ir a comer con un par de amigos en el restaurante más próximo, donde transcurrió la tarde felizmente, entre una buena comida, una alegre conversación, etc., de tal modo que a la hora de cenar ya casi me había olvidado de la existencia de Motty.

Cené en el club, luego fui al teatro, y hasta muy tarde no regresé a casa. No vi señales de Motty por ninguna parte, lo cual me hizo suponer que se había acostado.

Sin embargo, me pareció extraño que el paquete de libros bonitos estuviese allí

todavía con el papel y el bramante intactos. Daba la impresión de que Motty, después de dejar a su madre en la estación, hubiese decidido aprovechar el día.

Jeeves entró con el whisky y soda con que yo concluía la jornada. Por su actitud, deduje que todavía estaba contrariado.

–¿Se ha ido a la cama lord Pershore, Jeeves? –le pregunté, con cierta altivez.

–No, señor. Lord Pershore no ha vuelto aún.

–¿No ha vuelto? ¿Qué quiere decir usted?

–Lord Pershore vino poco después de las seis y media, y después de cambiarse de traje, volvió a salir.

En ese momento se oyó un ruido en la puerta de entrada, algo así como si la arañasen, igual que si alguien intentase abrirse paso a través de la madera. Luego, un golpe.

–Es mejor que vaya a ver de qué se trata, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Fue, y regresó enseguida.

–Si no le sabe mal ayudarme, señor, creo que entre los dos podremos llevarlo.

–¿Llevarlo?

–Lord Pershore está tendido sobre la alfombra, señor.

Acudí a la puerta. El criado tenía razón. En el rellano de la escalera, tendido en el suelo, estaba Motty, soltando pequeños gemidos.

–Esto es que se le ha indigestado algo –dije, a la vez que le contemplaba atentamente–. Jeeves, alguien le ha hecho sin duda comer carne.

–¿Sí, señor?

–Es que es vegetariano, y debe de haber comido algún bistec o cosa por el estilo. Llame al médico.

–No creo que sea muy necesario, señor. Si usted quisiese coger a lord Pershore por las piernas mientras yo...

–¡Por Dios, Jeeves! No querrá usted decir... No puede ser que esté...

–Me inclino a pensar que sí, señor.

¡Y por cierto que tenía razón! Una vez puesto en la pista no podía equivocarme. Motty estaba completamente borracho, como una cuba.

Fue una terrible sorpresa.

–¡Nunca lo habría creído, Jeeves!

–Jamás puede asegurarse nada, señor.

–Tan pronto como desaparece la autoridad, la gente está perdida.

–Es verdad, señor.

–¿Dónde habrá estado este chico esta noche?

–¡Quién sabe!

–Lo mejor será entrarlo, ¿verdad?

–Sí, señor.

Lo levantamos, y Jeeves lo metió en la cama. Yo encendí un cigarrillo y me senté para meditar el caso. Tuve un presentimiento. Me pareció que acababa de meterme en un buen lío.

A la mañana siguiente, cuando acababa de tomarme una taza de té, sumido aún en mis pensamientos, entré en el cuarto de Motty para interrogarle. Esperaba encontrarle hecho un pingajo, pero allí estaba, sentado en la cama, más fresco que una lechuga, leyendo Historias picantes.

–¡Hola! –le dije.

–¡Hola! –contestó Motty.

–¡Hola, hola!

–¡Hola, hola, hola!

Después de eso, parecía algo difícil seguir la conversación.

–¿Cómo se encuentra usted? –pregunté.

–¡Colosal! –contestó Motty alegremente y como quien no dice nada–. Oiga, ¿sabe usted que ese criado suyo, me refiero a Jeeves, es un fuera de serie? Cuando desperté, tenía el dolor de cabeza más espantoso, y él me trajo una bebida rara y negruzca, que me ha reanimado en un abrir y cerrar de ojos. Me ha dicho que era un invento suyo. Me gusta ese individuo. Parece único en su clase.

Parecía increíble que aquél fuese el mismo individuo que el día antes había estado sentadito chupando el bastón.

–Usted comió algo anoche que le sentó mal, ¿verdad? –le pregunté para darle ocasión de hablar sobre lo que me interesaba. Pero él no se anduvo con rodeos.

–¡No! –contestó categóricamente–. Nada de eso. Bebí demasiado. Excesivamente. Mucho, mucho y mucho. Y lo que es peor, es que pienso repetir. Voy a hacerlo cada noche. Si alguna vez ve que me vuelvo abstemio, amigo –añadió con una especie de mística exaltación–, deme unos golpecitos en el hombro y dígame: «¡Eh! ¿Qué diablos hacemos?» Y entonces presentaré mis excusas y remediaré el problema.

–Bien, pero, oiga: ¿y yo?

–¿Usted?

–Verá, en cierto modo, soy responsable de usted. Quiero decir que, si usted sigue por este camino, la responsabilidad recaerá sobre mí.

–No puedo remediar sus apuros –contestó Motty con firmeza–. Oiga, amigo, ésta es la primera vez en mi vida que tengo una auténtica oportunidad de sucumbir a las tentaciones de una gran capital. ¿Para qué sirve que una gran ciudad tenga tentaciones, si la gente no puede sucumbir a ellas? Sería un desprecio para la propia ciudad. Además, mamá me encargó que abriera bien los ojos y observara bien.

Me senté en el borde de la cama, perplejo.

–Me hago cargo de su situación, amigo –me dijo Motty con tono consolador–. Y si mis principios me lo permitieran, sería formalito para no comprometerle a usted. ¡Pero el deber ante todo! Ésta es la primera vez que me dejan solo; y le aseguro que quiero aprovecharme. Sólo se es joven una vez. ¿Para qué preocuparse por el mañana? ¡Joven, goza de tu juventud! ¡Tra-la-lá! ¡Tra-la-lá!

Planteada la situación de aquel modo, parecía razonable.

–Amigo –prosiguió Motty–, he pasado toda mi vida en la casa solariega de Much Middlefold, en Shropshire, y nadie puede imaginarse lo que es eso hasta que se vive aquí. En mi residencia la única vez que ocurre algo interesante es cuando alguien pilla a uno de los muchachos del coro comiendo chocolate durante el sermón. Cuando sucede un caso de éstos, nos da tema de conversación para un mes. Ahora voy a pasar treinta o cuarenta días en Nueva York, y quiero almacenar unos cuantos recuerdos alegres para las largas veladas invernales. Ésta es la única ocasión que se me brinda para coleccionar recuerdos, y quiero aprovecharla. Dígame, amigo mío, de hombre a hombre, ¿cómo hay que granjearse la simpatía de ese bribón de Jeeves? ¿Hay que pulsar un timbre o dar un grito para llamarle? Me gustaría hablar con él sobre el tema de un buen whisky con soda bien seco.

Había tenido la vaga idea de que si permanecía cerca de Motty y le acompañaba a los lugares que frecuentaba, podría actuar como una especie de freno a su afán de diversiones. Quiero decir que creí que cuando él fuese el alma de una juerga, si tropezaba con una mirada desaprobadora, aquello podría sosegar sus ímpetus. Por lo tanto, a la noche siguiente lo llevé a cenar. Fue la última vez. Yo soy un individuo sereno y pacífico, que ha pasado toda su vida en Londres, incapaz de seguir las zancadas de estos veloces deportistas que vienen de los distritos rurales. Quiero decir que me gusta divertirme razonablemente, pero creo que un individuo obra de manera improcedente cuando empieza a arrojar huevos pasados por agua contra el ventilador. Un regocijo moderado ya está bien, pero no me gusta bailar encima de las mesas y tener que pasar apuros con camareros, maîtres y gente por el estilo, cuando lo que uno quiere es precisamente sentarse tranquilamente y hacer la digestión.

Tan pronto como pude escaparme aquella noche y regresar a casa, tomé la decisión de que era la última vez que salía con Motty. La última ocasión en que

volví a encontrarle a altas horas de la noche fue con motivo de que yo pasaba por delante de la puerta de un restaurante de baja categoría y tuve que hacerme a un lado para dejarle sitio en el momento en que él salía disparado por los aires en route a la acera de enfrente, a consecuencia del puñetazo que le soltó un tipo de innegable buena musculatura, y que daba la sensación de estar muy satisfecho por la manera en que Motty había salido disparado.

En cierto modo, no pude evitar compadecerme del novel juerguista. Disponía de unas cuatro semanas para recuperar el tiempo de diez años acumulados, y no me sorprendía que estuviese muy ocupado. En su lugar, a mí me habría pasado lo mismo De todos modos, era innegable que le echaba cara al asunto. De no haber sido porque en el fondo me obsesionaba el pensamiento de lady Malvern y de mi tía Agatha, habría contemplado los rápidos progresos que realizaba Motty con una indulgente sonrisa. Pero no podía librarme de la idea de que tarde o temprano tendría que ser yo quien le llamara al orden. Y de tanto pensar en esta perspectiva; de permanecer sentado en espera de oír sus pasos; de meterle en la cama cuando llegaba, y de tanta ansiedad por contemplar al día siguiente, en el mismo cuarto del paciente, los estragos causados por la última juerga, empecé a perder peso. Quedé reducido a una pálida sombra de lo que había sido, de tanto susto, tantos ruidos inesperados y tantas y tantas otras cosas.

Y Jeeves, sin manifestarme la menor compasión. Esto era para mí lo peor. Jeeves estaba todavía apesadumbrado por lo del sombrero y la corbata, y, simplemente, no quería dar el brazo a torcer. Una mañana, estaba yo tan necesitado de consuelo que eché a rodar el orgullo de los Wooster y me encaré con Jeeves.

–Jeeves, esto se está poniendo muy mal.

–¿A qué se refiere el señor?

–Ya sabe usted a qué me refiero. Este muchacho se salta a la torera todos los buenos principios que le enseñaron en su casa. ¡Su comportamiento es excesivo!

–Sí, señor.

–La tía Agatha me culpará de ello; ya sabe cómo es.

–Sí, señor.

–Pues, entonces...

Esperé un momento, pero él no dijo esta boca es mía.

–Jeeves –añadí–, ¿no tiene usted ninguna idea para librarnos de este individuo?

–No, señor.

Y se escurrió hacia su habitación. ¡Qué terco! Parece absurdo, ¿verdad? Daba la sensación de que le importaba un bledo aquel sombrero Broadway Special, tan admirado por mis amigos. Por la sola razón de que él prefería el modelo Maravilla de la Casa Blanca, me dejaba plantado.

Poco después de esta escena, se le ocurrió al joven Motty venir con algunos compañeros, a primeras horas de la madrugada, para continuar la juerga en casa. Entonces se me acabó la paciencia, lo que es comprensible. Vivía en una parte de la ciudad que no era precisamente apropiada para estas cosas. Conocía a muchísimos individuos de Washington Square para quienes la noche empezaba a las dos de la madrugada: artistas, escritores, etc., que organizaban grandes jolgorios hasta la hora del desayuno. Eso estaba bien allí. En aquel barrio es cosa corriente, y les gusta. Los vecinos no saben dormirse si no hay alguien que baile danzas hawaianas en el piso de arriba. Pero en la calle cincuenta y siete, el ambiente no era apropiado para eso, y cuando Motty regresó a las tres de la madrugada con un grupo de muchachos de buen humor, que sólo dejaban de entonar sus canciones estudiantiles para entonar algún cuplé alegre, se produjo un acentuado malhumor entre los inquilinos antiguos de la casa. El administrador estuvo muy atareado con el teléfono a la hora del desayuno, y recibió multitud de quejas.

A la noche siguiente, regresé temprano a casa, después de cenar solo en un lugar escogido cuidadosamente entre los que no había probabilidad de encontrar a Motty. El salón estaba a oscuras por completo, y no hice más que dar vuelta al conmutador para encender la luz, cuando se produjo una especie de explosión y algo se aferró a mi pantalón. La vida con Motty me había embrutecido de tal modo que era simplemente incapaz de comprender qué ocurría. Di un salto atrás, a la vez que soltaba un grito de angustia, y me dirigí al recibidor en el preciso momento en que Jeeves salía de su cuarto para ver qué sucedía.

–¿Llamaba, señor?

–Por favor, Jeeves, ¡ahí hay algo que le agarra a uno por las piernas!

–Será Rollo, señor.

–¿Qué?

–Tendría que habérselo advertido, señor, pero no le oí entrar. Su humor es todavía algo incierto, porque aún no está domesticado.

–Pero ¿quién demonios es Rollo?

–El terrier de lord Pershore, señor. Le ha tocado a lord Pershore en una tómbola, y lo ha atado a una pata de la mesa. Si me lo permite, señor, iré a encender las luces.

Realmente no hay nadie como Jeeves; sin vacilar, irrumpió en el salón, lo cual es la mayor hazaña registrada desde que Daniel entró en el foso de los leones. Y, aún más, su magnetismo es tal que el maldito perro, en lugar de cogerle por una pierna, se calmó como si le hubiese dado bromuro, y se echó a sus pies, patas arriba. Si Jeeves hubiera sido su dueño no le habría recibido con más cariño. En cambio, tan pronto como volvió a verme, se puso de nuevo hecho una furia y pareció que sólo tenía un objetivo en su vida: morderme por donde me había cogido antes.

–Rollo aún no está acostumbrado a usted, señor –dijo Jeeves, observando al iracundo animal con admiración–. Es un excelente perro de presa.

–Yo no quiero perros de presa que me echen de mis habitaciones.

–No, señor.

–Y bien, ¿qué tengo que hacer?

–No hay duda de que, con el tiempo, el animal le reconocerá, señor. Aprenderá a distinguir su olor peculiar.

–¿Qué quiere decir con eso de mi olor peculiar? ¿Cree que voy a tener la paciencia de pasearme alrededor de él con la esperanza de que algún día este maldito animal decida si huelo bien o no? –Permanecí unos momentos pensativo–. ¡Jeeves!

–¿Señor?

–Me marcho. Mañana por la mañana, en el primer tren. Voy a pasar unos días en el campo, con míster Todd.

–¿Quiere el señor que le acompañe, señor?

–No.

–Muy bien, señor.

–No sé cuándo volveré. Envíeme la correspondencia.

–Sí, señor.

En realidad, estuve de regreso al cabo de una semana. Rocky Todd, el amigo a cuya casa fui, es un bicho raro al que le encanta la soledad de su finca de Long Island; pero a mí aquello me aburre. Rocky es muy bueno, pero al cabo de unos días de estar en su casa entre bosques, a muchos kilómetros de distancia de todas partes, Nueva York me parecía un paraíso, aun con la perspectiva de Motty. En Long Island, los días parecen tener cuarenta y ocho horas; por la noche no se puede dormir a causa del ruido de los grillos; han de recorrerse tres kilómetros para comprar una bebida y diez para adquirir un periódico de la tarde. Di las gracias a Rocky por su amable hospitalidad y tomé el único tren que circula por aquellos andurriales. Me dejó en Nueva York casi a la hora de cenar, y fui directamente a mi casa. Jeeves salió de su cubil. Miré alrededor con la mayor cautela, por temor a Rollo.

–¿Dónde está el perro, Jeeves? ¿Lo tiene atado?

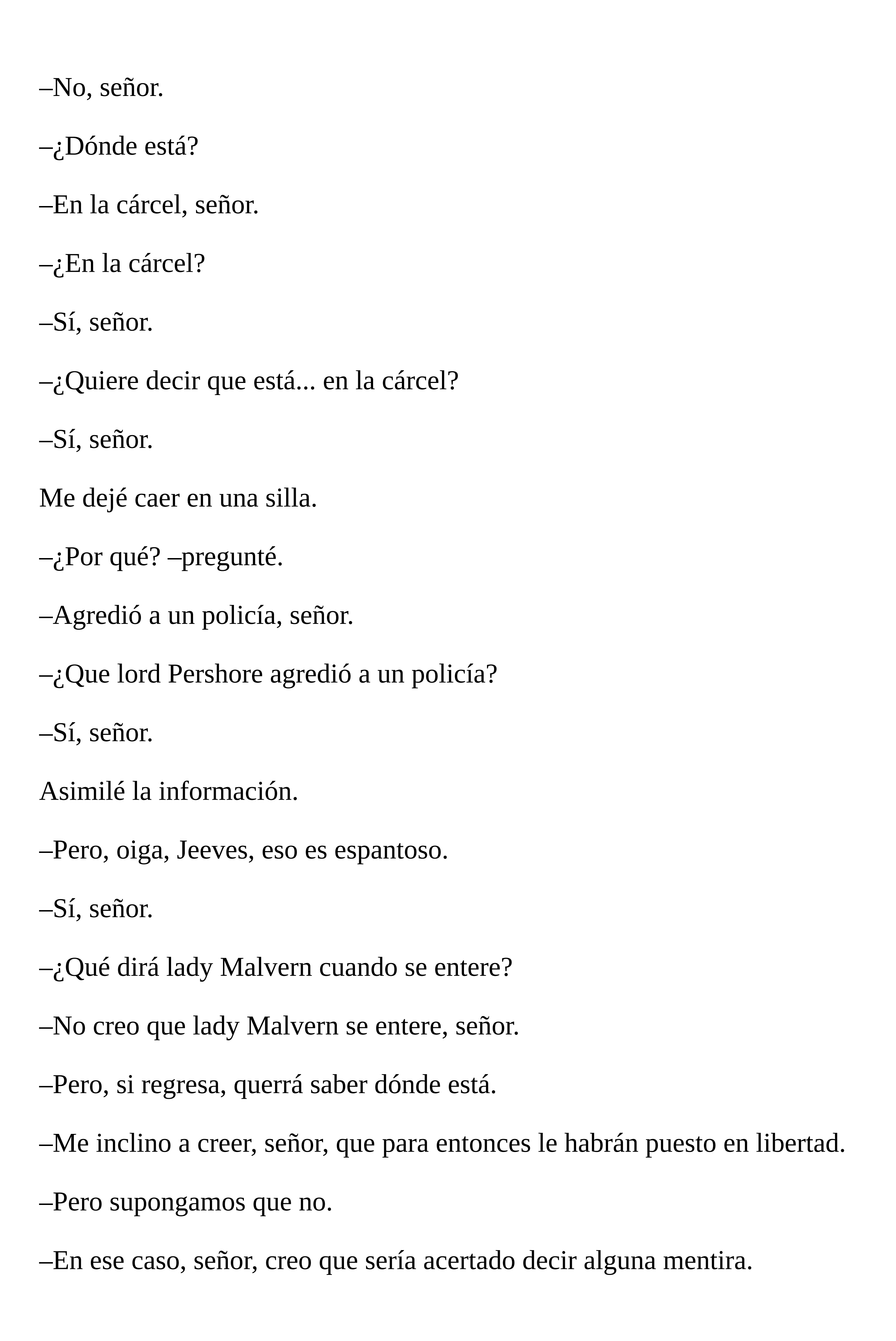
–Ya no está en casa, señor. Lord Pershore se lo dio al portero y éste lo vendió. Lord Pershore cobró inquina al animal porque le mordió en una pierna.

Creo que jamás me alegró tanto una noticia. Desde luego había juzgado mal a Rollo. Evidentemente, al conocerle mejor se comprobaba que era poseedor de buenos sentimientos.

–¡Magnífico! –dije–. ¿Está lord Pershore en casa?

–No, señor.

–¿Le espera para la hora de cenar?



–No, señor.

–¿Dónde está?

–En la cárcel, señor.

–¿En la cárcel?

–Sí, señor.

–¿Quiere decir que está... en la cárcel?

–Sí, señor.

Me dejé caer en una silla.

–¿Por qué? –pregunté.

–Agredió a un policía, señor.

–¿Que lord Pershore agredió a un policía?

–Sí, señor.

Asimilé la información.

–Pero, oiga, Jeeves, eso es espantoso.

–Sí, señor.

–¿Qué dirá lady Malvern cuando se entere?

–No creo que lady Malvern se entere, señor.

–Pero, si regresa, querrá saber dónde está.

–Me inclino a creer, señor, que para entonces le habrán puesto en libertad.

–Pero supongamos que no.

–En ese caso, señor, creo que sería acertado decir alguna mentira.

–¿Por ejemplo?

–Si me permite, señor, yo le diría a lady Malvern que lord Pershore ha tenido que realizar un viaje urgente a Boston.

–¿Por qué Boston?

–Es una ciudad muy interesante y respetable, señor.

–Creo que tiene razón, Jeeves.

–Creo que sí, señor.

–La verdad es que esto es lo mejor que puede haberle ocurrido; si no, Motty estaría en un sanatorio cuando regrese lady Malvern.

–Exactamente, señor.

Cuanto más pensaba en este caso de la prisión, más providencial me parecía. Sin duda la cárcel es lo que un médico habría recetado a Motty. Era lo único que podía volverlo al buen camino. Lo sentía por él, pero pensaba que, después de todo, un individuo que había pasado toda su vida con lady Malvern en un pueblecito del interior del Shropshire, no se consideraría huésped en una cárcel. Por consiguiente, me tranquilicé completamente. Y, como dice el poeta, la vida fue una grande y dulce canción. Durante un par de semanas todo transcurrió tan pacífica y placenteramente que casi llegué a olvidar que existiese alguien llamado Motty. La única nube en este cielo azul era que Jeeves todavía estaba apesadumbrado y se mantenía distante. No es que dijese o hiciese nada, por supuesto, pero en ningún momento perdía su actitud reservada. En una ocasión, mientras me hacía el nudo de la corbata rosa, le vi por el espejo. ¡Tenía la mirada más triste del mundo!

Por si fuera poco, lady Malvern regresó un poco antes de lo previsto. Hacía muchos días que ni siquiera me acordaba de ella. No me daba cuenta de cómo había pasado el tiempo. Llegó una mañana, cuando yo estaba aún en el lecho bebiendo té y pensando en esto y en aquello y en lo de más allá. Jeeves entró anunciándome que acababa de instalarse en el salón. Me vestí deprisa y acudí a su presencia.

Allí estaba, sentada en el mismo sillón del primer día, con un aspecto tan

imponente como siempre. La única diferencia era que ahora no mostraba los dientes, como había hecho la primera vez.

–Buenos días –le dije–. ¿Ya está usted de regreso?

–Ya estoy de regreso.

El tono con que lo dijo era tan glacial como si viniera de aspirar el aire del Polo Norte. Lo achaqué a que probablemente aún no había desayunado. Por mi parte, sólo después del desayuno soy capaz de enfrentarme con el mundo con aquella jovialidad que convierte a un hombre en favorito de todos. Nunca me siento capaz de nada hasta que he comido uno o dos huevos y he bebido una buena taza de café.

–Supongo que aún no ha desayunado.

–No he desayunado.

–¿Quiere tomar huevos o algo parecido? ¿Tal vez una salchicha? ¿O quizás algo... o algo?

–No, gracias.

Lo dijo como si perteneciera a una sociedad antisalchichas o a una liga para la supresión de los huevos. Hubo una pausa.

–Vine a verle anoche –me dijo–, pero usted había salido.

–Lo siento profundamente. ¿Ha tenido buen viaje?

–Sí, gracias.

–¿Ya ha visto todo lo que hay que ver? Las cataratas del Niágara, el parque de Yellowstone y el Gran Cañón...

–He visto muchas cosas.

Hubo otra pausa, algo molesta. Jeeves flotaba silenciosamente por el comedor, disponiendo los preparativos para el desayuno.

–Espero que Wilmot no le haya causado muchas molestias.

Precisamente estaba esperando que mencionara a Motty.

–¡Oh, no! Nos hemos hecho muy amigos. Ha sido magnífico.

–Así pues, ¿usted estuvo siempre con él?

–¡Ya lo creo! Hemos ido juntos a todas partes. Hemos visto todas las cosas notables de la ciudad. Por las mañanas, visita al Museo de Arte Moderno y luego a comer en un buen restaurante vegetariano; por la tarde, algún concierto de música sacra, y luego a casa. Por lo general, jugábamos al dominó después de la cena. Luego nos acostábamos pronto, y a dormir sosegadamente. Fueron unos días muy agradables. Lo sentí muchísimo cuando se marchó a Boston.

–¡Oh! ¿Wilmot está en Boston?

–Sí. Debería habérselo comunicado, naturalmente, pero ignoraba sus señas. Usted iba de una parte a otra como una lanzadera; quiero decir, que estaba recorriendo el país, y yo no sabía dónde podía hallarse entonces. Pues sí, Motty se ha marchado a Boston.

–¿Está seguro de que está en Boston?

–Absolutamente. –Llamé a Jeeves, el cual estaba haciendo ruido de tenedores y cucharas en el comedor, y le dije–: Oiga, Jeeves, supongo que lord Pershore no cambió su decisión en cuanto a ir a Boston, ¿verdad?

–No, señor.

–Bien. Pues sí, señora. Motty se fue a Boston.

–Entonces, ¡cómo me explica usted, míster Wooster, que, cuando ayer por la tarde visité la cárcel de Blackwell, en busca de información para mi libro, viera allí a mi pobre hijo, a mi querido Wilmot, vestido con un uniforme de rayas y sentado junto a un montón de piedras, con un mazo en la mano?

Intenté buscar algo que decir, pero no encontré nada. Hubiera necesitado un cerebro más sólido y mejor constituido para hacer frente a aquello. Me devané los sesos cuanto pude, en vano. Estaba mudo. Lo cual fue una suerte, porque no hubiera acertado a decir lo que en aquellos momentos convenía. Lady Malvern se había contenido hasta entonces, pero ahora se habían roto los diques y vino la

inundación.

–¡Así ha cuidado usted de mi pobre hijo, de mi querido Wilmot! ¡Ha abusado usted de mi confianza! Lo dejé a su cuidado, creyendo que podía confiar en que usted le defendería de todas las desdichas. Vino aquí inocente, sin conocer nada de las jugarretas del mundo, confiado, ignorando las tentaciones de una gran ciudad, ¡y usted le ha abandonado en el abismo del pecado!

Reconocí que no tenía ningún comentario que oponer. Lo único que adivinaba era el espectáculo de la tía Agatha recogiendo aquellas explicaciones y preparándose para cuando yo regresara.

–Deliberadamente, usted...

Lejos, en las profundidades del comedor, se oyó una voz que decía:

–Si me permite que se lo explique, señora.

Jeeves se proyectó desde el comedor y se materializó en la alfombra. Lady Malvern intentó fulminarle con la mirada. Pero eso es inútil con Jeeves. Está hecho a prueba de miradas.

–Creo, señora, que no ha comprendido muy bien a míster Wooster, y que tiene usted la impresión de que él estaba en Nueva York cuando su sobrino fue... fue conducido allí. Cuando míster Wooster le ha dicho que lord Pershore se había ido a Boston, lo hizo confiando en la versión que yo le había dado sobre los movimientos de lord Pershore. Míster Wooster pasaba unos días fuera, en casa de un amigo, y no sabía nada de todo esto hasta que usted se lo dijo.

Lady Malvern soltó un gruñido, pero Jeeves no se inmutó.

–Temí que míster Wooster se trastornara si sabía la verdad, pues me consta la gran amistad que profesa a lord Pershore y los cuidados que para con él ha tenido en todo momento. En vista de ello, me tomé la libertad de decirle que lord Pershore se había ido a Boston. Míster Wooster quizá se habría resistido a creer que lord Pershore estaba en la cárcel voluntariamente y con los más loables propósitos; pero usted, que conoce más a su hijo, lo comprenderá enseguida.

–¿Cómo? –bramó lady Malvern–. ¿Ha dicho usted que lord Pershore está en la cárcel voluntariamente?

–Con su permiso, voy a explicárselo. Creo que las recomendaciones que, al marcharse usted, hizo a su hijo, causaron profunda impresión en él. Repetidas veces oí decir a míster Wooster que lord Pershore tenía fervientes deseos de hacer algo para seguir las instrucciones de usted, y recoger datos para el libro que usted prepara sobre Estados Unidos. Míster Wooster puede decir que lord Pershore se mostraba frecuentemente deprimido al pensar que hacía tan poco por ayudarla a usted.

–¡Es verdad! –tercié–. Estaba muy preocupado.

–Y una noche se le ocurrió súbitamente efectuar un estudio personal del sistema carcelario del país, desde dentro. Y tan firme fue su decisión, que nada pudo hacerle desistir.

Lady Malvern miró a Jeeves, luego a mí, y otra vez a Jeeves, sin duda rumiando lo que escuchaba.

–Por supuesto, señora –prosiguió Jeeves–, es más razonable suponer que un caballero del carácter de lord Pershore ha ido a la cárcel por su propia voluntad, que por haber cometido alguna infracción de la ley.

Lady Malvern pestañeó. Luego se irguió en su silla.

–Míster Wooster –dijo–. Perdóneme usted. He cometido una injusticia. Tendría que haber conocido mejor a Wilmot. Debí tener más fe en su puro y refinado espíritu.

–Exactamente –contesté.

–El desayuno está dispuesto, señor –dijo Jeeves.

Me senté y me entretuve de mala manera con un huevo pasado por agua.

–Jeeves –le dije–; desde luego, es usted un salvavidas.

–Gracias, señor.

–Nada habría convencido a mi tía Agatha de que no era yo quien había pervertido al chico.

–Creo que lleva usted razón, señor.

Tragué un poco de huevo. Me sentía profundamente conmovido por el modo en que Jeeves me había sacado del apuro. Algo parecía decirme que aquella ocasión exigía una buena recompensa. Vacilé unos momentos. Luego me decidí.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–¿Recuerda usted aquella corbata rosa...?

–Sí, señor.

–Quémela.

–Gracias, señor.

–Y oiga, Jeeves.

–¿Señor?

–Tome un taxi y vaya a comprarme aquel sombrero Maravilla de la Casa Blanca, semejante al que llevaba el presidente Coolidge.

–Gracias, señor.

Me sentía un hombre nuevo. Los nubarrones se habían disipado y todo volvía a ser como antes. Me sentía como un personaje literario que deja de pelearse con su mujer en el último capítulo y decide olvidar y perdonar. Sentí que necesitaba hacer más cosas para demostrar a Jeeves mi estima.

–Jeeves –le dije–, esto no basta. ¿Desea algo más?

–Sí, señor. Si me lo permite, cincuenta dólares.

–¿Cincuenta dólares?

–Me permitirán saldar una deuda de honor, señor. Se los debo a lord Pershore.

–¿Usted le debe cincuenta dólares a lord Pershore?

−Sí, señor. Por casualidad le encontré en la calle, la noche en que lord Pershore fue detenido. Había estado devanándome los sesos para encontrar el mejor medio de que abandonara la vida que llevaba, señor. Lord Pershore estaba algo sobreexcitado cuando le encontré, y creo que me confundió con un amigo suyo. Sea como fuese, cuando me tomé la libertad de apostar cincuenta dólares a que no daría un puñetazo en el ojo del primer policía que pasara, aceptó con el mayor entusiasmo, y ganó la apuesta.

Saqué la cartera y conté hasta cien.

–Tenga, Jeeves –le dije–; cincuenta no es bastante. ¿Sabe, Jeeves, que usted es...? Nada, que es usted irrepetible.

–Sólo cumplo con mi deber, señor.

4. JEEVES Y EL HUEVO DURO

Muchas veces por la mañana, cuando estoy sentado en la cama bebiendo poco a poco mi taza de té y veo a Jeeves ir y venir por la habitación preparando mi ropa, me pregunto cómo diablos me las arreglaría si él decidiese abandonarme. En Nueva York esto no tendría importancia, pero ¡en Londres! El solo pensamiento me pone los pelos de punta. Algunos amigos poco leales han hecho toda clase de tentativas para quitármelo. Estoy seguro de que el joven Reggie Foljambe llegó a ofrecerle el doble de lo que le pagaba yo. Ahí tenéis también a Alistair BinghamReeves. Este amigo mío tiene un ayuda de cámara tan torpe que no acierta a marcarle la raya de los pantalones, pues, cuando Alistair viene a verme, lanza miradas tan codiciosas a Jeeves, que me causa la mayor inquietud. ¡Vaya desvergonzados!

Jeeves entiende de todo. Basta fijarse en su manera de abrocharse la camisa para comprenderlo.

Le llamo en mi auxilio en los momentos de apuro y nunca he tenido que arrepentirme. Por lo demás, su lealtad es tan profunda que le impulsa a extender su protección a todos mis amigos, sobre todo cuando alguno de ellos se encuentra hasta el cuello en alguna dificultad. No citaré más que un ejemplo, el de mi querido amigo Bicky y de su tío, el huevo duro.

El caso sucedió unos meses después de mi llegada a Estados Unidos. Volvía una noche a mi casa, un poco tarde, y al prepararme un whisky, Jeeves dijo:

–Esta tarde, cuando usted estaba fuera, ha venido míster Bickersteth.

–¿De veras?

–Ha venido dos veces, señor. Parecía muy preocupado.

−¿Problemas?

–Eso me pareció, señor.

Apuré el whisky. Sentía mucho que Bicky estuviese en apuros. Pero, por otra parte, no me desagradaba tener un motivo de conversación con Jeeves, ya que nuestras relaciones atravesaban un momento delicado y resultaba difícil

encontrar un tema que no terminase en alusiones personales. Había decidido, con razón o sin ella, dejarme bigote, y esto contrarió sobremanera a Jeeves. Decididamente no lo soportaba. Desde entonces vivíamos en una atmósfera de hostilidad. Cierto es que en algunas cuestiones de indumentaria Jeeves tiene un gusto impecable, por lo que su opinión merece ser tenida en cuenta. Mas, por otra parte, se extralimita un poco queriendo intervenir no solamente en mi guardarropa, sino también en mi rostro. Creo que nadie puede tacharme de obstinado; muchas veces, cuando Jeeves ha dictaminado que uno de mis trajes o corbatas favoritos no me sentaba bien, me he sometido humildemente a su opinión. Pero cuando un ayuda de cámara se atreve a levantar sus aspiraciones hasta el labio superior de su señor, no queda más remedio que imitar a un viejo bulldog y plantar cara al intruso.

–Me dijo que volvería por la noche, señor.

–Me huele a gato encerrado, Jeeves.

–Seguramente, señor.

Mientras pensaba en Bicky, me atusé el bigote sin darme cuenta, lo cual causó tan mala impresión a Jeeves que lo dejé al punto.

–He leído en el periódico que el tío de míster Bickersteth viene en el Carmantic, señor.

–¿Sí?

–Me refiero a Su Excelencia el duque de Chiswick, señor.

Era la primera vez que oía que el tío de Bicky era duque. ¡Qué curioso! Es sorprendente lo poco que sabemos de nuestros amigos. Bicky y yo nos conocimos en una especie de comilona o jolgorio en Washington Square, poco después de mi llegada a Nueva York. En aquellas fechas me sentía lleno de nostalgia y eso me acercó más a Bicky, sobre todo cuando descubrí su nacionalidad inglesa y recordé que habíamos estudiado juntos en Oxford. Además, Bicky era un buen muchacho, lo que fortaleció nuestra amistad; un día en que estuvimos charlando tranquilamente en un cabaret, lejos de la proximidad de artistas y escultores, Bicky provocó admiración imitando de una manera insuperable a un bull-terrier en el momento de cazar un gato en un árbol. Pero, a pesar de que llegamos a ser buenos amigos, todo lo que sabía de Bicky era que

vivía con mucha estrechez y sólo contaba con el recurso de un tío que cada mes le pasaba una pequeña asignación.

–Si el duque de Chiswick es su tío –pregunté a Jeeves–, ¿cómo es que Bicky no tiene título? ¿Por qué no es lord de esto o de aquello?

–Míster Bickersteth, señor, es hijo de la difunta hermana del duque, que estaba casada con el capitán Rollo Bickersteth de los Coldstream Guards.

El muy bribón lo sabía todo.

–¿Murió también el padre de míster Bickersteth?

–Sí, señor.

–¿Le dejó dinero?

–No, señor.

Empezaba a comprender el motivo por el cual el pobre Bicky subsistió a base de caldo. Para un observador superficial y poco atento, tener un tío duque suena muy bien. Pero lo malo era que, si bien el viejo Chiswick poseía una gran fortuna siendo dueño de la mitad de Londres y de unos cinco condados en el norte, era asimismo uno de los hombres más tacaños de Inglaterra. A un individuo como ése, los americanos le llaman un huevo duro. Era evidente que, si los padres de Bicky no le habían dejado nada y él no tenía más recursos para vivir que lo que podía sablearle a su pariente, la situación de mi amigo era muy mala. Pero esto no explicaba la amistad que me había dedicado, pues Bicky era un hombre que jamás pedía un céntimo a nadie. Quería conservar sus amigos y por principio se abstenía de molestarles.

Entonces oímos el timbre de la puerta. Jeeves fue a abrir.

–Sí, señor, míster Wooster acaba de llegar –dijo.

Y Bicky entró con cara de mal humor.

–¿Qué hay, Bicky? Ya me ha dicho Jeeves que has venido antes. ¿En qué puedo servirte, amigo?

–Estoy en apuros, Bertie. Necesito consejo.

–Adelante, dispara.

–Mañana llega mi tío.

–Ya lo sé. Jeeves me lo ha dicho.

–El duque de Chiswick, ¿sabes?

–Sí, Jeeves me lo ha dicho.

Bicky pareció un poco sorprendido.

–De modo que Jeeves lo sabe todo.

–En efecto. Eso mismo acabo de pensar.

–Muy bien –prosiguió Bicky–. Veamos si él me saca de este atolladero.

–Míster Bickersteth se encuentra en un atolladero, Jeeves –le dije–, y desearía que usted le ayudase.

–Muy bien, señor.

Bicky hizo un gesto de duda.

–He de decirte, Bertie, que este asunto es estrictamente confidencial.

–No te preocupes, amigo; apostaría cualquier cosa a que Jeeves ya lo sabe todo. ¿No es verdad, Jeeves?

–Sí, señor.

–¿Cómo? –preguntó Bicky, inquieto.

–No quisiera ser indiscreto, señor, pero, ¿acaso está preocupado porque no sabe cómo explicar a Su Excelencia la presencia de usted en Nueva York, siendo que en estos momentos debería estar en Colorado?

Bicky comenzó a temblar como la jalea bajo el viento.

–¡Sorprendente! ¿Cómo lo ha sabido?

–Antes de marchar de Inglaterra tuve ocasión de hablar con el repostero de Su Excelencia, y me dijo que en cierta ocasión había oído a Su Excelencia hablar de este asunto con usted.

Bicky se echó a reír.

–Bien, veo que es inútil andar con misterios, puesto que todo el mundo sabe lo que me sucede. Mi tío me echó de su casa, Bertie, argumentando que soy un cabeza de chorlito. Me prometió una renta, pero con la condición de que me marchase a cualquier pueblecito de Colorado para aprender a dirigir una hacienda o un rancho. Esto no me apetecía lo más mínimo. Tenía que montar a caballo, vigilar las vacas, etcétera. Sólo así cobraría la asignación.

–Comprendo, mi pobre amigo.

–Cuando llegué a Nueva York, esta ciudad me pareció un sitio ideal, y decidí quedarme en ella. Entonces mandé un cablegrama a mi tío diciéndole que había encontrado una excelente colocación en el mundo de los negocios, y que creía preferible abandonar la idea del rancho. Me contestó que estaba conforme, y desde entonces vivo en Nueva York. Mi tío piensa que tengo un buen trabajo. Jamás le habría creído capaz de venir aquí. ¿Qué hago, Dios mío?

–Jeeves –dije–, ¿qué ha de hacer míster Bickersteth?

–He recibido un cable de mi tío –prosiguió Bicky– en el que me dice que piensa alojarse en mi casa. Supongo que lo hace para ahorrarse los gastos de hotel. Siempre le he dado a entender que lo pasaba espléndidamente, de modo que ahora me es imposible llevarlo a la casa de huéspedes donde malvivo.

–¿Y bien, Jeeves?

–¿Me permite el señor que pregunte hasta qué punto está decidido a ayudar a míster Bickersteth?

–Haré todo lo que pueda por mi estimado Bicky.

–Entiendo, señor. Bien, siendo así, me permito sugerir que preste a míster Bickersteth...

–Alto ahí –interrumpió Bicky bruscamente–. Jamás he pedido nada a Bertie, y no voy a empezar ahora. Puedo ser un derrochador, pero me enorgullezco de no deber un solo penique a nadie. No incluyo a los tenderos, naturalmente.

–Lo que quería decir, señor, es que usted podría dejar su piso a míster Bickersteth, quien diría a Su Excelencia que le pertenece en propiedad. Yo, con su permiso, daría a entender que no estoy al servicio de usted, sino al de míster Bickersteth. Su Excelencia podría ocupar la segunda habitación libre. ¿Le parece correcto, señor?

Bicky había dejado de balancearse y miraba a Jeeves fascinado.

–Me permito aconsejar, también, que telegrafíe a Su Excelencia, a bordo del buque, comunicándole el cambio de dirección. Míster Bickersteth podría ir al muelle a esperar a su tío, y traerle directamente aquí. ¿Correcto, señor?

–Absolutamente correcto.

–Gracias, señor.

Bicky le siguió con los ojos, hasta que Jeeves se hubo marchado.

–Pero ¡qué ideas tiene este hombre! –exclamó–. Creo que sé de dónde le vienen: de la forma de su cabeza. ¿Te has fijado, Bertie, cómo está encajada en su cuello?

A la mañana siguiente me levanté temprano para estar preparado cuando llegase el tío de Bicky. Sé por experiencia que los transatlánticos suelen gastar la broma de arribar a puerto a horas excesivamente tempranas. Tomé mi desayuno y hacia las nueve estaba completamente listo. Me asomé a la ventana para esperar a Bicky y a su tío. Era una de aquellas mañanas radiantes y serenas que inducen a gozar de la vida. Me disponía a saborear su belleza cuando llegó a mis oídos el ruido de un altercado que tenía lugar en la calle. De un taxi que acababa de detenerse bajó un anciano caballero con sombrero de copa, que empezó a disputar con el chófer a propósito del precio del trayecto. Por lo que pude colegir, quería convencerle de que adoptase las tarifas de Londres en lugar de las de Nueva York; y el chófer, que posiblemente jamás había oído hablar de Londres, protestaba enérgicamente. El anciano caballero aseguraba que en Londres le habrían cobrado un chelín menos, y su interlocutor lo enviaba a hacer puñetas. Llamé a Jeeves.

–El duque acaba de llegar, Jeeves.

–Sí, señor.

–Creo que está llamando.

Jeeves alargó el brazo y abrió la puerta. El duque entró.

–¿Cómo está, señor? –le dije yendo a su encuentro–. Su sobrino ha ido al muelle a esperarle, pero veo que no se han encontrado. Yo soy Wooster, un buen amigo de Bicky, y actualmente huésped suyo. ¿Le apetece una taza de té? Jeeves, traiga lo necesario.

El viejo Chiswick se dejó caer en una butaca y comenzó a inspeccionar la habitación.

–Pero ¿es verdad que este piso tan bonito pertenece a mi sobrino Francis?

–Desde luego.

–Debe de valer una fortuna.

–Bastante, creo yo. Todo es muy caro en los tiempos que corren.

El duque dejó escapar algunas exclamaciones. En aquel momento entró Jeeves con el té, y él tomó una taza para rehacerse. Después, añadió:

–¡Menudo país, míster Wooster! ¡Menudo país! Me han cobrado cerca de ocho chelines por un insignificante trayecto. –Lanzó una nueva ojeada al salón, que parecía fascinarle–. ¿Tiene usted idea, míster Wooster, de lo que mi sobrino paga por este piso?

–Tengo entendido que unos doscientos dólares al mes.

–¡Cómo! ¡Cuarenta libras al mes!

Empezaba a darme cuenta de que si no ponía las cosas en su punto, todo aquello podía acabar muy mal. Era fácil adivinar lo que cavilaba el buen señor. Probaba de compaginar todo aquel lujo con lo que él sabía del pobre Bicky. Y en verdad esto resultaba difícil, pues si bien mi amigo era un as en lo tocante a imitar gatos

y bull-terriers, en otros aspectos de la vida era una verdadera nulidad.

–Esto le resultará extraño, naturalmente –me apresuré a decirle–. Pero se debe a que Nueva York transforma a la gente muy deprisa. Esta ciudad les hace desarrollar aptitudes desconocidas. El aire y el ambiente influyen mucho en ello. Bicky no era muy listo, digamos, pero ahora es diferente. En la actualidad es un muchacho capaz de cualquier cosa y considerado como una de las primeras figuras en los círculos comerciales.

–Me deja usted pasmado, míster Wooster. Y, dígame, ¿a qué trabajos se dedica mi sobrino?

–Oh, mire usted, a los negocios. Lo mismo que Rockefeller y toda esa gente. –Me acerqué a la puerta–. Siento tener que dejarle, señor, pero tengo una cita.

Al salir del ascensor me encontré con Bicky, que llegaba en aquel instante.

–¡Hola, Bertie! Mi tío se ha escabullido. Debe de estar arriba, ¿no?

–Sí; está tomando el té.

–¿Y qué le parece todo esto?

–Está deslumbrado, amigo; deslumbrado.

–¡Magnífico! Voy a subir, Bertie. ¡Hasta luego!

–¡Hasta luego!

Pletórico de alegría y buen humor, Bicky subió en el ascensor. Mientras tanto yo fui al club, y me senté cerca de una ventana para pasar el rato mirando a los viandantes.

Era bastante tarde cuando volví a mi casa a vestirme para la comida.

–¿Dónde están, Jeeves? –pregunté al ver que no había nadie–. ¿Han salido?

–Su Excelencia deseaba ver algunas de las curiosidades de la ciudad, y míster Bickersteth le sirve de cicerone. Creo que su primera visita era la tumba de Grant.

–Míster Bickersteth estará muy contento, ¿verdad?

–Si usted lo dice, señor...

–Quiero decir que míster Bickersteth estará satisfecho de cómo va este asunto.

–Así, así...

–¿Qué pasa, Jeeves?

–He de señalar, señor, que el plan que me tomé la libertad de proponer a usted y a míster Bickersteth no da los resultados esperados.

–Supongo que el duque está convencido de que míster Bickersteth tiene una buena colocación.

–En eso estriba la dificultad, señor. El duque ha quedado tan convencido de la prosperidad de su sobrino, que ha resuelto suprimirle la asignación, puesto que ya no la necesita.

–¡Caramba, Jeeves! ¡Vaya contratiempo!

–Sí, señor, inquietante.

–De veras, no lo esperaba.

–Debo admitir que yo tampoco lo esperaba, señor.

–El pobre Bicky estará muy disgustado.

–En efecto, me pareció verle muy deprimido, señor.

Me dolía pensar en el pobre muchacho.

–Hemos de hacer algo, Jeeves.

–Sí, señor.

–¿No se le ocurre nada?

–Ahora mismo no, señor.

–Debe de haber alguna solución.

–Creo haber hablado de uno de mis antiguos señores, el actual lord Bridgworth, señor. Pues bien, este caballero solía decir que siempre hay un medio para salir de un apuro. Es de esperar, pues, que encontremos una solución.

–Le ruego que se ocupe de este asunto, Jeeves.

–Haré todo lo que pueda, señor.

Fui a vestirme con ánimo abatido. Me sentía tan desconcertado que me puse una corbata blanca con el esmoquin. Después fui al club a comer, más bien con objeto de pasar el tiempo que por necesidad. Mientras leía la carta, el corazón me dio un vuelco al pensar que pronto el pobre Bicky no tendría nada que llevarse a la boca.

Al volver a mi casa me dijeron que el duque ya estaba acostado. A mi amigo, en cambio, lo encontré tumbado en una butaca, meditando, con la mirada triste y un cigarrillo apagado en la boca.

–¡Qué mala suerte, amigo! –le dije.

Bicky se llevó el vaso nerviosamente a los labios, sin darse cuenta de que ya no contenía nada.

–¡Éste es el fin, Bertie! –exclamó.

Se llevó nuevamente el vaso a los labios, pero, naturalmente, aquel líquido inexistente no le procuró ningún alivio.

–¡Si al menos esto hubiese sucedido una semana más tarde, Bertie! Entonces hubiera podido dirigirme a una casa que vi anunciada en el periódico. Parece que con unos pocos dólares uno puede hacer una fortuna instalando una pequeña granja. Imagínate, Bertie, qué vida tan agradable, criar gallinas! –Mi amigo empezó a entusiasmarse con la idea, pero de pronto se hundió tristemente en el fondo de la butaca–. ¡De qué me sirve hacerme ilusiones si no tengo un céntimo!

–Ya sabes, Bicky, que mi bolsillo está a tu disposición.

–Gracias, Bertie, pero no quiero vivir a tus expensas.

Siempre pasa lo mismo; aquellos a quienes te gustaría dejar dinero no lo quieren, y los individuos a los que por nada del mundo se lo dejarías, hacen todo lo posible para birlártelo. Como casi siempre he seguido el camino recto, tengo mucha experiencia sobre los segundos. Me ha sucedido a menudo encontrarme en Londres, y al pasar rápidamente por Piccadilly, sentir en el cogote el aliento y los gritos de uno de estos amigos abusones, que intentaba alcanzarme. Me he pasado la vida prodigando mis dones a personajillos que me eran completamente indiferentes, y ahora que estaba dispuesto a tender una mano rebosante de dólares al pobre Bicky, él no quería aceptarlos.

–Entonces, no queda más que un recurso.

–¿Cuál?

–¡Jeeves!

–¿Señor?

Jeeves estaba detrás de mí, muy atento y servicial. Es increíble la manera que tiene este hombre de ir de una parte a otra del piso sin que nadie oiga sus pasos. Uno está sentado tranquilamente en un viejo sillón, sumido en sus pensamientos. De pronto levanta los ojos y ve a Jeeves ante él. Hace menos ruido que una medusa. El pobre Bicky no podía acostumbrarse a ello, y cada vez experimentaba un susto mayúsculo. Por mi parte estoy acostumbrado a Jeeves, pero al principio tenía que morderme los labios para no gritar cuando aparecía inopinadamente ante mí.

–¿Ha llamado el señor?

–¡Ah, está usted aquí, Jeeves!

–En efecto, señor.

–¿Se le ha ocurrido alguna idea?

–Sí, señor. Creo que he encontrado una buena solución. No quisiera ser indiscreto, señor, pero se me ha ocurrido que Su Excelencia podría ser una valiosa fuente de ingresos.

Bicky se echó a reír con lo que a veces he visto descrito como una risa hueca y

burlona, una especie de cacareo amargo que surgía de las profundidades de la garganta, más bien un gargarismo.

–No es que considere a Su Excelencia capaz de separarse buenamente de su dinero –prosiguió Jeeves–, pero me permito considerarle un valor capaz de deparar un gran rendimiento.

Bicky me miró con la mayor perplejidad. Debo confesar que yo tampoco comprendía gran cosa.

–¿Podría explicarse claramente, Jeeves?

–Con mucho gusto, señor. Lo que quiero decir es que Su Excelencia, desde cierto punto de vista, puede ser considerado una notable personalidad. Ya sabe el señor que los habitantes de este país se sienten muy orgullosos cuando pueden estrechar la mano de un gran personaje, particularmente si tiene título. Pues bien, he pensado que tal vez míster Bickersteth, o usted mismo, podrían encontrar algunas personas que estarían dispuestas a pagar una pequeña cantidad, digamos dos o tres dólares, por el privilegio de ser presentadas a Su Excelencia y estrecharle la mano.

A Bicky no pareció agradarle mucho la idea.

–Pero ¿usted cree que hay gente lo bastante idiota –dijo– para separarse de sus dólares únicamente para estrechar la mano de mi tío?

–Tengo una tía, señor, que pagó cinco chelines a un intermediario para que acompañara a un actor de cine a su casa un domingo, a la hora del té. Esto le proporcionó un gran prestigio entre los vecinos.

Bicky titubeó.

–Si cree que esto es posible...

–Estoy convencido de que lo es, señor.

–¿Qué opinas, Bertie?

–Creo que Jeeves ha tenido una idea genial.

–Gracias, señor. ¿Necesita algo más? Buenas noches, señor.

Jeeves se marchó, y nosotros nos quedamos discutiendo los detalles del asunto.

Nunca, hasta el momento en que decidimos obtener dinero del anciano duque, me había hecho cargo de lo largo y penoso que debe parecer el tiempo a los corredores y agentes de Bolsa cuando el público no se decide a morder el anzuelo que ellos le proponen. Desde entonces leo con profunda simpatía aquella nota que suelen traer los periódicos bursátiles: «El mercado se abrió con mucha calma», pues para nosotros comenzó con una terrible tranquilidad. Ciertamente nos costó lo suyo despertar el interés del público y poner de moda a nuestro viejo aristócrata. Al cabo de una semana, el único nombre que figuraba en nuestra lista era el de un tendero que tenía la tienda al lado del piso de Bicky. Pero el hombre quería pagar con lonchas de jamón, y esto no nos convenía. Tuvimos un momento de esperanza cuando el hermano del prestamista que dejaba dinero a Bicky ofreció pagar diez dólares al contado para ser presentado al duque, pero fue preciso desechar esta oferta cuando alguien nos aseguró que aquel individuo era un anarquista que tenía intención de soltarle un puntapié al duque en lugar de estrecharle la mano. A pesar de todo, me costó mucho convencer a Bicky de que desechase aquella oferta. Supongo que veía al hermano del usurero como un filántropo y un bienhechor.

Creo que, por fin, lo hubiéramos dejado correr si Jeeves no hubiese estado allí. No cabe duda de que Jeeves es único en su clase. En cuestión de cerebro y recursos no creo haber conocido a nadie como él. Una mañana entró en mi habitación con el té, y me dijo:

–Si me lo permite, señor, desearía hablarle de Su Excelencia.

–No hay nada que hacer, Jeeves; lo hemos dejado por imposible.

–Entiendo, señor.

–No quiero preocuparme más de ese asunto. No hemos conseguido convencer a nadie.

–Tal vez las cosas podrían arreglarse, señor.

–¿Quiere decir que ha encontrado a algún aspirante?

–Sí, señor. Ochenta y siete caballeros de Birdsburg.

Me senté en la cama con tal rapidez, que derramé el té sobre las sábanas.

–¿Birdsburg?

–Birdsburg, Missouri, señor.

–¡Caramba, Jeeves! ¿Cómo los ha reunido?

–Anoche, cuando usted me dijo que no vendría a cenar, fui al teatro. Durante el entreacto trabé conversación con mi vecino de butaca. Había observado que ese caballero llevaba una especie de condecoración en el ojal: un ancho botón azul con una inscripción en letras encarnadas: «Viva Birdsburg.» Lo cual, por cierto, resultaba un adorno muy poco adecuado para el traje de noche de un caballero. Para mi sorpresa, vi que muchos espectadores llevaban la misma condecoración. Me atreví a preguntar la causa de ello, y me dijeron que formaban una asociación de ochenta y siete habitantes de una ciudad llamada Birdsburg, del estado de Missouri. Su excursión, por lo que comprendí, tenía únicamente un fin social y recreativo, y mi interlocutor me dio amplios detalles sobre las diversiones que tenían preparadas para su estancia en Nueva York. Pero cuando me explicó con visible orgullo y satisfacción que algunos de ellos habían sido presentados a un célebre boxeador y habían tenido el gusto de estrecharle la mano, pensé en atraer a toda aquella gente hacia Su Excelencia. En pocas palabras, señor, que todo está resuelto, y si a usted le parece bien, mañana por la tarde dichos caballeros serán presentados a Su Excelencia.

–¿Ochenta y siete, Jeeves? –le dije con la mayor estupefacción–. ¿A qué precio cada uno?

–He tenido que rebajar algo, señor, puesto que son tantos. Finalmente hemos quedado que pagarán ciento cincuenta dólares entre todos.

Reflexioné un instante.

–¿Por adelantado?

–No, señor. Intenté poner esa condición, pero la rehusaron.

–Bueno, cuando hayan pagado yo completaré la suma hasta quinientos dólares.

Bicky no lo sabrá jamás. ¿Cree usted, Jeeves, que Bicky sospechará?

–No lo creo, señor. Míster Bickersteth es un hombre encantador, pero no muy listo, que digamos.

–Bien; entonces, todo está arreglado. Después del desayuno vaya usted al banco y saque dinero.

–Sí, señor.

–Jeeves, es usted un hombre maravilloso.

–Gracias, señor.

–De acuerdo, entonces.

–Muy bien, señor.

Cuando, al cabo de unas horas, se lo conté a mi amigo, se quedó tan sorprendido que, tomando una súbita decisión, entró en el salón donde el duque estaba divirtiéndose con las tiras cómicas del periódico, y le dijo, cogiéndole por las solapas:

–Tío, ¿tiene usted algún proyecto especial para mañana, después de comer? Lo digo porque he invitado a algunos buenos amigos para presentárselos.

El anciano lanzó una mirada escrutadora a su sobrino.

–¿No habrá algún periodista entre ellos?

–¿Periodista? No; claro que no. ¿Por qué lo dice?

–No quiero ser molestado por esa gente. ¡Las dificultades que tuve cuando desembarcamos en el muelle para librarme de una bandada de jóvenes inoportunos que querían sonsacarme lo que yo pensaba de Estados Unidos! ¡No quiero volver a caer en sus manos!

–Descuide, tío. No habrá ningún periodista entre ellos.

–Siendo así, tendré un verdadero placer en recibir a tus amigos.

–Usted sólo deberá estrecharles la mano y decirles dos palabras. Con eso será suficiente.

–Puedes estar seguro de que me portaré tal como es costumbre entre gente civilizada.

Mi amigo dio las gracias calurosamente a su tío y los dos fuimos a comer al club. Bicky pasó todo el rato hablando de gallinas cluecas, incubadoras artificiales y otras necedades por el estilo.

Después de sopesarlo detenidamente, resolvimos no dejar entrar a los vecinos de Birdsburg sino de diez en diez a ver al duque. Jeeves nos presentó a su conocido del teatro y así fue convenido entre él y nosotros. Era un hombre muy interesante, pero con una marcada tendencia a monopolizar la conversación y a hacer que en ella se tratase únicamente de la conducción de agua potable a su ciudad natal. Suponiendo que una hora de visita era todo lo que, razonablemente, el duque podría soportar, resolvimos fijar en siete minutos el tiempo que cada grupo pasaría en el salón. Jeeves quedaba encargado de vigilar, reloj en mano, y de entrar discretamente en el salón una vez transcurridos los siete minutos, tosiendo con aire bastante significativo. Luego nos separamos con lo que creo se llama expresiones de buena voluntad, del tipo de Birdsburg nos invitó cordialmente a todos a visitarle para ver el nuevo sistema de conducción de agua, a lo que nosotros respondimos dándole las gracias.

Al día siguiente llegó la comitiva. El primer grupo estaba integrado por el amigo de Jeeves y otros nueve tipos exactamente iguales al primero. Todos tenían un aire inteligente y práctico, como si desde su juventud no hubiesen hecho otra cosa que trabajar en las oficinas bajo la mirada vigilante del jefe. Estrecharon la mano al duque con visible satisfacción, menos uno de ellos, que parecía cavilar sobre algo. Después se apartaron y se inició un poco de conversación.

–¿Qué opinión tiene de Birdsburg, duque? –le preguntó el amigo de Jeeves.

El duque parecía sorprendido.

–¿De Birdsburg? ¡Pero si jamás he estado allí!

El otro parecía contrariado.

–¡Qué lástima! –exclamó–. Debería ir. Es la ciudad de mayor crecimiento de

todo el país. ¡Viva Birdsburg!

–¡Viva Birdsburg! –corearon todos respetuosamente.

De repente, el tipo que había estado cavilando soltó un ladrido.

–¡Un momento!

Era un robusto muchacho de ojos fríos y aire decidido.

Todos se volvieron hacia él.

–No es que ponga en duda la buena fe de nadie –prosiguió–, pero los negocios son los negocios, y me parece justo que ante todo este caballero nos demuestre que es un verdadero duque.

–¿Qué está usted diciendo? –exclamó el duque.

–No se ofenda; pero hay algo extraño en todo esto. Este señor nos dice que se llama míster Bickersteth. Por consiguiente, si usted es verdaderamente el duque de Chiswick, ¿cómo es que él no tiene el título de lord Percy de... no sé qué...? He leído muchas novelas inglesas, y les aseguro a ustedes que estoy bastante al corriente.

–¡Esto es un insulto!

–No se enfade, por favor. No hago más que pedir una explicación. Creo que tengo derecho a ello. Usted cobrará nuestro dinero, y es natural que queramos asegurarnos de su honorabilidad.

En aquel momento, el de la conducción de agua potable se mezcló en la conversación.

–Tiene usted razón, Simms. Ya pensaba en esto mientras hacía el trato. Nosotros somos hombres de negocios, por tanto exigimos que se nos garantice la buena fe de estos señores. Pagamos ciento cincuenta dólares a míster Bickersteth por esta entrevista, y es natural que queramos saber...

El duque de Chiswick buscó a Bertie con los ojos y después, volviéndose hacia el de la conducción de agua potable, le dijo con la mayor cortesía:

–Le aseguro a usted que no sé una palabra de esto y le quedaré muy agradecido si quiere explicármelo.

–Es muy sencillo. Hemos contratado con míster Bickersteth que, a cambio de una retribución aceptada por ambas partes, ochenta y siete ciudadanos de Birdsburg tendríamos el privilegio de ser presentados a usted y estrecharle la mano. Y lo que mi amigo quiere decir es que no tenemos garantía de que usted sea verdaderamente el duque de Chiswick, más que la palabra de míster Bickersteth, el cual nos es completamente desconocido.

El duque de Chiswick resopló y exclamó con un tono muy particular:

–Puede usted estar seguro de que soy el duque de Chiswick.

–¡Muy bien! Es todo lo que deseábamos saber –dijo el otro cordialmente–. Continuemos, señor.

–Siento decirles –repuso el duque– que la ceremonia no puede continuar. Estoy muy cansado y ruego que me disculpen.

–¡Pero, caballero! ¿Y los setenta y siete amigos que están esperando fuera para ser presentados a usted?

–Siento que se hayan molestado por nada.

–Pues no pagaremos la suma convenida.

–He dicho que no tengo nada que ver con esto. Ya lo discutirán con mi sobrino.

El otro parecía turbado.

–¿De veras no quiere recibir a mis amigos?

–De veras.

–Entonces, nos vamos.

Una vez se fueron todos, el silencio reinó en la habitación. El duque miró a Bicky:

Bicky no parecía muy dispuesto a hablar.

–¿Ese hombre ha dicho la verdad? –le preguntó.

–Sí, tío.

–¿Quieres explicármelo?

Bicky estaba tan confundido que me pareció oportuno intervenir.

–Vale más, amigo, que se lo cuentes todo.

Por el modo como movió la nuez de la garganta, comprendí cuán intenso era su nerviosismo. Pero al cabo de un momento se decidió:

–Todo lo hice porque usted, tío, me había retirado la asignación, y yo necesitaba dinero para instalar una granja donde criar gallinas. Es seguro, pero se requiere un pequeño capital. Se compra una gallina y se venden los huevos a razón de siete por veinticinco centavos. Criar gallinas no cuesta nada, y, en cambio, el provecho...

–¿Qué son esas tonterías de pollos y gallinas? Me dijiste que estabas muy bien situado en los negocios.

–Bicky exageró un poco, señor –dije, acudiendo en socorro del desgraciado–. Lo cierto es que la asignación que usted le daba era su mayor ingreso, y al retirársela le puso en un gran apuro. Le era preciso salir de él lo más deprisa posible. Y por eso imaginamos la escena de las presentaciones.

–¡De manera –dijo el duque, echando chispas por los ojos– que usted me engañó con toda premeditación sobre la situación económica de mi sobrino!

–El pobre chico no tenía ningún deseo de ir a aquel rancho –insistí–. No le gustan las vacas ni los caballos; en cambio, entiende bastante de gallinas. Todo lo que pide es un pequeño capital para empezar. ¿No le parece a usted que haría una buena obra si le prestase...?

–¿Después de lo ocurrido...? ¿Después de estas mentiras..., de esta farsa...? No, no, ¡ni un céntimo!

–Pero...

–Ni un céntimo.

En ese momento se oyó una leve tosecilla detrás de nosotros.

–Si me permite, señor...

Jeeves estaba allí, a pocos pasos, con el rostro resplandeciente de inteligencia.

–Hable, Jeeves.

–¿No le parece, señor, que si míster Bickersteth necesita un poco de dinero y no lo puede obtener de otro modo, podría procurárselo relatando lo ocurrido para la edición del domingo de algunos periódicos satíricos y mundanos de la ciudad?

–¡Magnífica idea! –exclamé.

–¡Ya lo tengo! –dijo Bicky.

–¡Dios mío! –gritó el duque, aterrado.

–Muy bien, señor –acabó Jeeves.

Bicky se dirigió a su tío con ojos brillantes.

–Jeeves tiene razón. Voy a hacerlo. ¡A los del Chronicle les encantará! Tienen debilidad por esta clase de historias.

El viejo lanzó un gemido.

–Te lo prohíbo terminantemente, Francis.

–Lo siento –dijo Bicky, asombrosamente animado–, pero no tengo otro medio de ganar dinero.

–¡Espera, espera, hijo! ¡Qué excitado estás! Tal vez podamos arreglarlo...

–Yo no quiero ir a aquel rancho.

–Desde luego. No se hable más de eso. Ni pensarlo. –Parecía estar librando un violento combate–. Me... me parece que lo mejor sería que volvieras a Inglaterra conmigo. Creo... que podrías serme muy útil como secretario.

–Eso no me interesa.

–No estoy en situación de darte un sueldo, pero, como ya sabes, en la vida política inglesa un secretario, aunque no sea retribuido, tiene una situación...

–La única situación que me interesa –dijo Bicky, muy decidido– es la que proporciona quinientas libras al año pagaderas por trimestres.

–¡Mi querido sobrino!

–Eso, o nada.

–Pero ¿no ves, mi querido Francis, qué buenas ocasiones tendrías si fueses mi secretario, de adquirir experiencia, de conocer las intrigas de la política...?

–Quinientas libras al año –insistió Bicky–. Después de todo, ¿qué son quinientas libras comparado con lo que ganaría criando gallinas? Supongamos que uno empieza con doce gallinas. Cada gallina da un mínimo de doce huevos. Los polluelos crecen y cada uno, a su vez, tiene doce pequeñuelos, y toda esa multitud empieza a poner huevos. Es una fortuna en ciernes. Hay que tener en cuenta que en Estados Unidos uno obtiene todo lo que quiere a cambio de huevos. Se conservan en hielo durante años y no se venden hasta que llegan a valer un dólar por unidad. ¿Usted cree que puedo sacrificar una fortuna así por menos de quinientas libras?

En la cara del duque se reflejaba una expresión de angustia. Se sumió en hondas meditaciones y, por fin, pareció decidirse.

–Bien, muchacho; quinientas libras.

–¡Trato hecho, tío! –contestó Bicky contento.

Una vez Bicky se hubo llevado a su tío a comer fuera para celebrar el contrato, dije:

–Ha sido un golpe maestro, Jeeves.

–Gracias, señor.

–Aún me dura la impresión.

–¿De veras, señor?

–Lo malo es que usted no ha sacado ningún provecho.

–Por lo que he podido comprender, cuando míster Bickersteth esté en mejor situación piensa recompensarme lo poco que, en mi modesta opinión, he podido hacer por él.

–¡No es bastante, Jeeves!

–¿Señor?

No resultaba muy duro, pero comprendía que no podía hacer otra cosa.

–Traiga mis utensilios de afeitado.

Un destello de esperanza brilló en los ojos del hombre, mezclado con cierta duda.

–¿Y qué debo hacer, señor?

–Quitarme el bigote.

Hubo un momento de silencio. Me di cuenta de que Jeeves estaba profundamente emocionado.

–Se lo agradezco mucho, señor –dijo a media voz.

5. LA TÍA Y EL HOLGAZÁN

Ahora ya ha pasado todo, y puedo admitir que durante el caso de Rockmetteller Todd hubo un momento en que llegué a pensar que Jeeves me abandonaría. Era una tontería pensarlo, conociéndole como le conozco, pero lo pensé. Me pareció que tenía aspecto de estar desconcertado.

El caso de Rocky Todd empezó súbitamente a primeras horas de una mañana de primavera. Yo estaba en la cama, restaurando mi cuerpo con mis habituales nueve horas de descanso, cuando de pronto se abrió la puerta de par en par y alguien me dio un golpe en los riñones y empezó a agitar las ropas de la cama de un modo bastante desagradable. Después de parpadear y de reagrupar mis fuerzas, localicé a Rocky, y mi primera impresión fue que todo aquello sólo era una pesadilla.

Porque Rocky vivía en un extremo de Long Island, a varios kilómetros de Nueva York; y en más de una ocasión me había dicho que jamás se levantaba antes de las doce y pocas veces antes de la una. Por naturaleza, era el muchacho más perezoso de Estados Unidos, y se había organizado la vida de modo que le permitía llegar hasta el extremo de la gandulería. Era poeta. Por lo menos, escribía alguna que otra poesía; pero la mayor parte del tiempo lo pasaba en una especie de éxtasis. Una vez me explicó que podía pasarse horas enteras sentado en un seto siguiendo los movimientos de un gusano.

Su programa de vida estaba muy bien elaborado. Sólo dedicaba tres días al mes a escribir alguna poesía; los trescientos veintinueve días restantes del año, descansaba. Yo no sabía que la poesía proporcionase tanto dinero como para mantener a un individuo, aun del modo en que vivía Rocky. Pero parece que si se redactan poesías a base de consejos a la juventud y se prescinde de las rimas, los editores norteamericanos se pelean por ellas. Rocky me enseñó una vez un poema suyo. Empezaba de este modo:

¡Vive!

El pasado está muerto,

el futuro ha de nacer.

¡Vive hoy!

¡Hoy!

¡Vive hasta el último nervio,

hasta la última fibra,

hasta la última gota de tu sangre!

¡Vive!

¡Vive!

Seguían otras tres estrofas, y el conjunto estaba publicado en la contraportada de una revista, con una especie de orla alrededor, y en el centro un dibujo de un vistoso individuo desnudo, con prominentes músculos, que contemplaba alegremente el sol. Rocky me dijo que le pagaron cien dólares por este poema, y se estuvo en la cama hasta las cuatro de la tarde por espacio de casi un mes.

Respecto al futuro, era muy sólido, debido a que tenía una tía con dinero en algún lugar de Illinois. Es curioso cuántos amigos míos tienen tíos y tías que constituyen su principal fuente de ingresos. Uno es Bicky, con su tío el duque de Chiswick; luego está Corky, que, hasta que las cosas se pusieron feas, vivía gracias a Alexander Worple, el ornitólogo. Y luego contaré algo de un querido amigo llamado Oliver Sipperley, que tenía una tía en Yorkshire. Estas situaciones no pueden ser simple coincidencia. Tienen que significar algo. Quiero decir que la Providencia parece velar por los zoquetes de este mundo. Ya lo creo que sí. Supongo que, habiendo tenido que sufrir desde mi infancia el mal genio de mis tías, me gusta pensar que es posible que esta clase de parientes lleguen a serme de alguna utilidad algún día.

Pero todo esto son digresiones. Volviendo a Rocky, decía que tenía una tía en Illinois; y como se llamaba Rockmetteller, como ella (lo que, podríamos decir, le daba ya derecho a una compensación), y él era su único sobrino, su situación parecía muy clara. Me explicó que cuando dispusiera del dinero no trabajaría en nada, excepto, quizá, alguna que otra poesía recomendando al joven ante quien se abre el camino de la vida con todas sus espléndidas posibilidades, que encendiera la pipa y pusiera los pies sobre la mesa.

¡Y ése era el hombre que me estaba dando de puñetazos en las costillas a primeras horas de la mañana!

–¡Lee esto, Bertie! –gritaba Rocky.

Sólo vi que agitaba una carta ante mis ojos.

–¡Despierta y lee esto!

Yo no puedo leer si antes no bebo mi té del desayuno y fumo un cigarrillo. Pulsé el timbre.

Entró Jeeves, fresco como una rosa. Es un misterio cómo lo consigue.

–Té, Jeeves.

–Muy bien, señor.

Rocky empezó a agitar su odiosa carta.

–¿Qué es eso? –le dije–. ¿Qué diablos te pasa?

–Lee.

–No puedo en ayunas.

–Bien; escucha, entonces.

–¿De quién es?

–De mi tía.

En este punto me volví a quedar dormido. Cuando desperté oí que me decía:

–¿Qué debo hacer?

Jeeves entró con la bandeja, como un silencioso fluido que se deslizara sobre un lecho de musgo. Y vi salir el sol.

–Vuelve a leerla, Rocky –le dije–. Quiero que Jeeves la oiga. Míster Todd ha recibido una extraña carta de su tía, y queremos que usted nos diga qué le parece.

–Muy bien, señor.

Se quedó en el centro de la habitación, mostrando interés. Y Rocky volvió a leer:

Mi querido Rockmetteller:

Hace mucho tiempo que estoy meditando, y he llegado a la conclusión de que he cometido un desatino al demorar tanto lo que ahora he decidido hacer.

–¿Qué opina, Jeeves?

–Parece algo confuso, señor, pero sin duda se aclarará más adelante. –Sigue, amigo –dije, untando mi pan con mantequilla.

Ya sabes que durante toda mi vida he deseado visitar Nueva York y ver con mis propios ojos la maravillosa vida alegre de que tanto he leído. Me temo que ahora ya no es posible realizar mi sueño dorado. Soy vieja y estoy llena de achaques. Ya no me quedan fuerzas.

–¡Qué triste!, ¿verdad, Jeeves?

–En efecto, señor.

–¡Nada de tristezas! –dijo Rocky–. Es pura pereza. Fui a verla por navidades, y la encontré rebosante de salud. Su médico me dijo que no tenía nada en absoluto. Pero ella sigue insistiendo en que es una enferma incurable, de modo que el médico tiene que seguirle la corriente. Además, tiene la idea fija de que un viaje a Nueva York la mataría, de modo que, a pesar de que este viaje es su sueño dorado, se queda donde está.

–Como aquel muchacho que tenía el corazón «en las Highlands cazando ciervos», ¿eh, Jeeves?

–Son dos casos bastante parecidos, señor.

–Continúa, Rocky.

Así pues, he decidido que, ya que no puedo disfrutar personalmente de todas las maravillas de la ciudad, pueda conocerlas a través de ti. Se me ocurrió esto ayer, súbitamente, al leer en una revista semanal una hermosa poesía sobre un joven que toda su vida había deseado ardientemente algo, y lo obtuvo al fin, pero cuando ya era demasiado viejo para disfrutar de ello. Es muy triste, y me

conmovió mucho.

–Lo cual –intercaló amargamente Rocky– es algo que no me sucede desde hace diez años.

Como sabes, todo mi dinero será tuyo cuando muera; pero hasta ahora nunca te he dado ninguna cantidad. Ahora he decidido hacerlo, con una condición. He escrito a unos abogados de Nueva York dándoles instrucciones para que cada mes te entreguen una suma considerable. Mi única condición es que vivas en Nueva York y disfrutes de todo lo que yo he deseado disfrutar. Quiero que seas mi representante para gastar el dinero como lo haría yo misma. Quiero que penetres en la alegre y variada vida de Nueva York. Quiero que seas el cuerpo y el alma de grandes festines.

Por encima de todo, quiero –e insisto en ello– que me escribas al menos una vez por semana dándome detalladas descripciones de todo lo que haces y de todo lo que ocurre en la ciudad, de modo que yo también pueda disfrutar, de segunda mano, de lo que mi delicada salud me impide conocer personalmente. Recuerda que espero detalles completos, y que todo, por nimio que te parezca, es interesante para mí.

Tu tía que te quiere,

Isabel Rockmetteller

–¿Y bien? –preguntó Rocky.

–¿Y bien? –repetí.

–¿Qué diablos voy a hacer?

Hasta aquel momento no comprendí realmente la actitud extraordinariamente rara del muchacho ante el hecho de que le había caído del cielo, sin esperarlo, una buena suma de dinero. A mi modo de ver, aquélla era una excelente ocasión para esbozar una sonrisa radiante y la más desbordante alegría; y, en cambio, allí estaba él, poniendo una cara como si el Hado le hubiera afligido con las peores calamidades. Quedé pasmado.

–¿No te alegra? –le pregunté.

–¿Alegrarme?

–Si yo estuviera en tu lugar, estaría loco de alegría. Es una oportunidad única.

Dio un suspiro, se quedó mirándome un momento, y empezó a hablar de Nueva York de un modo que me recordó a Jimmy Mundy, el reformador. Éste acababa de llegar a Nueva York en una de sus campañas reformadoras y hacía dos días que había ido a escucharle al Madison Square Garden. Soltó una buena diatriba contra Nueva York, pues al parecer a Jimmy no le gustaba la ciudad, pero, en comparación con lo que dijo Rocky, las palabras del reformador parecían de un promotor de la ciudad.

–¿Una oportunidad única? –exclamó–. ¡Vivir en Nueva York! ¡Abandonar mi casa a cambio de uno de estos caldeados, sucios y malolientes pisos de este maldito infierno! Tener que mezclarme noche tras noche con una gentuza que piensa que la vida es una especie de sonambulismo, y que cree divertirse porque mete ruido por seis y bebe por diez. Odio Nueva York. Jamás me instalaría aquí, a no ser porque de vez en cuando tengo que ver a directores de periódicos. Es una ciudad maldita. Está enferma de delirium tremens moral. La sola idea de pasar aquí más de un día me pone enfermo. ¿A esto lo llamas una oportunidad única?

Me sentí como debieron de sentirse los amigos de Lot cuando le visitaron para charlar tranquilamente y su genial anfitrión empezó a criticar las Ciudades de la Llanura. No tenía idea de que Rocky pudiese ser tan elocuente.

–La vida en Nueva York acabaría conmigo –prosiguió–. ¡Compartir el aire con seis millones de personas! ¡Llevar cuellos planchados y ropa decente en todo momento! Y... –Pegó un respingo–. ¡Santo Dios! Supongo que tendría que vestirme para cenar, cada noche. ¡Abominable!

Me quedé pasmado, absolutamente pasmado.

–Pero ¡bueno! –le dije con tono de reproche.

–¿Tú te vistes cada noche para cenar?

–Jeeves –dije fríamente–. ¿Cuántos trajes de noche tenemos?

–Tres de noche, señor; dos esmóquines...

–Tres.

–En realidad sólo dos, señor. Recuerdo que el tercero no se puede llevar. También tenemos siete chalecos blancos.

–¿Y camisas?

–Cuatro docenas, señor.

–¿Y corbatas blancas?

–Los dos primeros cajones de la cómoda están llenos de corbatas blancas, señor.

Me dirigí a Rocky.

–¿Lo ves?

El muchacho se agitó como un ventilador.

–¡No quiero! ¡No puedo! ¡Que me aspen si lo hago! ¿Cómo diablos puedo vestirme así? ¿No comprendes que la mayor parte de los días no me quito el pijama hasta las cinco de la tarde, y sólo para ponerme un jersey viejo?

El pobre Jeeves dio un respingo, pues aquella revelación hirió sus más íntimos sentimientos.

–Entonces, ¿qué harás? –le pregunté.

–No lo sé.

–Puedes escribirle a tu tía, explicándoselo.

–Lo haría, pero ella daría contraorden a sus abogados y me dejaría sin un céntimo.

Lo comprendí.

–¿Qué sugiere usted, Jeeves? –pregunté.

Jeeves tosió respetuosamente.

–Al parecer, señor, el punto principal es que míster Todd está obligado, por las condiciones en que se le cede el dinero, a escribir a miss Rockmetteller largas y detalladas cartas explicando sus movimientos, y el único modo de hacerlo, si es que míster Todd persiste en quedarse en el campo, es encargar a otra persona que recoja los datos que miss Rockmetteller quiere conocer y se los entregue en un detallado informe, a fin de que míster Todd, con la ayuda de la imaginación, pueda elaborar una sugestiva correspondencia.

Una vez vaciado el diafragma, Jeeves guardó silencio. Rocky me miró con cara de desesperación. Él no conoce a Jeeves y no comprendió sus elucubraciones.

–¿No podría aclararlo un poco, Bertie? –me dijo–. Al principio creí que la cosa tenía sentido, pero luego se ha complicado. ¿Qué quiere decir?

–Pues está muy claro –le contesté–. Ya sabía yo que Jeeves nos sacaría del apuro. Todo lo que tienes que hacer es buscar a alguien que se divierta en Nueva York, en tu lugar; él tomará notas, y luego tú escribirás tus cartas. ¿No es eso, Jeeves?

–Exactamente, señor.

La luz de la esperanza brilló en los ojos de Rocky. Miró a Jeeves, asombrado por la aguda inteligencia del hombre.

–Pero ¿quién lo hará? –preguntó–. Ha de ser un hombre especial, alguien que se fije en las cosas.

–Lo hará Jeeves –dije.

–¿De veras?

–¿Lo haría usted, Jeeves?

Por primera vez desde que le conocí, observé que Jeeves apenas sonreía. El ángulo de la boca se le curvó casi medio centímetro, y por un momento sus ojos dejaron de parecer los de un pez meditabundo.

–Estaría encantado de hacerlo, señor. En realidad, ya he visitado algunos lugares de interés de Nueva York, en mis días de fiesta, y sería muy agradable ampliar estos conocimientos.

–¡Estupendo! Bien, tu tía seguramente quiere que la informes sobre los cabarets. En primer lugar, Jeeves irá al Reigelheimer. Está en la calle Cuarenta y dos.

Jeeves bajó la cabeza.

–Perdón, señor. Casi nadie va ya al Reigelheimer. El lugar de moda es el Bacanales en el Tejado.

–¿Lo ves? –le dije a Rocky–. Confía en Jeeves. Sabe lo que se hace.

No es frecuente encontrar un grupo de personas felices; pero nuestro reducido círculo era una prueba de que ello es posible. Todos estábamos contentos porque las cosas iban muy bien desde el principio.

Jeeves estaba contento, en parte porque le gustaba ejercitar su perspicaz cerebro, y en parte porque se divertía. Una noche le vi en el Orgías de Medianoche, sentado ante una mesa junto a la pista de baile y fumando un magnífico puro. En su rostro se veía una expresión de austera benevolencia, y tomaba notas en una libreta.

Por lo que se refiere al resto de nosotros, yo también estaba satisfecho, porque aprecio a Rocky y me gustaba echarle un cable. Rocky era perfectamente feliz, ya que podía seguir sentado en los setos, en pijama, observando los gusanos durante horas. Y en cuanto a la tía, al parecer estaba encantada. Leía ávidamente todo lo que se le contaba de Broadway, y ello daba la impresión de otorgarle nueva juventud. Leí una de las cartas que escribió Rocky, y rebosaba plenitud de vida.

Desde luego, las cartas de Rocky, basadas en las notas de Jeeves, eran capaces de resucitar a un muerto. Si se piensa bien, es un caso raro. Por ejemplo, a mí me gusta la vida de diversiones, y a Rocky le aburre soberanamente. En cambio, ahora verán ustedes una carta que envié a un amigo mío de Londres:

Querido Freddie:

Bien, ya estoy en Nueva York. La ciudad no está mal, y no puedo decir que me aburra. No hay nada que esté rematadamente mal. Los cabarets tampoco están mal. No sé cuándo estaré de regreso. ¿Cómo estáis todos? Recuerdos.

BERTIE

P. D. ¿Hace mucho que no ves a Ted?

No es que me importase en absoluto Ted. Pero si no le hubiese sacado a colación, no habría logrado que la maldita carta pasara a la segunda página.

Y ahora va una de Rocky, exactamente sobre el mismo tema:

Querida tía Isabel:

¿Cómo podré agradecerte nunca el haberme dado la oportunidad de vivir en esta maravillosa ciudad? Cada día que pasa me parece más encantadora Nueva York.

La Quinta Avenida está en el apogeo de su esplendor. ¡Los trajes son magníficos!

En este punto echaba un poco de paja sobre trajes y modas. No sabía que Jeeves entendiera tanto sobre este particular.

La otra noche fui con algunos amigos al Orgías de Medianoche. Antes fuimos al teatro, después de cenar en un nuevo establecimiento de la calle Cuarenta y tres. Nos divertimos mucho. Georgie Cohan se reunió con nosotros en la madrugada y nos contó cosas muy graciosas de Willie Collier. Fred Stone sólo pudo estar con nosotros algunos momentos, pero Douglas Fairbanks nos hizo reír muchísimo. También vino Ed Wynn, y gozamos de la compañía de Laurette Taylor. El espectáculo del Orgías es muy bueno. Le adjunto un programa.

Anoche fuimos unos cuantos amigos al Bacanales en el Tejado.

Y así sucesivamente, cuartilla tras cuartilla. Supongo que se debe al temperamento artístico, o lo que sea. Lo que quiero demostrar es que a un individuo acostumbrado a escribir versos le resulta más fácil que a mí redactar una carta de este estilo. Sea como fuese, no hay duda de que la correspondencia de Rocky era literatura de la más extraordinaria. Llamé a Jeeves y le felicité.

–Jeeves, es usted un portento.

–Gracias, señor.

–No comprendo cómo se las arregla para fijarse en tantas cosas, en esos lugares. Yo no sabría contar nada, salvo que me he divertido.

–Es cuestión de ingenio, señor.

–Bien, imagino que las cartas de Rocky han de entusiasmar de veras a miss Rockmetteller, ¿no le parece?

–Sin duda, señor –asintió Jeeves.

¡Y por supuesto que la entusiasmaron! ¡Demasiado! Porque he aquí que una tarde –cuando ya hacía casi un mes que la cosa marchaba–, con ocasión de estar cómodamente repantigado en mi sillón, fumando un cigarrillo, se abrió la puerta y la voz de Jeeves pulverizó el silencio como una bomba.

No es que hablase a gritos. Su voz era suave y apacible, una de esas voces que se deslizan por el aire como el lejano sonido de una esquila. Pero lo que me obligó a dar un brinco como una gacela joven fue las palabras que pronunció:

–¡Miss Rockmetteller!

Y entró una alta y robusta dama.

La situación me dejó anonadado. No lo niego. Hamlet debió de experimentar algo parecido cuando le salió al encuentro el espectro de su padre. Me había acostumbrado tanto a pensar que la tía de Rocky estaba permanentemente en su casa, que me parecía imposible que viniese a Nueva York. Me quedé mirándola. Luego miré a Jeeves. Estaba allí, de pie, en una actitud de digno desinterés. Si alguna vez tenía que estar dispuesto a ayudar a su señor, era ahora.

La tía de Rocky parecía gozar de tan buena salud como la que más, salvo mi tía Agatha. En realidad, tenía mucho de la tía Agatha. Presentaba todo el aspecto de ser muy peligrosa, si se lo proponía; y algo me decía que se lo propondría si llegaba a descubrir el juego del pobre Rocky.

–Buenas tardes –balbuceé.

–¿Cómo está usted? ¿Es míster Cohan?

–No..., no..., señora.

–¿Tal vez míster Fred Stone?

–No, señora, no. En realidad, me llamo Wooster, Bertie Wooster.

Pareció decepcionada. Un apellido tan atractivo como Wooster no parecía significar nada en su vida.

–¿No está Rockmetteller en casa? –preguntó–. ¡Dónde está?

Me quedé de una pieza. No le podía explicar que Rocky estaba en el campo, contemplando gusanos.

En un rincón de la estancia se produjo un leve ruido. Era la respetuosa tosecilla con la que Jeeves anuncia que va a hablar sin que nadie se lo haya pedido.

–Perdón, señor, pero míster Todd salió con unos amigos a primera hora de la tarde.

–Es verdad, Jeeves –dije, y consultando el reloj añadí–: ¿Dijo cuándo volvería?

–Me dio a entender, señor, que tardaría bastante.

Dicho esto, Jeeves se marchó silenciosamente. La tía ocupó la silla que yo había olvidado ofrecerle. Me miró de un modo raro. Fue una mala mirada. Experimenté la misma sensación del perro que ha encontrado un buen hueso y espera el momento favorable para esconderlo en alguna parte. Mi tía Agatha me había mirado del mismo modo años atrás, y sólo de pensarlo me dan escalofríos.

–Se comporta como si se encontrara en su propia casa, joven. ¿Es usted muy amigo de Rockmetteller?

–Sí, sí, ¡ya lo creo!

Frunció el ceño, como si hubiese esperado algo mejor de Rocky.

–Sí, tiene que serlo –añadió–, a juzgar por el modo con que se desenvuelve en esta casa.

Tan sarcástica observación me privó del uso de la palabra. Aquello de verme tratado como un huésped indeseable o un intruso, me desconcertó por completo. Ella no dio a entender que me consideraba un visitante como los demás. Sin duda me clasificó en un grado intermedio entre el ladrón y el fontanero.

En este punto la conversación pareció languidecer en terrible agonía. Pero tuve una idea: el té, el gran reconfortante.

–¿Le apetece una taza de té?

–¿Té?

Pronunció la palabra como si jamás hubiese oído hablar de esa infusión.

–No hay nada como una taza de té después de un viaje –le dije–. Alegra las neuronas. Le pone a uno a tono. Quiero decir que reanima al más decaído, ¿comprende? Voy a decírselo a Jeeves.

Me dirigí, pasillo adelante, hacia el cubil de Jeeves. El hombre leía un periódico de la tarde, como si no tuviese ninguna preocupación.

–Jeeves –dije–, necesitamos té.

–Muy bien, señor.

–Oiga, Jeeves, éste es un caso difícil.

Necesitaba que me compadecieran y me ayudaran. Mis centros nerviosos acababan de experimentar una violenta conmoción.

–Cree que este piso pertenece a míster Todd. ¿Quién diablos se lo puede haber dicho?

Jeeves llenó la tetera con contenida dignidad.

–Sin duda las mismas cartas de míster Todd, señor –contestó–. Si usted recuerda, yo propuse que la correspondencia se centralizara aquí, para hacerle creer que míster Todd tenía una buena residencia en el centro de la ciudad.

Lo recordé. A la sazón la consideramos una idea brillante.

–Pues mire qué resultado ha dado, Jeeves. Me considera un intruso. ¡Por Dios! Supongo que se cree que soy un gorrón que vive a expensas de míster Todd y que aprovecho las camisas que él desecha.

–Es muy probable, señor.

–Es una situación intolerable.

–Desde luego, señor.

–Y aún hay más. ¿Qué vamos a hacer con míster Todd? Tenemos que hacerle regresar cuanto antes. Lo mejor será que le ponga un telegrama diciéndole que tome el primer tren.

–Ya lo he hecho, señor. Me he tomado la libertad de redactar el telegrama y de mandarlo con el chico del ascensor.

–¡Caramba, piensa usted en todo, Jeeves!

–Gracias, señor. ¿Le apetecen unas tostadas con el té? Bien, señor.

Volví al salón. Ella no se había movido. Seguía erguida, en el borde de la silla, cogiendo el paraguas como si fuese un martillo. Cuando entré, volvió a lanzarme una de sus torvas miradas. Estaba claro que le era antipático. Supongo que se debía al hecho de que yo no era George M. Cohan. Aquello me resultaba muy molesto.

–Qué sorpresa, ¿eh? –le dije, después de cinco minutos de absoluto silencio, y con la intención de reanudar la charla.

–¿Sorpresa?

–Me refiero a su visita, naturalmente; usted verá...

Enarcó las cejas y me fulminó con la mirada a través de sus gafas.

–¿Qué tiene de sorprendente que yo visite a mi único sobrino? –exclamó.

–¡Oh, claro! –contesté–. Pues..., ¡naturalmente! Sin duda..., quiero decir...

Jeeves entró con el té. Pensé que su aparición me sacaría del apuro. No hay nada como ocuparse en algo para salir de un mal trance. Con la tetera en la mano me sentí más seguro.

–Bien, ya está aquí el té –dije. No era lo que hubiera querido decir. Mi intención era más ceremoniosa. Pero, aun así, aquello cubría el expediente. Le ofrecí una

taza. Bebió un sorbito, y lo dejó con un escalofrío.

−¿Cree usted, joven –dijo fríamente–, que voy a beber este potingue?

–¡Pues claro! Esto le alegrará las neuronas.

–¿Qué significa «alegrar las neuronas»?

–Pues que se pondrá a tono, ¿comprende?

–No entiendo una palabra de lo que dice. Es usted inglés, ¿verdad?

Hube de admitir que sí. Ella no dijo palabra, pero su gesto fue peor que si hubiese hablado horas enteras. De lo cual deduje que no le gustaban los ingleses, y que si hubiese necesitado uno, el último habría sido yo.

Después de esto, la conversación volvió a decaer.

Traté de reanimarla. Cada vez estaba más convencido de que no puede haber conversación animada entre dos personas, especialmente si una de ellas replica con monosílabos y a veces ni siquiera con eso.

–¿Está a su gusto el hotel? –le pregunté.

–¿Qué hotel?

–En el que se hospeda.

–Yo no me hospedo en ningún hotel.

–¿En casa de algún amigo, entonces?

–No. Me alojo en casa de mi sobrino, como es natural.

Al principio no lo comprendí.

–¡Cómo! ¿Aquí? –dije por fin, estupefacto.

–¡Claro! ¿En qué otro sitio podría ser?

El horror de la situación me envolvió como una ola. No sabía qué diablos hacer.

No podía explicarle que aquel piso no era de Rocky si no quería desbaratar la jugada de éste, porque entonces ella habría preguntado dónde vivía Rocky, y en este caso todo habría terminado. Estaba haciendo esfuerzos para reponerme del susto, cuando ella volvió a hablar.

–¿Tiene la bondad de decir al criado de mi sobrino que me prepare la habitación? Quiero descansar un rato.

–¿El criado de su sobrino?

–Sí, ese hombre a quien usted llama Jeeves. Si Rockmetteller ha salido de excursión, no es necesario que usted le espere. Es natural que, cuando regrese, quiera estar a solas conmigo.

Me encontré saliendo del salón. Aquello era demasiado para mí. Fui a ver a Jeeves.

–¡Jeeves! –le dije en voz baja.

–¿Señor?

–Estoy a punto de desmayarme.

–Muy bien, señor.

–Esto empeora por momentos, Jeeves.

–Entiendo, señor.

–Esa mujer cree que usted es el criado de míster Todd. Piensa que el piso y todo lo que contiene es de él. No sé qué podrá hacer usted, salvo quedarse y guardar la casa. No podemos decir nada, porque se descubriría todo el tinglado, y no quiero perjudicar a míster Todd. A propósito, Jeeves, quiere que usted le prepare la cama.

Parecía dolido.

–Le tendré que dar mi habitación, señor.

–Lo sé, lo sé. Pero hágalo como un favor personal. Se lo agradeceré mucho,

Jeeves. Yo también tengo que irme a un hotel.

–¿Piensa irse a un hotel, señor? ¿Qué hacemos con las prendas de vestir?

–¡Maldita sea! No había pensado en ello. Cuando ella esté distraída, intente meter algo en una maleta, y llévela al Saint Aurea.

–Haré cuanto pueda, señor.

–Bien, creo que eso es todo. Dígale a míster Todd dónde estoy.

–Muy bien, señor.

Eché una mirada alrededor. Había llegado el momento de partir. Me entristecí y me acordé de aquellos melodramas en que un hombre se ve arrojado de su hogar y se queda solo entre la nieve.

–Adiós, Jeeves.

–Adiós, señor.

Y salí con paso incierto.

Estoy de acuerdo con los poetas-filósofos que insisten en que un hombre debe sentirse extraordinariamente satisfecho si pasa tribulaciones. Me refiero a todo lo que se ha dicho sobre el sufrimiento que purifica, y cosas por el estilo. El sufrimiento hace más comprensiva a la gente. La ayuda a hacerse cargo de las desgracias de los demás, si uno ha tenido que soportarlas antes.

Mientras estaba en mi solitaria habitación de hotel, esforzándome en hacerme el nudo de la corbata blanca, me asaltó el pensamiento de que en el mundo existen legiones de personas que no tienen a nadie que cuide de ellos. Siempre había considerado a Jeeves una especie de fenómeno natural; pero, claro, sin duda existen muchísimos hombres que tienen que plancharse los pantalones, que no tienen a nadie que les lleve el té por las mañanas, etc. Quedé muy emocionado por estos pensamientos. Y desde entonces he podido comprender las espantosas privaciones que han de soportar los pobres.

De un modo u otro acabé de vestirme. Jeeves no había olvidado nada. Todo estaba en la maleta. Creo que esto aún fue peor, porque me hizo ver más

claramente mi desgracia. Era una especie de testimonio de simpatía de una persona desaparecida.

Cené informalmente y fui al teatro; pero todo me parecía indiferente. A la salida del espectáculo no tuve ánimos de ir a ninguna parte, me limité a acostarme. Jamás me había sentido tan desgraciado. De pronto, advertí que andaba por mi habitación de puntillas, como si hubiese un difunto en la casa. De haber tenido a alguien con quien hablar, lo habría hecho en voz baja; y cuando sonó el timbre del teléfono contesté con una voz tan desmayada que mi interlocutor dijo «¡Oiga!» cinco veces, creyendo que nadie le contestaba.

Era Rocky. El pobre estaba muy nervioso.

–¿Bertie? ¿Eres Bertie? ¡Oh, amigo! ¡Qué mal rato estoy pasando!

–¿Desde dónde llamas?

–Desde el cabaret Orgías de Medianoche. Hace una hora que estamos aquí y ya no sé qué hacer. He dicho a la tía Isabel que iba a ver si encontraba a algún amigo. Ella se ha quedado en la mesa con una expresión de infinita felicidad en el rostro. Se divierte como un niño, y yo me aburro como una ostra.

–Cuéntamelo todo, amigo –le dije.

–Si esto dura demasiado, me escabulliré hacia el río y acabaré de una vez. ¿Es posible, Bertie, que acudas a estos lugares cada noche y te diviertas? ¡Es sencillamente infernal! Ahora mismo me estaba durmiendo, disimulando detrás de la carta, mientras un millón de chicas chillaban como locas, jugando con globos de niño. Además, hay dos orquestas y cada una de ellas se esfuerza en hacer más ruido que la otra. Soy un náufrago mental y físico. Cuando recibí tu telegrama estaba fumando una pipa tranquilamente, arropado en una sensación de inefable paz. Tuve que vestirme apresuradamente y correr tres kilómetros para tomar el tren. Por poco sufro un ataque cardíaco; y por añadidura hube de inventar una montaña de mentiras para la tía Isabel. Por último, he tenido que enfundarme este maldito traje de noche tuyo.

Lancé un suspiro de profunda desesperación. Hasta aquel momento no pensé que Rocky tendría que recurrir a mi vestuario.

–¡Echarás a perder mis trajes!

–Creo que sí –contestó Rocky del modo más desagradable; al parecer, los disgustos que estaba pasando habían influido perniciosamente en su carácter–. ¡Ya quisiera yo dejarlos de una vez! Por lo menos son tres tallas pequeñas para mí, y todo parece a punto de estallar. Ojalá suceda de una vez; así podría respirar bien. No he podido hacerlo con desahogo desde las siete y media. Afortunadamente, Jeeves se las ha arreglado para salir un momento y comprar un cuello de mi talla; de lo contrario, a estas horas ya habría muerto estrangulado. Bertie, ¡estoy pasando un auténtico calvario! La tía Isabel insiste en que baile. ¿Cómo diablos puedo bailar si no conozco a nadie aquí? Además, ¿cómo diablos iba a hacerlo, aunque conociera a alguna chica, con estos pantalones tan estrechos, que amenazan con romperse de un momento a otro? Le he dicho que me dolía un pie. No hace más que preguntarme cuándo vendrán Cohan y Stone; y sólo es cuestión de tiempo el que descubra que Stone está sentado dos mesas más allá de la nuestra. ¡Necesito ayuda, Bertie! Tienes que idear algo para sacarme del atolladero, puesto que me metiste en él.

–¿Yo? ¿Qué quieres decir?

–Bueno, Jeeves. Es lo mismo. Tú fuiste el que propuso dejarlo en sus manos. Toda la culpa es de aquellas cartas que escribí inspirándome en las notas de Jeeves. Las redacté demasiado bien. Mi tía me ha hablado mucho de ellas. Dice que se había resignado a acabar sus días donde estaba, pero que mis cartas describiendo la vida feliz de Nueva York la impulsaron a emprender el viaje. Al parecer, cree que se ha curado milagrosamente. ¡Te aseguro que no puedo soportar esto, Bertie! ¡No puedo más!

–Y a Jeeves, ¿no se le ocurre nada?

–¡En absoluto! Se limita a decir: «¡Es muy lamentable, señor!» ¡Buena ayuda va a darme!

–Tranquilízate –le dije–; al fin y al cabo, es mucho peor mi situación que la tuya. Por lo menos tú dispones de una casa confortable y de Jeeves. Y, además, ahorras dinero.

–¿Que ahorro dinero? ¿Qué quieres decir?

–Que ahorras el dinero que te ha concedido tu tía por mediación de los abogados. Porque supongo que ella paga todos los gastos, ¿verdad?

–Así es; pero me ha retirado la asignación. Esta misma noche ha escrito a su administrador. Dice que ahora está ella en Nueva York, y ya no es necesaria la asignación, pues viviremos juntos para siempre, y que le es más sencillo darme el dinero en mano. Te aseguro, Bertie, que he examinado este maldito problema con microscopio, y no veo solución.

–¡Pero, Rocky, es terrible! No tienes idea de lo que sufro en este maldito hotel y sin Jeeves. Tengo que volver a mi piso.

–¡No te acerques al piso!

–¡Pero si es mío!

–No sé qué decirte. No le resultas simpático a mi tía. Me preguntó de qué vivías. Y cuando le dije que no trabajabas en nada, me contestó que ya se lo imaginaba, y que eres el ejemplo típico de una inútil y decadente aristocracia. De modo que no le haces mucha gracia. Y ahora tengo que irme; si no, vendrá ella a buscarme. Adiós.

A la mañana siguiente vino Jeeves. Su presencia pareció devolverme al ambiente familiar, y me emocionó.

–Buenos días, señor –dijo–; le traigo algunas cosas de uso personal.

Y empezó a vaciar una maleta.

–¿Ha tenido alguna dificultad en sacar todo esto de casa?

–No ha sido fácil, señor. Tuve que esperar el momento propicio. Miss Rockmetteller es una dama que lo vigila todo.

–Jeeves, estamos metidos en un buen lío.

–Evidentemente, señor; jamás me había encontrado en una situación así. Le traigo el traje castaño, muy adecuado para una situación como la presente. Mañana, si puedo, procuraré traerle otro.

–Esto no puede seguir así, Jeeves.

–Esperemos que se arregle, señor.

–¿No se le ocurre ninguna solución?

–He meditado detenidamente en el asunto, pero hasta ahora sin resultado positivo. Le traigo tres camisas de seda. Las pongo en el primer cajón, señor.

–No me dirá usted que no puede encontrar ninguna solución, Jeeves.

–De momento, así es, señor. Encontrará una docena de pañuelos y los calcetines oscuros en el primer cajón de la izquierda.

Cerró la maleta y la puso en una silla.

–Miss Rockmetteller es un caso muy curioso, señor.

–Y que lo diga, Jeeves.

Se quedó mirando meditativamente por la ventana.

–En muchos aspectos, señor, miss Rockmetteller me recuerda a una tía mía que vive en la parte sudeste de Londres. Sus caracteres son muy semejantes. Mi tía tiene la misma chifladura por los placeres de las grandes ciudades. Le gusta con locura pasearse en taxi, señor. Cada vez que la familia se descuida, ella se escapa de casa y se pasa el día en un taxi. Muchas veces ha llegado a forzar las huchas de los niños para reunir dinero con que satisfacer su deseo.

–Me gustan estas pequeñas charlas con usted sobre sus parientes, Jeeves –le dije fríamente, porque veía que no me ayudaba, y ello me hacía muy poca gracia–, pero no veo qué tiene que ver con mi caso.

–Perdón, señor. Le dejo aquí unas cuantas corbatas, para que escoja la que más le guste. Le recomendaría la azul con lunares rojos, señor.

Luego se dirigió silenciosamente hacia la puerta y desapareció.

He oído decir a menudo que los individuos que han sufrido una gran pérdida o una gran conmoción al enfrentarse con la dura realidad preguntándose por la causa de sus desgracias, suelen reaccionar adoptando la firme decisión de volver a empezar. El tiempo, que todo lo cura, y la naturaleza ayudan mucho a conseguirlo. Hay mucho de verdad en esto. Lo sé porque en mi caso, al cabo de un par de días de lo que podríamos denominar abatimiento, empecé a

sobreponerme. La espantosa pérdida de Jeeves hacía que toda idea de placer pareciese más o menos una burla, pero al fin encontré que podía volver a disfrutar de la vida. Quiero decir que volví a frecuentar los cabarets, por lo menos para olvidar mis penas.

Nueva York es una ciudad muy pequeña si nos limitamos a la parte que se levanta cuando los demás se acuestan, y no tardé en encontrar a Rocky en una de mis correrías. Le vi una vez en el Peale y otra en el Bacanales en el Tejado. No le acompañaba nadie más que su tía, y aunque él se esforzaba en aparentar que se encontraba como pez en el agua, no me fue difícil, conociendo como conocía yo lo ocurrido, ver que debajo de su máscara el pobre sufría lo indecible. Me compadecí de él. Ofrecía el aspecto del náufrago a punto de ser tragado por las olas.

También me pareció que su tía estaba algo trastornada. Seguramente se preguntaba cuándo aparecerían tantas celebridades, y por qué habían desaparecido tan súbitamente aquellos amigos juerguistas que Rocky mencionaba en sus cartas. Yo había leído un par de aquellas cartas, y ciertamente daban la impresión de que Rocky estaba en camino de ser el primer juerguista de Nueva York, y que si él dejaba de asistir a un cabaret, el gerente decía «Es inútil continuar así», y bajaban la persiana.

Las dos noches siguientes no les vi; pero a la tercera, estaba yo sentado tranquilamente en la Maison Pierre cuando alguien me dio unos golpecitos en el hombro, y vi a Rocky a mi lado con una expresión mitad de avidez y mitad de apoplejía. Cómo se las había arreglado el chico para llevar mis trajes de noche sin que ocurriera un desastre, era un misterio. Después, cuando hubo pasado todo, me confió que había cortado el chaleco por detrás y que eso le había ayudado mucho.

Pensé por un instante que había conseguido librarse de su tía aquella noche, pero enseguida la vi a poca distancia. Me estaba mirando desde una mesa situada junto a la pared, como si yo fuera un tipo cuya presencia tuviera que lamentar la administración del establecimiento.

–Bertie, amigo mío –dijo Rocky en voz baja y quejumbrosa–, siempre hemos sido buenos amigos, ¿verdad? Sabes de sobra que haría por ti cualquier favor que me pidieras.

–Claro que somos buenos amigos –le contesté.

Aquel muchacho me había emocionado.

–Entonces, por el amor de Dios, ven y siéntate a nuestra mesa el resto de la velada.

Sí, estaba muy bien, pero la amistad tiene sus límites.

–Mi querido amigo –le dije–, ya sabes que haría cualquier cosa razonable, pero...

–Por favor, Bertie. Hay que hacer algo para distraerla. Está preocupada por algo. Ya hace dos días que guarda esa actitud. Creo que empieza a sospecharlo todo. No comprende por qué nunca encontramos a ningún conocido en estos lugares. Hace unas noches encontré por casualidad a dos periodistas amigos míos. Esto fue un alivio. Los presenté a la tía Isabel con los nombres de David Belasco y Jim Corbett, y se lo creyó. Pero ahora ya ha pasado el efecto, y vuelve a mostrarse meditabunda. Hay que hacer algo; de lo contrario lo descubrirá todo y ya no conseguiré ni un céntimo de ella. Así pues, por el amor de Dios, ven a nuestra mesa y procura animar la situación.

Lo hice. Hay que intentarlo todo cuando un amigo está en situación desesperada. La tía Isabel estaba sentada envaradamente en su silla. Daba la impresión de haber perdido algo de aquel entusiasmo con que empezó a explorar Broadway. Tenía todo el aspecto de haber meditado bastante sobre cosas desagradables.

–Ya conoce usted a Bertie Wooster, ¿verdad, tía Isabel? –preguntó Rocky.

–Sí.

–Siéntate, Bertie –dijo Rocky.

Y así empezó la alegre juerga. Fue una de aquellas despampanantes juergas en que se tose dos veces antes de hablar, y luego se opta por callar. Al cabo de una hora de esta estupenda disipación, la tía Isabel dijo que era hora de regresar a casa. Teniendo en cuenta lo que me había dicho Rocky, esto era un augurio siniestro. Me constaba que al principio tenían que llevarla a casa por la fuerza.

Aquello debió de sorprender también a Rocky, porque me lanzó una mirada suplicante.

–Nos acompañarás, ¿verdad, Bertie? Beberemos algo en casa.

Esto no formaba parte del trato, pero no tuve más remedio que aceptar. Parecía una herejía dejar al muchacho solo con aquella mujer. Así pues, le acompañé.

Desde el primer momento, es decir, desde que subimos al taxi, empecé a tener la convicción de que algo iba a pasar. En el extremo donde se había acomodado la tía de Rocky reinaba un impresionante silencio, y aunque Rocky, balanceándose en el pequeño asiento supletorio, hacía todo lo posible para mantener un diálogo, no constituíamos precisamente un grupo de parlanchines.

Cuando entramos en el piso, vi a Jeeves metido en su cubil, y mi deseo fue llamarle para que nos ayudara. Tenía la íntima convicción de que le necesitaría.

El licor estaba en la mesa del salón. Rocky levantó la botella.

–Avisa cuando tengas bastante, Bertie.

–¡Alto! –rugió la tía Isabel.

Rocky dejó caer la botella.

Mi mirada encontró la del muchacho cuando éste se agachaba para recoger los trozos de vidrio. Era la mirada del condenado a muerte.

–Deja eso, Rockmetteller –dijo la tía Isabel.

Rocky obedeció.

–Ha llegado el momento de hablar –dijo ella–. No puedo permanecer indiferente viendo a un joven al borde de la perdición.

El pobre Rocky emitió una especie de gorgoteo, un sonido parecido al del whisky al derramarse sobre la alfombra.

–¿De veras? –dijo el chico, parpadeando.

La tía prosiguió:

–La culpa es mía. Yo ignoraba la realidad. Pero ahora se han abierto mis ojos, y he comprendido lo terrible que ha sido mi error. Me estremezco al pensar en el

mal que te he causado, Rockmetteller, al obligarte a que te relacionaras con esta maldita ciudad.

Rocky se acercó lentamente a la mesa. Sus dedos la tocaron y una expresión de alivio inundó el rostro del pobre muchacho. Comprendí lo que ocurría en su interior.

–Cuando te escribí aquella carta, Rockmetteller, ordenándote que vinieras aquí y te entregaras a la vorágine de esta vida, aún no había escuchado a míster Mundy predicar sobre Nueva York.

–¡Jimmy Mundy! –exclamé.

Ya saben ustedes lo que ocurre a veces: todo parece revuelto y confuso, y de improviso se encuentra el hilo del embrollo. Cuando ella mencionó a Jimmy Mundy empecé a comprender lo que había sucedido, más o menos. No era la primera vez que presenciaba un caso así. Recuerdo que, en Inglaterra, el ayuda de cámara que tuve antes de Jeeves acudió a uno de estos mítines, un día de fiesta; al volver me encontró en pleno festín, pues aquella noche yo obsequiaba con una cena a mis amigos; y ante todos ellos me apostrofó acusándome de ser la criatura más inútil que había creado la sociedad.

La tía me miró de pies a cabeza.

–¡Sí, Jimmy Mundy! –dijo–. Me sorprende que un hombre de su calaña haya oído hablar de él. A sus mítines no van beodos, ni desvergonzados, ni juerguistas, ni mujerzuelas; por eso deben de tener poco atractivo para usted sus conferencias. Pero para las personas que no están encenagadas en el pecado, su palabra es un mensaje de Dios. Él ha venido a salvar Nueva York; ha venido a encarrilarla. Hace tres días, Rockmetteller, le oí por primera vez, por pura casualidad. ¡Cuántas veces un simple azar hace cambiar toda una vida!

»Tú tuviste que salir –prosiguió dirigiéndose a su sobrino–, pues te telefoneó míster Belasco. Por ello no pudimos ir al hipódromo, como habíamos convenido. Le pedí a tu criado, Jeeves, que me acompañara allí. Este hombre es un poco tonto, porque me parece que no entendió bien. Pero le estoy agradecida por la equivocación. Me llevó a un sitio llamado Madison Square Garden, lugar donde celebra sus mítines míster Mundy. Me acompañó hasta el asiento, y luego me dejó. Y hasta que hubo empezado el acto no me di cuenta de la equivocación. Mi asiento estaba situado en el centro de una fila. No podía salir de allí sin molestar

a muchas personas, de modo que no me moví.

La señora respiró profundamente.

–Rockmetteller –prosiguió–, jamás he sentido tan profunda gratitud. ¡Míster Mundy estuvo maravilloso! Era exactamente igual que un profeta de la Antigüedad, proclamando los pecados de la gente. De su boca salía un flujo de palabras inspiradísimas. De vez en cuando se expresaba de un modo raro, pero cada una de sus frases era un axioma. Me hizo ver una Nueva York con sus verdaderos colores. Me demostró la vanidad y la maldad que encierra el acto de estar bordeando las doradas orillas del vicio, comiendo langosta a horas en que la gente decente está acostada.

»Afirmó que el tango y el fox-trot son ritmos diabólicos que arrastran a la gente al abismo. Dijo que se peca mucho más en diez minutos de música negra de banjo que en todas las antiguas orgías de Nínive y Babilonia. Y cuando avanzó un paso y señaló claramente el lugar donde yo estaba, y dijo: “¡Esto va por usted!”, creí caer desmayada. Salí de allí convertida en otra mujer. Supongo que habrás observado el cambio, ¿verdad, Rockmetteller? Ya no soy la negligente y bobalicona mujer que insistía en que bailases en aquellos lugares de perdición.

Rocky estaba cogido a la mesa, como si ésta fuese su único amigo.

–Sí..., claro –tartamudeó–; cre... creí que te pasaba algo...

–¿Que me pasaba algo? ¡Sí, pero algo muy bueno! Rockmetteller, aún estás a tiempo de salvarte de la perdición. No has hecho más que probar la copa del mal. No la has apurado del todo. Al principio te será difícil, pero verás como resulta más fácil si decides luchar con todas tus fuerzas contra la fascinación y engañosa magia de esta horrenda ciudad. ¿Lo intentarás, Rockmetteller? Hazlo por mí. ¿Querrás volver mañana al campo y empezar la lucha? Poco a poco, si pones toda tu fuerza de voluntad en ello...

Estoy convencido de que fue precisamente la expresión «fuerza de voluntad» lo que despertó a Rocky como un toque de trompeta. Seguramente debió de hacerle comprender que se había operado un milagro que le salvaba de romper con su tía Isabel. Sea lo que fuere, el caso es que, cuando ella pronunció aquellas palabras, se plantó delante de ella con ojos radiantes.

–¿Quieres que vuelva de nuevo al campo, tía Isabel?

–Sí.

–¿Que me vaya a vivir al campo?

–Sí, Rockmetteller.

–¿Para quedarme definitivamente allí y no volver más a Nueva York?

–Sí, Rockmetteller. Exactamente. Es el único camino. Sólo allí podrás estar a salvo de tentaciones. ¿Lo harás, Rockmetteller? ¿Lo harás... por mí?

Rocky volvió a cogerse a la mesa. Parecía que el mueble le daba ánimos.

–¡Sí! –exclamó.

Al día siguiente de la escena anterior volvía a estar instalado en mi piso, sentado en mi sillón, con los tacones sobre la mesa. Acababa de presenciar cómo el bueno de Rocky se marchaba hacia su casita de campo, y una hora antes habíamos ido a despedir a su tía Isabel, que se dirigía al villorrio del que debía de ser la pesadilla. Por consiguiente; volvíamos a estar solos, al fin.

–Jeeves, no hay como estar en casa, ¿verdad?

–Sí, señor.

–Las paredes amigas..., todas estas cosas..., ¿eh?

–Eso es, señor.

–Jeeves –dije, encendiendo otro cigarrillo.

–¿Señor?

–¿Sabe que en todo este asunto hubo un momento en que creí que usted se daba por fracasado?

–Es posible, señor.

–¿Cuándo se le ocurrió llevar a miss Rockmetteller al mitin? ¡Fue una idea genial!

–Gracias, señor. Se me ocurrió inesperadamente, una mañana en que estaba pensando en mi tía, señor.

–¿Su tía? ¿La de los taxis?

–Sí, señor. Recordé que siempre que notábamos que le iba a sobrevenir una crisis de ir en taxi, íbamos a buscar al párroco. Y no fallaba, pues después de charlar un rato sobre cosas elevadas, su mente se distraía de los taxis. Y pensé que tal vez resultara eficaz el mismo tratamiento en el caso de miss Rockmetteller.

Me maravillé del ingenio de aquel hombre.

–¡Es usted genial! –exclamé–. ¿Cómo se las arregla para tener tanto talento, Jeeves? ¿Toma mucho fósforo? ¿Come mucho pescado, Jeeves?

–No, señor.

–Pues será un don natural. No puede ser otra cosa.

–Exactamente, señor –contestó Jeeves–. Si me permite, señor, yo no seguiría llevando esa corbata. Le da un reflejo verdoso en la cara que le hace parecer enfermo de ictericia. Creo que podría sustituirla por la azul con topos encarnados, señor.

–Muy bien, Jeeves –dije humildemente–. Usted lo sabe mejor que nadie.

6. EL GRACIOSO CASO DE BIFFY

–Jeeves –le dije, emergiendo de la bañera–. Venga enseguida.

–Sí, señor.

Le miré de buen humor. A la sazón estaba pasando una temporada en París, una ciudad que siempre me hace sentirme animado de espièglerie y joie de vivre.

–Prepáreme el traje de medio pontifical, que es adecuado para fiestas bohemias. Voy a comer con un artista en la otra orilla.

–Muy bien, señor.

−Si alguien pregunta por mí, estaré de vuelta al anochecer.

–Sí, señor. Míster Biffen ha telefoneado mientras estaba usted en el baño.

–¿Míster Biffen? ¡Santo Dios!

Es sorprendente cómo se encuentran las personas en las ciudades extranjeras: personas que hace siglos que uno no ve y que hubiera apostado cualquier cosa a que estaban en cualquier otra parte. París era el último lugar donde habría pensado que podría encontrarse el bueno de Biffy. Hubo un tiempo en que fuimos compañeros: comíamos y cenábamos juntos casi todos los días; pero hacía cosa de año y medio murió su madrina y le dejó una casa en Herefordshire, y él se había retirado allí para llevar polainas, apacentar vacas y, en general, comportarse como un propietario rural. Desde entonces, apenas le había visto.

–¿Biffy en París? ¿Qué hace aquí?

–No me lo ha dicho, señor –contestó Jeeves con cierta frialdad.

Me dio la impresión de que Biffy no le resultaba simpático a Jeeves. Sin embargo, tiempo atrás habían hecho muy buenas migas.

–¿Dónde se hospeda?

–En el Hotel Avenida, rue du Colisée, señor. Me ha dicho que iba a dar un paseo y que volverá esta tarde.

–Bien; si vuelve antes de mi regreso, dígale que me espere. Y ahora, Jeeves, mes gants, mon chapeau, et la badine de monsieur. Tengo que irme ya.

El día era tan hermoso y me sobraba tanto tiempo que cerca de la Sorbona despedí el taxi y decidí hacer a pie el resto del camino. Y apenas había dado tres pasos y medio cuando tropecé en la mismísima acera con Biffy en persona. Si hubiese acabado de dar el cuarto paso, sin duda le habría atropellado.

–¡Biffy! –exclamé–. ¡Qué tal!

Se quedó mirándome sorprendido, en una actitud semejante a la de una de sus vacas de Herefordshire, a la que dieran un pinchazo durante el desayuno.

–¡Bertie! –exclamó con voz gutural y con tono de devoción–. ¡Gracias a Dios! –Y se cogió de mi brazo–. No me dejes, Bertie. Estoy perdido.

–¿Qué quieres decir con que estás perdido?

–Salí a dar un paseo, y al cabo de uno o dos kilómetros, descubrí de pronto que no sabía dónde me encontraba. He estado dando vueltas durante horas.

–¿Por qué no preguntabas?

–No sé una palabra de francés.

–Podías haber llamado un taxi.

–Olvidé el dinero en el hotel.

–Pero podías haber tomado el taxi y pagarlo al llegar al hotel.

–Sí, pero también he olvidado el nombre, del hotel.

Y allí estaba Charles Edward Biffen, nadando en un mar de confusión. Sabe Dios –y mi tía Agatha no me desmentiría– que no soy ningún portento de inteligencia. Pero comparado con Biffy soy uno de los más grandes pensadores de la época.

–Habría dado un chelín –me dijo Biffy pensativamente– a cambio de saber el nombre del hotel.

–Pues me lo debes: Hotel Avenida, rue du Colisée.

–¡Bertie! ¿Cómo lo sabes?

–Es la dirección que dejaste esta mañana a Jeeves.

–Es verdad. Lo había olvidado.

–Bien. Vamos a tomar algo y luego te meteré en un taxi y te enviaré a casa. Estoy invitado a una comida, pero me sobra tiempo.

Derivamos hacia uno de los once cafés que se codeaban en aquella calle.

–¿Qué demonios estás haciendo en París? –le pregunté.

–Oh, Bertie –contestó Biffy solemnemente–, he venido aquí para olvidar.

–Veo que lo estás logrando.

–No me comprendes. El caso es que mi corazón está destrozado. Te contaré toda la historia.

–¡No! –protesté.

Pero él ya estaba en marcha.

–El año pasado –dijo– embarqué para Canadá, con intención de pescar algunos salmones.

Pedí otra copa. Si es que tenía que aguantar una historia de pesca, necesitaba estimulantes.

–En el buque en que marché a Nueva York conocí a una muchacha. –Biffy emitió un ruido gutural parecido al de un bulldog que se afana en tragar media costilla para poder devorar más pronto la otra mitad–. Bertie, amigo –prosiguió Biffy–, no hay modo de describirla. No sé cómo describírtela.

–Tanto mejor.

–¡Fue maravilloso! Teníamos largas charlas en la cubierta del buque. Era una especie de artista.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que, además de posar para algunos pintores, había sido modelo en una gran casa de modas, y otras cosas por el estilo, ¿comprendes? Esto le había permitido ahorrar algunas libras, y a la sazón se dirigía a Nueva York en busca de empleo. Me contó toda su vida. Su padre tenía una lechería en Clapham, o en Cricklewood. Lo mismo da. De lo que estoy seguro es de que tenía una lechería o una zapatería.

–Es fácil confundirse.

–No lo sé. Pero lo que quiero que comprendas –añadió Biffy– es que procedía de una familia buena, sana y respetable de la clase media. Nada de relumbrón en su persona. Es el tipo de esposa del que cualquier hombre se enorgullecería.

–Bien. ¿Y con quién estaba casada?

–Con nadie. Éste es el quid de la historia. Quería que se casara conmigo y la he perdido.

–¿Es que os enfadasteis?

–No, no; nada de disputas. Literalmente la he perdido. La última vez que la vi fue en la aduana de Nueva York. Estábamos detrás de una estiba de troncos de árbol, y acababa de pedirle que se casara conmigo. Ella acababa de decirme que sí, y todas las perspectivas parecían espléndidas, cuando de pronto apareció un oficial grosero, armando alboroto por unos cuantos cigarrillos que había encontrado en el fondo de mi baúl y que yo había olvidado declarar. En aquellos momentos se estaba haciendo tarde, porque no desembarcamos hasta cerca de las diez y media, por lo cual le dije a Mabel que fuera a su hotel, adonde iría a verla al día siguiente, para comer juntos. Y desde aquel momento no he vuelto a verla.

–¿Quieres decir que no la encontraste en el hotel?

–Probablemente estaba allí. Pero...

–¿Quieres decir que no fuiste al hotel?

–Bertie, amigo –dijo Biffy con tono desesperado–, por el amor de Dios, no preguntes qué quiero decir y qué no quiero decir. Déjame explicarme a mi modo,

pues de lo contrario me embrollaré y tendré que volver a comenzar por el principio.

–Explícate a tu modo –me apresuré a decir.

–Bien. Para abreviar te diré que olvidé el nombre del hotel. Al cabo de media hora de discusión por aquellos cigarrillos, mi memoria estaba totalmente vacía. Tenía idea de que había escrito el nombre en alguna parte, pero tal vez no lo hice, porque no lo encontré en ningún papel de mis bolsillos. Nada. Tuve que darla por perdida.

–¿Por qué no preguntaste?

–El caso es que olvidé también el nombre de la chica.

–¡Por Dios! –exclamé; me pareció demasiado, hasta tratándose de Biffy–. ¿Cómo pudiste olvidar su nombre? Además, me lo has dicho hace un momento: Muriel, o algo parecido.

–Mabel –corrigió Biffy fríamente–. Lo que olvidé es su apellido. Así pues, lo dejé correr y me fui a Canadá.

–Espera –le interrumpí–. Tendrías que haberle dado tu nombre. De esa manera ella te habría encontrado a ti.

–Exactamente. Eso es lo que hace que el asunto no tenga remedio. Ella sabe cómo me llamo, dónde vivo y todo lo demás, pero no ha dado señales de vida. Supongo que al ver que yo no aparecía por el hotel, creyó que ése era un modo delicado de demostrarle que había cambiado de intención.

–Así lo creo –le contesté–. Pues lo único que puedes hacer es distraerte e intentar cicatrizar la herida, ¿no te parece? ¿Qué me dices de cenar juntos esta noche en L’Abbaye o en otro lugar parecido?

Biffy negó con la cabeza.

–Sería inútil. Ya lo he intentado. Además, salgo en el tren de las cuatro. Mañana tengo que comer con un hombre que, por lo visto, se ha encaprichado con mi casa de Herefordshire.

–¿Quieres vender la casa? Creí que te gustaba.

–Sí. Pero me aterra la idea de vivir en aquella casa grande y solitaria, después de lo que ha ocurrido. De modo que cuando sir Roderick Glossop vino...

–¡Sir Roderick Glossop! ¿Quieres decir aquel médico de locos?

–Sí, el gran especialista en enfermedades nerviosas. ¿Le conoces?

El día era caluroso, pero sentí un escalofrío.

–Estuve prometido con su hija durante un par de semanas –dije con voz cavernosa. El recuerdo de aquel episodio siempre me pone fúnebre.

–¿Tiene una hija? –preguntó Biffy.

–Sí. Deja que te lo cuente...

–No, ahora no, Bertie –dijo Biffy levantándose–. Tengo que volver al hotel y ocuparme del equipaje.

Después de haber tenido que escuchar toda su historia, su excusa no dejó de ponerme de mal humor. Sin embargo, cuanto más se vive mejor se comprende que haya desaparecido la antigua y fraternal actitud de la reciprocidad. Así pues, le metí en un taxi y me fui a comer.

No debían de haber pasado más de diez días cuando una mañana, mientras estaba dedicado al té y las tostadas, me llevé una gran sorpresa. Habían llegado los periódicos ingleses. Jeeves, después de dejar The Times al lado de la cama, salió de la habitación. Empecé a pasar lentamente las páginas, en busca de la sección de deportes, cuando una nota me llamó la atención.

Decía:

PRÓXIMAS BODAS

ENLACE C. E. BIFFEN Y SEÑORITA GLOSSOP

Se anuncia el compromiso entre Charles Edward, hijo único del difunto Mr. E. C. Biffen y Mrs. Biffen, del número 11 de Penslow Square, Mayfair, y Honoria

Jane Louise, hija única de sir Roderick y lady Glossop, del número 6b de Herley Street, Westminster.

–¡Santo Dios! –exclamé.

–¿Señor? –dijo Jeeves, volviéndose desde la puerta.

–¿Recuerda usted a miss Glossop, Jeeves?

–Sin duda, señor.

–¡Se ha prometido con míster Biffen!

–¿Sí? –dijo Jeeves.

Y sin añadir palabra, se escabulló. La calma con que aquel hombre recibió la noticia me sorprendió. Parecía indicar una absoluta insensibilidad en él, como si no supiera quién era Honoria Glossop.

Volví a leer la noticia, y me produjo una extraordinaria sensación. No sé si habrán sentido ustedes algo por el estilo al leer la noticia del compromiso de un amigo con una muchacha de cuyas garras nos hemos escapado por un pelo. Hace que uno sienta una especie de... Es difícil describirlo exactamente, pero diría que es algo parecido a la sensación que experimentaría alguien que se paseara por la selva con un camarada de la infancia y encontrara un tigre y se las arreglara para subirse a un árbol, y al mirar hacia abajo viera desaparecer a su amigo de infancia entre las fauces de la bestia. Se trata de una especie de sentimiento de alivio y agradecimiento, a la vez que de profunda conmiseración. Lo que pretendo dar a entender es que, además de mi extraordinaria satisfacción por no haber tenido que casarme con Honoria, sentía de veras que un buen chico como Biffy sucumbiera. Bebí un poco más de té y empecé a reflexionar sobre el caso.

Naturalmente, es probable que en el mundo existan hombres fuertes, decididos y valientes, capaces de hacer frente al peligro Glossop, y aun de sentirse encantados con ella; pero yo sabía perfectamente que Biffy no era uno de ellos. Porque Honoria es una de esas muchachas robustas y dinámicas, con músculos de peso mosca y una risa que hace pensar en un escuadrón de caballería a galope por un puente metálico. Una persona demasiado vital para tener que aguantarla, cara a cara, a la hora del desayuno. Y, además, con pretensiones intelectuales. Es de aquellas chicas que os hacen picadillo en dieciséis sets de tenis y unas pocas

jugadas de golf, y luego se van a cenar frescas como una lechuga, y aun creen que os tenéis que tomar en serio a Freud. Si yo hubiese pasado otra semana prometido con ella, su padre habría tenido otro paciente a quien poner de ejemplo en sus libros. Biffy es un individuo tan pacífico e inofensivo como yo, por lo que me quedé asombrado de veras.

Y lo que me extrañó más fue la aterradora falta de adecuada emoción en Jeeves. Éste volvió a entrar silenciosamente, en mi cuarto, y le di nueva oportunidad de manifestar algún sentimiento humano.

–Supongo que se ha fijado usted en el nombre, ¿eh, Jeeves? Míster Biffen va a casarse con Honoria Glossop, la hija de aquel hombre de cejas gruesas y cabeza como bola de billar.

–Sí, señor. ¿Qué traje le preparo esta mañana?

Y esto lo decía el hombre que cuando yo me prometí con la Glossop se estrujó el cerebro para sacarme de semejante apuro. Aquello me desconcertó. No lograba entenderlo.

–El azul de rayas rojas –le contesté fríamente.

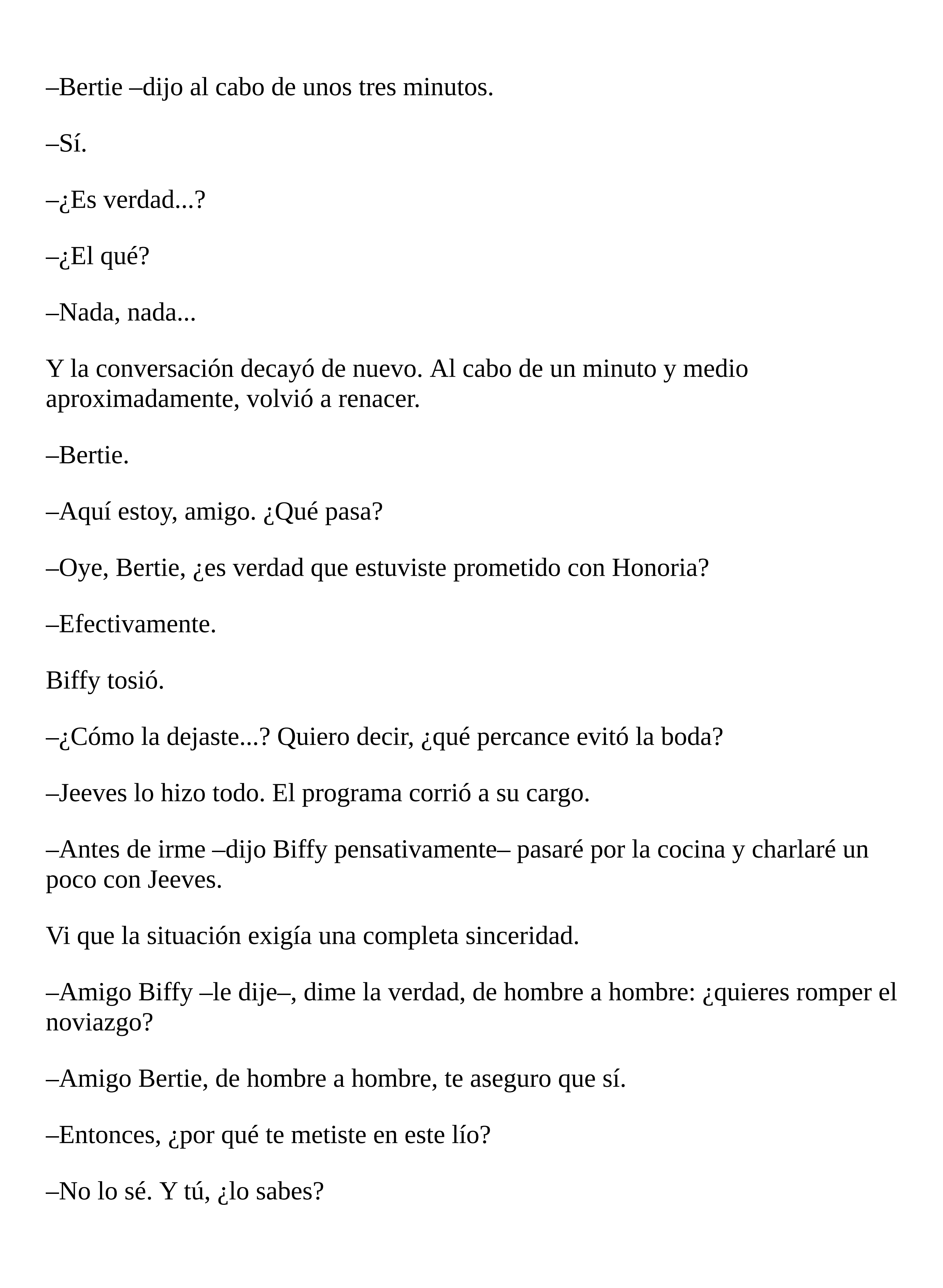
Acentué la nota para demostrarle que su comportamiento me decepcionaba en gran manera.

Alrededor de una semana después regresé a Londres. Apenas acababa de instalarme en mi piso, compareció Biffy. Una mirada me bastó para comprender que el monstruo había empezado a cebarse con él. Mi amigo parecía abatido. Sí, abatido por completo. Tenía aquella expresión vítrea y aturdida que yo solía descubrir en mi propio rostro al afeitarme delante del espejo durante el poco tiempo en que estuve prometido con la terrible Glossop. Sin embargo, si uno no quiere pasar por descortés, tiene que observar los convencionalismos sociales. Por tanto, le estreché la mano tan afectuosamente como pude.

–¡Hola, amigo! –le dije–. ¡Te felicito!

–Gracias –contestó Biffy débilmente.

Y se produjo un silencio bastante enojoso.



–Bertie –dijo al cabo de unos tres minutos.

–Sí.

–¿Es verdad...?

–¿El qué?

–Nada, nada...

Y la conversación decayó de nuevo. Al cabo de un minuto y medio aproximadamente, volvió a renacer.

–Bertie.

–Aquí estoy, amigo. ¿Qué pasa?

–Oye, Bertie, ¿es verdad que estuviste prometido con Honoria?

–Efectivamente.

Biffy tosió.

–¿Cómo la dejaste...? Quiero decir, ¿qué percance evitó la boda?

–Jeeves lo hizo todo. El programa corrió a su cargo.

–Antes de irme –dijo Biffy pensativamente– pasaré por la cocina y charlaré un poco con Jeeves.

Vi que la situación exigía una completa sinceridad.

–Amigo Biffy –le dije–, dime la verdad, de hombre a hombre: ¿quieres romper el noviazgo?

–Amigo Bertie, de hombre a hombre, te aseguro que sí.

–Entonces, ¿por qué te metiste en este lío?

–No lo sé. Y tú, ¿lo sabes?

–Yo... me encontré metido en el atolladero sin darme cuenta.

–Pues lo mismo me ha ocurrido a mí. Ya sabes lo que pasa cuando se tiene el corazón hecho trizas. Se apodera de uno una especie de letargo. Uno está distraído y no toma las precauciones debidas, y luego no hay remedio. No sé cómo ocurrió, pero lo cierto es que las cosas están así. Y quiero que me digas cómo salir del apuro.

–¿Quieres enterarte de qué hice para plantar a Honoria?

–Exactamente. No quiero herir las susceptibilidades de nadie, Bertie, pero ya no aguanto más. Por espacio de un día y medio creí que era encantadora, pero en cambio ahora... ¿Recuerdas qué modo de reír tiene?

–¡Ya lo creo!

–Pues en primer lugar eso; después, lo de no dejarte nunca tranquilo, lo de querer instruirte, etcétera.

–Lo sé, lo sé.

–Bien, entonces, ¿qué me recomiendas? ¿Qué quisiste decir con que todo el programa estuvo a cargo de Jeeves?

–Pues ya verás. Sir Roderick, que es un médico de tontos y nada más que un médico de tontos, aunque tú le denomines especialista de los nervios, descubrió que había antecedentes de locura en mi familia. Nada de importancia. Sólo un tío mío que tenía la manía de criar conejos en su dormitorio. El viejo vino a comer aquí para estudiarme desde el punto de vista psiquiátrico y Jeeves arregló las cosas para que se marchara perfectamente convencido de que yo no estaba bien de la cabeza.

–Comprendo –dijo Biffy, pensativo–. Lo malo es que no hay ningún antecedente de locura en mi familia.

–¿Ninguno?

Me resultó casi increíble que un hombre pudiese llegar a ser tan desgraciado como el pobre Biffy.

–Ni un lunático en la lista –dijo tristemente–. Es lamentable. El viejo vendrá a comer mañana conmigo, seguramente para estudiarme, como hizo contigo. Y en mi vida me he sentido tan cuerdo como ahora.

Medité unos momentos. La idea de volver a encontrarme con sir Roderick me daba escalofríos; pero cuando se trata de ayudar a un amigo, los Wooster no son egoístas.

–Escucha, Biffy –le dije–, asistiré a esa comida. Es fácil que al descubrir que eres amigo mío prohíba a su hija casarse contigo.

–Es posible –contestó Biffy, alegrándose–. Eres un buen amigo, Bertie. Gracias.

–Tonterías. Entretanto, consultaré a Jeeves. Pon el asunto en sus manos y pídele consejo. Nunca me ha fallado.

Biffy se marchó, bastante más optimista, y yo me metí en la cocina.

–Jeeves –dije–, necesito su ayuda una vez más. Acabo de tener una penosa entrevista con míster Biffen.

–¿Sí, señor?

Y le expliqué todo el asunto.

Era extraño, pero ya desde el principio noté que me escuchaba con la mayor frialdad. Generalmente, cuando llamo a Jeeves para tratar alguno de estos pequeños problemas, se muestra simpático y brillante; pero aquel día, no.

–Me temo, señor –dijo cuando hube terminado–, que no es de mi incumbencia intervenir en un asunto privado que afecta...

–¡Oh, vaya!

–Sería tomarme demasiada libertad, señor.

–Jeeves –le dije mirándole fijamente–, ¿qué tiene usted contra Biffy?

–¿Yo, señor?

–Sí, usted.

–Le aseguro, señor...

–Bien, bien. Si no quiere ayudar al prójimo, supongo que no puedo obligarle. Pero permita que le diga que iré al salón para meditar seriamente. Quedará usted asombrado cuando luego le informe de que he encontrado el modo de sacar a míster Biffen del atolladero sin recurrir a su ayuda. Quedará asombrado de veras.

–Sí, señor. ¿Le traigo su whisky con soda, señor?

–No. ¡Café! Solo y muy fuerte. Y si alguien pregunta por mí, diga que estoy ocupado y no puedo distraerme.

Una hora después pulsé el timbre.

–Jeeves –le dije orgullosamente.

–¿Sí, señor?

–Telefonee a míster Biffen y dígale que míster Wooster ha encontrado solución al problema.

A la mañana siguiente, cuando me dirigía a casa de Biffy, me sentía satisfecho de mí mismo. Por regla general, las brillantes ideas que uno pergeña de noche, poseen la mala cualidad de no parecer tan refulgentes cuando se las examina a la luz del día; pero aquélla parecía tan buena a la hora del desayuno como me lo había parecido antes de cenar. La examiné detenidamente desde todos los puntos de vista, y no veía modo de que fallara.

Unos días antes, Harold, el hijo de mi tía Emily, había cumplido seis años, y me vi obligado a hacerle un regalo; pasé por el Strand, y vi en una tienda un ingenioso juguete que tenía que ser muy divertido para un chiquillo. Era un ramo de flores colocado en una especie de jarro terminado en una ingeniosa pera; si se apretaba ésta, una rociada de casi un litro de agua bañaba la cara del que fuese suficientemente ingenuo para oler el ramillete. Me pareció que era exactamente lo que más gustaría a la cada vez más despierta inteligencia de un chico de seis años, y lo adquirí.

Pero cuando llegué a la casa, encontré a Harold sentado entre una multitud de regalos tan lujosos y costosos, que no tuve el valor de ofrecerle una cosa que sólo me había costado once peniques y medio. Así pues, con rara presencia de

ánimo –porque los Wooster también sabemos pensar, llegado el caso–, quité la tarjeta de mi tío James que estaba en un aeroplano de juguete, la sustituí por la mía, y me metí en el bolsillo el obsequio que había comprado. Desde entonces lo había tenido en mi casa, y ahora me pareció que había llegado el momento de utilizarlo.

–¿Y bien? –dijo Biffy ansiosamente cuando entré en su salita.

El pobre chico estaba muy mal. Reconocí los síntomas. Yo los había experimentado el día en que estaba esperando a sir Roderick para comer conmigo. No sé cómo diablos la gente que tiene los nervios alterados puede hablar siquiera con ese hombre. Sin embargo, es el médico con la mayor clientela de Londres. Apenas transcurre día sin que tenga que contener a alguien y pedir al enfermo la camisa de fuerza; y a causa de tratar con locos, ve locos en todas partes, incluso en su vida particular. Por consiguiente, estaba convencido de que Biffy no tenía que hacer más que apretar la pera de goma; el resto vendría solo.

Por ello le di unas palmadas en el hombro y le dije:

–Todo arreglado, amigo.

–¿Qué ha propuesto Jeeves? –preguntó Biffy ansiosamente.

–Jeeves no ha propuesto nada.

–Pero acabas de decir que todo está arreglado.

–Jeeves no es el único pensador en mi casa, amigo. Me he ocupado de tu pequeño problema, y puedo asegurarte que ya lo tengo resuelto.

–¿Tú?

El tono con que lo preguntó estaba lejos de ser halagador. Delataba una falta de fe en mis habilidades, y pensé que unos gramos de demostración valdrían más que una tonelada de explicaciones. Le enseñé el ramillete.

–¿Te gustan las flores, Biffy?

–¿Cómo?

–Huele.

Biffy adelantó la nariz de mala gana, y yo apreté la pera según decían las instrucciones.

Me gusta invertir bien mi dinero. El artefacto me había costado once peniques y medio, y si hubiera costado el doble, habría sido barato. La etiqueta de la caja decía que los efectos eran «indescriptiblemente divertidos», y puedo asegurar que no era una exageración. El pobre Biffy pegó un brinco, y derribó una mesita.

−¿Qué te parece? –dije.

El pobre se mostró algo incoherente al principio, pero no tardó en recuperar la ilación de las palabras, y empezó a expresarse con considerable vehemencia.

–¡Cálmate, amigo! –le dije en un momento en que hizo una pausa para tomar aliento–. No se trata de una simple broma. Ha sido una demostración. Cógelo, Biffy, junto con la bendición de un antiguo amigo, vuelve a llenar la pera, la diriges al rostro de sir Roderick y aprieta con fuerza. Te garantizo que en menos de tres segundos habrá adquirido la convicción de que no eres la persona adecuada para entrar en su familia.

Biffy se quedó mirándome.

–¿Me propones que empape a sir Roderick?

–Eso mismo. Una buena rociada. Mójale con toda la fuerza de tu alma.

–Pero...

Estaba todavía arguyendo febrilmente, cuando sonó el timbre de la puerta.

–¡Santo Dios! –exclamó Biffy con un estremecimiento–. Ya está aquí. Entretenlo mientras voy a cambiarme la camisa.

Sólo tuve tiempo de volver a llenar la pera y de dejar el ramillete al lado del plato de Biffy. Cuando se abrió la puerta, entró sir Roderick. Yo estaba volviendo a colocar en su sitio la mesita derribada, y él habló alegremente a mi espalda.

–Buenas tardes. Confío no haber llegado... ¡Míster Wooster!

Debo decir que yo no estaba tranquilo del todo. Aquel hombre posee algo que infunde terror al corazón más resistente. Si alguna vez ha habido un hombre cuyo solo nombre hace temblar a la gente como un junco, ése es sir Roderick Glossop. Tenía una enorme cabeza completamente calva, y los pelos que debía tener en el cráneo se habían reunido en las cejas. Sus ojos atravesaban como rayos de la muerte.

–¿Cómo está usted? –le dije resistiendo el impulso de arrojarlo por la ventana–. Cuánto tiempo sin vernos, ¿verdad?

–No obstante, le recuerdo perfectamente, míster Wooster.

–Gracias –contesté–. Mi amigo Biffy me ha invitado a acompañarles a comer.

Frunció el ceño.

–¿Es usted amigo de Charles Biffen?

–Ya lo creo. Somos amigos desde hace muchos años.

Respiró ruidosamente, y comprendí que la cotización de Biffy había bajado enteros. Su mirada se posó en el suelo, donde yacían los objetos de la mesita derribada.

–¿Ha ocurrido algo? –preguntó.

–Nada de particular. Biffy ha tenido una especie de crisis hace poco y lo ha echado todo a rodar.

–¿Una crisis?

–O un ataque.

–¿Los padece a menudo?

Iba a contestar, pero entonces entró Biffy apresuradamente. Había olvidado cepillarse el cabello, lo cual le daba aspecto de salvaje. El viejo le dirigió una mirada torva. Me pareció que la primera estocada había surtido efecto, y que, por

consiguiente, no podía dudarse del buen resultado de la rociada con la pera de goma.

El criado de Biffy trajo la comida, y todos nos sentamos a la mesa.

Al principio pareció que aquel ágape iba a desenvolverse bajo una temperatura glacial. Biffy, un anfitrión de tercera categoría, no contribuyó en nada al festín de la inteligencia, y se mantuvo silencioso, salvo algún que otro hipo, y cada vez que yo intentaba iniciar una conversación, sir Roderick me fulminaba con sus miradas. Afortunadamente, el segundo plato consistía en un fricassé de pollo tan bien condimentado que el viejo, después de engullir una buena ración pidió otra, y su humor mejoró notablemente.

–Esta tarde, Charles –dijo a Biffy casi alegremente–, he venido a cumplir una misión. Sí, una misión. Este pollo está estupendo.

–Me alegro de que le guste –musitó Biffy.

–Extraordinariamente tierno –añadió sir Roderick engullendo más pollo–. Como decía, una misión. Ustedes los jóvenes de hoy en día se contentan viviendo en el centro de la más hermosa metrópoli del mundo, ciegos e indiferentes a sus numerosas maravillas. Si me gustasen las apuestas, no vacilaría en apostar una considerable suma a que en su vida no ha visitado usted ni siquiera un lugar tan histórico como la abadía de Westminster.

Biffy refunfuñó algo en el sentido de que no se le había ocurrido jamás.

–¡Ni la Torre de Londres!

–No; ni la Torre de Londres.

–Y ahora mismo tenemos, a menos de veinte minutos en coche desde Hyde Park Corner, la más grande, interesante y educativa colección de objetos animados e inanimados, reunidos de todos los rincones del imperio. Me refiero a la Exposición Imperial Británica que se celebra en Wembley.

–Por cierto, un amigo me contó ayer un chiste sobre Wembley –intervine para distender la conversación–. Díganmelo si ya lo conocen. Dentro de la Exposición, un individuo se dirige a un sordo, y le pregunta: «¿Es esto Wembley?» El sordo contesta: «¿Cómo dice usted?» «Que si esto es Wembley»,

repite el primero. «No; estamos a jueves», contesta el sordo.[1] ¡Ja, ja, ja!

Pero las alegres carcajadas se me helaron en los labios. Sir Roderick frunció las cejas de tal modo y me miró tan agresivamente que interpreté que su intención era guillotinarme. Jamás he encontrado a un hombre que fulmine a otro con más facilidad.

–¿No ha visitado Wembley aún, Charles? –preguntó–. ¿No? Ya me lo figuraba. Bien, pues ésta es la misión que me trae aquí esta tarde. Honoria desea que me acompañe a visitar Wembley. Dice que esto contribuirá a su formación cultural, en lo cual coincido con ella. Iremos después de comer.

Biffy me dirigió una mirada de súplica.

–¿Vendrás tú también, Bertie?

Vi tanta angustia en sus ojos que sólo vacilé un segundo. ¡Un amigo es un amigo! Por otra parte, pensé que si la pera de goma respondía a las esperanzas que yo había depositado en ella, era de esperar que la alegre expedición se suspendería.

–Claro que sí –contesté.

–No debemos abusar de la amabilidad de míster Wooster –dijo sir Roderick con faz contraída.

–Oh, me agradará mucho –dije–. Hace días que tenía la intención de dar un paseo por Wembley. Iré un momento a casa, me cambiaré de indumentaria y les recogeré en mi coche.

Hubo un silencio. Biffy parecía aliviado tras saber que no tendría que pasar toda la tarde solo con sir Roderick. Sir Roderick, por su parte, se había sumido en un silencio de desaprobación. Luego se fijó en el ramillete, que estaba junto al plato de Biffy.

–¡Ah, flores! –dijo–. Guisantes de olor, si no me equivoco. Es una planta muy bonita, tan agradable por su aspecto como por su perfume.

Miré a Biffy a través de la mesa. Sus ojos brillaron comprensivamente.

–¿Le gustan las flores, sir Roderick? –preguntó.

–Por supuesto.

–Huela éstas.

Sir Roderick ensartó su nariz entre las flores y aspiró. Los dedos de Biffy oprimieron lentamente sobre la pera. Cerré los ojos y me agarré al borde de la mesa.

–Muy agradables –oí decir a sir Roderick–, me gustan mucho.

Abrí los ojos y allí estaba Biffy, reclinado en el respaldo de la silla con una mirada de desencanto, y el ramillete a su lado, sobre el mantel. Comprendí lo que había sucedido. En aquella suprema crisis de su vida, cuando toda su felicidad dependía de una simple presión de los dedos, al infeliz Biffy le habían fallado los nervios. Todo mi proyecto, tan detenidamente meditado, se había desvanecido.

Cuando llegué a casa, Jeeves estaba entreteniéndose con los geranios de la ventana del salón.

–Qué bonitos están, ¿verdad, señor? –me dijo, mirando paternalmente a las flores.

–No me hables de flores, Jeeves. Ahora comprendo los sentimientos de un general cuando planea un gran movimiento estratégico y sus tropas le fallan en la hora H.

–¿Sí, señor?

–Sí –contesté. Y le conté lo sucedido.

Escuchó con aire pensativo.

–Míster Biffen es un joven algo versátil e indeciso –fue su comentario cuando hube acabado–. ¿Me necesitará usted el resto de la tarde, señor?

–No. Voy a Wembley. Sólo he venido a cambiarme de traje y a coger el coche. Sáqueme algún traje capaz de resistir los apretujones de la gente, y luego

telefonee al garaje.

–Muy bien, señor. Creo que el cheviot gris es el más adecuado. ¿Puedo ocupar un asiento del coche, señor? Yo también tenía intención de trasladarme a Wembley esta tarde.

–¿Eh? Oh, de acuerdo.

–Gracias, señor.

Me vestí y nos dirigimos al piso de Biffy. Éste y sir Roderick se acomodaron en los asientos posteriores, y Jeeves en el del acompañante. Biffy tenía un aspecto tan anonadado ante la tarde en perspectiva, que mi corazón sangró por el pobre muchacho. Hice un último intento por despertar los generosos sentimientos de Jeeves.

–Debo decir, Jeeves, que me he llevado una gran decepción con usted.

–Lo siento, señor.

–Pues es así. Una gran decepción. Creo que podría ayudamos. ¿Ha visto usted la cara de míster Biffen?

−Sí, señor.

–Bien. Entonces...

–Si me disculpa, señor, le diré que míster Biffen no puede culpar a nadie, como no sea a sí mismo, de haber contraído un desagradable compromiso matrimonial.

–Se equivoca usted, Jeeves. Sabe tan bien como yo que Honoria Glossop es una plaga. Del mismo modo podría criticar a alguien por dejarse atropellar por un camión.

–Sí, señor.

–Además, el pobre chico no estaba en condiciones de resistir. Me lo contó todo. Había perdido a la única muchacha a quien ha amado, y ya sabe cómo se siente un hombre cuando le ocurre un caso semejante.

–¿Cómo ocurrió, señor?

–No creo que nadie lo sepa. Me lo contó en París.

–Al parecer se enamoró de una chica en el barco que le llevaba a Nueva York. Se separaron en la aduana y quedaron en encontrarse al día siguiente en el hotel de ella. Pero ya sabe cómo es Biffy. Se olvida de su propio nombre la mitad de las veces. No tomó nota de las señas y se le olvidaron. Entró entonces en una especie de trance y, al despertar, se encontró comprometido con Honoria Glossop.

–No sabía nada de eso, señor.

–No creo que nadie lo supiera. Me lo dijo en París.

–Podría haber preguntado o hecho indagaciones, señor.

–Es lo que le dije. Pero también había olvidado el nombre de la muchacha.

–Un caso muy curioso, señor.

–Desde luego. Sólo recordaba que se llamaba Mabel. Y ya comprenderá usted lo difícil que es remover Nueva York en busca de una joven que se llame Mabel, ¿verdad?

–Comprendo, señor.

–Pues ése fue su caso.

–Lamentable, señor.

Nos encontramos, en ese momento, entre una aglomeración de vehículos, frente a la entrada de la Exposición, y como era difícil conducir entre tanto coche, interrumpimos la conversación. Aparcamos y entramos en el recinto. Jeeves desapareció, y sir Roderick tomó la iniciativa de la expedición. Se encaminó en primer lugar hacia el Palacio de la Industria, seguido de Biffy y de mí.

Ya se harán ustedes cargo: yo nunca he sido un apasionado de las exposiciones. Los ciudadanos en masa tienen la virtud de hacerme salir de mis casillas, y al cabo de un cuarto de hora de codearme con la multitud, me parecía estar

caminando sobre ascuas. Además, yo carecía de lo que podríamos llamar interés humano. Quiero decir que las muchedumbres están constituidas de tal modo que chillan de alegría y entusiasmo al contemplar un pez raro o un frasco que contiene semillas de Australia Occidental; pero Bertram no es así. No; les aseguro que Bertram no lo es. Entretanto, ya habíamos recorrido el Pueblo de la Costa Dorada, y nos dirigíamos al Palacio de la Maquinaria, y todo parecía invitarme a desaparecer silenciosamente y a refugiarme en el Bar de los Colonos que viera en la Sección de las Indias Occidentales. Sir Roderick había pasado delante del bar caminando a toda marcha, pues estas cosas no significaban nada para él. Pero yo había tenido tiempo de observar que detrás del mostrador había un individuo muy simpático mezclando líquidos de botellas, para agitarlos luego con largos palillos dentro de unos vasos altos con todo el aspecto de contener hielo. Experimenté la ineludible necesidad de saber más detalles sobre el trabajo de aquel hombre. Y estaba a punto de escabullirme del grueso de la expedición y marcharme solo, cuando alguien me tiró de la manga. Era Biffy, con el aspecto de la persona que no puede resistir más.

Existen ciertos momentos de la vida en que sobran las palabras. Yo miré a Biffy. Biffy me miró a mí. Nos comprendimos perfectamente.

–¿...?

–¡...!

Tres minutos más tarde estábamos situados ante la barra del Bar de los Colonos.

Nunca he estado en las Indias Occidentales, pero puedo asegurar que en algunas cosas fundamentales de la vida van a la cabeza de nuestra civilización europea. El individuo que estaba detrás del mostrador, más amable que ningún otro, pareció adivinar lo que necesitábamos con sólo vernos. Y apenas nuestros codos se apoyaron sobre el mostrador, ya estaba él manipulando sus botellas. Al parecer, un colono no considera que ha bebido convenientemente si no ha ingerido una mezcla de por lo menos siete ingredientes, y en eso lleva toda la razón. El barman dijo que a aquella bebida la llamaba Green Swizzles; y si alguna vez me caso y tengo un hijo le pondré el nombre Green Swizzles Wooster, en conmemoración del día en que fue salvada la vida de su padre en Wembley.

Después del tercer vaso, Biffy lanzó un suspiro de satisfacción.

–¿Dónde crees que estará sir Roderick? –dijo.

–Biffy, amigo –le contesté francamente–, me importa un pimiento.

–Y a mí, Bertie –afirmó Biffy.

Dio otro suspiro, y se quedó en silencio hasta que pidió una paja al del mostrador.

–Oye –me dijo–, acabo de recordar una cosa rara. ¿Conoces a Jeeves?

Le contesté que conocía a Jeeves.

–Bien. Pues ha ocurrido un incidente algo extraño cuando veníamos hacia aquí. Jeeves se acercó y me dio un consejo absurdo. ¿A que no adivinas qué me dijo?

–No creo que pueda adivinarlo.

–Jeeves me dijo: «Míster Biffen», refiriéndose a mí, ¿comprendes?

–Comprendo.

–Pues me dijo: «Míster Biffen, le recomiendo de veras que visite...»

–¿Sí?

–Bertie, amigo –exclamó el pobre Biffy, desconcertado–, ¡lo he olvidado completamente!

Le miré.

–Lo que no comprendo es cómo te las arreglas para dirigir un solo día tu granja de Herefordshire. ¿Cómo diablos te las compones para acordarte de ordeñar las vacas y dar de comer a los cerdos?

–¡Oh, eso es fácil! –contestó–. Tengo varias personas que se ocupan de esas faenas.

–¡Ah! –exclamé–. Bien, tomemos otro Green Swizzles, y vámonos al Parque de Atracciones.

Aunque me he permitido escribir algunas palabras despectivas acerca de las exposiciones, ha de entenderse que no me refería a lo que podríamos llamar la parte más terrenal de esos curiosos lugares donde, pagando un chelín, se nos permite deslizarnos por un tobogán, sentados en una estera. Me gustan las montañas rusas y los puestos de pimpampum.

Aunque soy un buen jaranero, en estas ocasiones quedaba ensombrecido por Biffy. No sé si era debido a los Green Swizzles o simplemente a la satisfacción de haber dejado plantado a sir Roderick. El caso es que Biffy se entregaba a las diversiones del proletariado con un entusiasmo que intimidaba. Y tuve que sacarle de allí a costa de grandes esfuerzos. Mientras sorteábamos la multitud, sus ojos despedían chispas y él vacilaba entre dejarse decir la buenaventura o subirse a un tiovivo, cuando de pronto se cogió de mi brazo y lanzó un grito.

–¡Bertie!

–¿Qué ocurre ahora?

Con un dedo señalaba un gran letrero en la parte superior de un edificio.

–¡Mira! ¡Palacio de la Belleza!

Intenté disuadirle, pero ya me sentía algo cansado. Me hago viejo.

–Supongo que no querrás meterte ahí –le dije–. Un compañero del club me ha explicado que sólo hay unas cuantas chicas. No creo que te interese.

–Me muero de ganas de ver muchas chicas –me contestó–. Docenas de chicas, y cuanto más diferentes de Honoria mejor. Además, he recordado que éste es el lugar que Jeeves me recomendó que visitara. Ahora lo recuerdo todo. Me dijo: «Míster Biffen, le recomiendo de veras que visite el Palacio de la Belleza.» Ahora bien; qué se propone o por qué me lo dijo, no lo sé. Pero ahora te pregunto, Bertie, ¿es inteligente y juicioso no hacer caso de la más pequeña sugerencia de Jeeves? Ven, entraremos por la puerta de la izquierda.

El Palacio de la Belleza era una especie de acuario, lleno de muchachas hermosas en lugar de peces. Al entrar te encontrabas con una especie de vitrina, con una chica mirándote a través del cristal. Vestía una especie de traje fantástico, y encima de la jaula rezaba «Helena de Troya». En la segunda vitrina había una chica haciendo jiu-jitsu con una serpiente. Y otro cartel rezaba

«Cleopatra». La idea era ésta: las Mujeres Famosas de la Historia. No puedo decir que aquello me entusiasmase mucho. Opino que las mujeres bonitas pierden encanto si hay que mirarlas a través de una pecera. Además, aquello me daba la sensación de que me había equivocado de dormitorio en una casa de campo. Yo pasaba distraídamente de una vitrina a otra, a considerable velocidad, deseoso de acabar pronto, cuando repentinamente Biffy se volvió loco.

Al menos me lo pareció. Profirió un penetrante aullido, me aferró el brazo con tanta fuerza que creí que me lo mordía un cocodrilo, y se quedó allí como embelesado.

–¡Ouggg! –graznó.

Se había congregado una gran multitud de curiosos. Creo que pensaron que iban a dar de comer a las chicas, o algo por el estilo. Pero Biffy ni siquiera se dio cuenta de ellos. Señalaba, con actitud demencial, una de las vitrinas. No recuerdo cuál era, pero la mujer que había dentro llevaba una gorguera, de modo que tanto podía representar a la reina Isabel como a Boadicea, como a cualquier otra de aquel período. Se trataba de una muchacha bastante bonita, y miró a Biffy con el mismo embobamiento con que él la miraba a ella.

–¡Mabel! –gritó Biffy, y pareció el estallido de una bomba.

No puedo decir que me sintiera muy entusiasmado. Me agrada el drama pero no me gusta verme mezclado en él en un lugar público; y eso que aún no me había percatado de cuán público era aquel lugar. Parecía como si en los últimos cinco minutos se hubiese duplicado el gentío, y aunque la mayoría miraba a Biffy, una minoría bastante nutrida tenía los ojos puestos en mí, como si creyeran que yo era un personaje importante del cual podía esperarse una agradable intervención ante las masas.

Biffy daba brincos como un cordero en primavera, y lo que es peor, como un cordero enloquecido.

–¡Bertie! ¡Es ella! ¡Es ella! –Y miró alrededor, como buscando a alguien–. ¿Cómo se entra ahí dentro? –gritó–. ¿Dónde está el director? ¡Quiero ver al director inmediatamente!

Y de pronto saltó hacia la vitrina y empezó a golpear bárbaramente el cristal con su bastón.

–Quieto, Biffy; cálmate –le dije. Pero se me escurrió de las manos.

La gente que vive en el campo lleva siempre pesadas trancas en lugar de los ligeros bastones del hombre de ciudad. Y al parecer, en Herefordshire es de rigor llevar verdaderas cachiporras. El quinto golpe dado por Biffy rompió el cristal en mil trozos. Tres golpes más le acabaron de abrir camino para entrar en la jaula impunemente. Y antes de que la gente hubiese tenido tiempo de preguntarse qué clase de diversión trataba de obtener aquel individuo a cambio de lo que había pagado por la entrada, ya estaba él dentro, en animada conversación con la muchacha. Y al mismo tiempo hacían su aparición dos fornidos policías.

Los policías no suelen comprender de romanticismos. Y las lágrimas no les conmueven. Se metieron dentro de la vitrina y en un santiamén sacaron a Biffy abriéndose paso entre la multitud. Les seguí para intentar endulzar los últimos momentos de Biffy. El pobre chico me miró, con cara desencajada.

–¡Chiswick 60873! –gritó con voz llena de emoción–. Anótalo, Bertie; si no lo olvidaré. ¡Chiswick 60873! ¡Es el número del teléfono de Mabel!

Y luego desapareció, acompañado por aproximadamente once mil curiosos. Y una voz habló a mi derecha.

–¡Míster Wooster! ¿Qué... qué... qué significa esto?

Sir Roderick, con unas cejas más gruesas que nunca, estaba a mi lado.

–No es nada –contesté–. El pobre Biffy ha vuelto...

Se tambaleó

–¿Qué?

–... a tener un ataque.

–¡Otro! –Sir Roderick suspiró profundamente–. ¿Y con este hombre iba a casarse mi hija? –le oí mascullar.

Le di unas palmaditas en el hombro para animarle. Lo mío me costó, créanme, pero lo hice.

–Yo que usted –le dije–, olvidaría la promesa. No permita esta boda. Le aconsejo que no deje casar a su hija con Biffy.

Me lanzó una mirada torva.

–No necesito sus consejos, míster Wooster. Ya he llegado por convicción propia a esa decisión. Supongo que, como amigo que es de ese hombre (circunstancia que debía haberme puesto en guardia), volverá a verle (lo que yo prometo no hacer jamás). Por tanto, ruego le informe de mi decisión. No habrá compromiso.

–¡Excelente! –contesté.

Y me perdí entre la multitud pensando que sería oportuno intentar conseguir la libertad de Biffen mediante una fianza.

Una hora después, me encaminé al lugar donde había aparcado el coche. Jeeves estaba sentado en el asiento delantero, meditando sobre el cosmos. Al acercarme, se levantó cortésmente.

–¿Se marcha usted, señor?

–Sí.

–¿Y sir Roderick, señor?

–No viene. Sir Roderick y yo nos hemos enfadado. De hoy en adelante no cruzaremos palabra.

–¿Sí, señor? ¿Y míster Biffen? ¿Quiere esperarle?

–No. Lo han detenido.

–¿De veras, señor?

–Sí. Ofrecí pagar una fianza para que le pusieran en libertad inmediatamente, pero decidieron quedarse con él esta noche.

–¿Qué ha hecho, señor?

–¿Recuerda usted la joven de quien le hablé? La ha encontrado dentro de una de las peceras del Palacio de la Belleza, y quiso llegar hasta ella por el camino más

corto, a través del cristal. Entonces los guardias se lo llevaron. –Miré a mi criado con el rabillo del ojo. Aunque es difícil dirigir miradas penetrantes de este modo, hice lo que pude–. Jeeves –le dije–. En esto hay algo más que una simple coincidencia. Usted le dijo a míster Biffen que visitara el Palacio de la Belleza. ¿Sabía usted que la chica estaba allí?

–Sí, señor.

Esto era notable y extraordinario.

–Por consiguiente, ¿usted lo sabe todo?

–Oh, no, señor –contestó Jeeves con indulgente sonrisa.

–Bueno. Pero ¿cómo se enteró?

–Dio la casualidad de que conocía a la futura mistress Biffen.

–Comprendo. Entonces, ¿está usted enterado de todo lo ocurrido en Nueva York?

–Sí, señor. Y por eso no estaba predispuesto a complacerle, la primera vez que tuvo usted la amabilidad de sugerir que yo colaborase. Me equivoqué, pues creí que había estado divirtiéndose con los buenos sentimientos de esa joven. Pero cuando me explicó la verdad de lo ocurrido, me di cuenta de la injusticia en que yo había incurrido con respecto a míster Biffen, y traté de subsanarla.

–Bien. Entonces no hay duda de que le debe a usted mucho. Está loco por ella.

–Me alegra saberlo, señor.

–Y también ella tiene que estarle muy agradecida a usted. El bueno de Biffy ha heredado una renta de quince mil libras anuales, sin mencionar que tiene tantas vacas, gallinas, cerdos y patos que ni siquiera puede llevar la cuenta. Es un buen partido para una chica.

–Sí, señor.

–Dígame, Jeeves, ¿cómo conoció usted a esa joven?

Jeeves miró soñadoramente al tráfico.

–Es mi sobrina, señor... Si me permite un consejo, señor, no mueva con tanta brusquedad el volante. Casi chocamos con ese autobús.

7. SIN OPCIÓN

La prueba testifical había concluido. El mecanismo de la ley funcionó sin averías. Y el magistrado, después de ponerse unas gafas que le apretaban tanto la nariz que parecía que iba a desprendérsele de un momento a otro, tosió como un cordero herido y soltó la mala noticia.

–El detenido Wooster –dijo (¿quién podría retratar la vergüenza y el sufrimiento de Bertram al oírse aplicar tal calificativo?)– pagará una multa de cinco libras.

–¡Muy bien! –dije–. ¡Excelente!

Me quedé asombrado y loco de alegría al ver que el asunto se solucionaba con una suma tan razonable. Miré a través de un mar de rostros, hasta que descubrí a Jeeves, sentado en el fondo. Espíritu fuerte, había venido a ver a su joven señor en una hora de prueba.

–¡Oiga, Jeeves! –exclamé–. ¿Lleva encima cinco libras? No tengo bastante.

–¡Silencio! –bramó un funcionario del tribunal.

–Tranquilo –contesté–. Arreglaba los detalles financieros, ¿sabe? ¿Los tiene, Jeeves?

–Sí, señor.

–¡Magnífico!

–¿Es usted amigo del detenido? –preguntó el magistrado.

–Estoy empleado al servicio de míster Wooster, señoría.

–Entonces, pague la multa al oficial.

–Muy bien, señoría.

El magistrado hizo una seña glacial en mi dirección, para indicar que podían quitarme las esposas, y después de sacarse las gafas otra vez, procedió a fulminar al pobre Sippy con una de las miradas más torvas que jamás se vieran en el tribunal correccional de Bosher Street.

–El caso del detenido León Trotski –dijo, volviendo a mirar torvamente a Sippy–, de quien estoy convencido usa nombre falso, es mucho más serio. Se le acusa de haber cometido una violenta agresión contra un policía. La declaración del oficial ha demostrado que el detenido le dio un golpe en el abdomen, causándole agudos dolores internos, y se opuso violentamente a que el oficial pudiera cumplir con su deber. Sé perfectamente que en la noche que sigue a la contienda acuática anual entre las universidades de Oxford y Cambridge, las autoridades muestran tradicionalmente cierta tolerancia, pero los actos de salvajismo, como el cometido por el detenido Trotski, no pueden ni deben ser pasados por alto ni mucho menos paliados. Se le condena a treinta días de prisión sin fianza.

–¡No, oiga...! ¡Maldita sea! –protestó el pobre Sippy.

–¡Silencio! –bramó el funcionario.

–Pasemos al caso siguiente –dijo el magistrado.

Y aquí terminó la vista.

Todo el asunto resultó muy desgraciado. La memoria me falla en algunos detalles; pero, por lo que he podido reconstruir, lo que ocurrió fue más o menos lo siguiente:

Aunque por lo general soy abstemio, hay una noche del año en que, dejando de lado todos los compromisos, tengo una propensión a perder los estribos, remozando mi perdida juventud. La noche a que aludo es la que sigue a la regata anual entre Oxford y Cambridge. Entonces es cuando se puede ver a Bertram divirtiéndose. Y reconozco que en aquella ocasión me liberé de las amarras como nunca; de modo que cuando encontré al bueno de Sippy frente al Empire estaba de un humor excesivamente alegre. En cambio, me sorprendió que Sippy, que generalmente llevaba la batuta en las juergas, estuviera lejos de dar rienda suelta a su carácter. Tenía el aspecto del hombre que alberga una pena secreta.

–Bertie –me dijo cuando pasábamos por Piccadilly Circus–, mi corazón, henchido de dolor, no puede alegrarse de ningún modo. –Sippy tiene intención de ser escritor, aunque para los principales gastos de su subsistencia depende de la asignación que le pasa una anciana tía que vive en el campo. Y sin duda por sus aficiones, su conversación adquiere a veces una retórica entonación–. No quiero sucumbir, Bertie –añadió–. ¡No quiero!

–Pero ¿de qué se trata?

–Mañana tengo que irme a pasar tres semanas con unos amigos absolutamente empalagosos, es más, definitivamente estúpidos de la tía Vera. Ella lo ha organizado todo. ¡Así se pudran todos los bulbos de su jardín!

–¿Quiénes son esos diablos? –pregunté.

–Unos tal Pringle. No les he visto desde los diez años, pero recuerdo que me causaron muy mala impresión.

–Feo asunto. No me sorprende que estés tan alicaído.

–La vida es muy gris –dijo Sippy–. ¿Qué podría hacer para sacudirme esta atroz depresión?

Fue entonces cuando tuve una de esas brillantes ideas que se le ocurren a uno pasadas las once de la noche del día de las regatas.

–Lo que necesitas es el casco de un policía.

–¿De veras, Bertie?

–Desde luego, en tu lugar yo estaría cruzando la calle para pescar aquel que se ve allí.

–Pero debajo de aquel casco hay una autoridad. Se ve claramente.

–¿Qué importa? –contesté. Era incapaz de seguir su razonamiento.

Sippy se quedó unos momentos pensativo.

–Creo que tienes razón –me dijo al fin–. Es gracioso que no se me hubiese ocurrido. ¿De veras me recomiendas que me apodere de aquel casco?

–Claro que sí.

–Bien, vamos allá –contestó. Y allá fue el muchacho, jovial y entusiasmado.

Ya están ustedes en antecedentes, y pueden imaginar que al salir yo en libertad me remordía la conciencia de mala manera. Con sus veinticinco años, con toda

la vida que se abría risueña ante él, Oliver Randolph Sipperley se había convertido en un pájaro enjaulado, y todo por mi culpa. Yo fui quien hizo caer a aquel fino espíritu en manos de la justicia. Ahora se planteaba la cuestión de lo que podría hacer por él.

Sin duda, lo más urgente era ponerse en contacto con Sippy, y preguntarle si tenía mensajes o últimas voluntades, o lo que fuese, que confiarme. Pregunté, insistí, y poco después me encontré en un cuartito oscuro, de paredes enjalbegadas, con un banco de madera por todo mobiliario. Sippy estaba sentado en él, cogiéndose la cabeza entre las manos.

–¿Cómo estás, amigo mío? –le susurré, como se habla a los enfermos.

–¡Estoy acabado! –exclamó Sippy, que parecía un pelele.

–¡Eh, ánimo, hombre! –le dije–. No es para tanto. Además, has tenido el acierto de dar un nombre falso. Nada se sabrá por la prensa.

–Los periódicos no me preocupan. Lo que me preocupa es cómo puedo pasar tres semanas con los Pringle, si he de estar en una celda con un grillete atado al tobillo.

–Pero me dijiste que no querías ir.

–No es cuestión de querer, amigo. Tengo que hacerlo. Si no, mi tía descubrirá dónde me encuentro. Y si descubre que estoy cumpliendo una condena de treinta días en el más oscuro calabozo, ¿adónde iré a parar?

Lo comprendí.

–Ésta no es cosa que podamos resolver por nosotros mismos –le dije seriamente–. Tenemos que confiar en un poder más elevado. Consultemos a Jeeves.

Y después de haber obtenido algunos datos necesarios, le estreché la mano, le di unos golpecitos en el hombro y me fui a casa a ver a Jeeves.

–Jeeves –le dije cuando hube bebido hasta la última gota de la copa que me había preparado sabiamente para cuando llegara–, tengo algo que decirle. Algo muy importante; algo que afecta vitalmente a un hombre a quien usted ha mirado

siempre con..., a un hombre a quien usted..., bueno, dejémonos de historias. Me refiero a míster Sipperley.

–¿Sí, señor?

–Jeeves, míster Sipperley está en chirona.

–¿Perdón, señor?

–Míster Sipperley está en la cárcel –aclaré.

–¿De veras, señor?

–Por culpa mía, además. Yo fui quien, en un momento de equivocada amabilidad, con la sana intención de proporcionarle algo que regocijara su mente, le recomendé apoderarse del casco de un policía.

–¿Perdón, señor?

–Haga el favor de no interrumpirme, Jeeves –dije–. Para un hombre que tiene jaqueca es una historia muy complicada; y si me interrumpe me hará perder el hilo. Por consiguiente, limítese a escuchar y a asentir.

Cerré los ojos y expliqué los hechos.

–Para empezar, no sé si sabe usted que míster Sipperley depende casi por completo de su tía Vera.

–¿Se refiere a miss Sipperley de Paddock, Beckley-on-the-Moor, Yorkshire, señor?

–Sí. ¿La conoce?

–Personalmente no, señor. Pero tengo un primo que vive en aquel pueblo y que la conoce. Según él, es una señora anciana autoritaria y de mal carácter... Pero, perdone, señor, tendría que haberme limitado a asentir con la cabeza.

–Tendría que haberlo hecho. Pero ya es demasiado tarde.

Asentí. La noche anterior no había dormido mis habituales ocho horas, y de vez en cuando me embargaba una especie de letargia.

–¿Sí, señor?

–¡Oh..., ah..., sí...! –exclamé despabilándome–. ¿Dónde estábamos?

–Decía usted que míster Sipperley depende prácticamente de miss Sipperley, señor.

–¿Eso he dicho?

–Sí, señor.

–Bien... Entonces, ya comprenderá usted que mi amigo tiene un gran interés en mantenerse en buenas relaciones con ella.

Jeeves asintió con un movimiento de la cabeza.

–Bien. El otro día ella le escribió diciéndole que fuera al pueblo para cantar en un concierto organizado por ella. Aquello equivalía a una real orden, ¿comprende?, y Sippy no pudo negarse. Pero él ya había cantado en una ocasión en un concierto por el estilo, y fue un fracaso de primer orden, por lo que no sentía la menor intención de repetir el experimento. ¿Sigue usted el hilo de la historia, Jeeves?

Jeeves asintió con la cabeza.

–¿Y qué hizo entonces? Lo que en aquel momento le pareció más inteligente. Decir a su tía que le agradaría muchísimo cantar en el concierto organizado por ella en el pueblo, pero, por desgracia, el director de un periódico le había encargado una serie de artículos sobre los colegios de Cambridge, y se veía obligado a visitarlos enseguida, pasando posiblemente allí tres semanas. ¿Está claro?

Jeeves movió el cráneo.

–A lo que miss Sipperley contestó que comprendía perfectamente que el deber es antes que el placer (para ella es un placer el acto de cantar en un concierto de Beckley-on-the-Moor y provocar la risa de los bromistas locales). Pero añadía que si iba a Cambridge, tenía que hospedarse en casa de los Pringle, amigos de la tía que residen en las afueras de la ciudad. Y sin más, les escribió diciéndoles que esperaran a su sobrino alrededor del veintiocho. Ellos contestaron que le

esperaban encantados, y el asunto quedó así. Ahora míster Sipperley está enjaulado. He aquí, Jeeves, un problema digno de su aguda inteligencia. Confío en usted.

–Intentaré corresponder a su confianza, señor.

–Bien, manos a la obra. Y ahora baje las persianas, tráigame otro par de almohadas, ponga esa silla pequeña aquí, para que pueda apoyar los pies en ella, váyase a meditar, y dentro de un par de horas dígame que lo ha resuelto, o mejor, dentro de tres. Y si viene alguien y pregunta por mí, diga que me he muerto.

–¿Muerto, señor?

–Muerto, sí. No se equivocará mucho.

Muy entrada la tarde, desperté con tortícolis. Pulsé el timbre.

–He venido dos veces, señor –dijo Jeeves–, pero le he encontrado dormido, y muy plácidamente al parecer. No he querido despertarle.

–Sabio proceder, Jeeves... ¿Y bien?

–He meditado el problema, señor, y sólo veo una solución.

–Adelante. ¿Cuál es?

–Que vaya usted a Cambridge en lugar... de míster Sipperley.

Me quedé mirándolo. Ciertamente, me encontraba mucho mejor que una hora antes; pero estaba muy lejos de sentirme en condiciones de hacer un viaje como aquél.

–Jeeves –le dije seriamente–, piense en lo que dice. Es una locura.

–Me temo, señor, que no puedo proponer otro plan para dejar en buen lugar a míster Sipperley.

–¡Piénselo mejor! ¡Reflexione! Incluso yo, que he pasado una noche agitada y una mañana muy penosa con esos esbirros de la justicia, veo claramente que su proyecto es una tontería. Además, no es a mí a quien espera esa gente, sino a

míster Sipperley. A mí no me conocen ni saben quién soy.

–Tanto mejor, señor. Lo que sugiero es precisamente que vaya a Cambridge haciéndose pasar por míster Sipperley.

Aquello era demasiado.

–Jeeves –le dije (y creo que había lágrimas en mis ojos)–, no dudo de que usted comprenderá que eso es una solemne tontería. No está bien que le tome el pelo a un hombre medio enfermo.

–Estimo que el plan que sugiero es factible, señor. Mientras usted dormía, hablé un momento con míster Sipperley, y él me informó de que el profesor Pringle y su esposa no le ven desde que tenía diez años de edad.

–Sí, es verdad. Él mismo me lo dijo. Pero no dejarán de hacer preguntas sobre mi tía..., quiero decir su tía.

–Míster Sipperley tuvo la amabilidad de explicarme algunas particularidades de su tía, señor, y las recuerdo perfectamente. Con esto y lo que me explicó mi primo sobre las costumbres de aquella señora, creo que estará usted en situación de contestar a cualquier pregunta intrascendente.

Jeeves tiene algo de insidioso. Muchas veces me ha sorprendido con proposiciones, proyectos, añagazas o planes de campaña visiblemente disparatados, y al cabo de cinco minutos ya estaba yo convencido de que no sólo eran razonables sino incluso excelentes. Pero aquel proyecto era el peor de todos los propuestos hasta la fecha, y se pasó casi un cuarto de hora perorando. Pero no me convenció. Me mantuve firme, hasta que soltó la noticia bomba.

–Además, señor, debo aconsejarle que salga de Londres lo más pronto posible y que permanezca algún tiempo en un lugar donde no puedan encontrarle.

–¿Qué dice? ¡Por qué?

–En espacio de una hora le ha telefoneado tres veces mistress Spencer, señor. Tenía gran interés en hablar con usted.

–¡La tía Agatha! –exclamé palideciendo.

–Sí, señor. Al parecer ha leído en un periódico de la tarde información relativa a las vistas de esta mañana en el tribunal correccional.

Salté de la silla como un conejo en la pradera. Si la tía Agatha me perseguía, lo más indicado era huir.

–Jeeves –dije–, ha llegado el momento de obrar. Prepare una maleta a toda prisa.

–Ya está preparada, señor.

–Pregunte cuándo sale un tren para Cambridge.

–Dentro de cuarenta minutos, señor.

–Llame a un taxi.

–Espera en la puerta, señor.

–¡Magnífico! Entonces, acompáñeme.

La casa de los Pringle estaba un poco separada de Cambridge, a dos o tres kilómetros por Trumpington Road. Cuando llegué, todos se estaban vistiendo para cenar. Por consiguiente, no encontré a la pandilla hasta que me hube puesto el traje de noche y bajé al salón.

–¡Hola! –dije después de aspirar profundamente.

Me esforcé en hablar con voz clara y sonora, pero no las tenía todas conmigo. Visitar una casa por primera vez siempre pone nervioso a un individuo tímido y modesto; y la situación no mejora precisamente si, además, va allí suplantando a otra persona. Me temía que iba a fracasar, y la presencia de los Pringle parecía confirmarlo.

Sippy me había dicho que aquella gente era la más carcamal de Inglaterra, y la afirmación me pareció exacta. El profesor Pringle era un individuo delgado, calvo, con aspecto de dispéptico y ojos de pez. Mistress Pringle parecía una persona que había recibido una mala noticia al comenzar el siglo, de la que todavía no se había repuesto. Y aún estaba asimilando la sorpresa que me habían causado esos dos, cuando me presentaron a un par de antiguallas femeninas, envueltas en sendos velos.

–Sin duda recordará usted a mi madre, ¿verdad? –dijo el profesor fúnebremente, aludiendo a la antigualla número uno.

–¡Oh..., claro! –dije, simulando una grata sorpresa.

–Y a mi tía –suspiró el profesor como si las cosas fuesen de mal en peor.

–¡Desde luego! –dije, con otra agradable muestra de sorpresa dedicada a la antigualla número dos.

–Esta misma mañana decían que se acordaban de usted –gimió el profesor.

Hubo una pausa. Todas las miradas se centraron sobre mí, como un grupo de familia sacado de una macabra escena de Edgar Allan Poe. Sentí que se desvanecía toda mi joie de vivre.

–Me acuerdo de Oliver –dijo la antigualla número uno con un suspiro–. Era un niño muy mono. ¡Cómo se ha estropeado!

Mucho tacto, como pueden ver, y además calculado para que el huésped se sienta como en su casa.

–Recuerdo a Oliver –dijo la antigualla número dos, mirándome como el magistrado de Bosher Street había mirado a Sippy antes de espetarle la sentencia–. ¡Era un niño muy travieso! Martirizaba a mi gato.

–La memoria de la tía Jane es asombrosa, teniendo en cuenta que va a cumplir ochenta y siete años –murmuró mistress Pringle con sobrio orgullo.

–¿Qué ha dicho? –preguntó la antigualla, recelosa.

–Dice que tiene usted una memoria asombrosa –repitió mistress Pringle.

–¡Ah! –La vieja volvió a obsequiarme con una mala mirada, que me hizo comprender que por aquel lado no podía esperarse ninguna simpatía para el pobre Bertram–. Perseguía a mi Tibby por todo el jardín y le disparaba flechas con un arco.

En ese momento salió un gato de debajo del sofá y se dirigió hacia mí con la cola erguida. Los gatos me tienen mucha simpatía, lo cual empeoraba la

situación, pues yo tenía que cargar con el expediente criminal de Sippy. Me incliné para hacerle cosquillas debajo de una oreja, lo cual constituye invariablemente el tratamiento que doy a los gatos, pero la antigualla lanzó un grito:

–¡Salvad al gato!

Con una agilidad impropia de sus años, corrió hacia mí para hacer escapar al gato; luego se quedó mirándome en actitud desafiante. Muy desagradable.

–Me gustan los gatos –dije débilmente.

Mi declaración no sirvió de nada. La simpatía del auditorio no estaba conmigo. Y la conversación permanecía en lo que podríamos llamar un punto muerto, cuando se abrió la puerta y entró una joven.

–Mi hija Heloise –dijo el profesor de mala gana, como si no le agradara tener que admitirlo.

Me volví y saludé a la muchacha, pero me quedé de una pieza, con la mano en el aire, de puro pasmado. No recuerdo haber tenido jamás una sorpresa semejante.

Supongo que suele ocurrir encontrarse con una persona que recuerda a otra con la que uno no quiere tratos. Por ejemplo, una vez me encontraba en Escocia jugando al golf, y vi entrar en el hotel a una mujer que era la estampa viviente de mi tía Agatha. Tal vez sería una excelente persona, pero no me detuve a comprobarlo. Aquella misma tarde me marché, incapaz de poder soportar el espectáculo. Y en otra ocasión abandoné un club nocturno muy divertido porque la cara del primer camarero me recordó a mi tío Percy.

Bien, pues Heloise Pringle tenía un terrible parecido con Honoria Glossop.

Creo que ya he hablado del azote viviente que era la Glossop, la hija del estúpido doctor sir Roderick, muchacha con quien estuve prometido por espacio de tres semanas, en contra de mi voluntad, hasta que al viejo se le ocurrió que mi cabeza no funcionaba normalmente y se opuso al proyecto. Desde entonces, la simple evocación de ella ha bastado para ponerme la piel de gallina. Y aquella muchacha era exactamente igual a Honoria.

–En... en... encantado de conocerla –le dije.

–Gracias.

Su voz era concluyente. Podría haber sido la propia Honoria quien hablaba. Honoria Glossop tiene una voz semejante a la de un león que hace un comunicado autoritario a su manada, lo mismo ocurría con esta chica. Me alejé un poco para recuperar el aliento, cuando de pronto se oyó un alarido seguido de un grito de rabia. Al volverme vi a la tía Jane arrastrándose a gatas en persecución del gato, que había vuelto a meterse debajo del sofá. Me miró, y en aquel momento comprendí que sus peores temores se habían materializado.

Y en ésas estábamos cuando anunciaron la cena.

–Jeeves –le dije cuando me quedé a solas con él, aquella noche–, no soy ningún pusilánime pero creo que no podré resistirlo.

–¿No le resulta agradable la estancia, señor?

–No, Jeeves. ¿Ha visto a miss Pringle?

–Sí, señor, de lejos.

–Muy inteligente de su parte. ¿La ha observado bien?

–Sí, señor.

–¿No le recuerda a nadie?

–Se parece extraordinariamente a su prima Honoria Glossop, señor.

–¿A su prima? ¿Es prima de Honoria Glossop?

–Sí, señor. Mistress Pringle era miss Blatherwick, la más joven de las dos hermanas, la mayor se casó con sir Roderick Glossop.

–¡Caramba! Eso explica el parecido.

–Sí, señor.

–¡Menudo parecido, Jeeves! Hasta habla como miss Glossop.

–Todavía no la he oído, señor.

–No se ha perdido nada, Jeeves. Y lo peor es que, si bien no quiero dejar en mala situación a Sippy, temo que esta visita me acarreará muchos disgustos. Todo lo más, se puede aguantar al profesor y a su esposa. Aún podría hacer un esfuerzo y soportar a la tía Jane. Pero esperar que un hombre pueda tratar diariamente con la chica Heloise, y hacerlo, además, con dieta de limonada, que es todo lo que se ha bebido en la cena, es superior a mis fuerzas. ¿Qué voy a hacer, Jeeves?

–Sugiero evitar la compañía de miss Pringle, señor.

–Ya lo he pensado –dije.

Es muy fácil hablar de evitar la compañía de una mujer, pero cuando se vive en la misma casa y ella no quiere evitar vuestra compañía, resulta harto difícil. Como es sabido, las personas cuya presencia más queremos soslayar, las encontramos constantemente adheridas a nosotros como cataplasmas. No hacía todavía veinticuatro horas que me alojaba en aquella casa, y ya estaba convencido de que no me libraría fácilmente de aquella pejiguera.

Era de esas chicas con las que nos cruzamos siempre por escaleras y pasillos. No podía entrar en una estancia sin que, al cabo de un minuto, no acudiera la joven en cuestión. Y si paseaba por el jardín, estaba seguro de que se me aparecería junto a un laurel o que surgiría tras los arbustos, o cosa semejante. Hacia el décimo día de estar allí, aquello se había convertido en una verdadera tortura.

–Jeeves –le dije–, esto me obsesiona.

–Entiendo, señor.

–Esta mujer me persigue. Nunca tengo un momento para mí. Suponen que Sippy tenía que hacer un estudio sobre los colegios de Cambridge, y esta mañana ella me ha llevado a ver unos cincuenta y siete. Esta tarde fui a sentarme al jardín y, sin saber cómo, me la encontré allí. Al anochecer me ha acorralado en la salita. La cosa es tan grave que no me sorprendería encontrármela en el cuarto de baño, escondida en la jabonera.

–Es lamentable, señor.

–¡Es horrible! ¿Se le ocurre alguna solución?

–En este momento, no, señor. Al parecer, miss Pringle está muy interesada en

usted, señor. Esta mañana me estuvo interrogando sobre su estilo de vida en Londres.

–¿De veras?

–Sí, señor.

Me quedé horrorizado, mirándole. Me asaltó un terrible pensamiento. Y me eché a temblar como un junco.

Aquel día, a la hora del almuerzo, sucedió algo curioso. Acabábamos de comer unas costillas y yo estaba reclinado en el respaldo de mi silla, haciendo un compás de espera antes de que me sirvieran mi parte de budín hervido, cuando al levantar por azar la vista vi que la mirada de la joven Heloise estaba fija en mí, de un modo que me pareció extraño. No le presté atención, porque el budín hervido es un manjar que requiere los cinco sentidos si uno quiere hacerse justicia a sí mismo. Pero ahora, recordando el episodio a la luz de las palabras de Jeeves, comprendí el siniestro significado de aquello.

Hasta el momento en que ocurrió no me había parecido cosa nueva para mí, y ahora comprendí súbitamente por qué. Era la mismísima mirada que había visto en los ojos de Honoria Glossop en los días que precedieron a nuestro noviazgo: la mirada de una tigresa que ha elegido su víctima.

–Jeeves...

–Diga, señor.

Tragué saliva.

–Jeeves, escúcheme bien. No quiero dar la impresión de que me considero un presumido que ejerce irresistible fascinación sobre las personas, y que no puede encontrar a una chica sin turbar su espíritu. A decir verdad, casi me ocurre lo contrario, porque las chicas que me conocen más bien se sienten inclinadas a enarcar las cejas y a hacer muecas. Por consiguiente, nadie puede decir que soy un hombre que pueda alarmarse innecesariamente. Lo reconoce usted, ¿verdad?

–Sí, señor.

–Sin embargo, Jeeves, es un hecho científicamente reconocido: existe un tipo

especial de mujer que se siente extrañamente atraída por la clase de individuo que soy. ¿No lo cree usted así?

–Desde luego, señor.

–Sé perfectamente que sólo poseo, por decirlo así, la mitad de cerebro del que corresponde a un individuo normal. Pero cuando tropiezo con una chica dotada de doble cantidad de cerebro de la corriente, se precipita hacia mí con ojos de enamorada. No sé a qué atribuirlo.

–Quizá es una tendencia de la naturaleza para mantener el equilibrio de la especie, señor.

–Puede. Sea como fuese, me ha ocurrido varias veces. Tal sucedió en el caso de Honoria Glossop. Fue la alumna más inteligente de su curso en Girton, y me miraba como si quisiera comerme.

–Según me han informado, señor, miss Pringle fue una estudiante más aventajada aún que miss Glossop.

–¡Por el amor de Dios! No hay más que decir: está enamorada de mí.

–¿Sí, señor?

–Tropiezo con ella en escaleras y pasillos.

–¿De veras, señor?

–Me recomienda libros para enriquecer mi cultura...

–Muy sugestivo, señor.

–Esta mañana, al desayunar, yo tomaba salchichas y ella me dijo que no debía hacerlo, porque la ciencia médica moderna considera que un trozo de salchicha de diez centímetros contiene tantas bacterias como un ratón muerto. Es el espíritu maternal, ¿ve usted? ¡Se preocupa por mi salud!

–Creo, señor, que se trata de un detalle definitivo.

Me dejé caer en una silla.

–¿Qué podríamos hacer, Jeeves?

–Hemos de pensarlo, señor.

–Piense usted. Yo no tengo la maquinaria adecuada.

–Pondré el mayor interés en el asunto, señor.

Bien; eso ya era algo. Pero yo no me sentía tranquilo, y estaba realmente inquieto.

A la mañana siguiente visitamos otros sesenta y tres colegios de Cambridge, y después de comer anuncié que me iba a mi cuarto a descansar. Después de permanecer allí una media hora, para dar tiempo a que la escena se despejase, me metí en el bolsillo un libro y los implementos de fumar, y saltando por la ventana bajé por el canalón de aguas hasta el jardín. Mi objetivo era la glorieta, pues creí que un hombre podía pasar allí una hora tranquilo, sin que nadie le interrumpiese.

El jardín estaba acogedor. Brillaba el sol, estaban floridos los azafranes y por ninguna parte se veía rastro de Heloise Pringle. El gato jugueteaba entre el césped, y al verle le llamé; hizo un ruido gutural, y vino hacia mí a buen paso. Acababa de cogerlo y empezaba a hacerle cosquillas debajo de la oreja, cuando se oyó un agudo chillido por encima de mi cabeza. Era la tía Jane, sacando más de medio cuerpo por la ventana. Un serio tropiezo.

–¡Oh, no se preocupe!

Solté el gato, que se escabulló entre los arbustos. Renuncié a la idea de arrojar un ladrillo a la vieja y seguí mi camino hacia la pérgola. Una vez refugiado allí, continué hasta encontrar la glorieta. Y créanme que apenas acababa de encender el primer cigarrillo y me disponía a leer, cuando una sombra se extendió sobre mi libro. Alcé los ojos: a dos pasos, delante de mí, se hallaba mi joven perseguidora.

–¡Ah! ¿Está usted aquí? –me dijo.

Se sentó a mi lado, y con una especie de repelente espíritu travieso, me quitó el cigarrillo de la boquilla y lo arrojó al suelo.

–¡Fuma demasiado! –dijo con tono excesivamente cariñoso–. No me gusta que fume. Es perjudicial para la salud. Tampoco debe estar aquí sin una chaqueta ligera. Necesita a alguien que cuide de usted.

–Tengo a Jeeves.

–No me es simpático –repuso, frunciendo el ceño.

−¿Por qué?

–No sé. Me gustaría que prescindiera de él.

Los nervios se me crisparon: una de las primeras cosas que hizo Honoria Glossop cuando estuvimos prometidos fue decirme que Jeeves no le resultaba simpático y que quería que le despidiera. Y al advertir que esta muchacha se parecía a Honoria no sólo físicamente, sino en negrura de alma, me eché a temblar.

–¿Qué lee?

Cogió el libro y volvió a fruncir el ceño. Era una novela que había traído para hojear en el tren; un ejemplar de un relato policíaco, muy interesante, El rastro de sangre. Volvió unas páginas con una sonrisita burlona.

–No comprendo cómo le pueden gustar estas tonterías... ¡Válgame Dios!

–¿Qué pasa?

–¿Conoce usted a Bertie Wooster?

Se refería al hecho de que mi nombre aparecía garabateado en la sobrecubierta. Mi corazón dio tres brincos.

–Oh... claro... verá... un poco.

–Debe de ser un hombre horrible. Me sorprende que usted pueda ser amigo suyo. Dejando de lado todo lo demás, Wooster es un perfecto imbécil. Una vez tuvo relaciones con mi prima Honoria; pero lo dejaron porque él estaba medio loco. ¡Tendría que oír al tío Roderick hablando de él!

Me puse nervioso.

–¿Lo ve a menudo?

–¡Lo suficiente!

–El otro día leí en el periódico que le habían multado por provocar un alboroto en un lugar público.

–Sí, ya lo leí.

Me miró de un repugnante modo maternal.

–No es buena compañía para usted –observó–. Quiero que deje de tener tratos con él. ¿Me lo promete?

–Bien... –empecé.

En este punto el bueno de Cuthbert, el gato, que supongo debía de aburrirse en los arbustos, surgió con una expresión afable en la cara, y se subió de un salto a mis rodillas. Yo le acogí con cordialidad. Porque, aunque sólo era un gato, constituía una especie de tercera persona en aquel grupo y ofrecía un buen pretexto para cambiar de conversación.

–Los gatos son cariñosos –dije.

Pero ella no estaba para fruslerías.

–¿Dejará usted de frecuentar a Bertie Wooster? –insistió, ignorando el tema del gato.

–Resultará algo difícil.

–¡Tonterías! Sólo se necesita un poco de buena voluntad. Al fin y al cabo, Wooster no puede ser interesante. El tío Roderick dice que es un derrochador inveterado.

Podía haber mencionado lo que pienso del tío Roderick, pero me abstuve.

–Usted ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos –me dijo con tono de reproche. –Se agachó y empezó a hacerle cosquillas al gato, debajo de la

otra oreja–. ¿Recuerda que cuando éramos niños me decía que haría cualquier cosa por mí?

–¿Sí?

–No he olvidado que una vez se echó a llorar porque yo estaba enfadada y no quería que me diese un beso.

No lo creí entonces, ni lo creo ahora. En muchos aspectos, Sippy es algo tonto, pero estoy seguro de que ni siquiera a los diez años podía ser tan burro. Creo que la chica mentía, pero esto no mejoró la situación. Me aparté un par de centímetros de ella, y me quedé mirando fijamente la lejanía, con las cejas enarcadas.

Y entonces, de improviso... Bien, ya saben lo que pasa en tales casos. Supongo que todo el mundo ha sentido alguna vez que un poder irresistible lo impulsa a hacer alguna cosa rara. Por ejemplo, entrar en un teatro abarrotado de público y sentir el impulso de gritar «¡Fuego!», para ver qué pasa. O bien uno está hablando con una persona y de pronto le asalta la idea de darle cachetes.

Pues bien; algo parecido me ocurrió a mí. Su hombro estaba rozando el mío y su cabello me hacía cosquillas en la nariz. Sentí un irresistible impulso de besarla.

–¿De veras hice eso? –dije.

–¿Lo ha olvidado?

Levantó la cabeza y me miró fijamente. Me sentí desfallecer. Cerré los ojos. Y entonces, en la puerta de la glorieta resonó la voz más bella que he oído en mi vida:

–¡Apártese del gato!

Abrí los ojos. Allí estaba la buena anciana tía Jane, aquella reina milenaria, de pie ante mí, mirándome como si yo fuera un viviseccionista sorprendido en mitad de un experimento. Cómo se las había apañado para seguirme el rastro aquella perla de mujer, no lo sé, pero allí estaba, bendita sea, como el equipo de salvamento que aparece al fin de una película.

No me lo hice repetir. El hechizo estaba roto y aproveché para escapar. Y

mientras me alejaba llegó de nuevo a mis oídos aquella dulce voz.

–Disparaba flechas a mi Tibby con un arco –decía la más oportuna y excelente de todas las octogenarias.

Durante unos días hubo tranquilidad. Relativamente, vi pocas veces a Heloise. El sistema de salir de mi cuarto por la ventana y bajar por el canalón de desagüe era de un valor inapreciable. Me acostumbré tanto que pocas veces salía por otro camino. Llegué a pensar que, con un poco de suerte, podría soportar el resto de mi estancia.

Pero entretanto, como dicen en los libros...

Un par de noches más tarde, cuando bajé al salón la familia estaba reunida en pleno. El profesor, mistress Pringle, las dos antiguallas y Heloise. El gato dormía en la estera y el canario en su jaula. Nada indicaba que aquélla no era una noche como las demás.

–¡Bien, bien! –dije alegremente–. ¡Hola a todos!

Siempre me gusta hacer un poco de barullo cuando entro, porque eso pone a tono a la gente.

Heloise me miró con reproche.

–¿Dónde ha estado metido usted todo el día? –preguntó.

–Subí a mi cuarto después de comer:

–Pero a las cinco no estaba allí.

–No. Después de trabajar algo con las informaciones de los colegios, fui a dar un paseo. Hay que hacer ejercicio, si uno quiere sentirse bien.

–*Mens sana in corpore sano –comentó tontamente el profesor.*

–Claro que sí –contesté cordialmente.

En este punto en que todo iba como una seda, y me estaba sintiendo como el pez en el agua, mistress Pringle me asestó de pronto un terrible golpe en la base del

cráneo con un saco de arena. No de verdad, por supuesto. Hablo metafóricamente, por decirlo así.

–Roderick tarda mucho –dijo.

Quizá resulte extraño que este simple nombre desorganizara todo mi sistema nervioso. Pero les aseguro que para el hombre que ha tenido tratos con sir Roderick Glossop sólo existe un Roderick en el mundo... y sin duda sobra.

–¿Roderick? –grazné.

–Mi cuñado, sir Roderick Glossop, viene esta noche a Cambridge –dijo el profesor–. Mañana dará una conferencia en el Colegio de San Lucas. Le esperamos a cenar.

Me quedé estupefacto. Y aún estaba en esta situación, cuando se abrió la puerta.

–Sir Roderick Glossop –anunció la criada.

Y acto seguido, sir Roderick Glossop entró en la estancia con paso firme.

Una de las cosas que hacen tan antipático a este individuo entre la buena sociedad es que su cabeza es como la cúpula de la catedral de San Pablo y sus cejas enmarañadas piden a gritos los cuidados de un peluquero. Es desagradable ver que ese sujeto calvo y barbudo avanza hacia uno, si no se tienen buenas defensas en retaguardia.

Cuando irrumpió en el salón me refugié detrás de un sofá y encomendé mi alma a Dios. No hizo falta que me leyeran las líneas de la mano para saber que se avecinaba una tormenta en forma de hombre oscuro.

Al principio no se fijó en mí. Estrechó la mano del profesor y de su esposa, besó a Heloise, e hizo una reverencia a las antiguallas.

–Siento llegar con retraso –dijo–, pero tuve una pequeña avería durante el camino. Mi chófer dice que fue debida a...

En este momento se fijó en mí y lanzó un gruñido de sorpresa, como si mi sola presencia le provocara una hemorragia interna.

–Este caballero... –empezó el profesor, señalándome.

–Ya conozco a míster Wooster.

–Este caballero... –siguió el profesor– es Oliver, el sobrino de miss Sipperley. ¿Recuerdas a miss Sipperley?

–¿Qué quieres decir? –ladró sir Roderick. El continuo trato con tontos le había dado modales bruscos y autoritarios–. Éste es aquel desgraciado de Bertram Wooster. ¿Qué es este lío de Oliver y Sipperley?

El profesor me miró con comprensible sorpresa. Lo mismo que todos los demás. Yo me quedé de una pieza.

–Yo... verán... Yo... –balbuceé.

El profesor se esforzaba en comprender qué pasaba. Casi se oía cómo trabajaba su cerebro.

–Dijo que era Oliver Sipperley –explicó con voz quejumbrosa.

–¡Esto es inaudito! –bramó sir Roderick–. ¿Debo deducir de todo esto que ha infligido a esta familia la plaga de su presencia haciéndose pasar por sobrino de una vieja amistad?

Aquello daba la impresión de ser una descripción muy acertada de la realidad de los hechos.

–Es... eh... sí –dije.

Sir Roderick me fulminó con la mirada, la cual, como un rayo, atravesó mi rostro, zigzagueó por todo mi cuerpo y salió por los pies.

–¡Está como una cabra! Lo supe nada más conocerle.

–¿Qué ha dicho? –preguntó la tía Jane.

–Roderick dice que este joven está loco –gritó el profesor.

–¡Ah! –dijo la tía Jane, asintiendo–. Le gusta bajar por los canalones de desagüe.

–¿Qué?

–Yo misma lo he visto... ¡Más de una vez!

Sir Roderick soltó un violento bufido.

–Debería estar encerrado. Es abominable que una persona en tan lamentable estado mental ande suelto por el mundo. La próxima vez le puede dar por matar a alguien.

Aun a costa de descubrir todo el tinglado de Sippy tenía que repeler aquella terrible acusación. Sea como fuese, lo de Sippy había naufragado.

–Permitan que me explique –dije–. Sippy me lo pidió.

–¿Qué quiere decir?

–Él no podía venir porque le encarcelaron a causa de una tontería cometida la noche de las regatas.

No fue fácil hacerles comprender todo lo ocurrido, y aun cuando lo conseguí al fin, no pareció que ello excusase mi comportamiento. Noté una acentuada frialdad hacia mí, y cuando anunciaron la cena desaparecí y subí a mi cuarto. Claro que podría haberlo hecho después de cenar; pero el ambiente no me pareció favorable.

Pulsé el timbre.

–Jeeves –le dije cuando acudió a mi llamada–, hemos naufragado.

–Lo siento, señor.

–Los cimientos del infierno se tambalean y el juego ha terminado.

Jeeves escuchó atentamente mi relato.

–Es una contingencia que no podíamos descartar, señor. Ahora sólo se puede hacer una cosa.

–¿Cuál?

–Ir a ver a miss Sipperley, señor.

–¿Para qué?

–Creo que es más juicioso que le explique lo ocurrido, señor, antes de que lo sepa por una carta del profesor Pringle. Eso si usted desea continuar abogando en bien de míster Sipperley.

–Por supuesto. No puedo abandonar al pobre Sippy. Si usted cree que ello puede servir para algo...

–Podemos intentarlo, señor. Es posible que encontremos a miss Sipperley dispuesta a mirar indulgentemente el caso de míster Sipperley.

–¿Qué le induce a creerlo?

–Simplemente una corazonada, señor.

–Bien. Si usted cree que merece la pena probarlo... ¿Cómo se puede ir allí?

–Hay más de doscientos kilómetros, señor. Lo mejor sería alquilar un coche, señor.

–Alquílelo, Jeeves.

La idea de encontrarme a más de doscientos kilómetros de Heloise Pringle, la tía Jane y sir Roderick Glossop me parecía lo mejor del mundo.

El Paddock, en Beckley-on-the-Moor, estaba a un par de parasangas del pueblo, y allá acudí por la mañana, después de desayunar alegremente en la fonda local, sin el más ligero temblor. Supongo que cuando alguien ha soportado tantas cosas como yo en el transcurso de las últimas dos semanas, el sistema nervioso se le anquilosa. Después de todo, esa tía de Sippy no era sir Roderick Glossop, de modo que no había de qué asustarse.

El Paddock era una pulcra casa medianamente grande, con un jardincito muy aseado, y un sendero de gravilla recién rastrillada. Parecía recién salida de la tintorería. Pertenecía a aquella clase de casas de las cuales uno piensa: «Aquí vive la tía de alguien.» Avancé por el sendero y, al volver un recodo, a poca distancia, vi a una mujer ocupada en un parterre de flores, con una podadera en

la mano. Comprendí que aquélla era la dama a quien buscaba. De modo que me detuve, carraspeé y pregunté:

–¿Miss Sipperley?

Estaba de espaldas, y al oír mi voz ejecutó una especie de brinco y media vuelta como haría una bailarina sin zapatillas al pisar una tachuela en plena representación de Salomé. Bajó a la tierra y me miró con recelo. Era una mujer alta, robusta y rubicunda.

–Perdone si la he asustado –le dije.

–¿Quién es usted?

–Me llamo Wooster. Soy amigo de su sobrino Oliver.

Su respiración se sosegó.

–¡Ah! –me dijo–. Cuando oí su voz creí que usted era otro.

–No, soy yo. He venido a hablarle de Oliver.

–¿Qué ocurre con él?

Ahora, cuando nos acercábamos al meollo de la situación, parecía haberme abandonado mucha de mi confianza en mí mismo.

–Debo advertirle que tengo que decirle algo desagradable.

–¿Está enfermo? ¿Ha tenido algún accidente?

Lo preguntó con ansiedad, y me gustó aquella demostración de interés humanitario. Decidí, pues, decírselo sin más rodeos.

–No, no está enfermo –dije–; y en cuanto a lo del accidente, eso depende de lo que usted considere un accidente. Está en chirona.

–¿Dónde?

–En la cárcel.

–¿En la cárcel?

–Exclusivamente por mi culpa. Dábamos un paseo la noche de las regatas, y yo le induje a que le quitara el casco a un policía.

–No comprendo.

–El muchacho estaba algo deprimido, ¿sabe?, y acertada o equivocadamente pensé que tal vez se distraería si cruzaba la calle y le quitaba el casco a un policía. Él lo consideró también una buena idea, por lo que fue directamente hacia el agente. Éste no se dejó convencer, y Oliver la emprendió a golpes.

–¿A golpes?

–Sí. Un buen puñetazo en el estómago...

–¿Mi sobrino Oliver dio un puñetazo en el estómago de un policía?

–Justamente en la boca del estómago. Y a la mañana siguiente el magistrado le condenó a un mes de prisión sin fianza.

Mientras le contaba estos detalles la observaba atentamente para ver cómo encajaba la cosa. Cuando terminé, su cara pareció partirse súbitamente en dos. Por un momento tuve la sensación de que su rostro no era más que boca. Después se echó a reír como una posesa.

Pensé que era una suerte para ella que no estuviese allí sir Roderick Glossop, porque habría pedido una camisa de fuerza al momento.

–¿No se enfada usted?

–¿Enfadarme? –dijo sin dejar de reír, henchida de felicidad–. ¡En mi vida he oído algo más divertido!

Me sentí encantado, como si me hubiese quitado un peso de encima. No había creído que la cosa la trastornara mucho, pero tampoco esperaba que provocara aquella reacción jocosa.

–Estoy orgullosa de mi sobrino –exclamó.

–Bien.

–Si todos los jóvenes de Inglaterra diesen puñetazos a los policías en el estómago, podríamos vivir mucho mejor en este país.

No comprendí a qué se refería, pero vi que el resultado de mi visita no podía ser mejor. De modo que, tras un poco más de alegre conversación, me despedí y me marché.

–Jeeves –le dije cuando llegué a la fonda–, todo ha ido de perlas. Pero no llego a entender por qué.

–¿Qué ha sucedido con miss Sipperley, señor?

–Le dije que Sippy estaba en chirona por haber golpeado a un policía. Ella se echó a reír como una loca y dijo que estaba orgullosa de su sobrino.

–Creo poder explicar esta actitud que parece excéntrica, señor. Sé que miss Sipperley ha sufrido algunas molestias por parte del policía del pueblo estas dos últimas semanas. Sin duda esto ha provocado en ella un acendrado odio contra los policías en general.

–¿Sí? ¿Qué ha ocurrido?

–El policía del pueblo ha extremado el cumplimiento de su deber, señor. En el espacio de diez días ha denunciado tres veces a miss Sipperley: por conducir a velocidad excesiva, porque su perro iba por la calle sin bozal y por no reparar una chimenea defectuosa. Miss Sipperley se considera una especie de personaje local, por lo que estaba acostumbrada a hacer estas cosas con absoluta impunidad. El inesperado comportamiento del policía la ha indispuesto contra la policía en general, y por consiguiente es lógico que le haga gracia y le satisfaga una agresión como la cometida por míster Sipperley.

Lo comprendí.

–¡Magnífico, Jeeves!

–Sí, señor.

–¿Cómo ha sabido usted todo eso?

–Me lo ha contado el mismo policía, señor. Es mi primo.

Le miré y lo comprendí todo.

–¡Santo Dios, Jeeves! ¿No le dio propina?

–¡Oh, no, señor! Pero como fue su cumpleaños la semana pasada, le hice un regalito. Egbert y yo siempre hemos sido muy amigos, señor.

–¿Cuánto?

–Cinco libras, señor.

Eché mano de la cartera.

–Aquí las tiene –le dije–, y otras cinco para usted.

–Gracias, señor.

–Jeeves, usted hace maravillas. ¿Le importa que cante un poco?

–En absoluto, señor.

8. LA HISTORIA SENTIMENTAL DE FREDDIE

Una tarde, al regresar del club, fui a ver a Jeeves y le dije:

–Jeeves, no quiero interrumpirle.

–Muy bien, señor.

–Pero me gustaría hablar un rato con usted.

–¿Sí, señor?

Jeeves estaba preparando mi equipaje, ante la inminencia de nuestras vacaciones en la playa, y al oír mis palabras se irguió y permaneció en actitud de respetuosa espera.

–Jeeves, a un amigo mío le está sucediendo algo muy desagradable.

–¿De veras, señor?

–¿Conoce usted a míster Bullivant?

–Sí, señor.

–Bien. Este mediodía fui a comer al Club Los Zánganos, y me lo encontré en el rincón más oscuro de la sala de fumar con un aspecto parecido al de la última rosa de verano. Naturalmente, eso me sorprendió. Ya sabe usted que es un hombre muy vivaracho, alma de todas las reuniones a que asiste.

–Sí, señor.

–Puede decirse que es una fuente de alegría.

–Exactamente, señor.

–Pues bien, se ha peleado con su novia. ¿Sabía usted que estaba prometido con miss Elizabeth Vickers?

–Sí, señor. Recuerdo haberlo leído en el Morning Post.

–Ya no está prometido. No me ha dicho qué ha pasado entre ellos, pero se rumorea que ella le arañó la cara, no permite que él se acerque, se niega a contestar sus llamadas y le devuelve, sin abrir, sus cartas.

–Muy mortificante, señor.

–Tenemos que ayudarle, Jeeves. Pero ¿cómo?

–Es difícil dar consejos sobre esto, señor.

–Para empezar, lo llevaré conmigo a Marvis Bay. Estos pájaros que se dejan maltratar por la chica de sus sueños necesitan un cambio completo de ambiente.

–Hay mucho de verdad en lo que dice, señor.

–Sí. Es imprescindible cambiar de escenario. Me contaron el caso de un hombre a quien dio calabazas una muchacha. Él se marchó al extranjero y dos meses después la joven le telegrafió «Vuelve. Muriel», suplicándole que regresara. Él decidió escribirle una carta en contestación del telegrama, pero había olvidado el apellido de la joven; por consiguiente, ni siquiera le contestó, y vivió feliz el resto de su vida. Es posible, Jeeves, que tras unas semanas en Marvis Bay, Freddie Bullivant se olvide completamente de ella.

–Es muy posible, señor.

–Y si no, es probable que, repuesto por la brisa y por una alimentación sana y sencilla, usted llegue a cavilar algún proyecto susceptible de reunir a estos dos desdichados jóvenes.

–Haré cuanto pueda, señor.

–Muy bien, Jeeves. No olvide poner suficientes calcetines.

–No, señor.

–Y también bastantes camisas de tenis.

–Muy bien, señor.

Le dejé entregado a sus tareas, y un par de días después salimos para Marvis

Bay, donde yo había alquilado una casita para julio y agosto.

Marvis Bay está en Dorsetshire; y si bien no es el lugar más bonito del mundo, tiene muchos sitios que están muy bien. Uno pasa el día bañándose y sentado en la arena, y al anochecer acude a la playa a dar un paseo con los mosquitos. A las nueve de la noche se cura uno las picaduras, y luego se acuesta. Es una vida muy sencilla y saludable, que parecía indicada para el pobre Freddie. Una vez salida la luna e iniciada la danza de la brisa entre los árboles, no se le podía sacar de la playa ni a estacazos. Se hizo muy popular entre los mosquitos. Rondaban por allí esperándole, y hasta dejaban escapar las buenas ocasiones que les brindaban rollizos paseantes; para estar en forma cuando Freddie llegara.

Durante el día Freddie resultaba un huésped algo pesado. Supongo que es duro criticar a un individuo que tiene el corazón destrozado, pero se necesitaba mucha resistencia para soportar aquella exhibición de tristeza durante los primeros días de nuestras pequeñas vacaciones. Cuando no se entretenía mascando la pipa, o contemplando la alfombra, se sentaba al piano e interpretaba El rosario con un dedo. No sabía tocar nada más que El rosario y aun no enteramente. Por firme y confiado que empezara, se enredaba con una fusa que había allá por el tercer compás, y tenía que volver a empezar.

Una mañana, estaba tocando, cuando yo regresé del baño. Y me pareció que de aquella melodía extraía una melancolía más triste que en otras ocasiones.

–Bertie –me dijo con voz profunda, apoyándose sobre la cuarta corchea de la mano derecha, según se entra en el segundo compás, y produciendo un lamentable y desagradable sonido–. ¡La he visto!

–¿La has visto? ¿A quién? ¿A Elizabeth Vickers? ¿Quieres decir que la has visto? Pero si ella no está aquí...

–Sí, está aquí. Supongo que ha venido con unos parientes o algo así. Fui al correo, para ver si había alguna carta para mí, y nos encontramos en la puerta.

–¿Qué ocurrió?

–Pues que me volvió la espalda.

Volvió a empezar El rosario, y abandonó el dedo sobre una semicorchea.

–Bertie –me dijo–, no tendrías que haberme traído aquí. Debo marcharme.

–¿Marcharte? No digas tonterías. Esto es lo mejor que podía haber ocurrido. Es una suerte que ella esté aquí. Todo saldrá bien.

–Me volvió la espalda.

–No importa. Sé fuerte. Ten otra entrevista con ella.

–¡Pero no quiere saber nada de mí!

–No importa. Insiste. Ahora, teniéndola aquí –le dije–, lo que necesitas es que tenga algo que agradecerte, que acuda tímidamente a darte las gracias, que...

–¿Y por qué ha de venir ella a darme tímidamente las gracias?

Medité un momento. Había puesto el dedo en la llaga. Estuve unos instantes sin saber qué decir. Luego vislumbré una solución.

–Lo que necesitas es buscar la oportunidad de salvarla de morir ahogada.

–No sé nadar.

Así era Freddie Bullivant. Un buen chico en toda la extensión de la palabra, pero inepto total.

Volvió al piano una vez más, y yo salí a dar un paseo.

Vagué por la playa y medité. Naturalmente, me hubiera gustado cambiar impresiones con Jeeves, pero éste estaba ausente. Era inútil esperar que Freddie hiciese algo por su cuenta para salir del atolladero. No quiero decir que el bueno de Freddie no tenga excelentes cualidades. Es un magnífico jugador de polo, y no recuerdo que alguien le haya derrotado en golf. Pero fuera de estas actividades no era lo que se llama un hombre decidido.

Bien. El caso es que estaba sentado en unas rocas pensando atentamente en todo eso, cuando mis ojos se posaron en un vestido azul, dentro del cual iba la muchacha en cuestión. Yo no la conocía, pero Freddie tenía dieciséis fotos de ella esparcidas por las paredes de su dormitorio, y tuve la seguridad de que no me equivocaba. Ayudaba a un niño regordete a construir un castillo de arena. En

una silla próxima se hallaba sentada una señora, leyendo una novela. Oí que la joven la llamaba «tía». Poniendo en actividad mis facultades deductivas, pensé que el niño regordete debía de ser primo suyo. Imaginé que si Freddie hubiese estado allí se habría puesto sentimental a la vista del niño. Yo no pude. Jamás vi un chico que me hiciera sentir menos sentimentalismo; quizá por lo regordete.

Cuando hubo terminado el castillo, dio la impresión de estar aburrido de la vida y se echó a llorar. La muchacha, que parecía leer sus pensamientos, lo llevó a un puesto de golosinas que había cerca de allí. Yo seguí mi camino.

Ahora bien: si ustedes preguntan por mí a los que me conocen, les dirán que soy un zoquete. Mi tía Agatha prestaría declaración en este sentido. Y lo mismo el tío Percy y otros muchos de mis más próximos y –si cabe la expresión– más queridos parientes. Bien, no me importa. Lo acepto. Soy un zoquete. Pero lo que digo –y quisiera insistir en ello– es que de vez en cuando, precisamente cuando la plebe ha abandonado toda esperanza de que yo pueda llegar a dar la más mínima prueba de verdadera inteligencia humana, me asalta la inspiración. Y eso es lo que ocurrió entonces. Dudo que la idea que se me presentó en esta coyuntura se le hubiese ocurrido a ninguno de los preclaros cabezotas que ocupaban los lugares más preeminentes de la Historia. Es posible que se le hubiese ocurrido a Napoleón, pero ni en mil años a gente como Darwin, Shakespeare o Thomas Hardy.

Dicha idea surgió en mi camino de regreso. Caminaba a lo largo de la playa, haciendo funcionar mi materia gris, cuando observé que el niño regordete martirizaba concienzudamente a una medusa con su pequeña pala. La joven no estaba con él, y tampoco su tía. En realidad no había nadie a la vista. Fue entonces cuando de pronto vi claramente cómo podría solucionar el problema entre Freddie y su Elizabeth.

Por lo que había podido colegir, la joven estaba muy encariñada con el chico. Además, era su primo. De modo que cavilé lo siguiente: raptar al niño regordete por un breve espacio de tiempo, y cuando la muchacha estuviese angustiadísima por su paradero, el bueno de Freddie aparecería llevándole de la mano y explicando que lo había encontrado extraviado y que, prácticamente, le había salvado la vida. De ese modo, la gratitud de la joven la obligaría a cesar las hostilidades y a reanudar la amistad.

Sin pensarlo más, cogí al chico y me fui con él.

Freddie no alcanzaba a comprender lo inteligente y refinado de la idea. Cuando aparecí en nuestra casita llevando al niño y le hice sentar en la salita, no manifestó la menor alegría. Entonces, el chico empezó a llorar, lo que Freddie encontró bastante molesto.

–¿Qué diablos es todo esto? –me preguntó, mirando con desprecio al pequeño visitante.

El chico prorrumpió en un chillido que hizo temblar las ventanas, y vi que aquél era el momento estratégico. Fui corriendo a la cocina y busqué un bote de miel. Fue una gran idea. El niño dejó de llorar y empezó a untarse toda la cara de miel.

–¿Y bien? –dijo Freddie cuando se hubo restablecido el silencio.

Le expliqué el proyecto. Al cabo de un rato empezó a hacerle efecto. Aquel melancólico aspecto se desvaneció de su rostro y, por primera vez desde que llegó a Marvis Bay, mostró una sonrisa casi feliz.

–Es un proyecto muy inteligente, Bertie.

–Creo que sí.

–Me parece que tendrá éxito.

Y después de quitar la miel al chico, se lo llevó.

–Elizabeth debe de estar en algún sitio de la playa –dijo.

Me invadió una especie de beatífica felicidad. Apreciaba mucho a Freddie y me sentí contento porque pronto terminarían sus apuros. Estaba en la terraza repantigado en una silla y fumando tranquilamente un cigarrillo, cuando vi que por el camino regresaba mi amigo, ¡llevando aún el chico de la mano!

–¡Eh! –le grité–. ¿No la has encontrado?

Freddie tenía aspecto de que le hubiesen dado una coz en el estómago.

–Sí, la he encontrado –contestó con una de aquellas amargas sonrisas de que hablan las novelas.

–¿Entonces?

Se dejó caer en una silla, lanzando un suspiro.

–No es primo suyo, idiota –me dijo–. No tiene nada que ver con su familia. Simplemente lo ha conocido en la playa. No lo había visto en su vida.

–Pero le ayudaba a construir un castillo de arena...

–No importa. No sabe quién es el chico.

Deduje, en vista de que se había puesto a construir castillos de arena con un chico a quien acababa de conocer, y probablemente sin la adecuada presentación, que era absolutamente verdad cuanto se había dicho de ella. ¡Desvergonzada es el adjetivo más justo!

Se lo dije a Freddie, pero no me prestó atención.

–Bueno, entonces, ¿de quién es este diablo de chico? –pregunté.

–Lo ignoro. ¡Oh, Señor, qué mal rato he pasado! Gracias a Dios, probablemente pasarás los próximos cinco años de tu vida en la cárcel de Dartmoor, condenado por secuestro. Es mi único consuelo. Iré a verte los días de visita y te haré muecas a través de la reja.

–Cuéntamelo todo, amigo –dije.

Me lo contó. Invirtió en ello mucho rato, porque se interrumpía a mitad de casi todas las frases para apostrofarme, pero poco a poco fui adquiriendo una idea de lo ocurrido. La joven Elizabeth le había escuchado glacialmente mientras él le soltaba el cuento que llevaba preparado, y luego..., bien, no es que llegase a llamarle embustero en toda la extensión de la palabra, pero de un modo u otro le dio a entender que le consideraba un gusano y un sinvergüenza. Y por último tuvo que marcharse con el chico, completamente derrotado.

–Y piensa –añadió– que este rapaz es asunto tuyo. Yo no tengo nada que ver. Si quieres evitar tu condena, o por lo menos reducirla considerablemente, lo mejor que puedes hacer es buscar a sus padres y devolverlo, antes de que venga la policía.

–¿Quiénes son sus padres?

–No lo sé.

–¿Dónde viven?

–No lo sé.

El niño tampoco daba muestras de saberlo. Era un niño muy soso y muy poco informado. Logré sonsacarle que tenía padre, pero no pasó de ahí. Al parecer nunca se le había ocurrido preguntarle a su padre su nombre y su domicilio. Así, después de diez minutos de inútil interrogatorio, salimos de casa, más o menos a la ventura.

Hasta que empecé a vagabundear por allí nunca había imaginado que fuese tan difícil devolver un hijo a sus padres. Cómo se las arreglan los secuestradores de niños, es un misterio para mí. Recorrí todo Marvis Bay como un sabueso, pero nadie salía a reclamar el niño. Ante aquella falta de interés por él, podía pensarse que vivía solo, en una casita propia. Y no encontré la pista hasta que, gracias a otra inspiración, fui a interrogar al hombre del puesto de golosinas. Aquel sujeto parecía saber muchas cosas, y me dijo que el chico se llamaba Kegworthy, y que sus padres vivían en una casa llamada Descanso en el Océano.

Ahora faltaba encontrar la villa Descanso en el Océano. Y después de visitar las casitas Vistas al Océano, Panorama del Océano, Brisa del Océano, Villa Océano, Casa Océano, Rincón de Océano y Casa Solariega del Océano, la encontré.

Llamé a la puerta, pero no contestó nadie. Ya me disponía a accionar la aldaba de tal modo que el estrépito que produjera se metiera en las cabezas de aquella gente, cuando, por encima de mi cabeza, alguien gritó:

–¡Eh!

Levanté la vista y vi una cara redonda y rosada, con patillas grises, que me miraba desde una ventana superior.

–¡Eh! –volvió a gritar–. ¡No puede entrar!

–No quiero entrar.

–Es que... ¿Ése es Tootles?

–No me llamo Tootles. ¿Es usted míster Kegworthy? He venido a traerle a su hijo.

–Ya lo veo. ¡Hola, Tootles! ¡Papá te ve!

La cara desapareció de pronto. Oí voces. Luego reapareció la cara.

–¡Eh!

Removí la gravilla, impaciente, con el pie. Aquel individuo me fastidiaba.

–¿Vive usted aquí? –me preguntó la cara.

–He alquilado una casita por unas semanas.

–¿Cómo se llama usted?

–Wooster.

–¡Caramba! ¿Cómo se escribe: W-o-r-c-e-s-t-e-r o W-o-o-s-t-e-r?

–W-o-o...

–Lo pregunto porque una vez conocí a una tal miss Wooster, que se escribía W-o-o...

Yo estaba furioso con tanto deletreo.

–¿Quiere abrir la puerta y quedarse al niño?

–No puedo abrir la puerta. Aquella miss Wooster que conocí se casó con un tal Spenser. ¿Es parienta de usted?

–Es mi tía Agatha –contesté con amargura, con la intención de darle a entender que en mi opinión él era el tipo más indicado para ser amigo de la tía Agatha.

Desde las alturas me envió una mirada radiante.

–¡Vaya! Estábamos pensando qué haríamos con Tootles. Verá usted, tenemos

paperas en casa. Mi hija Bootles acaba de enfermar de paperas y no queremos exponer a Tootles al contagio. No sabíamos qué hacer con él. Ha sido una verdadera suerte que usted haya encontrado al chico. Se ha escapado de su aya. Quizá habríamos dudado en confiarlo a un desconocido, pero usted es diferente. Cualquier sobrino de mistress Spenser merece mi absoluta confianza. Ya se puede llevar a Tootles a su casa. Será una solución ideal. He escrito a mi hermano, que está en Londres, para que venga a buscarlo. Posiblemente llegará en pocos días.

–¿Posiblemente?

–Se trata de un hombre de negocios, ¿sabe? Pero seguro que vendrá, lo más tarde dentro de una semana. Hasta entonces, Tootles puede quedarse con usted. Le estoy muy agradecido. Su esposa estará encantada con Tootles.

–¡Yo no tengo esposa! –repliqué.

Pero la ventana ya se había cerrado con estrépito, como si el hombre de las patillas hubiera descubierto que un microbio de las paperas intentaba escaparse y le hubiese cerrado el paso a tiempo.

Respiré hondamente y me sequé la frente.

La ventana volvió a abrirse en las alturas.

–¡Eh!

Un paquete que por lo menos pesaba una tonelada me dio de lleno en la cabeza, con un ruido similar al de una bomba.

–¿Lo ha cogido? –me dijo la cara, reapareciendo–. ¡Oh, lo siento! ¡Se ha reventado! No importa. Puede comprar más en el colmado. Pida Harina Lacteada Bailey. A Tootles le gusta mucho, para el desayuno, mezclada con leche. No le dé nata. Sólo leche. Asegúrese de que sea marca Bailey.

–Pero...

La cara desapareció y la ventana volvió a cerrarse con estrépito. Me quedé allí unos momentos, pero luego cogí a Tootles de la mano e inicié el regreso lentamente.

Y al torcer una esquina me encontré con la Elizabeth de Freddie.

–¡Hola, pequeño! –exclamó al ver al niño–. ¿Ya has encontrado a papá? Su hijito y yo nos hemos hecho muy amigos esta mañana, en la playa –me dijo.

Aquello era el colmo. La entrevista que acababa de tener con el loco de las patillas me había dejado tan anonadado, que ella tuvo tiempo de despedirse y alejarse un buen trecho, sin que yo tuviese aliento para desmentir la imputación de que era el padre del chico.

No es que esperara precisamente que Freddie me recibiese cantando de alegría al verme regresar con el chico a remolque, pero pensé que habría podido mostrar un poco más de entereza, un poco más del ancestral espíritu inglés de bulldog. Cuando entramos, dio un salto, miró al niño y le dio un coscorrón. Pasó largo rato sin hablar; pero cuando empezó, tardó tiempo en callar.

–Bueno –añadió cuando hubo agotado sus existencias de comentarios–; ¡di algo! Por Dios, amigo, ¿por qué no dices nada?

–Si cierras el pico un momento, hablaré –le dije. Y solté las malas noticias.

–¿Y qué vas a hacer? –preguntó. Y sería inútil negar que lo hizo con un tono picajoso.

–¿Qué podemos hacer?

–¿Nosotros? ¿Qué quieres decir con podemos? Yo no perderé el tiempo haciendo de niñera de ese mocoso. Me vuelvo a Londres.

–¡Freddie! –imploré–. ¡Freddie, amigo mío! –Y mi voz se quebró–. ¿Abandonarás a un amigo en un trance como éste?

–Sí, te lo aseguro.

–Freddie, tienes que quedarte. Debes quedarte. ¿No comprendes que habrá que desnudar al chico, bañarlo y volverlo a vestir? ¡No puedes dejar que lo haga todo yo!

–Jeeves puede ayudarte.

–Se equivoca, señor –dijo Jeeves, que acababa de servir la comida–. Me temo que tendré que desentenderme de este asunto –declaró respetuosa pero firmemente–. No entiendo absolutamente nada de criaturas.

–Ahora es el momento de aprender algo –le dije.

–No, señor. Siento tener que decirle que no puedo ocuparme en nada de eso.

–Entonces tendrás que ayudarme, Freddie.

–De ninguna manera.

–Debes hacerlo. Recapacita, por favor. Hace años que somos amigos. Tu madre me tiene simpatía.

–Te equivocas.

–Bueno, no importa. Fuimos a la escuela juntos, y me debes una libra.

–Ah, bueno –dijo con tono de resignación.

–Además –añadí–, todo lo he hecho por ti, ya lo sabes.

Me miró de un modo curioso.

–Bien, Bertie –me dijo–. Haré todo lo que quieras, todo; pero no pienses que debo estarte agradecido.

Pensando ahora en todo aquello, veo que lo que me salvó de la situación fue mi brillante idea de comprar la mayor parte de las existencias de la confitería del pueblo. Dando golosinas al chico casi constantemente, logramos pasar bastante bien el resto de aquel día. A las ocho se quedó dormido en una silla. Le quitamos la ropa desabrochándole todos los botones que vimos, y cuando no había botones, tirábamos de la prenda hasta que de un modo u otro cedía. Y lo acostamos.

Freddie contempló el montón de prendas que había quedado en el suelo, con una profunda arruga entre las cejas. Adiviné lo que pensaba. Quitar la ropa a un chico es un asunto muy sencillo; simplemente, cuestión de fuerza. Pero ¿cómo nos las compondríamos para volver a ponerle todas aquellas prendas? Revolví el

montón con el pie. Había un sinfín de ropa blanca y una indescriptible faja de franela rosa. Todo era muy desagradable.

Pero a la mañana siguiente recordé que en una de las casitas próximas a la nuestra tenían niños, y antes del desayuno fui allí y pedí que me prestaran a la niñera. ¡Las mujeres son maravillosas! En unos ocho minutos tuvo reunida aquella ropa y colocada donde debía colocarse, y el niño quedó vestido y aseado como para asistir a una fiesta en el palacio de Buckingham. La gratifiqué, y me prometió venir por las mañanas y por las noches. Me senté a almorzar con mi alegría natural casi íntegra.

–Después de todo –dije–, no es tan desagradable tener un niño en casa.

En aquel momento, el chico volcó su leche sobre los pantalones de Freddie.

Poco después del desayuno, Jeeves me preguntó si podía hablar conmigo.

Ahora bien, aunque con motivo de los recientes acontecimientos había tenido tendencia a olvidar el primitivo propósito de traer a Freddie a mi lugar de veraneo, no lo había olvidado del todo; y a medida que transcurrían los días me sentía algo decepcionado respecto a Jeeves. Como ustedes recordarán, el proyecto era que él se repusiera con la brisa del mar y el alimento sano y sencillo, y que, después de poner a su cerebro en excelentes condiciones de funcionamiento, urdiera algo susceptible de volver a reunir a Freddie y Elizabeth.

¿Y qué había ocurrido? Jeeves comía y dormía a sus anchas, pero al parecer no había avanzado ni un paso hacia un desenlace feliz. Lo único que en tal sentido se había realizado, lo había hecho yo, solo y sin la ayuda de nadie; y si bien he de reconocer que el resultado había sido lamentable, no por ello demostraba falta de celo e iniciativa por mi parte. Por consiguiente, le recibí con cierta altanería cuando se me acercó y le atendí con distante frialdad.

–¿Quería usted hablarme, Jeeves? –le pregunté.

–Sí, señor.

–Adelante, Jeeves.

–Gracias, señor. Deseaba decirle que anoche asistí a una sesión de cine en el

pueblo.

Enarqué las cejas. Aquel hombre no dejaba de sorprenderme. Con el nerviosismo que reinaba en la casa, y aquel chiquillo por añadidura, era muy desagradable que me viniera ahora con una disertación sobre sus distracciones nocturnas.

–Celebro que lo hiciera –mascullé.

–Gracias, señor. Proyectaron una superproducción sobre la vida en las capas más bajas y conflictivas de Nueva York, interpretada por los artistas Bertha Blevitch, Orlando Murphy y el niño Bobbie. La encontré muy interesante, señor.

–Muy bien –contesté–. Supongo que si esta mañana pasa usted un buen rato en la playa, con una pala y un cubo, también vendrá a contármelo.

¿Algo satírico, verdad? O sarcástico. Incluso amargo.

–La película se titulaba El poder de unas manecitas, señor. El padre y la madre del niño interpretado por Bobbie se separan, por desgracia...

–Lo siento –dije.

–... Aunque en el fondo de sus corazones siguen queriéndose aún...

–¿De veras? Me alegra que me lo diga.

–... y las cosas siguen hasta el día en que...

–Oiga, Jeeves –le interrumpí con una mirada de reproche–, ¿por qué diablos me está contando todo esto? ¿Supone que, habiéndome caído de las nubes este chico y con la paz de la casa destruida, tengo paciencia para escuchar?

–Perdone, señor. Le hablo de esta película porque merced a ella se me ocurrió una idea.

–¿Una idea?

–Una idea que supongo, señor, puede resultar beneficiosa para los proyectos matrimoniales de míster Bullivant. Para lo cual, como recordará usted, quería

que yo...

Sentí remordimiento.

–Jeeves –le dije–, he sido injusto con usted.

–No tiene importancia, señor.

–Sí, le he juzgado mal. Tuve la sensación de que se había entregado usted totalmente a los placeres de una estación veraniega y que se había desentendido del asunto. Debiera conocerle mejor. Cuéntemelo, Jeeves.

Hizo una ligera reverencia de agradecimiento. Yo estaba exultante de alegría. Y si bien no nos echamos realmente uno en brazos del otro, comprendimos que volvíamos a compartir una atmósfera de simpatía.

–Como he dicho antes, señor, en esa película los padres del niño se separan.

–Se separan –repetí haciendo una señal de asentimiento con la cabeza–. Bien. ¿Y luego?

–Llega un día, señor, en que el pequeño consigue que se vuelvan a reunir.

–¿Cómo?

–Si mal no recuerdo, señor, el pequeño dice: «Papá, ¿ya no quieres a mamá?»

–¿Y bien?

–Ellos se emocionan mucho. Entonces se intercalan escenas de cuando eran novios y de los primeros tiempos de su vida de casados, y planos de los más célebres amantes de la Historia. El filme concluye con un primer plano en el que se ve a la pareja estrechamente abrazados y al niño contemplándoles con natural alegría, mientras a lo lejos un órgano toca Corazones y flores.

–Prosiga, Jeeves. Me interesa. Empiezo a comprender la idea. ¿No querrá usted decir...?

–Quiero decir que, disponiendo de este niño, tal vez sería posible organizar una escena parecida, con análogo resultado, entre míster Bullivant y miss Vickers.

–¿Tiene usted en cuenta que este chico no tiene ningún parentesco con míster Bullivant ni con miss Vickers?

–Aun con esta dificultad, señor, me figuro que se puede obtener un resultado satisfactorio. Si fuese posible hacer coincidir en un mismo lugar a míster Bullivant y a miss Vickers durante un momento en presencia del niño, y si éste pudiese decir algo sentimental...

–Le comprendo perfectamente, Jeeves –exclamé, entusiasmado–. Es formidable. Podemos imaginar la escena aquí mismo. El chico, en el centro. La muchacha, a la izquierda. Freddie en el fondo tocando el piano. No, eso no. Sólo sabe tocar un poco El rosario con un dedo, de modo que tendremos que prescindir de la música. Pero, por lo demás, magnífico. Mire. Supongamos que la botella de tinta es miss Vickers. Y este manguillero que dice Recuerdo de Marvis Bay, el chico. Y este sacaplumas, míster Bullivant. Empecemos el diálogo con el papel del chico, que exclama: «Señora, ¿no ama usted a papá?» Se tienden las manos. Una pequeña pausa. Freddie cruza por la izquierda del espectador y estrecha la mano de la joven. Ahora se les hace un nudo en la garganta. Enseguida el gran discurso: «¡Ah, Elizabeth! ¿No ha durado ya bastante nuestra desavenencia? Mira, hasta un niño la desaprueba, etc.» Freddie debe desempeñar su papel. Y nosotros tendremos que ocuparnos del chiquillo. Esto de «Señora, ¿no ama usted a papá?» es provisional. En mi opinión, es preciso algo más...

–Si usted me permite, señor...

–Adelante.

–Yo preferiría las palabras «¡Besa a Freddie!». Es corto, fácil de recordar y hasta tiene chispa.

–¡Es usted un genio, Jeeves!

–Gracias, señor.

–Perfecto. «¡Besa a Freddie!» Pero, oiga, Jeeves, ¿cómo diablos nos las arreglaremos para reunirles aquí? Miss Vickers se vuelve de espaldas cuando ve a míster Bullivant. Si sabe que está aquí, no querrá acercarse ni a un kilómetro de distancia.

–Ciertamente es una dificultad, señor.

–No importa. Tendremos que filmar en exteriores. Será fácil acorralarla en algún lugar de la playa. Entretanto, debemos adiestrar al chico.

–Sí, señor.

–Primer ensayo del texto y movimientos, mañana por la mañana, a las once en punto.

El pobre Freddie estaba en un estado anímico tan sombrío, que decidí no explicarle el proyecto hasta que tuviésemos adiestrado al chico. Su humor no estaba como para aguardar a que terminaran los preparativos. De modo que nos dedicamos totalmente a Tootles. Y desde los primeros momentos vimos que el único modo de lograr que Tootles se interesara en la cosa era introducir alguna golosina como anzuelo.

–La principal dificultad, señor –dijo Jeeves al terminar el primer ensayo–, está, o por lo menos así me lo parece, en establecer una relación en la mente del niño entre las palabras que deseamos que diga y las golosinas.

–Exactamente –asentí–. Una vez el chiquillo haya comprendido el hecho básico de que estas palabras, pronunciadas claramente, significan bombones de chocolate, habremos triunfado.

He pensado a menudo cuán interesante debe de resultar ser domesticador de animales: estimular la naciente inteligencia, etc. El caso es que aquello era cada vez más estimulante. En ocasiones, parecía que el éxito estaba garantizado, y el chico recitaba su papel como un actor profesional. En cambio, en otras ocasiones, todo parecía abocado al fracaso. Y el tiempo pasaba...

–Debemos apresurarnos, Jeeves –le dije–. El tío del chico puede llegar un día de éstos y se lo llevará.

–Lleva razón, señor.

–Y no tenemos ningún sustituto.

–Es verdad, señor.

–¡Tenemos que trabajar! Hay que reconocer que el rapaz es desalentador. Un sordomudo ya habría aprendido el papel.

De todos modos, el chico no era tonto, y los fracasos no le amilanaban. Siempre que había alguna golosina a la vista, se inspiraba, empezaba a decir cosas y no paraba hasta lograr lo que se proponía. Su principal defecto era la imprecisión. Personalmente, estaba decidido a correr el riesgo enseguida, y empezar la representación pública a la primera oportunidad. Pero Jeeves decía que no.

–Yo no me precipitaría, señor –me dijo–. Mientras la memoria del niño se resista a actuar con precisión, nos exponemos al fracaso. Hoy mismo, ya recordará usted, señor, dijo: «¡Pega a Freddie!»

–Tiene usted razón. Debemos aplazar la representación.

Pero no se aplazó. El telón se levantó aquella mismísima tarde.

No fue culpa de nadie, y mucho menos mía. Simplemente fue el azar. Jeeves había salido, y yo estaba solo en casa, con Freddie y el chiquillo. Freddie acababa de instalarse en el piano, y yo me disponía a salir con el chico para hacer un poco de ejercicio. En el preciso momento en que llegábamos a la puerta, pasó por allí la joven Elizabeth, que se dirigía a la playa. Al verla, el chico soltó un chillido de alegría. Ella se detuvo al pie de la escalinata.

–¡Hola, pequeño! –exclamó–. Buenas tardes –añadió, dirigiéndose a mí–. ¿Puedo subir?

No esperó la respuesta. Simplemente, se plantó en la terraza. Así era de decidida. Empezó a jugar con el niño. Y a unos metros de distancia, ¡imaginen ustedes!, estaba Freddie, aporreando el piano en el salón. Era una situación muy delicada, por cierto. En cualquier momento se le podía ocurrir a Freddie salir al exterior, y ¡yo ni siquiera había empezado a hacerle ensayar su papel!

Intenté alejar el peligro.

–Ahora mismo íbamos a la playa –dije.

–¿Sí? –repuso la joven. Y se quedó un momento escuchando–. ¿Le están afinando el piano? Mi tía está buscando un afinador para el nuestro. ¿Me permite que entre y diga a ese hombre que vaya a casa cuando termine aquí?

Fruncí el ceño.

–Eh..., yo no iría –contesté–. Si no le sabe mal... no... No vaya ahora. Estos individuos no pueden soportar que se les interrumpa cuando trabajan. Es el temperamento artístico. Luego se lo diré.

–Muy bien. Dígale que vaya a la Villa de los Pinos. Nuestro nombre es Vickers... ¡Oh! Ahora ha parado. Seguramente saldrá de un momento a otro. Esperaré.

–No creo que...

Pero se había puesto a charlar con el chico y no me oyó. Revolvía su bolso en busca de algo.

–La playa... –musité.

–¡Mira qué te he traído, pequeño! –dijo la muchacha–. Imaginé que te encontraría en alguna parte, y te he comprado caramelos.

Mostró a los atónitos ojos del chico un paquete de caramelos más grande que el Coloso de Rodas.

Aquello fue definitivo. Acabábamos de tener un ensayo muy largo, y el chico había repetido su papel muchas veces. Y ahora lo hizo bien del todo, por fin.

–¡Besa a Freddie! –gritó.

Las vidrieras del salón se abrieron para dejar paso a Freddie, el cual salió a la terraza exactamente en el momento más inoportuno.

–¡Besa a Freddie! –chillaba el rapaz.

Freddie miró a la joven, y ésta a él. Yo miré el suelo, y el chico al paquete de caramelos.

–¡Besa a Freddie! –repetía–. ¡Besa a Freddie!

–¿Qué significa esto? –preguntó la joven, volviéndose hacia mí.

–Será mejor que le dé el paquete –dije–. No callará hasta que se lo dé.

Entregó al chico el paquete de caramelos, y renació la paz. Freddie, el tonto, estaba allí, quietecito, sin decir palabra.

–¿Qué significa esto? –repitió la joven.

Tenía la cara enrojecida, y los ojos le brillaban de ese modo que hace que un individuo se eche a temblar. No sé si me entienden. ¿No les ha ocurrido, en un baile, pisar el vestido de su pareja –en la época en que las señoras llevaban vestidos bastante largos para poder ser pisados–, oír la tela cómo se rasga y ver a la chica sonriendo como un ángel decir: «No se disculpe, no ha sido nada», y entonces encontrar sus grandes ojos claros, y sentir la sensación de pisar los dientes de un rastrillo y que el mango del apero se levanta de pronto y os da un batacazo en pleno rostro? Pues bien, éste era el aspecto de la Elizabeth de Freddie.

–¿Y bien? –preguntó. Sus dientes hicieron un ruidito seco.

Tragué saliva. Después dije que no era nada. Y a continuación que no era gran cosa. Por último exclamé:

–Pues mire, la verdad es ésta. –Y se lo conté todo.

Durante todo el rato, el tonto de Freddie permaneció allí, inmóvil, sin decir palabra. De él no salió ni un triste gemido.

Y la muchacha tampoco decía nada. Simplemente permanecía escuchando.

De pronto se echó a reír. Nunca había visto reír tanto a una muchacha. Se apoyaba en la balaustrada y lanzaba agudos chillidos de risa, mientras Freddie, campeón mundial de mudez, proseguía sin decir absolutamente nada.

Por mi parte, terminé el relato y empecé a bajar las escaleras; me pareció que el director de escena sobraba ya. Desesperé ya de todo éxito por parte de Freddie. Si al menos hubiese dicho una palabra. Pero no, continuaba mudo.

En el momento en que acababa de perder de vista la casa, encontré a Jeeves que regresaba de su paseo.

–Jeeves –le dije–, todo ha terminado. El pobre Freddie se ha portado como un perfecto tonto y ha echado a perder toda la representación.

–¿De veras, señor? ¿Qué ha ocurrido?

Se lo conté.

–Se quedó mudo –concluí–. ¡Y pensar que si alguna vez ha estado indicada la elocuencia ha sido en esta ocasión! Él... ¡Por Dios! ¡Mire!

Habíamos ido caminando, de regreso a la casa, y ahora nos encontrábamos a la vista de ella. Delante se habían agrupado seis niños, un ama de casa, dos panaderos, una niñera y el aprendiz del colmado. Todos estaban boquiabiertos, mirando. Por la calle se acercaban otros cinco chiquillos corriendo, un perro, dos hombres y un muchacho, todos ellos dispuestos a presenciar el espectáculo. Y en nuestro pórtico, tan inconscientes del espectáculo como si se hallaran en mitad del Sáhara, estaban Freddie y Elizabeth, estrechamente abrazados.

–¡Vaya! –exclamé.

–Creo, señor –dijo Jeeves–, que al fin y a la postre todo ha acabado del modo más satisfactorio.

–Sí –repuse–, el pobre Freddie puede haberse quedado mudo, pero su problema se ha solucionado definitivamente.

–Lleva razón, señor –dijo Jeeves.

9. EN AUXILIO DEL POBRE BINGO

Acabé la última página de mi manuscrito y me eché atrás, rendido. Después de sudar lo indecible, la cosa parecía haber quedado muy bien; me dediqué a releerlo y a discutir conmigo mismo si tenía que añadir una coletilla, cuando llamaron con un golpecito en la puerta. Era Jeeves.

–Señor, mistress Travers al teléfono.

–¿Travers? –exclamé, más bien preocupado.

–Sí, señor. Quiere saber si tiene usted adelantado el artículo que está escribiendo para ella.

–Oiga, Jeeves, ¿se puede mencionar la ropa interior de caballero en una revista femenina?

–No me parece aconsejable, señor.

–Entonces, dígale que ya está listo.

–Muy bien, señor.

–Escuche, Jeeves, cuando haya terminado, vuelva. Quiero que eche una ojeada y dé su aprobación a mi obra maestra.

Mi tía Dahlia, que publica la revista femenina Milady’s Boudoir, me acorraló no hace mucho, y me obligó a prometerle que escribiría unas cuantas palabras autorizadas para su página «Maridos y hermanos», sobre el tema: «Lo que lleva el hombre bien vestido.» No tengo inconveniente en contentar a mis tías, cuando se lo merecen; y como hay gente peor que ellas, accedí. Pero si hubiese tenido la más ligera noción del asunto en que me metía, ni siquiera mi afecto de sobrino habría sido bastante para evitar la negativa. Ha sido un trabajo ímprobo, que me ha dejado agotado. Ahora comprendo por qué los estudiantes se vuelven calvos y componen caras de pocos amigos.

–Jeeves –le dije cuando volvió–, ¿no lee usted, por casualidad, la revista Milady’s Boudoir?

–No, señor; desconocía su existencia.

–Pues la semana próxima gástese seis peniques, porque este artículo se publicará en dicha revista. Wooster tratando del hombre bien vestido, ¿qué le parece?

–¿De veras, señor?

–De veras, Jeeves. Me he extendido bastante sobre este tema. Hay un párrafo sobre calcetines que creo le gustará.

Jeeves cogió el manuscrito, lo leyó atentamente y en su rostro se dibujó una amplia sonrisa de aprobación.

–El párrafo de los calcetines está muy acertado, señor.

–¿Resulta claro?

–Por supuesto, señor.

Le observé con atención mientras seguía la lectura, y, como me temía, de pronto se extinguió en sus ojos la luz. Me preparé para una escena desagradable.

–¿Ha llegado al párrafo sobre las camisas de seda para llevar con traje de noche? –le pregunté como si tal cosa.

–Sí, señor –contestó Jeeves con tono bajo y glacial, exactamente como si alguien le hubiese mordido en una pierna.

–¿No le gusta?

–No, señor. Las camisas de seda con pechera floja no se llevan con el traje de noche, señor.

–Oiga, Jeeves –le dije mirándolo fijamente–, están muy bien. Hasta puedo aprovechar la ocasión para anunciarle que he encargado una docena de ellas en la casa Peabody and Simms y no le sienta nada bien poner esa mirada, porque no me convencerá.

–Si usted me permite...

–No, Jeeves –le dije levantando la mano–, es inútil discutir. Nadie como yo

respeta tanto su opinión en materia de calcetines, corbatas y hasta botines. Pero en materia de camisas para trajes de noche, sus nervios le traicionan. No tiene visión, está usted lleno de prejuicios y es un reaccionario. Terco es el calificativo que mejor le cuadra. Puede interesarle saber que cuando estuve en Le Touquet, el príncipe de Gales asistió una noche al casino con una camisa de seda de pechera floja.

–Su Alteza Real puede permitirse alguna licencia, señor, pero en el caso de usted...

–No, Jeeves –le interrumpí categóricamente–, es inútil. Cuando los Wooster nos obstinamos en una cosa...

–Muy bien, señor.

Observé que Jeeves se sintió mortificado; por supuesto, todo el episodio había sido desagradable en extremo. Pero no se pueden tolerar ciertas cosas. ¿Acaso soy un siervo? Eso es lo que se trata de demostrar. Luego, cuando hube afirmado mi criterio, cambié de tema.

–Bien, eso es todo –dije–. Pasemos a otro asunto. ¿Conoce usted alguna criada, Jeeves?

–¿Alguna criada, señor?

–Vamos, Jeeves, no querrá decir que no sabe qué es una criada.

–¿Necesita usted una criada, señor?

–No, pero míster Little sí. Le encontré en el club hace un par de días y me dijo que su esposa ofrece un buen premio al que le encuentre una criada garantizándole que no le estropeará la porcelana.

–Entiendo, señor.

–Al parecer, su actual criada es para los objets d’art como un tifón o un siroco. Si usted conoce alguna...

–Conozco a muchas, señor. Algunas son amigas y otras simples conocidas.

–Bien, pregunte entre sus amistades. Y ahora, tráigame el sombrero, el bastón y todo lo demás. Tengo que ir a entregar este artículo.

Las oficinas del Milady’s Boudoir estaban en una de esas extrañas calles de los alrededores de Covent Garden. Apenas había logrado llegar a la puerta, después de sortear los obstáculos que constituían los puestos de coles y tomates, cuando me encontré nada menos que con la mismísima mistress Little. Me saludó con la afectuosidad debida a un viejo amigo de la familia, a pesar de que hacía Dios sabe cuánto que yo no la visitaba.

–¿Qué hace por estos barrios, Bertie? Creí que no venía nunca por el este de Leicester Square.

–Vengo a entregar un artículo sobre modos de vestir; mi tía Dahlia me lo pidió. Publica una revista, Milady’s Boudoir, con oficinas en un piso de esta escalera.

–¡Qué casualidad! Yo también he prometido escribirle un artículo.

–¡No lo haga! –le dije seriamente–. No tiene usted idea de lo terrible que es este trabajo... Claro que usted ya está acostumbrada...

Fue una tontería decir aquello. El joven Bingo Little, como recordarán ustedes, se casó con la célebre novelista Rosie M. Banks, autora de los más estrambóticos y más leídos novelones que jamás se hayan publicado.

–No; no creo que me dé mucho trabajo –contestó–. Su tía me ha sugerido un tema encantador.

–Bien. Por cierto, ya he hablado con mi criado Jeeves sobre la criada. Conoce bastantes.

–Gracias. ¿Está usted libre mañana por la noche?

–Creo que sí.

–Pues le invito a cenar en casa. Vendrá su tía, y cree que podrá traer a su marido.

–Muchas gracias. Encantado.

Aquella invitación me gustó. La familia Little podía andar mal de criadas, pero

estaba muy bien equipada en cuanto a cocinero. Tiempo atrás, mistress Little pescó, no se sabe dónde, a un francés muy ducho en materia de guisar. Un artista que hace un ragoût formidable. El bueno de Bingo ha aumentado diez libras de peso desde que este cocinero, que se llama Anatole, sirve en su casa.

–A las ocho, entonces.

–De acuerdo.

Ella se fue y yo subí las escaleras para entregar mi original. Encontré a la tía Dahlia rodeada de montañas de papeles.

Por regla general, mis parientes no me tienen mucha simpatía, pero la tía Dahlia y yo siempre hemos sido buenos amigos. Ella se casó con mi tío Thomas –el cual, dicho sea entre nosotros, es un ser insignificante– el año en que el Bluebottle ganó al Cambridgeshire; y aún no habían dado tres pasos cuando me dije: «Esa mujer es demasiado para él.» La tía Dahlia es un alma grande y risueña, como se encuentran a docenas entre las aficionadas a la caza. En realidad, hasta que se casó con el tío Thomas, pasó la mayor parte del tiempo montando a caballo, pero ahora no vive en el campo y dedica todas sus energías a su revista.

Cuando entré, me arrojó un libro humorístico a la cabeza.

–¡Hola, Bertie! Oye, ¿has terminado ya el artículo?

–Con sus puntos y comas.

–¡Buen chico! Apostaría cualquier cosa a que es ilegible.

–Al contrario, es un artículo excelente, y lo que es más, en su mayor parte está aprobado por Jeeves. Ha objetado el párrafo que trata de las camisas de seda, pero te aseguro que son la última moda y que se llevarán mucho en funciones de estreno y demás ocasiones en que se reúne la buena sociedad.

–Tu criado Jeeves –dijo la tía Dahlia echando el artículo en una cestita y colgando algunos papeles de un gancho parecido al de los carniceros– es un zoquete, y se lo puedes decir de mi parte.

–No lo creo –dije–; puede no entender mucho de camisas...

–No me refiero a eso. Hace una semana que le pedí que me proporcionara un cocinero y todavía no ha encontrado ninguno.

–¡Caramba! Jeeves no es una agencia de colocaciones de servicio doméstico. Mistress Little quiere que le busque una criada. Acabo de hablar con ella y me ha dicho que le has encargado un artículo.

–Sí, he logrado convencerla. Confío en ello para aumentar las ventas. Lo que escribe es insufrible, pero a las señoras les gusta. Su nombre en la cubierta valdrá para mucho. Y lo necesitamos.

–¿No va bien la revista?

–Va bien, pero cuesta de vender.

–Lo imagino.

–Ya logro hacérselo comprender a Tom en sus momentos de lucidez –añadió la tía Dahlia colgando otros papeles–, pero precisamente ahora el pobre atraviesa una etapa de pesimismo. Todo debido a la cocinera. Si tiene que seguir comiendo los potingues de la que tenemos, Tom se negará a pagar más facturas de la imprenta.

–¿De veras?

–Así como lo digo. Anoche sirvió una cosa que ella llama ris de veau à la financière, y provocó que Tom se estuviese tres cuartos de hora hablando de dinero tirado e inútil.

Lo comprendí perfectamente y lo sentí de veras por ella. Mi tío Thomas hizo una colosal fortuna en Oriente, pero desde entonces tiene malas digestiones, y ello le ha agriado el carácter. Muchas veces he comido con él y le he visto perfectamente alegre hasta la aparición del pescado; y al llegar el queso estaba hecho un desastre.

¿Quién era aquel individuo que trataron de hacerme leer en Oxford? Ship... Shop... Schopenhauer. Un gruñón de la peor especie. Pues bien, cuando al tío Thomas no le funcionan bien los jugos gástricos, Schopenhauer, a su lado, resulta cortés y amable. Y lo peor es –desde el punto de vista de la tía Dahlia– que en tales ocasiones siempre se considera al borde de la ruina y quiere

empezar a economizar.

–Es una lástima –dije–. De todos modos, mañana tendrá una cena exquisita en casa de los Little.

–¿Estás seguro, Bertie? –preguntó la tía Dahlia con el mayor interés–. La verdad es que no estaba muy segura sobre la conveniencia de que viniera él.

–Tienen un cocinero maravilloso. Hace mucho tiempo que no voy por allí, pero si no ha cambiado de dos meses a esta parte, el tío Thomas va a disfrutar lo suyo.

−Pero será catastrófico cuando haga comparaciones con nuestra quemaguisos –dijo la tía Dahlia, con un tono muy estilo Schopenhauer.

El nidito en que Bingo y su esposa se habían instalado estaba situado en la parte de Saint John’s Wood. Era una de aquellas acogedoras casitas con un pequeño jardín. Cuando llegué allí a la noche siguiente, resultó que fui el último. La tía Dahlia estaba charlando con Rosie, mientras el tío Thomas permanecía en pie, apoyado contra la repisa de la chimenea, con Bingo, bebiendo un cóctel y poniendo expresión de sospecha y temor, como si asistiera a una cena de los Borgia; como si sospechara que si el veneno no estaba en el cóctel ya vendría después.

De todos modos, yo no esperaba ver precisamente al tío Thomas radiante de alegría, de modo que no le di importancia. Lo que me sorprendió fue el carácter extraordinariamente taciturno del joven Bingo. Pueden decirse muchas cosas en contra de Bingo, pero nadie ha aventurado jamás que se trate de un aguafiestas. El caso es que tiempo atrás, cuando todavía era soltero, le había visto empezar una comida tirando bolitas de pan a los comensales, antes de la sopa. Ahora, él y el tío Thomas estaban emparejados. Ponía cara triste y preocupada, como un Borgia que de súbito recuerda que ha olvidado echar cianuro en el consommé.

Y el misterio no se aclaró, ni mucho menos, con las únicas palabras que me dedicó antes de que la conversación se hiciera general. Cuando me estaba sirviendo un cóctel, se inclinó de improviso hacia mí.

–Bertie –susurró agria y febrilmente–, necesito verte. Es asunto de vida o muerte.

Eso fue todo. Inmediatamente después se anunció la cena y todos pasamos al

comedor. Y en honor a la verdad, debo decir que a partir de aquel momento todo aquello se me borró de la mente. Porque el bueno de Anatole, tal vez entusiasmado por el hecho de que hubiesen invitados aquel día, se había superado a sí mismo.

No soy hombre que hable irreflexivamente sobre estos temas. Mido mis palabras. E insisto en que Anatole se superó. Fue la cena más deliciosa a que he asistido jamás, y tuvo la virtud de resucitar al tío Thomas como una flor recién segada. En el momento en que nos sentamos, hablaba sobre el gobierno afirmando algunas cosas que los miembros de éste no habrían oído con gusto. A la hora del consommé pâté d’Italie, dijo que, dada la situación política actual, ya no se podía esperar nada más. Al llegar a las paupiettes de sole à la princesse reconoció que, decentemente, no se podía culpar al gobierno del mal tiempo. Y poco después del caneton Aylesbury à la broche ya estaba diciendo que de todo corazón daba su apoyo a todos los miembros del gobierno.

Y durante todo el rato, el joven Bingo ponía cara de lechuza que guarda un triste secreto.

Pensé en ello cuando me dirigía a casa, y concluí que vendría a primeras horas de la mañana a contarme su historia. Tenía todo el aspecto del que se propone presentarse en casa a las seis de la mañana.

Cuando regresé, encontré a Jeeves esperándome.

–¿Ha sido agradable la cena, señor?

–Magnífica, Jeeves.

–Me alegro, señor. Míster Travers telefoneó, poco después de salir usted. Manifestó vivos deseos de que vaya a pasar unos días con él en Harrogate, señor. Por su parte, marcha en uno de los primeros trenes de mañana.

El tío George es un individuo muy jaranero que se ha tratado durante años demasiado bien, lo cual ha dado por resultado que siempre ha tenido Harrogate o Buxton pendiendo sobre él como la espada de... de quien sea. Y no le gusta ir solo allí.

–No puedo aceptar –repliqué a Jeeves.

El tío George ya es bastante pejiguero en Londres, y no iba a dejarme arrastrar con él a uno de aquellos lugares de curación.

–Es muy urgente, señor.

–No, Jeeves –repliqué–. Siempre me gusta complacer al prójimo, pero con el tío George... ¡no y no! ¡De ningún modo!

–Muy bien, señor –contestó Jeeves.

Fue un placer oír aquella sumisión. Jeeves se estaba volviendo dócil, absolutamente dócil. Eso demostraba que había obrado cautamente parándole los pies con lo de las camisas.

Cuando llegó Bingo a visitarme a la mañana siguiente, ya había desayunado y estaba dispuesto a atenderle.

–Buenos días, Bertie –dijo el joven Bingo.

–Buenos días, amigo –contesté cortésmente.

–No se vaya, Jeeves –añadió el joven Bingo–. Espere.

–¿Perdón, señor?

–Quédese. Espere. No me abandone. Le necesitaré.

–Muy bien, señor.

Bingo encendió un cigarrillo y frunció el ceño sombríamente mirando al papel de la pared.

–Bertie –dijo–, ha ocurrido algo terrible. A menos que hagamos algo rápidamente, mi prestigio social estará por los suelos, mi personalidad hollada, mi nombre encenagado y ya no me atreveré a dejarme ver por el West End de Londres.

–¡Mi tía! –exclamé.

–Exactamente –contestó el joven Bingo con una lúgubre sonrisa–. Has puesto el dedo en la llaga. Todo ha sucedido a causa de tu maldita tía.

–¿Cuál de ellas? Especifica, amigo. ¡Tengo muchas tías!

–Mistress Travers. La que publica esa revista infame.

–¡Oh, no, eso no! –protesté–. Es la única tía razonable que tengo. ¿Verdad, Jeeves?

–Admito que siempre he tenido esa impresión, señor.

–Pues olvídela –dijo el joven Bingo–. Esa mujer es una amenaza para la sociedad, una destructora de hogares y una plaga. ¿Sabes qué ha hecho? Ha convencido a Rosie de que escriba un artículo para su infecta revista.

–Ya lo sé.

–Pero lo que no sabes es sobre qué tema.

–Sólo me dijo que la tía Dahlia le había sugerido un espléndido argumento.

–Debe tratar de mí.

–¿De ti?

–Sí, de mí. ¡De mí! ¿Y sabes cómo se titulará? «Cómo conservo el amor de mi maridito.»

–¿Mi qué?

–¡Maridito!

–¿Y quién es el maridito?

–¡Yo, al parecer! –contestó el joven Bingo con amargura–. Además, según ese artículo, yo soy un sinfín de otras cosas que por decoro no puedo repetir ni a un viejo amigo. En resumen, este artículo idiota constituye una de esas tonterías que llaman «relatos de interés humano»; una de esas revelaciones íntimas de la vida conyugal que tanto deleitan al público femenino: todo el artículo es sobre Rosie y yo, y lo que ella hace cuando regreso a casa de mal humor, y así sucesivamente. Te aseguro, Bertie, que todavía me sonrojo al recordar el segundo párrafo.

–¿Qué pone?

–Declino explicártelo. Pero te aseguro que es el colmo. Nadie aprecia a Rosie como yo; es una muchacha muy sensible, pero en el momento en que se sienta frente al dictáfono se convierte en una perfecta estúpida. Bertie, este artículo no puede publicarse.

–Pero...

–Si aparece, tendré que darme de baja de mis clubs, dejarme barba y convertirme en un ermitaño. No podré regresar al mundo civilizado.

–¿No exageras algo, amigo? –le dije–. ¿No le parece, Jeeves, que exagera?

–No lo sé, señor.

–Te aseguro que no exagero –dijo el joven Bingo–. Tú no lo has oído. Yo sí. Rosie puso el cilindro en el dictáfono anoche, antes de cenar, y era terrible oír cómo el instrumento vomitaba aquellas horribles frases. Si ese artículo se publica, todos mis amigos me tomarán el pelo. Bertie –añadió con voz entrecortada–, tú tienes la imaginación de un jabalí, pero sin duda puedes imaginar lo que dirán Jimmy Bowles y Tuppy Rogers, por citar sólo a dos, si leyeran un artículo en que se dice que soy «un niño travieso, mitad dios, mitad charlatán».

Lo imaginé.

–Pero ella no dirá eso...

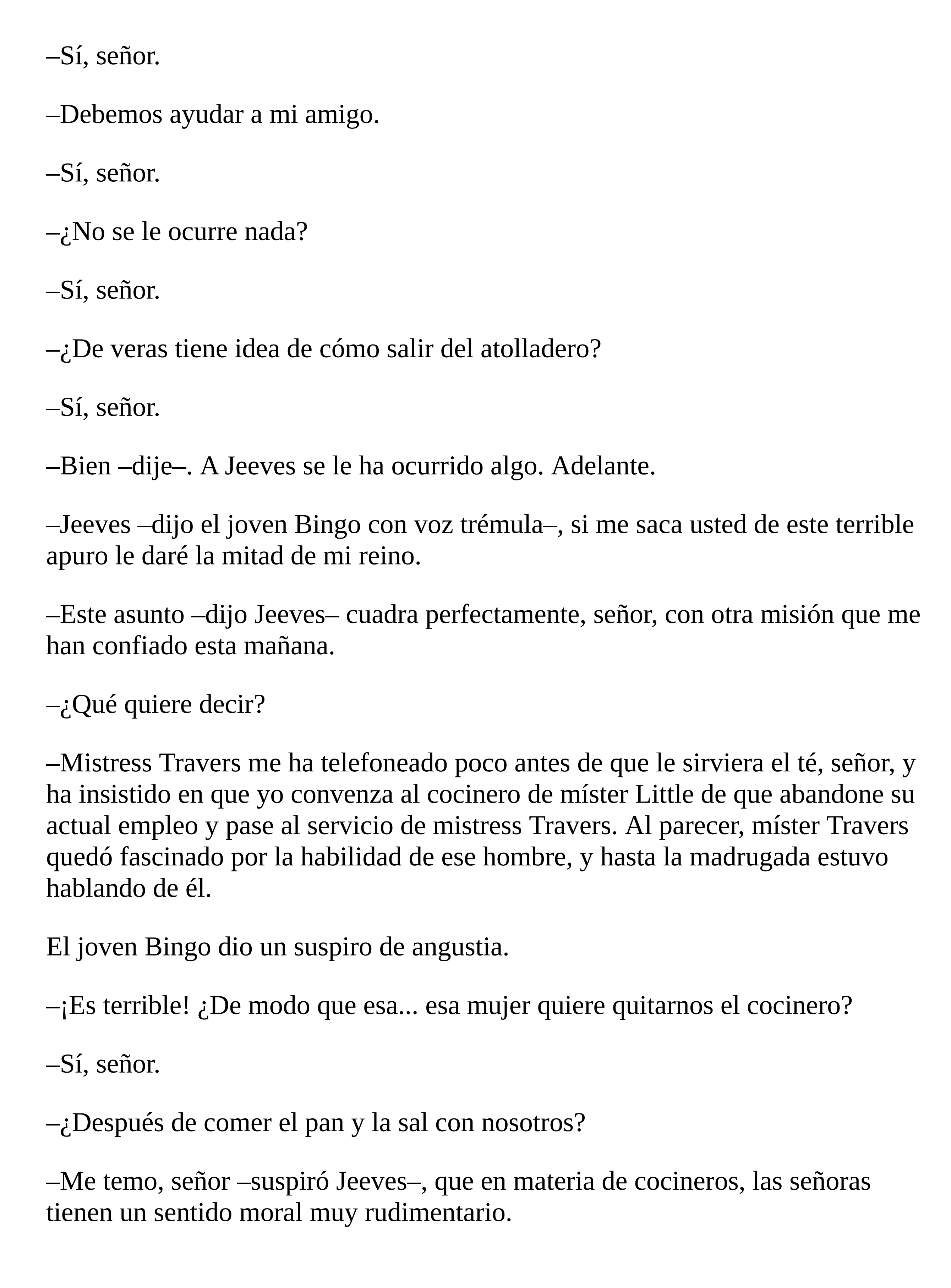
–Te aseguro que sí. Y si te digo que he escogido esta frase en concreto, porque es la más excusable de todas, comprenderás mi estado anímico.

Di unos golpecitos en el cubrecama. Hacía muchos años que era amigo de Bingo, y los Wooster no abandonamos a nuestros amigos.

–Jeeves –dije–, ¿ha oído usted?

–Sí, señor.

–La situación es grave.



–Sí, señor.

–Debemos ayudar a mi amigo.

–Sí, señor.

–¿No se le ocurre nada?

–Sí, señor.

–¿De veras tiene idea de cómo salir del atolladero?

–Sí, señor.

–Bien –dije–. A Jeeves se le ha ocurrido algo. Adelante.

–Jeeves –dijo el joven Bingo con voz trémula–, si me saca usted de este terrible apuro le daré la mitad de mi reino.

–Este asunto –dijo Jeeves– cuadra perfectamente, señor, con otra misión que me han confiado esta mañana.

–¿Qué quiere decir?

–Mistress Travers me ha telefoneado poco antes de que le sirviera el té, señor, y ha insistido en que yo convenza al cocinero de míster Little de que abandone su actual empleo y pase al servicio de mistress Travers. Al parecer, míster Travers quedó fascinado por la habilidad de ese hombre, y hasta la madrugada estuvo hablando de él.

El joven Bingo dio un suspiro de angustia.

–¡Es terrible! ¿De modo que esa... esa mujer quiere quitarnos el cocinero?

–Sí, señor.

–¿Después de comer el pan y la sal con nosotros?

–Me temo, señor –suspiró Jeeves–, que en materia de cocineros, las señoras tienen un sentido moral muy rudimentario.

–Un momento, Bingo –dije, al ver que mi amigo iba a lanzarse a una perorata–. ¿Cómo cuadra esto con lo otro, Jeeves?

–Pues verá, señor. Sé por experiencia que ninguna señora puede perdonar a otra que le quite un buen cocinero. Estoy convencido de que si puedo llevar a cabo la misión que me ha confiado mistress Travers, provocará una inevitable ruptura en sus cordiales relaciones. Creo ciertamente que míster Little quedará tan resentida con mistress Travers que se negará a colaborar en su revista. De ese modo no sólo llevaremos la felicidad a casa de míster Travers, sino que también suprimiremos ese desagradable artículo. Si me permite la expresión, señor, mataremos dos pájaros de un tiro.

–Sí, puede usar la expresión, Jeeves –le dije afectuosamente–. Y he de añadir que ésta es una de sus mayores y mejores ideas.

–Sí, pero... verás... –musitó el joven Bingo–. Quiero decir que... piensa que Anatole... quiero decir que... que es un cocinero excepcional.

–Pero debes hacerte cargo de que así solucionas tu problema.

–Sí... Pero le perderé. ¡Y será una pérdida irreparable!

–¡Por Dios! –exclamé–. No me vengas con que en una crisis como ésta vas a sacrificarlo todo por tu estómago.

Bingo dio un profundo suspiro.

–Bien –dijo–. Este caso exige el bisturí de un cirujano. Jeeves, adelante. Sí, adelante, Jeeves. De veras, adelante, Jeeves. Volveré mañana por la mañana.

El joven Bingo se marchó con la cabeza gacha.

A la mañana siguiente vino muy temprano. En realidad acudió a una hora tan inconveniente que Jeeves, con gran acierto, le impidió el acceso a mis aposentos.

En espera de que me despertase y estuviese en situación de recibir, Jeeves y él mantuvieron una charla a solas, en la cocina. Cuando Bingo entró en mi cuarto su expresión revelaba que algo iba mal.

–Todo se ha ido al garete –dijo, sentándose pesadamente en mi cama.

–¿Al garete?

–Sí, lo de robarnos el cocinero. Jeeves me ha dicho que anoche vio a Anatole, y que éste no quiere dejar el empleo.

–Pero sin duda la tía Dahlia habrá tenido el buen sentido de ofrecerle más de lo que gana en tu casa.

–Las ofertas de tu tía son muy generosas pero no se quiere ir. Está enamorado de la camarera.

–Pero en tu casa no tenéis camarera.

–Te equivocas.

–Nunca la he visto. Anteanoche sirvió la mesa un fantoche que parecía un empleado de pompas fúnebres de provincia.

–Era el abacero del barrio, que se ofrece también para trabajar en las casas. La camarera está de vacaciones, o por lo menos lo ha estado hasta anoche. Regresó unos diez minutos antes de que Jeeves viniera, y supongo que Anatole quedó en tal estado de embelesamiento, que todas las existencias de la Casa de la Moneda no serían bastante para separarle de la muchacha.

–Pero, Bingo, no todo está perdido –le dije–. Veo muy clara la situación, y me sorprende que a un hombre como Jeeves no se le haya ocurrido. La tía Dahlia puede contratar a Anatole y a la camarera. Entonces no tendrían que separarse.

–Yo también pensé en ello, naturalmente.

–Me parece que no.

–Te aseguro que sí.

–Pues bien, ¿qué me dices de la idea?

–Que es irrealizable. Si tu tía contrata a nuestra camarera tendrá que despedir a la suya, ¿verdad?

–Bueno, ¿y qué?

–Pues que si despide a su camarera, ello significa que se quedará sin chófer, porque éste está locamente enamorado de ella.

–¿De mi tía?

–No, de la camarera. Además, es el único chófer que ha logrado encontrar tu tío que conduzca juiciosamente.

Eso deshizo toda la combinación. Nunca imaginé que la vida de las personas del servicio estuviese tan espantosamente mezclada con lo que se denomina complejo sexual. Da la impresión de que el servicio doméstico hace vida de comedia musical.

–Entonces –dije–, no hay solución. El artículo acabará publicándose.

–No, ¡de ningún modo!

–¿Ha hallado Jeeves otra salida?

–No; pero yo sí.

Bingo se inclinó y me dio unos golpecitos amistosos en la rodilla.

–Oye, Bertie –dijo–, tú y yo fuimos amigos en el colegio. ¿Te acuerdas?

–Sí, pero...

–Y tú eres un amigo que jamás deja de hacer un favor a un camarada. Eso lo sabemos todos...

–Sí, pero oye...

–Tú me ayudarás. Claro que sí –añadió con una astuta risita–. Tú no abandonarás a un antiguo compañero de colegio en momentos de necesidad. No sería propio de ti, no sería propio de Bertie Wooster.

–Alto ahí. ¿En qué estás pensando?

Bingo me apoyó una mano en mi hombro para tranquilizarme.

–En algo que puedes hacer perfectamente, querido Bertie. Una cosa que para ti

será coser y cantar. En realidad, ya hiciste algo parecido en una ocasión: ¿te acuerdas que me explicaste que robaste las memorias de tu tío en Easeby? Pues bien, he tenido una idea. Se trata...

–Oye, un momento.

–Está todo pensado, Bertie. No tienes que preocuparte por nada. Ahora veo que cometimos un error muy grande, confiando en los complicados procedimientos de Jeeves. Es mejor ir directamente al grano, sin más dilaciones. Y de ese modo...

–Sí, pero oye...

–Verás. Esta tarde llevaré a Rosie a una función. Dejaré abierta la ventana de su estudio, tú saltas dentro, robas el cilindro y te marchas. Es colosalmente sencillo.

–Sí, pero, un momento...

–Ya sé qué vas a decir –repuso Bingo levantando una mano–. Cómo encontrar el cilindro, ¿verdad? Es eso lo que te preocupa, ¿no? Bien; pues es muy fácil. No hay posibilidad de error. Está en el cajón superior de la izquierda del escritorio de Rosie, y estará abierto porque hacia las cuatro irá la mecanógrafa para pasar a limpio el artículo.

–Escúchame, Bingo. Siento lo que te pasa y todo lo que quieras, pero me niego categóricamente a actuar de ladrón.

–Pero ¡por Dios! Sólo te pido que hagas lo que hiciste en Easeby.

–No; es diferente. Yo estaba en la casa. Era simplemente cuestión de hacer desaparecer un paquete de la mesa del recibidor. No tenía que entrar por la ventana... Lo siento, pero no quiero saltar por las ventanas de tu casa como un vulgar salteador, aunque seas tú quien me lo pida.

Me miró, lleno de asombro y dolido.

–¿Bertie Wooster dice estas cosas? –dijo con voz apocada.

–En efecto.

–Pero, Bertie –me dijo afablemente–, tú mismo has reconocido que fuimos compañeros de colegio.

–Me importa un bledo.

–¡El colegio, Bertie! ¡El colegio de nuestra infancia!

–Me importa un bledo. Yo no...

–¡Bertie!

–¡Que no!

–¡Bertie!

–¡No!

–¡Bertie!

–Bueno, está bien –cedí.

–¡Magnífico! –exclamó el joven Bingo dándome golpecitos en el hombro–. ¡Así habla el auténtico Bertram Wooster!

No sé si a ustedes les ha ocurrido alguna vez, pero para el individuo que piensa hay algo secretamente tranquilizador en todos los relatos de fechorías que publican los periódicos. Eso si uno está interesado en mantener el prestigio de Gran Bretaña. Quiero decir que no puede ser muy mala la moral de un país cuyos hijos hablan tan tranquilamente de asaltar casas, porque el asunto requiere nervios de acero. Supongo que estuve paseando por delante de la casa durante media hora antes de decidirme a penetrar por la puerta del jardín y deslizarme hacia la parte donde estaba la ventana del estudio. Y aun entonces me quedé allí parado durante diez minutos, pegado a la pared y en espera de oír el silbato de la policía.

Sin embargo, de pronto hice acopio de fuerzas y me decidí. El estudio estaba en la planta baja; la ventana era grande y bonita y, aún mejor, estaba abierta de par en par. Apoyé la rodilla en el antepecho, di un brinco –me produje un rasguño en el tobillo– y me dejé caer en el interior de la habitación.

Estuve unos momentos escuchando. Todo parecía silencioso. Sin duda era el único habitante del mundo.

En realidad, estaba tan solo que el aire parecía denso. Ya saben ustedes lo que sucede en estas ocasiones. En la repisa de la chimenea había un reloj que hacía tictac lentamente, de un modo muy desagradable. Y encima del reloj, un gran retrato me miraba fijamente con evidente disgusto y sospecha. Se trataba del retrato del abuelo de alguien. Si era el de Rosie o el de Bingo, no lo sé, pero no había duda que era un abuelo. En realidad no habría jurado que no fuera un bisabuelo. El lienzo reproducía un viejo envarado, alto y fornido, que llevaba un cuello muy tieso que sin duda le hacía daño, por lo que tenía la barbilla un poco encogida y miraba por debajo de su nariz de un modo que parecía decirle a uno: «¡Tú tienes la culpa de que lleve este maldito cuello!»

Bien. De allí al escritorio sólo había un paso, y entre aquél y yo mediaba únicamente una peluda alfombra parda; en vista de ello rehuí las miradas del abuelo y, recurriendo al tradicional ánimo de los Wooster, empecé a caminar por la alfombra. Y apenas había dado un paso cuando una esquina de ella se independizó de pronto del resto de la alfombra y se irguió con un gruñido.

Ante un caso semejante, si uno quiere hacer frente a la situación, se necesita ser un individuo fuerte, silencioso y flemático dispuesto a todo. Imagino que este tipo de individuo se habría limitado a echar una mirada a la alfombra y se habría dicho: «¡Mira qué perrito pequinés más mono!», y enseguida hubiese dicho cuatro cosas al animal para granjearse su simpatía y su apoyo moral. Creo que pertenezco a esta joven generación de neuróticos de que hablan los periódicos, porque enseguida comprobé que yo no era un tipo fuerte ni flemático. Esto no habría tenido mucha importancia, pero resultó que tampoco era silencioso. Porque, a causa de la emoción del momento, solté una especie de aullido y di un brinco hacia atrás. Y allí se produjo un estrépito similar al de una bomba.

No sé para qué diablos necesitaba una novelista en su despacho una mesita con un vaso, dos fotografías en un marco, un plato, una caja de laca y un jarrón de flores; pero todo eso es lo que tenía la Rosie de Bingo, y con todo ello fui a tropezar cuando di el brinco. Por un instante tuve la sensación de que el mundo se había disuelto en un océano de trozos de cristal y porcelana. Hace unos años, cuando fui a Estados Unidos para estar a salvo del malhumor de la tía Agatha, visité el Niágara y escuché las cataratas. Provocaban un ruido muy parecido al que hicieron todos aquellos cacharros al caer, aunque no tan fuerte.

El perro empezó a ladrar.

Era un animal pequeñito, del cual sólo se habría podido esperar ruidos imperceptibles, pero estaba ladrando como un condenado. Se había retirado a un rincón y me miraba con sus ojos saltones. Cada pocos segundos, echaba la cabeza atrás y prorrumpía en otro espantoso ladrido.

Comprendí que estaba derrotado. Lo sentí por Bingo, y lamenté dejarle abandonado, pero supe que había llegado el momento de desaparecer. La consigna que me impuse fue: «Bertram, huye por piernas», y, en efecto, corrí hacia la ventana y pasé una pierna para saltar fuera.

Y allí, en medio del camino, como si yo les hubiese pedido que me esperaran, me encontré con un policía y una camarera.

Fue un momento embarazoso.

–¡Ah...! ¡Oh...! ¡Están ustedes aquí! –dije.

Se produjo un silencio que podríamos llamar contemplativo.

–Ya le dije que había oído algo –exclamó la camarera.

El policía me miraba con cara de pocos amigos.

–¿Qué hace aquí? –preguntó.

Sonreí de modo angelical.

–Es difícil de explicar –contesté.

–Ya lo veo –comentó el policía.

–He venido a echar una miradita por aquí, ¿sabe? Soy un viejo amigo de la familia.

–¿Cómo ha entrado?

–Por la ventana. Como soy un viejo amigo de la familia...

–¿Usted es un viejo amigo de la familia?

–¡Por supuesto! Muy amigo. Y muy viejo. Un amigo muy viejo de la familia.

–Yo nunca lo he visto –dijo la camarera con aplomo.

Miré a la muchacha con auténtico odio. No pude comprender cómo había alguien capaz de enamorarse de ella, aunque fuese un cocinero francés. No es que fuese fea. De ningún modo. En otra circunstancia más feliz hasta hubiera reconocido que era guapa. Pero ahora me pareció la más horrenda criatura que había visto en mi vida.

–No –le dije–. Usted nunca me ha visto, pero soy un viejo amigo de la familia.

–Entonces, ¿por qué no llamó a la puerta?

–No quise molestar.

–No es ninguna molestia abrir la puerta, puesto que para eso me pagan –contestó la camarera virtuosamente–. En mi vida he visto a ese hombre –añadió gratuitamente.

Definitivamente, era una muchacha monstruosa.

–Oiga –le dije, movido por la inspiración–, el de las pompas fúnebres me conoce.

–¿El de las pompas fúnebres? ¿Quién es?

–El hombre que sirvió la mesa cuando cené aquí anteanoche.

–¿Sirvió la mesa el hombre de las pompas fúnebres el dieciséis del corriente?

–Claro que no –dijo la camarera.

–Pues lo parecía... ¡Ah, no! ¡Por Dios! Ahora lo recuerdo. ¡Era el abacero!

–El dieciséis del corriente –intervino aquel asno de policía– ¿estuvo aquí el abacero...?

–Sí, en efecto, estuvo –contestó la camarera. –Parecía decepcionada y llena de contrariedad, como una leona que ve escabullirse su presa–. Sin embargo, este hombre –dijo– puede haberlo sabido preguntando por ahí.

Una chica realmente venenosa.

–¿Cómo se llama usted? –me preguntó el policía.

–Bien, verá usted. Supongo que no le importará si no le digo mi nombre, porque...

–Sígame. Tendrá que decírselo al comisario.

–¡Oh, no! Oiga...

–Es mejor que me acompañe.

–Pero, oiga, le aseguro que soy un viejo amigo de la familia Además, ahora recuerdo que hasta tienen un retrato mío en el salón.

–En tal caso... –dijo el policía.

–Yo no he visto en mi vida a este hombre –se obstinó la camarera.

Decididamente, tuve que odiar a aquella chica.

–Lo habría visto si quitara el polvo más concienzudamente –le dije con severidad.

–No es obligación de la camarera quitar el polvo del salón –replicó altivamente.

–Ya –contesté–. Parece que la obligación de una camarera es ir de aquí para allá y perder el tiempo paseando por el jardín con policías que tendrían que estar ocupados cumpliendo con su deber en otra parte.

–La obligación de la camarera es abrir la puerta a los visitantes. La obligación de los visitantes es no entrar por las ventanas.

Noté que llevaba las de perder. Me esforcé en mostrarme conciliador.

–Mi querida camarera –le dije–, no discutamos vulgarmente. Le aseguro que hay un retrato mío en el salón, sea quien sea la que quite el polvo. Eso les demostrará que soy un viejo amigo de la familia, ¿no es verdad, sargento?

–Si está... –refunfuñó.

–Le aseguro que sí. Sí, está en el salón.

–Bien, pues vayamos a verlo.

–Así se habla, querido sargento –dije.

El salón estaba en el primer piso, y el retrato lo habían tenido sobre la mesa, junto al hogar. Pero ahora no estaba. Quiero decir que el hogar sí estaba, y también la mesa, pero ni el menor rastro del retrato. Había retratos de Bingo, del tío de Bingo, lord Bittlesham, y de mistress Bingo, con una tierna sonrisa en los labios. Pero no de Bertram Wooster.

–¿Y bien? –dijo el policía.

–Pero ¡maldita sea! ¡Estaba ahí anteanoche!

–Ya –dijo el policía. Y repitió–: Ya, ya –exactamente igual que si fuera a iniciar una canción de bebedores en una ópera cómica.

Entonces tuve lo que se podría calificar de idea brillante.

–¿Quién quita el polvo aquí? –pregunté a la camarera.

–Yo no.

–No digo que sea usted. Pregunto quién lo quita.

–Mary, la criada. Por supuesto.

–Exactamente. Lo que yo sospechaba. Sargento, evidentemente Mary es la mayor destructora de Londres. De todas partes se elevan quejas contra ella. ¿Ve usted lo que ha ocurrido? Esta desgraciada ha roto el cristal de mi retrato y, para evitar que se descubra y tener que reconocer el estropicio honrada y valientemente, ha hecho desaparecer el retrato y lo ha escondido en alguna parte.

–Ya –repitió el policía, como si iniciase otro coro de borrachos.

–Bien, pregúnteselo. Baje y pregúnteselo.

–Vaya abajo y pregúnteselo –dijo el policía a la camarera–, ya que este hombre insiste.

La camarera salió de la estancia, lanzándome una viperina mirada por encima del hombro. Luego hubo un momento de calma. El policía se situó con sus anchas espaldas apoyadas contra la puerta, y yo empecé a pasearme, husmeando aquí y allá.

–¿Qué hace usted?

–Curioseo, nada más. Podrían haber cambiado de sitio el retrato.

–Ya.

Entonces hubo otro momento de quietud. De pronto vi que me encontraba junto a la ventana, que estaba entreabierta. Más allá de ella, el mundo tenía un aspecto tan risueño, y hacía tanto sol, y... No es que presuma de pensar con rapidez, pero una vez más algo pareció decirme: «¡Bertram, huye por piernas!» Deslicé mis dedos por debajo del bastidor, di un fuerte empujón y un instante después me encontré entre las ramas de un laurel, con un agudo dolor en el lugar sobre el que había caído sentado.

Por la ventana se asomó una ancha cara colorada. Me levanté y eché a correr hacia la puerta de entrada.

–¡Eh! –gritó el policía.

–¡Ya! –le contesté.

Y me fui tan velozmente como me lo permitieron las piernas. Cuando encontré un taxi y me dejé caer en su mullido asiento, me dije: «Ésta es la última vez que intento hacer algo en favor del joven Bingo.»

Estos sentimientos expresé a Jeeves, sin el menor rodeo, cuando volví a encontrarme en casa, con los pies apoyados en la repisa de la chimenea y bebiendo whisky con soda.

–¡Nunca más, Jeeves! –le dije–. ¡Nunca más!

–Muy bien, señor.

–¡No, jamás!

–Muy bien, señor.

–¿Qué quiere decir con eso de «muy bien, señor»?

–Pues que míster Little es un joven muy tozudo, y usted tiene un carácter muy complaciente.

–Supongo que no creerá usted que el joven Bingo es capaz de tener la solemne desfachatez de intentar mezclarme en otra de sus locuras, ¿verdad?

–Es lo más probable, señor.

Quité los pies de la repisa y me puse en pie de un salto.

–Jeeves, ¿qué me aconseja?

–Creo que sería muy acertado un pequeño cambio de escenario, señor.

–¿Una excursión?

–Exacto, señor. Si me permite, señor, ¿por qué no cambia de idea y va a hacer una visita a míster George Travers, en Harrogate?

–¿Lo considera acertado, Jeeves?

–Estaría fuera de la zona de peligro, señor.

–Quizá tenga razón, Jeeves –contesté, pensativo–. Sí, creo que es lo que más conviene. ¿Cuánto dista Harrogate de Londres?

–Trescientos kilómetros, señor.

–Bien. ¿Hay algún tren esta tarde?

–Sí, señor. Aún está a tiempo de tomarlo.

–Muy bien. Ponga cuatro cosas en una maleta.

–Ya lo tengo todo preparado, señor.

–Perfecto –dije.

Es curioso, pero Jeeves siempre tiene razón. En la estación trató de ponerme de buen humor diciéndome que Harrogate no me desagradaría, y a fe mía que acertó. Cuando dudaba de la conveniencia de ir, no veía más que el hecho de que me encontraría entre una multitud de individuos sometidos a cura, y que yo no haría cura de ninguna clase. Y ciertamente eso proporciona una gran sensación de alegría y satisfacción.

Voy a explicarme. Allí estaba mi tío George, por ejemplo. El médico le prescribió abstención absoluta de bebidas alcohólicas, bajar toda la colina hasta el edificio de los manantiales a las ocho y media, y tragarse litros de agua salina y magnésica caliente. No parece gran cosa, a simple vista, pero me consta que equivalía a ingerir un par de huevos podridos batidos con agua de mar. Y la sola idea de que el tío George –que tanto me había tiranizado en mi niñez– tuviera que saltar de la cama a las ocho y cuarto para tomar aquello era muy consoladora.

A las cuatro de la tarde tenía que volver a bajar la colina y repetir el proceso. Por la noche cenaríamos juntos, y yo me reclinaría en la silla, bebiendo sorbitos de vino, mientras él me contaba qué gusto había tenido aquel potingue. En muchos aspectos, una existencia ideal.

Generalmente me las arreglaba para bajar y verle tomar la dosis de la tarde, porque a los Wooster nos gusta reír como al que más. Y fue mientras estaba disfrutando del espectáculo, a mediados de la segunda semana, cuando oí que pronunciaban mi nombre. Era la tía Dahlia.

–¡Hola! –dije–. ¿Qué haces aquí?

–Llegué ayer, con Tom.

–¿Tom hace la cura también? –preguntó el tío George con mirada esperanzada.

–Sí.

–¿Usted hace la cura?

–Sí.

–¡Ah! –exclamó el tío George con un aspecto de felicidad que todavía no le había visto.

Sorbió las gotas que quedaban y, como el programa indicaba un poco de paseo antes del masaje, nos dejó.

–Entonces, ¿es que al fin la revista te ha dejado un poco de tiempo libre? –le pregunté–. Oye –añadí, inspirado por una súbita y agradable idea–, ¿no se habrá ido al cielo, supongo?

–¿Al cielo? No. Una compañera mía la dirige mientras yo estoy aquí. Por ahora se aguanta firme. Tom me ha dado un par de miles de libras, y dice que todavía habrá más, si es necesario, y he podido adquirir los derechos de publicación de Sinceros recuerdos de una larga vida, de lady Bablockhythe. Un original picante, Bertie. Con ello doblaré la tirada y provocaré ataques de histeria a la mitad de las personas más conocidas de Londres durante un año.

–¡Oh! –exclamé–. La revista se hará interesantísima, pues. Me refiero a los Sinceros recuerdos y al artículo de mistress Little.

La tía Dahlia estaba bebiendo algo que olía como a escape de gas, y por un momento pensé que aquello era la causa de la mala cara que puso. Pero me equivocaba.

–¡No me hables de esa mujer, Bertie! –me dijo–. Es de lo peorcito que corre.

–Creí que erais muy amigas.

–Ya no lo somos. ¿Creerás que se niega categóricamente a entregarme aquel artículo?

–¡Oh!

–Pura y simplemente a consecuencia de que el cocinero que se marchó de su casa se vino a la mía.

La cabeza empezó a darme vueltas.

–¿Se marchó Anatole de la casa? –pregunté–. ¿Y la camarera?

–Alto, Bertie. Tú desbarras. ¿Qué quieres decir?

–Nada, nada. Pensé...

–Nunca entiendes nada. –Dejó el vaso vacío–. ¡Ya está! –añadió con un suspiro de alivio–. Gracias a Dios, dentro de pocos minutos podré contemplar cómo Tom se bebe esta agua. Es lo único que me hace soportar beberme la mía. ¡Pobre Tom, qué mal rato pasa! Pero le pongo de buen humor hablándole de los magníficos platos que le hará Anatole, y diciéndole que con este tratamiento quedará en forma para degustarlos mejor. Merece la pena un entrenamiento. Aquel hombre es un maestro en su arte. A veces pienso que no es de extrañar que mistress Little armara tanto escándalo cuando la dejó. Pero, en realidad, no tendría que haber mezclado el sentimentalismo con el negocio. No tiene ningún derecho a privarme de su artículo sólo por un contratiempo de carácter estrictamente particular. Allá ella, porque no podrá publicarlo en ninguna parte; la idea fue mía, y tengo testigos para demostrarlo. Si intenta venderlo a algún periódico, le pondré un pleito. Y ahora pienso que ya es hora de que Tom beba su agua sulfurosa.

–Tal vez...

–Por cierto, Bertie –añadió la tía Dahlia–, retiro todas las expresiones desagradables que pueda haber dicho sobre tu criado Jeeves. ¡Es un individuo verdaderamente formidable!

–¿Jeeves?

–Sí; él llevó las negociaciones. Y con mucho tacto. Le estoy muy agradecida. Porque si Tom me ha soltado un par de miles de libras ahora, casi sin rechistar, ¡imagínate lo que me soltará cuando pueda comer regularmente los platos de Anatole! Me firmará cheques hasta dormido.

Me levanté. La tía Dahlia insistió en que me quedara a ver al tío Tom en acción, afirmando que era un espectáculo que nadie podía perderse, pero no pude esperar. Subí la colina a toda prisa, dejé una nota despidiéndome del tío George y tomé el primer tren para Londres.

–Jeeves –le dije cuando me hube aseado, después del viaje–, explíquemelo todo. Sea tan sincero como lady Bablockhythe.

–¿Perdón, señor?

–No importa que no sepa usted quién es. Explíqueme cómo ha manejado este asunto. Lo último que me detalló usted es que Anatole estaba enamorado de la

camarera (¡Dios sabe por qué!), tan enamorado que no quería separarse de ella. Y después, ¿qué pasó?

–Debo admitir que al principio me sentí algo desconcertado, señor. Luego me ayudó mucho un descubrimiento casual.

–Prosiga.

–Estaba yo charlando con el ama de llaves de mistress Travers, señor, y, recordando que mistress Little necesitaba una, le pregunté si quería pasar al servicio de mistress Little con más sueldo. Ella asintió, y me entrevisté con mistress Little y el trato quedó arreglado.

–Bien. Pero ¿cuál fue el descubrimiento?

–Que la muchacha, tiempo atrás y en otra colocación, había sido compañera de trabajo de Anatole, señor. Y Anatole le había hecho el amor, como suelen hacer los franceses. Descubrí que estaban prometidos formalmente hasta que Anatole desapareció una mañana sin dejar señas, y se esfumó de la vida de la pobre muchacha. Es fácil imaginar que este descubrimiento simplificaba considerablemente el asunto. La muchacha ya no sentía el menor afecto por Anatole, pero la perspectiva de estar bajo un mismo techo con dos muchachas, cuando a ambas se les ha hecho creer...

–¡Ahora lo comprendo! Algo parecido a poner un hurón para hacer huir a un conejo.

–El principio fue casi el mismo, señor. Anatole se había marchado de la casa, y ya estaba al servicio de mistress Travers media hora después de haberle anunciado la próxima llegada de la joven ama de llaves. Un pusilánime, señor, como la mayoría de franceses.

–Oiga, Jeeves, usted es un genio de primer orden.

–Agradezco que lo diga, señor.

–¿Qué dijo míster Little de todo eso?

–Parecía muy contento, señor.

–Hablando de vil metal, ¿le...?

–Sí, señor. Veinte libras. Al parecer fue muy afortunado en sus elecciones en Hurst Park el pasado sábado.

–Mi tía me dijo que ella...

–Sí, señor. Muy generosa. Veinticinco libras.

–¡Caramba, Jeeves, ha hecho un buen negocio!

–He incrementado considerablemente mis ahorros, señor. Mistress Little tuvo la bondad de obsequiarme con diez libras por haberle encontrado un ama de llaves tan competente. Y en cuanto a míster Travers...

–¿El tío Thomas?

–Sí, señor. También se portó espléndidamente. Otras veinticinco libras. Y míster George Travers...

–¡No me dirá que también el tío George le dio algo! ¿Por qué?

–En realidad, señor, no llego a comprenderlo. Pero he recibido de él un cheque de diez libras. Parece creer que en cierto modo yo soy responsable de que usted fuera a pasar unos días con él en Harrogate, señor.

Le miré boquiabierto.

–Bien. Puesto que todo el mundo hace lo mismo –dije–, creo que lo mejor es que haya unanimidad. Aquí tiene cinco libras.

–Oh, gracias, señor. Es usted muy...

–No parece mucho, al lado de las cuantiosas sumas que le han llovido.

–Oh, le aseguro que sí, señor.

–Y no sé por qué se las doy.

–No, señor; yo tampoco.

–Pero son suyas.

–Gracias, señor.

Me puse en pie.

–Es bastante tarde –dije–, pero creo que voy a cambiarme de traje y saldré a tomar un bocado por ahí. Me siento como si la cabeza me diera vueltas, después de dos semanas en Harrogate.

–Sí, señor. Yo desharé su equipaje.

–¡Ah, Jeeves! ¿Mandaron aquellas camisas de seda, de pechera blanca, de la casa Peabody and Simms?

–Sí, señor. Las devolví.

–¿Las devolvió?

–Sí, señor.

Le miré un momento. Iba a decir algo. Pero ¿para qué?

–De acuerdo. Entonces saque una de pechera fuerte.

–Muy bien, señor.

10. BERTIE CAMBIA DE IDEA

Durante los últimos cinco años ha ocurrido tan frecuentemente que los jóvenes que empiezan en mi profesión han acudido a pedirme consejo, que he considerado conveniente condensar mi sistema en una breve fórmula: «Espíritu de iniciativa y tacto.» Ésta es mi divisa. Naturalmente, el tacto ha sido siempre una condición sine qua non; en cuanto al espíritu de iniciativa, creo poder decir que a veces uno se ve obligado a mostrar un poco de finesse para hacer frente a los pequeños contratiempos que inevitablemente surgen en la vida diaria del criado personal de un caballero. A modo de ejemplo, recuerdo el episodio del colegio de niñas de las cercanías de Brighton. Puede decirse que este hecho comenzó una noche en el momento en que llevé a míster Wooster su whisky con soda, y él me habló malhumorado.

Hacía unos días que míster Wooster estaba algo irritable, lo cual no es natural en él. Lo achaqué a una ligera gripe que había padecido; y, naturalmente, no le di mucha importancia, distraído como estaba yo en mis quehaceres habituales, hasta que en la noche a que me refiero me habló con el mayor malhumor cuando le llevé su whisky con soda.

–Caramba, Jeeves –me dijo, manifiestamente furioso–, podría ponerlo en otro sitio.

–¿Perdón, señor?

–Cada noche –explicó míster Wooster, irritado– viene usted exactamente a la misma hora, con la misma bandeja y la deja en el mismo lugar de la misma mesa. Estoy harto de ello, se lo aseguro. Es espantosamente monótono.

Admito que sus palabras me produjeron cierto temor. Todos los caballeros a cuyo servicio he estado y que se han expresado en estos términos ha resultado que pensaban en casarse. Por consiguiente, puedo decir que cuando míster Wooster me habló de aquel modo me sentí turbado. Yo no tenía el menor deseo de interrumpir una relación tan agradable como la nuestra, porque sé que cuando la esposa entra por la puerta delantera el criado del soltero tiene que salir por la trasera.

–No es culpa suya, por supuesto –añadió míster Wooster conteniéndose–. No es que le culpe a usted. Pero, Jeeves, tiene que hacerse cargo... Es que... ya verá...

He estado pensando mucho en eso, y he llegado a la conclusión de que mi vida está vacía. Estoy solo, Jeeves.

–Pero usted tiene muchos y buenos amigos, señor.

–¿Para qué sirven los amigos?

–Emerson –le recordé– dice que un amigo puede ser considerado una obra maestra de la naturaleza, señor.

–Bien. Puede decirle usted a Emerson, la próxima vez que le vea, que es un asno.

–Muy bien, señor.

–Lo que yo quiero... ¿Ha visto usted aquella comedia que titulan...? No me acuerdo, maldita sea.

–No, señor.

–Yo la vi anoche. El protagonista es un individuo dicharachero, alegre y radiante. De pronto tropieza con una muchacha que de golpe y porrazo le dice que es hija suya. Esto ocurre en el primer acto, y él no había visto nunca a la chica. Luego, como es natural, el argumento se complica un poco, y la gente le dice: «¡Hola!», con cierto retintín, y él contesta: «¡Me importa todo un bledo!», y coge a la niña y se van juntos por el mundo. ¡Oh, Jeeves! Envidié a ese individuo. Una niña guapa, cogida confiadamente de su brazo, etc. ¡Eso es tener algo en que pensar y en que ocuparse! Jeeves, quisiera tener una hija. ¿Cómo podría conseguirla?

–Creo, señor, que el matrimonio es el trámite preliminar.

–No; me refiero a adoptar una niña. Ya sabe que se pueden adoptar niños, Jeeves. Lo que quiero saber es por dónde se empieza.

–Me figuro que el procedimiento es muy complicado y laborioso, señor. Le privará de todas sus horas libres.

–Oiga, Jeeves, se me ocurre algo. Mi hermana llegará de la India la semana próxima, con tres hijitas. Dejaré este piso, tomaré una casa grande, y que ellos

vengan a vivir conmigo. Creo que es la mejor solución, ¿verdad, Jeeves? ¡Oh, el arrullo de las vocecillas infantiles, y la música de sus pasitos por toda la casa!

Disimulé mi turbación, pero tuve que hacer el mayor esfuerzo para conservar la serenidad. La realización del programa esbozado por míster Wooster significaba el fin de aquel piso de soltero y de nuestra plácida existencia. No cabe duda de que, en mi lugar, muchos hombres habrían manifestado su desaprobación. Yo evité tal desatino.

–Perdone el señor –insinué–, pero creo que aún no está bien repuesto de la gripe. Con su permiso, sugiero que necesita pasar unos días junto al mar. Brighton es un lugar muy apropiado, señor.

–¿Quiere dar a entender que estoy loco?

–En absoluto, señor. Simplemente sugiero una estancia en Brighton para acabar de reponerse.

Míster Wooster se quedó meditabundo.

–No creo que sea desacertado lo que dice usted –comentó al fin–. Todavía me siento algo débil. Meta cuatro cosas en una maleta y mañana por la mañana nos iremos en el automóvil.

–Muy bien, señor.

–Y cuando estemos de vuelta estaré en forma para ocuparme de las niñas...

–Exactamente, señor.

Bien. Por lo menos, aquello era un respiro, y yo lo acogí de mil amores. Pero comprendí que había surgido una crisis, y que precisaría de mucho tacto. Raras veces había visto a míster Wooster más obsesionado con una cosa. En realidad, no recordaba ningún otro caso de obstinación en él desde la época en que insistía, desoyendo mi abierta desaprobación, en llevar calcetines encarnados. Sin embargo, logré salir bien de aquello, y ahora no dudaba de que podría hacer que el actual conflicto acabara bien. Los patronos son como los caballos. Necesitan ser manejados con maña. Algunos criados son muy duchos en ello; otros, no. Por mi parte, puedo decir que no tengo motivos de queja.

Por lo que a mí refiere, encontré muy agradable nuestra estancia en Brighton, y me habría gustado que fuese más larga; pero míster Wooster, inquieto aún, se cansó de aquel lugar al cabo de dos días, y al tercero por la tarde me ordenó que arreglara el equipaje y llevara el coche al hotel. Emprendimos el regreso por la carretera de Londres hacia las cinco de una hermosa tarde de verano, y habíamos recorrido ya unos ocho kilómetros cuando vi ante nosotros, en medio de la carretera, a una niña gesticulando animadamente. Detuve el coche.

–¿Qué se trae entre manos, Jeeves? –preguntó míster Wooster saliendo de uno de sus embelesamientos.

–He visto a una niña que se esforzaba en llamar nuestra atención mediante señas en medio de la carretera –le expliqué–. Ahora viene hacia aquí.

Míster Wooster miró.

–Ya lo veo. Creo que nos pedirá que la llevemos, Jeeves.

–Ésta es la interpretación que he dado a sus señas, señor.

–Una chica muy mona –contestó míster Wooster–. ¿Qué hará por estas carreteras?

–Tiene todo el aspecto de haberse ausentado de un colegio sin permiso, señor.

–Hola –le dijo míster Wooster cuando la niña llegó hasta nosotros–. ¿Quieres que te llevemos?

–Has acertado –dijo la niña.

–¿Adónde quieres que te llevemos?

–A dos kilómetros de aquí hay otra carretera que desemboca en ésta. Dejadme allí y ya haré a pie el resto del camino. Y gracias. Es que tengo un maldito clavo en el zapato.

Subió al coche. Era una jovencita pelirroja, agradable y con una boca muy ancha. Creo que su edad frisaría los doce años. Levantó uno de los asientos suplementarios y se arrodilló en él para facilitar la conversación.

–Voy a pasar un mal rato –dijo–. Miss Tomlinson estará furiosa.

–¿Sí? –dijo míster Wooster.

–Hoy es media fiesta y me he escapado a Brighton. Me chifla ir al muelle a jugar a las máquinas tragaperras. Creí que podría estar de regreso a tiempo de que nadie lo descubriera, pero me salió este clavo en el zapato y ahora las pasaré moradas. Pero ¿qué le vamos a hacer? –añadió con una filosofía que, confieso, me dejó admirado–. Ya no se puede remediar. ¿De qué marca es este coche? Un Sunbeam, ¿verdad? En casa compramos un Wolseley.

Míster Wooster estaba visiblemente turbado. Como he indicado ya, en aquella época padecía un estado anímico muy maleable, y se enternecía en grado sumo ante ejemplares jóvenes del sexo femenino. El triste caso de aquella niña le conmovió profundamente.

–Es una situación muy apurada. Oiga, Jeeves, ¿no cree usted que podríamos hacer algo por esta niña?

–No me atrevía a proponérselo, señor –contesté–, pero ya que me lo pregunta, puedo decir que, en mi opinión, la cosa tiene arreglo. Creo que estaría justificado que usted fuera a ver a la maestra, haciéndose pasar por un viejo amigo del padre de la niña. Podría decirle a miss Tomlinson que usted pasaba por delante del colegio, vio a la niña en la puerta del jardín y se la llevó a dar un paseo. Es seguro que el enfado de miss Tomlinson disminuiría mucho, y tal vez desaparecería del todo.

–¡Vaya, eres un hacha! –exclamó la niña, entusiasmada.

Y me dio un beso, por cuyo motivo sólo tengo que lamentar que tuviera los labios tan pegajosos de las golosinas que debía de haber comido.

–Magnífico, Jeeves –dijo míster Wooster–. Es un plan sencillo y de resultado seguro. Bien, cómo te llamas, puesto que me haré pasar por amigo de tu padre.

–Me llamo Peggy Mainwaring –contestó la jovencita–. Y mi padre es el profesor Mainwaring. Ha escrito muchos libros. Seguro que lo conocéis.

–Es autor de una serie de tratados filosóficos, señor –me apresuré a intervenir–. Tienen mucha aceptación, aunque, con perdón de la niña, diré que muchas de las

opiniones del profesor me extrañan por su empirismo. ¿Tomo el camino del colegio, señor?

–Sí, vamos allá. Es raro, ¿eh, Jeeves?, pero en mi vida he estado en un colegio de niñas.

–Entiendo, señor.

–Debe de ser una experiencia muy interesante, ¿eh?

–Ahora lo podrá comprobar, señor.

Recorrimos un kilómetro por un camino secundario, y, siguiendo las instrucciones de la niña, entré por las verjas de una casa de imponentes dimensiones y paré el coche ante la puerta principal. Míster Wooster y la niña entraron, y al cabo de pocos momentos salió una camarera.

–Haga el favor de llevar el coche al garaje, por ahí –me dijo.

–De acuerdo –contesté–. ¿Va todo bien? ¿Adónde ha ido míster Wooster?

–Miss Peggy se lo ha llevado para presentarle a sus amigas. Y la cocinera dice que si usted se pasa por la cocina le dará una taza de té.

–Comuníquele que estaré encantado. Antes de llevar el coche al garaje, ¿podría ver unos momentos a miss Tomlinson?

Un instante después me hacía entrar en el vestíbulo.

Simpática pero voluntariosa: eso me pareció miss Tomlinson a primera vista. En algunos aspectos me recordaba a la tía Agatha de míster Wooster. Tenía la misma mirada penetrante y aquel indefinible aspecto de no estar para tonterías.

–Temo extralimitarme, señora –empecé–, pero espero me permitirá decirle unas palabras sobre mi patrono. No creo equivocarme al suponer que no le habrá explicado gran cosa de él.

–Sólo me dijo que era amigo del profesor Mainwaring.

–Así pues, ¿no le ha dicho que él es míster Wooster?

–¿Míster Wooster?

–Bertram Wooster, señora.

Sobre míster Wooster hay que decir que, si bien no es ninguna mente privilegiada, tiene un nombre que brinda posibilidades casi infinitas. Suena algo así como señor Alguien, y mucho más si acaba de informar de que es amigo íntimo de un hombre tan eminente como el profesor Mainwaring. Claro que de buenas a primeras nadie está seguro de si Bertram Wooster es un novelista o bien el fundador de una nueva escuela de pensamiento, pero da la sensación de que uno correría el riesgo de pasar por ignorante si no diese la impresión de que el nombre le resulta familiar. Como yo había previsto, miss Tomlinson contestó vivamente:

–¡Oh, sí, Bertram Wooster!

–Es una persona muy modesta, señora, y no es de esperar que él diga nada, pero me consta que considerará un cumplido el que usted le pida que dirija la palabra a las alumnas. Sabe improvisar bonitos discursos.

–Es una buena idea –dijo miss Tomlinson, decidida–. Le estoy muy agradecida. No dejaré de pedirle que dirija un discurso a las niñas.

–Claro que él dirá que no... Es muy modesto.

–Ya insistiré.

–Gracias, señora. Le ruego no mencione mi intervención en este asunto. Tal vez míster Wooster pensaría que me he extralimitado.

Llevé el coche hacia los garajes, y lo aparqué en el patio. Al dejarlo, lo miré de un modo especial. El coche era bueno y parecía estar en excelente estado, pero me parecía que sufriría una avería que no le permitiría correr por lo menos durante un par de horas.

A veces se tienen presentimientos así.

Media hora después apareció en el patio míster Wooster. Yo estaba apoyado contra el coche fumando un delicioso cigarrillo.

–No, no es preciso que lo apague, Jeeves –me dijo al ver que yo me quitaba el cigarrillo de la boca–. Precisamente he venido para pedirle un cigarrillo.

–Sólo tengo mataquintos, señor.

–No importa –contestó míster Wooster ávidamente.

Observé que parecía algo fatigado, y su mirada algo descarriada.

–Es curioso, Jeeves, pero me parece que he perdido la pitillera. No la encuentro en ninguna parte.

–Lo siento, señor. En el coche no está.

–¿No? Pues quizá se me ha caído por ahí. –Aspiró con fruición el mataquintos–. Son encantadoras las niñas, Jeeves –comentó después de una pausa.

–Desde luego, señor.

–Claro que es de suponer que hay individuos que las encuentran algo agotadoras en... en...

–¿... en masa, señor?

–Exacto. Algo agotadoras en masa.

–Debo confesar, señor, que esa sensación me daban a mí. En mi juventud, cuando empecé a dedicarme a mi profesión, estuve empleado en un colegio de niñas.

–¿De veras? No me lo había contado. Oiga, Jeeves, y... estos angelitos... ¿también reían tanto por nada, en su tiempo?

–Reían sin cesar, señor.

–Parece que le toman el pelo a uno, ¿verdad? Y lo peor es que de vez en cuando se le quedan mirando a uno fijamente.

–En el colegio en que estuve empleado, señor, las chicas habían inventado un juego que practicaban cada vez que visitaba la casa una persona del sexo masculino. Lo miraban fijamente y se reían por cualquier cosa, y la primera que

le hacía ruborizar ganaba un pequeño premio.

–¡Oh! ¿De veras, Jeeves?

–Sí, señor. Se divertían muchísimo.

–No sabía que las niñas fuesen tan diabólicas.

–Mucho peores que los chicos, señor.

Míster Wooster se pasó un pañuelo por la frente.

–Bien, Jeeves. Dentro de unos momentos tomaremos el té, y quizá luego me sienta mejor.

–Así lo espero, señor.

Pero yo no era nada optimista al respecto.

Tomé tranquilamente el té en la cocina. La tostada con mantequilla estaba muy bien y las criadas eran guapas, aunque no parlanchinas. Cuando terminábamos vino a reunirse con nosotros la camarera que había estado sirviendo en el comedor del colegio. Nos dijo que míster Wooster asistía muy animado al té, pero que parecía algo inquieto. Volví al patio del garaje, y estaba dando un vistazo al coche cuando apareció la pequeña Mainwaring.

–Oye –me dijo–, ¿querrás dar esto a míster Wooster cuando le veas? –Exhibía la pitillera de mi señor–. Se le ha caído. Es un tipo formidable. Ahora va a darnos una conferencia.

–¿De veras?

–Me gustan las conferencias. Nos sentamos y miramos fijamente al conferenciante, hasta que se queda sin palabras. El curso pasado vino uno al que conseguimos provocar hipo. ¿Crees que míster Wooster puede acabar de este modo?

–Esperemos que no.

–¡Tendrá gracia!

–Será muy divertido.

–Tengo que irme. Quiero sentarme en primera fila.

Una chica simpática. Con agudo sentido del humor.

Apenas acababa de desaparecer la niña, se oyó un ruido precipitado, y por la esquina del edificio apareció míster Wooster. Parecía muy agitado.

–Jeeves.

–¿Señor?

–¡Ponga el coche en marcha!

–¿Ocurre algo, señor?

–¡Huyamos de aquí!

–¿Es grave, señor?

Míster Wooster dio unos pasos.

–¡Déjese de preguntas! ¡Le digo que huyamos! ¡Pero a escape! No podemos perder ni un momento. La situación es desesperada. ¡Oh, Jeeves! Aquella mujer, Tomlinson, se ha empeñado en que dé una conferencia a las alumnas. ¡Ponerse allí en pie ante esa colección femenina y soltar un discurso! ¡No quiero ni imaginarlo! Vamos, Jeeves, ponga el coche en marcha.

–Me temo que no será posible, señor. El coche tiene una avería.

Míster Wooster se quedó boquiabierto.

–¡Una avería!

–Sí, señor. Algo no va bien. Quizá no tenga importancia, pero pasará un rato antes de que lo arregle. –Y como míster Wooster es uno de estos despreocupados señores que saben conducir un coche, pero nunca se toman la molestia de estudiar su mecanismo, pensé que estaba justificado expresarme en términos algo técnicos–. Creo que es el engranaje del diferencial, señor. Eso o el escape.

Aprecio mucho a míster Wooster y reconozco que estuve a punto de capitular al ver su expresión. Me miraba con una especie de muda desesperación que habría conmovido a cualquiera.

–Entonces estoy acabado. Tal vez... –Una tenue luz de esperanza iluminó sus sombrías facciones–. ¿Cree usted que podría largarme a campo traviesa, Jeeves?

–Me temo que ya es demasiado tarde, señor –dije haciendo un leve movimiento para señalar a miss Tomlinson, que se acercaba muy decidida.

–Ah, ¿está usted aquí, míster Wooster?

Él contestó con una lúgubre sonrisa.

–Sí, estoy aquí.

–Todos le esperamos en el salón de actos.

–Pero –dijo míster Wooster–, le aseguro que no... no sé... qué decir.

–Pues cualquier cosa, míster Wooster. Lo primero que se le ocurra. Algo ingenioso y divertido. Sobre todo ingenioso.

–¿Ingenioso y divertido?

–Puede contarles alguna cosa entretenida. Pero, al mismo tiempo, no olvide la nota severa. Recuerde que mis alumnas se encuentran en el umbral de la vida, y les gustará oír consejos serios, útiles y estimulantes, algo que puedan recordar aunque pasen varios años. Pero, naturalmente, usted sabe esto de sobra, míster Wooster. Venga conmigo. Las niñas esperan.

Ya he hablado del espíritu de iniciativa y de la importancia que un criado tiene en la vida de un caballero. Es una cualidad verdaderamente necesaria si tiene uno que tomar parte en situaciones imprevistas. Es conveniente que el criado no se limite a quedarse en su puesto, sino que esté al corriente de lo que ocurre, para lo cual debe aguzar el ingenio y procurar tomar buena nota cuando ocurre algo destacado. Me repugna, por vulgar e indigna, la práctica de escuchar por las cerraduras; pero sin rebajarme a esto, generalmente encuentro la manera de enterarme de todo.

En el presente caso era sencillo. El salón de actos estaba situado en la planta baja y tenía grandes vidrieras que daban al jardín y que a la sazón –gracias al tiempo bonancible reinante– estaban abiertas. Simplemente, me colgué detrás de una columna de la terraza y quedé en situación de verlo y oírlo todo. Fue un espectáculo que habría lamentado perderme. Puedo decir, en principio, que sin duda alguna míster Wooster se superó a sí mismo.

Míster Wooster es un caballero dotado de muchas cualidades encomiables, menos de una. No me refiero al cerebro, porque un patrono con cerebro no es deseable. La cualidad de que carece es de difícil definición, pero tal vez podría llamarla el don de hacer frente a circunstancias extraordinarias. En presencia de lo que se sale de lo normal, míster Wooster es un apocado. Le falta presencia de ánimo. Alguna vez he sentido deseos de tener el poder de otorgarle un poco de savoir-faire que tenía un antiguo patrono mío, el conocido financiero míster MontagueTodd, que actualmente cumple el segundo año de su condena. Vi a muchas personas llegar a casa de míster Todd con la expresa intención de comérselo vivo y marcharse al cabo de media hora riendo cordialmente y fumando uno de sus cigarros. Para míster Todd habría sido un juego de niños decir cuatro frases improvisadas en el salón de actos de un colegio de jovencitas; además de que seguramente antes de que terminase ya las habría convencido a todas sobre la necesidad de invertir el dinero de sus huchas en una de las numerosas empresas que él poseía. Pero para míster Wooster aquello era, a todas luces, una de las peores encrucijadas de su vida. Miró a las niñas, que le contemplaban fijamente, sin parpadear, del modo más turbador; luego parpadeó y empezó a pellizcarse la manga de la americana. Su aspecto me recordó el de un muchacho tímido que, convencido contra su voluntad de ir a ayudar a un prestidigitador en el escenario, descubre que de su cabeza le están sacando conejos y huevos duros.

La sesión se abrió con unas breves pero gentiles palabras de introducción de miss Tomlinson.

–Niñas –dijo miss Tomlinson–, alguna de vosotras ya conoce personalmente a míster Bertram Wooster, y creo que todas vosotras conocéis su reputación.

Siento tener que decir que cuando la oradora llegó a este punto, míster Wooster soltó una risita desagradable y sardónica: miró a miss Tomlinson y se ruborizó. Miss Tomlinson prosiguió:

–Míster Wooster ha tenido la bondad de acceder a dirigirnos alguna palabra antes de irse, y estoy segura de que todas prestaréis la mayor atención.

Miss Tomlinson hizo un amplio movimiento con la mano derecha, y míster Wooster creyó que esto era la señal de empezar. Tosió y empezó a hablar. Pero resultó que la señal iba dirigida a las alumnas, y que era una especie de compás del director de orquesta, porque inmediatamente todas se pusieron en pie y prorrumpieron en una especie de cántico, cuya letra tengo la satisfacción de recordar, aunque la melodía se me ha olvidado. La letra decía:

¡Bienvenido sea usted!

¡Bienvenido sea usted!

¡Bienvenido sea usted, señor visitante!

Bienvenido,

Bienvenido sea usted.

¡Bienvenido sea usted!

¡Usted!

Se advertía amplia tolerancia en materia de tonos, y brillaba por su ausencia lo que podríamos llamar esfuerzo conjunto. Cada niña cantaba hasta que llegaba al final. Luego callaba y esperaba que las rezagadas fueran llegando. Fue una audición musical muy poco corriente, pero la encontré divertidísima. Sin embargo, pareció conmover a míster Wooster. Avanzó dos pasos y movió un brazo como queriendo indicar que él no merecía tanto honor. Luego se extinguieron los balidos, y la sala se llenó de expectación. Miss Tomlinson dirigió una brillante y autoritaria mirada a míster Wooster. Éste parpadeó, tragó saliva una o dos veces y avanzó unos pasos.

–Bueno, ya saben ustedes... –Entonces debió de pensar que no estaba bien empezar un discurso de aquel modo–. Señoritas...

Una aguda risa salida de la primera fila le detuvo.

–¡Niñas! –dijo miss Tomlinson.

Fue una orden dada en una voz baja y blanda, pero su efecto fue inmediato. El silencio más absoluto reinó entonces. Debo decir que, a pesar de haber tenido tan breves tratos con miss Tomlinson, a pocas mujeres he admirado tanto como a ella. Sabía imponerse.

Imagino que por entonces miss Tomlinson ya se había dado cuenta de las capacidades oratorias de míster Wooster, y había llegado a la conclusión de que no podía esperar de él nada que se pareciera a un brillante discurso.

–Tal vez –dijo–, como se hace tarde y míster Wooster no puede dedicarnos mucho rato, lo mejor sería un consejo para la vida práctica. Luego cantaremos el himno del colegio y cada una irá a su clase para las últimas lecciones del día.

Miró a míster Wooster, que se pasaba un dedo por dentro del cuello de la camisa.

–¿Un consejo? ¿La vida práctica? No sé...

–Unas palabras de consejo, míster Wooster –insistió miss Tomlinson.

–¡Oh, sí...! Bueno... Sí... –Era penoso presenciar aquel ímprobo trabajo del cerebro de míster Wooster–. Bien. Voy a explicaros una cosa que muchas veces me ha ido bien; es algo que no sabe todo el mundo. Mi tío Henry me lo contó la primera vez que fui a verle a Londres: «No olvides nunca, chico», me dijo, «que si te pones en el Strand, frente al restaurante Romano's, podrás ver el reloj de la pared del palacio de justicia que está en Fleet Street. Muchas personas que no lo saben creerán que no es posible porque hay un par de iglesias en medio que tendrían que impedir la vista. Pero no la impiden. Es bueno saberlo. Puedes ganarte muchos peniques haciendo apuestas con amigos o amigas que lo ignoren.» Y os aseguro que es la verdad y que es cosa digna de ser tenida en cuenta. Yo he engatusado...

Miss Tomlinson tosió fuerte y secamente. Míster Wooster se interrumpió.

–Quizá sería mejor, míster Wooster, que les explicara otra clase de anécdota. Sin duda es muy interesante lo que usted dice, pero tal vez un poco...

–¿Una anécdota? ¿Una anécdota? –Parecía muy desorientado, el pobre–. ¿Sabéis la del corredor de bolsa y la corista de cabaret?

–Ahora cantaremos el himno del colegio –dijo miss Tomlinson, irguiéndose

como un iceberg.

Decidí no quedarme a oír el himno del colegio. Lo más probable era que míster Wooster necesitara muy pronto el coche, de modo que volví al patio del garaje, para estar preparado.

No tuve que esperar mucho. Apareció al cabo de unos momentos, con paso vacilante. Míster Wooster no tiene uno de esos rostros inescrutables en los que no es posible leer nada. Al contrario, el suyo es un límpido espejo que refleja cuanto ocurre. Ahora podía leer en su cara como en libro abierto, y las primeras palabras que pronunció eran del orden que yo esperaba.

–Jeeves –dijo roncamente–, ¿está arreglado ya ese maldito coche?

–En este instante he acabado, señor. Todo este rato he trabajado en él.

–Entonces, por el amor de Dios, ¡vámonos de aquí!

–¿No tenía que dar una conferencia a las niñas, señor?

–Ya he terminado –contestó míster Wooster, parpadeando con extraordinaria rapidez.

–¿Ha ido bien, señor?

–¡Oh, sí, sí! Muy bien. Salió todo muy bien. Pe... pero creo que lo mejor es que nos vayamos. No me gustan tantos agasajos.

–Entiendo, señor.

Ya me había instalado en mi asiento y me disponía a poner en marcha el motor cuando se oyeron voces. Tan pronto como las oyó, míster Wooster subió de un salto, con increíble agilidad, al coche, y al volver yo la vista, ya estaba en el suelo cubierto con la alfombrilla. Lo último que vi de él fue una mirada de súplica.

–¿Ha visto usted a míster Wooster?

Miss Tomlinson había entrado en el patio del garaje acompañada de una señora que, a juzgar por su acento, me pareció de origen francés.

–No, señora.

La señora francesa lanzó una exclamación en su lengua nativa.

–¿Ocurre algo, señora? –pregunté.

Supongo que miss Tomlinson era una persona que normalmente no confiaba sus preocupaciones a un criado, por simpático que le resultara. Que lo hiciese entonces indicaba cuán trastornada estaba.

–¡Ya lo creo! Mademoiselle acaba de encontrar a varias chicas fumando en la glorieta. Al ser interrogadas dijeron que míster Wooster les dio los cigarrillos. Debe de estar en alguna rotonda del jardín –añadió volviéndose–. Me parece que está loco. Venga, mademoiselle.

Un minuto después, míster Wooster asomó la cabeza por la estera, como una tortuga.

–¡Jeeves!

–¿Señor?

–¡Vámonos! ¡Pise el maldito acelerador!

Puse en marcha el coche.

–Quizá sería mejor que avanzáramos con cuidado hasta que estemos fuera de los terrenos del colegio, señor –sugerí–. Podría atropellar a alguna niña...

–¡No se perdería gran cosa! –me interrumpió míster Wooster con acritud.

–... o a la propia miss Tomlinson, señor.

–¡Ojalá! –repuso ávidamente.

–Jeeves –me dijo una noche míster Wooster mientras le servía su whisky con soda, una semana después de lo que queda relatado–, es muy agradable.

–¿Qué, señor?

–Muy agradable, se lo aseguro. Me refiero a mirar el reloj y pensar si vendrá

usted más tarde que ayer con el whisky de siempre y ver que no: que usted comparece con su bandeja a la hora en punto, ni un minuto más tarde, que la deja en la mesa y que a la noche siguiente vuelve a hacer lo mismo, y así todas las noches... Eso le da a uno una sensación de seguridad, de reposo. Es algo sedante... Ésa es la palabra, ¡sedante!

–Sí, señor... A propósito, señor...

–¿Qué?

–¿Ya ha encontrado el señor una casa adecuada?

–¿Una casa? ¿Qué quiere decir?

–Creí haber entendido que el señor tenía la intención de dejar el piso y tomar una casa lo suficientemente grande para vivir con su hermana mistress Scholfield y sus tres hijas.

Míster Wooster se estremeció de pies a cabeza.

–He abandonado el proyecto, Jeeves –dijo.

–Muy bien, señor.

Título de la edición original:

Right Ho, Jeeves; Joy in the Morning; Carry on, Jeeves

Edición en formato digital: octubre de 2011

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3331-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es

1. La palabra knut empezó a emplearse hacia 1905 en el Reino Unido en sustitución del ya entonces anticuado dandy, que había adquirido con el tiempo ciertas connotaciones peyorativas. Pero su vigencia ha sido más corta en el tiempo, aunque el tipo está perfectamente caracterizado por los «zánganos» a que reiteradamente se refiere Wodehouse en sus obras, aunque, en cuanto miembros del Club Los Zánganos, el autor los llama drones. (N. del T.)

1. Los que hoy denominamos botines –zapatos que cubren la parte superior del pie y la inferior de la pierna– han dejado en desuso las antiguas polainas, prenda de paño o cuero que había ido evolucionando durante siglos y, por los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, tenía ya más valor estético que práctico. (N. del T.)

1. Cheese: queso, Stilton: una clase de queso que se elabora en la ciudad del mismo nombre. (N. del T.)

1. Juego de palabras intraducible. El protagonista confunde cossack, cosaco, con cossock, sotana. (N. del T.)

1. Juego de palabras intraducible. Fawn: cervatillo, se pronuncia igual que faun: fauno. (N. del T.)

1. Juego de palabras sobre la consonancia de las voces Wembley y Wednesday (miércoles). (N. del T.)